UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23. NUM. 268.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

ABRIL 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 23
no. 268-70

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

DE LA LEYENDA...

El hijo del trueno.

La tradición, que en romances corre indeleble á través de los años, ha perpetuado lo que fué acaecido en lejanas edades. Ella, como preclaro libro de verdades, muestra á lo porvenir aquello que de enseñanza, á buen seguro, ha de servirle. De sus acentos, que el tiempo no logró acallar, brotará el testimonio vivo, la prueba tangible de las grandezas de antaño, que hoy, en nuestra mediocridad ambiente, se asemejan á quimeras de locos y á ensueños de poseído. Nada de lo que la musa popular recogió é historió se encuentra sin un valor entre lo real. Los escritores sagrados de la antigüedad, cuyas obras han podido salvarse de la destrucción que en los primeros siglos del Cristianismo sufrió cuanto con el nuevo sistema religioso se relacionaba, hacen contrastar, con lo que escrito ha quedado, la rimada leyenda que los hijos heredaron de los padres. En esas páginas, escritas con sangre y afirmadas con hierros, es donde se hallan recogidas las hazañas que engrandecen la patria y que hacen inmortal su nombre. ¿Debe dudarse de ellas? ¿Es que esta duda germina al creer que son hijas de un mercaderismo de momento? Acaso no á todos, en los actuales tiempos de incredulidad, fuera común la respuesta que el sentir, libre de prejuicios y de ajenas influencias, había de dar.

Los modernos historiógrafos parecen complacerse en desarraigar del suelo español lo que, en dados instantes, fué conformativo de la raza. A ello aducen, en frases en que la retórica rinde á la lógica, extrañas razones y absurdos juicios, que, á decir de algunos, hubieron de inquirirse en laboriosos estudios. Estas razones, estos juicios, y, además, los que no atrévense á alegar, son inadmisibles. Obliga el que así se los considere, los sedimentos espirituales que el pasado tuvo á bien legarle á la actual generación. No sólo los sedimentos espirituales dictan el que se niegue la virtualidad de la innovadora doctrina. Existe, en un dado orden de cosas material, sobrado motivo que abona el que esto se haga. ¿Por qué causas? El sentimiento responderá. Y, á no dudarlo, la medula de la respuesta ha de ser aquello que á diario se hace notar, porque ello es fehaciente prueba de no ser fantasía de una imaginación exaltada, ni ficción poética de un cerebro que no habita en la realidad, en una parte, nada escasa, de lo que hasta hoy ha corrido indeleble á través de los años.

¿Se mantendrá esta indelebilidad? Es difícil el aventurar una contestación en un dado sentido. Podría asegurarse, sin embargo, que de no ser así, nuestra epopeya guerrera—epopeya que á algunos hombres hizo héroes y á algunos héroes hizo dioses—se derrumbaría, en forma estrepitosa, al no hallar la debida solidez, el necesario espaldar en la exaltación á que nos conduce nuestro fervor cristiano—ese fervor cristiano que, actuando sobre el espíritu de las gentes, sirvió, en críticos instantes, para trocar, merced á lo que se aguijoneaba el ímpetu pasional, lo adverso en placentero, lo que se comenzó con desgracia en hecho venturoso, lo que, por circunstancias que no han menester de mención, podía ser derrota vergonzosa en sonada y brillante victoria.

¿Fué hacer de la inexactitud especulación? El fervor religioso que existía en España en los días en que hubo de librarse en campos de Navas de Tolosa la célebre batalla, ganada á la morisma con la ayuda espiritual, ó material, del santo gue-

rrero, niega todo intento de mixtificaciones. Este hecho, que por sí sólo no se escapa de los estrechos límites que demarcan lo posible, adquiere una cotización en la realidad, al hojear, libre de toda extraña influencia, el libro de oro que guarda dentro del orlado de sus márgenes, las glorias conquistadas por nuestros mayores; y ver, tangiblemente señalados, los enormes beneficios, las grandiosas ventajas, que reportó al mundo cristiano la cruzada que, con el valor que le prestara lo que pudo aconsejarle el Papa Inocencio III, inició Alfonso VIII, acompañado del rey de Navarra y de Pedro II de Aragón, contra el emperador Mahomed-ben-Jacub, á quien hizo recordar la derrota por él sufrida años antes en Alarcos. A no dudarlo, existe un nexo, una cierta secreta trabazón, entre el hecho histórico, desnudo de lo ultraterreno, y la leyenda á que la cristiandad rinde culto. ¿Es posible llegar á la completa, á la total negación de este aserto? El que tal hiciera, caería en desacierto lamentable, en tan grande error, que se relajaría el prestigio de su cultura. Bien pudo aquella espada de fuego, que á decir de añosas crónicas llevaba Santiago en su diestra, dejar de intervenir en la noble causa por que los reunidos ejércitos combatían; pero lo que no cabe dudar es que ella, moralmente, prendió el ánimo de los exaltados defensores de la fe católica.

La historia patria, por multitud de hechos que con el mencionado guardan estrecha sinonimia y que en el dilatado espacio que recorre repítense con harta frecuencia, parece confirmar la venida de Santiago á España. Esta no se realizó, según testimonios recogidos en textos sagrados, hasta después que hubo tenido lugar el cruento drama de que fué involuntario protagonista el nacido en Nazaret. Así que este hecho, que santos, y por su santidad doctos varones, habían profetizado, se consumó, nada restábales que hacer en Jerusalén á los que las gentes ya llamaban discípulos de Jesús—el Crucificado. Estos discípulos, á juzgar por lo que los evangelistas dicen, poco tiempo después de congregarse en el memorable cenáculo

de Sión, se esparcieron por el mundo, entonces conocido, á difundir las doctrinas que les había enseñado su Maestro.

El hijo del Zebedeo, Santiago, vino á España. Quiso cumplir fielmente el precepto impuesto por Jesús á sus discípulos de enseñar su ley á todas las gentes y en los más recónditos parajes: *Cuntes ergo docete omnes gentes* (1) *Critis mihi testes... usque ad ultimum terræ* (2). Y rindiendo el debido culto á este claro mandato, comenzaron los Apóstoles la elevada misión de transformar la fisonomía de los pueblos, enseñando la doctrina que había de destruir por completo la confusión y el desorden que reinaba en las inteligencias, que conformaba el espíritu informador de aquellos tiempos, con la diversidad de ídolos y con la multiplicidad de sistemas religiosos que dividían al mundo.

Ignorábase entonces la total extensión del globo terráqueo. La Geografía consideraba como fin de la tierra el promontorio Nerio, ó punta de Europa—que hoy se conoce por el cabo Finisterre;—y á Santiago el Mayor, á uno de los tres más amados discípulos de Jesús, se le hizo venir á esta parte del mundo, señalada por el Redentor *usque ad, ultimum terræ,* á propagar la naciente Fe, á divulgar, de manera justa, la santa religión del Galileo. Y dicen viejas crónicas, con unanimidad no extraña, al tratarse de la exaltación de tan grande acto, que después de entrar en España comienza á peregrinear con ánimo de convertir á las gentes, de hacer que depusieran el error y abrazasen la verdad; por la parte más occidental de España, por Galicia, por el promontorio Nerio, tan nombrado en los documentos que hacen mención á aquella época, por el, entonces, fin de la tierra.

San Hipólito, que vivió en el siglo III, en su opúsculo *De doudecin Apostolis*, afirma la venida á España del Hijo del

(1) Matth., cap. 28.

(2) Act. Apóst., cap. 1.

trueno (1). San Jerónimo, á quien la Iglesia Católica reconoce como el doctor máximo del siglo IV, robustece, con textos y en forma que no deja lugar á duda, aquella afirmación. Lo mismo hace Teodoro, obispo de Cyro en Siria, y coetáneo de éste, verdadera autoridad en materias religiosas y una de las primeras figuras, por el sólido prestigio de su cultura, de la Iglesia Griega.

Confirman, también de manera absoluta, este aserto Adon y Usuardo, célebres autores de los *Martirologios*, cuyos nombres ennoblecen el siglo IX. Y más tarde, en el promediar de la duodécima centuria, un hombre que se hizo ilustre merced á su extraordinario valer, el presbítero Desterigo, apoya rotundamente, en las palabras que refiere la misión de los Apóstoles (2), lo que dijeran, años antes, aquellos dos sabios.

En los misales y breviarios que se usaban en todas las iglesias de España en el siglo XIII, incluso los que existían en los templos muzárabes de la metrópoli de Toledo, se reconoce y se celebra el que Santiago arribase á las costas ibéricas. El arzobispo D. Rodrigo Ximénez consigna, en su compendio manuscrito de la *Historia Católica*, que se escribió en el citado siglo—y cuyo original, según el P. Fobrá, se conservaba en el Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá, y al cual se remiten D. Nicolás Antonio y el marqués de Mondéjar, — varias noticias, que á maravilla documenta, y que arrojan no poca

(1) Así lo manifiesta el P. César Calino, en su *Trattenimenti-Istoric. sopra gli Atti degli Apostol*, lib. 1, cap. 20.

Aun cuando algunos han observado que no figura el opúsculo de que hacemos mención entre las obras impresas de San Hipólito, hablan de él Cedreno en su *Nerva* el Turriano en sus *Anotaciones á las Constituciones Apostólicas*, y otros. El Cardenal Baronio, en sus *Anotaciones al Martirologio Romano*, correspondiente al día 1.° de Mayo afirma haber leído manuscrito en lengua griega; y en la correspondiente al día 22 Mayo escribe: *Existat in Bibliotheca Cardinalis Sirleti Libellus Hippoliti Mortyris de doudecin Apostolis quo firmiter Auctor aserit, S. Jacobum prædicasse Evangelium in Hispania.*

(2) *Exquibus unus Zebedeu filius Hispaniæ sortitus Gallecíæ finibus est solio locatus.*

luz; en ese manuscrito habla el citado prelado de las tierras ó lugares en que los Apóstoles, después de abandonar Jerusalén, fueron á predicar la nueva doctrina de Jesús (1). Y un docto escritor inglés, Tomás Estapleton, en su obra *Magn. Eccl. Rom.*, lib. 1.°, cap. 3, confirma el hecho en una forma parecida á como lo hace el autor de la *Historia Católica* (2).

El Padre Risco, refiriéndose á otros autores eclesiásticos, dice que la predicación del Evangelio, en España, se hizo por los apóstoles Santiago y San Pablo, con otros siete Apostólicos (3), y esto viene á confirmar, aún más, nuestra aserción. Es posible, porque entra en los límites de lo verosímil, que haya venido San Pablo á la Península Ibérica, como asegura el sabio continuador de la *España Sagrada;* pero, aunque así fuera, la permanencia en este país del Apóstol compañero de Jacob debió ser muy corta, puesto que en parte alguna se conserva huella que dé noticia de su paso, ni recuerdo que dé cuenta de su nombre.

Probado ya con testimonios tan autorizados como los que quedan citados, que sin menoscabo han resistido el brioso empuje de los equívocos con que se ha pretendido destruirlos, la venida de Santiago el Mayor á la antigua Hesperia, resta sólo el hacer saber, con tan iguales fehacientes pruebas, que no dejan lugar para que se entronice la duda, que su entrada la hizo por las costas de Galicia.

No se pueden enumerar, porque ello sería prolijo, las grandes contiendas y largas controversias á que dió motivo entre

---

(1) Apostolatus autem circuncisionis Petro est assignatus; Gentium Paulo et Bernabœ, Andreœ Achaja; Jacobo Zebedai Hispania, Joanni, Asia, etc.

(2) Es cosa cierta y, por lo tanto, fuera de duda, que habiéndose, primeramente, predicado la palabra divina en la Judea y Samaria, según el mandato de Jesucristo, distribuído después el Orbe, como en provincias, propagaron este Evangelio, cuya cabeza es Roma, Pedro, en Italia; Pablo, en Grecia; Andrés, en Acaya; Juan, en Asia, y Santiago, en España.

(3) Llamáronse así á los primeros discípulos de los doce Apóstoles que salieron á predicar el Evangelio

los pueblos del litoral, la averiguación del lugar donde desembarcó el Apóstol. Pretenden arrogarse la gloria de haber sido los primeros en recibir al santo peregrino no pocos. Y hasta algunos de ellos, basándose en indicios de autenticidad más que dudosa, muestran, orgullosos, lo que debiera ser evidente signo que por completo los desautorizara en sus pretensiones. Pero así como de su estancia en España, inmediata á la resurrección de Jesús, no puede ya dudarse, tampoco se debe vacilar un instante en admitir las aseveraciones—no rechazadas por nadie con sólidos fundamentos y que, por el contrario, son las más ajustadas á la razón—de los que dicen que el hijo del Zebedeo pisó tierra española por vez primera, al desembarcar en las playas de Galicia. Desde ellas dirigió sus pasos, cuando hubo predicado la nueva doctrina en esta región, al interior de la Península, donde, después de escuchar su palabra, se hicieron adictos á su persona, y á la idea que su persona encarnaba, buen número de españoles.

Existe además, y su existencia la nutren hechos que no carecen de lógica, otra versión que sólo en lo circunstancial difiere de la preinserta. Ella quiere demostrar, y en verdad llega á conseguirlo, que Santiago navegó por mares del Mediterráneo. Un temporal, que furioso amenazaba destruir la embarcación que conducía al Apóstol, obligóle, y con él á los que le acompañaban, á atravesar el estrecho de Calpe, y, siempre á merced de las embravecidas olas, remontaron las costas de la Lusitania, hasta que cayeron, por decrecer el ímpetu de los elementos, á la altura de las playas gallegas, en que tomaron tierra.

Tales son las dos versiones. ¿Cuál debe desmentirse? ¿Cuál debe aceptarse? Dejemos esta labor á eruditos más pacientes. Lo que nos importa hacer constar, y aquí las palabras apóyanse en la recia armazón de la verdad, es que fué tierra de Galicia en donde primeramente dejó huella el pie del noble Santo.

Se cree que en las tranquilas y solitarias montañas de cabo

Finisterre dió principio á su predicación apostólica. Fruto de ella en aquel lugar, fué el derribar un templo gentílico que allí existía, y convertir á la naciente fe á las primeras gentes á quienes hizo conocer la doctrina del Crucificado. Y á compás que abandonaba los pueblos cercanos al mar y difundía lo que del Maestro aprendiera, en los moradores de este pueblo decrecía, de visible modo, la herejía que antes consumíales.

No cabe ya dudar, después de lo aducido, que mientras los demás discípulos del Nazareno cumplían la elevada misión que les fué confiada, por los pueblos orientales, Jacobo, á quien Jesús distinguía, hacíalo por Occidente ¿Qué textos pueden mostrarse con un serio alegato en contra? Ninguno. A existir, ya habrían sido colocados como valladar que detuviese la exaltación religiosa que este hecho en todos ha motivado.

Nada de lo que inserto queda, puede de una manera rotunda desmentirse. Ello asiéntase sobre pruebas de una ilimitada capacidad de verdad. ¿Se respeta la verdad? En el momento actual es aventurado el afirmarlo. Un determinado núcleo hállase interesado en que así no suceda. Este núcleo, que con cuidados exquisitos cultiva el error, lo forman gentes extrañas á nuestra nación, á quienes, rudimentariamente, no les son desconocidas las investigaciones históricas.

Frente á ellos, entre los que se cuenta un esclarecido jesuíta francés, colocamos nuestra afirmación. Jacobo, el descendiente del Zebedeo, vino á España. Y, ya en España, eligió para desembarcar las costas de Galicia. Galicia fué, pues, la primera región de Europa donde alumbró la luz del cristianismo, y, como escribe Romey, «el germen de donde hubo de partir la acción á la impulsiva voz del hijo del trueno».

El primer templo.

Hállase confirmado, por la mayor parte de los historiadores religiosos y seglares, que la primitiva catedral de Lugo fué fundada por Santiago, y que, por consiguiente, es de los pri-

meros ó probablemente el primero de los templos católicos que hubo en España.

En el Códice que se conserva en Zaragoza, acerca de la tradición de la Virgen del Pilar, se lee que «Santiago, entrando en Galicia, predicó en la principal ciudad; pasando luego á Castilla, que se llama la mayor España, vino finalmente á la España mayor, que se llama Aragón, en aquella región que se dice Celtiberia, donde está situada Zaragoza á la orilla del río Ebro» (1).

La principal ciudad de Galicia, en aquella época, era la capital del convento judírico-lucense, el Lucus Augusta de los romanos y el Lugo de nuestros días; el P. Tolvá tiene en cuenta, para dar la debida robustez á sus aseveraciones, el documento citado, que prueba, de modo evidente, la afirmación que antecede de que Santiago entró en España por Galicia. No es sólo este aserto el que halla solidez en el Códice que cítase, sino aquellos otros del mismo caudal lógico, que tratan de demostrar que la catedral de Lugo es aún anterior á los tiempos apostólicos y, por tanto, á la de Zaragoza y á las demás de España, que pregonan, no sin cierto orgullo, su antigüedad que piérdese entre lo más remoto.

El P. Risco, hablando de la edad en que Lucus Augusta admitió el Evangelio, escribe: «Habiendo el Apóstol Santiago anunciado la Fe de Jesucristo en Galicia y en otras regiones de la provincia Tarraconense por la ribera del Ebro, dejó en la parte más occidental dos de sus discípulos, llamados Atanasio y Teodoro, que continuasen en aquellas partes el celestial empleo de su Maestro, y puso en las principales ciudades los pastores que confirmasen en la fe á los recién convertidos y ordenasen presbíteros según lo pidiese la extensión del Santo Evangelio. Siendo, pues, tan constantes los testimonios con

(1) Dicho Códice, escrito en latín, muestra ser, por sus caracteres, del siglo XIII ó cerca de él, y se hallaba dentro del Archivo de la iglesia del Pilar.

que hállase probada esta prerrogativa de nuestra España, y en especial de la provincia de Galicia, no puede dudarse que la ciudad de Lugo, como tan principal en el Imperio romano y como convento jurídico, cuyas leyes y costumbres debían seguir los pueblos de su jurisdicción, fué una de las primeras que lograron, por el ministerio apostólico, el conocimiento de Jesucristo y de su Evangelio, para que de ella, como de capital, se extendiese la religión á otros pueblos menores: y asímismo obispos que la gobernasen y mantuviesen en la Fe que había recibido del Apóstol Santiago. Los antiguos estaban tan persuadidos de las referidas verdades, que no dudaban testificarlas como ciertas en los privilegios y escrituras públicas.»

Y esto que asignan los P. P. Tolvá y Risco, y confirma el Códice á que ya nos hemos referido, lo declara, en forma clara y precisa, un muy notable privilegio, dado por el rey Ordoño II á favor de la iglesia de Lugo, en el año de 915, en el que, hablando de la Catedral de dicha ciudad, consagrada á rendir el debido culto á la Virgen María (1), dice del citado templo y

---

(1) Sabido es que la devoción á la Madre de Jesús data de los tiempos de los primeros cristianos. Respecto á la antigüedad de la imagen que se venera en la Catedral de Lugo, el obispo D. Lorenzo Asensio decía en el siglo XVI al Rey D. Felipe II, «*que era la imagen más antigua de España, fuera de la de El Pilar de Zaragoza*».

En una Exposición del Cabildo de Lugo al Papa, en el siglo XVII—año 1655,—manifestaba aquél «*que era patrona de la Catedral desde el tiempo de los Apóstoles*». El P. Risco lo confirma, y dice que «*en los tiempos remotos se llamó* NUESTRA SEÑORA LA GRANDE, *y que desde el año 1564 se nombra* LA VIRGEN DE LOS OJOS GRANDES». Es de piedra, y manifiesta, en su talla, ropaje y otras particularidades, muy notable antigüedad. En un memorial dirigido al Rey por el obispo y cabildo en el año 1759, se lee lo siguiente: «*La venerada imagen de los Ojos Grandes, según tradición y las Historias, es obra de las Manos Apostólicas del glorioso Apóstol Santiago; venérase en esta Santa Iglesia, con singularísima devoción de los fieles; es tan riguroso su patronato y protección, que cuando entra algún Capitular á la posesión de su prebenda, jura antes que no enajenará en ningún tiempo la Capilla de la Divina Reina.*»

de su Sede Episcopal: «*Cujus Eclesiæ sen sedes venerabilissima dignoscitur esse fundata in Urbe Lucensi provineid Galliciæ ab ipso initio prædicationis Apostolicæ primitivæ Eclesiæ*». Este privilegio confirma el testimonio de Idacio, en su *Cronicón*, hablando en el siglo V de Agrestio, obispo y metropolitano de Lugo; y, en fin, la misma verdad se halla testificada en otros documentos de aquella índole de los siglos VIII y IX expedidos por los reyes D. Alfonso II y D. Alfonso III y en las Memorias de la Catedral, (1) á las que hacen referencia autores tan respetables como Acuña (2) y el doctor Erceximenez (3) al traducir del latín las palabras del ya citado privilegio de Ordoño II; y así mismo, manifiestan que sólo al Apóstol Santiago pueden hacer mención dichas palabras, Lobera, (4) D. Mauro Ferrer (5), Aranda (6), el doctor D. Juan Pallarés (7), Zapata (8) y otros que sería prolijo el enumerar. En las referidas Memorias háblase también de la antigüedad de la Catedral de Lugo y la especial devoción que por el Apóstol Peregrino se tuvo siempre en aquel templo católico rindiéndole culto, desde tiempo inmemorial, como á su patrono; y en las frases que el Cabildo dirigió al Papa Urbano VIII en 8 de Mayo de 1631, cuando éste declaró por patrona de España á Santa Teresa de Jesús, lo manifestó así; esta manifestación hubo de influir tanto en el espíritu del Papa, que éste, meses después, revocó el Breve en el primitivo sentido (9).

---

(1) De estas memorias, su época y su objeto, nos hemos de ocupar extensamente en el curso de este estudio.

(2) Su trat. de Primatu Brachar.

(3) Predicación de Santiago.

(4) Historia de San Froilán.

(5) Historia de Santiago.

(6) Epitome de la vida de Santiago.

(7) Historia de Santa María de Lugo.

(8) Compendio.

(9) «Porque en esta Santa Iglesia—dice el documento á que nos referimos—tenemos particular devoción de defender dicho Patronato, por haber sido el Santo Apóstol fundador de ella.»

Creemos innecesario el hacer nuevas citas. Muy autorizadas son las que dejamos expuestas y, á decir verdad, ellas bastan con suficiencia, para dejar el ánimo sin duda alguna acerca de lo preinserto.

Debe tenerse en cuenta, que en hechos acaecidos á tan larga fecha no se puede llegar á una afirmación rotunda, dicha sin reservas. Lo impide, entre otros motivos, el caótico estado en que el mundo se encontraba, debido á causas de índole muy diversa, en los primeros años de la Era cristiana. Y en aquellos días de perturbación no han podido obtenerse más noticias que las que fueron transmitiéndose unas á otras las generaciones y que, á no dudarlo, han sido la base de las que nos suministraron los escritores que mencionados dejamos, y los documentos á que nos hemos referido.

La naciente religión.

¿Cómo desenvolvióse la naciente religión? Sólo conjeturalmente se puede responder á esta pregunta.

Hay, sin embargo, algunos datos que, á creerlos auténticos, obliga la clase de personas que hacen de ellos cita, que facilitan el medio, y no en forma desusada, de llegar á inquirir aquellos extremos que, por su determinada índole, merecen muy especial consideración.

Sábese, de manera que es garantía de su certeza, que en los primeros tiempos del Cristianismo los emperadores romanos dominaban, casi por completo, la Península ibérica y, además, no escasa parte del mundo conocido. Asimismo ha llegado hasta nosotros la noticia, también sólidamente contrastada, de que su política era de amplia tolerancia con respecto á las creencias religiosas y á las costumbres de carácter mundano establecidas en aquellas regiones que á la fuerza, en ningún otro tiempo igualada, de sus armas se rendían.

La religión que debía tener tendidas grandes raíces en Gali-

cia—raíces que á buen seguro se extenderían á España entera—era la druídica. Antes de la llegada del hijo de Zebedeo, esta religión debió venir á ocupar tierras españolas, importadas por los navegantes fenicios, que durante no corto espacio de años mantuvieron continuas relaciones, estrechos lazos de unión entre los habitantes de las islas británicas, en donde radicaba el druidismo, y los que entonces poblaban el suelo galiciano.

En lo que antecede señálase el origen de que á determinados lugares, á esos lugares en que los sacerdotes druidas entregábanse á las prácticas religiosas de su culto, se les conociese con el nombre de *lucus*. Estos *lucus*, bosques sagrados en donde la Naturaleza mostrábase exultante y como deseosa de gustar del halago de la veneración, han debido su causa de la etimología del nombre, ya entonces latinizado, que tenía la capital del convento-judírico-lucense.

Varias son las versiones que existen acerca del proceso etimológico de esta palabra. Cree Moya que *Lucus Augusta* quiere decir selva ó bosque consagrado á algún dios de los gentiles por Augusto César, cuyo título se contrae del idioma latino, el cual, romanceado, quedó en Lugo. El Padre Risco, historiador que goza de merecida autoridad, manifiesta que la actual ciudad estaba en la región que habitaban los llamados *caporos*, de origen céltico; pero declara que la antigüedad de Lugo no puede, de manera justa, precisarse. «El nombre latino *Lucus*—dice,—con distintos adjetivos, se hizo muy común después de la conquista de los romanos, y se halla en la Germania, en la Galia Narbonense, y en otros pueblos. *Lucus* significa el bosque ó selva en que están muy espesos los árboles. Era también constante la antigua costumbre de los gentiles en la dedicación de los bosques á los dioses falsos que veneraban. Los romanos siguieron más que otros esta superstición, por lo que son tan frecuentes en su historia los *lucus* ó bosques que consagraron á sus dioses...»

Aun cuando este historiador declara que la antigüedad de Lugo no puede precisarse, porque para ello no existe dato que

merezca tomarse en seria consideración, sus palabras vienen á confirmar lo que Moya dice con respecto á la etimología del nombre de la que fué corte de los reyes suevos. El que otros pueblos tuvieran, como aún ahora alguno tiene, iguales nombres, ratifican, en todo, las autorizadas opiniones de aquellos escritores. No se escapa á lo natural, sino que lo pondera, el que en cada pueblo, hasta en el más apartado lugar, se rinda culto de veneración y de amor á los dioses á quienes sus habitantes, por haberlos elevado á la divinidad, adoran; y, por lógica consecuencia, este aserto robustece, de modo terminante, lo que dicho queda con respecto á los lugares sagrados, á los *lucus*, en que los profesos de la heterodoxia se reunían para rendir sus frentes á los ídolos, dando observancia á las reglas que, entonces, eran dominantes entre ellos.

Débese creer, y para creerlo así contamos con datos que dan firmeza á lo expuesto, que no otra circunstancia que la ya señalada es la que hace merced á Lugo del nombre que ostenta. Al ser la religión druídica la que profesaban los celtas anteriores á los romanos en Galicia, cuando se apoderaron los segundos de esta parte de España, y teniendo los druidas un *lucus* donde actualmente existe la ciudad, ó en lugar próximo á ella, está suficientemente explicado el que los dominadores del mundo, al fundar la capital del convento-judírico-lucense, le diesen aquel título, añadiéndole el del emperador César Augusto; esto es lo más lógico, lo más ajustado á la razón, teniendo siempre en cuenta las noticias que han dejado escritas autorizados historiadores de los primeros tiempos en que floreció el Cristianismo.

Se escapa del amplio límite que demarca lo posible la afirmación que, en forma rotunda, algunos hacen de que en el albor ear del primer siglo de la Era cristiana existieran iglesias públicas en las que se rendía culto á la naciente religión. A pesar de su grande espíritu de tolerancia y de respeto hacia las costumbres establecidas, que animaba á los emperadores romanos, no puede creerse, aun colocándose en una zona optimista, que

éstos consintieran libertad á una doctrina que puguaba con la que había conformado sus conciencias, con aquella, druídica ó gentílica, que regía sus actos y regulaba sus ideas, y era la que guiaba sus vidas.

La religión católica, en este período de tiempo, no mostrábase á la luz. El motivo de que esto así sucediera, estriba en que, para la seguridad personal de los que la sustentaban, era necesaria la sombra, el misterio. Luego, como se ve, la tolerancia no era más que un ardid de que se valían los que dirigían al pueblo para congraciarse con ellos, para que les otorgasen confianza—una confianza que iría á aumentar su fuerza y á acrecentar su poder.

Los primeros cristianos reuníanse silenciosamente, sin pompas ni grandezas, para practicar las nuevas ceremonias religiosas. *Casa* ó cenáculo llaman las Memorias de la Catedral de Lugo al local en que Santiago el Mayor congregaba en Lucus-Augusta á los que oían sus palabras y aceptaban sus doctrinas. Casa ó cenáculo que, en el correr del tiempo, se fué ensanchando, ampliando, en forma de templo, hasta llegar á convertirse en lo que en la actualidad es. En ella germinó, sin nada que le restase vigor, la buena semilla que sobre la tierra dejó profusamente esparcida el Apóstol, y que fué la base, el plinto, en que luego asentóse la iglesia y *Sede lucense*; en ella, á buen seguro, habrá consagrado y repartido el hijo del Zebedeo el *Pan Eucarístico*, de la misma forma, de igual manera, que lo vió consagrar y repartir á su Divino Maestro, revelando, á la vez, los misterios de la nueva religión del Crucificado á los que, entusiastas, le seguían; éstos, llenos de fervor, los practicarían, como ya los practicaban los cristianos de otros países ocultos en los yermos ó en las catacumbas, temerosos, con un temor que lo daba su fe, de que contra ellos pudieran adoptarse medidas de represión que les dejasen sin ser mártires conscientes de su despertada creencia...

La nueva doctrina vivió lánguidamente, trabajosamente. En aquellos sus primeros tiempos, sólo en sitios apartados y

en lugares desconocidos se reunían los que le rendían culto. ¿A qué debíase esta ocultación? La historia contesta á la pregunta. Aquellas páginas en que se halla inserta la respuesta, producen siempre honda huella en nuestro haber emocional. Su grandeza no puede demarcarse. De la misma manera alcanzan una zona no real los oprimidos que los opresores. El que mata por odio, como el que muere por amor, son fanáticos de aquel odio ó de aquel amor. Y el fanatismo, como todo sentimiento que no llega á una gradación común, hace que los hombres lleguen á héroes de una idea—de su idea.

Comenzó á perseguirse á los cristianos. Los emperadores romanos, que jamás habían sentido simpatía hacia la nueva religión, ejercieron, en contra de ella, su omnímodo poder. Nerón declaraba cruel guerra á las primeras congregaciones de católicos; y los soldados del imperio, á las órdenes de Vespasiano, saqueaban, quemaban gran parte de las ciudades de la Judea; y Tito se apoderaba de Jerusalén y lo destruía; y las persecuciones en los tiempos de Domiciano dan á la Iglesia Católica número incalculable de mártires; y el emperador Adriano, en su desapoderado deseo de vejar á los que sustentaban la doctrina del Crucificado, mandaba colocar en Belén, en el Calvario, y en el sepulcro de Jesús, varios ídolos del gentilismo.

Un hecho inesperado fué el valladar contra el que estrellóse el furor de los que, desde Roma, dominaban al mundo. Marco Aurelio, y las legiones que le seguían, después de batir, con desgracia, á los marcomanos y cuadros, se encontró en muy difícil situación. De esta situación—que á compás del tiempo que se tardaba en solucionarla crecían las dificultades para hallar feliz solución—le sacó un crecido número de cristianos, batiendo, en forma que sometían á dura prueba su ya probado valor, á quienes había envanecido un fácil triunfo. Estos, desorganizados ya por la alegría de la victoria, no pudieron resistir el brioso empuje de unos soldados que á la disciplina militar unían la aún mayor disciplina de la fe. Y la derrota

superó al momentáneo triunfo, y la huída les hizo correr más tierra de la que, peleando, habían ganado; que es viejo aquel popular aforismo que dice: «Toda espada á quien ayuda una cruz, vence la espada por la cruz.»

De este suceso parte el que no se volviese á perseguir á los cristianos que, merced á las órdenes que Marco Aurelio dictara, pudieron hacer pública su doctrina, sus ritos. Nada ya les estorbaba. Y en el período de tranquilidad que siguió, dióselo al catolicismo mayor amplitud. En todas partes se predicaba la verdad; hasta el más apartado lugar llegaba, embellecido por un verbo que iluminaba una luz que, por lo esplendorosa, diríase divina, lo que, en lugares que después han hecho santos los hombres, dijera el Crucificado.

Los *caporos,* como los demás cristianos de la Península ibérica, engrandecieron su culto, y á la vez que propagaban lo que á ellos les dijo el Apóstol Santiago, edificaron sobre la *casa ó cenáculo*, donde antes se reunían, el templo católico de la Consular Ciudad. Era éste, pobre, modesto, sin grandiosidad. La grandiosidad era la de los que le erigieron, que defendían su fe con su espada, y al romperse la espada presentaban su pecho...

Luciano Taxonera

RECUERDOS

Explicábamos en nuestro último artículo cómo el Rey don Amadeo había retirado su confianza al Ministerio conservador, y cómo había encargado la formación de nuevo Ministerio á D. Manuel Ruiz Zorrilla, el cual había vuelto de Tablada, y había sido recibido triunfalmente por sus amigos y por su partido.

Y formó Gobierno D. Manuel, y me llamó, y me rogó cariñosamente, que me encargase del ministerio de Fomento, que comprendía en aquella época Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio.

Conste que yo, ni directa ni indirectamente, había solicitado de Zorrilla ningún puesto ministerial.

Yo, para mí jamás he pedido nada ni á los amigos ni á los adversarios.

Ni una sola vez.

¡Jamás! ¡jamás! ¡jamás! Y aquí los tres jamases se aplican con verdad absoluta y sin la más ligera excepción.

Para los demás, alguna vez he pedido algo; para mí, nunca.

Jamás, y nunca he ido á la montaña: si la montaña me ha necesitado ó ha creído necesitarme, ella ha tenido que tomarse la molestia de venir á mí.

En este punto he sido superior á Mahoma.

Habrá sido dignidad ó indiferencia, ó acaso soberbia, ó timidez.

No digo por qué ha sido, digo lo que fué.

No nací, por lo visto, ni para pedigüeño ni para cortesano.

Pero esta vez, como la primera, mi querido D. Manuel vino á buscarme.

Ya en otros artículos, y á su tiempo, dije que Zorrilla fué para mí, desde que me llamó para darme la Dirección de Obras públicas, un amigo cariñosísimo y un protector espontáneo.

El se empeñó en hacerme ministro de Fomento, y, gracias á él, lo fuí.

Y si yo jamás pido nada, sé agradecer los beneficios que sin pedirlos se me conceden.

Pero, á poco de estar en Fomento, ya dije que la actitud de D. Manuel, respecto á mí, había cambiado.

Recelo, alejamiento, frialdad, isdiferencia, hostilidad acaso, habían ido sustituyéndose al cariño y á la amistad de los primeros tiempos.

¿Por qué? Lo he ignorado siempre, y tampoco puse empeño en averiguarlo.

Yo no di nunca motivo á sus desconfianzas, y no estaba en el caso de provocar explicaciones.

Supongo que la nueva actitud de D. Manuel obedecía á chismes, cuentos y malicias de la camarilla que le rodeaba, y en la que, si hubo personas dignas y simpáticas, no faltaron granujas y vividores.

Y á D. Manuel, que era una naturaleza noble, se le engañaba fácilmente.

Con que se le presentase cualquier individuo haciendo alardes de patriotismo y contando imaginarias persecuciones de los moderados, no tenía que esforzarse mucho para ganar la confianza de Zorrilla.

Pues estos tales vendrían á mí pidiéndome destinos, y yo no

podría dárselos, entre otras razones, porque no podía quitar los recomendados de Zorrilla.

Y ellos irían con el cuento á D. Manuel: «Basta que usted recomiende algo, para que no se haga en aquella casa; mal le paga á usted lo que le debe el nuevo ministro; qué ingratitudes, D. Manuel; en Fomento ya van prevaleciendo las recomendaciones de los moderados; dentro de poco, su protegido de usted será un nuevo resellado.» Y así sucesivamente.

Yo no he oído nada de esto, pero lo supongo, y lo doy por cierto como si lo hubiera oído, y hasta podría señalar los nombres de los individuos.

Y lo que siempre sucede: al principio, D. Manuel no haría caso; luego prestaría atención, y, al fin, concluiría por creerlo.

La eterna gota de agua y la eterna piedra corroída.

Esto ha sucedido siempre, y seguirá sucediendo, y es natural que suceda, porque la naturaleza humana no es pétrea, y aun siéndolo, la gota de agua la socavaría.

Pero yo seguí indiferente, siempre cariñoso con D. Manuel, siempre agradecido, siempre leal, y prescindiendo de sus frialdades.

Al dividirse el partido, á su lado estuve.

Nada le pedí en su primer Ministerio.

Al caer, con él seguí, y en la prensa, y en los *meetings*, y en todas partes, con Zorrilla estuve desinteresadamente, como lo estuve con Martos: con Zorrilla y con Martos.

Esta conducta mía, yo sé que hizo mella en D. Manuel Ruiz Zorrilla; ello es que volvió á ser para mí lo que había sido: un buen amigo simpático y cariñoso.

Por eso me rogó que aceptase la cartera de Fomento.

* * *

Formé parte, pues, del nuevo Ministerio, que había de ser el último de D. Amadeo.

Como no quiero tomarme el trabajo de consultar *Gacetas*

ni documentos, no podría enumerar aquí los nombres de los demás ministros.

Pero de algunos conservo perfecto recuerdo.

Entró Montero Ríos en Gracia y Justicia, con la gran autoridad y el gran prestigio que ya entonces tenía, á continuar su gran obra democrática, tan honda y tan fecunda.

Entró Martos, ¿en qué Ministerio? ¿En Gobernación ó en Estado? No lo recuerdo bien; me parece que fué en Gobernación.

Entró Becerra en Ultramar.

Beranger, en Marina.

Ruiz Gómez, en Hacienda.

Y el General Córdova, en Guerra.

Ya he dicho que yo me encargué de la cartera de Fomento.

Y aquí empiezo una nueva etapa política.

Sin mucha confianza en la situación, porque no se me ocultaban sus peligros.

Sin mucha fe en el porvenir, lo cual me valía los enojos cariñosísimos de D. Manuel.

—Hágase usted uniforme—me decía siempre que teníamos que aparecer en público.

Y yo le replicaba:

—¿Para qué he de hacer ese gasto, D. Manuel? Un uniforme cuesta mucho, y yo no tengo dinero, y de todas maneras, no creo que por mucho tiempo tenga ocasiones de lucir el uniforme.

—¡Hombre de poca fe!—me decía Zorrilla.—Sin mucha fe y mucho entusiasmo no se hace nada en el mundo.

—Está bien—le replicaba yo;—con fe y con entusiasmo se hacen muchas cosas, pero no se hacen uniformes.

Esta cita de indumentaria ministerial prueba que me hacía cargo de las dificultades con que teníamos que luchar.

Sublevación separatista en Ultramar.

Guerra carlista en la Península.

Los cantonales en puerta.

El partido conservador, profundamente agraviado, y marcándose en muchos de sus hombres la evolución hacia D. Alfonso.

Nuestro partido, sin grandes entusiasmos por el Rey.

Y el Rey, dolorido y sin esperanzas en la política española.

Todo esto lo veía yo con perfecta claridad y aun dejaba de ver otras complicaciones que fueron surgiendo.

Y no hablo del estado de la Hacienda, porque esa fué enfermedad crónica, que se prolongó, con amenazas de muerte, hasta las reformas de Villaverde.

¿Cómo, pues, había de tener yo esperanzas en el porvenir de aquella situación?

A pesar de todo, aquel Ministerio hizo cuanto pudo y realizó una obra gloriosa en el breve espacio de su existencia.

Basta citar, entre otras reformas, la abolición de la esclavitud.

Con este título le basta para presentarse lindamente ante la Historia.

Instituciones, Gobiernos, formas administrativas, oleaje superficial de política, todo esto pasa.

Abolir la esclavitud; lavarnos para siempre de esta mancha, esto queda; y será una gloria imperecedera del partido liberal, y fué empresa que estorbaron, por todos los medios, los conservadores de entonces, acudiendo hasta á la calumnia y al insulto.

Y sobre esto ya citaré un episodio curioso.

***

He dicho que entré en el Ministerio sin mucha fe, y tampoco entré con mucho afán.

Ya había sido ministro; ¿qué me importaba serlo por vez segunda?

Ni gran honra ni gran provecho.

Desde que salí del Ministerio, á la llegada de D. Amadeo,

mi situación económica modestamente se había consolidado, porque, como ya he dicho indiqué ocasión, mi amigo y compañero Gutiérrez Calleja, espontáneamente me ofreció el cargo de Director en la Compañía del ferrocarril de Cáceres.

Con el sueldo de dicho cargo y con la cesantía de ministro, mis necesidades, que siempre han sido modestas, quedaron completamente aseguradas.

Y, por de contado, una comodidad y una independencia que no iba á tener, seguramente, en el ministerio de Fomento.

Poco trabajo, y éste, puro trabajo profesional.

Alguna visita á las obras, el cálculo de algún puente, alguna que otra Memoria y cosas por el estilo.

Mis aficiones dramáticas dormitaban: en todo este período ni escribí ni pensé escribir ningún drama; los que antes había escrito, aquellos primeros ensayos de que ya he dado cuenta á mis lectores, permanecían archivados, y yo casi no me acordaba de ellos.

En cambio, seguía leyendo obras de matemáticas y de física matemática, como hoy mismo las sigo leyendo, afición inextinguible.

También escribía artículos sobre teorías modernas de la Física, en cuya labor no he cesado desde entonces; como que he publicado, sólo en el *Diario de la Marina*, más de setecientos artículos de ciencia popular.

Pues con todo esto tenía para vivir tranquilo y casi me atrevería á decir feliz, si no fuera palabra excesivamente ambiciosa en labios de un sér humano.

La política me ocupaba, pero desde lejos.

Veía la corrida desde la contrabarrera, y me interesaba en las suertes y en las cogidas, pero satisfecho por no tener que bajar al redondel.

Quiero decir que, como no era diputado, no tenía que ir al Congreso.

Pero me llamó D. Manuel: formé parte del nuevo Ministe-

rio, y el laminador de la política me cogió de nuevo entre sus poderosos cilindros y ya no me soltó por algunos años.

***

Del período electoral nada recuerdo, ó recuerdo tan sólo que salí diputado por Quintanar de la Orden y además por Madrid.

Aunque me esté mal el decirlo, tenía yo, por entonces, en el partido Zorrillista muchos amigos y mucha popularidad.

Si una trenza y un quemadero me hicieron ministro por primera vez, casi me atrevería á decir que el oreo del palacio de Oriente me hizo ministro por vez segunda, contando en ambos casos, desde luego, con D. Manuel Ruiz Zorrilla, que siempre fué para mí un amigo cariñoso, salvo el pequeño eclipse de que he hablado otras veces, y con Martos, que siempre fué un amigo del alma y sin ningún eclipse.

Y tuve dos actas, sin pedir ninguna. Y sin ningún esfuerzo, sin enterarme casi.

¿Cómo hicimos aquellas elecciones?

La verdad es que no me acuerdo: las haríamos probablemente como se hacían todas las elecciones por entonces.

De seguro que no fueron peores, que las de Sagasta y Romero Robledo contra nosotros.

Muy blandas no debieron ser, porque Sagasta, nada menos que Sagasta, que era ya por entonces una figura de primer orden, el rival de Ruiz Zorrilla, el jefe efectivo de los conservadores de aquel período, el político de historia gloriosa, el gran parlamentario, con ser todo esto, no pudo salir diputado.

Acaso no se esforzó mucho por serlo, porque con su gran instinto político comprendería que estábamos en el principio del fin.

Pero ello fué que no salió diputado; cosa que á mí me asombraba.

He tenido yo inocencias inverosímiles en política.

—¿Comprende usted esto?—le decía yo á Martos. ¿No poder salir diputado Sagasta?

¿Pero qué diablo de elecciones estamos haciendo?

Y Martos, solemne, olímpico, me contestaba:—Hoy no sale Sagasta diputado, lo siento; pero en las elecciones anteriores no salió usted, y lo sentí más.

Son azares de la política: ¿si el cuerpo electoral rechaza los calamares, qué hemos de hacer nosotros? Por lo demás, estas elecciones que dirigimos, crea usted que son un modelo de legalidad.

Pero yo, con una candidez impropia de mis años y de la experiencia que ya iba teniendo en política, encontraba muy extraño y hasta escandaloso, que un hombre de la importancia de Sagasta no hubiera salido diputado ó que no le hubiéramos dejado salir.

Y mi extrañeza y mi asombro crecieron de punto cuando la expulsión de Sagasta del nuevo Parlamento se acentuó, por decirlo así, en la siguiente forma.

Yo tenía dos actas: la de Quintanar de la Orden y la de Madrid. Naturalmente, por Madrid opté, y habían de celebrarse, por lo tanto, segundas elecciones en Quintanar de la Orden.

Por aquellos días vinieron á decirme que, aprovechando esta coyuntura, Venancio González pensaba presentar á Sagasta en la vacante de Quintanar.

No me extrañó: lo encontré natural y justo, y aseguré á los que me traían la noticia, que nada tenía que decir de este proyecto; que yo no había de oponerme en manera alguna á la candidatura de Sagasta, y que, á ser preciso, la apoyaría.

Con esto no imaginaba hacer traición á mi partido ni á mis ideas; creía, por el contrario, realizar un acto de justicia, de decoro y de moralidad política, mucho más, teniendo en cuenta que Sagasta había de ser objeto de ataques enconados, y que lo leal y lo correcto era procurar que estuviera presente en el Parlamento para la defensa.

Así se lo dije también á Martos, que se echó á reir, y me dijo con tono profético:—Siempre he creído que era usted y había usted de ser un romántico.

Pero contaba yo sin la huéspeda, y la huéspeda eran los electores de Quintanar de la Orden.

Excitados con la derrota que habíamos sufrido en las elecciones anteriores, y aún más enconados con la lucha que á diario habían de sostener contra los amigos de Venancio González, protestaron como un solo hombre contra la candidatura de Sagasta, y una Comisión que representaba á todos los Comités del distrito, se me presentó manifestándome que combatirían á Sagasta, y que era inútil que se presentase, porque no saldría.

Yo procuré aplacarles y convencerles; procuré hacerles ver que sería un acto de generosidad amparar al enemigo vencido, proporcionándole medios de defensa, pero todo fué inútil.

Yo, sin duda alguna, y como había dicho Martos, era un romántico; pero mis amigos, los manchegos del distrito de Quintanar, no lo eran ciertamente.

—No se canse usted—concluyeron diciéndome.—Mucho le queremos á usted, y hemos de hacer todo lo que usted nos diga, menos elegir á Sagasta.

Señálenos usted otro candidato cualquiera, y de antemano nos comprometemos á elegirle; pero al gran calamar (así llamaban á Sagasta), á ése no le votamos aunque se empeñe todo el Gobierno; y al fin me despedí de ellos diciéndoles:—Pues hagan ustedes lo que quieran, que yo me lavo las manos.

***

Pasaron unos días, y volvió la Comisión á verme muy satisfecha.

—Ya tenemos candidato—me dijeron,—y no creemos que Sagasta se atreva á presentarse.

—¿Conque tienen ustedes candidato? Pues sea enhora-

buena;—ya saben ustedes que yo me lavé las manos hace días.

—Sí, señor, tenemos candidato, muy simpático por su familia, y además nacido en Quintanar; de modo que es del distrito, no es un cunero. Pero ¿no sabe usted nada? La verdad.

—Les aseguro á ustedes que no sé una palabra ni he vuelto á ocuparme en el asunto desde el último día en que tuve el gusto de verles.

—¿Y D. Manuel no le ha dicho á usted nada? Porque él conoce al candidato, y aprueba nuestra designación.

—D. Manuel nada me ha dicho; conque digan quién es el elegido, si es que yo le conozco.

Todos se echaron á reir.

—¡Ya lo creo que le conoce usted, como que es su hermano D. Miguel! El que escribe para el teatro, el que nació en Quintanar.

—¿Mi hermano? ¿Dicen ustedes que mi hermano Miguel va á ser el contrincante de Sagasta?

—No lo será, porque D. Práxedes no ha de presentarse; pero aunque se presentara, sería lo mismo.

—Pero si mi hermano es muy joven.

—Es mayor de edad, ya nos hemos enterado.

—Si él no se ha ocupado nunca de política.

—Ahora empezará á ocuparse.

—¿Pero es que le va usted á hacer la contra á su hermano?—me preguntaron.

—No lo permita Dios. Por delicadezas políticas no he de cometer un fratricidio.

Yo continúo lavándome las manos.

—Con eso basta; nosotros no necesitamos de nadie para sacar diputado á su hermano de usted.

Y en efecto; casi sin lucha salió mi hermano Miguel diputado por Quintanar de la Orden. Claro es que yo me alegré de su triunfo; pero siempre me pareció mal que en aquellas elecciones no hubiera salido diputado Sagasta.

*
* *

De aquel período electoral no recuerdo más que el episodio que acabo de referir; una mancha negra se extiende en mi memoria desde que entré por segunda vez en el ministerio de Fomento hasta que se abrieron las Cortes.

Algunos proyectos preparé en aquellos meses y algunos empecé á preparar.

Todo inútil, labor estéril; la política era más poderosa que toda reforma administrativa.

Nadie pensaba en Instrucción pública, ni en Agricultura, ni en Industria, ni en reformas financieras.

Todo era política, nada más que política: problemas que todo lo absorbían, corrientes que todo lo arrastraban, nubarrones que cerraban todo el horizonte, truenos lejanos de tempestad, visiones siniestras de sangre y de ruinas.

José Echegaray

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

AVILA [1]

«La Acrópolis conmueve como un altar abandonado», escribe Mauricio Barrés; lo mismo se puede decir de Avila. Es tan pujante la fuerza del nombre de Santa Teresa, que él domina la antigua ciudad de los Caballeros, y sigue reinando en sus murallas estériles y caducas. ¿Qué importa que la ciudad, demasiado grande, desparrame por sus calles desiertas á sus pobres diez mil almas, semejantes á fantasmas que no logran darla un remedo de vida? ¿Qué importan sus sombríos palacios inhabitados, sus iglesias desiertas, sus monumentos vacíos. Al ponerse el sol, cuando sus postreros rayos van á desaparecer tras los nivosos picos del Guadarrama, el recuerdo de la reformadora del Carmelo da á la ciudad una fulguración de apoteosis, la ciudad muerta llamea; verdaderamente, allí, y no en otra parte, debía nacer aquella virgen apasionada, en la que el sueño se mezcla á la acción, y en la que estos dos actos tan distintos se armonizan y se completan mutuamente.

Avila no es más que una tumba, pero una tumba iluminada por la luz de lo que fué. Sus ruinas son, por fortuna, verdaderas ruinas; felizmente, no las han restaurado los arqui-

(1) Publicamos en castellano estas impresiones, escritas por el ilustre director del Museo de Po, que han visto la luz en *El Mercurio de Francia*.

tectos arqueólogos. Ir á Avila, es realizar una peregrinación. Percíbese allí todavía el hálito de la Santa que exhala perfumes de flores, de nobles flores de poesía, es decir, de amor; de las capillas y de las iglesias que ella erigiera, medio derrumbadas hoy, surge una grandeza sublime, si la hubo, puesto que es el alma de España.

Avila es la expresión completa de esa alma española ruda, enérgica, concentrada. Es un amontonamiento de piedras en la soledad, una ruina erguida sobre una eminencia que se percibe de todas partes.

Desde lo alto de sus murallas, casi intactas todavía, domínase una región que parece eternamente devastada, ardorosa en verano, helada en invierno, que la envuelve y la sirve de marco. Añádase á esto la soledad, esa soledad que evoca la idea de la muerte, del aniquilamiento, del desprendimiento supremo, fondo del alma castellana.

Verdadera evocación del pasado, la altiva ciudad, construída en una eminencia en los tiempos heroicos, sirvió de centinela avanzado para vigilar al enemigo, para advertir su proximidad; el moro, en cuanto se acercaba, era visto desde los baluartesó desde las torres de la catedral, que formaban, por decirlo así, cuerpo con las murallas del recinto, y no podía acercarse sin que sus caballeros no cayesen sobre el infiel. Pero estos arrogantes varones, que descienden impetuosos de su roca, en la que en toda estación sopla y gime el viento en una eterna desolación, para defender su fe, sostienen con la misma energía sus prerrogativas y la dignidad real. En 1495 pronuncian la caducidad del cobarde Enrique IV de Castilla, y, justicieros implacables, alzan una imagen del indigno monarca, á la que despojan de la corona y quitan la espada.

Avila, llamada primeramente Avila de los Caballeros, por los que la ocuparon para combatir á los árabes; después Avila de los Reyes, cuando se convirtió en morada de los Reyes y príncipes castellanos, cambió una vez más de calificativo para tomar el de los Santos, debido á la sucesión de los ilustres

obispos que ocuparon su sede episcopal, y sobre todo á Santa Teresa.

No somos ni exégetas ni hagiógrafos; no pretendemos en modo alguno relatar la vida de la heroica mística; lo que solamente queremos indicar es la perfecta adecuidad que hay entre ella y los lugares que la vieron nacer, la melancolía desgarradora de los conventos en que vivió, de los monasterios en que estuvo.

Ni su casa ni su jardín, en donde con su hermano Rodrigo construía ermitas colocando piedrecillas superpuestas—y las piedras no faltan en Avila,—existen ya; en su sitio se edificó un convento de carmelitas, ocupado hoy—irrisión de las cosas humanas—por una biblioteca sin libros y un conservatorio de música, sin alumnos. La capilla que la era contigua—lébil consuelo—conserva algunos restos de la celda y el retrato de la santa. El retrato es precioso; no tiene nada de afeminado, ni mucho menos; las facciones y la expresión acusan lo que fué Teresa de Cepeda: un alma fuertemente templada, buena, noble, concentrada; siempre presta á la lucha, sin desearla, sin embargo; pero siempre dispuesta, como sus antepasados, de los que fué consecuencia y desarrollo, á cumplir con su deber, con todo su deber. Fuera de las murallas de la ciudad, al otro lado de un valle angosto que se aparta del recinto almenado, en el sitio de la antigua judería, en medio de ruinas y de miserables casuchas bamboleantes, de color de azafrán ó de polvo, según las horas del día, se alza el convento de la Encarnación, en donde Santa Teresa tomó el velo. En la fachada de la capilla del monasterio se halla esculpido el escudo de la familia materna de la muy enamorada, de los Alhumeda; esta palabra significa humo, en español. Las armas consisten en una torre envuelta en llamas, alusión á un hecho de armas de uno de los antepasados de la Santa, que huyó de un castillo al que los moros habían prendido fuego, gracias al humo provocado por el incendio. ¿No vió más bien aquí Teresa que, excepto el fuego, el amor, todo lo restante no es sino humo?

Vayamos en pos de Santa Teresa; la España de hoy no está tan lejos como pudiera creerse de la del siglo XVI para que no podamos hacerlo. Los seres, los lugares y las cosas han variado poco. Si Don Quijote y Sancho Panza son inmortales; si en nuestros días el caballero de la Triste Figura se viste en París; si su escudero, mucho menos transformado, sigue llevando la zamarra, el pantalón corto y la manta rayada al hombro, los castellanos viejos de Avila son como él.

Sigamos á la reformadora del Carmelo en sus viajes, cuando, saliendo de Avila, atravesaba las mesetas desnudas y pedregosas del Guadarrama, para ir á fundar ó visitar algún monasterio. En una galera, es decir, en un carrucho, cuyo fondo consiste en unas esteras sujetas por unas malas cuerdas, coloca uno ó dos pobres jergones, unas cajas desvencijadas, un recipiente con agua bendita, una estatuílla del Niño Jesús, una campanilla para tocar la hora de la oración, un reloj de arena para medir el tiempo de los diferentes ejercicios, dos ó tres pucheros para cocer en caso de necesidad los alimentos indispensables, y esto es todo. Cuando la campanilla sonaba, dice uno de los historiadores, el P. Ribera, todos los que iban de viaje, religiosos, sacerdotes, seglares, cocheros, criados, suspendían sus ocupaciones y guardaban silencio. Cuando la cosa era factible, pasaban la noche en las posadas. Antes de salir de la galera ó del vehículo, las religiosas se echaban los largos velos y se encerraban en una habitación separada, y una de ellas, designada como tornera, se quedaba junto á la puerta para recibir los encargos de afuera, sin turbar el recogimiento de las otras. Todas las mañanas, uno de los sacerdotes que las acompañaba, decía misa; después se entonaban cánticos compuestos por Santa Teresa.

Repetimos que estas cosas, que parecen tan lejos de nosotros, se las siente de cerca en los sitios y lugares en que ocurrieron.

Insistimos en que la España de hoy es siempre la España de antaño.

Santa Teresa no existe ya, por lo menos no existe en la tierra, pero el alma de su pueblo permanece inmutablemente la misma. Siempre sencillo, rudo y primitivo, bajo apariencias contradictorias, el castellano del siglo XX revela como sus antepasados las más puras aspiraciones idealistas, combinadas con lo á ras de tierra de la existencia. En Avila, si no se encuentra el Cristo de piel humana, de verdadera barba y verdadero pelo, de la catedral de Burgos, se encuentra su equivalente en cada una de sus iglesias y capillas; en su más humilde santuario se ve una estatua de la Virgen, vestida de pies á cabeza, con traje de seda y manto, velo de encaje en la cabeza, pañuelo bordado, devocionario y rosario en una mano, y un abanico abierto ó cerrado en la otra. En los oratorios, bajo la advocación de la Magdalena, se alza la efigie de la célebre penitente, con el rostro exornado por opulenta cabellera, afeites en las mejillas, collares al cuello, sortijas en los dedos, ataviada lujosamente; lo mismo ocurre con las mártires. Las vírgenes, las santas, tienen un guardarropa que envidiaría una reina, consistente en trajes y mantos de brocado y seda de lindos colores, bordados de oro, laminados de plata. Al lado de este lujo—nada es demasiado rico para la Madre de Dios y sus elegidos—en las casas de la orden de Santa Teresa, en ciertos aniversarios, en ciertas solemnidades, álzase en el centro de la nave un humilde catafalco, sobre el que se extiende un blanco hábito de carmelita, de pliegues rígidos, al que acompaña un rosario de cruz y medallas de cobre, y con velo negro de religiosa, bajo el que aparece una verdadera calavera. El español no busca el consuelo y la confortación sino en las esperanzas futuras; no ve el apaciguamiento de sus pasiones concentradas sino más allá de la tumba. Lo trágico es la característica de su sensación. Es siempre el hombre del primer movimiento, si no un impulsivo, por lo menos un instintivo, al que son extraños los matices y las complicaciones. En él es excesivo el resorte y súbita la relajación. Más accesible también á los sentidos que á las ideas, va á la acción sin vacilar.

Todo el mundo ha oído hablar de los pasos ó reuniones de estatuas doradas ó sobrecargadas de ropas que representan, reunidas, las escenas de la Pasión, paseadas en otro tiempo por las calles cuando las ceremonias de Semana Santa—no hablamos, por de contado, de las mascaradas, casi sacrílegas, de Sevilla,—en las que era muy difícil sustraer al furor popular las que figuraban ser verdugos de Cristo, así como á los desgraciados que las llevaban.

Si los pasos salen ya poco en las Bastillas, el español, siempre sediento de ceremonias fastuosas, tiene necesidad—al lado de las corridas de toros—de los esplendores de las procesiones religiosas, tan frecuentes todavía, con sus largas teorías de frailes y de cofrades ocultos bajo burdos sayales y capuchas, seguidos de apretadas filas de sacerdotes con pesadas dalmáticas de terciopelo y seda, cuajadas de oro y pedrerías, con reflejos evocadores de Bizancio.

Pero todo esto no es más que un recuerdo. Avila duerme con profundo sueño; sus nobles, guerreros y batalladores yacen bajo las losas de las iglesias; sus santos y santas, bajo el pavimento de los claustros de sus monasterios; su catedral no la custodian ya sino las estatuas de piedra de hombres velludos vigorosos y gruesos que se yerguen en el pórtico; pero si los atrios no ven ya circular por sus losas á los altivos caballeros de antaño, están hoy obstruídas—es de otra parte el único lugar de la ciudad que no está desierto—por mendigos arrogantemente embozados en sus capas agujereadas, con el rostro medio oculto por el embozo deshilachado que sube hasta los ojos y las orejas, harapos descoloridos alternativamente por la lluvia y el sol. Tranquilos y dignos, insensibles á las privaciones y á la pobreza, sin esperanza y casi hasta sin deseo de salir de ella, sin aspiraciones hacia una suerte mejor, filosófos austeros, convencidos de que el trabajo es inútil y envilecedor, parecen pensar que la miseria, altivamente llevada, es una especie de sacerdocio.

No solicitan piedad—que no es, por lo demás, un sentimien-

to español;—piden solamente una limosnita pequeña, lo que no es lo mismo, ni mucho menos, y á la que juzgan tener derecho.

Desde lo alto de la torre de la catedral se descubren, hasta perderse de vista, las mesetas rocosas del Guadarrama, los montículos y escarpaduras en donde aquí y allí se ven unas cabras héticas junto á las breñas; en ese laberinto de terrenos convulsionados tratamos de adivinar, sin conseguirlo, los senderos que la niña Teresa tomó con su hermano Rodrigo—el confidente de sus anhelos—para llegar al país de los moros y alcanzar en él la corona del martirio.

Pero en un momento dado tenemos que dejar Avila, la expresión más completa de la inflexibilidad de España, de la exaltación producida por la severidad de los lugares, lo trágico del medio... y en el tren que nos lleva pensamos con tristeza que tal vez no volveremos nunca.

Paul Lafond

CAROLINA CORONADO

SU VIDA Y SUS OBRAS

Al comenzar el año 11 del siglo xx (el día 15 de Enero), víctima de una congestión pulmonar, entregó su alma á Dios, en el histórico palacio de la *Mitra* de Poço do Bispo, inmediato á Lisboa, la poetisa más tierna é inspirada del siglo xix, casi todo el cual abarcó su vida, puesto que vino al mundo en los primeros lustros de éste, según reza la siguiente partida de bautismo:

«En la Villa de Almendralejo, día diez y siete de Diciembre de mil ochocientos veinte: Yo el infrasquito Theniente de Cura de su parroquial Iglesia, bauticé y puse los Santos Oleos, según la forma del Ritual Romano, á Victoria Carolina, que nació el día doce del expresado mes: Hija legítima de D. Nicolás Coronado y Gallardo, natural de Villanueva de la Serena, y D.ª María Antonia Romero, de esta vd. Nieta Paterna de D. Fermín Coronado, natural de la V.ª de Campanario, y D.ª María del Carmen Gallardo Pacheco, natural de Villanueva: Materna de D. Pedro Romero de Tejada, natural de Nieva de Cameros, Obispado de Calahorra, y de D.ª María Falcón, natural de esta Villa. Padrino D. Uvaldo de Saez y Caballero, advertido el parentesco espiritual y demás obligaciones. Testigos D. Diego García de Sn Pedro y D. Pedro Ro-

mero, su abuelo materno, vecinos de esta V.ª, y firmé, Diego Fndez Cortés.»

Respecto á la casa en que vió la luz, se ha venido diciendo, hasta hoy, que fué en una situada á pocos pasos de la en que nació ó recibió los primeros cuidados Espronceda; pero en carta suya de fines del 910 me decía la propia interesada acerca de este punto: «Parece que un biógrafo ha dicho *que á quince metros de la casa donde había nacido Espronceda nació Carolina Coronado*. Es una equivocación; confundió la casa solar de mis abuelos, que está á esa distancia del Palacio de Monsalud. Yo nací en la casa de mis padres, propiedad hoy de mi sobrino el Marqués de Gallegos.»

Dicha carta, que está escrita con una letra clarísima y con un pulso impropio de los noventa años, fué motivada por otra mía, en la que le pedía noticias de sus relaciones sociales con Espronceda, para utilizarlas en el libro que acerca de este vate estaba yo concluyendo.

Y respecto á este interesante punto, también rectifica la egregia escritora cuantas leyendas se han forjado acerca de la amistad que tuvieron los dos paisanos.

He aquí las palabras de D.ª Carolina:

«Yo no conocí á Espronceda porque no vino á Extremadura, y cuando me trasladé á Madrid con mi familia, ya hacía años que Espronceda había muerto. Entonces me leyeron los poetas del Liceo los versos que me había dedicado cuando se publicó mi oda *A la palma*.»

* * *

La infancia de la Coronado fué muy triste. Nacida en el mismo año del pronunciamiento de Riego, y en plena época liberal, cuando apenas empezaba ella á enterarse de las cosas, se desarrollaron las conjuraciones absolutistas, y vino á España el Duque de Angulema con *los cien mil hijos de San Luis*, en auxilio de Fernando VII, que destruyó de una plumada el

régimen constitucional; inaugurando la segunda etapa del absolutismo con los suplicios de Riego y el Empecinado, y con un auto de fe en Valladolid. La persecución de los reaccionarios contra los liberales no reconoció límites, y como el padre de Carolina era de ideas avanzadas, fué víctima de las iras de aquéllos, que le hicieron sufrir algunos días de cárcel.

Este acontecimiento hizo tal impresión en el alma de la amorosa hija, que dió origen á su adversión al *Deseado* y á que arraigasen en su corazón los sentimientos democráticos y patrióticos que reveló en algunos rasgos de su vida y en muchos conceptos generosos y elevadísimos de sus producciones.

Era muy niña aún cuando los autores de sus días trasladaron su residencia á Badajoz, y en esta capital recibió la instrucción primaria. «A los nueve años (dice uno de sus biógrafos), ya se ocupaba en aprender dócilmente las labores propias de su sexo; al lado de su madre recibía una educación la más brillante que el país permitía, y se distinguía de todas sus compañeras de la misma edad, por su perfección en el bordado, que constituía su pasión favorita, mientras que por las noches satisfacía, á hurtadillas, su vehemente afición á la lectura; pero no ya por esas lecturas recreativas que todos emprendemos por pasatiempo en nuestra edad infantil, sino por la de obras tales como la *Historia crítica de España, de Masdeu*, y las clásicas de nuestros poetas, hacia los cuales sentía una inclinación irresistible.»

En lo que se relaciona con la infancia de las eminencias, es achaque de casi todos los biógrafos querer adivinar lo que ni los propios interesados suelen recordar, y si unas veces aciertan, las más van extraviados.

A los nueve años no sabía escribir la incomparable cantora de *El amor de los amores*, pero sabía hacer versos; y como compusiera unos muy sentidos, á la muerte de una alondra querida, le sirvió de amanuense uno de sus hermanos. Esta fué la primera de sus composiciones que pasó al papel, y aquel

papel privilegiado, que recibió las primicias de la poetisa, fué la mortaja del ave.

Es de suponer que desde esta fecha continuaría ensayándose la sublime autora, y cuando tenía trece abriles se dió á conocer como un verdadero genio con su oda *A la palma*, que le valió un elogio de Donoso Cortés, en el periódico madrileño *El Piloto*, y el siguiente citado, saludo de Espronceda:

Dicen que tienes trece primaveras
y eres portento de hermosura ya,
y que en tus grandes ojos reverbera
la lumbre de los astros inmortal.
Juro á tus plantas que insensato he sido
de placer en placer corriendo en pos,
cuando en el mismo valle hemos nacido,
niña gentil, para adorarnos dos.
Torrentes brota de armonía el alma;
huyamos á los bosques á cantar;
dénos la sombra tu inocente palma
y reposo tu virgen Soledad.

Por aquel tiempo escribió Carolina á una amiga una carta en verso, en la que le decía, entre otras cosas:

Yo me siento violenta y comprimida
como el niño que hablar quiere y no sabe;
una cosa en mi alma está escondida...
vivo abrumada por su peso grave...
Un concierto suâve
escucho en mis sentidos,
cual si dentro de mí hubiera sonidos.

La fluidez y la naturalidad de estas frases no eran fruto de la reflexión ni del artificio; eran la expresión de la misma poesía, que brotaba espontánea y á raudales de su alma y se desbordaba en cuanto escribía.

Sin salir de Badajoz, é inspirándose en las bellezas de sus cercanías, en el Guadiana y en el Gévora, en los seculares bos-

ques, en los extensos encinares, en las flores y en los pájaros, en el cielo extremeño, y, en una palabra, en los encantos de la naturaleza, que llegó á sentir y á interpretar como pocos, consiguió Carolina Coronado, sobre todo después de publicado *El amor de los amores*, una reputación que eclipsaba á la de las grandes escritoras de la corte, donde sólo había una que pudiera competir con ella: Gertrudis Gómez de Avellaneda; pero ésta, como dijo un contemporáneo suyo, no era una poetisa, sino un poeta. La primer poetisa del siglo era la Coronado.

D. Juan Valera decía á este propósito, en su *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX:* «En el siglo XIX hubo varias poetisas, y no puedo menos de citar y de encomiar aquí á las dos más egregias. Fué una D.ª Carolina Coronado, cuya inocente candidez, combinándose con un vivísimo sentir amoroso, semiterrenal y semimístico, presta pasmoso hechizo á algunas de sus composiciones. Allá en su juventud primera, en el tránsito de la niña á la mujer, en la esquiva soledad de los campos y á orillas del Gévora, se diría que la musa extremeña evocó al genio del amor con más virtud teúrgica que le evocó Yamblico en las fuentes de Gadara. *El amor de los amores* es un idilio suave y lleno de misterios. Su irreflexiva espontaneidad hace que parezca sobrehumano, inspirado por el amor mismo...

«Si prescindimos de Santa Teresa, cuya religiosa inspiración hasta en verso la encumbra sobre las demás, nunca habíamos tenido tan inspiradas, elegantes y originales poetisas como D.ª Carolina Coronado y D.ª Gertrudis Gómez de Avellaneda. Ambas descuellan por su indisputable mérito, sin que atine yo á declarar cuál de las dos merece ser preferida. Creo á la Avellaneda más diestra... pero, en cambio, es la Coronado más sincera, más espontánea, más original á veces, y siempre más mujer, ó sea menos parecida en cuanto escribe á los hombres poetas, representando, en suma, más distinta y exclusivamente el eterno femenino.»

Al mismo tiempo que á sus aficiones literarias, daba expan-

sión la Coronado á sus sentimientos liberales, y, á ejemplo de D.ª Mariana Pineda, y sin arredrarle el suplicio de ésta, bordó una hermosa bandera, en 1838, para un batallón de voluntarios que la capital de la baja Extremadura mandó á luchar contra las huestes carlistas. La Diputación pacense le dió las gracias en un oficio, donde se leía este párrafo: «No le es dado á la Diputación recompensarla, porque sabe que el mayor premio para usted será que los valientes á quienes sirve de guía recuerden, al regresar á sus hogares, cubiertos de laureles, la mano delicada que bordó el emblema por cuya defensa derramaron su sangre.»

A este oficio acompañaba una sortija de brillantes que llevaba en el reverso el nombre de la ilustre patriota.

En 1844 estuvo por primera vez en Madrid, donde se había publicado la primera edición de sus poesías en 1843 (1), con un prólogo del eximio Hartzenbusch, y donde era ya conocida y admirada. Una enfermedad nerviosa, que la tuvo baldada algún tiempo, la obligó á visitar el pueblo de El Molar, cuyas aguas le recomendaron los médicos, y desde El Molar pasó á la corte, donde permaneció sólo unos días, y en la que desvaneció la falsa noticia de su muerte, que había circulado con motivo de aquella enfermedad, produciendo un clamor unánime, que puso de manifiesto las grandes simpatías de que gozaba, entre las personas más cultas y notables de entonces, é hizo escribir á Campoamor unos versos dirigidos á Nicomedes Pastor Díaz, en que se expresaba así:

Aún el pesar me asesina
de cuanto aquí, por muy cierto,
se dijo de Carolina,
que ¡Dios nos libre! había muerto.

Entonces, y como consecuencia del efecto que le causó el

(1) En la imprenta de Alegría y Charlain, Cuesta de Santo Domingo, 8.

conocimiento de tal noticia, se dice que escribió su primera novela *Dos muertes en media vida,* no en *una vida* como, repiten sus biógrafos.

Antes de fijar su residencia en la coronada villa, y por lo tanto, de soltera, estuvo en Inglaterra, en Francia y en Suíza, y en 1849 pasó una larga temporada en Cádiz, acompañando á su hermana Matilde que, por prescripción facultativa, fué allí á respirar los aires marinos. Entonces fué cuando visitó Carolina el barco de guerra italiano que conducía los restos de Carlos Alberto y oyó misa en su capilla ardiente, visita que le inspiró la famosa carta (1), citada como modelo de párrafos largos, que empieza: «La mañana estaba muy nublada y las blancas torres de Cádiz parecían, en la obscuridad, fantasmas que salían del fondo de las aguas. Todos los buques habían bajado sus pabellones hasta mitad del asta en señal de duelo. *La Ferrolana* disparaba un cañonazo á que respondía con otro la batería de San Felipe, y aquellos hondos y prolongados ecos, que de tiempo en tiempo venían sobre las olas á estrellarse en la urna marítima del Rey Carlos Alberto, parecían los últimos gemidos de la libertad italiana.»

En 1850 se trasladaron á Madrid los padres de Carolina, la que, como queda dicho, había publicado, el 43, residiendo en Badajoz, la primera edición de sus poesías. La segunda edición, y creo que la última, apareció en 1852, año en que contrajo la poetisa matrimonio católico, el día 6 de Julio, con el Secretario de la Legación de los Estados Unidos, Mr. Horacio Justo Perry, elegante figura, hombre ilustradísimo y el diplomático más acertado é influyente de cuantos ha tenido su país en España.

La eminente escritora, que, desde las márgenes de Gévora, venía ya colaborando en los principales periódicos y revistas de España y de toda la América española, vino á residir en

(1) Que publicó *El Clamor Público* en su número del 30 de Setiembre de 1849, con el título de *Las cenizas de Carlos Alberto.*

Madrid cuando ya estaba instalado en el palacio de los Duques de Villahermosa, aquel glorioso Liceo que, por iniciativa de Fernández de la Vega, se fundó, en 1837, en su propio cuarto de la calle de la Gorguera, 13, 3.°, y que, después de trasladarse al principal de la misma casa, de éste á otro principal de la calle del León, 36; de aquí á la calle de las Huertas, frente á la Plaza de Matute, y en seguida á la casa llamada de *Balmaseda,* de la calle de Atocha, se acomodó definitivamente en la aristocrática morada, llegando aquí á su apogeo bajo las presidencias del iniciador Fernández de la Vega, del Duque de Gor, de los Marqueses de Pontejos y de Falces, del Duque de Osuna, de Roca de Togores y de Escosura. En aquellos espléndidos salones, á los que concurría lo más escogido de la villa del oso y el madroño, y en muchas ocasiones con asistencia de la Reina, el Gobierno y el Cuerpo diplomático extranjero, se celebraban los jueves solemnísimas veladas, juegos florales, conciertos y representaciones dramáticas, «en que brillaban alternativamente los antiguos campeones de la literatura y del arte, con los nuevos ingenios que surgían como por encanto en aquella época de luchas intelectuales y políticas».

La Srta. Coronado, que como mujer era arrogante y hermosísima, fué recibida por todos los talentos de aquella selecta congregación, con todos los honores que el suyo merecía, y aunque hacía una vida retraída y asistía á muy pocas sesiones, el Liceo le dedicó una de las más señaladas, obsequiándola con una corona de oro y laurel, en cuyas cintas se leían su nombre y el de la Corporación; debiendo de ser Zorrilla el que tuvo el honor de entregársela, á juzgar por estas frases de sus *Recuerdos del tiempo viejo:* «Allí (en el Liceo) coroné una noche á Carolina Coronado y presenté una mañana á Gertrudis Avellaneda.»

En el mismo Liceo se había estrenado con gran éxito, ante la Real Familia, en 1846, la comedia en dos actos *El cuadro de la Esperanza*, tercera producción teatral de Carolina Coronado.

A ésta le habían precedido las tituladas *Alfonso IV de León* (drama en tres actos, estrenado en Badajoz, con una ovación extraordinaria) y *Un Alcalde de monterilla* (drama en un acto, estrenado también en Badajoz con no menos halagüeño resultado), y le siguieron *El Divino Figueroa* (drama en tres actos) y *Petrarca* (drama lírico).

A la vez que la poesía y el teatro, cultivó Carolina Coronado la novela, dejándonos en este género las siguientes bellísimas creaciones: *Dos muertes en media vida*, *La luz del Tajo* y *Musiño* (inéditas y perdidas); *El banco azul* (empezada); *Filomena* (inédita y sin terminar); *Sira* (inédita é incompleta); *La Exclaustrada* (inédita); *Paulito* (inédita); *Harmina* (inédita, á excepción de algunos capítulos que se publicaron en *La Época*, de Madrid, y en *El Monitor de Extremadura*, de Almendralejo); *Jarilla* (impresa con doce ilustraciones en Madrid, en 1850 (1), traducida al portugués por J. P. de Costa Gonzálvez); *La Sigea* (dos tomos impresos en Madrid, en la tipografía del Colegio de Sordomudos, en 1854, traducida al francés por P. L. Imbert, y publicada en el folletín de *L'Espagne Nouvelle*, en 1873); *La rueda de la desgracia*, primera parte (publicada en el boletín de *La Epoca*, en Marzo de 1873; la segunda parte sólo está empezada); *Paquita* (publicada con un prólogo de D. Adolfo de Castro); *Adoración* (publicada también); *Luz*, primera parte (publicada en el folletín de *El Clamor Público*, de Madrid), y *El Pagaré* (publicada en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, y en *El Siglo Futuro*, donde apareció con el título de *El Oratorio de Isabel la Católica*).

Entre los artículos literarios y críticos de la clásica prosista, son dignos de especial mención: la *Biografía de la Avellaneda*, que va al frente de sus obras, y que vió primeramente la luz en el número 2.° del año V de la *Crónica Hispano-Americana*, correspondiente al 24 de Marzo de 1861; el *Prólogo* del li-

(1) Tip. de *El Semanario Pintoresco*, á cargo de D. G. Alhambra.

bro de Ventura Ruiz Aguilera, *La Erudita; España y Napoleón* (1). *Carta á los catalanes* (publicada en *La Regeneración*, el 27 de Febrero de 1864); *Paralelo de Safo y Santa Teresa de Jesús*, escrito en Sierra Jarilla, en Mayo del 48, y publicado en *El Semanario Pintoresco*, el 24 de Marzo de 1850. Varios artículos *sobre diplomacia* (inéditos); otros sobre *la abolición de la esclavitud en Cuba* (publicados en *La Regeneración* y en *La Discusión* en 1863); *Un paseo del Tajo al Rhin, descansando en el Palacio de Cristal* (publicado en *La Ilustración*, de Fernández de los Ríos, el 27 de Setiembre y el 2 de Octubre de 1851, y el 3, el 10 y el 24 de Enero y el 14 y el 21 de Febrero de 1852); *Anales del Tajo* (impresos en 1873 y traducidos al portugués por D. Arturo de Costa); *Cartas de Portugal* á *El Estandarte*, con motivo de la boda del Rey D. Carlos (publicadas en este periódico, en los números del 17 de Mayo y siguientes de 1886); *Carta á D.ª Emilia Pardo Bazán* (publicada en *El Liberal* y en *La Época*, en 1893), y *El suicidio de los niños* (publicado en *El Siglo Futuro*, el 6 de Febrero de 1896).

Si los trabajos en prosa han merecido los honores de pasar á otras lenguas, también muchas de sus poesías han corrido la misma suerte, pudiendo citarse, entre éstas, *El pájaro perdido*, que tradujo al inglés Mr. Bryant, y *El poeta del porvenir*, premiado en la *Exposición de Gacetas* de Londres, en 1870, que vertió al alemán el hispanófilo Fastenrath.

He dicho ya que D.ª Carolina contrajo matrimonio en 1852, con D. Horacio Justo Perry. De él tuvo tres hijos: María Carolina, que falleció en Madrid, en la flor de su vida, á los diez y seis años de edad, el 6 de Julio de 1873; Carlos Horacio, que subió al cielo el 3 de Noviembre de 1854, y está enterrado en la iglesia Catedral de San Isidro, en el muro de una capilla inmediata al crucero, y Matilde, que ha sido el angel bueno de sus padres, de los que no se apartó ni aun después de contraer nupcias con el noble prócer D. Pedro Torres Cabrera.

(1) Folleto impreso en Madrid. Tip. de Manuel Galiano, en 1861.

Contra lo que dicen los biógrafos que he leído, de que Carolina Coronado estuvo mucho tiempo ausente de España, en unión de su esposo, al que siguió en sus viajes diplomáticos, conviene hacer constar que, por no salir de España, abandonó el Sr. Perry la carrera diplomática, y que ni la una ni el otro se movieron de Madrid, desde el día en que se casaron hasta Agosto de 1873, año en que ocurrió la muerte de su hija Carolina, y, con el corazón lacerado, se trasladaron á Portugal, en cuya capital permanecieron hasta que Dios dispuso de ellos. Después de casados sólo visitaron juntos los Pirineos y algunas poblaciones lusitanas, aunque D. Horacio hizo repetidos viajes á Londres para asuntos particulares.

En 1860 habían comprado éstos la *Quinta de las Eras,* propiedad de los Duques de Riansares, que estaba situada en las afueras de la puerta de Alcalá, cerca de los Campos Elíseos, y en ella pasaban largas temporadas, cuando aún no había empezado á formarse el actual barrio de Salamanca.

Alguien ha dicho que en aquella quinta se guareció Castelar en la noche del 22 de Julio de 1866, suponiendo que los esposos Perry Coronado residían habitualmente en ella. Nunca residieron, sino temporalmente, en esta finca. Cuando se casaron, D.ª Carolina y D. Horacio se fueron á vivir á la calle de las Rejas, al palacio de Bassecur, enfrente del de la Reina Cristina, y desde aquí se trasladaron al cuarto de la calle de Alcalá, 43, principal, donde se celebraban las memorables reuniones literarias á que concurrían lo más escogido de la aristocracia, los hombres políticos de más valía y casi todos los ingenios españoles.

En este cuarto de la calle de Alcalá, 43, donde ya se había refugiado Caballero de Rodas, en 1858, fué donde Castelar halló seguro asilo, el triste 22 de Julio, juntamente con Martos, Becerra y Carlos Rubio, y donde también se ocultó el Marqués del Duero.

Cuando los esposos Perry Coronado estuvieron en la capital de la nación hermana, resueltos á quedarse en ella, y de-

seando habitar en casa propia, adquirieron, en 1874, ó sea al año siguiente de su llegada, el hermoso palacio de *la Mitra*, acerca del cual ha escrito Pedro de Répide:

«Ese alcázar episcopal que se alza cerca de la bahía de Lisboa, y es honra del Tajo, como la quinta de Pombal, que cantó Campoamor, yérguese magnífico y altivo, con la noble arrogancia de aquellos prelados de otra edad, grandes artistas y grandes señores, más prestos á veces para llevar el pendón á la frontera que no la capa al coro, y hacer tañer en sus festines músicas galantes y livianas. Ese palacio de invocaciones majestuosas, no podía tener habitante más digno que la egregia mujer que en él dejó pasar los años últimos de su vida y en él ha muerto después de haberse sobrevivido en su obra y aun en su existencia.»

Además del palacio de *la Mitra*, de Poço do Bispo, adquirieron otro, no menos soberbio (en 1879), el palacio de *Bessone*, de Poço d'Arcos, á orillas del Tajo y muy cerca de su desembocadura en el mar. En este segundo palacio falleció el Sr. Perry, el 22 de Febrero de 1891.

Al tratar de tan triste acontecimiento, han dicho los periódicos que, como D.ª Carolina no quisiera renunciar á la compañía del que tanto amó en vida, conservó embalsamado su cadáver cerca de un cuarto de siglo, conviviendo con él, á semejanza de D.ª Juana de Castilla con el de Felipe el Hermoso, hasta que, muerta ella, salieron juntos los dos cuerpos de la capilla del misterioso alcázar para ser sepultados en tierra extremeña. «La mujer poética venció en esta singular señora á la mujer poetisa. Se consagró románticamente al dolor, al culto del esposo muerto; pero fué más sublime que la hija de los Reyes Católicos. Esta andaba errante con el cadáver de su marido; la escritora insigne se encerró con el cadáver del suyo, sin profanarlo ni consentir que nadie más que ella lo mirara.»

La verdad de lo ocurrido, ha sido ésta: que, en previsión de traer el cadáver á España, D.ª Carolina consiguió del Go-

bierno portugués, por mediación del Ministro de los Estados Unidos, y del de España, Sr. Méndez Vigo, que se le condujera, embalsamado y en magnífico sarcófago, desde el palacio de *Bessone* á la capilla del de *la Mitra*, que quedó convertida en panteón y cerrada al culto. Esta no volvió á abrirse hasta que murió la inconsolable viuda, y se reunieron allí los dos cuerpos para ser conducidos al suelo español.

En medio de sus penas, y á pesar de sus años, la lira de la Coronado no enmudeció, y cuando alguna tristeza de la patria hería las fibras de su corazón de española, dejaba oir su eco en versos inspiradísimos y vibrantes, como éstos del himno que dedicó á los héroes de Baler:

¡Ah! si pudiera el español soldado,
á quien el mundo antiguo vino estrecho,
lidiar con el contrario pecho á pecho,
él hubiera en la lid siempre triunfado.

Mas en la lid, los héroes suprimidos,
¿qué pueden los valientes corazones?
La lid es entre bárbaros cañones,
que son los vencedores ó vencidos.

La caldera en los mares encendida
templa al monstruo de hierro sus broqueles,
y de victoria ciñe los laureles
su frente, por el humo ennegrecida.

Y ese es el monstruo que en el mundo impera,
haciendo su arsenal del Océano
y dando por destino al sér humano
atizar el carbón de su caldera.

. . . . . .

Poco después saludaba al siglo XX con un hermoso canto que empezaba:

Sí, sí, soy yo, que vivo todavía,
que sufrí de otro siglo los azares;
que siempre clamo por la Patria mía
y siempre lloro los perdidos lares.

Soy yo, que audaz á vuestro siglo avanzo,
ansiosa de admirar vuestros portentos;
pues de mi vida con el hilo alcanzo
para medir también vuestros talentos.

Y terminaba:

De vuestro siglo contemplé la aurora
si la gloria corona vuestro día,
ya nacerá en el siglo otra cantora
que ensalce vuestra gloria en su poesía...

Todavía, cuando la traslación de los restos de Espronceda al *Panteón de hombres ilustres*, evocó la vida y los triunfos de su inmortal paisano, en magistrales endecasílabos, y puede decirse que hasta el momento de expirar honró con su pluma á los periódicos y revistas de la región extremeña y á los principales diarios de la corte.

Mas su modestia era tan grande, que cuando se la quiso coronar, ya en los últimos días de su vida, se negó rotundamente á ello, y como algunos de los iniciadores insistieran en que aceptara el homenaje, les contestó resueltamente:

Una corona no; dadme una rama,
de la adelfa del Gévora florido,
y mi genio, si hay genio, habrá obtenido
un laurel más preciado que la Fama.

Digna hija de tal madre, por el talento y por la virtud, es D.ª Matilde Perry Coronado de Torres Cabrera, su compañera de siempre, su último amor, la que heredó el estro poético de D.ª Carolina, como puede apreciarse por el siguiente soneto que dedicó á ésta, el 12 de Diciembre de 1905, con el título de *Aniversario*, y que publicó entonces la *Revista de Extremadura*, firmada con el seudónimo de *Luz:*

Un año más hoy cumples de tu vida
Para mi bien, y prez y honra de España,
Que unánime en mis votos me acompaña
Por que sea esta fecha repetida.

De una generación esclarecida
Idolo fuiste de belleza extraña;
La crítica que en otros hoy se ensaña,
A ganar nuevos lauros te convida.
Yo nada tengo, madre, que ofrecerte,
Más que de ajeno huerto escasas flores,
Ni quiero con mis versos conmoverte.
Que renovar pudieran los dolores
En que pródiga siempre fué la suerte
Y anublaron mi vida en sus albores.

La lira de la Coronado tuvo todos los tonos del sentimiento y de la inspiración, desde los más delicados ensueños hasta la censura enérgica y la sátira amarga; supo cantar las bellezas del campo, las excelencias de los amores puros, los horrores de la guerra, las venturas de la paz, las vicisitudes de la patria, los dolores humanos y los goces divinos. Sus versos recuerdan las lamentaciones henchidas de pompa y majestad de Rodrigo Caro y la dulce y penetrante suavidad de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz. Sus composiciones *La Rosa blanca, Tú eres el miedo, Se va mi sombra, pero yo me quedo,* y tantas otras, la colocan en puesto preeminente del brillante Parnaso español.

Si ahora se me pregunta cuál es, á mi humilde juicio, la mejor producción de Carolina Coronado, me limitaré á recomendar la lectura de *El amor de los amores,* y su contraste con todas las de su género que se escribieron en el siglo XIX.

EL AMOR DE LOS AMORES

I

¿Cómo te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á ti, dulce amor mío,
Cuando lleguen al mundo las ofrendas
Que desde oculta soledad te envío?...

A ti, sin nombre para mí en la tierra,
¿Cómo te llamaré con aquel nombre
Tan claro, que no pueda ningún hombre
Confundirlo, al cruzar por esta sierra?
¿Cómo sabrás que enamorada vivo
Siempre de ti, que me lamento sola
Del Gévora que pasa fugitivo
Mirando relucir ola tras ola?
Aquí estoy aguardando en una peña
A que venga el que adora el alma mía;
¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña
La gruta que formé por si venía?
¿Qué tristeza ha de haber donde hay zarzales
Todos en flor, y acacias olorosas,
Y cayendo en el agua blancas rosas,
Y entre la espuma lirios virginales?
Y ¿por qué de mi vista has de esconderte?
¿Por qué no has de venir si yo te llamo?
¡Porque quiero mirarte, quiero verte
Y tengo que decirte que te amo!
¿Quién nos ha de mirar por estas vegas
Como vengas al pie de las encinas,
Si no hay más que palomas campesinas
Que están también con sus amores ciegas?
Pero si quieres esperar la luna,
Escondida estaré en la zarza-rosa,
Y si vienes con planta cautelosa,
No nos podrá sentir paloma alguna.
Y no temas si alguna se despierta,
Que si te logro ver, de gozo muero,
Y aunque después lo cante al mundo entero,
¿Qué han de decir los vivos de una muerta?

II

Como lirio del sol descolorido,
Ya de tanto llorar, tengo el semblante,
Y cuando venga mi gallardo amante,
Se pondrá al contemplarlo entristecido.

Siempre en pos de mi amor voy por la tierra,
Y creyendo encontrarlo en las alturas,
Con el naciente sol trepo á la sierra,
Con la noche desciendo á las llanuras.
Y hallo al hambriento lobo en mi camino
Y al toro que me mira y que me espera;
En vano grita el pobre campesino:
«No cruces por la noche la ribera.»
En la sierra de rocas erizada,
Del valle entre los árboles y flores,
En la ribera sola y apartada
He esperado al amor de mis amores.
A cada instante lavo mis mejillas
Del claro manantial en la corriente,
Y le vuelvo á esperar más impaciente,
Cruzando con afán las dos orillas.
A la gruta te llaman mis amores;
Mira que ya se va la primavera
Y se marchitan las lozanas flores
Que traje para ti de la ribera.
Si estás entre las zarzas encondido,
Y por verme llorar no me respondes,
Ya sabes que he llorado y he gemido,
Y yo no sé, mi amor, por qué te escondes.
Tú pensarás, tal vez, que desdeñosa
Por no enlazar mi mano con tu mano,
Huiré, si te me acercas, por el llano
Y á los pastores llamaré medrosa.
Pero te engañas, porque yo te quiero
Con delirio tan ciego y tan ardiente,
Que un beso te iba á dar sobre la frente
Cuando me dieras el adiós postrero.

III

Dejaba apenas la inocente cuna,
Cuando una hermosa noche en la pradera
Los juegos suspendí por ver la luna,
Y en sus rayos te vi la vez primera.

Otra tarde después, cruzando el monte,
vi venir la tormenta de repente,
Y por segunda vez, más vivamente,
Alumbró tu mirada el horizonte.
Quise luego embarcarme por el río,
Y hallé que el són del agua que gemía,
Como la luz mi corazón hería,
Y dejaba temblando el pecho mío.
Me acordé de la luna y la centella,
Y entonces conocí que eran iguales
Lo que sentí escuchando á los raudales,
Lo que sentí mirando á la luz bella.
Vago, sin forma, sin color, sin nombre,
Espíritu de luz y agua formado,
Tú de mi corazón eras amado
Sin recordar en tu figura al hombre.
Angel eres, tal vez, á quien no veo
Ni lograré, jamás, ver en la tierra;
Pero sin verte en tu existencia creo
Y en adorarte mi placer se encierra.
Por eso entre los vientos bramadores
Salgo á cantar por el desierto valle,
Pues aunque en el desierto no te halle,
Ya sé que escuchas mi canción de amores.
Y ¿quién sabe si al fin tu luz errante
Desciende con el rayo de la luna,
Y tan sola otra vez, tan sola una,
Volveré á contemplar tu faz amante?
Mas, si no te he de ver, la selva dejo,
Abandono por siempre estos lugares,
Y peregrina voy hasta los mares,
A ver si te retratas en su espejo.

IV

He venido á escuchar los amadores,
Por ver si entre sus ecos logro oirte,
Porque te quiero hablar para decirte
Que eres siempre el amor de mis amores.

Tú ya sabes, mi bien, que yo te adoro
Desde que tienen vida mis entrañas,
Y vertiendo por ti mares de lloro,
Me cansé de esperarte en las montañas.
La gruta que formé para el estío
La arrebató la ráfaga de Octubre...
¿Qué he de hacer allí sola al pie del río
Que todo el valle con sus aguas cubre?
Y, ¡oh Dios!, quién sabe si de ti me alejo
Conforme el valle solitario huyo,
Si no suena jamás un eco tuyo
Ni brilla de tus ojos un reflejo.
Por la tierra, ¡ay de mí!, desconocida,
Como el Gévora, acaso, arrebatada,
Dejo mi bosque, y á la mar airada
A impulso de este amor corro atrevida.
Mas si te encuentro á orillas de los mares,
Cesarán para siempre mis temores,
Porque podré decirte en mis cantares
Que tú eres el amor de mis amores.

V

Aquí tu barca está sobre la arena:
Desierta miro la extensión marina:
Te llamo sin cesar con tu bocina,
Y no pareces á calmar mi pena.
Aquí estoy en la barca triste y sola,
Aguardando á mi amado noche y día;
Llega á mis pies la espuma de la ola,
Y huye otra vez, cual la esperanza mía.
¡Blanca y ligera espuma transparente,
Ilusión, esperanza, desvarío,
Como hielas mis pies con tu rocío,
El desencanto hiela nuestra mente!
Tampoco es en el mar adonde él mora,
Ni en la tierra mi amor quizás existe:

¡Ay! dime si en la tierra te escondiste
O si dentro del mar estás ahora.
Porque es mucho dolor que siempre ignores
Que yo te quiero ver, que yo te llamo
Sólo para decirte que te amo,
Que eres siempre el amor de mis amores.

VI

Pero te llamo yo, ¡dulce amor mío!,
Como si fueras tú mortal viviente,
Cuando sólo eres luz, eres ambiente,
Eres aroma, eres vapor del río.
Eres la sombra de la nube errante,
Eres el són del árbol que se mueve,
Y aunque á adorarte el corazón se atreve,
Tú solo en la ilusión eres mi amante.
Hoy me engañas también como otras veces;
Tú eres la imagen que el delirio crea,
Fantasma del vapor que me rodea,
Que con el fuego de mi aliento creces.
Mi amor, el tierno amor por el que lloro
Eres tan sólo tú, ¡Señor Dios mío!
Si te busco y te llamo, es desvarío
De lo mucho que sufro y que te adoro.
Yo nunca te veré, porque no tienes
Sér humano, ni forma, ni presencia;
Yo siempre te amaré, porque en esencia
A el alma mía como amante vienes.
Nunca en tu frente sellará mi boca
El beso que al ambiente le regalo;
Siempre el suspiro que á tu amor exhalo
Vendrá á quebrarse en la insensible roca.
Pero cansada de penar la vida,
Cuando se apague el fuego del sentido,
Por el amor tan puro que he tenido
Tú me darás la gloria prometida.

Y entonces, al ceñir la eterna palma,
Que ciñen tus esposas en el cielo,
El beso celestial, que darte anhelo,
Llena de gloria, te dará mi alma.

Júzguese ahora de la fácil y elegante prosa de la castiza escritora por esta *Advertencia* que (firmada en San Ildefonso en 1853) puso al frente de su citada novela *La Sigea:*

«La primera parte de esta novela empecé á escribirla en 1849. La segunda la concluyo en 1853. En el transcurso de estos cuatro años han sucedido grandes cosas: han caído tronos, han pasado repúblicas, se han levantado imperios y se han puesto en comunicación las gentes de los dos polos por medio de unos alambres. Y si los pueblos, que necesitan, casi siempre, siglos para verificar sus revoluciones, han sufrido estos cambios, ¿qué no sufrirán los individuos, para quienes un nuevo día trae siempre una idea nueva?

Cuatro años no son mucho vivir, cuando esos cuatro años se viven en la infancia; cuatro años no son mucho tampoco, cuando esos cuatro años forman la primera estación de la juventud; pero cuando nos acercamos al otoño de la vida, y la vida es de mujer, esos cuatro años son un siglo.

Yo he leído con sorpresa la primera parte de mi novela, sin poder reconocer á la autora de ella, y juzgándola como si el yo de entonces fuese enteramente distinto del yo de ahora. Mi deseo (lo confieso) hubiera sido destruir lo empezado y no darle conclusión; porque antes, para escribir, me inspiraba audacia el saber que sólo el público indiferente había de leer mis escritos; pero ahora me acobarda la idea de que más tarde haya de leerlos mi hija.

No es mi deseo el que cumplo conservando las obras empezadas y dándoles conclusión para que se publiquen; es un deber que me hube impuesto de antemano, y del cual no puede eximirme otra razón alguna. Pero esta advertencia hará conocer al lector las dificultades con que he tenido que luchar en

la novela para dar unidad á sus dos mitades, construídas en distintas épocas.»

La magistral escritora quiso ser enterrada en el centro de esos mismos campos donde esperaba sobre una peña á que llegara el suspirado amante, y á los tres días de expirar, el 18 de Enero del 911, fué conducido su cuerpo, juntamente con el de su esposo, desde las márgenes del Tajo á las del Guadiana y el Gévora florido.

Tal acontecimiento constituyó una sincera manifestación de duelo, en la que tomaron parte todas las clases sociales de Badajoz, desde las intelectuales hasta las obreras.

Poco después de las siete de la mañana del día 19, llegaron á la ciudad española los dos féretros, acompañados por D. Pedro María Torres Cabrera, marido de D.ª Matilde Perry Coronado y por el sobrino de ésta, D. Rubén Landa Vas. Recibidos por numeroso y selecto concurso, en el que figuraban los parientes más queridos de la finada, se depositaron provisionalmente en la iglesia de la barriada de la estación, y á las cuatro de la tarde se les condujo al cementerio. Este acto fué solemnísimo; el comercio cerró sus puertas, y el pueblo asistió en masa, con todas sus representaciones.

Abría la marcha la banda municipal, seguida de los asilados del Hospicio y del clero, con cruz alzada. Detrás iba la carroza, con el féretro de D. Horacio Justo Perry, envuelto en la bandera de los Estados Unidos, y á continuación la que conducía el cuerpo de la eximia poetisa, en una caja de cedro igual á la del primero, cubierta de coronas, entre las que se destacaban la del Ateneo de Badajoz, organizador de la ceremonia, y el ramo de flores naturales que le dedicaba la Academia de la Poesía.

El duelo era presidido por el Sr. Torres Cabrera, y lo formaban los sobrinos de D.ª Carolina, D. Carlos y D. Alejandro Groizard y Coronado, D. Rubén Landa y Coronado y el Marqués de Gallegos, acompañados del Gobernador civil Sr. Martínez del Rincón, del Vicario capitular D. Mariano Gamero,

del Deán Sr. Serrano Checa, del párroco del Sagrario D. José Cano Gil, del Coronel de Infantería Sr. Romero, del Alcalde Sr. Galache Hoyuelos, del Diputado provincial Sr. López Prudencio, del Inspector de Sanidad Sr. González de Segovia, del Delegado regio de Fomento y de representaciones de la guarnición, del Instituto, de la Escuela Normal, de la Sociedad Económica, de la Granja Agrícola, de las Cámaras de Comercio y de la Propiedad, del Centro Obrero y de otras entidades.

La banda del regimiento de Gravelina cerraba el fúnebre cortejo, que siguió este itinerario: Estación del ferrocarril, puente de Palma, plaza de la Cruz, calles de Meléndez Valdés y Aduana, plaza de la Soledad, calles Arias Montano y San Juan, plaza de la Constitución, calle de Moreno Nieto y plaza de Minayo, hasta la capilla de San Sebastián.

Desde la iglesia de la Estación hasta la capilla de San Sebastián tardó la comitiva una hora. Rezados que fueron en ésta los responsos *Memento, Ne recorderis* y *De profundis,* se despidió el duelo y desfiló la concurrencia ante los dos cadáveres, que fueron conducidos desde allí al Camposanto, donde recibieron sepultura, á las cinco y media de la tarde, en los nichos señalados con los números 1.662 y 1.664.

***

Entre los más autorizados escritores que tributaron sus aplausos á Carolina Coronado, figura D. Emilio Castelar, y, para que la elegante pluma de éste indemnice al lector de la torpeza de la mía, terminaré reproduciendo algunos párrafos de los que le dedicó el gran tribuno en sus *Estudios literarios*.

«¿Cuál será (se preguntaba) la poetisa más perfecta? La que mejor conserve (se respondía) las cualidades de mujer en sus versos.» Y continuaba: «Pues bien, esta poetisa vive entre nosotros, y se llama Carolina Coronado.» Después, se expresaba de esta manera:

«No conozco poetisa que le aventaje en conocer la naturaleza de las pasiones, ni que le iguale en la delicadeza del sentimiento. D.ª Carolina Coronado tiene el talento peculiar, íntimo, de la poetisa. El artista, para levantarse á tan alto asiento, ha menester sentir en sí todas las bellezas de la naturaleza, y volar hasta las regiones más elevadas del pensamiento. Estos dos caracteres, profundamente poéticos, se encuentran en alto grado en D.ª Carolina Coronado. Si lo dudáis, leed su divino canto *El amor de los amores,* en que todas las galas de la poesía meridional se unen á la profunda tristeza de la poesía del Norte.

»D.ª Carolina Coronado ama el arte por el arte. No le preguntéis por qué canta. No lo sabe. Sería lo mismo que preguntar al arroyo por qué murmura; al astro, por qué produce la armonía de las esferas; á la hoja del árbol, por qué susurra al dulce arrullo de las brisas, y al ruiseñor, por qué en la callada noche interrumpe el silencio de la naturaleza con sus regalados arpegios. La Sra. D.ª Carolina Coronado resplandece por su sencilla espontaneidad, carácter principal de las obras de arte.

.....

»No conozco en nuestro Parnaso moderno cantor más fiel, más ingenuo de la naturaleza. En sus versos se oye el eco de los montes y de los bosques, se aspira el aroma de los campos. El perfume que exhalan se parece al ambiente de una campiña del Mediodía, perfumada por el azahar, la zarzamora, el lirio, el roble. Es su poesía la naturaleza misma transfigurada en su ardiente imaginación.

»Cuando en medio de las fingidas pasiones de una engañosa civilización, entre este zumbido de ideas absurdas, de rumores que turban la mente, vuelvo los ojos á una de esas dulces composiciones de la sin par poetisa, en que se retrata la celeste luz de esplendorosos horizontes; el serpentear de los arroyos que arrastran en sus ondas las hojas caídas de la zarzamora; el vuelo misterioso de la golondrina; el dulce mecerse de la

paloma que parece huir de la tierra; el espectáculo de esa vida universal en que nadan tantos seres; mi alma, amante de la libertad y amiga de la naturaleza, se goza en tan hermoso cuadro, como si desde este estrecho recinto en que vive, contemplara renovarse la creación, cual una flor en la feliz y dulce primavera.

»Así ha dejado en mi alma su poesía, como el cuadro del espacio en que nació. Me parece ver siempre la cabaña, el alto monte, el río precipitándose espumoso entre las peñas y formando esa gigante armonía del torrente, la tórtola anidando á la sombra de los arbustos, la blanca paloma, y sobre todos estos objetos cernerse, dándoles nueva vida, voz, pensamiento, el alma de la poetisa pura como una ilusión matizada de los átomos desprendidos de las flores, como las bellas alas de una pintada mariposa. Pero embellecer la bella naturaleza, obra grande es, mas no tan grande como embellecer el hogar doméstico, esa segunda naturaleza del hombre. Hace ya algún tiempo, un gran poeta saludaba con júbilo el advenimiento á la poesía de una ignorada niña.

.....

»Espronceda sabía que al saludar á Carolina, saludaba una nueva poetisa; pero ignoraba que saludaba también una nueva poesía.»

José Cascales y Muñoz,
Cronista de Extremadura.

PARNASO INTERNACIONAL

LAS CARICIAS DE LOS OJOS

(De Augusto Augellier.)

De todas las caricias,
Las de los ojos llévanse la palma;
Alcanzan sus delicias
A los últimos límites del alma,
Y, á su poder, el corazón humano
No ha escondido jamás ningún arcano.
Es el más puro beso,
Comparado con ellas, tosco exceso;
Su lenguaje sin voz, con dulces modos,
Habla mejor que todos;
Expresa algo de eterno y de divino,
Algo de origen celestial, que á veces
Entre las lobregueces
De nuestro obscuro sér se abre camino.
Envejecen los años destructores
Nuestro semblante; mas ningún quebranto
Sufren de esas caricias los fulgores;
Hechas para el consuelo y el encanto,
Brillan siempre, del tiempo triunfadoras,
Y en las más tristes horas
Aún nos halagan á través del llanto.

BERTILA

(De Andrés Fernando Herold.)

En los márgenes aún limpios
De un nuevo libro de iglesia
Pinta grifos y palomas
La santa madre abadesa;
Pinta ramajes de olivo,
Pinta guirnaldas de hiedra
Y ángeles de alas hermosas
Que en los altos cielos vuelan.
Pinta á Jesús, al Dios-niño,
En cuna de paja fresca;
Pinta pastores y reyes,
Que guió divina estrella;
Pinta copas de oro y frutas
Del campo, que le presentan.
La religiosa bendita
Pinta lo que dulce sueña;
El Precursor, flaco y grave,
Que un sayo de pieles lleva;
El Redentor de los hombres,
Que en sus místicas praderas
El casto rebaño guarda
De sus cándidas ovejas.

—

Cristo, en un retablo próximo,
Baja un poco la cabeza,
Ve las santas miniaturas
Y sonríe á la abadesa.

TEODORO LLORENTE

Los «Anuarios» del Instituto de Estudios Catalanes

(INSTITUT D'ESTUDIS CATALANS.—MCMVII-MCMVIII)

El nobilísimo deseo de dar nueva y más amplia dirección al desarrollo de la cultura patria, con todos los medios requeridos por la acción moderna, uniendo esfuerzos é iniciativas individuales, con el dulce lazo del común sentir y pensar, alma, forma substancial, de lo que podríamos llamar república literaria catalana, llevó, hace poco más de tres años, á la Diputación Provincial de Barcelona, á crear el importante organismo, más conocido en el extranjero que en España, que se llama *Institut d'Estudis Catalans*. El 5 de Julio de 1907 tomaban posesión de sus cargos los elegidos (1), con gran discreción y prudencia, para realizar la obra; el 31 del mismo mes quedaba aprobado el Reglamento interior, los Estatutos de la nueva institución, y no mucho más tarde instalábase regiamente en salones del histórico Palacio, antigua *Casa de la Diputación general de Cataluña*, que justamente se enorgullece de su Capilla de San Jorge, célebre por *el día heroico*, fecha memorable, página gloriosa de valor, lealtad y españolismo.

Puesto al frente de la naciente Sociedad el Dr. D. Antonio Rubió y Lluch, hijo del inolvidable D. Joaquín Rubió y Ors,

(1) Rubió y Lluch, Massó Torrents, Brocá, Corominas, Miret y Sans, Oliver, Puig y Cadafalch y Pijoan.

Maestro de Maestros, y los otros siete de los que van á la cabeza del potente renacimiento de aquella viril y enérgica raza, pronto dió gallarda muestra de lo que había de ser, de que lo es ya, justificando la exactitud de la frase del Aguila de Hipona: *adde unum populos est; tolle unum turba est.*

Porque de nada huyeron tanto los doctos y prudentes miembros del Instituto como de los trabajos aislados é improvisados, convencidos de su inutilidad, semejante á la de las grandes síntesis, faltas, por lo general, de análisis; imponiéndose el criterio de la rígida, austera y severa disciplina, no sólo en las previas é indispensables tareas de investigación, sino en las de pública enseñanza.

Dejando para otra ocasión hablar de las obras publicadas por el *Institut* (*Les Pintures Murals Catalanes; Les Monedes Catalanes; Documents pera la historia de la cultura catalana mig-eval; La Arquitectura romanica à Catalunya*), daré hoy cuenta de los dos *Anuarios,* antes de la aparición del tercero, cuya publicación está muy adelantada. Trátase de dos hermosos volúmenes, en lo que antes se decía folio mayor (centímetros 25 por 33), de 534 páginas y 107 grabados, uno, en cartón, fuera del texto, el de 1907; y de 650 páginas con 273 grabados y siete láminas cartonadas, fuera del texto, el de 1908. Se venden á 30 pesetas cada uno.

Divídense los *Anuarios*—ó, mejor dicho, se clasifican los trabajos que se publican en ellos—en las cuatro Secciones en que distribuyeron sus tareas los miembros del *Instituto: Arqueológica, Histórica, Jurídica* y *Literaria.* No es ciertamente muy científica tal distribución, poco respetuosa con las reglas de la Lógica, que pide términos irreductibles; pero es práctica, por responder á los fines principales de la Sociedad y á las aptitudes y competencia de sus miembros. Claro está que la Arqueología es parte de la Historia, como lo es el Derecho, en sus manifestaciones y concreción positiva; y que esas tres disciplinas caen dentro del campo de la Literatura; pero no menos cierto, que nadie confunde las exploraciones de unas rui-

nas, el examen de un estado social ó el de un Código, y el juicio sobre un poeta ó algunas de esas obras que son y se denominan propiamente *literarias*. Que tienen las cosas sus varios aspectos, y pueden y deben ser miradas desde distintos puntos y con diferentes propósitos. Una misma es la tierra objeto de la Geología y de la Geografía, ciencias de bien ganada y sustantiva personalidad; y uno mismo es el hecho humano asunto de las varias lucubraciones del moralista, del jurisconsulto ó del político; que por algo se dice sea el fin principio y fundamento del obrar. Pudo discutirse, al crearse el *Instituto*, cuáles debieran ser sus fines; pero fijados éstos, con sentido propio de la realidad y conocimiento del medio en que había de moverse, no puede censurarse, con razón, dedique sus vigilias á estudiar lo que fué Cataluña, y lo que ha producido para la general cultura, en sus monumentos, en su desenvolvimiento puramente histórico, en su concepto del Derecho—que es la vida,—y en sus poetas y escritores, que cultivaron, enriqueciéndola, y produciendo la emoción estética, la rica lengua catalana. En esto de las clasificaciones entra por mucho el elemento personal y subjetivo, y creemos que la de los *Anuarios* responde á las exigencias de la cultura catalana, y aun de la mundial, harto escarmentada de teorías é ideólogos, sedienta y hambrienta de lo práctico.

Ocupan las primeras páginas del *Anuario* de 1907 los documentos referentes á la constitución del Instituto, dictamen-acuerdo ó acta de nacimiento, reglamento interior, propósitos, y sigue la «Sección arqueológica», con los siguientes trabajos:

El Necrologi de la Iglesia de Roda, por José Gudiol; *Les influences de l'art oriental et les Goths dans le Midi de la France*, por Brutails; *Origens del Renaixement Barceloni*, por Ramón Caselles; *Quelques vases ibériques inedits*, precioso estudio del célebre Pierre-Paris; *I paliotti dipinti dei Musei de Vich e di Barcelona*, por Antonio Muñoz, y un acabado trabajo de Puig y Cadafalch sobre *Les Iglesies romaniques ab coberte de fusta de les Valls de Bohí y d'Aran*.

La «Sección histórica» contiene cinco interesantísimas monografías, que honran las firmas de Calmette, González Urtebise, Miret y Sans, Giménez Soler y Rubió, tituladas: *Les Historiens du Roussillon, Inventario de los muebles de Alfonso V de Aragón como Infante y como Rey* (1412-1424); *Nota de Geografía Histórica, Episodio de la historia de las relaciones entre las Coronas de Aragón y Túnez,* y *Atenes en temps dels catalans.*

Tres trabajos comprende la «Sección jurídica», debidos á los Sres. D. Guillermo María de Brocá, el primero y último, y D. José Gudiol el tercero, *Traducció dels Usatges, les mes antigues Constitucions de Catalunya, y les costumes de Pere Albert.* Las investigaciones de Brocá respecto del Derecho catalán y reintegración de sus fuentes, *Ordinacions fetes en Cort per tota Catalunya y les Illes de Mallorca, Ibiza y Menorca.— Traza de clasificació dels Usatges y idea de la potestat,* son importantísimas, y muy curiosas las notas sobre las costumbres jurídicas en la raya de Aragón.

La «Sección literaria» publica seis estudios de los señores: Moliné y Brasés, *La letra de reyals costums del Petrarca;* Pompeyo Fabra, *Sobre diferents problemes pendent en l'actual catalá literari;* Pijoan, *Un nou viatge á Terra Santa en catalá, en 1323;* Rubió (hijo), Alós y Martorell, *Inventaris inedits de l'Ordre del Temple á Catalunya;* Pedrell, *Dos musics cinc centistes catalans, cantors d'Auzias March;* y Massó y Torrents, *Riambau de Vaqueres en el Cançoners catalans.*

Cierra este primer *Anuario* una bien escrita *Crónica* y una *Bibliografía,* digno remate del libro.

El *Anuario* de 1908, del mismo tamaño y precio que el anterior, tiene, como indicado queda, 116 páginas, más un aumento de 166 grabados y de 6 láminas, sin que desmerezca el texto.

Abre, con llave de oro, este magnífico y espléndido volumen la *Memoria* presentada al Presidente de la Diputación y al Alcalde de Barcelona por el *Institut*, dando cuenta de los tra-

bajos hechos desde su fundación hasta el 31 de Diciembre de 1908, en la que mi fraternal amigo Rubió y Lluch, que la suscribe, con el Secretario, Pijoan, revela su gran cultura y los entusiasmos y anhelos de su corazón tan catalán, porque ni un instante ha dejado de ser muy español, como digno hijo de su inolvidable padre, y sucesor dignísimo del insigne Milá y Fontanals, que hizo á Castilla el mayor de los servicios que ninguno de sus hijos podía hacerle; al escribir el tratado de nuestros orígenes épicos, como recordó Menéndez Pelayo, en la *Semblanza literaria* de su gran Maestro, en la que, acallando dudas insidiosas, pregunta: ¿qué alma castellana puede olvidar que en catalán hablaban y por España morían los héroes del Bruch?

Sigue á esta Memoria la presentada al Alcalde de Barcelona suscrita por los mismos Rubió y Pijoan; proponiendo la constitución de una Biblioteca Catalana, el *Dictamen-acuerdo* solicitando de la Corporación provincial la compra de la Biblioteca Aguiló, en 100.000 pesetas, autorizado por los señores Massó Torrents y Oliver; 6 Informes sobre la publicación de las obras de Auzias March, texto de la Biblia Catalana, Ramón Lull y edificaciones de la generalidad; respecto á la propiedad é instalación del *Palau Major,* del Archivo de la Bailía del Real Patrimonio y envío de una comisión arqueológica para estudiar las Exposiciones de Zaragoza y Valencia.

Ocupan todos esos documentos, que son como las nobles ejecutorias de las gestas del *Institut,* las 39 primeras, bien aprovechadas, páginas del *Anuari,* continuando después de la página de portada la *Sección arqueológica,* que contiene los trabajos siguientes:

Las Cuevas de Serinya y otras estaciones prehistóricas del NE. de Cataluña, por D. Manuel Cazurro, con 26 grabados; *Pictografías andaluzas,* por Gómez Moreno; *L'Orfebreria en l'Exposició Hispano-Francesa de Saragoça,* por Gudiol. (Como ampliación de este trabajo debe leerse el de Bertaux en la obra publicada en francés y en castellano por la *Real Junta*

del Centenario de los Sitios de... Zaragoza.—Exposición Retrospectiva de Arte, 1908.—Zaragoza,—Tip. La Editorial.—1910. Págs. 271 y siguientes.) *Les excavaciones d'Empuries,* topográficamente estudiadas, por Puig y Cadafalch, con un plano de conjunto; *Griechische Vasen aus Emporion,* por Augusto Frickenhaus, con 62 reproducciones y una notabilísima, en lámina; *La Cerámica iberica a l'Aragó,* por Pijoan, referente á los descubrimientos de Cabré en Calaceite, de que dió cuenta el joven aragonés, iniciado por el Marqués de Cerralbo en estos estudios, en los *Boletines* de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y en el del Bajo Aragón. Prosiguen las excavaciones por la protección del Príncipe de Mónaco.

En la pág. 263 comienza la *Sección histórica,* que termina en la 425, comprendiendo tres acabados estudios de Miret y Sans, Giussepe La Mantia y Rubió-y Lluch, que llevan, respectivamente, estos epígrafes: *Negociaciones diplomátiques d'Alfons III de Catalunya ab el rey de Franç per la Croada contra Granada* (1328-1332). *Documenti su le relazioni del rey Alfonso III di Aragona con la Sicilia* (1285-1291). *Els Castells Catalans de la Grecia Continental,* maravillosa síntesis de concienzudos años de perseverante análisis, y de tres penosos viajes al país descrito. Reprodúcense 18 ruinas, fotográficas, directamente por hábil artista alemán, bajo la dirección y en presencia de mi entrañable amigo, y acompaña un mapa policromado de *La Grecia en 1330,* con la nomenclatura geográfica catalana del siglo XIV y y la actual.

Sólo un trabajo, pero que en nada desmerece de los anteriores, llena las 14 páginas de la *Sección jurídica.* Débese á la competencia de Brocá, y versa sobre los *Juristes catalans y jurisconsultes dels sigles XI, XII y XIII, Fonts dels seus coneixements y trascendencia que exerciren.*

El jesuíta español José María March, el italiano Guarnerio y los hispanófilos franceses Jeanroy y Aubry, cada uno en su respectiva lengua, ocupan dignamente las páginas dedicadas á la *Sección literaria,* con sus excelentes monografías: *En*

Ramon Martí y la seva explanatio Simboli Apostolorum, erudita labor benedictina; *Contributo agli estudi lulliani*; *y Huit chansons de Berenguer de Palazol*, con reproducción en fotograbado de los originales existentes en la Biblioteca Nacional de París.

Como el Anuario de 1907, termina el del 8 con la Crónica, dividida en las cuatro Secciones que integran el *Instituto*, la Bibliografía y un útil *Indice alfabético*, concluyendo con el de materias y pauta para la colocación de las láminas.

En la Crónica de la Sección arqueológica se da cuenta de los monumentos megalíticos de la región de San Feliu de Guixols; de las pinturas rupestres de Cogul, con reproducción en lámina de las de la roca; del toro de Elx; de las excavaciones de Ampurias, llamando la atención fragmentos de vasos y la placa de bronce; de las de Ibiza y Numancia, y de las adquisiciones de los Museos de Gerona, Episcopal de Vich y Barcelona, y de los artículos publicados por Decellete y Berteaux en la *Rev. Arch.* Háblase también de los libros de Mélida, Lampérez, Gudiol, Schubert, Cartailhac, Breuil y Cabré.

La Crónica de la Sección histórica nos entera del resultado del encargo dado á Mosén Serra para el examen y catalogación de los Archivos de Bagá y la Pobla de Guillet, de los Congresos dedicados á D. Jaime el Conquistador y á la guerra de la Independencia, de las publicaciones importantes para la Historia, dedicando nota especial á las extranjeras. Enseñan mucho las cuatro bibliografías de las obras de Schwab, Jiménez Soler, Miller y Finke, debidas á los Sres. Miret y Sans, y Rubió y Lluch. Los dos volúmenes de *Acta Aragonensia*, importante contribución á nuestra Historia, son juzgados por Rubió con el entusiasta y detenido elogio á que son acreedores. No debo omitir la breve, sentida, necrología de Aulestia, cuyo retrato honra esta crónica.

En la de la Sección jurídica se habla del espléndido movimiento corporativo, y enuméranse los trabajos que sobresalen en revistas y otras publicaciones.

Más detallada y documentada es la Crónica de la Sección literaria, en la que se inserta la interesante relación de los códices lulianos de la Biblioteca Real de Munich, formada por el malogrado Sr. Obrador, muerto en el desempeño de la honrosa comisión que le confiara el Instituto. Háblase también del homenaje á Milá, de la llorada muerte de Fastenrath, de imperecedera memoria; del 7.° centenario del nacimiento de don Jaime, celebrado en Montpeller; de los aumentos que han tenido las Bibliotecas del Instituto, Bonsoms y Font de Rubinat, y se termina, como las otras, con bien escritas notas bibliográficas de los libros de Beer, Menéndez y Pelayo (reproducción de un brillante juicio de Oliver), Anglade, Font y Sagué, Schadel, etc., etc.

Admirado queda el más prevenido contra lo que viene de esa privilegiada porción de nuestro suelo llamada Cataluña, de tan propia y sustantiva personalidad, viendo lo que allí se piensa y se hace por el verdadero resurgir, por las verdaderas glorias de la madre España. Pasó ya la época en que insensatos *separadores* centralistas soñaban con el crimen de los separatistas catalanes, y el altísimo ideal del imperio hispano ó ibérico brota de todas las letras de esos dos Anuarios, confirmadores de la fe que he tenido siempre en la virtualidad de aquella salvadora doctrina federal, que resúmese en este lema: *Diferentiam servare est Hispaniam amare.*

El Conde de Doña-Marina

EL ESCLAVO DE SU FINCA

NOVELA

CAPÍTULO II

Había un municipio lejano del Veremland, cerca de la frontera dalecarliana, que se llamaba Raglanda. Poseía un presbiterio espacioso y rico para el Pastor; pero la vivienda del Vicario era muy pequeña y muy pobre. Los habitantes eran muy pobres también; mas, no obstante, habían adoptado, por caridad, una criatura. Era una niña, que se llama Ingrid, y la cual se les había presentado á la edad de trece años.

El vicario la vió en una feria: estaba llorando, sentada ante una tienda de acróbatas, y el se paró y preguntó á la niña por la razón de sus lágrimas; supo que se le había muerto su abuelo, ciego, y que no le quedaban parientes en el mundo. Seguía, en aquel momento, á unos titiriteros, que eran muy buenos con ella; pero sentía mucha pena, porque era muy torpe y no sabía nunca bailar en la cuerda floja y ganar dinero.

Había algo tan dulcemente triste en aquella niña, que el Vicario se sintió conmovido. A su pesar, se dijo que no podía dejar que semejante sér se perdiera en medio de aquellos acróbatas vagabundos. Entró en la tienda, en donde encontró al señor y á la señora Blomgren, á quienes ofreció llevarse la niña con él. Los viejos acróbatas se echaron á llorar, porque

se hubieran quedado gustosos con la pequeña, aunque no tuviese, en efecto, ninguna disposición para el arte. Sin embargo, pensaban que sería más feliz en una casa cuyos moradores vivían, todo el año, en el mismo lugar. Así fué que se la dejaron al señor Vicario, á condición de que les prometiese tratarla como á uno de sus propios hijos.

Prometiólo él; y, desde aquel día, la niña pasó á vivir en su casa. Era una niña dulce y apacible, llena de tierno amor y delicadas atenciones para los que la rodeaban. En los primeros tiempos, fué muy querida por sus padres adoptivos; pero, conforme crecía, iba desarrollándose en ella una inclinación irresistible á los sueños y á la fantasía. El reino de las visiones abríase ante ella con atractivo violento, y en pleno día interrumpíase en su labor y se sumía en los ensueños. La mujer del Vicario, que era una trabajadora de primer orden, dura en la faena, se incomodaba. Quejábase de la niña, la encontraba perezosa é inerte, y la trataba con una severidad que asustaba á la pequeña y la hacía desgraciada.

Al llegar Ingrid á sus diez y nueve años cayó gravemente enferma. Nunca se se supo con precisión el nombre de la enfermedad, porque en aquella época remota no había médico en Raglanda. Pero se vió bien que la muchacha estaba perdida.

Por su parte, ella no hacía más que rogar á Dios que la dejara morir. ¡Sería tan feliz librándose de la vida! Hubiérase dicho que Dios quería probar la sinceridad de tales ruegos. Una noche, la joven sintióse ponerse rígida y fría en todo su cuerpo, y la penetró un pesado entorpecimiento. «Es la muerte», se dijo la pobre joven.

Sin embargo, cosa rara, no perdió enteramente el conocimiento. Sabía que estaba como muerta, que la amortajaban, que la metían en un féretro. Pero no experimentaba ningún temor, ninguna angustia por ser enterrada viva. Sentíase solamente satisfecha de morir y dejar una vida tan dura. Ciertamente era muy amarga la vida de aquella muchacha, cuando mataba en ella el terror de la muerte.

Nadie observó que vivía aún. Llevárona á la iglesia, condujéronla al cementerio, depositáronla en la tumba.

Pero no llenaron la fosa, porque, según costumbre de Raglanda, había sido inhumada un domingo por la mañana antes del oficio, y, cuando se terminó el servicio de inhumación, el acompañamiento dejó el féretro en la fosa abierta y entró en la iglesia. Cuando terminara la misa, irían los feligreses á ayudar al sepulturero á dar fin á su tarea.

La joven tenía un vago sentimiento de todo lo que pasaba. No hubiera podido hacer movimiento alguno aunque lo hubiese querido, pero no lo deseaba. No experimentaba sino el contentamiento de la muerte. De otra parte, su conciencia dormía. Solamente esa parte del alma que por la noche sueña vivía en ella.

Su pensamiento no llegaba á representarla el horror de su situación cuando se despertara, una vez llena la fosa. No razonaba más de lo que se razona en sueños. «Me pregunto, se dijo ella, si hay en todo el vasto mundo algo que pueda inspirarme el deseo de vivir.»

Al pensar esto, le pareció que la tapa de su su féretro y el sudario que cubría su rostro se hacían transparentes; y vió ante ella lindos trajes, dinero y jardines de frutas maravillosas. «No, nada de eso me tienta», pensó.

Y cerró mentalmente los ojos á tales esplendores. Cuando creyó volverlos á abrir, la visión había desaparecido; pero vió claramente, en cambio, un angelito del cielo, sentado al borde de la fosa.

—Buenos días, angelito—le dijo ella.

—Buenos días, Ingrid—dijo el ángel.—Mientras que estás ahí, como no tienes nada que hacer, quiero hablarte de otros tiempos.

Ingrid oía muy claramente cada una de las palabras que pronunciaba el ángel, aunque su voz no se pareciese á nada de lo que ella había oído hasta entonces. Era una especie de música, cuyas notas eran palabras, una música de arpa ó de violín.

—Ingrid—dijo el ángel,—¿te acuerdas de que una vez, cuando tu abuelo vivía aún, encontraste á un estudiante joven, que os acompañó de casa en casa, y que tocó en el violín de tu abuelo durante todo el día?

El rostro de la jóven letárgica se iluminó con una sonrisa.

—¿Crees que le haya olvidado nunca?—dijo ella.—Desde aquel tiempo, no ha pasado un solo día que no haya pensado en él.

—¿Y ni una noche que no hayas soñado con él?

—No, ni una noche que no haya soñado con él.

—¿Y quieres morir, acordándote de él?—dijo el ángel.—Entonces no le volverás á ver.

Al oir estas palabras, la jóven creyó sentir toda la dulzura del amor; pero ni aun esto pudo tentarla.

—No, no — dijo ella; — tengo miedo de vivir, prefiero morir.

Entonces el ángel hizo un ademán, é Ingrid vió un vasto desierto de arena, un desierto sin árboles, seco y ardoroso, que se extendía hasta lo infinito. La arena estaba salpicada de algo que, á primera vista, parecía rocas dispersas; pero, mirando mejor, se dió cuenta de que eran animales, enormes monstruos vivientes, de garras poderosas y fauces feroces provistas de dientes; y los monstruos estaban al acecho de una presa. De repente, entre ellos, vió ella avanzar al estudiante; paseábase descuidado, sin percatarse de que, á su alrededor, aquellas formas estaban vivas.

—¡Adviértele! ¡Adviértele!—suplicó Ingrid con indecible angustia;—¡dile que viven, y que tenga cuidado!

—A mí no me está permitido hablarle—contestó el ángel con su voz argentina;—es preciso que se lo adviertas tú.

La letárgica sintió, con desesperación, que estaba como paralizada y que no podía lanzarse en socorro del estudiante. Hizo varios esfuerzos para incorporarse, pero reconoció su impotencia y sus cadenas. ¡Por fin! ¡por fin! su corazón co-

menzó á latir, la sangre volvió á circular por sus venas, su entorpecimiento se disipó. Levantóse y se lanzó hacia él.

* * *

No hay nada más cierto: el sol gusta sobre todas las cosas de las plazas abiertas ante las pequeñas iglesias aldeanas. ¿No se ha observado que no se ve nunca tanto sol como delante de una iglesia enjabelgada, durante la misa? En ninguna otra parte tejen los rayos una semejante red de luz; en ninguna parte se encuentra el aire tan suspenso, inmóvil y como respetuoso. El sol se pone de guardia para que nadie se pare á charlar. Quiere que entren todos y que todos oigan el sermón. He aquí por qué deja caer tal abundancia de rayos.

Tal vez sería aventurado decir que todos los domingos hace el sol este servicio. Pero lo cierto es que el día en que la joven fué depositada en el cementerio de Raglanda, el sol derramaba un calor ardiente sobre la plazuela de la iglesia. Los mismos cantos parecían próximos á inflamarse, por lo lucientes. La hierba, menuda y hollada, se retorcía como musgo seco, mientras que las florecillas amarillas que esmaltaban el césped abríanse y ensanchábanse sobre sus largos tallos, y se hacían del tamaño de reinas margaritas.

Un dalecarliano, uno de esos que recorren el país y venden cuchillos y tijeras, pasó por el camino. Llevaba una holgada pelliza de cordero blanco, y, al hombro, un saco grande de cuero negro. Así equipado, había andado varias leguas sin sentir calor; pero, al dejar el camino y entrar en la plaza de la iglesia, tuvo prontamente que pararse y quitarse el sombrero para enjugarse la frente. Viéndole así, con la cabeza descubierta, parecía inteligente y hermoso. Tenía la frente blanca, muy alta; una profunda arruga, que las reflexiones habían trazado, entre las dos cejas; una boca bien dibujada, de labios finos. Su pelo, partido por una raya en medio de la cabeza y cortado en redondo sobre la nuca, le ocultaba las

orejas, y era rizoso. Era muy alto y robusto, sin ser grueso. No tenía más que un defecto: su mirada era vaga. Sus pupilas erraban, y parecían querer meterse y esconderse en el ángulo de los ojos. Unos rasgos convulsionados, en rededor de la boca, contrastaban con la belleza de su rostro y acusaban el estigma de la locura.

Preciso era, en efecto, que estuviese loco para ir con el saco á cuestas un domingo. El sentido común le hubiera dicho que aquel día no podía vender. Todos los pobres dalecarlianos que, encorvados, recorren el país, van en tales días á la casa de Dios derechos y libres, como las demás gentes.

El desgraciado no se había enterado, probablemente, de que era domingo, hasta llegar á la plazoleta y oir los cantos de iglesia. Porque tenía suficiente raciocinio para comprender que no era día de comerciar. Así fué que se preguntó con dolorosa ansiedad cómo pasaría aquella jornada de descanso. Permaneció un buen momento con la mirada perdida. En los demás días de la semana no experimentaba dificultad alguna para arreglárselas. Su locura no le impedía ir de casa en casa á ofrecer sus mercancías. Pero no podía habituarse al domingo. El domingo le sorprendía siempre como una grave contrariedad imprevista.

Los músculos de su frente se dilataron. Su primera idea fué entrar en la iglesia para escuchar los salmos. Pero aunque le hubiese agradado oir el canto, no se atrevía á entrar en la iglesia. No era que le asustase la gente; era que en ciertas iglesias hay cuadros extraños y peligrosos, que representaban seres en los que prefería no pensar. En fin, de su testarudo cerebro brotó un nuevo pensamiento. Puesto que allí había una iglesia, tenía que haber también un cementerio, y desde el momento en que había un cementerio en donde refugiarse, estaba salvado. No le podían ofrecer nada mejor. En cuanto encontraba un cementerio, al azar de sus correrías, iba á sentarse en él, aunque fuese un día de trabajo.

Pero, cuando iba á dirigirse al cementerio, surgió otra di-

ficultad. El campo de los muertos de Ranglada no rodea la iglesia, que está situada en una colina; encuéntrase un poco más lejos, detrás del ayuntamiento rural, y, á todo lo largo del camino que allí conducía, estaban atados los caballos de los feligreses.

Todos los caballos tenían la cabeza metida en sacos de avena y haces de heno. Oíase el ruido de los dientes que masticaban el forraje. Hallábanse en la imposibilidad de hacer daño al transeúnte. Pero Hede tenía sus ideas sobre el peligro de pasar ante una fila tan larga de animales.

Lo intentó dos, tres veces. Su valor flaqueó, y volvió sobre sus pasos. No tenía miedo de que los caballos le mordiesen ó coceasen. Asustábase solamente ante la idea de que pudiesen verle y sacudieran sus arneses y escarbaran el suelo con sus cascos. En fin, en un momento en que le pareció que todos los caballos tenían los ojos bajos, sin cuidarse de otra cosa que de comer á cual más, se aventuró al paso. Se apretó la pelliza para que no flotase y le descubriera. Iba de puntillas. Si un caballo alzaba la vista y le miraba, deteníase ante él y hacíale una reverencia. En tan grave peligro, quería ser cortés. Pero los caballos, por su parte, parecían ser razonables y comprender que el saco de hierro viejo que llevaba á cuestas le impedía inclinarse demasiado y no le permitía sino una reverencia ligera.

Suspiraba él profundamente, porque es una cosa triste y dura en la vida tener miedo de todos los cuadrúpedos. En realidad, no tenía miedo más que de las cabras, y ni los caballos, ni los perros, ni los gatos, le hubiesen asustado, si no hubiera creído que eran cabras disfrazadas. Pero no lograba nunca tener el corazón tranquilo. No se decía que él era muy robusto y que aquellos caballejos de aldeanos eran generalmente inofensivos. Cuando el terror ha entrado en el alma, expulsa de ella todo razonamiento. ¿Cómo desalojarle de un pobre sér en quien ha elegido domicilio?

Por fin llegó al término de su proyecto, y salvó en dos sal-

tos lo que le faltaba del camino. En cuanto entró en el cementerio, cerró tras sí la verja de hierro, y volviéndose hacia los caballos, los amenazó con el puño:

—¡Miserables, malditos, cabras!

Lo mismo se conducía con todos los animales. A todos los trataba de cabras, cosa absurda por su parte, porque esto le había valido un apodo que le era odioso: todo el mundo le llamaba el chivo. Quería que le llamasen por su verdadero nombre; pero en aquella región nadie parecía acordarse del verdadero nombre de Hede.

Permaneció un momento tras de la verja, gozando de la felicidad de haber escapado á los caballos. Después se internó en el cementerio. Ante cada cruz y cada losa hizo una reverencia. Esta vez no era por miedo; alegrábase de volver á ver antiguos conocidos. Su rostro se suavizó y tomó un aire benévolo. ¡Había encontrado tan á menudo aquellas mismas cruces y aquellas mismas losas! ¡Cómo se parecían todas! ¡Qué bien las reconocía él! Quería darles los buenos días.

El cementerio era para él un lugar predilecto. Ningún animal pacía allí; ningún sér humano bromeaba. Muchos bonitos prados y bosquecillos le hubieran agradado más; pero nunca estaba tranquilo en ellos. En ninguna parte se encontraba una seguridad comparable con la del cementerio. El cementerio valía más también que el bosque, cuya grande soledad podía ser angustiosa. Aquí reinaba el mismo silencio que en la profundidad de los bosques; pero no se estaba solo: dormían hombres bajo cada losa, bajo cada túmulo. Era la compañía que él necesitaba para no sentir aislamiento y soledad.

Dirigió sus pasos hacia la tumba recientemente abierta. Atraíanle unos copudos árboles, y también la idea de que tal vez aquel muerto que acababa de ser sepultado le protegería contra la soledad mejor que los que dormían desde hacía muchísimo tiempo. Se puso casi de rodillas, apoyando su saco sobre el montón de tierra dispuesto al borde de la fosa, y desató

las correas que le sujetaban á los hombros. Se quitó también la pelliza con un gran sentimiento de bienestar. Era para él un hermoso día de libertad. Instalóse en la hierba y estiró las piernas, cuyas medias iban atadas en las rodillas, tan cerca de la tumba, que sus zapatos colgaban sobre el féretro.

Permaneció al principio un buen momento inmóvil, con los ojos fijos en el ataúd. Cuando se tiene el miedo en el alma, nunca se es demasiado prudente. Pero el ataúd no se movía y no podía sospecharse que ocultara un lazo. En cuanto estuvo bien seguro, metió la mano en un amplio bolsillo abierto en el saco, y sacó un violín y un arco. Al mismo tiempo dirigía al muerto un amistoso signo de cabeza; aquel muerto tan tranquilo oiría por lo menos algo bueno. ¡Y era raro oirle! ¡Pocas personas tenían este privilegio! No tocaba en las casas donde le azuzaban los perros y le llamaban el chivo. Pero tocaba, á veces, en las casas en donde se hablaba en voz baja y en donde no le proponían comprar pieles de cabras. Allí solamente sacaba su violín y cogía el arco. Era la honra mayor que podía dispensar.

Tocaba, pues, sentado al borde de la tumba. Su ejecución era tan dulce y tan ligera, que apenas se hubiese oído de una tumba á otra. ¡Qué maravilla, poseer un violín que recordaba dos ó tres piezas y que las tocaba en cuanto el arco rozaba las cuerdas, aunque el ejecutante hubiera perdido la memoria de las notas! Mientras que tocaba, iluminábase su rostro; sonreía como se sonríe cuando se oye balbucir á un niño. Escuchaba hablar á su violín. Las canciones brotaban como la hierba brota del suelo. Nadie sabe cómo. Dios lo ha querido así.

Proponíase Hede permanecer allí todo el día, y dejar que las notas saliesen del violín y se desparramaran como florecillas blancas y pintadas. Su sonata llenaría de flores toda una pradera, y todo un amplio valle, y toda una vasta llanura.

Pero sobre la joven aletargada que dormía en el féretro, el son del violín había producido un raro efecto. Las notas habíanla hecho soñar, y su sueño la había agitado de tal manera,

que su corazón se puso á latir, su sangre á circular, y se despertó.

Todo lo que había experimentado durante su estado letárgico, sus vagos pensamientos y hasta sus últimas visiones, todo se desvaneció y fué olvidado en el instante preciso de recobrar el conocimiento. Ni siquiera sabía ella que se encontraba en su féretro. Imaginábase que seguía en la casa, enferma y acostada. Pero se asombró de continuar viviendo. ¿No había pasado por la agonía antes de dormirse? ¿No se había despedido de sus padres adoptivos, de los hermanos y de las hermanas y de los criados? El mismo Pastor habíale administrado los Sacramentos, porque á su padre adoptivo, el Vicario, le había parecido aquel acto superior á su fuerzas. Desde hacía varios días, su alma se había apartado de las cosas terrestres. ¿Cómo era que no estuviese muerta?

¡Y qué oscuridad en su cuarto! Todas las noches, desde que se puso enferma, había ardido una luz... ¿Y por qué la habían dejado destaparse? El frío la ganaba ahora. Hizo un movimiento para incorporarse y subirse las mantas. Pero su frente chocó con tanta rudeza con la tapa, que cayó en el féretro con un gemido de dolor, y volvió á perder el sentido. De nuevo permaneció inmóvil, y la vida pareció haberla abandonado.

Hede había oído el ruido y el grito. Dejó inmediatamente su violín en el suelo, y prestó oído, pero no oyó nada más. Continuó, sin embargo, expiando el ataúd. Movía la cabeza como para aprobar sus propios pensamientos. No se puede confiar en nadie de este mundo. He allí un compañero excelente, de los más silenciosos, y, de repente, se descubre que se ha engañado uno por lo que á él se refiere.

Miraba al féretro con la fijeza de una mirada que hubiera querido penetrarle. Y, como el féretro no se movía, volvió á empuñar el violín. Pero el violín se negaba á tocar. En vano pasaba el arco por las cuerdas, dulcemente, tiernamente; la música no brotaba. Se apenó tanto, que las lágrimas le subieron á los ojos. Había pensado quedarse allí todo el día escu-

chando su violín, y el violín no quería ya sonar. Pero comprendía la razón: el violín estaba inquieto. El violín había olvidado todas sus canciones y no pensaba más que en el golpecito oído bajo la tapa del ataúd. El temor hace que se olvide todo. Era, por lo tanto, preciso tranquilizar al violín para que volviera á sus antiguos aires y devolviera á su dueño el delicioso bienestar que acababa de cautivarle. Si verdaderamente había en el féretro algo peligroso, ¿no valía más hacerlo salir? Era el único medio de contentar al violín.

Resueltamente, abrió su saco y buscó, entre los cuchillos y los martillos, hasta que tropezó con unas tijeras. Después salto al foso, se agachó y examinó la tapa. Quitó los tornillos uno tras otro, la levantó y la apoyó en la pared de la tumba. En el mismo momento, se deslizó el sudario y descubrió la cara de la muerta.

En cuanto la acarició el aire fresco, Ingrid abrió los ojos. Aquella vez había luz á su alrededor. Debían haberla mudado de cama. Estaba en un cuartito de techo verde, con una lámpara en lo alto. Estrecho era el cuarto y estrechísima la cama. ¿Por qué la habían como atado los pies y las manos? ¿Era para que se estuviese quieta en su camita?

Cosa rara, habían puesto un salterio bajo la barbilla, cosa que no había visto hacer sino con los muertos. Entre los dedos tenía un ramito de flores. Su madre adoptiva había cortado unas ramas de su mirto florido y se las había puesto en la mano. Ingrid, muy sorprendida, preguntábase en qué pensaba su madre adoptiva.

Vió que tenía una almohada de ancho encaje y una sábana de batista. Se alegró porque le gustaban las cosas bellas. Pero sentía la necesidad de tener una manta que la abrigase bien. ¿Se deja á los enfermos sin mantas? Sentía tan angustiosa impresión de frío, que tenía ganas de echarse á llorar.

Pero sintió contra su mejilla una cosa dura, y sonrió; era el caballejo de madera que su hermanillo, que no podía nunca dormirse sin tenerlo cerca, había puesto en la almohada. Era

un mimo de su hermanillo. Y sus ganas de llorar fueron mayores, al pensar que el niño había tratado de consolarla.

Y de repente comprendió la verdad. Su hermanillo la había dado su caballo de madera, su madre adoptiva la había dado las flores blancas de su mirto; la habían puesto el salterio, porque la habían creído muerta.

Ingrid apoyó ambas manos en los bordes del féretro, y se incorporó. La cama estrecha era un ataúd; el cuartito amarillo, una tumba. ¡Qué duro era de comprender todo aquello! ¿La habían efectivamente amortajado y llevado al cementerio? ¿No estaba en la casa, en su casa? ¿No iba á desvanecerse aquel sueño? ¿No reconocería de pronto que no había ocurrido nada extraordinario? «A menudo, sueño cosas muy raras, se dijo; esta es la explicación.»

Suspiró con alivio. Hasta se volvió á acostar en el féretro. Era evidentemente su camita de siempre, que, á la verdad, no era muy ancha.

Mientras tanto, Hede permanecía inmóvil á los pies de Ingrid. Ella no le había visto, á pesar de su proximidad, porque cuando la muerta abrió los ojos y empezó á moverse, él se apelotonó en un rincón para hacerse invisible. Hubiera ciertamente podido ella distinguirle, aunque sostuviese él la tapa del féretro á manera de escudo protector; pero habíase extendido ante los ojos de ella una especie de bruma blanca que la impedía percibir las cosas más próximas. Ni siquiera había visto los montones de tierra; tomó el sol por una enorme lámpara, y la bóveda de tilos por un techo.

El pobre Hede esperó impaciente á que se alejara lo que se había movido en el ataúd. Nunca había pensado que no se marchara voluntariamente lo que fuese. Si habían llamado, era para salir. Permaneció largo rato oculto tras la tapa, y no asomó la cabeza sino cuando le pareció que lo que llamara había tenido tiempo de marcharse. Pero nada se había movido; la muerta continuaba en su lecho de tablas.

Le disgustó, por la prisa que tenía de volver á hallarse á

solas con su violín que, desde hacía mucho tiempo, no había hablado tan bien como en aquel día.

Ingrid, que se había adormecido, se oyó de repente interpelar en el dialecto cantante de Dalecarlia.

—Me parece que ya es hora de que acabes de levantarte.

Una vez dicho esto, el interlocutor volvió á esconderse detrás de la tapa, que estuvo á punto de dejar caer, por el temblor que le produjo su audacia.

La bruma blanca que velara los ojos de Ingrid se disipó de pronto al són de una voz humana. Le vió apelotonado contra la pared de la tumba, y comprendió al punto que no podía seguir creyendo que soñaba. Había allí una realidad que era preciso esclarecer. Nada de dudas; el féretro era efectivamente un féretro; la tumba, una tumba; pocos momentos antes, la misma Ingrid no era más que un cuerpo amortajado y sepultado.

Por primera vez aterrorizóla la aventura. ¡Hubiera muy bien podido estar muerta en aquel momento! ¡Hubiera muy bien podido ser un cadáver ya putrefacto! Habíanla depositado en una tumba; habrían echado sobre ella tierra y arena, y no hubiera sido más que una muerta cualquiera. Los gusanos se la hubieran comido. Nadie se hubiera preocupado lo más mínimo.

La presencia de un sér humano la salvó de su terror. Era un antiguo conocido; venía á menudo al presbiterio, y no le tenía miedo alguno. Le quiso más cerca todavía. Poco la importaba que fuese un pobre loco. Era un hombre vivo. Y á su lado se persuadía ella de que pertenecía á los vivos y no á los muertos.

—Por el amor de Dios, ven aquí á mi lado—suplicó ella con lágrimas en la garganta.

Se sentó y le tendió los brazos.

Pero Hede no tenía más que una idea en la cabeza. Puesto que ella parecía llamarle, trataría él de poner condiciones.

—Iré si quieres marcharte de ahí—dijo.

Ingrid trató de obedecerle y levantarse del féretro; pero estaba tan envuelta en sábanas, que no pudo desembarazarse.

—Ven á ayudarme—contestó.

Quería que se le acercase y que aquel sér vivo la convenciera de que ella había escapado á la muerte. Obedeció Hede. Se deslizó entre la pared de la fosa y el féretro. Inclinóse sobre ella, la levantó y la depositó en la hierba.

Ingrid, como á su pesar, le echó los brazos al cuello, apoyó la cabeza en su hombro y estalló en sollozos. Lloraba de alegría al sentirse tan cerca de un sér vivo, y lloraba también de gratitud porque era él quien la había salvado. Ignoraba cómo habían ocurrido las cosas; pero debía de ser él quien la había destapado, quien la había vuelto á la vida. ¡Dios mío!, ¿qué hubiera sido de ella si no hubiera estado él allí? Hubiera llamado, gritado. Nadie la habría oído bajo seis pies de tierra. No se atrevía á pensarlo, pero necesitaba dar gracias á alguien y apoyar la cabeza en un hombro y llorar.

Cosa rara, más rara que todo lo demás, el loco no la rechazó. Tenía la vaga idea de que era una muerta, y sabía que no hay que desobedecer á los muertos. Sin embargo, en cuanto pudo se desprendió de sus brazos y saltó á la fosa. Volvió á poner la tapa, la cerró y dejó todo en orden. Esperaba que el féretro permanecería ya tranquilo y que el violín, sosegado, reanudaría su canto.

Mientras tanto, Ingrid, sentada en la hierba, reflexionaba.

Miraba en derredor, y vió de pronto, frente á la iglesia, la fila de caballos y de coches. Era, pues, un domingo; habíanla depositado en la tumba por la mañana, y ahora estaban en los oficios. Acometióla un terror loco. Pronto acabaría el servicio divino, y las gentes saldrían, y la verían, y ella no estaba cubierta más que con una sábana. ¡Y todas aquellas gentes la verían casi desnuda! No la olvidarían nunca, y ella quedaría avergonzada para toda su vida. ¿Dónde encontrar ropas? Pensó en la pelliza del loco; pero aquel disfraz la haría más chocante.

Volvióse de pronto hacia Hede, que acababa de ajustar la tapa.

—Oye—dijo ella,—vas á dejar que me meta en tu saco.

Y sin esperar la respuesta, se precipitó al enorme saco de cuero que contenía todas las baratijas, y se esforzó en abrirlo.

—Haz el favor de ayudarme.

No le suplicaba en vano. En cuanto Hede vió que tocaban á su saco, saltó fuera de la tumba.

—No le toques—dijo con tono amenazador.

—Te lo ruego, hazme el favor—añadió;—ayúdame para que las gentes no me encuentren aquí. Deja las mercancías en cualquiera parte y déjame meterme en el saco. Me llevarás á casa. Hazlo pronto. Vivo en el presbiterio, y no está lejos. Ya sabes dónde es.

El hombre la miraba con expresión estúpida. No sabía ella si la habría comprendido él una palabra de lo que le decía.

Repitió su ruego, pero no se movió Hede. Entonces ella empezó á vaciar el saco en la hierba. Pero él se precipitó, dió una patada y se lo quitó de las manos.

¡Dios mío! ¿qué haría Ingrid para obligarle á obedecer?

A sus pies yacían en el suelo un violín y su arco. Sin saber por qué, los recogió ella. Tal vez lo hizo sencillamente porque, habiendo pasado buena parte de su vida con músicos, no la gustaba ver un instrumento en el suelo.

En cuanto cogió el violín, el loco soltó el saco y le arrancó el instrumento. El hecho de que hubieran tocado á su violín le irritaba furiosamente y le daba un aspecto peligroso.

Y, sin embargo, había que encontrar el medio de que se la llevase antes de que los fieles salieran de la iglesia. Se puso á prometerle maravillas, como á los niños á los que se quiere calmar.

—Diré á padre que te compre una docena de cosas. Encerraré á todos los perros cuando tú llegues. Madre te dará una buena comida.

No se dejaba convencer él. De repente, ella pensó en el violín.

—Si me llevas al presbiterio, tocaré para ti.

Una sonrisa pareció dibujarse en Hede.

—Tocaré el violín toda la tarde, tocaré hasta que tú quieras.

—¿Enseñarás nuevos aires á mi violín?—preguntó él.

—Ciertamente.

Pero no contestó Hede, con gran decepción de Ingrid. Sin embargo cogió el saco, lo arrastró por encima de las tumbas, de las hierbas y las flores, hasta un montón de hojas secas, de ramas de pinos y coronas marchitas que había cerca del muro del cementerio. Allí sacó todo el contenido y lo escondió cuidadosamente.

Volvió hacia Ingrid con el saco vacío, y dijo:

—Puedes meterte.

Ingrid lo hizo en seguida. El loco anudó todas las correas con el mismo esmero que para sus mercancías ordinarias; después se agachó, pasó sus brazos por los tirantes, los cruzó sobre el pecho, y se levantó. Dió unos pasos y se echó á reir. Pesábale tan poco el saco, que hubiera podido saltar con él á cuestas.

No habría más que una media legua de la iglesia al presbiterio. Era un paseo de apenas veinte minutos. Ingrid esperaba que estaría en su casa antes de que la gente hubiera salido de la iglesia. Hubiera querido llegar cuando su madre adoptiva y las criadas estuviesen solas.

Ingrid llevaba el ramito de mirto. Aquellas flores, cogidas del árbol de su madre adoptiva, hacíanla feliz. Le inspiraban pensamientos más tiernos y más dulces respecto á su madre. Además, aun sin aquel ramo, ¿cómo no hubiera abrigado pensamientos dulces? Cuando se vuelve de la tumba, todo lo que vive, todo lo que se mueve en la tierra inspira ternura.

En aquel momento, comprendía muy bien que la mujer del Vicario tenía que querer más á sus hijos, á sus verdaderos hijos. Y puesto que había tanta pobreza en la casita, puesto que no podía haber una criada especial, encargada de los pequeños, ¿no era natural que ella los cuidase? Y si sus herma-

nos y sus hermanas no eran siempre cariñosos con ella, ¿no era sencillamente porque tenían la costumbre de ver en ella una criada? No podían acordarse de que había sido adoptada como su verdadera hermana.

Todo el mal venía de la pobreza. Si el padre obtenía al fin un curato, las cosas se arreglarían. Volvería ella á gustar de la dulzura de los primeros tiempos en que todos la amaban. Sí, viviría como entonces. Ingrid besó las flores. Su madre no había querido nunca, ciertamente, ser dura con ella. Solamente la pobreza la había hecho, á veces, mala. Además, ¿qué la importaba en adelante cómo la trataran? Nada la abatiría ya. Sentíase feliz, puesto que vivía. Y si tenía aún malos momentos, bastaríale recordar el ramo de mirto y el caballo de madera del hermanito. ¡Qué alegría saber que la volvían viva por aquel mismo camino por donde nadie hubiera podido pensar que volviera! Pero no tuvo tiempo de seguir pensando, porque en menos de veinte minutos llegó el loco al presbiterio. Solamente estaban en la casa la mujer del Vicario y las criadas, como Ingrid había pensado. Habían tenido mucho que hacer para preparar la comida que seguiría al entierro. Los invitados iban á llegar de un momento á otro; todo estaba dispuesto. La mujer del Vicario acababa justamente de ponerse su buen vestido negro. Echó una ojeada al camino de la iglesia. No se veía aún ningún vehículo. Fué otra vez á la cocina para probar los platos. Estaba contenta de que todo estuviese bien. La pena que se pueda tener no impide estas menudas satisfacciones. En la cocina no había más que una vieja sirvienta, á la que la mujer del Vicario, al casarse, trajo consigo, y á la que consideraba en cierto modo como una amiga.

—¿No te parece, Lisa, que todo el mundo quedará satisfecho de semejante entierro?

—Quisiera que la muerta pudiese echar una ojeada á la tierra, y viera cómo la honra usted—dijo Lisa.—Eso la alegraría.

—¡Oh!—dijo la mujer del Vicario;—nunca podría alegrarla nada mío.

—Ha muerto—replicó la sirvienta,—y no hablaría yo mal de una persona que apenas está enterrada.

—Por su culpa me ha regañado á menudo mi marido—dijo la madre adoptiva de Ingrid.

Experimentaba en aquel momento la necesidad de hablar con alguien de la joven. Tuvo vagos remordimientos, y por esto dispuso un entierro tan lucido. Esperaba que el trabajo que se tomaba para honrar á la muerta, calmaría su pesar; pero no era así. También su marido tenía remordimientos, y decía que no habían cumplido su promesa, que no habían tratado á la niña como á uno de sus hijos. «Hubiera sido mejor, repetía, no haberla adoptado nunca, que hacerla sentir que era una extraña y que se la quería menos.» Así es que la madre adoptiva sentía la imperiosa necesidad de hablar de la joven, para saber lo que se pensaba, en general, sobre la manera que habían tenido de tratarla.

Lisa se puso á mover vivamente la cacerola, como para reprimir sus sentimientos. Lisa era una mujer lista, que conocía el arte de ponerse bien con su ama.

—Lo cierto es—empezó Lisa,—que cuando se tiene una madre cuidadosa y vigilante, y se lleva una ropa limpia y decente, parece que se debiera estar alegre y con deseos de dar gusto. Cuando se puede vivir en una buena casa de Pastor, y se recibe una educación de señorita, sería natural que se tratase de ser útil y no se perdiera el tiempo en soñar y dormir de pie... ¿Qué hubiera sido de ella, pobre niña, si usted no la hubiese recogido? Hubiera vagado con unos titiriteros, y se habría muerto en la calle como una miserable.

Hede cruzó en aquel momento el patio, con un saco á cuestas, á pesar de ser domingo. Entró quedamente por la puerta abierta de la cocina é hizo una reverencia, á la que nadie contestó. El ama y la criada le vieron muy bien; pero la presencia del loco no interrumpió la conversación. La mujer del Vicario quería oir palabras que le aliviasen y descargaran su conciencia.

—Tal vez—dijo ella,—será mejor que nos haya dejado.

—Oiga usted, señora—se apresuró á contestar la criada,—creo que el Vicario piensa lo mismo, ó que, por lo menos, lo pensará pronto. La casa estará tranquila ahora, lo que no le disgustará.

—Yo tenía que resistirme—dijo la madre adoptiva,—porque él quería siempre gastar para ella, y comprar trajes. Temía siempre que no fuese como los demás, y á menudo iba ella mejor. Y ahora que había crecido, costaba mucho.

—¿Será ahora para Greta su traje de batista?

—Sí, se lo arreglaré á Greta, ó me lo arreglaré yo.

—La pobre no ha dejado mucho.

—Nadie le pide herencia—replicó el ama.—Bastaría con que hubiera dejado el agradable recuerdo de alguna palabra agradecida.

Todo esto era lo que se dice cuando se tienen remordimientos y se trata de disculparse. En el fondo, la mujer del Vicario no creía lo que decía.

El dalecarliano se conducía de la misma manera que cuando llegaba para su comercio. Al principio, miró en rededor; luego, lentamente, prudentemente, dejó el saco en una mesa y desató las cuerdas y las correas. Dirigió una mirada circular para asegurarse de que no le atacarían ni los perros, ni los gatos; se enderezó y empezó á abrir el saco.

—No vale la pena de abrir el saco hoy—dijo Lisa.—Es domingo, y en domingo no se vende ni se compra.

El loco no prestó atención alguna á estas palabras, y continuó desatando correas. Lisa le volvió la espalda y se dirigió á la mujer del Vicario. La ocasión era propicia para granjearse los favores de su ama.

—Ni siquiera sé si era buena con los niños. Les oía á menudo gritar y llorar en su cuarto.

—Era con ellos lo que era conmigo—contestó la mujer del Vicario.—Y ahora lloran porque se ha muerto.

En aquel momento se apartaron del fogón, y miraron á la

mesa, en donde el dalecarliano acababa de abrir el saco; habían oído algo raro, algo que se parecía á un suspiro ó á un sollozo. El saco estaba abierto, y la hija adoptiva que acababan de enterrar, salía de él tal como la habían metido en la caja. No completamente tal. Parecía más muerta que cuando la envolvieron en su sudario. Entonces casi tenía el mismo color que en vida. Pero ahora estaba lívida, con los labios de un azul negro y los ojos horriblemente hundidos. No dijo nada; pero leíase en su rostro una inmensa desesperación, y tendió hacia su madre adoptiva el ramo de flores, como un llamamiento y como un reproche. No era un espectáculo soportable. La madre adoptiva se desmayó. La criada permaneció un momento inmóvil; miró á la joven, miró á la madre, después se tapó los ojos y corrió á encerrarse en un cuartucho de la cocina. «No, se dijo, no vuelve por mí. Yo no tengo que ver nada en el asunto.»

Pero Ingrid se volvió al dalecarliano:

—¡Vuélveme á tu saco y llévame! ¿Oyes? ¿oyes? Llévame lejos de aquí. ¡Llévame adonde me encontraste!

En aquel momento Hede miró hacia el camino. Venía por éste una larga fila de coches y carretas, cuya cabeza entraba ya en el patio. ¡Ah! ciertamente, no se quedaría él allí. No le agradaba nada semejante espectáculo.

Ingrid se acurrucó en el fondo del saco, muda, pero llorosa. Hede volvió á ajustar las correas, se echó el saco al hombro y salió. Los invitados que acudían á la comida de funerales se reían al ver al chivo que escapaba y hacía reverencias á cada caballo que encontraba.

CAPITULO III

La señora Ana Stina era una anciana que vivía en el fondo del bosque. Iba á menudo al presbiterio á echar una mano, y bajaba al pueblo cuando había hornada ó lejía. Era una anciana buena y entendida, y muy amiga de Ingrid.

En cuanto la joven pudo formular un pensamiento, decidió acogerse á la señora Ana Stina.

—Oye—dijo al dalecarliano,—cuando estés en la carretera, tomarás el camino que conduce al bosque, y le seguirás hasta una valla. Allí tomarás á la izquierda, é irás hasta el yacimiento de arena; y desde allí verás una casa, á la que tienes que llevarme, y allí tocaré para ti.

Costábale trabajo emplear con él un tono brusco y duro, pero comprendía que solamente hablando así sería obedecida. No se sentía ya con ningún derecho á la vida. Era la consecuencia terrible de lo que la había ocurrido. Había, pues, vivido seis años en casa del Vicario, y durante aquellos seis años no supo hacerse amar lo suficiente para ser llorada. El que no es amado por nadie no tiene ningún derecho á la vida.

Desde el momento en que supo que no la querían, una mano de hierro la oprimía el corazón, se lo oprimía hasta el punto de paralizar sus latidos. Era la vida misma que se cerraba ante ella, y esto en los momentos en que, vuelta de la muerte, ardía en un apasionado deseo de vivir. Lo que la ocurría era mucho más cruel que una simple sentencia de muerte. Pensaba en ese lento fin de los árboles cuyas raíces han sido cortadas, y cuya savia se ha secado.

Por fin, el dalecarliano depositó su saco en un escalón de piedra, ante una casita, en el corazón del bosque. La puerta de la casa estaba cerrada, pero en cuanto Ingrid hubo salido del saco, buscó la llave en el umbral, abrió y entró. Ingrid conocía bien la casa y todos los objetos familiares. No era la primera vez que había ido allí á buscar un consuelo. No era la primera vez que había ido á decir á la señora Ana Stina que la vida la parecía insoportable en casa del Vicario, que su madre adoptiva era demasiado dura, y que no, que no quería volver. Pero cada vez la anciana la había convencido y tranquilizado. Hacíala una taza de café detestable, en el que no había, en lugar de café, sino garbanzos tostados; pero aquel brebaje la fortificaba, sin embargo, el ánimo. Al lado de la an-

ciana, concluía por reirse de todas sus miserias, y salía tan confortada que iba bailando por los senderos.

Sin embargo, temía que aquella vez no produjera el terrible café sus efectos habituales. Además, Stina estaba ausente; estaba en el entierro de Ingrid, porque la mujer del Vicario, estimulada por sus remordimientos, no se había olvidado de las personas queridas por su hija. En la casita todo estaba en orden, y cuando Ingrid vió el banco y la mesa reluciente, y el gato y la cafetera, no se sintió consolada, cierto es, pero fué feliz al encontrarse en un lugar donde podría dar libre curso á su dolor. ¡Era tan bueno llorar á gusto! Se echó en el banco, y nunca supo el tiempo que estuvo allí sollozando. Hede se había sentado en la piedra á la puerta de la casa. No quería entrar, á causa del gato. Esperaba que Ingrid saliese y tocara lo prometido. Había empuñado el violín, y, como ella tardaba, se puso á tocar él mismo. Tocaba suavemente, según su costumbre. A penas se le oía desde el interior de la casa. Ingrid sintió que le recorrían unos estremecimientos. Los había experimentado análogos antes de caer enferma. ¿Iba á volver su enfermedad? ¡Haga Dios que esta vez la fiebre se la lleve! No podía desear nada mejor.

Cuando oyó el violín, se irguió y miró en torno de ella con los ojos muy abiertos. ¿Quién tocaba? ¿Era su estudiante? ¿Había por fin venido? Comprendió en seguida que debía de ser el dalecarliano. Se volvió á reclinar suspirando. No podía seguir la tocata; pero en cuanto cerraba los ojos, el violín tomaba la voz del estudiante. Entendía lo que decía. Hablaba á la madre adoptiva y defendía á Ingrid. Hablaba tan bien como habló en un tiempo al señor y la señora Blomgren: «Ingrid necesitaba mucho amor, decía. Esto es lo que la ha faltado. Por esto no había cumplido bien sus quehaceres. No se piensa lo que ella sabría trabajar y lo que se afanaría para quien la amase. Por éste sufriría las penalidades, y la enfermedad, y el desprecio y la pobreza. Por éste sería fuerte como un gigante y paciente como una esclava.»

Ingrid entendía claramente lo que decía el violín, y una dulce tranquilidad la penetraba en el corazón. ¡Qué verdad era aquello! Si su madre adoptiva la hubiese querido siquiera, habría visto lo que Ingrid era capaz de hacer. Pero como no la había querido, Ingrid estuvo como paralizada. Sí, aquello era la verdad.

El estremecimiento de la fiebre había desaparecido. Estaba pendiente de las palabras del estudiante, y sin duda, el sueño la volvía por momentos, porque creía estar aún en la tumba y que el estudiante llegaba á sacarla del féretro. Y ella le dirigía quejas: «No vienes sino cuando sueño», decía ella.—«Siempre acudo yo á ayudarte, contestaba él. Bien lo sabes, yo te saco de la tumba, te llevo á hombros, te arrullo con mi música. Siempre yo.»

Lo que la agitaba y la despertaba á veces, era la idea de que debía levantarse y tocar para el dalecarliano. Llegó á incorporarse en el banco, pero sus fuerzas flaquearon. En cuanto se reclinaba, entraba en el dominio de los sueños. Iba acurrucada en el saco, y el estudiante la llevaba á través del bosque. Siempre era él. «Pero no eras tú el de ahora», le dijo ella.—«Sí, sí, era yo, decía él sonriendo. Tú has pensado en mí todos los días durante todos estos años; así, pues, puedes comprender que no hubiera podido abandonarte á tan gran peligro.»

Este razonamiento le parecía tan justo, que ya no dudó de que fuese él. Y concibió tal felicidad, que se despertó por completo. Entonces el amor se ensanchó y corrió estremecido por todo su sér. No hubiera sido tan real aunque hubiese tenido ante su vista al amado y le hubiera hablado.

«¿Por qué no viene nunca en la realidad?, se dijo ella á media voz. ¿Porqué no se presenta sino en mis sueños?» No se atrevía á moverse, como si, al menor movimiento que hubiera hecho, hubiera podido desvanecerse el sentimiento de amor. Tenía la impresión de que un pájaro salvaje se había posado en su hombro, y temía asustarlo. Anochecía ya. Ingrid había

debido de dormir mucho, porque en aquella época del año no anochece hasta eso de las diez. El violín se había callado. Sin duda, se había marchado el dalercaliano.

La señora Ana Stina no había vuelto aún. Permanecería probablemente afuera toda la noche. La joven no se preocupaba por esto. No sentía deseos sino de acostarse y dormir. La atemorizaban toda la pena y toda la desesperación que la acometerían mientras estuviese despierta. Pero hubo un nuevo motivo de reflexiones. ¿Quién había cerrado la puerta? ¿Quién la había tapado con el mantón de Ana Stina? ¿Quién había puesto á su lado, en el banco, un pedazo de pan duro? ¿Era él? ¿Era el «chivo» quien había así cuidado de ella? Por un instante, creyó ver el sueño y la vida que se unían y confundían. El sueño sonriente y luminoso que derramaba sobre ella la beatitud del amor. Y la pobre vida, ruda y laboriosa, le aportaba también un pequeño óbolo de bondad, para demostrarla que la quería más de lo que Ingrid se imaginaba.

*
* *

Ingrid y la señora Ana Stina caminaban á través del bosque sombrío. Habían andado cuatro días y dormido tres noches en chozas abandonadas. Ingrid estaba fatigada, extenuada. Su rostro era trausparente, sus ojos hundidos brillaban de fiebre. Ana Stina la miraba, de vez en cuando, á hurtadillas, con inquietud, y rogaba á Dios que sostuviera las fuerzas de la joven. A veces también, la anciana miraba hacia atrás. Tenía una rara impresión de inseguridad. Creía oir que la muerte las seguía para recobrar á la que los hombres le entregaron con palabras de consagración y paletadas de tierra.

La anciana Ana Stina era baja y flaca, pero su rostro tenía un aire tan inteligente que parecía bello. No era supersticiosa. Vivía sola en el bosque, sin temor á la Dama de los Bosques ni á los Trolls; pero al lado de Ingrid iba junto á una

criatura que no pertenecía ya á este mundo. Es lo que se había dicho al encontrarla en la cabaña al día siguiente del entierro.

No volvió el domingo por la noche; porque la mujer del Vicario había caído gravemente enferma, y Ana Stina, que sabía cuidar á los enfermos, tuvo que quedarse con ella. Por la noche, en su delirio, la enferma había hablado de que Ingrid se la había aparecido. Pero nadie dió crédito á semejante aparición. Cuando, por fin, la anciana volvió á su casa y se encontró á la joven, su primer movimiento fué ir á ver al Vicario y contarle lo sucedido. Pero, en cuanto lo insinuó, Ingrid se puso de tal manera, que Ana Stina no insistió. El soplo de la vida vacilaba en la joven como la llama de una luz expuesta á los vientos.

La anciana no estaba muy segura de que Ingrid no fuera un alma del otro mundo, por lo poco que se parecía á un sér vivo. Así fué que renunció á hablarla á la razón. Había que obedecerla cuando exigía que nadie conociese su resurrección. La anciana trató de hacer lo mejor que se la ocurría, y, como tenía una hermana de aya de una casa principal en Dalecarlia, resolvió confiarle á Ingrid. Su hermana Stava encontraría sin duda una colocación cerca de ella para la joven, que se contentaría con ser una humilde sirviente. Era el único medio de hacerla desaparecer.

Y ahora se dirigían ambas hacia el lugar que habitaba Stava. La señora Ana Stina conocía tan bien la comarca, que no tuvieron necesidad de tomar la carretera. Seguían los senderos del bosque, con detrimento de sus ropas, que se desgarraban y ensuciaban, y de sus zapatos, que se abrían y deformaban. Un espino había destrozado al paso una manga de Ingrid.

Al cuarto día, salieron por fin del bosque. Encontrábanse en una altura desde la que se dominaba todo el valle. Al fondo se extendía un lago, y, cerca de la orilla, una isla en la que se alzaba un edificio. La señora Ana Stina le reconoció al punto. Era Munkyttan, y allí servía su hermana. Antes de

bajar, procuraron arreglarse un poco. Anudáronse los pañuelos, frotaron sus zapatos en el musgo y se lavaron en un arroyo. La señora Ana Stina hizo un pliegue en la manga de Ingrid, á fin de disimular el desgarrón.

La anciana suspiraba al mirar á Ingrid, y su valor desfallecía. Las ropas que le había prestado no le estaban bien, pero importaba poco. La dificultad consistía en que Stava tomase á su servicio á una joven que parecía tan débil. No podía ser más útil que una mariposa enferma.

Terminados sus preparativos, bajaron hasta el lago. No estaba lejos. Y por fin, entraron en las tierras de la finca. ¡Pero qué finca! Vastos campos incultos, llenos de madera y cubiertos de árboles. El puente que unía á la isla amenazaba ruina. El camino que iba del puente á la casa estaba lleno de hierba, y obstruído por un árbol derribado por el viento.

La isla era bonita, tan bonita que se hubiese esperado ver en ella un palacio. Pero en el jardín no había una flor de siembra; en el parque, los árboles se enmarañaban, y largas culebras negras corrían por los senderos fangosos y verduzcos.

Semejante desorden inquietaba á la señora Ana Stina; murmuraba: «¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrá muerto mi hermana Stava? ¿Cómo deja las cosas en tal estado? No estaba esto así cuando lo vi hace treinta años. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué ha sucedido á Stava?»

Ingrid la seguía lentamente, como á disgusto. Desde que pusieron el pie en el puente, creyó sentir que no estaban solas. Otra persona les había salido al encuentro y ahora las seguía. Ingrid no oía ningún ruido de pasos; pero el que las acompañaba estaba á su lado. Parecía verle. Asustada, hubiera querido rogar á la señora Ana Stina desandar el camino. Aquel era un terreno encantado. Pero antes de que hubiese tenido tiempo de decir nada, el compañero silencioso se acercó, y ella reconoció al estudiante. Su temor de encantamiento desapareció. Le parecía solemne y delicioso que viniese á su encuentro. Era él quien la había conducido á aquellos lugares; y él se lo

decía. La acompañó por el puente, por el camino, hasta la puerta de la casa.

Ella no podía dejar de mirar á cada instante hacia la izquierda: el rostro del fantasma le rozaba la mejilla. De otra parte, ella no veía sino una sonrisa infinitamente alegre y acariciadora. Cuando Ingrid se volvía por completo, desaparecía todo. Pero en cuanto miraba hacia adelante, reaparecía el jóven y se callaba y no hacía más que sonreir. Pero Ingrid se decía: «¿Hay, pues, en el mundo alguien que me tenga tan tierno amor?» Sentíase protegida y más viva que nunca.

Así fué que entró en la cocina de Munkyttan, con las mejillas coloreadas, con los ojos brillantes, frágil, grácil, transparente, pero bella como una rosa que acaba de abrirse. Andaba como en sueños y ya no sabía en dónde estaba. Sin embargo, experimentó una sorpresa que estuvo á punto de despertarla, cuando vió, cerca del fogón, á una segunda señora Ana Stina. Estaba allí, bajita y flaca, con la cara grande y cuadrada, lo mismo que la primera. Pero, ¿por qué se había puesto tan guapa, con su gorrito blanco, anudado bajo la barbilla, y con traje negro? El cerebro de Ingrid estaba aún tan perturbado, que pasó un momento antes de comprender que debía de ser Stava.

Las miradas inquietas de Ana Stina se fijaban en la joven, que se esforzó en salir de aquella especie de sopor, y saludar. Pero no pensaba sino en aquél cuya imagen la había acompañado.

Detrás de la cocina había un cuartito, cuyos muebles tenían fundas de cuadros azules y blancos. Stava las llevó allí, y las ofreció de comer y beber.

Ana Stina explanó en seguida el objeto de su visita. Habló largamente. Su hermana, sabíalo ella, gozaba de gran predicamento con Su Gracia. Ella era la que tomaba las criadas para la casa... Stava no contestó nada, pero su mirada parecía decir que no hubiera gozado nunca de tal crédito si hubiese elegido sirvientes como Ingrid.

Ana Stina alababa á Ingrid: era una muchacha buena y animosa. Había servido hasta aquí en un presbiterio; pero ahora, ya crecida, deseaba aprender más; por eso la traía Ana Stina á Munkyttan, donde habría una persona más capaz que nadie de enseñarla muchas cosas. Stava guardaba silencio, pero no disimulaba su asombro. ¿Cómo era que la criada en un presbiterio no tenía ropa propia y se veía obligada á ponerse la de Ana Stina?

Ahora, la anciana hablaba de sí misma, de su vida solitaria en medio del bosque y de la montaña, abandonada por todos sus parientes. Por fortuna, aquella jóven subía de vez en cuando á verla, ya al anochecer, ya por la mañana temprano. Por eso había pensado y esperado que podría serle útil buscándole una colocación.

Stava contestó que sentía muchísimo que hubiesen andado tanto. Pero si la joven era tan dispuesta, ¿por qué no se colocaba en una buena casa del pueblo?

Ana Stina comprendió que su asunto iba mal, y sacó el Cristo.

—Toda la vida has estado aquí—le dijo ella—cómodamente, Stava, y yo he luchado con la pobreza. Nunca te he pedido nada todavía. ¿Y me dejarías marchar como una mendiga á la que se da una comida y se la despide después?

Stava sonrió ligeramente, y contestó:

—Ana Stina, no dices la verdad. También yo soy de Raglanda, y quisiera saber cuál es la cabaña ó la casa en donde se encuentran semejantes ojos y tal cara.

Señaló con el dedo á Ingrid, y continuó:

—Comprendo muy bien, Ana Stina, que deseas ayudar á una muchacha que tiene ese aire; pero lo que no comprendo es que creas á la hermana Stava tan pobre de espíritu que te atrevas á mentirle.

La señora Ana Stina se sobrecogió tanto en esta salida, que no supo qué responder; pero Ingrid resolvió confiarse á Stava, y en voz baja empezó á contarle su historia.

Cuando Ingrid llegó á lo del cementerio, y habló del dalecarliano loco que la había salvado, Stava se puso encarnada y bajó la cabeza para ocultar su confusión. No fué más que un instante, pero cuando alzó los ojos estaban llenos de bondad. Se puso á interrogarla sobre todo lo que concernía al loco. ¿No había tenido miedo Ingrid?

¡Oh! no, no es nada peligroso. Además, no es tan loco, porque puede vender y comprar y contar. Está únicamente enfermo de terror.

Después terminó su relación, y le fué muy duro repetir lo que había oído decir á su madre adoptiva. Pero lo dijo todo con lágrimas en la garganta. Stava se acercó, separó el pañuelo con que Ingrid se tapaba la cabeza, y la miró á los ojos. Luego le acarició la mejilla.

—No siga usted con eso, señorita, si no quiere. No necesito saberlo. Y ahora, perdóneme un momento; pero tengo que servir el café á la señora. Volveré en seguida.

Cuando volvió, dijo que había contado á su ama la historia de la joven, y que Su Gracia deseaba verla.

Subieron Ana Stina y la joven al primer piso, y las introdujeron en el saloncito de la dueña. Ana Stina se detuvo en la puerta de aquella habitación tan elegante, pero Ingrid no se sintió en modo alguno intimidada. Se acercó sin vacilar á la anciana señora y tomó su mano. Tal vez hubiera sido tímida con otras personas menos aristocráticas; pero en aquella casa no experimentaba ninguna timidez. Sentíase solamente satisfechísima de encontrarse allí.

—¡Ah! He aquí la amiguita que ha estado enterrada—dijo la señora.

Y le hizo un amistoso signo con la cabeza.

—¿Quiere hacerme el gusto mi amiguita de contarme su historia? ¡Estoy tan sola en esta casa! Nunca oigo hablar de nada.

Ingrid empezó su relación. Pero Su Gracia no tardó en interrumpir como lo hizo Stava. Se levantó y miró fijamente á Ingrid.

—Sí, sí—murmuró.—Comprendo que haya obedecido á esos ojos.

Por la primera vez en su vida Ingrid fué alabada por su valor. A la señora le pareció que lo había tenido muy grande al confiarse á un loco.

—¡Oh!—dijo Ingrid,—yo no tenía miedo sino de las gentes que hubieran podido verme. No es peligroso él; casi es sensato, y es muy bueno.

Su Gracia quería saber cómo se llamaba; pero no lo sabía Ingrid. Nunca le había conocido otro nombre que *el chivo*.

Varias veces la señora le preguntó cómo se las arreglaba él para vender. ¿No se había reído ella de él? ¿No tenía un aspecto terrible aquel *chivo?* Era muy curioso; pero cuando Su Gracia pronunciaba la palabra «chivo», lo hacía con rara amargura y, sin embargo, lo repetía varias veces. No; á Ingrid no le parecía tan terrible, y no se reía nunca de los desgraciados.

La señora mostró una expresión más dulce que sus palabras:

—Mi distinguida amiguita parece verdaderamente comprender á los locos—dijo.—Es un dón precioso. La mayoría de las gentes los tienen miedo.

Había escuchado hasta el fin la historia de Ingrid, y ahora reflexionaba.

—Puesto que mi amiguita no tiene otro hogar—dijo,—la ofrezco quedarse conmigo. Yo vivo aquí sola. Será la acompañante de una pobre vieja. Cuidará de que no la falte nada. ¿La parece bien á mi amiguita?... Llegará tal vez un día—añadió Su Gracia—en que habrá que informar de que está viva á sus parientes. Pero se la dará tiempo para tranquilizarse. Y mi amiguita me llamará tía. Pero ¿cómo llamaré yo á mi amiguita?

—Ingrid, Ingrid Berg.

—Muy bien, Ingrid, dijo Su Gracia, tras una pausa.

Cuando la joven comprendió que encontraría en Mun-

kyttan un verdadero hogar, parecióle que era una nueva confirmación de la manera sobrenatural de haber sido conducida allí. Murmuró unas palabras de agradecimiento á su protector invisible antes de dar las gracias á la bondadosa señora, á Stava y á Ana Stina.

***

Ingrid dormía en una cama con dosel y colchón de plumas de tres pies de espesor. Las sábanas tenían entredoses de varias pulgadas de ancho, y su colcha de seda ostentaba coronas suecas y lises francesas. La cama era tan ancha que podía acostarse, á su antojo, á lo largo y de través. Era tan alta, que subía á ella por dos escalones. Del dosel, un Amor dejaba caer unas cortinas floreadas, y, en las columnas del lecho, otros amorcillos las recogían en pliegues.

Había también en la alcoba una antigua cómoda ventruda, de madera de limonero con incrustaciones, y de esta cómoda podía sacar Ingrid cuanta ropa blanca perfumada quisiera. Lindos trajes de todos colores, de seda y muselina, colgaban de un armario.

No tenía ella sino elegir.

Por la mañana, al despertar, encontraba á su lado una brillante bandeja de plata y platillos y taza de antigua porcelana de las Indias; todas las mañanas mordían sus blancos dientecillos pan tierno y pastas. Todos los días vestíase un traje ligero de muselina, y un pañuelo atado á la espalda. Peinaba su pelo recogido en la nuca y rodeaba su frente una pequeña corona de ricillos en tirabuzón.

Entre las dos ventanas colgaba un espejo con su marco; allí podía ella saludar á su imagen y preguntarla: ¿Eres tú?, ¿eres verdaderamente tú? ¿Cómo has venido aquí?

Durante el día, sentábase en la sala y bordaba en cañamazo ó pintaba en seda; y cuando se cansaba, tocaba la guitarra y entonaba canciones y hablaba con Su Gracia, que la enseñaba á hablar francés, y se complacía en hacer de ella una dama.

A la verdad, era una mansión encantada y no podía Ingrid quitarse de la cabeza la idea que se la ocurrió al llegar.

Nadie venía, nadie se marchaba. Unicamente eran atendidas algunas habitaciones. Nadie ponía el pie en las otras. Nadie se paseaba por el jardín. Nadie le cuidaba. No había en toda la finca sino un criado y un viejo que partían leña. Y á Stava no la ayudaban más que dos sirvientes en la cocina y en el establo. Pero las comidas eran siempre finas y escogidas. Su Gracia é Ingrid estaban siempre bien servidas y bien vestidas.

Y aquella finca, en la que nada parecía prosperar, era por lo menos un lugar maravilloso para los sueños. No se cultivaban flores, pero Ingrid veía germinar y florecer las rosas de su imaginación. Brotaban á su alrededor en cuanto tenía un momento de soledad. Parecíale que las encarnadas rosas de sus ensueños formaban un dosel sobre su cabeza.

Allí en donde los árboles inclinados sobre el agua sombreaban los juncos con sus largas ramas, en medio de la maleza y del arbolado, había un sendero que daba la vuelta á la isla, y que Ingrid seguía á menudo. Chocábale ver nombres grabados en los troncos de los árboles, y encontrar bancos y sitios de reposo, y hasta dos pabellones destartalados y tan podridos, que no se atrevía á poner el pie en ellos. ¡Pensar que hubo allí gentes en otro tiempo! ¡Pensar que hubo allí vida, ensueños, amor! No siempre había sido un lugar encantado.

Pero en ninguna parte era tan fuerte el encanto como á lo largo de aquel sendero. Allí, sobre todo, se le aparecía el rostro de la dulce sonrisa. En aquella soledad es donde podía dar gracias al estudiante por haberla llevado allí, allí en donde era tan feliz, en donde la querían, en donde la hacían olvidar la dureza del mundo. ¿Cómo sería esto sin la protección misteriosa con que él la había rodeado?

Y no podía ser sino él. Ella había pensado siempre en él; pero nunca, antes de encontrarse allí, le había sentido tan cercano. Nunca había pensado que se ocuparía él de ella de tal

manera. Y ahora, se preguntaba cuándo llegaría, porque seguramente iba á llegar. Era imposible que no viniese un día á los lugares en donde había dejado una parte de su alma.

Pasó el verano y el otoño también. Acercábase Navidad. Un día, Stava le dijo confidencialmente:

—Me parece que la señorita debe saber que el joven dueño de la finca viene á casa por Navidad... Es decir acostumbra á hacerlo—añadió con un suspiro.

—¿Cómo? Su Gracia no me ha dicho nunca que tuviese un hijo—replicó Ingrid.

Sin embargo, no se sorprendió gran cosa.

Parecíale que lo había sabido siempre.

—Nadie ha dicho nada á la señorita—dijo Stava,—porque Su Gracia nos ha prohibido hablar de su hijo.

Y Stava no añadió más. Ingrid, porque temía saber algo demasiado real, no quiso interrogarla. Pero, desde aquel momento, no se apartó de su imaginación el estudiante.

Un día observó que habían quitado la nieve del camino. Casi tuvo miedo. ¿Vendría aquel día? Al siguiente, Su Gracia, desde por la mañana, se sentó junto á la ventana, con los ojos fijos en el camino. Ingrid estaba sentada en medio de la sala. Su inquietud la impedía acercarse á la ventana.

—¿Sabes, Ingrid, á quién espero hoy?—preguntó de pronto la anciana.

La joven hizo una señal con la cabeza. No se atrevía á fiarse de su voz.

—¿Te ha dicho Stava que mi hijo es muy raro?

Ingrid movió la cabeza.

—Es muy raro. Yo no puedo decirlo. No puedo. Tú lo verás.

Dijo estas palabras con un acento que conmovió á Ingrid. ¡Qué raro era todo en aquella casa! ¿Había allí algo terrible que ella ignoraba? ¿Eran enemigos la madre y el hijo? Ingrid pasaba por alternativas de exuberante alegría y de temor febril, y tuvo que recurrir á la magia de sus visiones para per-

suadirse de que efectivamente era *él* quien debía venir, y que el hijo de la casa no era otro que su estudiante.

Fué un largo día, un día de espera y de silencio hasta la noche. De repente, el criado entró en el patio, conduciendo un carro de leños de Nochebuena, y, mientras que lo descargaba, el caballo quedó en medio del patio.

—¡Ingrid!—llamó Su Gracia con voz brusca de mando.—Corre á decir á Anders que meta el caballo. ¡Pronto, pronto!

La joven bajó las escaleras y salió al terrado. Pero, al llegar allí, se olvidó de lo que tenía que decir al criado; porque, detrás del carro vió un hombre de elevada estatura, con pelliza blanca y un enorme saco al hombro. No necesitó verle detenerse y hacer sus reverencias para reconocerle.

Llevóse ella la mano á la frente y respiró dolorosamente. ¿Cómo explicarse todo aquello? ¿Era por aquel hombre por lo que la señora la envió á llevar la orden? ¿Y por qué se llevaba el criado el caballo con tanta prisa? ¿Y por qué se quitaba la gorra y saludaba al loco? ¿Qué venía éste á hacer allí?

De pronto, la verdad se hizo en Ingrid, la cual estuvo á punto de dar un grito. No era, pues, al amado á quien debía su bienestar presente. ¡Era á aquel pobre insensato! La habían atendido porque había hablado bien de él. La habían atendido porque la madre quiso terminar la buena obra comenzada por su hijo. El *chivo* era el amo de la finca. Pero nadie iría hacia Ingrid. Nadie la había conducido hacia aquella casa. Nadie la había esperado. Eran sueños, fantasías, ilusiones. ¡Qué amargura! ¡Si por lo menos no hubiera ella suspirado tanto en la espera!

Pero á la noche, acostada bajo sus cortinas rameadas, Ingrid soñó que veía al estudiante llegar á la finca.

—No eres tú el que ha venido—dijo ella.

—Sí, soy yo—contestaba él.

Y en su sueño le creía.

SELMA LAGERLÖF

(Continuará.)

LAS CORTES DE LA REVOLUCIÓN

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

Apertura y primeras discusiones de las Constituyentes de 1869.—De cómo se hacían las elecciones en aquella época.—El compromiso parlamentario del General Pierrad.

Cuando el 11 de Febrero de 1869 se verificó la apertura de las Cortes Constituyentes, ya estaban deslindados los campos entre republicanos y monárquicos, y, por lo tanto, el entusiasmo no era unánime y armónico, tanto más, cuanto que los últimos no tenían, al parecer, elegida la persona que había de colocarse en el trono.

Asistió el Gobierno á esta sesión inaugural, acompañado de la Diputación provincial y del Ayuntamiento de Madrid.

Componían el Ministerio, formado por D. Francisco Serrano y Domínguez, Duque de la Torre, en uso de las facultades que le había conferido la Junta Revolucionaria de Madrid, las personas siguientes: Presidencia, el mismo Serrano; Estado, D. Juan Alvarez Lorenzana; Gracia y Justicia, D. Antonio Romero Ortiz; Hacienda, D. Laureano Figuerola; Guerra, D. Juan Prim, Conde de Reus; Marina, D. Juan Bautista Topete; Gobernación, D. Práxedes Mateo Sagasta; Fomento,

D. Manuel Ruiz Zorrilla, y Ultramar, D. Adelardo López de Ayala.

Presidió la sesión interinamente, por ser el diputado de más edad, D. Francisco Santa Cruz.

Serrano subió á la tribuna y leyó un discurso muy sensato dando á conocer los deseos del Gobierno, que no eran otros sino los de reorganizar el país sobre bases esencialmente liberales. Como se había jaleado tanto en la prensa, en tertulias y en cafés, el tema de las economías en los gastos del Estado, Serrano abordó la cuestión en su discurso; pero recogiendo velas, porque ya dentro del Ministerio veía la imposibilidad de llevar á la práctica lo que se aconsejaba en la oposición, y dijo que las economías reclamadas por la opinión se realizarían *hasta tocar los últimos límites de lo razonable y lo posible,* pues no podían desatenderse ni la Deuda, ni los gastos del Ejército y de la Marina.

El 20 de Febrero quedó constituído el Congreso, habiendo sido elegido Presidente D. Nicolás María Rivero, por 167 votos de 227 diputados que tomaron parte en la votación. Para Vicepresidentes se nombró á Cantero, Martos, Valera (don Cristóbal) y el Marqués de la Vega de Armijo; y para Secretarios, Celestino Olózaga, Llano y Persi, el Marqués de Sardoal y Sánchez Ruano.

Rivero, en su discurso de gracias al Congreso por haberle elevado al sillón presidencial, no hay que decir si anatematizó la dinastía de los Borbones, si ensalzó la Revolución, haciendo concebir á todos grandes esperanzas; pero dió un toquecito de independencia de carácter que quizá disgustase á Prim, Serrano y Topete. «Yo os pregunto una cosa—decía:—¿Quién ha hecho la Revolución de Septiembre? ¿Qué partido, qué colectividad, qué hombre puede atribuirse la gloria ni la responsabilidad del gran movimiento revolucionario? Nadie, absolutamente nadie: es la nación entera, son todas las clases, todos los que aman la libertad.»

Este era el concepto que de la Revolución teníamos forma-

do nosotros, y que hemos expuesto francamente en otro libro (1).

En aquella sesión se acordó que rigiera el Reglamento de sesiones de 1854, y que se suprimiese la fórmula del juramento al tomar posesión los diputados.

Sardoal, como Secretario, leyó una comunicación del Presidente del Gobierno provisional, resignando en las Cortes los poderes que la Revolución le había conferido, y que ejercía desde 8 de Octubre último.

Después de cuatro frases de Serrano, que, sin ser un buen orador, se expresaba con cierta facilidad, se levantó Prim, y con aquella voz sonora, vibrante, en el tono declamatorio que le era característico, hizo la apoteosis de la Revolución, y rectificando, en cierto modo, á Rivero, exclamó: «Nosotros, en primer término, ayudados por nuestros compañeros, preparamos la mina revolucionaria.» Después se aventuró á decir que la dinastía de los Borbones quedaba hecha trizas, y que había desaparecido para *siempre* de España; y aunque es indiscreto aplicar el adverbio *siempre* tratándose de acontecimientos políticos, siempre inseguros y mudables, en aquel caso especial tenía la convicción de que los Borbones no volverían *jamás, jamás, jamás:* frase que produjo un efecto sorprendente, que se recordó cientos de veces, y que hasta dió nombre á la sesión en que fué pronunciada, pues se la designó en aquella época por *la sesión de los jamases.*

Ocurrió un incidente, que entonces tuvo gracia y que luego la ha tenido en mayor grado. Como Prim hablaba después de haberlo hecho el General Serrano, dijo que en la marcha del Gobierno estaba de acuerdo con el Duque de Valencia (2), cambiando distraídamente el título por el del Duque de la Torre; el asombro que demostraron los diputados ante esta

(1) *Isabel II, íntima.* Apuntes histórico-anecdóticos de su vida y de su época.

(2) Político reaccionario, fallecido en el año anterior.

afirmación, le hizo recordar lo que había dicho, rectificándose espontáneamente con aplauso de todos. Sin embargo, su inflexible carácter, su indomable voluntad, sus actos de gobierno, no siempre dúctiles á las imposiciones de la multitud, hacen recordar en Prim, como ministro de la Guerra, los temperamentos políticos del Duque de Valencia.

Propúsose la mayoría dar un voto de gracias al Gobierno y encargar otra vez la formación del Ministerio al General Serrano, acto á que se opusieron abiertamente los republicanos, como Figueras, que pronunció un buen discurso, aunque poco práctico; Castelar, que entusiasmó al auditorio con su oratoria sublime; Pi y Margall, que sorprendió á todos por su lógica incontestable; y Orense, que, si bien no dijo nada en sustancia, distrajo á la Cámara con sus genialidades y humorismos.

Lamentándose este último de que la Revolución de 1854 no había realizado ninguna reforma, exclamaba en aquel tono zumbón que le distinguía: *Ni aun siquiera se suprimió el cuarto del cartero.*

No solamente no se suprimió, sino que sufrió el aumento de dos céntimos, pues hoy se abonan cinco por cada carta al recibir la correspondencia de fuera de Madrid en el domicilio.

Dijo el General Izquierdo, en una reunión popular, que había *nacido* á la vida política el 19 de Setiembre de 1868, fecha del alzamiento de la escuadra en Cádiz, y Orense aprovechó la frase para dar á su autor una broma de buen género en su discurso, consiguiendo hacer reir á los diputados, de tal suerte, que el aludido se vió obligado á pedir la palabra y explicar lo del *nacimiento*, que la prensa también tomó á chacota, denominando al General el *niño de la Revolución* (1).

Con los discursos de unos y de otros llegó el 23 de Febrero, sin que se aprobara la proposición, causa del debate, y á las siete menos cuarto de la tarde se suspendió la sesión para con-

(1) El General D. Rafael Izquierdo era de regular estatura, grueso, con grandes bigotes canosos y prolongada perilla.

tinuarla á las nueve, con el fin de que aquella misma noche se tomase un acuerdo definitivo.

Sagasta se hallaba enfermo, tenía fiebre, y, á pesar de todo, tuvo que abandonar el lecho y acudir á las Cortes, porque sólo él, con su oratoria peculiar, con su influencia personal, podía conseguir que se terminara aquella discusión. Así fué; por 180 votos contra 62 se encargó á Serrano la formación del Ministerio, que quedó constituído en la misma forma; el Presidente del Gobierno dió las gracias en un sentido discurso, y se levantó la sesión á las dos y media de la madrugada.

* * *

Las elecciones verificadas para la formación de las Cortes Constituyentes parece que no se efectuaron por parte del Gobierno con toda aquella imparcialidad que reclamaba el nuevo orden de cosas; y decían que el ministro de la Gobernación (Sagasta) hubo de echar mano de los recursos que tanto había anatematizado él mismo en tiempo de los moderados. Orense, que si no hablaba pulido, hablaba claro (1), con ocasión de la discusión de las actas de los diputados elegidos por la provincia de Santander, le puso de oro y azul al Gobernador respectivo, manifestando, entre otros extremos, que algunos Gobernadores habían faltado á su deber, haciendo todo género de intrigas y maniobras.

«Verificadas unas elecciones—añadía,—viene aquí la mayoría que ha de juzgarlas; y éste es un vicio digno de estudio, que necesita corregirse, y que realmente yo no acierto á encontrar el medio de evitarlo. En esas elecciones se cometen mil fraudes y amaños; pero como la mayoría que, á consecuencia de ellos, viene á las Cortes, es la misma que ha de fallar sobre la legalidad de la elección, el resultado es que las actas son aprobadas y que ningun diputado se decide á impugnarlas,

(1) 6 Marzo 1869.

por consideración á sus compañeros y en cambio de la que éstos le han guardado. De modo que en semejantes casos se suele ver lo blanco negro, y resultan aprobadas las actas, por más protestas que tengan, porque casi nunca se prueban.»

El argumento, desgraciadamente, vuelve á tener hoy aplicación después de los años transcurridos.

* * *

El incidente ocurrido en la sesión de 15 de Marzo es sumamente curioso, y merece mencionarse.

D. José Abascal dirigió al Gobierno una pregunta, al parecer sencilla, sobre lo acontecido en una manifestación republicana, verificada en el día anterior. Sin duda lo de la pregunta era plan convenido para promover un debate, y Sagasta se apresuró á contestar, diciendo que sólo tenía noticias extraoficiales, de las cuales resultaba que un diputado había predicado poco menos que la rebelión contra los acuerdos de las Cortes, y que un General (1), también diputado, había dicho «que no habrá quintas, y que el país, cualesquiera que sean las resoluciones del Gobierno, apoyado siempre en el acuerdo de las Cortes Constituyentes, *no debe dar ni hombres ni dinero.*»

Orense, que era el diputado aludido, se defendió con su cháchara casi festiva, quitándole importancia al acto.

«La libertad, señores, es ruidosa—decía,—y eso de creer que por cualquier cosa peligra la libertad, es una tontería. Hay que habituarse á la libertad, no ser tan susceptibles, y considerar que mientras unos están muy contentos con la situación, porque para ellos ha sido muy buena, el pueblo y otras clases que no son el pueblo no están tan contentos, y, por lo tanto, han de manifestarlo de mil maneras. Y así como el público tolera las ventajas que han tenido ciertos señores, así también estos señores deben acostumbrarse á que el pueblo no

(1) Pierrad.

les trate con toda la consideración debida, y todos deberán tener paciencia, unos por otros.

»La libertad es como los niños. Es muy agradable tener familia, y aunque todos los que la tienen saben que los muchachos son, naturalmente, revoltosos, no por eso reniegan de haberse casado y haberlos tenido.»

Y como Orense eludiese, con vaguedades y chuscadas, concretar la cuestión, Topete la provocó de lleno, manifestando:

«Su señoría dijo que el ejército nunca debe ir contra el pueblo, fuese como fuese; que nunca debía hacer armas contra el pueblo, mandáraselo quien se lo mandase, bajo pretexto de mantener el orden. Esto es subversivo. El Sr. General Pierrad dijo que los soldados no debían obedecer á sus jefes; que él no necesitaba soldados, y que los Generales querían los soldados para lucirse y para sus fines particulares.»

Sagasta y Prim, en tonos levantados y enérgicos, acusaron á Pierrad por las palabras pronunciadas en la manifestación, retándole á que las explicase, para dar con ello una satisfacción á la Cámara; pero fuese que el General, algo tardo de oído, no se dió cuenta exacta de los cargos que le imputaban, fuese, y es lo más probable, que no supiese qué contestar, se negó á dar explicaciones de sus actos fuera del Parlamento. Prim y Sagasta la tomaron contra el pobre General, que, cohibido y contrariado, pretendía resolver el conflicto con desplantes impropios del Parlamento.

Hubo confusión, vocerío, murmullos; el Presidente no conseguía restablecer el orden á fuerza de campanillazos, y ya tenía el sombrero cogido para marcharse, cuando Figueras, que había terciado en el debate, logró, en breves párrafos, con habilidad exquisita, convencer á todos de que Pierrad había dado las explicaciones necesarias, de que el Gobierno no podía exigir más, y de que la dignidad del Congreso estaba en su puesto. Y así quedó el incidente, si no resuelto, terminado.

El empréstito de 100 millones de escudos.—Los bienes del Patrimonio. Cambio de criterio del General Prim.

Encontrándose el Gobierno frente á frente de descubiertos de épocas anteriores, resultado de la desnivelación de los presupuestos y de otros débitos no menos apremiantes, nacidos en el ejercicio de 1868-69, presentó un proyecto de ley para contratar un empréstito de 100 millones de escudos, 250 millones de pesetas en moneda corriente (1).

Combatió el proyecto Tutau, quien, como banquero, puso de relieve los grandes conocimientos financieros que poseía, y demostró que la precaria situación del Tesoro público no era la más oportuna para hacer un empréstito en buenas condiciones. Esto era cierto; pero no dió otra solución para cubrir el déficit, puesto que desde luego no se mostró partidario de recargar las contribuciones. También estuvo desacertado en decir que el presupuesto de la nación en aquel año se podía castigar con cientos de millones de economía.

Consumió un turno en contra D. Francisco Pi y Margall, cuyos estudios económicos superaban, sin duda alguna, á los del banquero Tutau, y se aventuró, con próspera fortuna, á hacer alarde de ellos, consiguiendo que la Cámara le escuchase con visibles muestras de interés. Estuvo muy oportuno cuando decía:

«Después de la Revolución de Setiembre, el señor ministro de Hacienda empieza por presentar un empréstito de 2.000 millones de reales; luego emprende otro con la Casa Rostchild, por valor de 400 millones; luego emprende otro con la Casa Bichosffeim, de 75.000 francos, y ahora tiene que ir buscando hasta los restos de lo que se nos debe como indemnización de la guerra marroquí. De manera que, lejos de detenerse en la vía de los empréstitos, los va sin cesar reproduciendo, y como

(1) 24 Marzo.

si esto no bastara, viene ahora diciéndonos que es preciso otro empréstito de 1.000 millones de reales.»

A esto le contestó D. Gabriel Rodríguez, que, bien estudiado el asunto, no resultaban tres empréstitos, sino uno solo dividido en tres partes; que el ministro de Hacienda tenía que acudir al crédito por la cantidad de 3.400 millones de reales, y que, no queriéndolo hacer de una vez, por las circunstancias del país, lo fué realizando paulatinamente, según la mayor ó menor urgencia de las atenciones que necesitaba cubrir. Esto era una salida, pero no una justificación.

Pi y Margall, más político que hacendista, aprovechó su discurso para tratar ciertas cuestiones que tenían dudosa ó relativa conexión con el empréstito, lamentándose de la organización de nuestro ejército, mezclado en las discordias de los partidos; y condoliéndose de que de la Revolución no hubiera salido la libertad de cultos y la completa separación de la Iglesia y el Estado. Defendió con sólidos argumentos el impuesto sobre la renta y valores del Estado.

«Para mí, señores,—decía—la renta es lo mejor que puede imponerse, porque la renta representa siempre un beneficio, la renta representa siempre algo líquido, y casi generalmente la renta representa un beneficio adquirido sobre el trabajo neto.

»Yo sostengo que dondequiera que esa renta se presente, hay necesidad de imponerla. ¿Cómo? ¿Qué razón hay para que yo, rentista, no pague al Estado lo que un propietario, ya sea de fincas rústicas, ya sea de fincas urbanas? Yo tengo, por ejemplo, 100.000 duros de capital, que los empleo en la agricultura, en la industria ó en el comercio, que los empleo en los diversas ramos de la riqueza pública, y después que he fomentado de este modo la riqueza nacional, se me viene á decir: «es preciso que pagues el 15 por 100 de la renta, es preciso que pagues contribución por la industria que ejerces, es preciso que pagues contribución por los productos comerciales que has tenido»; y cuando yo, por el contrario, llevado de un egoísmo incalificable, en lugar de aplicar ese capital á los di-

versos ramos de la riqueza pública, lo llevo á ese mar sin fondo de la Bolsa, y voy á decirle al Estado: «dame una renta para que yo viva tranquilamente sobre ella, sin estar expuesto á las contingencias de los demás productores», ¿soy yo el que debo estar privilegiado y el que no debo pagar un céntimo de mi renta?

»A esta teoría se presenta un verdadero sofisma. Se dice que los rentistas han celebrado un contrato con el Estado, que el Estado no tiene derecho para imponerles contribución, que el Estado faltaría á la fe de los contratos; y esto es completamente inexacto, completamente sofístico. Aunque yo sea contratista del Estado, esto no me quita nunca el carácter de contribuyente, y como tal deberé dar el tanto por ciento de los beneficios que obtenga; no por ser contratista he dejado yo de ser un ciudadano que contribuye al sostén de las cargas públicas.»

Hizo Pi y Margall atinadas observaciones contra todo género de empréstitos; pero no dió solución concreta al caso presente, y propuso el aumento de las contribuciones, medio que Figuerola, con buen juicio, desechó valientemente.

D. Gabriel Rodríguez, como de la Comisión, defendió el proyecto del ministro de Hacienda, y declaró, con ruda franqueza que, respetando, pues no había más remedio, las obligaciones contraídas hasta el momento, era preciso facilitar al Poder Ejecutivo 1.000 millones de reales, pedidos al crédito, ó al país por medio de la contribución. Desechó la teoría de que las minorías deben limitarse á censurar los actos del Gobierno sin presentar soluciones propias; y demostró que las reformas de carácter económico necesitan soluciones serias y bien pensadas. «El año 21—decía,—las Cortes decretaron los dos desestancos, el de la sal y el del tabaco; el año 22, las mismas Cortes decretaron de nuevo el estanco de la sal y del tabaco. El año 54, las Cortes suprimieron la contribución de Consumos; el año 57, hubo que volverla á restablecer. De modo que al hacer esas reformas es necesario hacerlas de manera que sub-

sistan, y para esto, que no dejen un vacío en el Tesoro; es preciso, pues, hacerlas pensando las ventajas é inconvenientes, y viendo cómo ha de llenarse el vacío que las reformas dejan siempre en los primeros tiempos.»

Orense habló de muchas cosas y distrajo alegremente á la Cámara. Remachando lo dicho por Pi y Margall, referente al impuesto de la renta, exclamaba: «Un fabricante que vende su fábrica con todos sus enseres, queda libre de contribución si emplea después el producto en rentas públicas. Sofisma más completo no lo he oído en mi vida, y eso que toda la he pasado oyendo sofismas. Pues qué, si ese sujeto compra tierras, ¿no pagará la contribución por ellas? Sí; y además pagará el derecho de hipoteca, que es otra de los plagas que hay que quitar aquí.

Recogiendo una frase de Rodríguez (D. Gabriel) en que confesaba que el Gobierno provisional había perdido su popularidad, decía: «No, Sr. Rodríguez, no es que la haya perdido; es que nunca la ha tenido. No la ha perdido, como nosotros no podemos perder nuestro crédito, porque nadie pierde lo que no tiene.» Estas bromas hacían reir á la Cámara.

Serrano tuvo que tomar parte en el debate para defender al Ejército, y declaró ingenuamente que éste nunca se había sublevado, nunca había conspirado, pues los que habían realizado estos actos eran los Generales. «Y los Generales, señores—decía,—lo hicimos respondiendo á nuestras cualidades civiles y políticas, porque es imposible que un Estado liberal se conforme con tener Generales que no sepan decir más que *¡apunten, fuego!* Los Generales tienen y deben tener ideas políticas, sirviendo á la patria de todas maneras; los Generales forman parte de las asambleas parlamentarias, y dentro y fuera del Parlamento tienen ocasion de hacerse hombres de partido y de ocuparse de la vida pública. Los Generales que llegan á este sitio no han venido porque sepan batirse y ser soldados; vienen llamados por sus servicios en la política, por sus sacrificios de todo género en aras del bien público.» Teoría

eminentemente liberal y con la que nosotros, modestos cronistas, estamos conformes, llamando sobre ella la atención del lector para que no la olvide.

Figuerola defendió bien su proyecto de empréstito, porque en aquel trance, apurado para el Tesoro, no había otra solución, y fué aprobado por 168 votos contra 49 (1).

***

El 20 de Marzo, preguntó el diputado Arquiaga, por qué no se habían puesto á la venta los bienes que constituyeron el Patrimonio de la Corona, y el ministro de Hacienda, Figuerola, le contestó que se habían vendido ya los que estaban en condiciones para ello, reservándose otros para época y sazón oportuna. Del inventario que se ha hecho de los inmuebles—añadió,—resulta que hay una masa de bienes, cuyo valor asciende próximamente á 640 millones de reales, que pueden venderse con gran ventaja para el Tesoro. «Hay otros cuyo valor es inmenso y que no pueden enajenarse: el Palacio de la Plaza de Oriente, que costó más de 300 millones, ¿cómo se vende? ¿Cómo se venden esos bienes que son una inmensa riqueza de España, que atraen un gran número de viajeros y que están en el Museo del Prado? ¿Cómo se venden los célebres tapices, cuando en Dresde, Berlín y París se enseñan copias de los tapices que España tiene originales, y que el ministro de Hacienda (*él mismo*) va á disponer se trasladen al Museo del Prado, para que sean la admiración de España, porque esa colección de tapices es más completa que la que existe en la Capilla Sixtina? Pues han venido extranjeros para adquirirlos, bien ó mal, que de todas maneras se ha buscado el adquirirlos. Hay, por lo tanto, bienes que fuera una mengua para España ponerlos en venta.»

Arquiaga fué el intérprete de las vulgares aspiraciones de

(1) 30 Marzo.

mucha gente que, falta de sentido común, opinaba de la misma manera. La sensatez de Figuerola que, arrostrando la impopularidad, se opuso á la venta total de los bienes del Patrimonio, pudo evitar que la Revolución realizase aquel desatino.

En su discurso hizo constar el ministro que D. Nicolás María Rivero, «salvando dificultades de todo género el 29 de Setiembre de 1868, fué el que impidió que ni el menor desastre manchase la Revolución que aquel día se verificaba en Madrid, y *se salvasen todas las riquezas artísticas, todas las preciosidades de diversos órdenes que encerraba el Palacio de Oriente*». Abandonado éste á las iras populares, se hubieran sacado de sus habitaciones, cuadros, muebles y tapices, para hacerlos pasto de las llamas, como se había quemado en 1854 el mueblaje del Marqués de Salamanca, del Conde de San Luis y de la ex-Reina Gobernadora D.ª María Cristina; pero sin cercenar prestigios á Rivero, debemos hacer constar que la cordura del pueblo fué la mejor garantía del orden en aquellos momentos. Veamos cómo describe el caso D. Pascual Madoz, contestando á una alusion de Figuerola, en 8 de Mayo:

«Fueron á Palacio y se apoderaron de Palacio casi voluntariamente más de 200 paisanos, sin organización, y dicho sea en honra suya, salvaron la propiedad; no faltó nada, absolutamente nada de las grandes riquezas que aquel palacio contenía. ¡Gloria á aquella Revolución! Pero, señores, y aquí está mi único servicio, pequeño, ciertamente: llegó la mañana, no recuerdo si del 2 ó del 3 (1); aquí en Madrid había una gran colección de alarmistas que procuraban llevar el sobresalto á todas partes. Estaba reunida la Junta, y se dijo: *Palacio está invadido, Palacio se está saqueando; hay 47 estuches que están vacíos, porque se han llevado las alhajas.* Cuál fué, recuérdelo el Sr. Rivero, cuál la impresión que causó aquella noticia. Entonces dejé la presidencia, y con los Sres. Sorní, Ortiz de Pinedo y Labrador fuí á Palacio. Declaro que iba con luto en el

(1) De Octubre: el levantamiento había sido el 29 de Setiembre.

corazón, porque para mí hubiera sido muy sensible que hubiéramos hecho una Revolución los hombres comprometidos en la causa constitucional, y que esa Revolución se hubiera manchado, como venía á significarlo el haber sido asaltado Palacio y robadas las alhajas. Cómo iba yo, mis compañeros lo saben, enfermo y muy enfermo. Subimos, señores, por la escalera principal. ¿Cómo se entró en Palacio? Con toda clase de formalidades, llamando á los empleados, haciendo venir dos escribanos, y se vió, señores, bien dicho sea para satisfacción de los que tenían parte en la Revolución, que no faltaba nada, absolutamente nada; que todos los empleados de Palacio decían: *Esto está lo mismo que cuando lo ocupaba D.ª Isabel de Borbón.*»

Con estas palabras queda demostrado que si el pueblo no hubiera sido sensato, la intervención de Madoz, de Sorní, de Labrador y de Rivero habría llegado tarde.

* * *

Al verificarse las elecciones de diputados á Cortes de 1850, con motivo de ciertas diferencias ocurridas entre los candidatos de oposición y el Gobierno, hubo D. José María Orense, Marqués de Albaida, de dirigir á Narváez, Presidente del Consejo de ministros, una carta que el destinatario conceptuó ofensiva, y la entregó á los tribunales de justicia. Sabiendo que D. Ramón María Narváez no era hombre que se achicase, ni por escritos, ni por palabras incorrectas, bien se deja traslucir que su determinación fué un ardid político para impedir que Orense tomase asiento en el Congreso. Prim, siempre batallador, lo mismo como militar que como político, defendió valientemente al Marqués, diciendo entre otras cosas:

«En Palencia, señores, para inutilizar al candidato de oposición, Sr. Marqués de Albaida, se tomó por pretexto una carta escrita al Sr. Presidente del Consejo de ministros, y se le condenó á cuatro años de prisión; se le borró de la lista de los ciudadanos, como si hubiera cometido algún crimen de lesa

majestad. La carta es dura, es algo petulante, es descortés, si se quiere; pero hasta hoy no habíamos visto que una descortesía se castigase como un crimen.»

D. José María Orense, que era esencialmente festivo, á veces chabacano, en su palabra y en sus escritos, intercalaría, al Duque de Valencia, en la carta á que nos referimos, alguna chuscada que al otro le sirvió de motivo legal para procesarle, sin que fueran parte á mover su benevolencia las argumentaciones de Prim.

Sucedió más adelante, en Diciembre de 1868, que los republicanos de Cádiz, mal avenidos con las ideas monárquicas del Gobierno revolucionario, se alzaron en armas contra las autoridades constituídas, dando ocasión á tristes escenas, que ensangrentaron las calles de la población. Mandaba D. Fermín Salvoechea uno de los batallones de la fuerza ciudadana de Cádiz, y, por lo tanto, tomó parte activa en el motín, acto que le ocasionó el consiguiente proceso; pero se verificaron las elecciones de diputados á Cortes, la ciudad de Cadiz le dió mayoría de votos (17.000), y Salvoechea presentó su acta en el Congreso con todos los requisitos: sin embargo, la Comisión emitió dictámen declarándole incapacitado para ejercer el cargo de diputado, conforme al párrafo segundo del art. 2.° del decreto sobre el ejercicio del Sufragio universal, porque *al verificarse las elecciones se hallaba procesado criminalmente y había recaído contra él auto de prisión.* De nada sirvieron los razonamientos de los diputados republicanos Benot, Figueras y Cala; Prim, acordándose, sin duda, de la entereza de Narváez cuando el procesamiento del Marqués de Albaida, en un caso que tenía puntos de semejanza en la forma, ya que no en el fondo, se mantuvo inflexible, y Fermín Salvoechea no fué diputado de las Constituyentes de la Revolución.

Esta discrepancia de criterio entre Prim, como diputado de oposición en 1850, y Prim ministro de la Guerra en 1869, viene á demostrar la evolución que en su inteligencia tuvieron las ideas políticas en el transcurso de diez y nueve años. «Yo

soy hombre de gobierno—decía una vez á Narváez en el Congreso,—y de buen Gobierno. Digo esto para desvanecer la idea vertida por algunos de que yo no sirvo más que para asaltar una brecha ó una muralla.»

Era Prim, en efecto, hombre de Gobierno, y nos convenció de ello cuando, en 1869, supo encauzar la Revolución por el camino que, acertado ó no, él se había propuesto.

Los Consumos.—La abolición de las quintas y el incidente de la manifestación popular.

Los diputados republicanos D. Ramón Castejón, D. Juan Pablo Soler, D. Eduardo Benot, el Marqués de Albaida (1) y otros, presentaron una proposición pidiendo que quedase definitivamente suprimida la contribución de Consumos, y que cesara inmediatamente el cobro del *impuesto personal* decretado por el Gobierno en sustitución de aquélla.

El pueblo de todas las provincias de España, al realizar el alzamiento de 29 de Setiembre de 1868, pidió, como conquista práctica de la Revolución, la supresión de los Consumos, y el Gobierno provisional no tuvo otro remedio sino acceder á lo que le pedían los que le habían dado el poder; pero el ministro de Hacienda, D. Laureano Figuerola, se vió en la necesidad imprescindible de buscar otro ingreso que compensara el suprimido, echando mano para ello, de un *impuesto personal* tan odioso ó más que los Consumos, y cuya cobranza ofrecía dificultades insuperables.

Los Consumos era una contribución que, en una ó en otra forma, venía cobrándose desde fines del siglo XV, pues las *sisas*, como entonces se los llamaba, tenían por objeto rebajar ó *sisar* los pesos y medidas que servían para expender los géneros, á fin de hacer efectivo en el consumidor el pago del dere-

(1) Marzo 1869.

cho que devengaban á su introducción en la localidad las especies de consumo.

Más adelante se suprimieron las medidas *sisadas*, y abolida la *tasa*, se dejó á los vendedores que recargasen á su antojo el precio de los artículos para resarcirse del abono del impuesto de *Consumos*, todo esto ajustándose á las leyes de la economía política.

Castejón defendió su proposición con exuberancia de argumentos, que merecieron, desde luego, la aprobación de los concurrentes á la tribuna pública; pero sin presentar proyecto alguno que pudiera compensar la aminoración de ingresos en el presupuesto; así es que Figuerola (1), con su competencia en el asunto, y con su facilidad de palabra, pudo rebatirle los principales cargos, no consiguiendo igual fortuna en la defensa del *Impuesto personal*, tan odioso ó más que el suprimido, y de difícil cobranza, como queda expuesto.

Vamos á demostrar que el *impuesto personal* era odioso.

Preguntó el 31 de Marzo Maisonnave si el ministro de Hacienda tenía conocimiento de una circular pasada á los Ayuntamientos por el Administrador de Hacienda pública de la provincia de Alicante, haciéndoles saber que se hallaba autorizado por el Poder Ejecutivo para valerse de los medios coercitivos que estuvieran á su alcance á fin de cobrar el *impuesto de capitación*, y añadiendo que el Capitán general estaba facultado también por el mismo Poder Ejecutivo para poner á su disposición la fuerza necesaria con objeto de llevar á cabo la recaudación de aquel impuesto.

Figuerola, con entereza de ánimo, contestó que, en efecto, se habían pasado las órdenes más terminantes para que se cobrasen las contribuciones, y que había pedido auxilio al ministro de la Guerra para que, en caso necesario, la fuerza armada coadyuvase á la acción de la Hacienda pública. Añadiendo que si la circular á que se había referido Maisonnave estaba

(1) 10 de Marzo.

redactada dentro del espíritu indicado, el Administrador de Hacienda de Alicante había cumplido con su deber. Así estaban las cosas.

*
* *

Penetrado el Gobierno de la grave responsabilidad que sobre sí tenía; recientes las sublevaciones republicanas de Andalucía, y ante los fundados temores de otras en Cuba por los elementos separatistas, y en las Provincias Vascongadas por los partidarios de Carlos VII, se vió en el duro é impopular trance de llamar al servicio de las armas, para el reemplazo de aquel año, 25.000 hombres, presentando en el Congreso el consiguiente proyecto de ley.

D. Juan Pablo Soler, en nombre de la minoría republicana (1), combatió el proyecto, dirigiendo á los individuos del Gobierno atinadas censuras por su inconsecuencia, por la falta de armonía entre lo que prometieron en la oposición y lo que realizaban una vez sentados en el banco azul.

En el proyecto se autorizaba á las Diputaciones provinciales y Ayuntamientos para llenar el cupo con los mozos de veinte á treinta años que sentasen plaza, y con los de treinta á cuarenta que hubieran servido ya en el Ejército y se alistasen voluntariamente; unos y otros, en virtud del convenio con la provincia ó el Municipio, ó bien entregando estas corporaciones 600 escudos (1.500 pesetas) por cada hombre con que la provincia ó el pueblo hubieran de contribuir por el cupo correspondiente.

El sistema no produjo el resultado que los optimismos ministeriales se proponían, y causó perturbaciones y disgustos sin cuento, pues al fin y al cabo, hubo que dar el soldado ó el dinero.

D. Gabriel Rodríguez defendió el procedimiento, sin con-

(1) 22 de Marzo.

seguir, como es natural, convencer á la minoría, que veía en este juego burladas sus iniciativas.

Castelar (1) pronunció un discurso mesurado, pero de ruda oposición al Gobierno, declarando que las candidaturas para diputados á Cortes de Prim y de Topete iban encabezadas con el lema «no más quintas», y que luego dichos señores habían olvidado sus promesas.

Terminó diciendo:

«La caída de la dinastía no significa de ninguna suerte el desahogo de antiguos rencores; la caída de la dinastía significa la caída de la centralización, la abolición de las quintas, la caída de las mayorías intolerantes, la caída de las minorías cómplices, la caída de los gobiernos arbitrarios; pero si todos estos errores y todos estos males se conservan, podríamos decir que sólo habíamos roto el espejo en que mirábamos nuestras deformidades; podríamos decir que la tiranía no estaba en la dinastía caída, sino que estaba en el tuétano de nuestros huesos y en el fondo de nuestras conciencias; y el día en que el pueblo se convenciera de esto, una compañía del Ejército ó de Voluntarios de la libertad podría venir aquí y arrojarnos, y decirnos: «Idos del templo, mercaderes de la libertad; vosotros sois falsos sacerdotes de la justicia.»

Transigiendo por el momento los republicanos, presentaron una enmienda, en la que autorizaban al Gobierno para contratar un empréstito, consagrado exclusivamente á llenar por medio de enganches el cupo fijado.

Defendió la enmienda García López, secundando con certera puntería los ataques que al Ministerio había dirigido Soler, cuando de pronto suspendió su discurso por haber notado en la Cámara una mal disimulada agitación; vió entrar y salir á los ujieres, oyó al ministro de la Guerra (Prim) dar órdenes, y comprendió que algo extraño acontecía fuera del Parlamento. En efecto, Prim y Ruiz Zorrilla (ministro de Fomen-

(1) 16 Marzo.

to) declararon que había estallado un motín á las mismas puertas del Palacio de la Representación nacional, pero que, gracias á la intervención de Castelar, Sorní y Luis Blanc, el tumulto se había apaciguado.

Lo que Prim calificó de motín era sencillamente una manifestación de mujeres, obreros y estudiantes, en que pedíamos á grito pelado, y con la espontaneidad alarmante de los pocos años, la *abolición de las quintas*. Nosotros, testigos presenciales, y unidos en cuerpo y en espíritu á los manifestantes, podemos asegurar que el núcleo de la manifestación no pasaría de 600 personas, engrosado por doble número de curiosos que contribuían inconscientemente á dar importancia al acto.

Vimos á Castelar en lo alto de la escalinata del pórtico, con la capa terciada para dejar libre la acción del brazo derecho, hablar á la multitud recomendando la prudencia, á fin de hacernos dignos de las conquistas de la Revolución; muletilla que empleaban todos para calmar los ánimos. También nos dirigió la palabra un señor, que luego supimos era Adolfo Joarizti, cuyas frases más bien enardecían que calmaban la excitación, al punto de que Castelar y otros diputados le agarraron de un brazo y le entraron á viva fuerza en el Congreso. A Castelar únicamente se debió que la manifestación se disolviese, habiendo logrado convencer á los de las primeras filas, que son los que oyen bien á los oradores, y los que, por lo tanto, deciden el éxito, arrastrando, en bueno ó en mal sentido, á los que van detrás.

Tranquilizada la Cámara, García López reanudó su discurso abogando por la abolición de las quintas.

«Así atenderemos—decía—á esas sentidas quejas del país; porque esos, ¿qué representan? Representan el verdadero país; no son el centenar de personas que en cada población se agitan con cuestiones políticas; es el pueblo, el verdadero pueblo, y no como quiera; son todos los vivientes de ambos sexos; son los padres, las madres, los jóvenes, los ancianos, las mujeres, que, en la excursión que he hecho por las provincias para dar

las gracias por los votos con que nos han favoracido, salían á los caminos á leer en nuestros semblantes la suerte de sus hijos. En mi peregrinación, señores, ha habido pueblo en que he visto salir 600 y 700 mujeres que conmovían con sus súplicas; y mientras sus maridos, sus hermanos y los Ayuntamientos vitoreaban los derechos individuales y el sufragio universal, aquellas infelices gritaban: ¡Abajo las quintas! El señor ministro de la Guerra nos decía elocuentemente, días pasados, que había afligido *(con este motivo)* á su dignísima esposa. Y yo le digo: puesto que de madres hablamos, S. S., que sostiene el proyecto, que conceptúe cuál no sería la afliccion de su tiernísima esposa si el hijo que el cielo les ha concedido, si ese hijo predilecto y querido se viera en la necesidad de ingresar en los batallones que luego han de ir á Cuba porque el Sr. Conde de Reus no tuviera recursos para redimirle de la suerte. ¿Tendría entonces valor S. S. para negarse á los ruegos de su noble esposa? ¿Se identificaría con el Gobierno que le arrebatara á su hijo?»

La enmienda de la minoría republicana no prosperó, y fué desechada por 162 votos contra 48.

Ruiz Zorrilla habíase quejado, en la sesión, de que Joarizti incitara á los manifestantes en vez de calmar los ánimos, y el aludido intentó al día siguiente (1) sincerarse ante la Cámara, con tan escasa fortuna, que si Castelar no hubiera tomado por su cuenta la explicación del hecho, habría quedado en mal lugar su amigo el diputado republicano.

Ese día continuó discutiéndose el proyecto de la quinta de 25.000 hombres, hablando en contra Gil Berges, Castelar y Serraclara, que se declararon, sobre todo los últimos, en favor del ejército de voluntarios. Era pronto para pensar en la única solución: el servicio obligatorio. La discusión fué sosegada, haciendo alarde los oradores de vasta erudición, y dando motivo á Castelar para que pronunciara una de aquellas peroraciones grandilocuentes en que revelaba la supremacía de su genio.

(1) 23 Marzo.

«Salen de su casa los jóvenes—decía—en el momento en que son más necesarios á sus padres y en el momento en que las primeras pasiones del corazón se arraigan en la tierra, por lo cual sufren más tarde una nostalgia que suele matar á muchos soldados en toda España. Continuemos por la injusticia irritantísima que aquí hay, en esa contribución antihumanitaria, y por eso decimos que es una contribución inicua la injusticia de que la paga el pobre y no la paga el rico, cuando el pobre necesita más de sus hijos que el rico, porque los ha criado para que empapen con el sudor de su frente el campo y le den sus frutos; para que trabajen en el taller y le den su sustento en el momento mismo en que las fuerzas de su alma, como las de su cuerpo, decaen.»

Nada pudo hacer desistir al Gobierno de su propósito. Prim, dotado de un sentido práctico que los muchachos de la época no le reconocíamos, impuso su criterio á la Asamblea, y la quinta de 25.000 hombres se aprobó por las Cortes Constituyentes, el 23 de Marzo de 1869, á las tres de la madrugada.

Según dijo la Prensa de aquellos días, la manifestación dió motivo á la Comisión de Constitución, para añadir un párrafo al art. 55, prohibiendo este género de reuniones en los alrededores del Congreso ó del Senado.

Los *montpansieristas*.—Encauzando la labor de las Cortes.—Los desórdenes de Jerez.—Fallecimiento de D. Celestino Olózaga.

El diputado Sr. Caro explanó una interpelación (1) manifestando que, á pesar de haberse hecho la Revolución al grito de ¡Abajo los Borbones!, seguía considerándose como Capitán general al Duque de Montpensier, casado con una hermana de Doña Isabel de Borbón, reina destronada, y pagándose los sueldos de los ayudantes que aquél tenía.

(1) 8 Marzo.

Contestó Prim, como ministro de la Guerra, defendiendo, á su manera, la legalidad del hecho. Dijo que el Gobierno y la Revolución encontraron al Duque de Montpensier en el destierro, expatriado de España, porque el Gobierno anterior lo había tenido así por conveniente. Yo no entraré—añadió,—ni debo entrar en el porqué de aquel destierro; sin embargo, *si yo pudiera decir todo lo que sé, algo había de decir que aminorara tal vez la disposición que el Sr. Caro y que los señores de la oposición puedan tener respecto al Sr. Duque de Montpensier*. Es Capitán general del Ejército, y como tal Capitán general de Ejército, en cuanto se constituyó el Gobierno provisional se apresuró á reconocerle, que fué lo mismo que reconocer la Revolución.

Castelar tercia en el debate y pronuncia un discurso brillante, diciendo, entre otras cosas, que «El Duque de Montpensier vino á España por matrimonio; como hermano *(político)* de la Reina Isabel se le concedieron sus grados, sus títulos, sus condecoraciones. Jamás ha mandado, jamás, un soldado español; jamás ha estado al frente de ningún Ejército español; puede decirse que no ha dirigido lo que dirige el último cabo del Ejército; no ha dirigido en su vida cinco soldados siquiera. Por consecuencia, el Duque de Montpensier no tiene el grado de Capitán general por servicios prestados al país, sino por los títulos que le ligaban á la familia de Borbón.» «La espada del Duque de Montpensier—decía también—es una espada de familia, que aquél hubiera hecho bien ofreciéndosela á la ex-Reina que se la dió, y no á la Revolución que debía arrancársela de las manos.»

Topete, que tenía poco dominio sobre sí, confesó que Montpensier había estado el 28 de Septiembre á bordo de la fragata *Zaragoza*; pero se le dijo que el alzamiento no se había hecho para proclamar un nuevo rey, sino para que el país eligiera el que quisiese, acabando por declarar que entre Montpensier y la República, estaba por el Duque de Montpensier, lo que produjo un alboroto tremendo en el Congreso.

Como Topete se había clareado en demasía, aprovechó la ocasión Figueras, y puso de relieve el dualismo que existía en el Gabinete, pues mientras el ministro de Marina se declaraba abiertamente por Montpensier, Prim dirigía sus miradas por otro lado.

El 7 de Julio de 1868 había desterrado, en efecto, la Reina Isabel, por conspiradores, á los Duques de Montpensier, y aunque algunos entonces consideraron temeraria la determinación, las declaraciones de Prim y de Topete la justifican plenamente; los recelos de la opinión pública no eran, pues, infundados, al sospechar que Montpensier, el hermano político de Isabel II, había contribuído á la Revolución y pretendía la Corona de España.

En la sesión que reseñamos no se acordó nada en definitiva, teniendo necesidad Serrano de *echar un capote*, con un discurso *habilidoso*, según la frase de Estanislao Figueras.

***

Con fecha 12 de Marzo presentóse al Congreso, firmada por D. Gabriel Rodríguez, Balaguer, Moncasi, Ozuriaga, Godínez de Paz, Martos y D. Cristóbal Martín de Herrera, la siguiente proposición:

«Las Cortes acuerdan el nombramiento de una Comisión de organización municipal y provincial, de otra de ley electoral, de otra de legislación general y de otra de orden público. Estas Comisiones constarán de nueve individuos, y su nombramiento se hara directamente por las Cortes.»

No sabemos quién fuera el autor de esta idea, pero desde luego podemos asegurar que tuvo un tacto político de grandes vuelos, organizando discretamente el trabajo que tenían que realizar las Cortes Constituyentes. La administración local, el sufragio universal, la legislación civil y criminal y el orden público, eran los cuatro puntos cardinales sobre que tenía que girar el Gobierno de la Revolución, y necesitaba dejarlos esta-

blecidos de una manera decisiva, con cordura y sensatez, libre de las exageraciones de los partidos extremos. Contando con la mayoría, el nombramiento de las personas que formasen las Comisiones resultaría favorable al Gobierno, y, por lo tanto, éste influiría poderosa y directamente en los proyectos de leyes que se sometieran á la Asamblea.

La minoría republicana lo comprendió así, y desde el primer momento mostró su desagrado, alegando que se infringía el Reglamento; éste exigía que las proposiciones pasasen á las Secciones para nombramiento de la Comisión mediante un sorteo, y, en efecto, con la proposición presentada se falseaba el Reglamento, pero se encauzaba la labor de las Cortes. Prim, que era el *Deus ex machina* de aquel Parlamento, no quería que se repitiese el desbarajuste de las Constituyentes de 1854.

***

En sesión de 17 de Marzo dió cuenta el ministro de la Gobernación (Sagasta) de que en la provincia de Jerez se había alterado gravemente el orden público, por turbas de gentes del pueblo, cometiendo algunos asesinatos, por lo cual el Gobierno presentó á las Cortes, en aquel mismo momento, la proposición siguiente:

«Las Cortes Constituyentes, en vista de los graves sucesos de que acaba de dar cuenta el Poder Ejecutivo, y del estado de profunda agitación que revelan en el país, declaran que el Poder Ejecutivo tiene todo su apoyo para restablecer y mantener el orden público, para hacer guardar y cumplir cuantas resoluciones dicten las mismas en uso de su soberanía, y para salvar las libertades y derechos proclamados por la gloriosa Revolución de Setiembre.»

La apoyaron brevemente Moret y el General Serrano, y fué aprobada por 252 votos, contando los de la minoría republicana, que dió con este acto un gran ejemplo de patriotismo.

El diputado republicano Ramón Cala explanó una interpelación sobre las ocurrencias de Jerez, cargando toda la culpa á los desaciertos del Gobierno y á las provocaciones de las autoridades de Jerez. Contó que la Guardia municipal nombrada por la Junta revolucionaria, había sido reemplazada por la que había en tiempo de González Brabo; que la Milicia nacional fué desarmada, sustituyéndola por otra de vecinos asalariados; que los tres clubs que había en la población fueron disueltos, á pretexto de utilizar los locales para otro objeto, y que la Guardia civil, alejada de Jerez por enemistades con los vecinos, volvió reforzada á la población, causando disgusto general.

Describiendo el principio de aquellos tristes acontecimientos, contaba Cala que habiéndose fijado en las esquinas de las calles el bando sobre las quintas, un muchacho hubo de arrancar uno de éstos, como travesura de la edad; que con tal motivo fué detenido; que protestaron de la detención las personas que la habían presenciado, y que los alardes de fuerza y de represión de las autoridades ocasionaron el conflicto, resultando 40 heridos y 30 muertos en el paisanaje.

Sagasta, con su habilidad oratoria, rebatió los cargos del diputado republicano, manifestando que el Alcalde de Jerez, Pedro López Ruiz, era un consecuente liberal; que la Guardia municipal á que se refería Cala, fué nombrada, en tiempo de González Brabo, por un Ayuntamiento progresista, como lo habían sido todos los de Jerez durante los últimos años de la dinastía caída; que la Milicia nacional de aquella población no estaba asalariada, sino que, como la mayor parte de sus individuos eran jornaleros, el Ayuntamiento les abonaba el jornal consiguiente; que los citados clubs se reunían en edificios públicos; pero que habiéndose hecho cargo de éstos el Ayuntamiento, se los utilizó para diferentes usos, sin prohibir de manera alguna á los jerezanos que ejercitasen libérrimamente el derecho de reunión.

Añadió Sagasta que las autoridades de Jerez tuvieron co-

nocimiento de que en la Plaza de Toros se reunían á media noche centenares de personas armadas, con el objeto de prender, á las altas horas, á los individuos del Ayuntamiento, sorprendiéndolos á cada cual en su casa cuando estuvieran entregados al descanso y al sosiego; por esto se disolvió la reunión y se hicieron 30 detenciones.

Respecto á la versión de cómo se inició el alzamiento de Jerez, dijo el ministro de la Gobernación que no fué un chico el que desgarró, de la esquina donde estaba pegado, el bando del Alcalde; fueron varios amotinados, dando la voz de: «¡Abajo las quintas!» «¡Viva la República federal!», en actitud hostil y amenazadora, y que cuando la tropa salió de sus cuarteles ya estaban formadas las barricadas. En descargo de los jerezanos, dice que los instigadores al desorden eran forasteros y gente extraña á la localidad, como sucedía en la mayoría de los motines que entonces tuvieron lugar, citando, como ejemplo, el de Paterna, en el que figuraba comprometido un secretario particular de Meneses, personaje afecto á la dinastía derrocada; el de Chiclana, donde aparecía complicado un carlista; el de San Fernando, dirigido por un moderado en unión de un sacerdote, y el de Béjar, por un hermano de Sor Patrocinio. Sagasta trató de demostrar que en Jerez había una conspiración contra el poder constituído; que la conspiración produjo un levantamiento de armas, y que el Gobierno se vió en la necesidad de reprimirlo por la fuerza: esta es la conclusión que se desprende de los discursos de los oradores. Posible es que antes, y durante la lucha, se empleasen por parte de las autoridades algunos medios más en armonía con las prácticas de González Brabo que con el criterio de la Revolución; es muy difícil en tales circunstancias apreciar los grados de templanza que debe tener la represión.

Habló también Paul y Angulo en defensa de los republicanos de Jerez, y con motivo de cierta noticia que corrió entonces, referente á que un soldado del batallón de cazadores de Reus había atravesado con una bayoneta á un niño de tres

años, durante los sucesos de que se trataba, noticia desmentida por algunos, modificada por el mismo Paul y Angulo, y calificada de sueño por el ministro de la Guerra, hubo de decir el batallador diputado que ciertas manifestaciones de aquél podrían denominarse «cosas del General Prim». La oratoria de Paul y Angulo era insidiosa, mortificante, audaz, provocativa, y esta vez consiguió excitar el sistema nervioso de su contrincante, quien protestó con energía de la calificación de *cosas del General Prim*. «Yo no tengo cosas, Sr. Paul—exclamó;—yo tengo razones, que alego aquí, mejor ó peor, y nada más. Eso se dice de otra especie de hombres; pero hablando del hombre que ha llegado á la altura en que yo estoy, á fuerza de años, á fuerza de sacrificios y á fuerza de servicios á mi patria, es irrespetuoso; no es cortés tratarme con la ligereza con que S. S. me ha tratado.»

La discusión fué larga; tomó parte Moreno Rodríguez abogando por los republicanos; hubo rectificaciones, no cortas, y quedó la cuestión en los términos en que la habían planteado: para los unos, el Gobierno era el responsable de la sangre derramada; para otros, el Gobierno había cumplido con su deber.

Paul y Angulo, depués de haber hablado Sagasta, sólo pronunció estas frases: «Todas las bases de todos los argumentos que ha empleado el Sr. Sagasta en el discurso que acaba de de pronunciar, son falsas.

—Supongo, señor diputado—interrumpió el Presidente (Rivero),—que S. S. ha querido decir equivocadas.

—Se puede decir—contestó Paul—que una base es falsa, no teniendo intención de atribuir al orador la falsedad.

—Se dice errónea, hablando parlamentariamente.

—Será, Sr. Presidente; pero yo entiendo...

—Ruego á S. S. que no discuta con la Presidencia. La Presidencia quiere advertir á S. S. que la palabra *falsa* puede ser injuriosa, y que en tales casos, en el lenguaje parlamentario se emplea la palabra *errónea*.

—No he querido yo inferir injuria al indicar...

—Pues yo he querido interrumpir á S. S. para explicar su intención de no ofender.

—Pues bien; es *erróneo* el creer ó el decir...

—Señor diputado, S. S. no tiene la palabra para deshacer los errores del señor ministro, sino para deshacer los errores que haya atribuído á S. S. el señor ministro: es un sistema inverso.

Paul y Angulo era enérgico, pero Rivero no se quedaba atrás.

* * *

Habiendo fallecido en la madrugada del 17 de Marzo el diputado Secretario D. Celestino Olózaga (1), las Cortes acordaron el orden siguiente para la comitiva que había de formar el entierro:

1.° Fuerza del Ejército y de Voluntarios, seguida de Peones camineros.

2.° Todos los convidados.

3.° Una Comisión de las Cortes, compuesta de 15 señores diputados.

4.° El féretro, rodeado de los porteros de las Cortes.

5.° Los maceros.

6.° El Presidente de las Cortes, los Vicepresidentes, el ministro de Fomento, el Inspector general del Cuerpo de Caminos y un representante de la familia del finado.

7.° Coche de gala de la Presidencia.

8.° El de los Secretarios.

9.° Los de la Comisión.

10. El del Inspector general y el de la familia.

11. Los carruajes de los invitados.

Un piquete de infantería y caballería del Ejército y de Voluntarios.

---

(1) Sobrino de D. Salustiano.

Celestino Olózaga era Ingeniero de Caminos, y tenía veintiséis años de edad. Nosotros tuvimos ocasión de tratarle, por la amistad que unía á nuestras respectivas familias, y recordamos que era de buena estatura, rubio, de rostro agraciado, pero varonil, de modales distinguidos, de trato amable y correcto en el vestir.

Se dijo que la muerte de Celestino Olózaga había tenido por causa un lance de honor con un título de la nobleza, como triste epílogo de una aventura galante; pero la investigación de este episodio nos está vedada, porque, habiendo ocurrido fuera del Congreso, por cuestiones ajenas á la política, traspasa el límite de las crónicas parlamentarias.

CARLOS CAMBRONERO.

LA AMÉRICA MODERNA

Población y patrimonio nacionales. La política intervencionista en la emigración en los países densos. Posición de España en el problema emigratorio. Efectos de la falta de población en España.—Causas de la emigración.—Emigración española; origen agrario. Los momentos técnicos y jurídicos; el reparto de la renta.—El régimen señorial y el desdoblamiento de los derechos reales.—El derecho señorial en España. La ley y los juristas.—Necesidad de la abolición.—Reformas de Carlos III. —Distribución de la propiedad rústica española en los siglos XVIII y XX.—La reforma del derecho de propiedad en sentido social.—La reforma agraria de Irlanda. El programa de las tres *efes*.—La reforma en España para la neutralización de las causas de la emigración.—Dirección de la emigración española y transformación de la emigración tradicional. España en América. Concurrencia de razas en la Argentina. El predominio italiano y el influjo español. La lucha por el hombre. El derecho á emigrar. Panorama español.

¡Mirad, mirad! van en bandadas
los emigrantes,
y salen voces desgarradas
de todas las amontonadas
naves distantes.

.....

Que ellos se van y el mar profundo
dejan atrás, dejan atrás...
¿Adónde van? Al fin del mundo.
¿Volverán?... ¿Cuándo, mar profundo?
¡Jamás, jamás!

Guerra Junqueiro.

No existe en la actualidad ningún Estado que se abstenga ante el movimiento emigratorio. La valoración del hombre no se hace solamente en el concepto moral, sino también en el económico. La población es la riqueza primordial en los Estados, y sabido es que entre dos Estados de igual nivel cultural, es más fuerte el más poblado, que ofrece, por serlo, más posibilidad de difundir la cultura.

La experiencia de algunos pueblos importantes demuestra la conexión que existe entre el incremento de población y el aumento del patrimonio nacional. La población significa fuerza productiva, no solamente elemento de consumo, y es el supuesto y elemento determinante de la producción. En 1850, los Estados Unidos tenían una población de 23,2 millones, y en 1900, de 76,6 millones de habitantes; el patrimonio nacional se calculaba, para 1850, en 7.136 millones de dollars, y en 1890, en 65.037 millones.

La misma relación ofrece la experiencia inglesa y la alemana entre aumentos de población y de patrimonio nacional. El movimiento emigratorio supone ganancia ó pérdida de fuerzas de trabajo para un país, ó, lo que es lo mismo, ganancia ó pérdida de riquezas. La emigración definitiva sólo puede considerarse como solución deseable para aquellos países cuyo exceso de población es grande y no tiene posibilidad de aumentar su producción para dar empleo al exceso de población, ó no posee colonias de establecimiento en donde hacer desembocar el exceso de población; pero nunca los Estados modernos dejan de atender á sus súbditos emigrados, porque éstos en sus núcleos ofrecen un punto de apoyo á la política comercial del país de orígen.

Países que tienen exceso de población como Alemania, con sus 64 millones de habitantes y una población relativa de 118 habitantes, con su aumento anual alrededor de un millón, y sus familias, que cuentan por término medio de 5 á 6 hijos, dedican atención preferente á la emigración; y aunque Bismarck hablase con cierto desvío de los emigrantes y de la colonización, no por esto hay que considerar la política alemana en este respecto como una desviación. Bismarck se consagraba á la formación del Imperio, á los problemas interiores, y de aquí su apartamiento de la política intervencionista en la emigración. Inmediatamente después de Bismarck, se destacó bien clara la intervención de la política alemana en aquella frase del canciller Caprivi: «ó exportamos mercancías, ó exporta-

mos hombres»; es decir, hay que evitar la pérdida de hombres en Alemania, conteniendo la emigración por medio de una política económica que ofrezca ocasiones de trabajo al pueblo alemán, protegiendo su agricultura y dando, por medio de tratados de comercio, ancho campo á la exportación industrial alemana.

Y en esta política han perseverado hasta ahora los cancilleres que se han sucedido en el poder. Bülow llevó á cabo la última disolución del Reichstag y declaró la guerra al Centro católico, á los demócrata-socialistas y á los güelfos, por haberse opuesto estos partidos á la política colonial alemana, y esta política tiene como finalidad hacer derivar la corriente emigratoria alemana, que hasta ahora había aprovechado á países ajenos á Alemania, como son los Estados Unidos, hacia nuevos territorios coloniales que, recogiendo la corriente emigratoria, puedan constituir en el porvenir una nueva Alemania en beneficio de la Alemania actual. Pedazos de la nueva Alemania pueden ser, según Dernburg, Paasche, etc. (1), el Oeste y el Este africano, Togo, Cameron, tal vez el Africa inglesa... Por los sacrificios que Alemania realiza para tener colonias, han sido bautizadas éstas con el nombre de *Schmerzkinder*, *las hijas del dolor*.

¡España! Necesitada de población, con sus 20 millones de habitantes y sus 39 por kilómetro cuadrado, con una pérdida definitiva que puede calcularse en *medio millón* de emigrantes para los dos decenios anteriores á 1906; con un promedio anual de 13.000 emigrantes en el exceso de salida sobre la entrada, en los dos decenios mencionados, promedio que ha saltado en 1910 á *92.000*, como pérdida definitiva; sin colonias que puedan ofrecer la posibilidad de recoger esa sangre preciosa de la vena española; aislados comercialmente con población de proliferación escasa, ¿qué política practica? ¿Qué pien-

(1) Paasche *Ost-Afrika*. Berlín, 1907. Dernburg: véase su campaña parlamentaria y discursos de propaganda «Kolonialwessen». Berlín, 1908.

san en España los que obligados están á pensar en el problema de la emigración española? ¿No tiene valor ninguno el material humano para nuestros pensadores políticos y no políticos?

La emigración alemana deduce á un exceso de población, y, no obstante, los estadistas del Imperio se esfuerzan por no perder la sangre que le sobra á la población alemana. La emigración española es una sangría abierta en un organismo pobre.

En las copiosas disquisiciones sobre el origen de la decadencia española, es muy raro encontrar quien señale uno de los momentos más importantes de la decadencia: la falta de población y el estancamiento de la población española. Ha habido en la decadencia española, junto á momentos espirituales, momentos demográficos de trascendental influjo. Creencia muy extendida en España ha sido el atribuir la decadencia española de los siglos XVI y XVII á causas como las siguientes: política internacional de los Habsburgos, expansión en América, revolución en los precios, efecto de las grandes cantidades de metales nobles procedentes de América. Estas causas por sí solas no explican la decadencia. Ahí está el ejemplo de los Países-Bajos, que, á pesar de sus guerras de ochenta años, se elevó como potencia colonial y fuerte y próspero Estado, de cuya fuerza vital sólo puede formarse cabal idea contemplando los lienzos de Rubens, con sus mujeres opulentas, sanas y alegres y sus campos jugosos; ahí también el ejemplo de Francia, que, á pesar de las guerras desgraciadas de Francisco I se rehace y sobrepasa á su vencedora España. No fueron precisamente las guerras, ni tampoco la colonización de América, que se hizo con pocos hombres y dineros. Lo que yo veo es *falta de fuerzas productivas*. Si después de la expulsión de los moriscos y judíos, que abrió graves heridas en la agricultura y en la industria y comercio, se hubiese reemplazado la pérdida de fuerzas productivas en la población cristiana, los gastos guerreros habrían sido satisfechos, la elevación de los precios,

efecto de la torrentera de metales nobles, que desde América afluía á España, habría sido neutralizada; el oro, en vez de ir á morir á los comerciantes y banqueros extranjeros, se habría retenido en España. España carecía de fuerzas productivas; no hizo económicamente ningún progreso, ni entraba en la corriente capitalista que iba conmoviendo á Europa: al nuevo espíritu capitalista europeo oponía el espíritu caballeresco y romántico de la Edad Media, unido al pensamiento burocrático-militar del absolutismo (1).

En el transcurso de los siglos XV y XVI, fué cuando en España el territorio productivo se acabó de vincular en manos de la nobleza y de la Iglesia, dando un golpe de muerte á la producción agrícola que repercutió en la industrial. Así llegó en el siglo XIX España á ofrecer la imagen de un país puramente agrícola, cuyo territorio estaba desigualmente repartido; los magnates poseedores de grandes propiedades, muchas veces desconocidas para ellos; el clero, en posesión de las mejores tierras, y ante estas dos clases: una de oprimidos arrendatarios y de proletarios sin tierra ó sin trabajo.

La economía española no se nutría de las cosechas del Potosí, sino de las de Holanda, Inglaterra y Francia.

La media de la densidad de población en España, desde el siglo XV al siglo XIX, fué de 22 habitantes, con mínimas de 16 y máximas de 34; en el siglo XX alcanzamos 39. Italia, que tantos puntos de contacto tiene con nuestra historia, ofrece en esto un ejemplo bien distinto: de 61 habitantes por kilómetro cuadrado en el siglo XVIII, llega á 109 en el XIX y á 120 en 1909.

Estancada la población española, y tomando un colosal incremento la emigración, puede decirse que se prepara una catástrofe nacional, no menos apocalíptica, porque no vaya

(1) Bonn, Spaniens, Niedergang, Während der Preisrevolution des 16. Yahrhunderts. Stuttgart, 1896.

acompañada de escuadras que se hunden y ejércitos sin victorias.

Bueno es recordar la significación de la emigración, para darnos cuenta exacta del problema entre nosotros.

*
* *

En la pluralidad de causas que originan la emigración, se registran desde el espíritu de motilidad en sus formas aventureras ó reflexivas hasta las puramente materiales; pero en la mayor parte de los casos son causas económicas las principales determinantes, ya que las luchas religiosas y políticas pasaron á la Historia. Fomenta la emigración en Europa el alto precio de las tierras y los salarios bajos, y atraen la inmigración los países de Ultramar, con sus tierras de bajo precio y altos salarios. En torno de estos momentos se desenvuelven una serie de causas secundarias.

He aquí una muestra de la relación en que se encuentra la situación económica del país de inmigración con la magnitud de la misma:

AÑOS (hasta el 30 de Junio).	Inmigración. *Personas.*	Importación. *En millones de pesos.*	Situación económica.
1873	459.803	642	Alza.
1879 (1878)	177.826	437	Depresión.
1882	788.992	725	Alza.
1886 (1885)	334.203	578	Depresión.
1893	439.370	866	Alza.
1897 (1898)	230.832	616	Depresión.
1906	1.100.735	1.226	Alza (1).

(1) V. *Handwörterbuch des Staatswissenschaft.* Art. «Auswanderung».

En las depresiones precede el estancamiento de la importación al retroceso de la inmigración. De la misma suerte, la depresión en el país de la emigración fuerza la salida.

Es de notar que las relaciones personales privadas entre los países de salida y entrada influyen mucho en la emigración. En los Estados Unidos, la *Industrial Comission* comprobó, en 1901, que al 40,55 por 100 de los inmigrantes se les pagó el viaje, ya por ajenos, ya por parientes establecidos en los Estados Unidos, y el 15,25 por 100 recibieron por anticipado el dinero que se les remitió desde los Estados Unidos.

Esta regularidad en la emigración, y esta conexión con los movimientos de alza y depresión de los países de destino, es propia de aquellos países que, como los Estados Unidos y Alemania, tienen bien organizado el movimiento emigratorio. En España no existe información en este sentido; la relación privada de los emigrados, con sus círculos de parientes y amigos en la Península, se deja sentir y es de una influencia importante para el estímulo á emigrar; pero no está regulado el movimiento emigratorio, en lo que á la Argentina se refiere en la actualidad, por ejemplo, por informaciones beneficiosas que impidan la acumulación en la oferta de brazos, cuando la demanda no es intensa, efecto de sequías, plagas del campo y malas cosechas.

***

Para juzgar la emigración española, veamos primero su relación con el número de habitantes, á fin de conocer la marcha de la misma. Durante el período de 1891-1900, España daba 2 emigrantes por cada 1.000 habitantes, Italia daba 5; en 1910, España alcanzó la cifra de 4 emigrantes por cada 1.000 habitantes. El aumento es evidente. La composición de la población emigratoria ofrece una participación enorme de agricultores (hay que incluir en esta categoría á muchos menores y otros sin clasificar); el 63 por 100 de los emigrados son agricultores y el 5 por 100 industriales.

En el estado de nuestra economía agraria hay que buscar, pues, causas del movimiento emigratorio.

¿Por qué emigran tantos agricultores de España? La conclusión á que se llega, después de la investigación sobre el estado de nuestra economía agraria, es la siguiente: porque hay tierras que no producen, porque hay cultivos poco rentables, porque hay tierras que, produciendo, se reparte mal el producto.

El atraso técnico-agrícola no desenvuelve toda la capacidad productiva de la tierra que, mediante el cultivo intensivo, lleva á conseguir un gran aumento en el producto bruto de la explotación, y con el aumento del producto neto y de la disponibilidad de materias primeras. Se ha exagerado bastante la idea de la falta de cultivo de tierras cultivables en España; en realidad, no es cultivable toda la tierra que se tiene por tal. Pero esta causa no es la principal, porque no es la magnitud de la producción lo que determina el reparto del producto. Poco importa que se produzca mucho si se reparte mal lo producido. Son momentos morales, jurídicos, de relaciones de fuerza muchas veces, lo que determina el modo de repartir el producto entre todos los elementos de la producción, no el progreso técnico principalmente; si bien supuesto de un mayor reparto dentro de un orden determinado de distribución de la renta, será siempre un aumento de la producción. Los socialistas suelen prescindir de este supuesto, así como los individualistas pasan muchas veces por alto la consideración del reparto de la renta nacional, encariñados con la consideración de la producción conforme á la tradición smithianista.

***

En España se reparte la producción de la tierra conforme á los métodos propios de una organización agraria en la cual no han desaparecido las influencias del derecho señorial, algo que recuerda la serie de gravámenes que agobiaban á los tra-

bajadores de la tierra antes de la emancipación realizada á fines del siglo XVIII en Europa.

No hay que caer en la vulgaridad de considerar el régimen señorial, simbolizándole en la pernada, la horca y el cuchillo del señor feudal. Desde el punto de vista económico, la economía señorial significaba un progreso sobre la economía de la aldea medioeval; oprimía el poder del señor, pero también protegía; una mala cosecha no hacía caer en la miseria al labrador, porque entonces encontraba la protección del señor. En tales economías señoriales, se realizaron progresos técnicos, y fueron centros, como escribe Schmoller, de la cultura medioeval el castillo feudal y el monasterio.

El privilegio no equivale en tal época á una condenación; él era el modo de fundar una economía, y las mismas ciudades medioevales no estaban exentas de privilegios no menos duros que los del feudo. Una vez conseguida la finalidad de formar una economía, el privilegio ha tenido que desaparecer.

La característica del derecho señorial está en el desdoblamiento de los derechos reales, cuyo efecto en el orden del cambio económico consiste en quitar toda libertad á la propiedad, en conducir á la inmovilización de la riqueza; así aparecen las dos categorías de dominio, directo y útil. El desdoblamiento del derecho real en dominio directo y dominio útil establece una copropiedad, en la cual uno de los propietarios no trabaja nunca.

El derecho señorial se desenvuelve en el régimen llamado señorío territorial.

El señorío territorial era una constitución agraria europea de la Edad Media. *Régime seigneurial ó domanial, Sistema curtense*, *Grundhewschaft*, *Guthewschaft*, *Manor*, eran, según los países en que apareció, los nombres de la institución. En este régimen hay que estudiar la posición que ocupaban los dos elementos de trabajo y propiedad.

En el siglo XVIII, el labrador estaba en Europa, salvo raras excepciones, sometido á cierta servidumbre; no era libre,

ni política ni económicamente; arrancaba este estado desde los tiempos de la colonización del suelo europeo. Los labradores que constituían esta clase en el siglo XVIII eran los descendientes de aquellos que, como esclavos, habían sido destinados al cultivo de la tierra, ó de aquellos otros que, siendo libres, renunciaron á su libertad para librarse de cargas políticas y militares, y se sometieron á un señor para obtener su protección. La propiedad de las tierras señoriales estaba prohibida á las clases inferiores de la sociedad y reservada á las clases directoras, á los nobles. Sólo en algunos lugares, como la Frisia oriental, el Tirol, etc., se ofrecía libre la propiedad territorial.

La característica de esta constitución rural, predominante en el siglo XVIII, era: separación de la propiedad y del trabajo en las tierras, afirmación del dominio eminente del señor en las tierras, desdoblamiento del derecho real en dominio directo, que le correspondía al señor, y dominio útil, que le correspondía al cultivador.

La relación variaba, según se tratare de la *Grundherrschaft* ó de la *Gutherrschaft*, conforme expone Philippovich (1). En la primera, la situación del labrador era más desahogada; los derechos del señor se limitaban muchas veces al consumo personal; en la segunda, el señor tenía más interés en el aumento de la producción, aumentaba la altura de la venta de la tierra y hacía más precaria la situación del labrador. El derecho del labrador era un derecho real, limitado por el dominio eminente del señor y gravado por muchas cargas.

La emancipación de los labradores y la libertad de la propiedad territorial fué exigida por los aumentos de población, que requería aumentos de producción no permitidos por la constitución agraria señorial del siglo XVIII, por el progreso de la técnica, por la necesidad que tenían los Estados de contar con mayores ingresos, sólo obtenibles con el aumento de

(1) E. V. Philippovich: *Volkswirtschaftspolitik.*

la capacidad de producción de la población trabajadora, por el avance triunfador de las ideas filosófico-naturales sobre la igualdad de los hombres, que produjeron los sistemas económico-individualistas de los fisiócratas y de Adam Smith.

La Asamblea Nacional francesa significa el momento político de la emancipación con su Decreto del 4 de Agosto de 1789, por el cual se suprimía, sin indemnización, todo el sistema feudal, y como signo del derecho feudal no aceptaron más que el uso de un título señorial en un contrato de renta.

Los países influídos por el Código de Napoleón siguieron la evolución marcada en él. En Alemania no se completó hasta el movimiento popular de 1848.

¿Cuál ha sido la suerte de España en este orden?

***

Grandes regiones españolas están señaladas por hondos vestigios del régimen señorial, fiel trasunto del desenvolvimiento del régimen medioeval europeo. Pero no ha sufrido entre nosotros el régimen la decapitación á que fué condenado en otras partes de Europa. Galicia, Asturias, León, Navarra, Cataluña son ejemplos vivos de la supervivencia del derecho señorial y de perjudiciales desdoblamientos de los derechos reales, que impiden que la tierra sea de quien la cultiva. ¿Qué otra cosa significan los foros y la *rabassa morta*?

El foro es una especie de enfiteusis que desdobla el derecho real en *dominio directo,* que corresponde al señor del inmueble, y por el cual percibe un canon ó pensión anual en frutos ó en dinero del colono, y en *dominio útil*, ó sea el que tiene el colono; en el subforo, el forero da á otro en foro las fincas que ellos poseen con el mismo título.

Los reyes donaron extensos territorios yermos á conventos, iglesias y particulares, los cuales á su vez, para hacerlos productivos, es decir, para asociar el trabajo á las tierras, las cedieron en foro á los labriegos ó campesinos, reservándose el

derecho de señorío. Los foreros se negaron á devolver las tierras á los señores, amparándose en que con su trabajo las habían hecho productivas, habían aumentado su valor.

Cuando á mediados del siglo XVIII los señores directos entablaron las primeras demandas de despojo contra los terratenientes, se vió que la estimación de *nueve* de aquellas demandas había de producir el desahucio de 2.000 vecinos, con sus respectivas familias. Influída la política española entonces por el pensamiento reformista de los ministros y consejeros de Carlos III, el Consejo de Castilla dió la acordada famosa del 10 de Mayo de 1763, ordenando á la Real Audiencia de Galicia suspender las reclamaciones contra los foratarios.

La historia de estas luchas en Cataluña queda bien descrita en el meritísimo trabajo de Hinojosa sobre *El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña.*

Veamos ahora la legislación española sobre los derechos reales.

La ley del 20 de Agosto de 1873, de las Cortes Constituyentes, declaró redimibles todas las pensiones y rentas que afectan á la propiedad inmueble, conocidas con el nombre de foros, subforos, censos frumentarios ó rentas en saco, derechuras, *rabassa morta* y cualesquiera otras de la misma naturaleza.

La redención se podría hacer, cuando constaba el importe líquido del capital redimible, satisfaciendo el pagador al perceptor una cantidad en numerario ó equivalente al mismo capital; no siendo conocido el capital redimible de la carga, se estableció que, siendo la carga de renta anual de 25 pesetas ó menos, se redimirían al tipo de un 4 por 100; siendo de más de 25 pesetas, se podrían redimir, al contado, al tipo de un 6 por 100, ó durante cinco años, en plazos iguales, á razón de 100 de capital por 5 de renta.

Un año más tarde quedó en suspenso dicha ley.

La ley de Bases del 11 de Mayo de 1888, en su base 26, habló de *una ley especial* cuya misión sería desarrollar el prin-

cipio de la reunión de los dominios en los foros, subforos, derechos de superficie y cualesquiera otros gravámenes semejantes. Publicado el Código Civil, aparece un claro en el cual se ve la permisión de redimir censos constituídos antes de la publicación del Código; pero en lo que á los foros, subforos, derechos de superficie, etc., se refiere, se dice que la redención será regulada por una ley especial... que hasta ahora no ha aparecido.

El proyecto de Código Civil de 1851 tomaba una orientación deseable, encaminada á apartarse de la legislación sancionadora de los censos y cargas análogas, desde el momento en que abolía el censo enfitéutico (art. 1.547), y sólo permitía los censos consignativos y reservativos (sustitutivos del préstamo y del arrendamiento).

El Código Civil vigente se desenvolvió en esta materia conforme á la base 1.ª de la ley de 11 de Mayo de 1888, que impedía proscribir esta institución histórica, con lo cual se desvió de la corriente europea. Conforme al derecho vigente, los censos se declaran redimibles (art. 1.608), y establece las reglas á que debe ajustarse la redención (artículos 1609-1612) aplicables á los censos constituídos anterior y posteriormente al Código Civil (art. 1.611), y el capital que ha de entregarse al censualista (artículos 1.651, 1.658 y 1.662).

Consagra uno de los grandes inconvenientes del derecho que le compete al censualista: el *laudemio*, conforme al cual, aquél ha de percibir la cantidad pactada sobre el precio de venta del inmueble ó, en su defecto, el 2 por 100 de su valor.

Lloyd George transparenta bien el pensamiento moderno, cuando critica el contrato de reversión en Inglaterra, cuyo fundamento es esta absorción injustificada del laudemio entre nosotros.

Una nueva trituración de los derechos reales es la subenfiteusis, que prohibe el Código Civil (art. 1.654), y reaparece en el subforo gallego.

En toda la tierra peninsular aparece Vizcaya como un

oasis en donde apenas se conoce la enfiteusis, país que causa la admiración del tratadista Leonhard, según el cual, una de las causas de la prosperidad de tal provincia está precisamente en la mínima aplicación del pacto enfitéutico y en la ausencia de prestaciones personales (1).

Conforme á los artículos 228 y 410 de la vigente ley Hipotecaria, perdía eficacia el derecho de censo ó foro y otros de carácter real, al no consentirse la inscripción de tales derechos si no estaba previamente inscrito el dominio de la finca sobre que aquéllos recaen; pero la ley adicional á la Hipotecaria de 21 de Abril de 1909, en su art. 19, admite la inscripción de foros, subforos y demás derechos reales de igual naturaleza, aunque no esté llenado el requisito de la previa inscripción de dominio de la finca sobre que recaigan; disposición que «favorecerá—como ingenuamente declara la exposición ministerial—el régimen de los dominios forales de Galicia y Asturias».

Fué un ministro conservador, naturalmente, y gallego, ¡oh pena!, el Marqués de Figueroa, el facedor de este remache legal. Se ha dado, pues, un paso atrás en la solución del conflicto.

La desaparición de esta reminiscencia del derecho señorial, ó de la separación funesta de la propiedad y del trabajo, no está favorecida en la ley. Sólo la prescripción de derechos y acciones reales (que supone abandono rarísimo) es aplicable en esta materia.

Después de las leyes, los comentaristas. He aquí la muestra. Alonso Martínez, el llamado padre de nuestro Código Civil, decía comentando la acordada del Consejo de Castilla de 1763, antes mencionada:

«Fué sin duda una grave desviación de los más fundamentales principios jurídicos.» Esto lo escribía Alonso Martínez en 1875, al mismo tiempo que la Real Academia de Ciencias

(1) Leonhard: *Agrarreform*, pág. 53.

Morales y Políticas preparaba un proyecto que Alonso Martínez calificó de brillante revancha del descalabro que sufrieron los propietarios en 1763 (1).

¡Y esto se decía en España al mismo tiempo que en Inglaterra se preparaba por Gladstone la reforma agraria que el gran emancipador Parnell reclamaba! ¡Cuando ya el sentido reformista agrario se había orientado en el nuevo concepto social de la propiedad y para él creaba un nuevo Derecho!

* * *

Lo inadmisible es que, no desempeñando ninguna función protectora los señores directos en la actualidad, conserven muchos de ellos los derechos que recibieron en la Edad Media los señores, como retribución de sus funciones de Gobierno.

La libertad de la propiedad territorial, que abolió la constitución agraria del siglo XVIII, fué reclamada por la necesidad de aumentar la producción y por el progreso de la técnica, exigencias que hoy se hacen sentir con intensidad manifiesta.

El derecho señorial no podría reclamar, aun siguiendo rindiendo el culto fetichista de nuestros legisladores al concepto romano de la propiedad, cerradamente individualista, sino un precio muy inferior al expresado en dinero en la actualidad por la redención de sus derechos directos. La tierra ha adquirido enormes incrementos de valor, por causas sociales, como son: aumento de población, industrialización, proteccionismo agrario, etc., de donde resulta que el valor de las tierras hay que atribuirlo, en su mayor parte, al trabajador, al colono ó forero y á la nación, y en su menor parte, al señor directo, al cual, de la circunferencia del valor de una tenencia, le correspondería un ángulo de uno ó dos grados.

La enfiteusis se estableció para poner en cultivo las tierras

(1) *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, tomo IV. Madrid, 1883.

incultas, pues al que nada poseía se le daba el dominio útil de una propiedad. Terminada la colonización, queda como una carga económica que determina un reparto inconveniente del producto, y un estado de derecho que impide la fusión deseable del dominio pleno y del trabajo. Goyena consideraba el censo enfitéutico como «útil y casi necesario cuando la propiedad se hallaba en pocas manos y desdeñosas del cultivo; no lo es hoy día, por motivos contrarios» (1).

Sólo porque la enfiteusis da una participación al trabajador en la tierra, la del dominio útil, la consideraba Jovellanos admisible para los bienes vinculados en los Mayorazgos (2).

Si Francia, en su Código, desdeña el mencionar la enfiteusis, es porque comprendieron los legisladores franceses su inutilidad; si Italia le admitió, haciéndole redimible, fué porque en la zona llamada bárbara por los sociólogos italianos, queda mucha tierra por colonizar, y la situación financiera de Italia no permite la colonización á la prusiana (los *Reutengüter*), y tiene que dejar á la actividad privada esta tarea. Para ello sirve ese método anticuado de la enfiteusis.

Nuestro derecho ampara tal pernicioso desdoblamiento de los derechos reales; la Academia de Ciencias Morales y Políticas, ideario oficial, piensa en romano; en romano el codificador Alonso Martínez; en romano el codificador catalán Durán y Bas, encomiador de la *rabassa morta* (3), y en romano el último ministro español de Gracia y Justicia que ha legislado sobre foros, el marqués de Figueroa.

Para muchos no ha pasado nada en el mundo desde que se instituyeron las propiedades coartadas en forma de tierras censales y tributarias con sus siervos, hasta hoy (4).

***

(1) Goyena: *Concordancias, motivos y comentarios*, etc.

(2) Jovellanos: *Informe sobre la ley agraria.*

(3) Durán y Bas: *Memoria acerca de las instituciones del Derecho civil de Cataluña.* Barcelona, 1883.

(4) Véase F. Cárdenas: *Propiedad territorial en España.* Madrid, 1873.

La reforma agraria está por realizar. El Gobierno de Carlos III no pudo conseguir, en lo principal, la transformación de la constitución de la propiedad territorial recibida. La legislación venida de lo alto no pudo realizar la reforma, porque no encontró el apoyo de una población activa, ó al menos de las clases directoras. Los Consejeros de Carlos III, ilustrados por la Enciclopedia francesa, los Floridablanca, Aranda, Campomanes, Cabarrús, Jovellanos, eran europeizados, que apenas pudieron purificar el ambiente nacional, y acabaron desencantados y amargados en los últimos días de su vida. La privanza de Godoy simboliza el triunfo de la tradición sobre el espíritu reformista de la Enciclopedia, ahogado en España.

Hasta 1853 no fueron definitivamente abolidas las vinculaciones; pero el objeto principal no se consiguió. Este era: división de las grandes propiedades territoriales y transformación técnica del cultivo: *sólo los propietarios han cambiado en gran parte;* á pesar de tener una Administración y una Constitución de tipo francés, perdura el pensamiento feudal en la propiedad del suelo; la separación entre la *propiedad* y el *trabajo* de la tierra subsiste.

«El principal problema que se planteó en el Ministerio de Aranda, no se ha resuelto hasta hoy; la posesión territorial española es *formalmente libre;* pero, en *realidad, continúa vinculada*» (1). Vestido á la europea, peinado á la francesa, y comiendo roastbeef y bebiendo Champagne, con sufragio universal, luz eléctrica y ferrocarriles, el español está aún á las puertas del Renacimiento espiritualmente.

En vano se citará la letra de nuestra copiosa legislación. Ella demuestra, con su repetición constante, el profundo sentido de la crítica de Brentano, cuando advierte que no se pueden tomar por hechos las disposiciones y decretos del despotismo ilustrado (2). El espíritu no se copia; se forma.

(1) Leonhard: *Agrarpolitik und Agrarreform in Spanien unter Carl III.* S. 302-305. München, 1909.

(2) Brentano: *Erbrechtspolitik.*

Cuando Leonhard estudia la situación de los labradores bajo Carlos III, dice que éstos eran personalmente libres; pero sobre ellos pesaba la tradición medioeval, porque las obligaciones propias de aquella época de servidumbre, en vez de desaparecer, se habían *transformado en contribuciones monetarias;* sólo los vascos constituyen una excepción, pues eran los únicos que no habían tolerado cargas personales, y sólo registraban un arrendamiento enfitéutico que no solía pasar del 2 por 100 del valor del suelo. En esta situación favorable del labrador vasco está el origen de su amor á la tierra y la prosperidad de su cultivo.

*
* *

Las descripciones que se han hecho del territorio español, del final del siglo XVIII y principios del XIX, por Laborde y Pluers, referentes á las Vascongadas; Leonhard y Du Rozoire, sobre Asturias y Galicia; Swrimburne, sobre las dos Castillas; Ponz y Cabarrús, sobre la Mancha; Talbot Dillon y Sisterne, sobre Extremadura; Leonhard, sobre Andalucía, Valencia y Murcia; Asso, sobre Aragón, etc., etc. (1), coinciden con las hechas sobre el territorio español de fines del siglo XIX y principios del XX, por Costa, Vincenti, Prado Palacio, Pazos y García, Rodrigáñez, etc., etc., (2). En unas regiones españolas alienta el derecho señorial; en otras, como en Andalucía, la distribución de la propiedad rústica apenas se ha transformado desde la reconquista acá.

Según los cálculos de Borrego, el territorio de la Península tenía una extensión de 104.194.720 hanegadas, de las cuales se cultivaban 55.000.000—cálculo presentado á las Cortes de Cádiz.— La distribución era la siguiente:

---

(1) Véase Leonhard: «*Agrarpolitik und Agrarreform in Spanien unter Carl III*» München 1909, S. 53-67.

(2) Véase la literatura citada por Pazos y García, *La cuestión agraria de Irlanda y referencia á la de España*. Madrid, 1908.

Nobleza.....	28.346.700
Clero.....	9.093.400
Pueblo.....	17.559.900
Total.....	55.000.000

La parte correspondiente al pueblo no era libre; gran parte de ella estaba vinculada en los mayorazgos.

Los intentos de transformación de la economía agraria española se estrellaban contra el bloque de la propiedad eclesiástica amortizada, que representaba la *sexta* parte del territorio español dedicado á cultivo, y que comprendía las tierras de mejor calidad.

Compárese esta imagen con la que ofrecen las estadísticas de 1910, relativas á las cuotas de contribuyentes por rústica y pecuaria, de las cuales puede inferirse la distribución de la propiedad rústica actual (1).

De tres millones novecientos ochenta y cinco mil contribuyentes:

Hasta 3 pesetas.....	1.035.402
De 3 á 6.....	687.820

Aun rebajando en gran proporción el concepto por pecuaria, resulta que hay bastante más de un millón de contribuyentes hasta 6 pesetas. ¡La miseria está bien repartida!

De 6 á 10 pesetas.....	577.383
» 10 á 20.....	656.467
» 20 á 30.....	331.486
» 30 á 40.....	197.249

Los contribuyentes de dos mil á cinco mil son 1.766, y los de más de cinco mil pesetas, 336.

Lo terrible es, no sólo la concentración de la propiedad,

(1) Datos tomados de la Dirección general de Contribuciones, Impuestos y Rentas, en el resumen general de los estados de cuotas de contribuyentes de rústica y pecuaria.

sino la indefensión del cultivador ante el propietario, el *desahucio y la subida de la renta.*

*
* *

La página vergonzosa del desahucio de todo el vecindario de Campocerrado, por no poder pagar la nueva renta que se les señaló por un nuevo propietario de las tierras, es una muestra del retroceso que ha sufrido en España la política agraria desde Cárlos III, que supo poner el bien de la nación por encima de los señores gallegos y de su derecho medioeval.

La reforma del derecho de propiedad no significa su negación. La propiedad es una institución social y no una cristalización natural de formas geométricas irreemplazables. «Los grandes progresos del tiempo han dado á conocer hondos inconvenientes sociales, los cuales demuestran que la propiedad sólo es admisible con amplias obligaciones y cargas á favor de la comunidad y en tanto que fomente la cooperación del Estado y las organizaciones societarias libres», escribió Schmoller, profesor de Berlín, honrado con categoría de nobleza por el Kaiser, con el cual se pone de acuerdo el actual ministro de Hacienda de Inglaterra, que, al referirse á los señores, dice: «... Como se ve, ellos no consideran la propiedad sino como un objeto de lujo, del que pueden disponer á su arbitrio, estimando como una condescendencia al pueblo el dejarle trabajar en sus amplias posesiones y que saque, á cambio de su labor, un jornal escaso. Los señores han considerado, y aun consideran la propiedad de la tierra, como un placer; por eso hoy, al cambiar los hombres y los tiempos el concepto tan cómodo de ese derecho, se extrañan y protestan contra las *nuevas* teorías...» Yo añado, recordando á Stammler, el restaurador del Derecho Natural, que el Derecho Natural ha de ser el que coincida con la idea de sociedad.

En vano los individualistas y los privilegiados traerán en seguida la sobada imagen del fantasma rojo del socialismo; la

reforma puede hacerse sin necesidad de aplicar la organización colectivista; dentro de una organización simplemente intervencionista puede realizarse. Considérese si no la reforma agraria en Irlanda.

***

Desde 1870 á 1903 se extiende una etapa importante que se corona con la ley llamada *Irish Land Purchase Act* en 1903, que recoge las aspiraciones de aquel movimiento agrario que formuló el programa de las tres *efes: fair rent*, *free sale*, *fix ity of tenure*, ó sea: venta justa, libertad de renta, duraciones del arrendamiento. Los agrarios irlandeses pedían con esto que la renta de la tierra fuese fijada conforme á principios de justicia, poder vender las mejoras introducidas por él en el terreno que cultivaba, tener la seguridad de poder cultivar la tierra conforme á arrendamiento á largo plazo. En la ley propuesta por Gladstone en 1881, se acogían también estas aspiraciones, si bien no pudieron prosperar hasta la ley de 1903.

Que la tierra sea de la propiedad de quien la cultiva: ésta es la finalidad de la reforma irlandesa de 1903 en uno de sus aspectos. Para conseguirlo se facilita el rescate de las tierras propiedad de los *landlords* ó latifundistas, á favor del *tenant* ó colono, mediante un crédito que el Estado otorga al colono para pagar al propietario el precio de la tierra, obligándose el colono á restituir al Estado la suma recibida por anualidades cuyo montante había de ser inferior al antiguo precio del arrendamiento ó renta.

La propiedad territorial ha de ser libre, es otro de los fines de la reforma. Para conseguirlo, la ley de 1903 declara *totalmente* liberadas las tierras de todo el conjunto de gravámenes, ya fueren censos, rentas, anualidades, honorarios, derechos ó servicios, arriendos vitalicios ó á término de tierras que deban ser recobradas, aun perteneciendo á la corona, es decir, de todos los desdoblamientos de los derechos reales que la ley inglesa reúne bajo el nombre de *superior interest*, ó sea inte-

reses superiores. La ley fija reglas para la redención, valoración, etc.

La renta ha de ser justa, se propone la reforma. Para determinar la altura de la renta cómoda, como en castellano puede decirse, se instituyen comisiones territoriales, cuya composición y funcionamiento sería muy largo el exponer (1).

Como de 500.000 colonos irlandeses, sólo habían adquirido tierras 80.000 desde 1885 á 1903, se pensó en reflejar en la legislación la idea de la venta obligatoria de tierras.

La historia de dolor de Irlanda registra emigraciones que más bien parecían desbandadas de bestias heridas por el hambre; á 10,10 emigrantes por cada 1.000 habitantes ascendía el promedio anual desde 1891-1900, mientras los países de mayor corriente emigratoria sólo ofrecían casi la mitad. Portugal el 5,13, é Italia el 5,02; los desahucios desde 1876-1881 llegaron á alcanzar la espantosa cifra de 35.297, y así iba desangrándose la tierra de la evocación poética de Ruiz de Aguilera: «Irlanda, la más bella paloma de las islas, la de los verdes campos, la encantadora Erin.»

Bandera roja de sus derechos levantaron los fenianos, y fué recogida su lógica por la palabra majestuosa de Parnell, que llegó á conmover el corazón de Inglaterra. ¿Dónde encontrar entre nosotros la figura del caudillo con fe de cruzado que recoja el inmenso dolor difuso de los esclavos de la tierra española?

***

Hemos sufrido un retroceso desde el siglo XVIII, durante el cual en España dióse un muestrario de reformas que realiza Inglaterra en el siglo XX, mientras nuestro derecho positivo parece orientarse buscando el centro de gravedad en los conceptos de derecho de los siglos XV y XVI. ¿Por qué han olvidado

(1) Véanse *Jahrbücher* de Conrad, 1905. *Rivista Internazionale*, Mayo 1909. Pazos y García, *La cuestion agraria de Irlanda*. Madrid, 1908.

nuestros legisladores la valuación de rentas en defensa del colono, hechas y amparadas por el Consejo de Castilla en la segunda mitad del siglo XVIII?

Ciertamente que algunas formas de la enfiteusis tienen la ventaja de mantener la renta tradicional y de no exponer al dueño útil al desahucio tal como se practica en el arrendamiento; pero no es menos cierto que tales ventajas perpetúan el desdoblamiento del derecho real y hacen irrealizable el ideal de que la tierra sea de quien la cultiva.

La determinación del plazo del arrendamiento conforme lo regula el Código Civil es corto, lo suficientemente corto para que el colono se dé buena maña en estrujar la tierra y absorber su savia como un vampiro; no importa que un meteoro arrase ó convierta en hielo los campos; el arrendatario habrá de satisfacer la renta para mayor gloria del propietario. Para que se mejoren las tierras con todos los recursos que aconseja la técnica, el Código Civil no ha encontrado mejor estímulo que el no obligar al propietario á pagar tales esfuerzos del cultivador... Lo contrario á este atavismo legal, son *exotismos*, han dicho algunos de los que olvidaron la historia política de España en el siglo XVIII, entre ellos Silvela, que pulió el vocablo, para lanzarlo contra el programa agrario del señor Canalejas en 1902.

El programa de derecho agrario á realizar en España después de la liberación de la propiedad inmueble, de la completa redención de gravámenes, que acabe con el desdoblamiento del derecho real y las supervivencias señoriales, es acabar con la indefensión de los colonos ante los propietarios y fijar la altura justa de la renta de la tierra. Es tan justa la *fair rent* como el *fair wage*, que asegura una retribución justa al trabajo, esa garantía que el propietario de tierras cerealíferas persigue con la escala móvil para los granos, en vez del derecho fijo de importación del Arancel. La bandera proteccionista levantada en Europa desde 1870 tenía como lema: «Protección al trabajo nacional», entendiendo por trabajo nacional

todo el sistema de fuerzas productivas de la economía nacional. Proteccionismo, pues, que en la rama industrial, por ejemplo, se preocupe sólo de construir unos derechos de importación protectores, sin promulgar al mismo tiempo leyes de protección al obrero, será un proteccionismo marcadamente burgués; proteccionismo que en la rama de la producción agrícola atienda simplemente á fijar altos derechos protectores, sin completar en són de sistema la medida proteccionista con leyes agrarias, será un proteccionismo cojo. Para hacer rentable el cultivo del trigo, amenazado en bastantes países europeos, entre ellos España, por la concurrencia ultramarina, se acordó un elevado derecho protector, que indudablemente influye en el precio de la subsistencia, encareciéndola. ¿Qué compensación ha tenido este proteccionismo agrario, para que no resultase inversamente progresivo? En Alemania, el seguro obrero; en Inglaterra, contestaba Chamberlaine cuando exponía su sistema proteccionista, que compensaría al obrero que tenía que soportar gran parte del proteccionismo, con el sistema de pensiones; como una compensación también (Ausgleich) de los derechos de importación agrarios, defendía Adolfo Wagner, gran prestigio entre los conservadores y agrarios, el impuesto sobre las herencias para la reforma financiera alemana de 1909. Para que los derechos protectores de importación agrícola no repercutan exclusivamente en provecho de los propietarios territoriales, elevando las rentas al aumentar la rentabilidad de un cultivo, sería necesario que se fijase la altura de la renta que ha de pagar el colono, es decir, el trabajo, con cuya valuación podría repartirse por igual la protección entre propietario y colono, evitando el peligro de la absorción por la renta, de la mayor parte del beneficio conseguido gracias al Arancel.

Pero no se agota en esto toda la reforma: al lado del ministerio de Fomento y del de Gracia y Justicia, que han de remover técnica y derecho existentes en nuestra economía agraria, no ha de permanecer inactivo el ministerio de Es-

tado, buscando año tras año, como misión principal, esa tercera orden religiosa que parece haberse perdido y se ve por todas partes. Deshechos los diques, precisa abrir cauces hondos y prolongados procurando la celebración de tratados de comercio, que desenvuelvan la fuerza expansiva de nuestra agricultura de exportación, y afronten las exigencias del industrialismo español, que nos mantiene aislados comercialmente, para asegurarse la omnipotencia en el mercado interior. Y, por otra parte, debe pensarse en la reforma de las tarifas de transporte, que permitan la penetración de las riquezas, de la economía del litoral español hasta el interior, hoy inaccesible á muchos productos, como son los frutos de Levante. Así se repartiría la vida en la gran población que vive de la tierra en España, libráudola de parásitos defendidos por un derecho arcaico, y de leyes injustas que consideran el trabajo con la baja estima de la civilización oriental.

Aunque de una manera harto *naive*, expone el Instituto Geográfico algunas causas de la emigración española; no escapan á su observación algunas causas producidas por los reveses de la política comercial, como la restricción de nuestra exportación vinícola; otras financieras, como la gravedad de los impuestos, etc. La masa de población nacional se ve movida por el flujo y reflujo de nuestra economía, principalmente en sus bases agrícolas, y allá van expulsados los españoles del suelo natal, como irlandeses huyendo de las tierras feudales.

Así se nos ofrece la magnitud, composición y causas de la emigración española.

*
* *

¿Cuál es el destino de la emigración española?

El núcleo más importante se dirige á América, y de todos los países americanos, es la República Argentina el de mayor importancia en este respecto, pues llega á absorber el 54 por 100 de la emigración española en 1910.

La emigración temporal, como ha sido la de alicantinos y

almerienses á Argelia, que tenía por finalidad emplear á los emigrantes en los trabajos de la recolección, puede considerarse como conveniente, pues proporciona trabajo en épocas de paro forzoso para los emigrantes en el país de origen; se repatrian, y los ahorros constituyen un ingreso para la economía nacional; el mismo hecho se repite en la emigración de los italianos que se trasladan á la Argentina para emplearse en las labores de la recolección, cuando el labrador ruso no sale de su cabaña por no poder resistir la elevada temperatura, y deja el campo para los labradores del Sur de Europa. De la misma suerte puede considerarse en cierto modo beneficiosa la emigración española hasta 1906, singularmente la de las provincias del Noroeste y Norte de España; emigración temporal, aunque abarcaba algunos años, durante los cuales, los emigrantes trabajaban en América y remitían sus ahorros á sus familias que quedaban en España. No obstante, hay que pensar que, desde el punto de vista del interés de la economía nacional, es preferible que, en vez de emplearse las fuerzas productivas del emigrante en tierras extrañas y girar el oro al país de origen, se empleasen en la producción nacional. No fué gran ayuda para España la importación de los metales nobles de América en la larga época de la dominación, precisamente porque aquí faltaban fuerzas productivas. Pero en la actualidad, la emigración definitiva se va extendiendo.

Como el griego de las emigraciones antiguas, el emigrante español lleva consigo el fuego del Prytáneo, y da un adiós eterno al hogar primitivo.

Los españoles no tienen el apoyo de una gran masa de población de origen español. Hay que recordar que no penetramos durante los siglos de colonización en el *Hinterland* americano; que nuestra política colonial no se caracterizó por la libertad de la América del Norte, que no distinguía ni la nacionalidad ni la confesión de los inmigrantes (1); que el dato es-

(1) Véase el artículo «Ausswanderung», en el *Handwörterbuch*, de Conrad.

tadístico acusa la cifra menguada de 4.000 españoles sólo en Buenos Aires, en 1810, según el Dr. Moreno; que se tomaron por españoles las masas mestizas de los primeros tiempos de la colonización, conforme explica el Dr. Bianco (1), y que, á la difusión del espíritu y del idioma, no acompañó en tanta proporción la difusión de la sangre española. ¿Cómo ha de vivir en tal medio la masa de emigrantes españoles, en su mayor parte braceros, inferior, por lo tanto, en su composición á la que ofrecen, por ejemplo, los italianos?

Allí vivimos en concurrencia con otras razas. Una corriente de cuatro millones y medio de italianos ha cruzado por la Argentina desde 1857-1909; de éstos han quedado en la República 1.867.267. Nuestra corriente, en la misma época, fué de 865.453, y de este número quedaron 550.000 en aquellas tierras, que viven en concurrencia con otros pueblos, aparte de los genuinamente argentinos.

Los españoles en Argelia se entregaron con ardor al *défrichage:* descuajar montes, arrancar palmitos, arrojar tierra pingüe sobre el arenal; han sido los chinos de Europa, y después la Administración francesa ha recogido los beneficios, mientras la que pudiéramos llamar *españolidad* lentamente se borra en la colonia francesa. En la Argentina le está reservada una labor parecida: se va el roturador, el que reemplazará con el italiano al ruso en la faena de la recolección cuando éste se esconda en su cabaña por temor á los rayos de fuego del sol veraniego; será la avanzada contra la langosta, fertilizará, en relación con la potencialidad de su número, las tierras de la República, pero no es el vencedor de otras razas en las Pampas.

Ved lo que significan nuestros competidores los italianos en la Argentina:

«Presenciemos el grandioso y sin par espectáculo, y preparémonos para la admiración y el aplauso. Es un ejército

(1) Dr. José Bianco: *Orientaciones.*

de 1.876.629 inmigrantes que pasa, que viene á buscar hospitalidad y trabajo, bienestar y riqueza en el seno de la gran patria argentina. Ved ahí los fuertes ligures, compatriotas de Colón; los enjutos piamonteses, tan vigorosos en las luchas de la paz como en las lides guerreras; los corpulentos lombardos, alegres y chanceadores, aun en los trances más duros; los venecianos, corteses y cultos, aun los de condición más humilde; los amables toscanos, simpáticos y finos en el decir y en el trato; los fieros alsaceses; los activos y bulliciosos hijos de la Campania, de las Apulias, de la Calabria y de la Sicilia, resueltos á desvanecer las leyes de descrédito que, como una funesta herencia del pasado, pesa sobre ellos, y los condena injustamente al escarnecimiento y á los ataques de los demás pueblos. Ved á los montañeses de los Apeninos y de los Alpes con sus músculos de acero; á los campesinos de las llanuras y de los valles; fijaros en los cuerpos de sólida osamenta, que desmentirán á simple vista la estulta inculpación de molicie y de pereza, que los hechos han desmentido hace ya tiempo.

»Ese inmenso ejército se desparramará en seguida por las ciudades y los campos, en un asalto denodado y sin tregua, á las posiciones que desea conquistar, y lo encontraremos abriendo surcos, desmontando terrenos, cortando árboles, moviendo máquinas, construyendo edificios, transformando el desierto, penetrando con la audacia de los exploradores en todos los rincones del territorio, desde las soledades tórridas del Chaco hasta las costas casi heladas de la Tierra del Fuego! ¡Qué importa que haya que vencer innumerables obstáculos, que haya que soportar toda clase de fatigas, padecimientos y privaciones! ¡Qué importan los que quedan en el camino, rendidos por la enfermedad ó por el cansancio, ó víctimas de los engaños, de los abusos, de las arbitrariedades de ciertos propietarios y de ciertas autoridades! ¡Qué importa, si en los primeros tiempos se convierten en defectos sus méritos, y se los insulta, se los vitupera, se los ridiculiza y se los maltrata, porque son modestos y humildes, económicos y sobrios, res-

petuosos y obedientes, incansables en la tarea y poco exigentes en los salarios! La cuestión es vencer y llegar á la meta; lo que importa es obrar para que hablen los hechos, y la verdad se abra paso, con evidencia abrumadora. Y la verdad se ha abierto paso, y triunfa ahora con loas inacabables, con himnos halagadores, con esa unanimidad de opiniones que proclama á los italianos como á los mejores, á los más apetecibles de los emigrantes trabajadores. Y no son ellos los que lo afirman, son los hombres imparciales y observadores de los cien países que los llaman y los prefieren. Ahora la frase de que «no hay como los italianos», refiriéndose á las labores agrícolas y á las aptitudes que se requieren en los buenos inmigrantes, se repetirá con frecuencia como un estribillo y un axioma. Un alemán, Wilker, en un libro titulado *Las Colonias,* escribirá que «no hay colono que supere é iguale al italiano»; un cónsul inglés, Mac-Donald, dirá en un informe que «los italianos son sobrios, robustos, trabajadores, económicos, insuperables en el ahorro»; el general Roca afirmará que «los italianos se confunden con los argentinos para formar una sola masa, un solo conjunto con la generación primitiva»; Belisario Roldán, al despedir á Guillermo Ferrero, reconocerá que «fueron brazos italianos los que quebraron el primer terrón de esta tierra, ya cruzada entonces, al galope de un caballo, por un romántico, cuya camiseta roja, rimando con el verde sin fin de las llanuras, parecía envolverlo en la visión de la bandera propia, cuando derramaba su sangre en la lucha contra el tirano Rosas»; el senador Joaquín V. González, escritor erudito y profundo, y de infatigable facundia, dirá, al defender el tratado de arbitraje con Italia, que sería injusticia «olvidar los sacrificios realizados en nuestro suelo por los hijos de aquella noble nación amiga»; é idénticas ideas expresarán cuantos con espíritu imparcial y criterio elevado estudian y observan el fenómeno inmigratorio» (1).

(1) Anibal Latino: *Los factores del progreso de la República Argentina.* Buenos Aires, 1910.

«Los españoles, dice Aníbal Latino, no tienen en el terreno material la importancia, ni desempeñan el papel que por su número y por aquella circunstancia parecía corresponderles... Los españoles van á todas partes siguiendo, no precediendo, como ha dicho erróneamente Lerroux, á los italianos, *Suum cuique*. Para ensalzar á los propios, no hay que desconocer los méritos de los ajenos... No hay que tomar al pie de la letra el contenido de los discursos de bienvenida, ni atribuir una importancia exagerada á las palabras amables, á las frases corteses que los dueños de casa tributan á sus huéspedes más distinguidos...» Aníbal Latino afirma que «no es cierto que los argentinos quieran y prefieran á todas las colectividades, la colectividad española»...

Estas apreciaciones del escritor argentino están confirmadas por el dato estadístico que nos coloca en uno de los últimos lugares, en el orden de participación de importancia, en la participación comercial de los españoles en la Argentina.

La concurrencia étnica se afirma, principalmente, por parte de los italianos en la Argentina, elemento que puede neutralizar la españolidad en aquella República. Hagamos memoria: España tiene una población absoluta de 20 millones de habitantes y una densidad de 39; Italia, en 1910, 34,56 millones y 121, respectivamente; España tiene una natalidad de 7,2 por 1.000 habitantes é Italia 7,3; el incremento anual por cien habitantes es de 0,42 en España (1894), de 0,74 en Italia (1900); el exceso de nacimientos, comparado con la emigración, es (en 1904), por cada 1.000 habitantes, de 8,6 y 6,67, respectivamente, en España, en Italia, de 11,7 y 21,6. Mayor magnitud, mayor proliferación, mayor emigración, mayor capacidad de concurrencia, en una palabra, tiene Italia comparada con España, y en la composición de su emigración, mayor número de trabajadores calificados que nosotros. Y todo esto conduce á la siguiente conclusión: la nueva España, que algunos nos describen como aparición futura en el inmenso escenario de las Pampas, no está anunciada por la realidad, que más bien

anuncia la aparición de un poderoso pueblo con sangre predominantemente latina, rematado por la loba capitolina.

En la América española difundió España la nomenclatura geográfica, el idioma, su burocracia, sus leyes, pero no su sangre en la misma proporción. En cierto modo, podría hablarse de una raza espiritual española, porque la fisonomía moral de los pueblos hispano-americanos tiene rasgos indelebles de tanto valor para las clasificaciones sociológicas como las formas somáticas en las clasificaciones etnográficas. Pero tales afinidades espirituales é históricas no bastan para el porvenir de España en los países hispano-americanos, mientras el iberismo esté en gran parte neutralizado por una red de potentes intereses que envuelva la América española en la esfera de acción de otros pueblos latinos y anglo-sajones.

El denominador común en los cambios internacionales son los valores científicos y económicos; se cambian ideas y riquezas, no palabras; el verbo castellano no es suficiente para penetrar en la vida hispano-americana. Mientras 40.000 ingleses inmigrados en la Argentina tienen un comercio de importación de 489 millones de francos y 268 de exportación; 37.000 alemanes, 229 y 182 millones; 191.000 franceses, 127 y 188 millones, respectivamente, el millón y medio de italianos sólo participa en el comercio de importación en 120 millones y 26 en el de exportación. Pero todavía más bajos estamos en esta gradual diminución de potencia económica de los latinos, los españoles, que, teniendo un núcleo de 650.000 inmigrados, según las estadísticas norteamericanas, en la Argentina, la historia, la palabra, etc., sólo participamos en 36 millones en el comercio de importación y de 9 en el de exportación. Recordemos también que en las tres grandes repúblicas, Argentina, Brasil y Chile, Inglaterra tiene una tercera parte, ó sea el doble que Alemania, tres veces más que el de los Estados Unidos, y cinco que el de Francia; pero el que tiene mayor fuerza de avance es el de Alemania. Cuando Carlos III declaró libre el comercio de la América española, el capital extranjero se tri-

plicó y el español se quintuplicó; pero pronto la acción formidable del capitalismo europeo y norteamericano nos tomó la delantera, y hoy impera en la tierra de la leyenda heroica española.

Si al lado del idioma no procuran los españoles formarse económicamente, nuestra influencia será, como nuestro porvenir en América, bien pequeño.

No hay que desconocer el influjo que ha ejercido Francia en América, ni dejar de notar la acción que desenvuelve Alemania en la formación administrativa; sobre todo en el ramo militar en las Repúblicas ibero-americanas, Chile, Argentina y Brasil, son clara muestra de ello.

Los españoles deben mirar á América, no como país conquistado por la palabra, ni creer que el latido sentimental abre plaza á lo que sólo por el esfuerzo del pensamiento y de los brazos puede conquistarse. Obligación nuestra es estudiar el desenvolvimiento de la civilización ibero-americana, en la cual se transfigura la civilización española; hacer más íntimas las corrientes de cultura entre la antigua madre Patria y la América moderna; pero no hay que cifrar orgullos locos ni propagar ilusorias esperanzas, esperando vencer, sin más, socialmente, en un medio en donde luchan razas cultas y fuertes en concurrencia con nosotros.

Reducido el espacio libre en el mundo, difícilmente encontraríamos otro país más conveniente para la emigración española que América, siempre que en nuestro suelo hubiese exceso de población que aconsejase la emigración; pero España necesita entrar en plena vida peninsular antes de proporcionar población á la América española.

El material humano es de un valor inapreciable. Un ejemplo de la actividad que desenvuelven algunos países de inmigración para procurarse buen contingente inmigratorio, lo ofrece el Canadá.

En la Gran Bretaña ha mantenido siete agentes para fomentar la emigración mediante anuncios, conferencias, infor-

maciones y reparto de libros; han propagado, mediante dos exposiciones portátiles que recorrían el país, la tendencia á la emigración, comunicándose con 3.000 consignatarios de buques. Por cada agricultor ó bracero adulto emigrante han recibido los consignatarios 7 chelines, y por cada niño 3 $^1/_2$. La compañía North Atlantic Trading recibía del Canadá un premio por cada emigrante que transporta; en 1909, el premio era de 20 chelines. Se excluye en este caso á belgas é italianos. En total, gasta anualmente el Canadá 600.000 libras para fomentar la inmigración.

* * *

Bien clara, pues, aparece cuál debiera ser la política económica de España ante el problema de la emigración; pero no llevando á cabo las reformas interiores que faciliten la vida á la población española, es inhumano aplicar en España leyes restrictivas de la emigración como la vigente, de tendencias homicidas. Cerrar nuestras fronteras á la emigración, es encadenar á muchedumbres hambrientas á la tierra ingrata sobre la que se proyectan aún las sombras del castillo feudal. El hombre tiene como el más supremo de los derechos el derecho á la justicia, que es el derecho á la vida; puede y debe buscarla donde se le ofrezca. ¿Con qué derecho se le puede impedir al campesino del litoral cantábrico que huya de la tierra que absorbe en su renta el 60 por 100 del producto del trabajo, y busque aquellas tierras libres argentinas, ó las que, no siendo libres, sólo le absorben el 20 por 100 del producto? ¿En nombre de la patria? La patria debe dejar de ser un ideal formado para los pobres con los intereses egoístas de los grandes.

Yo bien sé que para vivir nueva vida no es necesario cambiar de país; basta sencillamente con cambiar de vida. La salud está en nosotros, podríamos decir en paráfrasis tolstoiana.

Cuando se lee la crítica extranjera sobre nuestro pueblo, rara vez deja de aparecer la frase de conmiseración, la afirmación de que si muchos españoles no trabajan es porque no

tienen esperanza de recompensa, porque su personalidad está casi destrozada por la presión de los privilegios y del Estado, que recuerda el caballo de Atila.

En estos días de importancia decisiva para España, los directores (no hay que hablar de clases directoras en España) de la política española deben pensar en su gran responsabilidad, que recuerda las palabras de Gladstone, al referirse á Irlanda, cuando preparaba el *bill* para el *Home Rule* y la legislación agraria. «El régimen de los *landlords* irlandeses es cosa nuestra en gran parte. Nosotros somos *partícipes criminis;* nosotros, que con el poder en las manos permanecemos impasibles y casi alentamos y sostenemos...; recorred el mundo en toda su extensión, buscad en la literatura de todos los países, y encontrad, si podéis, una sola voz, un solo libro, me atrevo á decir un solo artículo de diario, en el cual la conducta de Inglaterra con Irlanda no dé argumento para una profunda severa condena.»

Y si el abandono de los políticos llega al extremo de no hacer verdadera política reflexiva, la política de reconstitución de que hablaba Costa, y tienen la generosidad de cesar en su intervención puramente policíaca en el movimiento emigratorio, entonces pensemos en que la vida del español será, aun libre en tierras nuevas, la vida del hombre condenado á muerte civil, porque el español, en el extranjero, apenas puede tener protección de los rampantes leones de la bandera nacional. No navegan ya las galeras de Don Juan de Austria; apagados están los cañones del Duque de Alba, que pudieran hacer recordar el derecho de gentes á los extranjeros.

Un empresario de emigrantes volverá á disfrutar sus ganancias á España, como aquellos indianos vestidos de blandos terciopelos, adornados con flecos de oro y brillantes; pero la masa emigrada allí quedará, perdiéndose la españolidad en los descendientes como se perdió el alemanismo en los hijos de los inmigrados alemanes en los Estados Unidos.

***

En Galicia ve el viajero caseríos deshabitados; huyeron á América los campesinos. En Castilla, junto á los campos agrios en donde se desgarra la niebla sobre sarmientos quemados, le levantan pueblos de adobes con mujeres, niños y viejos: huyeron los jóvenes. Los diarios anuncian el éxodo de pueblos enteros en Aragón. Recitemos la doliente estrofa del profeta Guerra Junqueiro:

Lá vão levados, mar sem fundo,
Longe das noivas e dos paes!...
Terras, Jesus! nos fins do mundo...
Voltarão?... Quando, mar profundo?
Jamais! Jamais!

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO:—Historia: España á fines del siglo XVIII, según Casanova.=Filología: La fortuna de una palabra (*déraciné*, descastado).=Costumbres: El pataplúm de la elegancia.=Bellas Artes: El libreto de ópera y el poema de drama lírico.=Viajes: Las calles de Nápoles.=Impresiones y notas: Los curanderos en Francia.—¿Ha amado mucho Lamartine?

HISTORIA

España á fines del siglo XVIII, según Casanova.—En las *Memorias* del célebre Casanova, el aventurero veneciano, de origen español, que tanto dió que hacer en todas las cortes de Europa durante su larga y accidentadísima existencia, es curioso estudiar el carácter de nuestro pueblo, fielmente reflejado por el experto observador italiano en sus apuntes, reconocidos universalmente como exactos. Las clases altas y bajas, la *morgue* castellana, esta indolencia de nuestro peculiar temperamento, unida á la nativa altivez del aldeano de nuestras mesetas; la aversión al servilismo, la frugalidad, la pereza, todo se retrata vivamente en las páginas de las Memorias de Casanova, y al leerlas, cualquiera que haya vivido en los pueblos del interior, creerá reconocer los tipos del siglo XVIII como tipos todavía vivientes.

Casanova vino á España en la madurez de su edad, después de haber recorrido Italia, Suíza, Francia, Alemania, los Paí-

ses Bajos, Austria, Inglaterra, toda Rusia y Polonia, y permaneció aquí dos años, de 1767 á 1769. En San Juan de Luz vendió la silla de posta en que había venido desde París, y con dos mulas y un criado pasó los Pirineos, que le parecieron más agradables, variados y pintorescos que los Alpes, y llegó á Pamplona, donde el carromatero Andrés Capello se encargó de él y de su equipaje hasta Madrid. Las primeras veinte leguas no le fatigaron apenas, pues el camino era tan hermoso como los de Francia, gracias á un Gobernador de Navarra, el Sr. Gadea, que lo había hecho construir á su costa. Pasado aquel buen trayecto, «no puedo decir, añade, que encontré otro malo, pues no encontré ya camino ninguno» ni indicio siquiera de que por allí pasaran coches.

Aunque el bueno de Andrés se detenía, como es natural, en los sitios más habitables, no había que pensar en llegar á una hospedería y descansar. El posadero solía estar sentado al sol ó dentro del portalón de su posada fumando un cigarrillo, y ni siquiera se dignaba moverse cuando llegaba Casanova; le indicaba con la mano el cuarto donde podía dormir y la chimenea donde podía preparar su comida ó calentarse, y seguía tranquilamente dando chupadas á su cigarro. Allí no se daba más que el sitio donde dormir y comer; pero si querían comer, tenían que recorrer el pueblo buscando víveres, y si querían calentar la comida, tenían que proporcionarse leña como pudieran, pues nada de eso era de la incumbencia de la posada. Eso sí, no había miedo de que se arruinara uno, pues el alojamiento era más barato que en todo otro país, y lo único que había que pagar de extraordinario era una peseta *por el ruido*.

En ninguna parte de Europa—dice Casanova—se conoce el arte de vivir sobriamente como en las clases bajas de España: dos onzas de pan blanco y unas castañas ó unas bellotas asadas, bastan para la existencia de un español, cuya gloria consiste en decir, al ver marchar al extranjero á quien ha dado albergue: «No me he molestado en servirle»; que para eso «es uno castellano, y no debe rebajarse hasta servir á un *gabacho*»,

nombre con que toda la nación designa á los franceses particularmente, y en general á todo extranjero, y que es más denigrante que la de *perro*, que dan los turcos á los cristianos y los ingleses á todo el que no es inglés. Las personas bien educadas piensan, naturalmente, de otro modo, y en España se encuentran personas razonables, tanto como en Inglaterra ó en Turquía.

Echando jornadas de diez leguas, llegaron Casanova y su guía á Madrid por la puerta de Alcalá. Allí le detuvieron las gentes del resguardo, y se incautaron de una *Ilíada* en griego y de un Horacio en latín, que le devolvieron tres días después; pero un empleado que le pidió un polvo, al ver que su rapé era extranjero, le desparramó airado cuanto llevaba, y le dijo que aquel tabaco era maldito en España. Casanova reconoce que el tabaco de España es muy bueno, pero se encuentra con dificultad. «Por una inclinación muy natural en todos los hombres, la de preferir el fruto prohibido al fruto permitido, los españoles hacen gran caso del tabaco extranjero y se cuidan muy poco del suyo, aunque es mejor; y esto alimenta un contrabando enorme.» Siempre hemos sido lo mismo, y no sólo con el tabaco, por desgracia, sino con todo; lo extranjero nos ha seducido siempre, y, despreciando altivamente al hombre de otro país, hemos estimado siempre más sus productos que los nuestros, aunque los nuestros fueran mejores, doble error que explica muchas tristes cosas.

Casanova se alojó en la calle de la Cruz, en un café que le habían recomendado en Burdeos, y donde se encontraba á gusto, salvo en punto á calefacción: el brasero le sentaba mal y no había chimeneas. Casanova se dió á buscar, y tropezó con un hojalatero, al que explicó cómo se hacía una estufa; el hojalatero se la hizo con un gran tubo que salía por la ventana; y aunque le llevó muy caro, por la novedad de la cosa, la dejó á su gusto. Mientras tanto, le dijeron dónde podía calentarse bien y barato, desde las once hasta la hora de la comida, y era «una plaza que llaman la Puerta del Sol»; «no es, sin embar-

go, una puerta, pero la llaman así porque allí es donde el benéfico calentador universal prodiga sus riquezas y distribuye su calor á los paseantes»; allí había, en efecto, «multitud de hombres que se paseaban, ya solos, con paso rápido, ya lentamente, hablando con sus amigos». El espectáculo sigue todavía.

Casanova, que venía bien provisto de cartas de presentación, se avistó con el conde de Aranda, Presidente del Consejo de Castilla y más poderoso que el rey mismo. «Espíritu profundo, gran político, intrépido, determinado, inflexible, razonando bien, gran epicúreo, pero salvando maravillosamente las apariencias, haciendo en su interior lo que prohibía á los demás, sin importarle que se hablara de ello.» El conde, bastante feo y desagradablemente bizco, le recibió con frialdad, á pesar de la carta de la princesa Lubomirska.—¿A qué ha venido usted á España?—le dijo.—A instruirme, estudiando las costumbres de una nación estimable, que no conozco, y, al mismo tiempo, á sacar partido de mis escasos talentos, si puedo ser útil al Gobierno.—Para vivir aquí bien y tranquilamente, no tiene usted necesidad de mí, pues conformándose con las leyes de policía, nadie se meterá con usted. En cuanto al partido que se propone usted sacar de sus talentos para hacer fortuna, diríjase usted al embajador de Venecia, su república, y así podrá usted darse á conocer.

Son interesantes las referencias que recoge de la vida y persona del rey Carlos III, de quien se decía que el afecto que profesaba al famoso ministro Esquilache era debido á que en otro tiempo había sido amante de su mujer. «Es una calumnia; si el mote de casto debe imponerse á un rey por la boca de la verdad y no de la adulación, Carlos III lo merece más quizá que ningún rey lo haya merecido. Jamás, en su vida, se ha acercado á otra mujer que á la difunta reina, y eso no tanto por deber de fidelidad como por deber de cristiano; evita el pecado por el temor de manchar su alma, y para evitarse la vergüenza de tener que confesar su flaqueza á un sacerdote.

Fuerte, y hasta robusto, y gozando de una salud de hierro, el casto esposo se extenuaba en la caza y se maceraba mediante la abstinencia de alimentos irritantes ó demasiado nutritivos. Figuraos la desesperación de este hombre cuando se encontró viudo, y resuelto á morir mil veces antes que verse reducido á la humillación de tomar una querida. Su recurso fué la caza y un método tal para emplear el tiempo, que no le quedara vagar para pensar en las mujeres. La cosa es muy difícil, pues no le gusta leer ni escribir; la música es para él un ruido molesto, y toda conversación algo alegre le inspira repugnancia. He aquí lo que hizo y seguirá haciendo hasta que se muera: se levanta á las siete, y pasa al gabinete donde le peinan; á las ocho hace su oración, y luego oye misa; toma su chocolate, y tras él, un enorme polvo de rapé, que vuelve y revuelve en su gran nariz durante algunos minutos; es el único que toma en todo el día; á las nueve, trabaja con sus ministros, hasta las once; viene el almuerzo, que dura tres cuartos de hora, almorzando siempre solo; luego hace una corta visita á la princesa de Asturias, y á las doce en punto monta en coche y se va de caza; á las siete, come un bocado, donde se encuentre, y á las ocho, vuelve tan fatigado, que frecuentemente se duerme antes de meterse en la cama.»

El cuadrito de costumbres de la corte de Aranjuez, y, sobre todo, el de los eternos pretendientes, es típico. En Aranjuez pululaban las personas que mendigaban empleos y que no dejaban en paz á los ministros.—¿Qué quiere usted?—preguntaba un ministro á cualquiera de ellos.—Lo que V. E. crea que puede convenirme.—Pero, ¿para qué sirve usted?—No sé; V. E. puede examinarme y darme el empleo que le parezca mejor.—Vaya usted con Dios; no tengo tiempo para eso.—Es un diálogo de realidad admirable, y recuerda los tiempos de la Restauración, de los Romero Robledo y de los Ayala, con su cohorte de paisanos y paniaguados, y los de la Revolución, con los famosos radicales de Rivero y federales de Estévanez. De ese concepto estúpido del papel de ministro que tienen las ma-

sas, y del que no pocos ministros participan, han salido la colección de dilapidadores y haraganes que nos han llevado á la pérdida de las colonias, y que comienzan otra vez á salir de sus madrigueras, llevando á la nación á otro desastre, si Dios no lo remedia. Así se comprende el caso, chistoso, pero triste, de aquel amigo de Romero, á quien éste dió una credencial de jefe de Negociado de una de las Direcciones de Hacienda. El flamante jefe, al tomar posesión de su cargo con todas las de la ley, dirigió la palabra á sus subordinados en la forma siguiente: «Señores; ya saben ustedes que este es el *Negociado de cuentas atrasadas*, del que me han nombrado jefe; no se molesten ustedes en despachar expedientes, porque siendo éstos de cuentas atrasadas, cuanto más se tarden en despachar, más atrasadas estarán las cuentas.» ¡Gracioso chirigotero!

Formando contraste con la miseria de las clases bajas, se encuentra también en Casanova fielmente retratado el despilfarro de los poderosos. Al salir de España se dirigió á Provenza, y en Aix le tocó alojarse en la fonda de los Tres Delfines, tabique por medio del cardenal de la Cerda, que iba á Roma para la elección del Papa sucesor de Rezzonico. Durante la comida, Casanova oyó al cardenal reprender á su mayordomo por la parquedad de sus propinas y la roñosería de sus gastos, como si se tratara del más pobre de los españoles.

—Monseñor, respondía el mayordomo, yo no ahorro nada; pero no es posible gastar más, á menos de obligar á los mesoneros á pedirme el doble de lo que cuestan las comidas, que V. E. misma ve que son abundantes y surtidas de todo lo más raro que se puede encontrar.—Puede ser; pero con ingenio, podría usted encargar comidas especiales, en las que yo no me detendría, pero que pagaría usted lo mismo; también puede usted mandar preparar comida para doce, aunque sólo seamos seis, y, sobre todo, tener cuidado de que se sirvan tres mesas, una para nosotros, otra para mis oficiales y la tercera para los criados. Veo aquí que no da usted á los postillones más que un franco de propina; hay que darles un

escudo por lo menos; eso me avergüenza. Cuando le den á usted el cambio de un doblón (cuatro duros), debe dejarse lo que sobre encima de la mesa, en vez de volverlo al bolsillo. Esas son tiñoserías. Dirán en Versalles y en Madrid, y acaso en Roma, que el cardenal de la Cerda es un avaro. No lo soy, ni quiero pasar por serlo. O deja usted de deshonrarme, ó deja usted mi servicio.

«Este singular discurso—añade Casanova—me habría sorprendido extraordinariamente un año antes, cuando no conocía España; entonces lo escuché sin asombro, pues ya había adquirido algunos conocimientos del carácter español: ¡Todo por la gloria, ó más bien, todo por la grandeza!»

Hoy han cambiado algo las cosas en este punto, porque, desgraciadamente, no corren ya los doblones por nuestros bolsillos, ni siquiera por los bolsillos de los Cardenales, como antes corrían. Pero en el fondo, el carácter español no ha variado. La tacañería le subleva, el espíritu de ahorro sigue siendo incomprensible; el rumbo y la ostentación continúan siendo un ideal de vida inseparable del goce, y si cada cual no tira más de largo, es porque no puede. El pobre sigue tirando tiempo, que es lo que tiene, y el rico tiempo y dinero, mientras le alcanza.

FILOLOGÍA

La fortuna de una palabra (*déraciné*).—Las teorías darwinistas, con lo seductor de su simplicidad, han invadido todos los terrenos, y las leyes de la evolución, adaptación al medio, selección natural y lucha por la existencia, han pasado, á través del libro y del periódico, á formar parte integrante del lenguaje vulgar. Las cosas morales se han visto invadidas por estas nociones, y no se oye hablar más que de «evolución de la familia, evolución del matrimonio, evolución de la sociedad, evolución de las religiones, evolución de la filosofía, evolución de los géneros literarios». Los lingüistas especialmente, dice

en la *Revue Hebdomadaire* Augusto Laborde Milaa, han sido los que con más ardor han seguido á los naturalistas, llevando la asimilación á los últimos extremos. Los Schleicher, los Max Muller, los Darmesteter, á porfía, han visto en las lenguas seres vivos que nacen, luchan y mueren, como todos los organismos, y en las palabras, como en los hombres, seres desgraciados y afortunados, vencedores y vencidos, olvidados y mimados de la fortuna.

Por caminos distintos y hasta opuestos, viniendo de la metafísica, otros pensadores llegaban á conclusiones semejantes; y Bonald, interpretando un pasaje del Génesis, afirmaba que la palabra, revelada al hombre por Dios, era transformada por el hombre, incapaz de crearla, pero no de degradarla y estropearla; y Rousselot, jefe del laboratorio de fonética experimental del Colegio de Francia, coincidiendo con aquella concepción, sostiene que no sólo no existe en el hombre órgano alguno especial de lenguaje ni localización cerebral de esta facultad, sino que ni siquiera sabe conservar intactas las palabras que recibe en depósito hereditario, pues constantemente las transforma, gastando su material, deformando su significación, y degradándolas continuamente. Así, naturalistas y místicos eliminan de la lingüística la intervención humana, y hacen depender su evolución de algo extraño á nuestra voluntad, ya emanado de un poder sobrenatural, ya resultante de la aplicación de las leyes á que el lenguaje está sometido.

Una tercera escuela reivindica como ciencia histórica lo que se quiere hacer propiedad de las ciencias naturales ó de la teología; para esta escuela, el lenguaje es acto puramente humano, sin otra realidad que la emanada del hombre mismo, y la regularidad indiscutible de los fenómenos lingüísticos no es la resultante de ningún determinismo, sino debida á la acción, lenta sin duda, pero consciente, de la inteligencia humana, verdadero motor de esa evolución; el *Ensayo de semántica,* de Miguel Breal, es el desarrollo de la tesis psicológica, según la cual, el lenguaje primitivo y emocional de las interjecciones

y de las onomatopeyas se convierte en nuestro rico lenguaje intelectual, por el concurso de nuestra inteligencia, de nuestra sensibilidad y de nuestra voluntad.

Pero aquí surge otro problema: la invención, el hallazgo de un término, de un giro, de una frase, ¿es cosa de un indivíduo ó de la colectividad? ¿Son las masas las que enriquecen la lengua, ó es cada palabra un producto autónomo de una personalidad? Para Breal, estos inventos son fruto de miles y millones de tanteos, la mayor parte desgraciados, algunos seguidos de un cuarto de éxito, de medio éxito, perfeccionado poco á poco, hasta precisarse en determinada dirección; no hay aquí intervención francamente individual, sino colectiva. Para otros, como Beaunier, las multitudes no son creadoras; en toda invención hay una intervención individual, y se conocen los autores de muchas palabras: *capucinade*, *coquettement*, *endolorir*, *promiscuité*, son de Rousseau; *alarmant*, *caverneux* y *chatoyant*, son de Bernardino de Saint-Pierre; *dispendieux*, *idéaliste*, *incoercible*, *preconçu* y *théisme*, son de Diderot; *énumérer*, es de Montesquieu; *procréateur*, de Buffon, y así de muchas otras. ¿Quién tiene razón?

La oposición no es irreductible: el fenómeno lingüístico, resultado para unos del esfuerzo colectivo, para otros del individual, no es, en resumidas cuentas, sino la confluencia de ambos, el resultado de un encuentro feliz entre la necesidad vaga que trabaja la masa, con una inteligencia que, comprendiendo esa necesidad, la satisface cristalizándola en una palabra. Si pudiera ilustrarse esta opinión conciliadora con un ejemplo vivo, quedaría afirmada la tesis psicológica sin desacuerdo entre las dos soluciones de la misma escuela. La cosa es difícil, porque los contemporáneos no ven bien cómo se produce el fenómeno, y cuando éste se halla á distancia, no se puede sorprender su gestación. Genin y Sarcey han intentado alguna vez resolver algunos de estos problemas filológicos, investigando cómo la palabra *concierge* ha sustituído á *portier*, y cómo la expresión «honnête homme» ha quedado vacía de su

sentido social; pero se contentaron con anotar los cambios sin estudiar sus causas y sin indicar los autores. Laborde-Milaa abarca la totalidad del problema, estudiando la palabra *déraciné*, «desnaturalizado», «desarraigado», propiamente.

Déraciné es sencillamente el participio pasado del verbo *déraciner*, «desarraigar», empleado como sustantivo: *un déraciné*, «un descastado», «un desnaturalizado». El *déraciné*, fruto contemporáneo, es una palabra de uso corriente, y constituye un tipo de teatro y de novela, representativo de un tipo real, el del individuo que ha roto todo lazo material ó moral de los que le ligaban con su pasado y con su grupo social, con su familia, con su terruño, con su patria, con sus compañeros de profesión ú oficio; un sér desprendido de todo vínculo, sin raíces en parte alguna, por la pretensión de tenerlas en todas partes.

¿Cómo se ha formado esta palabra con su acepción actual? ¿Quién no ha buscado las raíces de un escritor? «Taine no es un *déraciné*», escribía Giraud, y lo mismo decía Pichon de Boissier. «Nadie deberá dejar su país—dice Moysset hablando de los polacos;—el *déraciné* volverá á establecerse en la vecindad»; Vaissiére ilumina con esta palabra todo un pasado, y Meline explica todo el presente y mucho del porvenir; y en libros y revistas, en el teatro y en los periódicos se habla del *déraciné*, y todo el mundo lo entiende. Y sin embargo, la palabra no está, ni en el Diccionario de la Academia, ni en el de Littré, con la acepción actual, aunque la señora de Stael había dicho que «vos habéis sido elegido para *desarraigar* mi vida de la tierra», y Víctor Hugo había presentado á Olimpio «desarraigado, marchito, caído en una pendiente, como un cedro abatido».

Lo cierto es que, en 1840, la palabra vegetaba oscura y pobremente, sin precisión, hasta que Lamartine llama, en 1848, á los partidarios del escrutinio por lista «nómadas de opiniones, *déracinés* de sus ciudades y aldeas, anegados en la capital», apuntando ya aquí algo de su actual sentido. Luis Veuillot,

en 1866, refuerza este concepto cuando, hablando de las reformas de París, dice: «El nuevo París no tendrá nunca historia y perderá la historia del antiguo París; toda huella de éste se halla borrada ya para los hombres de treinta años. ¿Quién habitará la casa paterna? ¿Quién rezará en la iglesia en que ha sido bautizado? ¿Quién conocerá el cuarto en que dió el primer vagido, en que recibió un último suspiro? *¡Oh raíces de alegría arrancadas del alma humana!* ¡Cuidad su pasado, lleno de espíritus sin recuerdos, de corazones sin lágrimas, de almas sin amor! *¡Cuidad de las multitudes desarraigadas*! ¡Móvil montón de polvo humano... podrás crecer y ser la capital del mundo, pero no tendrás nunca ciudadanos!»

Véase crecer en valor filosófico y en fuerza literaria, la palabra *déraciné*, precisándose y casi cristalizando en la imprecación final, relacionada con la otra frase que hemos subrayado. Y sin embargo, la palabra continúa oscurecida, y así sigue hasta que, en 1897, llega á su pleno desenvolvimiento y á la definitiva consagración de su popularidad, ligada con los destinos de la nación y reflejando estados sociales que la explican.

En las vísperas de 1870, todo espíritu culto soñaba en Francia con la humanidad; el verbo de aquella generación era el gran Michelet, que, si bien había escrito en un lado que «la piedra del hogar doméstico es la base de todo», decía en otro: «Poco á poco, la fuerza existente en el hombre le desprenderá, le *desarraigará* de su tierra natal; saldrá de ella, la rechazará, la pisoteará; necesitará, en lugar de su pueblo natal, de su ciudad, de su provincia, una gran patria que le llevará, por nuevo esfuerzo, á la idea de la patria universal, de la ciudad de la Providencia.»

La utopia humanitaria atraía todos los espíritus, y ante el esplendor de tan brillante porvenir, la imagen de la patria parecía oscurecerse, como decía Poincaré al recibir en la Academia á Sully-Prudhomme. Pero estalló la guerra franco-prusiana, y entonces fué el despertar trágico de tan poéticos sueños.

Durante veinte años, sólo se pensó entonces, tras el desastre, en hacer patria, aceptándose todo lo que condujera á la reconstitución de las fuerzas nacionales, impuestos nuevos, servicio militar obligatorio, empresas coloniales, todo. Pero el equilibrio se rompe de nuevo por la generación siguiente, la que no ha visto el desastre, la que no ha sentido el galopar de los caballos prusianos, y esa generación, la de 1895, vuelve á soñar con socialismos é internacionalismos, con la paz universal y el humanitarismo, lisonjeándose con llegar á construir, por medio de abstracciones y dirigida por arquitectos líricos, la Salento definitiva.

Hay que añadir, para explicar el estado mental de esta generación, la difusión de la filosofía kantiana, que sólo ve el hombre abstracto, el hombre especie, sin cuidarse del individuo, acostumbrando á la juventud á moverse en plena abstracción, sin contacto con la realidad, y creando seres puramente intelectuales. Esta filosofía no prescribe regla ninguna de acción que convenga á la vida nacional y concreta; regula sólo la república de las voluntades libres y racionales; vacía al individuo de su individualidad.

Agréguese á esto el éxodo de los campesinos á las ciudades y de los habitantes de las ciudades á la capital, con abandono del suelo, de las costumbres, de todo lo tradicional y típico, fundido en la vulgaridad de lo cosmopolita, y se comprenderá la psicología especial de esta generación que ha llegado hace años á la plenitud de su desarrollo, indiferente al medio ambiente en que vive, considerando su patria como poca cosa, rompiendo orgullosamente con toda tradición y declarando la guerra á todo lo existente por un afán de mejoras utópicas y humanitarismos abstractos. Entonces, en 1897, aparece el libro de Mauricio Barrés, *Les Déracinés*, y preparado perfectamente el ambiente, la palabra entra en el lenguaje de todas las clases, y encuentra el éxito merecido que hasta entonces no había encontrado. La palabra ha vacilado mientras ha vacilado la cosa; ha brotado cuando el fenómeno ha sido definitivo.

La colectividad la esperaba, y en cuanto apareció se apoderó de ella, la hizo suya y no se ha cansado de mimarla, y en torno suyo se ha producido un movimiento social, científico y literario que llega, desde *La Terre qui meurt*, de Renato Bazin, hasta la votación de la ley que crea el *Bien de familia*, especie de terruño incedible é inembargable que permite al obrero vivir ligado á su rincón con ataduras concretas, seguro de tener siempre donde vivir tranquilo y morir en paz.

Como se ve, no ha intervenido aquí para nada fenómeno ninguno, que no se explique del modo más natural por la relación entre los hechos y las palabras. Se ha tratado primero el terreno, y cuando todo estaba preparado, en el momento oportuno, un hombre ha lanzado la palabra precisa, y todos la han aceptado como cosa propia, por ser fiel reflejo del pensamiento de cada cual.

COSTUMBRES

El pataplúm de la elegancia.—Gómez Carrillo, en uno de sus preciosos artículos—lo mismo maneja el francés en *La Revue* que el castellano en *El Liberal*—lo consigna con sentimiento: ¡Quién nos volviera á los tiempos!—¡ayer todavía!—en que el heleno Moreas, recordando la sencillez de su patria, exclamaba: «Es imposible venir á parar á mayor caída en estética femenina.» ¡Imposible! Antes la belleza, la verdadera belleza, fué sustituída por la elegancia, y Marcelo Prevost podía cantar la victoria del *chic*, proclamando que el poder de la belleza había sido suplantado por el prestigio de la elegancia.

¿Dónde está—se pregunta Gómez Carrillo—el tiempo en que cada mujer era la artista de su encanto propio? ¿Qué ha sido de los años en que, obedeciendo á Baudelaire, la mujer, ganosa de seducirnos, esculpía sus propias formas con arte exquisito, y nos ofrecía un rostro con matices tan suaves que la misma marquesita de Lancret hubiera envidiado? Hoy, después del

pataplúm de la belleza, es forzoso proclamar el pataplúm, mucho más doloroso, de la elegancia y del *chic*. ¡Se acabó! ¡Hoy sólo reina el oro, el lujo con todos sus derroches, con todas sus extravagancias!

El *chic* no se compra, pero se adquiere, según los parisienses, con sólo respirar el aire de la *rue de la Paix* (hay que dejarlo en francés para no estropearlo). El *chic* de París está en el aire, y basta respirarlo.—«No tengáis miedo—decía un inteligente á una viuda extranjera que temía no poder adquirir ese dón;—antes de seis meses estaréis al nivel de la elegancia sencilla y seductora de todas las que admiramos en los estrenos y en las carreras.» Sí, entonces era verdad; hace dos ó tres años todo eso era cierto. Pero ¡hoy! Hoy no domina más que el oro. Ha pasado la era en que una linda modistilla, «con una falda de percal planchá—y un zapatito bajo de charol—y en su mantón de fleco arrebujá», se llevaba de calle al transeunte, y era preferida á la millonaria sin gusto que iba á su lado. En los tiempos que corren, ni la belleza ni la elegancia llaman la atención: el lujo lo eclipsa todo. Cuando ahora una mujer atraviesa el *foyer* de un teatro ó los salones de un casino, nadie dice como antes: «¡Qué preciosidad! ¡Qué gracia de mujer! ¡Qué tipo tan elegante! ¡Qué *chic*!», sino «¡Qué lujo!»

Y Carrillo cita el diálogo de un provinciano y un parisien experto, de estos contemporáneos que parecen peritos tasadores de almonedas; pasean ambos por la calle de la Paz, y contemplan á una dama que desciende de su carruaje para entrar en una joyería.—¿La conoces?—pregunta el provinciano.—Sí—responde el parisién.—¿Quién es?—Una de las ochenta ó cien soberanas de París.—¡Qué lujo! ¿Tienes idea de lo que puede costar lo que lleva encima?—Sí...El sombrero, por ejemplo, con su triple penacho reglamentario, es una pieza de 1.500 francos.—¿De veras?—Sí. Los hay más caros.—Y el parisien sigue enumerando: los postizos, complemento obligado de todo peinado moderno, cuestan 1.000 francos; el traje de terciopelo con flores bordadas, de los más modestos, pues es un

traje de calle de mañana, 1.500 francos próximamente; la camisa con encajes y el cubre-corsé con valenciennes, 300 francos; la enagua de seda liberty, ajustada al talle, 200 francos; las medias, con incrustaciones de chantilly, 100 francos; los zapatitos, otro tanto; el manto de zibelina, 25.000 francos. En cuanto á joyas, como sólo lleva un collar de perlas, una cadenita, una pulsera y un bolsillo de oro, alhajas modestas comparadas con las de noche, no deben costar más de 150.000 francos; total, unos 500.000 francos; ese es el precio de una mujer en París.

Y en las grandes capitales de todo el mundo valen ó cuestan lo mismo. No hay más que leer los periódicos de Viena, de Londres, de Berlín, de Roma, de San Petersburgo, de Nueva York (¿y por qué no de Madrid? ¿Hace mucho tiempo que Gómez Carrillo no viene á Madrid? Que venga y verá que no hay para qué olvidar este delicioso rincón), para convencerse. En Nueva York sobre todo, la prodigalidad es fantástica. La millonaria americana sabe ser, en punto á ostentación, mil veces más fastuosa que las más fastuosas reinas pasadas. ¿Qué es el manto de 100.000 francos de María Antonieta, en comparación de los mantos que gastan las archimillonarias de la Quinta avenida? Sin contar con que María Antonieta guardaba aquel manto después del baile, y se lo volvía á poner en otro; mientras que las damas americanas tienen la costumbre de no usar sus trajes más que una sola vez, y hasta se las ingenian para lucir dos en una sola noche, como aquélla de que habla Guillermo Ferrero, y cuyo capricho referimos hace tiempo en esta misma Revista. Era una americana que daba en su quinta de Turena una comida de honor á un príncipe italiano; la llevaron por la mañana dos trajes á cual más preciosos, uno blanco, de 40.000 francos, y otro negro, de 30.000. ¿Cómo se las arreglaría para lucir los dos en la comida? Muy sencillo: se puso primero el blanco, y en medio de la comida, un camarero, fingiendo un paso en falso, la echó encima un plato de perdiz con trufas, que dejó el vestido inservible; la

señora se levantó tranquilamente, y á poco volvió á sentarse con el traje negro, siendo acogida con murmullos de admiración y asombro. ¿No quedaba ampliamente pagada con estos aplausos su excentricidad?

El señor Van Vors ha publicado un estudio sobre el lujo de Nueva York: «Se citan—dice—100 mujeres que gastan 150.000 francos anuales en vestir; más de otras 1.000 cuyos trajes cuestan al año 75.000 francos, y otras 5.000 que se conforman con 3.000 francos mensuales para trapos. En Chicago, en San Francisco y en otras ciudades, las cuentas de fin de año de las mundanas millonarias pueden verse en sus cuadernitos resumidas en las cifras siguientes: Trajes de baile, 40.000 francos.—Trajes de comidas, 25.000.—Capas, 12.000.—Ropa blanca, 15.000.—Calzado, 5.000.—Guantes, 3.000.—Sombreros y peinados, 7.000, etc.

Y cada una—sigue Van Vors—tiene sus pequeñas manías, que hay que satisfacer. A una le da por los pañuelos, y os muestra las últimas novedades de su colección; como no ha encontrado en América nada bastante original, ha hecho su encargo á París, á 300 francos la docena.—Pero como han creado este modelo para mí, he tenido que comprar doce docenas.—Otra tiene la chifladura de las medias de seda:—Estas (y os enseña la tela de araña que moldea sus tobillos) han costado á 1.000 francos el par; ¡pero no puedo renovarlas, porque el hombre que las ha tejido se ha vuelto ciego!

¿Qué significa para esas señoras una perla de 100.000 francos, con tal de dejar al mundo con la boca abierta? Entre las *entretenidas* de hace treinta ó cuarenta años y las *cocottes* de ahora no hay comparación. En tiempos de Balzac, una cortesana, una actriz ó una bailarina, cuando llegaban al apogeo de su gloria galante, gastaban 300.000 francos anuales; suma no exagerada, si se piensa en que sólo en sombreros y zapatos se iban 5.000 ó 6.000 francos. Esas cifras, que parecían exageradas á un Rubempré, harían sonreir hoy á Margueritte ó á Prevost. ¡6.000 francos al año en sombreros! En una semana

se gasta el doble una estrella del Vaudeville y el triple una bailarina de los grandes music-halls. En cuanto á los trajes de 500 francos—añade Carrillo,—es preciso ser una corista, una figuranta, una cajera de restaurant ó una artista sin pretensiones, para contentarse con ellos.

Hace sólo tres ó cuatro años los costureros más eminentes consentían en hacer por 500 francos trajecitos sastre para la calle, del gusto más exquisito. Pero desde entonces todo ha cambiado. El sombrero de 1.000 francos, que tanto chocó á Blasco Ibáñez en la Exposición franco-inglesa de Londres, no tiene ya nada de extraordinario. En la calle de la Paz ha visto Carrillo simples tocas con seis penachos que valen el doble. En cuanto á los trajes, es un horror. «Los artistas especiales que consagran sus veladas á preparar pieles para el bello sexo —dice una autoridad indiscutible en materia suntuaria—se devanan los sesos por encontrar el modo de combinar trajecitos sastre de 1.500 francos, con sombreros del mismo precio. Y no lo hacen por codicia personal, sino porque sus clientes, sus mejores clientes, se lo exigen así.»

¿Para qué todo eso? Para que las artesanas modestas no puedan, acudiendo á ingeniosas costureritas, imitar su elegancia. Pero, ¡si eso no es elegancia! ¡Si eso es simplemente derroche! La elegancia es privilegio de las grisetas del barrio Latino, de las cocottes de Montmartre, de las actrices de provincias. A las reinas de la moda ya no les importa la elegancia. Sólo les importa el lujo, y quieren las piedras finas, no por su belleza, ni por sus luces, ni por sus irisaciones, ni por su oriente, sino por su precio; y llevan los sombreros inmensos, que no caben por ninguna parte y parecen paraguas con plumeros, porque cada uno cuesta un dineral.

Es verdad. Pero ¿hemos de dar por destronada la elegancia porque unas cuantas millonarias nos quieran deslumbrar con sus millones? ¡No y mil veces no! Ni la belleza ha sido destronada, ni la elegancia podrá destronarla nadie nunca, porque la belleza y la elegancia son lo permanente del ideal, y el

ideal tendrá siempre adoradores, como los tienen y los tendrán la poesía y el arte. El lujo pasará, como pasó en Roma y como pasó en la Edad Media, y mientras pasa, los cuerdos nos reiremos de sus locuras.

BELLAS ARTES

El libreto de ópera y el poema de drama lírico.—Habla Camilo Mauclair en *La Revue*, con su acostumbrada penetración analítica, y dice que la obsesión de los compositores contemporáneos es la elección de un poema, consecuencia natural del triunfo del wagnerismo y de su descendiente directo el simbolismo. Los años transcurren, y el acuerdo entre compositores y poetas no da un paso y el poema de ópera tampoco. La antigua romanza ha sido sustituída por un *lied* francés, de exquisito sabor artístico. Antes, los músicos se cuidaban poco de los poetas; un pretexto vocal les bastaba, y la letra importaba poco; hasta convenía que fuera trivial para que la atención se fijara en la música. Pero llegó un día en que se comprendió que la unión por iguales dosis de valor de la poesía y la música, de que Schumann había dado ejemplos inmortales, engendraba una forma artística de lógica superior, y entonces los músicos se pusieron á colaborar con los poetas en vez de sacrificarlos, y el *lied* se convirtió en poema cantado, en un drama lírico breve, creado por el poeta, tanto como por el músico. Nuestros compositores sacaron de ello admirable partido, y hemos asistido á un verdadero Renacimiento y á la aparición de una serie de intérpretes líricos muy superiores, por la inteligencia y el sentimiento, á los cantantes de antaño. El teatro cantado no ha tenido la misma fortuna. La operación de espíritu que había creado la unidad del músico y el poeta del *lied*, no se ha repetido al ampliarse la escena; no se ha querido comprender que la letra del *lied* era la síntesis del drama lírico, tal como Wagner lo había concebido, y que *Tristán é Isol-*

da (1) no es sino un inmenso *lied*, encerrado esencialmente en el bosquejo *sueños*.

La consecuencia que desde luego se imponía, era la creación de un verso lírico ó, más bien, un lenguaje de escena lírica. Había que inventarlo todo. Nos encontrábamos con una versificación pesada, añeja, ridícula; con una jerga de ópera que los libretistas aceptaban, por ser convenio tácito que jamás había de oirse ni entenderse lo que se veía; era preciso acabar con ese ciempiés y fundir un lenguaje nuevo. ¿Quién podía hacerlo? Los poetas, que acababan de instituir el mal llamado *verso libre*, destinado á la música precisamente. Era un verso polirrítmico, fundado en la musicalidad del verbo, en los timbres de las vocales, en las propiedades rítmicas de la sintaxis, nacido de la crisis de amor de los poetas por la sinfonía, de la iniciación musical de una raza enamorada hasta entonces del razonamiento y de la elocuencia. La interpretación musical era complemento obligado de ese verso.

¿Qué sucedió? Que el verso libre—dice Mauclair,—furiosamente denigrado por todos los poetas tradicionales, cayó bajo la burla de los periódicos. No se comprendió su papel, no se vió que esta forma nueva era de extremada dificultad técnica, sólo asequible á poetas de exquisita sensibilidad musical; fácil en apariencia, porque prescinde de las reglas clásicas, pero difícil en realidad, porque obedece á otras reglas infinitamente más dificultosas, y no admite medianías como el verso regular, que permite á las medianías hacerse ilusiones. Y el verso libre cayó, sin que se viera que, más que á ser impreso y recitado, ese verso estaba destinado á la declamación lírica, á ser la lengua cantada, que librara á los libretos de ópera de su vulgaridad y de su pesadez. Se ha dicho que el verso libre era absur-

(1) A pesar del *Romancero* (Cervantes no hace más que repetirlo), no admito el nombre de *Iseo*, que va contra todas las tradiciones de la lengua castellana. Yo diría *Isel* (como Isabel), si dedicara un artículo á este asunto; pero entre *Iseo* é *Isolda*, prefiero *Isolda*.

do y que el verso de libreto no lo es menos; pero nada se ha creado en cambio, y para reemplazarlos se ha llevado á la escena lírica ¡la prosa!

La creación del lenguaje lírico adaptado á la polifonía, ideal del wagnerismo, ha quedado en tentativa fracasada. La ópera había resuelto el problema sencillamente: interpretaba musicalmente un melodrama, siendo el acompañamiento orquestal de los trágicos cantantes, fundado en el principio de las grandes arias. Hoy esas óperas dan lástima; la puerilidad, lo ficticio y lo enfático del género nos fastidian. Buscamos una emoción que no sea circunstancial, sino resultante de la psicología de los héroes, y no la encontramos; en vez de fantoches históricos ó leyendas *Hugonotes*, *Africana*, *Judía*, *Favorita*, deseamos seres cuya psicología nos conmueva, y no sus aventuras. Queremos un drama musical, y no un folletín musicado.

Wagner fué inimitable al crear por sí mismo su teatro heroico. Pero ¿dónde hallar asunto? Los compositores, divorciados de los poetas, se han puesto á comentar poemas y novelas célebres, y así han nacido *Carmen*, *Thäis*, *Manon*, *Werther*, *Herodiada*, *El Cid*, *Salammbó* y otras muchas obras, siguiendo el camino de *Mignon* y de *Fausto*. Los libretistas han metido estas obras en el lecho de Procusto, y las han estirado ó encogido hasta encajarlas en sus límites. Claro es que así se da al músico su apoyo real, pues los personajes y sus almas son conocidos, y sólo se trata de buscar la transcripción musical de sus sentimientos; el público, por otra parte, llega con el respeto debido al tema y seguro de comprenderlo todo. Pero en eso precisamente está la dificultad; el hecho sólo de trabajar sobre un tema ya consagrado, reduce al compositor al papel de comentador. Le es imposible despertar con su música el sentimiento de lo imprevisto; se va á ver si ha sabido tratar una situación conocida de antemano; se admira su ingenio, pero la emoción de la obra sigue siendo puramente literaria.

El caso de *Peleas* y *Melisenda* es un caso aislado y casi milagroso, pues esa concordancia inaudita de sensibilidades que

hace creer que la partitura y el libro son del mismo autor, es rarísima. El comentario de un tema literario célebre, expone á equivocaciones lastimosas. El público sólo tolera arreglos y facilitaciones; jamás hubiera admitido el *Fausto* si Gounod hubiera intentado ir por la música al fondo de la expresión psicológica del formidable poema de Gœthe; ha entresacado de él una anécdota sentimental y nada más. ¿Cuántos admiradores del *Fausto* de Gounod soportarían la lectura del verdadero Fausto? Un músico expresa estados de alma según otros estados de alma expresados en una obra literaria. ¿Cómo llegar á la homogeneidad que constituye el estado de la inspiración sinfónica? Es el mismo error que en los dramas sacados de novelas. Y además, todos los asuntos de este orden están agotados.

¿Qué hacer para llegar á esa coincidencia absoluta del poema y de la música? El comentario á una obra literaria es mejor, desde luego, que la anécdota ilustrada de la ópera antigua, pero no resuelve nada. Se va al teatro á ver á los actores, las decoraciones, los trajes, y *también* á oir la partitura; pero no se va, ante todo, por ésta. Desde Wagner se han comprendido muchas cosas: la fusión de varias artes, la síntesis de los colores, las formas y los sonidos, el papel de la orquesta como atmósfera lírica y expresión de ideas generales; pero todo eso está todavía poco ordenado. Hallar un poeta que sienta lo que siente el músico, es el sueño de todo el que aspira á crear un drama lírico. La solución más racional es que el mismo músico sea su propio doble, y así se ha ensayado hacerlo, pero sin éxito. Los músicos no se atreven á escribir, confesando que no saben de letras; llegan á concebir situaciones dramáticas, pero la redacción del texto les vende, como ha sido el caso de *Luisa*.

Esa, sin embargo, es la verdadera solución. «No hay drama lírico sin fusión constante de la palabra y el canto para la enunciación de un solo y único pensamiento», ha dicho Wagner. Por íntimos que sean dos colaboradores, esa fusión, no es derfecta si no la engendra una sola mentalidad. El drama mu-

sical es labor de un poeta sinfonista, vuelto á la época órfica en que el verso y el canto no se comprendían separados. Estamos lejos, muy lejos de ese ideal. Y no se crea que la prosa, ni aun rimada, salve la situación: se necesita el verso rimado, polimorfo y polirítmico, y el músico, y no el poeta, es el llamado á realizar el milagro, pues la técnica poética es de más fácil adquisición para un músico que la técnica musical para un poeta. Así, y sólo así, podrá llegarse al drama musical, á la concepción de la vida pensada y orquestada en colores y matices musicales por un solo hombre, formando un todo indisoluble en que cada tecla vibre en armonía con cada sílaba.

VIAJES

Las calles de Nápoles.—Ninguna ciudad de Europa—dice Eugenio Montfort, en el *Mercure de France*,—es tan entretenida como Nápoles. Una calle de Nápoles es más interesante para nosotros que una calle de Oriente. Comprendemos lo que pasa en ella y vemos lo que antiguamente podía verse en las nuestras; parece que nos reconocemos allí, reviviendo en otra civilización.

Las discusiones de comadres son incesantes en las calles populosas de Nápoles, y casi todas nacen por los chiquillos. Estos inundan las calles, y por si pegaste á mi hijo ó tropezaste con mi hija, se arma en seguida un guirigay estrepitoso; cada adversaria invoca á todos los santos y madonas de la corte celestial, tomándolos por testigos de la bajeza, de la fealdad y de los vicios más vergonzosos de su contraria; en el acto brotan chicos, pilluelos y *scugnizzi* (golfos) de todos lados, que intervienen en la disputa y el clamoreo; los chillidos y los silbidos arman tal estruendo, que nadie se entiende; y al lado de esta gresca sigue jugando tranquilamente á la lotería un grupo de jugadores. Si esto sucede de ordinario, imagínese el ruido que se armará cuando pase alguna patrulla como la de

aquel infeliz periodista, con las manos atadas á la espalda y con un letrero en el pecho en que se leía: «Este es Enrique, el director del *Squillo*, castigado por el abogado Funco», tirado por cuerdas y rodeado de una caterva de *scugnizzi*, dando brincos y haciendo gestos en torno, ahogando los gritos de socorro del desdichado, que llamaba á los carabineros. En casos semejantes aquello parece el fin del mundo, pues no se puede dar un paso, y todo el mundo chilla, ríe, silba y mete cuanto ruído puede.

Los chiquillos que pululan por las calles son uno de los encantos de la ciudad. Casi todos están desnudos, y se confunden en el suelo con los perros y con los gatos. Son la imagen viviente de la admirable fecundidad napolitana. Es una vegetación prodigiosa, pero es un bosque virgen; allí no se limpia ni se arregla nada. Es la exuberancia de la Naturaleza, donde todo crece revuelto: la hierba mala junto á la buena, el árbol robusto junto al enfermizo y raquítico.

Allí se ven procesiones de todo género: la del rey loco, paseado por la calle de Toledo, á horcajadas en un burro, con la cara á la cola, rodeado de jugadores de *putipu* y caminando con toda gravedad; la de las campanillas: toque de campanilla y de rodillas todo el mundo, sacerdotes, penitentes y transeuntes; nuevo repique y nuevo arrodillamiento. El paso del Santo Sacramento es curioso: sobre el sacerdote que lo lleva sostiene un sacristán una especie de sombrilla china, escoltándolo cuatro portadores de farolas antiguas, á modo de linternas de carruaje, á la punta de un varal, con un niño de coro que toca la campanilla. A lo mejor, esta comitiva se encuentra con una música callejera ó un orfeón estrepitoso; es un entierro: dos filas de penitentes con cogulla se adelantan con ciriales encendidos, y tras ellos aparece un catafalco rojo con dorado féretro encima, y luego el acompañamiento.

En Nápoles hay más de 400 iglesias; hay sitios en que pegan unas con otras ó están una enfrente de otra. La competencia es terrible, y el clero, que es numerosísimo, se muere de

hambre; se ven sacerdotes ancianos con sotanas remendadas, harapientos, pedir en la calle como mendigos. Los domingos, si pasáis por las calles próximas á la Pescadería, os tiran de la ropa rogándoos que entréis en la iglesia, donde la misa está preparada, y no es extraño ver á la puerta un remendón ó un frutero, encargado de tocar la campana, que alterna sus gritos de *¡Fichi, fichi; á tre soldi, tre soldi!* con los de *¡Alla messa, alla messa, alla messa!*

Los frailes son innumerables, de todos pelos y cataduras. Los más corrientes son los franciscanos, andrajosos y sucios. Entre el pueblo gozan de poca reputación. Montfort vió una tarde detener á uno; el fraile iba delante de su acusador, un jovencillo delgado, y gran multitud les seguía; al pasar ante la parada de coches de San Fernando, Montfort vió hacer á un cochero, para indicar el delito del fraile, «el más lindo gesto obsceno que hubiera visto jamás». Otra vez, porque dió limosna á un fraile en un restaurant, el dueño del café le dijo: «¿Qué ha hecho usted? Es un usurero que presta por semanas con lo que coge de limosnas.» Les acusan de borrachos, y por las calles se venden muñecos con trajes de franciscanos, articulados de modo que, tirando de una cuerda, el fraile echa para atrás la cabeza, levantando el brazo y llevando á la boca un frasquito: «¡O'mmonac' mbriacone!» (¡el fraile borrachón!), gritan los vendedores.

Sin embargo de esto, el pueblo bajo simpatiza con ellos. Tienen fama de conocer los números que han de salir en las loterías; así, cuando hacen sus correrías por las mañanas, vuelven siempre con el saco lleno; aquí una patata, allí una zanahoria, acullá un higo ó un pimiento, siempre pescan algo; en cambio, bendicen las casas de sus bienhechores y los puestos de las verduleras, y no deja el espectáculo de tener su poesía. En el barrio de San Domenico hay una calle entera ocupada por comercios, y puestos de objetos religiosos, como en Lourdes. Es curiosa, y á lo mejor se ven en ella escultores dando la última mano á imágenes de tamaño natural.

En los paseos callejeros es frecuente encontrarse con niños y hasta personas de edad vestidas con traje verde, de un matiz muy extraño; es un verde votivo; quien lo lleva ha sido salvado por la Madona de algún peligro, y ha hecho voto de llevar en su honor aquel traje.

Al medio día suena un cañonazo en San Telmo; todo el mundo se persigna y besa su pulgar. Este gesto es frecuentísimo; es uno de los mil gestos napolitanos, graciosos y expresivos. Id á un café, y quedaréis asombrados de la parte que las manos toman en la conversación, sin contar las muecas del rostro, tan variadas como típicas. Los gestos obscenos abundan también. El pueblo ha conservado la superstición del mal de ojo, de la jettatura, y para librarse de ese daño se toca las partes bajas. Los falos encontrados en Pompeya, algunos enormes, sobre las fachadas de las casas, no tenían por objeto, como lo han dicho los idealistas y aficionados á símbolos, glorificar la reproducción, sino sencillamente espantar la mala suerte, el destino contrario, como sucede con el pedazo de herradura que todavía clavan detrás de la puerta en Andalucía. Entrad en la Pescadería de Nápoles inopinadamente, y es muy raro que no veáis á todos los pescadores, á la vista de un extraño, llevar la mano á su sexo, y hasta ponerlo al descubierto para librarse del mal de ojo.

La encantadora piedad napolitana, ingenua é infantil, hace que el socialismo no haya echado raíces entre las clases pobres. El fondo de odio de clases que informa el socialismo no se aviene con la dulzura del clima y la bondad natural de los habitantes. La miseria es mayor quizá que en cualquier parte; la gente adinerada ostenta su lujo y sus trenes en las vías Caracciolo y Toledo, entre dos filas de curiosos del pueblo, que miran encantados el desfile, sin que brote de sus labios ni una palabra de ira ni de violencia. La lucha de clases es cosa desconocida en Nápoles.

Por las mañanas es un encanto vagar por las calles. Cada calle es un taller y un almacén: zapateros, planchadoras, eba-

nistas, torneros, todos trabajan á la vista del público, y en las aceras se ven filas de sillas, catres, cómodas y armarios. A lo mejor aparece un quinteto de ciegos dando un concierto al pueblo, interrumpido por la llegada del vino nuevo: unos tamboriles y una gaita, precediendo á un Mondor, con sombrero de plumas y chaqueta roja, teniendo en una mano largo palo y en otra una bota de vino, que da á probar á los que le rodean; entre ellos hay un enano haciendo muecas y un mozo con todo un altar en la cabeza, con su Madona, sus ramilletes y sus lámparas.

Por todas partes y á todas horas ofrecen las calles escenas curiosas, que á nosotros los españoles no nos sorprenden; pero que chocan muchísimo á los hombres del Norte, distantes de esa raza que empieza, no en Marsella, como dice Montfort, sino en Cádiz, y termina en Ceylán: la raza de los que viven al sol, durmiendo la siesta en los portales, fumando la pipa en calzoncillos, tomando el fresco en las azoteas ó en los balcones, roncando tranquilamente en las aceras. Los tipos de vendedores, aunque molestos y pesados, son originales. Ahí está el famoso *Cavaliere*, viejecillo arruinado, según la leyenda, que tiene que ganarse la vida vendiendo cerillas, «¡inglese, signore, inglese!», y que sirve de mofa á todos los golfos de la plaza de San Fernando; mientras un consumidor lee su periódico, el viejo se acerca cautelosamente, pasa la mano bajo el periódico, coge la taza, la llena de café, saca del bolsillo un terrón de azúcar, y se bebe el líquido silenciosamente; si el consumidor le descubre, el hombre no se inmuta; le mira lastimosamente, aguanta la repasata, y concluye su café, marchándose á otra parte con la cabeza baja.

Luego hay las mil sorpresas del azar: el encuentro con un hombre que lleva sobre la cabeza una palmera de tres metros de alta que toca con sus ramas los balcones de los segundos pisos; el de un coche carcelario, una carreta con un hombre encadenado y un carabinero, seguida por una mujer con el pelo tendido y llorando, que habla con el prisionero; el de una

muchacha bien vestida, con su hijo en brazos, que ofrece sus encantos con la mayor naturalidad, y sin que eso entristezca ni apene, como en París ó en Berlín. Porque se está en Nápoles, y la noche es cálida y hermosa.

IMPRESIONES Y NOTAS

Los curanderos en Francia.—Aunque parezca increíble, en Francia abundan todavía los curanderos, sin que las leyes ni los médicos hayan podido acabar con ellos. Su crédito en los pueblos se halla intacto, y no sólo por economía, sino por mayor confianza en su saber, los aldeanos acuden al curandero mejor que al médico, especialmente para torceduras, luxaciones, roturas y males semejantes. Carlos Géniaux dedica en *La Revue* un artículo á este asunto, dando cuenta de sus observaciones personales y reconociendo que en muchos casos el curandero presta verdaderos servicios, no inferiores á los que pudiera prestar un doctor en Medicina. La industria suele transmitirse de padres á hijos, ya por la práctica misma y la enseñanza directa, ya por medio de recetarios y fórmulas, fruto algunas veces de la experiencia adquirida. Géniaux ha podido hacerse con algunas de estas recetas, y he aquí varias, como muestra de la sencillez de esa farmacopea empírica:

«Las cortaduras se cicatrizan rodeándolas de telarañas. El mismo efecto produce el corcho.

»Las hemorragias de la nariz se contienen poniendo en la nuca hierba de *gouet*.

»Las jaquecas se curan con miga de pan empapada en vinagre y colocada en un vendaje sobre la frente.

»Para la anemia, una infusión de vino blanco de hisopo y mirto, para beber un vaso antes de cada comida.

»Los reumatismos se friccionan con hierba de sapo y verbena machacadas juntas.

»Los ojos tiernos se afirman con el licor obtenido de un caracol abierto con un alfiler sobre las pupilas del enfermo.

»La ictericia se combate con jugo de zanahoria y la leche de burras hace desaparecer la tos ferina de los niños.

»La tisana de menta pimentada se recomienda en caso de asma.

»Los males de oídos se calman con el polvo obtenido de la corteza del fresno.

»Machacad ajo y pimienta en un trozo de muselina de modo que se mezclen bien, y masticad esta preparación si sufrís de la dentadura.»

* * *

¿Ha amado mucho Lamartine?—Al morir Lamartine, se encontraron á docenas de miles las cartas de sus lectores en su chalet del Bosque de Bolonia; más de la mitad de esas cartas eran de mujeres que mendigaban un autógrafo del gran poeta. Lamartine ha sido el poeta de la mujer.

Y aquí ocurre la pregunta: ¿Ha amado mucho Lamartine? Con la cabeza, sí; con el corazón y los sentidos, no. El prosaísmo de los contactos humanos no está hecho para los soñadores de lo perfecto. Se arrojan á las plantas de su ídolo; pero el ídolo descubre sus pies de arcilla, y la ilusión se desvanece y el amor se evapora. Se ha dicho de Lamartine que «era un sultán sin pañuelo»; y otros han pretendido que si hubiera vivido en Atenas en tiempo de Aspasia, habría gozado con ella en forjar rasgos de ingenio, pero sin pensar siquiera en poblar la República del Atica. Estas son exageraciones. Lamartine no ha carecido de pañuelos y ha tirado muchos al resplandor de las arañas; pero cuando se los llevaban de día, no los aceptaba. Lamartine no necesitaba mujeres, sino la mujer: Eva antes de la serpiente, perfecta, divina, sin el menor defecto.

A. P. refiere á este propósito una curiosa anécdota. Estando Lamartine en Saint-Pont y su mujer en Inglaterra, recibe el poeta un día la visita inesperada de una gran señora rusa, que llega en una magnífica berlina tirada por cuatro briosos caballos, precedida de un caballerizo, con dos criados en el

pescante y una doncella de compañía. Era una gran dama en ...*off*, que llegaba expresamente de Moscou para conocer al autor de *El Lago*, una caprichosa que á todo trance quería ver á su autor favorito. ¡Lamartine ó la muerte! Era elegantísima, esbelta, fina, inteligente, deliciosa, ¡manjar de dioses!

La cosa era para halagar al más exigente, y Lamartine gozaba como verdadero sibarita de aquella fiesta que se daba á su amor propio. Se hubiera necesitado ser más ó menos que hombre para no tener un pañuelo que tirar en semejantes circunstancias. Cuando, tras media hora de *contemplación*, la señora quiso marcharse, resultó que los caballos habían sido devueltos á la posta, y que la berlina dormía en la cochera. «¡Cómo! ¿Es posible? ¡Jamás!... ¡Oh; pero no, por Dios! ¡Sería una indiscreción! ¡¡No piensa usted en ello!»—decía la dama con una coquetería deliciosa, desmintiendo con el gesto y con los ojos lo que salía de los labios. «¡Bueno, bien! ¡Sea! ¡Hasta la noche! ¡Me quedaré hasta la noche!»—acabó por decir.—«Por de pronto—exclamó Lamartine,—hasta mañana por la mañana, y después... hasta siempre si usted quiere.»

Y la señora se quedó. Y el día se pasó en escaramuzas encantadoras y en paseos lánguidos. «¡Hum—pensaba la linda rusa—esta hospitalidad va á salirme cara..., cara para mi marido, pues en cuanto á mí... No le enseñaré la cuenta y no sabrá el precio... Y luego que... un poeta no es un hombre, es como una emanación de Dios... Y luego que... ¡en viaje!... Y luego que... ¡en el campo!...»

Lamartine estaba embriagado; aquella mujer se le subía á la cabeza como el champagne. Una hora antes de comer, la dama se eclipsó para arreglarse. El poeta, impaciente, vagaba á la aventura por la casa. Al pasar cerca de la cocina oyó hablar y se detuvo.—¡Papel Fayard, señorita!—decía á la doncella extranjera la señora Luisa, el ama de llaves.—No tenemos aquí; lo siento mucho... ¿Tiene usted juanetes ó algo semejante?— ¡Oh! Yo no, señora, sino mi ama; sufre el martirio; hay días en que no puede calzarse...»

Lamartine baja á la cuadra, manda ensillar un caballo y sale disparado. ¿A Macou, á buscar papel Fayard? ¡Ca! A Charmé, á ver al Conde de Rambuteau, y á quedarse allí á comer y á dormir, no sin antes dejar escrito un billete á la hermosa moscovita diciéndola: «Compadecedme, señora: un enfermo me llama y vuelo á su lado... ¡Ah! ¡El deber! Nunca he comprendido mejor lo que tiene de cruel y de inoportuno. Toda la casa es vuestra. Disponed de ella como de mí mismo.—*Lamartine.*» La rusa comió sola y esperó hasta el día siguiente á medio día. Y como, después de todo, era realmente una gran señora, que podía tirar su toquilla hasta el molino, pero no por encima, dejó en Saint-Pont una propina regia, y se volvió á Moscou, menos culpable de lo que quizá esperaba. Así era Lamartine: el poeta había quitado la venda al enamorado, y Cupido voló desencantado.

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

Págs.

De la leyenda..., por Luciano Taxonera..... 5

Recuerdos, por José Echegaray..... 22

España fuera de España: Ávila, por Paul Lafond..... 33

Carolina Coronado, por José Cascales y Muñoz..... 40

Parnaso internacional: Las caricias de los ojos, de Augusto Augellier.—*Bertila*, de Andrés Fernando Herold..... 65

Los «Anuarios» del Instituto de Estudios Catalanes, por El Conde de Doña-Marina..... 67

El esclavo de su finca (novela), por Selma Lagerlöf..... 75

Las Cortes de la Revolución, por Carlos Cambronero..... 109

La América Moderna, por Vicente Gay..... 139

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 174

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23 NUM. 269.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

MAYO 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LAS CORTES DE LA REVOLUCIÓN

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

El matrimonio civil.—Los maestros de escuela.—Debate sobre la totalidad del proyecto de Constitución.

Parece ser que en algunas localidades se habían celebrado matrimonios civiles, autorizados por las Juntas revolucionarias ó por los alcaldes en representación de aquéllas, y habiendo hecho una pregunta sobre el caso (1) D. Cruz Ochoa, diputado tradicionalista, ó clerical, como diríamos hoy, le contestó Romero Ortiz, ministro de Gracia y Justicia, manifestando que contra esas autoridades anormales no encontraba en el Código penal disposición alguna que les fuera aplicable. Dijo también que el alcalde de una población importante de Galicia había publicado un bando, hacía pocas semanas, disponiendo el establecimiento del matrimonio civil; pero que en el momento en que la autoridad superior de la provincia tuvo conocimiento del hecho, anuló la disposición tomada por el alcalde.

El Gobierno tenía en este asunto un criterio muy radical, pero no quiso tomar ninguna determinación sin el concurso de las Cortes.

***

(1) 31 Marzo 1869.

D. Víctor Balaguer (1) dirigió una excitación al ministro de Fomento (Ruiz Zorrilla), en favor de los maestros de instrucción primaria, reconociendo desde luego las buenas disposiciones que respecto del asunto tenía el interpelado.

«Los maestros de primeras letras—decía Balaguer—son verdaderos sacerdotes; pero también son verdaderos mártires. ¡Gran vocación se necesita, en los tiempos que corremos, para ser maestro, en medio de las grandes penalidades que sufren, en medio de las grandes amarguras que tienen que soportar; y yo confieso francamente que soy el primero en admirar, como puede admirarse á un héroe, al que hoy se dedique á ser maestro de primera enseñanza en los pueblos.

»El cuadro que ofrece el magisterio de primera enseñanza en las actuales circunstancias es tristísimo y desconsolador, á pesar de lo mucho, de lo mucho, de lo mucho, y lo repito tres veces, que ha hecho el señor ministro de Fomento, para realce, para esplendor, para seguridad de esa clase, bajo todos conceptos dignísima; pero los esfuerzos del señor ministro de Fomento tropiezan y se estrellan, como ante una barrera inexpugnable, ante la incuria, por no decir malevolencia, de ciertos pueblos, y ante la ignorancia crasa de ciertos municipios. Yo puedo decir á S. S., por si no lo sabe, y es dato digno de tenerse en cuenta, que en la provincia de Barcelona, por ejemplo, hay dos terceras partes de maestros que no han cobrado aún sus haberes desde el mes de Julio próximo pasado.»

«Voy á presentar—contestó Ruiz Zorrilla,—dentro de pocos días al Congreso, la ley general de instrucción primaria; y da la casualidad de que, en uno de sus artículos, uno de los medios que yo he creído encontrar á la incuria de los Ayuntamientos y á la ignorancia de ciertos pueblos, es precisamente el que me propone el Sr. Balaguer; que los maestros no vuelvan á ser pagados por los municipios, y, si fuera posible, sin hacer ofensa á las otras corporaciones populares que están por

(1) 1.° Abril 1869.

encima de los municipios, pero que tienen ciertos compromisos con ellos, y que no tiene el Estado, yo los llevaría más allá, y haría que fuesen pagados por el Estado mismo. La única cuestión en que yo no soy liberal ni descentralizador, es la cuestión de instrucción primaria: creo que en ella es necesario un período de dictadura, más ó menos largo, si los españoles han de aprender pronto y bien á leer y á escribir.»

***

El proyecto de Constitución de 1869 era esencialmente liberal; pero fué muy combatido por los republicanos, á causa de dos puntos principales que figuraban en ella y definían su carácter: el art. 20, por el que la nación se obligaba á mantener el culto y los ministros de la religión católica, y el 33, en que se establecía la monarquía como forma de gobierno.

Formaron la Comisión para redactar el proyecto: Olózaga, presidente; Ríos y Rosas, D. Joaquín Aguirre, D. Manuel Becerra, Posada Herrera, D. Manuel Silvela, Godínez de Paz, D. Augusto Ulloa, D. Pedro Mata, Vega de Armijo, Martos, Montero Ríos, y, como secretarios, Moret y Romero Girón (1).

Tocó al primero de estos dos señores dar lectura del documento, al finalizar la sesión del 30 de Marzo, y los que conozcan al Sr. Moret ya podrán suponer que la Constitución quedó bien leída.

El 6 de Abril comenzó su discusión, y excusado parece manifestar que en este debate se tocaron asuntos de todo género,

(1) En la Comisión había, como se ve, hombres de tendencias poco afines y hasta contrarias; así es que, según manifestación de Olózaga, presidente de la Comisión, hubo en ella momentos en que la unión estuvo á pique de naufragar; contando aquel ilustre orador el caso de un filósofo á quien encargaron el epitafio de un ciudadano que fué en vida notable por su virtud, y escribió lo siguiente: *Aquí yace uno que tuvo la fortuna de morir un día antes de pecar.* «Yo temí—declaró Olózaga—que el último día mereciésemos anticipadamente ese epitafio.»

y hasta sacóse á relucir la conducta política personal de los individuos del Ministerio, de la Comisión respectiva y de la mayoría, pues la ocasión ofrecía campo adecuado á las disquisiciones de este linaje.

Comenzóse por discutir la totalidad del proyecto, rompiendo la primera lanza en contra Sánchez Ruano, republicano unitario, joven de fácil palabra y de fundada ilustración, pero neófito en las lides parlamentarias; así es que pronunció un discurso de alto vuelo, de ingenua oposición, sin malicia y, por lo tanto, sin resultado práctico. Terminó diciendo que, en vista del espíritu reaccionario que informaba la Constitución, debía el país erigir una estatua al Gobierno, poniendo en el pedestal la siguiente inscripción: «A los eminentes reconstructores del doctrinarismo en la España de 1869, la reacción agradecida.»

Figueras pronunció un discurso de tonos mesurados, pero de franca oposición republicana, y Castelar (1) tomó la palabra para fustigar al Gobierno, por el espíritu reaccionario que había inspirado al proyecto de Constitución, y por la situación anómala en que había puesto á la mayoría de la Cámara, haciéndola declararse monárquica sin tener persona en quien pudiera encarnar sus ideas.

«Y la confusión es mayor—exclamaba,—conforme nos acercamos á la cúspide de la cuestión. El señor ministro de Marina *(Topete)* dice una fórmula que es muy trascendental: *Antes Montpensier que la República;* y el señor ministro de la Gobernación (Sagasta), si no en este sitio, en otro, que es su verdadera tribuna, en *La Iberia* (2), dice: *Antes la República que Montpensier*. Y ¡cosa grave, caso extraordinario! Como quiera que D. Fernando de Coburgo no quiere la corona de España, que tantos le ofrecen, nosotros vamos á tener que abrir nuestras filas, después de habernos visto por espacio de siete meses

(1) 7 Abril.

(2) Periódico dirigido por Sagasta.

impíamente combatidos por el señor ministro de la Gobernación, vamos á tener la dicha de contarle entre nuestros correligionarios.»

Hizo la historia del partido *progresista,* que podríamos llamar *monárquico liberal,* y tuvo para él frases de censura, quizá un tanto apasionadas, olvidando lo mucho que aquellos hombres habían hecho por la libertad en el reinado de Isabel II; y refiriéndose al caso concreto de andar buscando Rey sin encontrarle, decía:

«¿Qué ha sucedido ahora? ¿Qué ha sucedido ayer, señores diputados? Vergüenza da decirlo. Un Coburgo ha dado un bofetón en la mejilla á la nación española. ¡Despreciar la corona de España! ¿Quién se la ha ofrecido? ¿Por qué no se pone un telegrama diciendo: qué tiene V. M. que despreciar una corona que nadie le ha ofrecido? España tiene una corona demasiado grande para una cabeza tan chica. Nosotros somos la nación que engarzó el mar como una esmeralda en sus sandalias y el sol como un diamante en su corona (1).

»En vez de andar por el mundo buscando un amo, y un amo al cual nosotros tenemos que pagarle, busquemos todos aquí, de buena fe, de completa buena fe, lo que todos debemos buscar: la libertad, la prosperidad de la patria, la condenación de todos los desórdenes que puedan enflaquecernos, la energía suficiente para hacer comprender al pueblo, al mismo tiempo que sus derechos, sus deberes; y entonces no necesitaremos de ningún amo que nos guarde nuestra patria, que harto sabe

(1) Lo de la renuncia de D. Fernando de Coburgo era cierto. El 17 de Abril, dijo Lorenzana, ministro de Estado, que aquel señor había escrito una carta al Conde de Alte, representante de Portugal en Madrid, con el encargo de presentarla al Presidente del Poder Ejecutivo. En aquella carta, al mismo tiempo que reiteraba el firme propósito de no aceptar la corona de España, en el caso de que se le ofreciera, daba sus excusas por la ligereza que había cometido. El Gobierno le había hecho, bajo cuerda, la proposición, y el buen hombre lo publicó para darse esta satisfacción ante Europa. Nuestros ministros fueron los que quedaron en ridículo.

guardarse á sí misma la noble nación española. ¡Ah! Por eso decía yo que lo más conservador en estos momentos, lo que más conduce á que todas las fuerzas de la Revolución sean provechosas, á que se salve esta situación, es no malgastar nuestras fuerzas buscando Rey, y aliarnos todos para ver si hay una manera de fundar la libertad y la dignidad de la patria.

.....

»Los *enciclopedistas* murieron creyendo que sus ideas no iban á atravesar la masa de ignorancia del pueblo, y al mismo tiempo, Pío VII iba á Viena, y con las leyes josefinas y el regalismo, le mostraba al Rey de Austria la Revolución francesa antes que apareciera levantándose por el horizonte. Todo lo que sucedió aquí ha sido también previsto por un hombre extraordinario, á quien yo puedo admirar, tanto más, cuanto que jamás he participado de ninguna de sus ideas: hablo del ilustre marqués de Valdegamas (1).

»Pues bien; él decía estas proféticas palabras: Hoy, para los Reyes, todos los caminos conducen á la perdición; unos se pierden por resistir, otros se pierden por ceder; donde el talento ha de ser causa de ruina, allí pone Dios un príncipe sabio, y donde la debilidad ha de ser causa de ruina, allí pone Dios príncipes débiles. Para salvar las viejas instituciones, no hay un hombre eminente en toda Europa; y si le hay, Dios disuelve para él, con su dedo inmortal, un poco de veneno en los aires.

»Más tarde, en otro elocuentísimo discurso decía: El destino de la casa de Borbón era fomentar las revoluciones y morir á sus manos. Y en aquel momento sonó una carcajada; y entonces, volviéndose al banco azul, que ocupaban los Sres. Narváez y Sartorius, les dijo: Ministros de Isabel II, librad, si podéis, á vuestra Reina y á mi Reina, del anatema que pesa sobre su raza. Y entonces se rieron más los ministros; soltaron más la carcajada los progresistas, y ellos no sabían que eran los en-

(1) Donoso Cortés.

cargados de cumplir el anatema, como acaso son hoy los demócratas que se han ido de nuestro lado, los encargados de fundar aquí, quieran ó no quieran, la República.»

Olózaga, que había sido muy querido del pueblo durante los últimos años del reinado de Isabel II, se dedicó á hacer propaganda monárquica, coadyuvando al propósito de Prim, y perdió por esto su popularidad. Castelar contaba el caso del modo siguiente:

«El Sr. Olózaga, el primero, sin ofender á nadie, de nuestros oradores parlamentarios; el Sr. Olózaga, jefe civil del partido progresista, se vió derrotado en casi todos los colegios electorales. Madrid no le quiso; á Barcelona mandó un parte el general Prim pidiendo que le pusieran en candidatura, pues no se habían acordado de su nombre; en Manresa fué vencido por Robert y por Joaristi; en Valencia fué derrotado por Cervera, por Sorní y por Orense; y todos los distritos le arrojaron, siendo necesario que el general Espartero le abriera sus brazos y le condujera por los campos de Logroño.

«Hubo más: el Gobierno provisional llamó al Sr. Olózaga precipitadamente para que viniera aquí á ocupar esa especie de trono oriental que se llama la Presidencia de la Cámara popular. ¿Y qué le sucedió al Sr. Olózaga? Que llegó á Valladolid, y se encontró que otro hombre público (1), con no menos méritos, con no menos historia, con no menos altas cualidades, ocupaba ya ese puesto.»

Analizando los derechos individuales determinados en el proyecto de Constitución, exclamaba:

«Los derechos individuales, ó no son nada ó son algo. Si no son nada, no los defendáis; decid que es un magnífico frontispicio que habéis puesto á vuestra Constitución, pero que dentro no hay nada. Si son algo, si representan algo, si significan algo, yo tengo derecho á discutir al Rey, á criticar al Rey; yo tengo derecho á fundar una asociación republicana;

(1) D. Nicolás María Rivero.

yo tengo derecho á celebrar todos los días, á todas horas, menos por la noche, según vuestra Constitución, reuniones al aire libre ó en techado, y en esas reuniones yo quiero, yo puedo, yo debo seguir propagando la reforma republicana. ¿Y queréis que el Rey venga tranquilo, cuando el día que éntre por una de esas puertas, otros salgan por otra, y se oiga un grito que estalle como una bomba y que diga: viva la República? Los derechos individuales son incompatibles con la Monarquía. Si vosotros, demócratas, lo sabíais, ¿por qué habéis adoptado la Monarquía? Si vosotros, conservadores, lo sabéis, ¿por qué aceptáis los derechos individuales? La verdad es que aquí hay algo secreto; la verdad es que esa Constitución la habéis hecho todos con el propósito de violarla todos.»

Habló extensamente sobre el tema de la separación de la Iglesia y el Estado, haciendo á grandes rasgos la historia de la influencia del catolicismo en España, al que dirigió acervos y atrevidos ataques.

Le contestó Moret con un notable discurso, que causó grata impresión en todos por la elocuencia que descubría y por la cordura que revelaba en el joven orador. Confesó que la Comisión había llamado á los prelados de la Cámara para conocer su opinión, considerando que representaban una vasta asociación que tenía grande y poderosa influencia en la vida social.

Dejó traslucir, sin declararlo abiertamente, sus simpatías por el servicio militar obligatorio.

«Cuando se trata—decía— de constituirse como pueblo libre, es necesario, antes que todo, hacer comprender al pueblo y enseñarle que el hombre ha de ser varonil, que no tiene la libertad sin sacrificio, que si tenemos Gobierno representativo, es porque una generación entera derramó su sangre y sacrificó su fortuna en las provincias del Norte; y es preciso hacerle comprender también, que en una revolución que arrojó una dinastía, es preciso pagar los empréstitos, sacar contribu-

ciones y tener soldados para conservar el orden y mantener la libertad. Desde el instante en que pongáis en práctica la doctrina de que el ejército simplemente se ha de mantener de voluntarios, habéis sentado un principio, el más peligroso, habéis creado un ejército al servicio de las clases acomodadas. ¡Ay, señores, de la libertad, y ay de vosotros!, porque habréis enseñado que la fuerza armada está á disposición del que la paga.

Si la quinta os ofende, como á mí, quitad la desigualdad, creando un ejército completo y reduciendo el número del ejército permanente; veamos el modo de garantizar la seguridad y la libertad con un ejército nacional.»

Dijo que la Constitución era una transacción entre los conservadores y los demócratas; aquéllos habían cedido los derechos individuales y éstos la Monarquía. ¿Qué importa la forma de Gobierno?, exclamaba. «Arrojad fuera de la Constitución á las clases conservadoras, y veréis qué pronto se levanta su protesta, y cuán pronto también cae muerta la Constitución; arrojad de ella á las clases populares, y veréis cómo protestan, y cuán pronto muere la Constitución. No hagáis siquiera esto: excluid nada más que un elemento cualquiera, por ejemplo, las condiciones religiosas de un pueblo, ó sus condiciones científicas, ó sus condiciones económicas, y veréis cuán pronto es derribada la Constitución. Es preciso, señores, que en ella exista todo lo esencial, y nada más que lo esencial, para que puedan gobernar con ella todos, para que no haya nadie que deje de aceptarla.»

Esto no pasaba de ser un buen deseo de D. Segismundo, porque ni la aceptaban los republicanos ni los conservadores, como el mismo día (1) manifestó D. Antonio Cánovas del Castillo.

El discurso de éste fué un modelo de habilidad y de oratoria parlamentaria; no quería aparecer como reaccionario, pero

(1) 8 Abril.

sí atacar al Gobierno en el concepto, exagerado, á su juicio, que había formado de los derechos individuales, respetando el régimen monárquico que se consignaba en la Constitución, al que se adhirió francamente.

Recordó que dos años antes había censurado desde los bancos de la izquierda al partido moderado, por sus tendencias autoritarias, prediciendo los acontecimientos que se sucedieron después.

Emitió opiniones muy sensatas. «Una Constitución—decía—es, y no puede menos de ser, una obra de composición y de combinación producida por lo que se llama el arte del Estado. Por debajo de la ciencia, por debajo del espíritu general, por debajo de las aspiraciones, no bien definidas, de toda sociedad moderna, por debajo de las ideas primordiales y esenciales de las sociedades todas, por debajo, en fin, de la ciencia política, hay un arte, como, por lo común, lo hay debajo de toda ciencia. Hay siempre que aplicar los principios más ciertos en la medida, en la reforma, en los intereses que las necesidades, que las preocupaciones mismas de un país exigen. Esto es muy otra cosa que la ciencia política, esto es lo que se llama el arte del Estado.»

Combatió el sufragio universal, y se declaró partidario de la unidad religiosa, pero sin intransigencias, declarando que «el tiempo de toda presión material había pasado para siempre». En el último párrafo de su discurso hubo de manifestar que él, por encima de todo, había sido, era y no podía dejar de ser liberal.

Este discurso tiene gran importancia, porque en él se define el criterio político de Cánovas en aquella época, criterio que se ajusta perfectamente al sistema de gobierno que desarrolló cuando fué presidente del Consejo de Ministros en tiempo de Alfonso XII.

Resquemores.—Manterola y Castelar.—Un tropiezo de D. Manuel Becerra.—El obispo Monescillo.

Los hombres políticos de ideas más afines suelen ser, á veces, los que se tratan con más desconsideración. Había dicho Cánovas que el proyecto de Constitución «desprestigiaba altas instituciones que había que respetar, y que elevarle á ley era elevar á ley la anarquía». Llamó al proyecto «obra infeliz», y esta frase, junta con las anteriores, molestó á Ríos y Rosas, que era de suyo suspicaz; así es que, en cuanto encontró ocasión, dirigió una puyita á su antiguo correligionario, quien á su vez se dió por ofendido, pidiendo, con exquisita delicadeza, una explicación de las frases pronunciadas por Ríos y Rosas. Este aclaró el concepto de lo que había dicho; Cánovas hizo lo propio con el alcance de cuanto había manifestado, y el incidente se solucionó á satisfacción de ambos, sin ulteriores consecuencias. Cosas más graves habían dicho Figueras y Castelar á los señores de la Comisión, y éstos no se dieron por resentidos; pero las apreciaciones de Cánovas habían hecho mella en el ánimo de los antiguos *unionistas*, compañeros antes del que ahora les recriminaba.

* * *

Un verdadero pugilato intelectual sostuvieron (1) Manterola y Castelar al discutir la cuestión religiosa. Era el presbítero Manterola hombre de fácil y correcta palabra, de vasta ilustración y de claro talento; hablaba con naturalidad y sencillez, huyendo de los tonos melodramáticos; ayudado por su buena memoria, citaba fechas y nombres sin titubear; acudía á las figuras retóricas, á las imágenes, á las metáforas, en contadas ocasiones; y no se dejaba dominar por la vehemencia,

(1) 12 Abril.

sino en aquellos párrafos que producían seguramente impresión en el auditorio.

Castelar era todo acometividad y valentía, creciéndose ante la impasible serenidad de su adversario. Uno y otro acudieron á la Historia, á la Teología, á la Metafísica, buscando, con instinto de erudito polemista, argumentos ingeniosos para atacar ó defenderse; de suerte que, si quisiésemos citar los párrafos más notables de ambos discursos, fuera preciso transcribir los discursos íntegros. La expectación de la Cámara era grande, los diputados y el público de las tribunas guardaban un religioso silencio; los dos oradores conmovían con sus arranques; solamente los señores de la Comisión permanecían indecisos sin saber á qué carta quedarse.

Tuvo Manterola en su discurso momentos de fino humorismo. Citaremos uno que fué muy comentado.

«El Sr. Castelar nos dijo haber estado en Roma, y yo, francamente, señores, creo que el Sr. Castelar nunca ha estado en Roma.»

«El año pasado por ahora»—interrumpió el aludido.

«Digo, Sr. Castelar—añadió Manterola,—y lo digo con profundo respeto y hasta con cariñosa expresión...

«Ruego á S. S.—exclamó el Presidente (1)—que se dirija á la Cámara.

«Digo, pues, á la Cámara, que no creo yo que el Sr. Castelar haya estado nunca en Roma. El Sr. Castelar fué á Roma: el Sr. Castelar debió dormir en Roma, porque se duerme en todas partes, y es necesario dormir; y el Sr. Castelar ha vuelto de Roma á España sin haber estado en Roma. La inteligencia fecunda del Sr. Castelar, la imaginación brillante del Sr. Castelar, el corazón generoso del Sr. Castelar, nunca han estado en Roma; al decirlo, honro cual se merece el Sr. Castelar. Estuvo en Roma, ¿y qué vió en la ciudad de los milagros?

(1) Rivero.

Un convento de frailes y un cuerpo de guardia. ¡Y diréis que el Sr. Castelar ha estado en Roma!

»El Sr. Castelar estuvo en Roma. ¿Cuáles fueron las ideas que cruzaron por la frente del Sr. Castelar, cuáles los sentimientos que embargaron el corazón sublime y generoso del Sr. Castelar? No vió, señores, más que los dioses caídos y las ideas muertas.»

«Sí—contestó Castelar en su rectificación; —he estado en Roma, he visto sus ruinas, he contemplado sus 300 cúpulas, he asistido á las ceremonias de la Semana Santa, he mirado las grandes Sibilas de Miguel Angel, que parecen repetir, no ya bendiciones, sino eternas maldiciones sobre aquella ciudad; he visto la puesta del sol tras la basílica de San Pedro; me he arrobado en el éxtasis que inspiran las artes con su eterna irradiación; he querido encontrar en sus cenizas un átomo de fe religiosa, y sólo he encontrado el desengaño y la duda.»

La rectificación de Castelar fué uno de los discursos más impirados que pronunció en el Parlamento, mereciéndole frenéticos y prolongados aplausos.

Lo avanzado de la hora hizo que el Presidente levantase la sesión al pronunciar Castelar las últimas palabras de su discurso, y con este motivo muchos diputados rodearon el escaño donde se hallaba el orador, y le prodigaron durante largo rato calurosas demostraciones de felicitación.

***

No tenía D. Manuel Becerra lo que pudiéramos llamar picardía parlamentaria, y á veces se le escapaban ingenuamente palabras que causaban, sin necesidad ni objeto, una mortificación personal.

«Cuando nosotros—decía una vez (1)—estábamos emigrados, cuando habíamos dejado el seno de la patria, abandonan-

(1) 13 Abril.

do las personas más queridas y nuestros intereses, había algunos de los que hoy se sientan entre nosotros (1) que felicitaban á Isabel II. Y no lo digo esto ahora por haceros un cargo.

Varios diputados.—Que los cite.

Becerra.—¿Queréis que cite nombres? ¿Lo exigís?

Varios diputados de la minoría.—Sí, sí.

Otros diputados de la mayoría.—No, no.

Becerra.—Pues no tendré más que leer algunos documentos que tengo á la vista.

Voces.—No, no.

Becerra.—He dicho y repito que tengo documentos á la vista que justifican mi aserción; pero no os digo eso por dirigiros un cargo, una censura, no. Lo digo por sentar los hechos, para que se sepa que mientras el Sr. General Pierrad, con un grupo de hombres pasaba la frontera, por defender la libertad; que mientras el General Contreras hacía lo mismo; que mientras mi amigo el Sr. D. Luis Blanc iba atado por las calles de Madrid como si fuera un malhechor, también por causa de la libertad; que mientras los Sres. Sorní y Castelar se hallaban el primero preso, y el segundo, emigrado, al par que sentenciado á muerte, había algunos de los que hoy se sientan en los bancos de enfrente que felicitaban á Isabel II.

Varios Diputados de la minoría: Que los nombre.

Becerra.—Buscad vosotros los nombres de las personas á quienes me refiero, que vosotros tenéis obligación de saberlos.

Y comprendiendo el orador que el incidente podría perjudicar á algunos individuos de la mayoría y aun del mismo Gobierno, viró en redondo y pasó á hablar de otro asunto.

A la revolución habían contribuído eficazmente, con su espíritu y con sus personas, los hombres del partido llamado de la *Unión liberal*, incluso el presidente del Ministerio, don Francisco Serrano, que había puesto su espada al servicio de

(1) Los republicanos.

la Reina en las calles de Madrid, dos años antes, contra los sublevados que capitaneaba el General Pierrad; así es, que la alusión de Becerra se convertía en arma de dos filos: uno que hería á los contrarios y otro á sus compañeros de comisión.

Aunque Becerra se había referido en su censura al levantamiento del 22 de Junio de 1866, Figueras quiso limpiarse de toda mancha de monarquismo, y trajo á colación un caso de 1852.

«En aquel tiempo—dijo,—un desdichado (1) atentó contra la vida de D.ª Isabel de Borbón, entonces D.ª Isabel II, y yo, como diputado, envié una comunicación al presidente del Congreso, felicitándole de que no hubiera caído D.ª Isabel de Borbón bajo el puñal del asesino. De esto no me justifico yo; me aplaudo: no he tenido nunca la misión, y advierto que no hay en esto sentimentalismo, de alegrarme de que se asesine á los reyes: he tenido, sí, la misión de alegrarme de que se derriben monarquías y de contribuir á ello todo cuanto me sea posible.»

Figueras era un revolucionario algo romántico, á estilo de Lamartine, y esto le honra.

La alusión de Becerra se dirigía contra D. Eduardo Benot; pero éste demostró (2) que el documento que se le había atribuído de adhesión á la reina Isabel en 1867 era apócrifo.

El incidente promovido por Becerra no pasó á mayores, porque todos tenían interés en echar tierra al asunto; pero la cosa pudo proporcionar un disgusto á los individuos del Gobierno.

* * *

El obispo Monescillo era un santo varón, que, sin arrogancia ni desplantes oratorios, consiguió repetidas veces conmover el sentimiento de la Cámara defendiendo la unidad católica.

(1) El cura Merino.
(2) En 14 de Abril.

«La libertad de cultos y la de enseñanza—decía,—¿no os asustan? Ved por qué considero ésta peligrosísima y esencialmente mala. ¿Por ventura, hay alguno de vosotros que en materia de enseñanza aceptara de corazón que se enseñase el error y el mal, y que se mostraran imágenes impúdicas á la vista de todos? No, ninguno de vosotros.

»Sé que hasta cierto punto y en alguna manera está previsto esto en el artículo mismo de la Constitución, cuando se dice que no habrá más limitaciones que aquellas que prescriben las reglas universales de la moral y del derecho. Y bien, señores: la moral universal es una palabra magnífica, grande, y que si me atreviera la llamaría de una severidad majestuosa; porque veo la moral universal en todas partes, es decir, que nos obliga á todos, que penetra en lo íntimo de las fibras de nuestro corazón, que está en la rectitud de nuestros entendimientos, que está señalándonos el camino por donde debemos ir, como si dijéramos, la moral universal es la que todo lo rige y gobierna.

»Y pregunto yo: ¿quién declara qué es la moral universal, hasta dónde llega y á cuánto obliga? Permitidme que recuerde un hecho ocurrido entre nosotros, un hecho que anteayer ha pasado en esta Cámara (1).

»Recordáis que dos amigos míos, muy queridos, los señores Ríos Rosas y Cánovas, no entendieron, el uno respecto del otro, ciertas palabras que explicaron como caballeros y cristianos, y hubo un diálogo que duró algunos minutos. ¿En qué consistía que el Sr. Ríos Rosas y el Sr. Cánovas, siendo hombres de tan privilegiado talento, que tienen tan buen juicio y sana intención, y que querían entenderse, no acertaban, sin embargo, á comprenderse? Señores, es que no comprendieron el uno respecto del otro el límite de esa moral, es que no pudieron aplicar esa moral. Se trataba de dos personas que tenían un interés particular en entenderse y no pudieron comprender,

(1) Monescillo hablaba en 14 de abril.

hasta después de grandes explicaciones, cuál era la moral y la regla que debían seguir en aquella determinada circunstancia.»

.....

«Por este sistema estaréis creando el derecho á cada instante, y cada uno creerá su derecho (permítaseme lo familiar de la frase) para uso particular: Por manera que no podemos dejar este criterio del derecho y de la moral universal; no podemos dejar la limitación de los derechos del hombre y esa idea vaga del derecho: es necesario que preexista la idea de la justicia; es necesario que haya un punto inamovible con el cual se conformen todas las acciones humanas. ¿Para qué apelar á la moral universal teniendo la moral católica? ¿Qué necesidad tenemos de andar como peregrinos buscando lo que no hemos de encontrar, cuando tenemos en casa la moral positiva, la que forma nuestra vida, la que nos hace hermanos?»

Censuró la expulsión de los jesuítas, la reducción de conventos y la suspensión del pago de los seminarios conciliares.

Tuvo también un golpe humorístico casi al final de su discurso.

«Y yo que no tengo miedo—dijo—á la palabra reacción ¿por qué he de creer que vosotros le tenéis? Pues que, ¿no puede haber una reacción de libertad contra una tiranía? Y en este caso, ¿renegaríais de la reacción? La sociedad está enferma y perturbada, y para recobrar la salud debe rehacerse. Cuando el médico visita al enfermo no dice al mal: ¡avanza, avanza, avanza!, sino que para consolar al enfermo, le dice: ya vendrá la reacción.

La frase hizo reir, pero produjo sensación en la Cámara.

En resumen: el discurso de Monescillo, sin alardes de erudición ni atrevimientos, resultaba inferior al de Manterola, y, sin embargo, rodeó á su autor de un plácido ambiente de simpatía.

Montero Ríos hizo un buen resumen del debate, y quedó terminada la discusión de la totalidad del proyecto de Constitución, el 14 de Abril, á las seis y media de su tarde.

El preámbulo de la Constitución.—Cuba.—D. Cruz Ochoa.—Las ideas conservadoras de Romero Robledo.

El 15 de Abril comenzó la discusión por artículos del proyecto de Constitución, siendo Palanca el primero que habló en aquel debate. Dijo que el preámbulo de una Constitución, si las Constituciones debían tener preámbulos, tenía que ser la exposición de los fines que aquélla se proponía; pero exposición breve y sumaria, sin descender á detalles; que así lo había hecho la Comisión, con buen acierto, redactando un preámbulo tan semejante al de la Constitución de los Estados Unidos, que parecía traducido de aquél.

Como las indicaciones que hiciera Palanca se referían puramente á la forma, Moret, en nombre de la Comisión, las aceptó, quedando redactado el preámbulo con algunas modificaciones que no afectaban al fondo.

Decía el artículo primero del proyecto:

«Son españoles: todas las personas nacidas en los dominios de España»; y Jimeno Agiús pidió que se substituyese la última frase con la de *territorio español*, pues aquélla no guardaba armonía con las ideas de la Revolución. «Nosotros no vemos—decía—en los habitantes de aquellas apartadas regiones *(las provincias de Ultramar)* pueblos conquistados, sino pueblos hermanos; nosotros no somos sus señores, sino simplemente sus conciudadanos, lo cual nos honra también mucho más, seguramente.»

La Comisión aceptó la enmienda; pero el diputado Cecilio Ramón Soriano pidió más: pidió que después de la palabra «España» se añadieran las siguientes: «sin distinción de raza, ni color».

«La enmienda—decía Soriano—no se refiere á los esclavos que no tienen personalidad; luego que se discuta la abolición de la esclavitud, veremos hasta dónde se extienden los derechos políticos y civiles de los libertos. La enmienda se refiere

á los *hombres libres,* á los que nazcan de *madre libre;* pero téngase entendido que en Cuba hay una gran masa de población de color, que tiene, como decían los generales Dulce y Serrano, la noble aspiración de elevarse y considerarse como españoles, y no debemos volverles las espaldas en estos momentos.

»En esa gran clase hay hombres de mucha inteligencia, como *Plácido;* de grandes virtudes, como el *Padre Jiménez;* tienen influencia en los de su clase, y si los rechazáramos se irían á nuestros enemigos, *que los llaman,* diciéndoles que nada tienen que esperar de España, cuando, después de seis meses, ni una frase se ha dicho allí en favor de su raza maldita.

»En las Antillas hay que hacer *información de limpieza* de sangre para cualquier carrera, y aun para entrar en los Institutos. Esto da lugar á la humillación del que pide á los amigos que *juren que en su familia no ha habido negros,* y da lugar también al perjurio de los que juran en contra de la verdad.

»La enmienda tiende á quitar esa barrera. Si no se toma en consideración, si no tendemos una mano amiga á la clase libre de color en Cuba, que sigue paso á paso nuestra Revolución, se echará en brazos de los revolucionarios, que día tras día los llaman, recordándoles su triste situación, y ofreciéndoles completa igualdad en ellos, y, por consiguiente, una nacionalidad de que carecen hoy.»

Abundando en las mismas ideas, Fernando Garrido pidió que la palabra *personas* del artículo primero citado se cambiase en *individuos,* variación que traía envuelta la abolición de la esclavitud, pues los esclavos, jurídicamente considerados, no son personas, sino cosas.

La Comisión no quiso aceptar la enmienda, por la gravedad que en el fondo contenía, y contestó Moret, manifestando que la cuestión de la abolición de la esclavitud se dejaba para cuando vinieran á las Cortes los diputados de Cuba y Puerto Rico.

—Pero ¿quiénes vendrán?—contestó Garrido;—los dueños de los esclavos; no vendrán los negros. Nosotros no podemos aguardar á eso, sino que debemos seguir el ejemplo de Francia, en 1848, que emancipó á los esclavos de la Martinica y de Guadalupe.

Picado Moret por algunas reticencias que empleó Garrido hábilmente en su discurso, exclamó con valentía:

—Vendrán los diputados *(de Ultramar);* podrán venir sólo los representantes de las ideas esclavistas; podrán venir sólo dueños de negros; lo que importa es que vengan, y cuando ellos sostengan la esclavitud, no importa que no vengan representantes cubanos de la idea liberal, que sí vendrán; para contestarles estarán aquí los individuos de la mayoría, estarán aquí los individuos de la minoría, estará aquí mi humilde palabra, que, aunque humilde, será grande y generosa cuando trate de atacar la esclavitud y de defender la libertad del hombre.

La abolición de la esclavitud en Cuba era una cuestión de gran trascendencia que necesitaba sosegado estudio; pero la Revolución debió abordarla desde los primeros momentos, y dedicar atención preferente á los asuntos de Cuba y Puerto Rico. Por las palabras de Moret se vislumbra que el Gobierno revolucionario tenía reparo, como lo tuvieron los ministros de Isabel II, de introducir reformas en las Antillas.

Más sobre Cuba.

El diputado D. Pedro Antonio Alarcón llamó la atención sobre el estado de la insurrección de Cuba, indicando la conveniencia de reforzar la escuadra que existía en la isla para impedir la entrada de socorros que una nación próxima (1) enviaba frecuentemente á los insurrectos.

Topete (2) contestó que el Ministerio estaba prevenido; que desde que se formó el Gobierno provisional se habían enviado

(1) Los Estados Unidos.
(2) Ministro de Marina.

á Cuba nueve buques de guerra, sobre los veintiuno que allí había; pero que, por falta de tripulación, no se podían enviar más, y que para solucionar esta cuestión, en expectativa de lo que pudiera ocurrir, iba á ser preciso hacer una convocatoria de 5 ó 6.000 hombres de marinería.

Topete lo quiso disimular, pero dejó entrever el temor del Gobierno á que la insurrección de Cuba, protegida por los Estados Unidos, tomase grandes proporciones, como sucedió.

Aquella misma tarde (1), el citado Alarcón, D. Enrique O'Donnell, Romero Robledo, D. Augusto Ulloa y el General López Domínguez, presentaron una proposición, fundada en las palabras que había pronunciado Topete, autorizando al ministro de Marina para hacer la convocatoria de marinería que, con arreglo á las leyes, considerase necesaria. La forma incorrecta que se buscó para arrancar por sorpresa á la Cámara una autorización, produjo la natural irascibilidad de los republicanos, quienes, por boca de Orense, de Fernando Garrido y de García López, sostuvieron una empeñada oposición contra la llamada proposición incidental. Alarcón, López Domínguez y el Marqués de Sardoal hicieron supremos esfuerzos por defender al Gobierno, consiguiendo, finalmente, una votación favorable, no sin que Serrano dejara de terciar en el debate, pronunciando un discurso improvisado de mucha oportunidad.

Resumen: la cuestión de Cuba fué un grano que le había salido al Gobierno.

* * *

Cruz Ochoa era un diputado tradicionalista que, por su desenfado, logró hacerse célebre en aquellos días, dentro y fuera de la Cámara. Discutióse el artículo 6.° del proyecto de Constitución, por el cual ningún español podía ser compelido á mudar de domicilio ó de residencia sino en virtud de sentencia ejecutoria, y Ochoa pidió la palabra para apoyarle,

(1) 17 de Abril.

diciendo, de camino, cuatro frescas á los diputados de la mayoría. Aunque resentido de salud, iba aquella tarde dispuesto á promover algún incidente ruidoso, como lo consiguió en el primer párrafo de su discurso, dejando escapar la frase de que «aquí se están representando dos comedias indignas». No había acabado de pronunciarlas, cuando se levantó de pronto un rumor de protesta en el salón; el Presidente (1) agitó la campanilla, pidiendo al diputado que explicase sus palabras, y Prim suplicó al Presidente que permitiera al orador concluir la frase. Al ver Ochoa que la Asamblea unánime se le venía encima y que Prim pretendía recoger el reto, retiró las palabras, pronunciadas en *el calor de la peroración*, y que habían desencadenado una tormenta en la Cámara.

D. Cruz se declaró abiertamente carlista, diciendo: «Yo soy carlista, y lo he sido siempre, y pienso serlo en lo sucesivo, y Don Carlos VII de Borbón y de Este, á quien... no quiero hablar de este punto.» Y no se atrevió á terminar la frase, á pesar de que muchos diputados gritaron desde sus escaños: «Que hable, que hable.» Luego añadió: «Siendo carlista, creo que no soy absolutista, sino liberal, verdadero liberal.» Estas palabras fueron acogidas con risas y murmullos. «Liberal—prosiguió diciendo,—verdadero liberal, que quiere la libertad para el bien y para la verdad, sin limitación de ninguna clase, y la represión completa para el mal y para el error, también sin limitación de ninguna clase.»

A Prim le disgustaron lo que podríamos llamar espontaneidades de Ochoa, y en un discurso cortito, pero lleno de energía, intercaló los párrafos siguientes:

«Los carlistas, cuando les conviene, se escudan con la libertad, acogiéndose á las inmunidades de la prensa y la tribuna, para atacar y hacer todo el daño que pueden á esta misma libertad que les protege. ¿Sabe el Sr. Ochoa cuál era mi opinión cuando empezó la Revolución? Lo digo aquí como diputa-

(1) Moncasi, á la sazón.

do, no como ministro, por más que no parezca propio de un hombre de Estado; pues mi opinión era que no se hubiera dejado hablar una palabra á los carlistas hasta que el país se hubiera constituído, hasta que hubiéramos tenido una legalidad común. Y tanto es un abuso de la libertad lo que hacen esos señores, que yo no sé hasta qué punto tiene derecho un diputado para venir aquí diciendo que es diputado carlista y hablando de Carlos VII, olvidando que fué condenado y proscripto por una ley del reino.

»Cuando haya una legalidad común, entonces será cuando se les permita expresar sus ideas, cualesquiera que ellas sean, y los diputados, en uso de su inmunidad, podrán decir que son diputados carlistas.»

Ochoa contestó que estaba en el Congreso como diputado carlista, con el mismo derecho que los que proclamaban las candidaturas del duque de Montpensier, de D. Fernando de Coburgo ó del duque de Aosta. «Los carlistas—añadió—pueden hacer lo que habéis hecho vosotros el 22 de Junio de 1866, y no sé qué día de Enero (1) del mismo año.»

....

«Decía el señor ministro de Fomento (2) que los carlistas fueron los inspiradores de la política que Doña Isabel de Borbón siguió con los liberales. Más ha dicho S. S.: que son los que persiguieron á los liberales. Yo no lo sé; pero me parece que en ese caso puede quejarse también de los individuos que están á su espalda (3), con quienes hoy vive en dulce consorcio, y con quienes aquellos carlistas, cuya persecución yo deploro y detesto, habían también vivido en otro tiempo.»

Molestado Ochoa por la contestación enérgica que le había dado Prim, quiso devolverle el palmetazo, y contó, en el discurso de rectificaciones, que el General Ortega, al tiempo de

(1) El 2. Se sublevó Prim con los húsares de Calatrava y Bailén.

(2) Ruiz Zorrilla.

(3) Los antiguos amigos del General O'Donnell.

morir (1), dijo que con él había comprometidas once fajas del ejército, y—añadió por su cuenta—«sé que amigos de la situación actual podrían dar mejor cuenta que los carlistas de la conspiración que abortó en San Carlos de la Rápita.»

Prim protestó del aserto; negó resueltamente, no sólo que se hallasen comprometidos Generales en aquella sublevación, sino que Ortega lo refiriese en sus últimos momentos, y terminó diciendo á Ochoa que estaba equivocado. Este contestó que lo había leído en los periódicos, y dió sus excusas al ministro de la Guerra. *Et rien de plus.*

***

Romero Robledo se presentó desde los primeros momentos con tendencias conservadoras, porque en 21 de Abril ya hizo declaraciones contra el sufragio universal.

«Yo quiero dar la voz de alerta á la mayoría; yo quisiera prevenirla contra una residencia á que se ha querido impulsar á esta Asamblea; se quieren suprimir las quintas; se quiere suprimir todo género de impuestos indirectos y que todo caiga sobre el propietario. En resumen, aquí no quedaría más que una clase privilegiada. Yo no me atrevería á usar la frase, y por eso la voy á tomar de un escritor que lleva la bandera del partido radical individualista, de Laboulaye. ¿Os parece bien? Pues ese asienta que eso es crear el privilegio de la miseria.

»No me espanta oir llamarme reaccionario; soy reaccionario con Stuart Mill, con Ahrens, con Laboulaye, Tocqueville y Jefferson, cuya autoridad no he citado hasta ahora, el apóstol de la democracia, con ese que dice que es preciso prevenirse contra las usurpaciones y la tiranía de la mayoría de los Estados Unidos. Tocqueville dice que el pueblo donde hay menos

(1) Se había sublevado en San Carlos de la Rápita, el año 1859, para proclamar al pretendiente D. Carlos, mientras el Ejército combatía en Africa.

garantía para el ciudadano es los Estados Unidos. La razón es muy sencilla. Se comete una injusticia con un individuo ó con un partido: ¿á quién se apela? A la opinión. La forma la mayoría. ¿Al poder legislativo? Obedece á la mayoría. ¿Al poder ejecutivo? Es instrumento pasivo de la mayoría. ¿A la fuerza pública? La forma la mayoría. ¿Al Jurado? Lo elige la mayoría. No, no; yo quiero, en vez de esa mayoría tiránica, sin responsabilidad ni freno, el derecho del Estado, la justicia en todas partes, la protección de todas las opiniones, la defensa de los menos, la libertad para todos.»

Cánovas del Castillo, que estaba presente, oiría con gusto estas manifestaciones espontáneas de Romero Robledo, y quizá concibiese entonces el proyecto de contar en su día, para formar un partido político conservador, con la actividad, el talento y la agudeza de aquel joven revolucionario.

Durante el debate, tuvo Romero Robledo una cogida, de la que no pudo reponerse á pesar de su ingenio y de su gran facilidad de palabra.

Al ver que atacaba al sufragio universal, díjole Romero Girón que desde el día 3 de Octubre del año anterior había cambiado de parecer, pues con la fecha indicada había aparecido en la *Gaceta* una alocución á los españoles, documento solemne que terminaba dando, entre otros, *un viva al sufragio universal;* y como al pie figurase la firma de Romero Robledo, unida á las de los demás señores de la Junta revolucionaria, era evidente que en aquellos momentos aceptaba y proclamaba como una de las conquistas del alzamiento el sufragio universal.

Contestó Romero que el día 3 de Octubre, en que se publicaba la manifestación sacada á luz, no estaba él en Madrid, sino que había ido á Córdoba con otros individuos de la Junta á recibir al general Serrano; que había un acuerdo para que todos los actos de aquélla apareciesen con la firma de los individuos que en junto la componían, y que por eso apareció su nombre en la *Gaceta*. «Sin embargo—dijo,—yo lo acepto; de

ninguna manera lo rechazo. Sí, es verdad que yo he aceptado el sufragio universal, y creo que todavía lo estoy defendiendo; pero no lo acepto tal como lo propone la comisión.»

Esto era una contestación para salir del paso; el sufragio universal no podía ser de otra manera, siendo universal, mientras no se convirtiera en restringido.

En la rectificación, queriendo presentar un argumento contra el sufragio universal, le salió en favor de las *sufragistas*. Veamos:

«Yo he dicho: si el derecho *(al sufragio)* es natural, no se puede privar de él á la mujer. Y la comisión dice: siendo natural, se puede privar de él á la mujer, porque el fin de la mujer no es gobernar.

»¿Y por qué ha de considerarla el Sr. Romero Girón adherida al hombre sólo como esposa? Pues si hay muchas que no se casan, que tienen sus derechos, que contribuyen como los hombres á levantar las cargas del Tesoro pagando contribuciones, ¿no les ha de interesar la gobernación del país, cuando además tienen el derecho innegable, absoluto, tan sagrado como el del hombre, si se toma en la raíz de la naturaleza humana? ¿Es posible que tenga menos independencia y menos libertad una mujer que un pordiosero, y cuando esa mujer puede ser cabeza de familia, y aunque no lo sea?»

Romero había dicho, al principio de su discurso, que el sufragio universal no debía incluirse entre los derechos individuales ó naturales.

Causó no poca extrañeza que un individuo de la mayoría usase la palabra contra el dictámen de la Comisión, y más la causó todavía ver que al votarse el art. 16, objeto del debate, Romero se pusiese con Cánovas del Castillo, Alvarez Bugallal y Elduayen, al lado de los 14 que dijeron *no*.

El Patriarca de las Indias.—La cuestión religiosa.

A grandes rasgos, pero con perfecto conocimiento del asunto, hizo Rojo Arias (1) la historia de la jurisdicción exenta de la Capilla Real, y abogó por que fuera suprimida, dando al que la desempeñaba con el título de Patriarca de las Indias, D. Tomás Iglesias y Barcones, el arzobispado de Santiago de Cuba, vacante á la sazón, y con el mismo haber de 7.500 duros; con lo que resultaba una economía para el presupuesto de la nación, y se separaba del cargo á una persona que, salvo todos los respetos, se hallaba en abierta oposición con el Gobierno, desobedeciendo sus disposiciones.

El ministro de Gracia y Justicia (2) defendió al Patriarca de los conceptos que se le imputaban, y como Rojo Arias hubiera dicho que la Junta revolucionaria de Madrid debió haber suprimido el cargo, se aventuró aquél á manifestar que dicha Junta no tenía atribuciones para ello, á lo que contestó el interpelante, que puesto que ella había nombrado el Gobierno de la Nación, de menos importancia era la destitución del Procapellán mayor de Palacio.

Puestas en tela de juicio las atribuciones de la Junta revolucionaria de Madrid, Serrano se dió por resentido, y tras algunos dimes y diretes, leyó, sin duda para poner en claro su derecho, el decreto de la Junta en que le encargaba la formación del Ministerio, y dice así:

«Consumada felizmente la gloriosa Revolución que se inició en Cádiz, y llegado el caso de organizar la Administración pública, esta Junta revolucionaria de Madrid, encomienda al Capitán general de Ejército, D. Francisco Serrano, Duque de la Torre, la formación de un Ministerio provisional, que se encargue de la Gobernación del Estado hasta la reunión de la Cortes Constituyentes. Madrid, 3 Octubre 1868.»

(1) 24 Abril.
(2) Romero Ortiz.

La discusión se iba enredando, por causa del Patriarca de las Indias, cuyo afecto á la familia real caída era bien notorio, cuando Romero Girón presentó una proposición pidiendo á las Cortes declarasen haber sabido con profundo disgusto la conducta subversiva del Procapellán mayor de Palacio, Patriarca de las Indias.

Prim y Serrano, es decir, el ministro de la Guerra y el Presidente del Poder Ejecutivo, combatieron con enérgicas frases la proposición, sobre todo el último, quien manifestó su propósito de renunciar el poder si se aprobaba por la Asamblea.

Esto, que pudiéramos llamar una amenaza, molestó grandemente á los republicanos y al elemento radical de la mayoría, produciendo gran alboroto y confusión. Muchos pretendían hablar; el Presidente agitaba la campanilla, sin conseguir restablecer el orden, y durante algunos minutos quedó suspendida la sesión, abandonando los diputados sus asientos y bajando al hemiciclo en completo desorden.

Romero Girón retiró la proposión presentada, pero los republicanos, capitaneados por Castelar, Figueras y Orense, la reprodujeron en los mismos términos, con la piadosa idea de poner al Gobierno en un compromiso, visto el empeño que mostraba por salvar al Patriarca de las Indias. Gracias que Serrano, quizá por instigaciones de Martos, prometió mandar formar un expediente, á fin de que se averiguase lo que había de cierto en las denuncias contra el Procapellán mayor de Palacio.

Pidió Martos que dentro de quince días se llevase al Congreso el expediente prometido por Serrano, «y para el caso—añadió—de que el Poder Ejecutivo no crea que en ese tiempo pueda dar cuenta á la Asamblea, así como para el de que no satisfaga, en mi humilde opinión, las necesidades de la Revolución, la resolución que adopte en ese expediente, anuncio una interpelación sobre la proposición que nos ocupa».

En vista de esta promesa, y ofreciéndoles garantía la personalidad de Martos, los republicanos retiraron su proposición,

y la cosa quedó en calma. No hubiera defendido con más tesón al Patriarca el Ministerio del Duque de Valencia.

El expediente se formó, y, como siempre, no resultaba nada contra nadie, por lo que quedó la cosa en tal estado.

* * *

El día 26 de Abril leyó el Marqués de Sardoal, como secretario, los artículos 20 y 21 del proyecto de Constitución, puestos á discusión al mismo tiempo, por haberlo pedido así Moret, ya que en los dos se entrañaba la cuestión religiosa.

El texto de los artículos decía de esta manera: El 20: «La nación se obliga á mantener el culto y los ministros de la religión católica.» El 21: «El ejercicio público ó privado de cualquiera otro culto queda garantido á todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho. Si algunos españoles profesaren otra religión que la católica, es aplicable á los mismos todo lo dispuesto en el párrafo anterior.»

Presentáronse 18 enmiendas, con tendencias diferentes y contrarias, cuya discusión dió lugar á que se pronunciasen importantes discursos, y ocurrieran incidentes de los que intentaremos hacer una reseña con la brevedad posible.

Abrió la discusión Suñer y Capdevila, diputado por la provincia de Gerona y antiguo alcalde de la capital del Principado. No era orador parlamentario, y aunque no carecía de cierta facilidad para expresar sus ideas, no supo acomodar éstas á las exigencias oratorias de la Cámara. Comenzó, á estilo de sermón, citando unos versículos del Evangelio de San Lucas, y dedicó largos párrafos al estudio de las religiones cristiana, budista y mahometana, deteniéndose muy particularmente en la primera para demostrar que Jesucristo tuvo hermanos.

El Presidente hubo de llamarle la atención, advirtiéndole que no se discutía en aquella sesión la religión católica, sino la forma política que se debía dar á la religión en España. In-

sistió Suñer en su propósito; no logró convencer al Presidente, y, tras largo rato de discreteos entre uno y otro, sentóse aquél, renunciando á la palabra (1).

Quiso Rivero sincerarse con la Cámara, pronunciando algunas palabras en defensa propia; y como los republicanos le interrumpiesen, quitándole la razón, á grandes voces dijo el presidente, perdiendo un tanto la serenidad:

«Ruego á la izquierda que no siga por ese camino, porque no llegaremos á ningún resultado.»

Al oir esto los diputados republicanos, se levantaron de sus asientos, produciendo el tumulto consiguiente, y salieron del salón.

García Ruiz tenía presentada una proposición contraria á los artículos del proyecto que se discutían, y el Presidente le concedió la palabra para que la apoyase, de lo que quiso excusarse el diputado, atendiendo al estado de excitación en que se encontraba la Asamblea; pero Rivero se negó á suspender la discusión, y García Ruiz no tuvo otro remedio que seguir el debate comenzado. Con más arte que Suñer, logró hacer una larga crítica de la religión católica en lo referente al dogma, y á la historia de la Iglesia en España, sin que la Presidencia tuviera necesidad de dirigirle ningún aviso, fuera por la corrección de formas que empleó, fuera porque la Presidencia no se atrevió á repetir la suerte.

Habló Manterola para contestar á las alusiones que le había dirigido García Ruiz con este pretexto, definiendo el concepto de la Inquisición en los siguientes términos:

«No hay que confundir un tribunal especial que tuvo razón de ser en tiempos pasados, con lo que constituye la esencia

(1) Como Suñer se declaró francamente materialista, un revistero de buen humor le decía en son de broma:

Si niegas como yo á Dios,
cual filósofo profundo,
asombraremos al mundo
nosotros, nosotros dos.

misma de la Inquisición; porque la Inquisición existe, la Inquisición existirá en todos los tiempos. Jesucristo encargó á los Apóstoles que apartasen á los fieles de todo motivo de error, y los condujeran siempre por el camino de la doctrina verdadera. Pues bien; los prelados, los obispos de la Iglesia católica, fieles á esa misión, desempeñaron siempre el ministerio inquisitorial, porque inquirieron, porque calificaron la doctrina; y en esta calificación de la doctrina, en este discernimiento de la doctrina ortodoxa, consiste la esencia misma de la Inquisición. Y en este sentido, claro es, señores diputados, que la Inquisición existe hoy, porque los prelados, ya la Cámara lo acuerde ó ya lo rechace, los prelados están sobre la Cámara, están sobre España, están sobre el mundo entero, están sobre todos...»

Los murmullos y el vocerío que se produjo en aquel momento no dejaron á Manterola proseguir, y aunque el Presidente procuró mantener en su derecho al orador, éste dió por terminado su discurso con un párrafo corto, en vista de la agitación que había en la Cámara.

Merelo defendió la separación de la Iglesia y el Estado y dirigió al Nuncio de Su Santidad terrible dardo.

«El Concordato no existe—decía;—un poder superior á todo otro, la Revolución triunfante, le ha desgarrado, le ha roto, y le ha roto, señores, con la aquiescencia de la Sede romana. Digo con la aquiescencia de la Sede romana, porque el representante de la corte de Roma en España permanece en esta capital, pues estoy seguro de que no habría permanecido de ninguna manera si no hubiera estado conforme con los propósitos que respecto á esta cuestión ha manifestado la Revolución desde el primer momento, pues no puedo hacerle la injusticia, ¡líbreme Dios de hacérsela!, de creer que permanece en esta capital porque el Gobierno de la Revolución, y la Revolución misma, le subvenciona: lejos de mí semejante idea.»

Resentidos los republicanos con Rivero, por lo del inci-

dente de Suñer y Capdevila, presentaron en aquella sesión una proposición, suscrita por Figueras y otros, pidiendo á las Cortes se sirvieran declarar que habían visto con disgusto la conducta observada por el Presidente de la Cámara. No bien la había apoyado en un sensato discurso el citado Figueras, cuando Martos, Moret, Romero Girón, Balaguer y Gabriel Rodríguez presentaron otra de *no ha lugar á deliberar;* la apoyó Martos, en tonos tan conciliadores, que Figueras retiró la que había firmado, haciendo lo propio los de la segunda, para dar á Rivero esta prueba de simpatía.

Terminado el incidente, Olózaga terció con poca oportunidad en la cuestión, manifestando que la retirada de las dos proposiciones era antirreglamentaria, deseando él que se hubieran votado, á fin de que el Presidente quedase como correspondía á la alta posición que ocupaba.

Sabiendo el antagonismo que entre Olózaga y Rivero existía, dijo Figueras al primero, en su rectificación:

«Ha hecho el Sr. Olózaga una defensa calurosa del señor Presidente, á quien nadie atacaba. Si el Sr. Presidente lo hubiese oído, habría podido decir: «de mis amigos líbreme Dios, que de mis enemigos ya me libraré yo». Y terminó su discurso diciendo: «No creo que la mayoría sienta no haber puesto al Sr. Olózaga en lugar del Sr. Rivero, lo cual significa que, á pesar de la gran inteligencia parlamentaria del Sr. Olózaga, la mayoría ha considerado con inteligencia mayor y más liberal al Sr. Rivero.»

Las frases de Figueras fueron acogidas con risas y aplausos.

Manterola y Cuesta, cardenal arzobispo de Santiago, pronunciaron, en contra de la libertad religiosa, discursos nutridos de doctrina, que fueron contestados con lucimiento por Montero Ríos, Romero Girón y D. Joaquín Aguirre. Manterola promovió un incidente ruidoso por haber dicho que *todos* los españoles eran católicos. Protestaron varios diputados; el orador sostuvo sus palabras, y hubo un poquito de escándalo durante algunos minutos.

Los oradores eclesiásticos, acostumbrados á la oratoria del púlpito, donde contaban con un público preparado en su favor, no lograron impresionar á la Asamblea, compuesta de espíritus díscolos y con tendencias volterianas más ó menos explícitas, aun entre aquellos que formaban la derecha de la mayoría parlamentaria.

En cambio, Figueras, el diputado republicano, el defensor de la libertad de cultos, consiguió emocionar á la Cámara (1) al hacer su profesión de fe religiosa, en un momento solemne.

«Yo creo en Dios Padre Todopoderoso—exclamó en tono grave, dirigiéndose al General Serrano, con quien contendía,—creador del cielo y de la tierra; creo que tengo un alma; que esta alma es inmortal; que será juzgada algún día por un Dios que, si tiene á un lado el atributo de su justicia, tiene al otro lado el atributo de la misericordia; y creo que no llegaré á ser feliz, ni mi alma á ser perfeccionada, sino cuando me haya confundido en el seno de Aquel que reside en el solio más alto del empíreo, y á cuyo alrededor giran y girarán, sin gastarse, eternamente los siglos.»

Un aplauso unánime y espontáneo, que duró largo rato, se produjo al escucharse las últimas palabras de Figueras. Hasta la tribuna pública le palmoteó.

Ortiz de Zárate y D. Fernando Ochoa terciaron en el debate, apoyando á los prelados, pero sin añadir argumento notable á lo que aquéllos y Manterola dijeron.

Son curiosos los estados que presentó Fernando Garrido, diputado republicano, y que copiamos á continuación, dejando á su autor la responsabilidad de los datos.

(1) 26 Abril.

Disminución de frailes y monjas y aumento de la población desde 1690 á 1868.

AÑOS	Frailes.	Monjas.	Población.
1690.....	90.000	34.000	7.000.000
1768.....	55.000	27.000	9.300.000
1788.....	52.000	25.000	10.200.000
1797.....	46.000	24.000	10.500.000
1835.....	31.000	22.000	13.500.000
1868.....	1.200	17.000	17.000.000

Disminución de sacerdotes y aumento de la población de 1690 á 1861.

AÑOS	Sacerdotes.	Número de personas por cada sacerdote.
1690.....	168.000	43
1768.....	149.000	61
1797.....	134.000	78
1820.....	118.000	90
1835.....	90 000	144
1861.....	43.000	376

El discurso de Fernando Garrido se encaminó principalmente contra el clero y su administración.

Hablaron después Pi y Margall y Alvarez Bugallal, de ideas opuestas, pero combatiendo ambos el proyecto del Gobierno, aquél por retrógrado y éste por demasiado liberal. Suñer y Capdevila consiguió obtener la palabra, y, vinieran ó no á pelo, expuso á la Cámara los fundamentos en que apoyaba su aserto de que Jesús había tenido más hermanos.

Echegaray, defendiendo la obra del Gobierno, declaró, no obstante, que era partidario de la libertad religiosa, contando un hecho que consiguió alcanzar popularidad y fama en aquellos días.

«Prescindamos de la palabra Iglesia; substituyámosla por

otra palabra. ¿Puede sostener S. S. (1) que el *poder teocrático* nunca ha perseguido á las personas? Pues marche por la calle Ancha de San Bernardo, salga al campo, tome á la derecha y allí, cerca de las estatuas de Daoiz y Velarde (2), verá el Quemadero de la Cruz. ¿Sabéis lo que es el Quemadero de la Cruz? Yo os lo explicaré; yo deseo que vayáis allí á verlo; yo quisiera que estas discusiones tuvieran lugar sobre aquel horrible monumento, á ver si había quien se atreviese á defender la unidad religiosa. El Quemadero de la Cruz es un gran corte de terreno; es, pudiera decirse, un corte geológico. ¿Sabéis lo que es un corte geológico? La naturaleza abre su gran libro, extiende sus grandes páginas, es decir, da un tajo al terreno, y allí se ven, en ordenadas capas, arcillas, pizarras, areniscas y pedernales; son las líneas del gran libro en que el geólogo va á estudiar cómo se ha formado este planeta en el cual vivimos.

»Pues bien; el Quemadero de la Cruz es también un gran libro, es también una gran página, una sombría página, que encierra provechosa, aunque triste enseñanza: con sus capas alternantes, es el Quemadero de la Cruz un corte, que yo no me atrevería á llamar geológico, pero que pudiera llamar, con verdad, teológico.

»En esos bancos alternantes del Quemadero de la Cruz veréis capas de carbón impregnado en grasa humana, y después restos de huesos calcinados, y después una capa de arena que se echaba para cubrir todo aquello; y luego otra capa de carbón, y luego otra de huesos y otra de arena, y así continúa la horrible masa. No ha muchos días, y yo respondo del hecho, revolviendo unos chicos con un bastón, sacaron de esas capas de ceniza tres objetos que tienen grande elocuencia, que son tres grandes discursos en defensa de la libertad religiosa. Sacaron un pedazo de hierro oxidado, una costilla humana calci-

(1) Se dirigía al Sr. Díaz Caneja.

(2) Estaban en la calle de Carranza.

nada casi toda ella, y una trenza de pelo quemada por una de sus extremidades.

»Estos tres argumentos son muy elocuentes. Yo desearía que los señores que defienden la unidad religiosa los sometieran á severo interrogatorio; yo desearía que preguntasen á aquella trenza cuál fué el frío sudor que empapó su raíz al brotar la llama de la hoguera y cómo se erizó sobre la cabeza de la víctima. Yo desearía que preguntasen á la pobre costilla cómo palpitaba contra ella el corazón del infeliz judío. Yo desearía que preguntasen á aquel pedazo de hierro, que fué quizá una mordaza, cuántos ayes dolorosos, cuántos gritos de angustia ahogó, y cómo se fué oxidando al recibir el ensangrentado aliento de la víctima, con la cual el duro hierro tuvo más entrañas, tuvo más compasión, fué más humano, se ablandó más que los verdugos de aquella infame teocracia.»

(*Grandes y prolongados aplausos.*)

Castelar cerró la discusión pronunciando un hermoso discurso, modelo de oratoria parlamentaria por la corrección del estilo y por su alteza de miras. Publicado en los periódicos al día siguiente, se leyó en las tertulias, en los cafés, en los pasillos del teatro, y no quedó seguramente en Madrid persona que no tuviera conocimiento de aquella inspirada peroración.

Hizo también Castelar su profesión de fe, como Figueras.

«Yo, señores diputados—dijo,—no pertenezco al mundo de la teología y de la fe; pertenezco, creo pertenecer, al mundo de la filosofía y de la razón. Pero si alguna vez hubiera de volver al mundo de que partí, no abrazaría, ciertamente, la religión protestante, cuyo hielo seca mi alma, seca mi corazón, seca mi conciencia; esa religión protestante, eterna enemiga de mi patria, de mi raza y de mi historia: volvería al hermoso altar que me inspiró los más grandes sentimientos de mi vida; volvería á postrarme de hinojos ante la Virgen santa que serenó con sus sonrisas mis primeras pasiones; volvería á empapar mi espíritu en el aroma del incienso, en la nota del órgano, en la luz cernida por los vidrios de colores y reflejada en las

doradas alas de los ángeles, eternos compañeros de mi alma en su infancia; y al morir, señores diputados, al morir le pediría un asilo á la cruz, bajo cuyos sagrados brazos se extiende el lugar que más amo y más venero sobre la faz de la tierra: la tumba de mi madre.»

(Aplausos en todos los lados de la Cámara.)

Hablando de la libertad decía:

«Quitadla del arte, y el arte se convierte en más instintivo y menos bello que el canto del ave; quitadla del trabajo, y el trabajo se convierte en el movimientonto ciego de la máquina; quitadla de los afectos, y los afectos, esos grandes resortes morales, se convierten en algo menos que el ayuntamiento de las fieras; quitadla de la política, y los pueblos caen en esa triste indiferencia, en esa eterna soñolencia de los países orientales; quitadla de la moral, y no habrá acciones imputables; quitadla de la religión, y convertís ese código sublime para la vida y para la muerte en una ordenanza de policía, y hacéis agente de orden público á Dios, que ha dado la ley de atracción á los mundos para que cumplan su eterna armonía, y la luz de la libertad á las almas para que cumplan armonía todavía más sublime, la armonía de la justicia. (*Aplausos*).

Haciendo la crítica de las excomuniones, dijo: «Viene el siglo XIX, y el Papa excomulga á Víctor Manuel. Quiero repetir lo que un periódico italiano decía con este motivo. El pueblo cree en Roma, que el Papa, y todos los que han estado en Roma saben esto, el pueblo cree en Roma, que el Papa es *jetatore*, y no se acerca á la Basílica de San Pedro un campesino sin llevar los cuernos que conjuran las maldiciones. Pues bien; un periódico italiano decía: el Papa bendijo á Carlos Alberto, y sucumbió en Navarra; el Papa bendijo al rey de Nápoles, y fué destronado; el Papa bendijo el ferrocarril primero que se hizo en Roma, y en la primera carrera descarriló; el Papa fué á bendecir un convento de monjas, y el convento se hundió sobre todos los que estaban en él; y concluía el periódico diciendo: *Per Dio, Sancto Patre, non benedica il regno d'Italia.*»

Esta fué la nota cómica de su discurso, y consiguió con ella una franca sonrisa á los labios de los circunstantes.

Demostró su criterio imparcial en el párrafo siguiente: «Un señor diputado preguntaba al señor ministro de Gracia y Justicia si era verdad que en todas las iglesias se pronunciaban maldiciones contra nosotros, hoy patronos de la Iglesia. Pues es verdad, se pronuncian. ¿Lo podéis evitar? No. ¿Lo debéis evitar? No. Yo quiero la libertad de la tribuna política; quiero también la libertad de la tribuna sagrada; yo no quiero ni debo oponerme á que la Iglesia ejerza su alta jurisdicción sobre nuestras conciencias, como la Iglesia no puede ni debe oponerse á que los legisladores de España ejerzamos sobre sus intereses mundanales toda nuestra soberana iniciativa.»

Y terminó su discurso diciendo:

«Yo me adelanto, y digo al Sr. Manterola: Antes de irse de aquí, nos debe á todos una oración á Dios. Si yo fuera sacerdote, si yo fuera como S. S. clérigo, si yo representase aquí con algún título el cristianismo; como en algunos momentos esta Cámara, que por las cuestiones que trata se convierte en un templo, y por su ministerio en un sacerdocio, levantaría mis manos á Dios y le diría: Bendice á estos legisladores que establecen la libertad religiosa, que es parte de tu amor; bendice á estos legisladores que concilian á todas las clases, á todas las gentes; bendice á estos legisladores, porque delante de ellos no hay, como no hay delante de su poder, judíos ni paganos, sino hombres; bendice á estos legisladores, porque al realizar las grandes ideas se acercan á ti, realizando sobre la faz de la tierra los dos principios esenciales de tu sér incomunicable y perfecto: tu amor y tu justicia.»

Una ruidosa ovación obtuvo Castelar al acabar su discurso, y con esto terminó la discusión (1) del problema político-religioso planteado por el Gobierno. La minoría republicana se abstuvo de votar, por no entorpecer la marcha de la discusión.

(1) 5 de Mayo.

Los dos artículos quedaron reducidos á uno en la siguiente forma:

«La nación se obliga á mantener el culto y los ministros de la religión católica.

»El ejercicio público ó privado de cualquiera otro culto queda garantido á todos los extranjeros residentes en España, sin más limitaciones que las reglas universales de la moral y del derecho.

»Si algunos españoles profesaren otra religión que la católica, es aplicable á los mismos todo lo dispuesto en el párrafo anterior.»

Durante el debate de la cuestión religiosa, Moret, como Secretario de la Comisión, pronunció, entre largos y cortos, quince discursos.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

RECUERDOS

Y se hicieron las elecciones, como dije en el artículo anterior.

Y, como era natural, el Gobierno trajo una mayoría considerable, y aun la hubiera traído mayor si hubiera querido.

Esta sí que es una ley de la ley Electoral: Todo Gobierno trae la mayoría que necesita.

Trajo D. Manuel mayoría, como la trajo el año anterior Sagasta.

Como la trajeron, pocos meses después, los republicanos; como la traería el moro Muza, si el moro Muza resucitase, se hiciera parlamentario y se dedicara á forjar elecciones.

Aquellas á que me refiero no fueron de las más reñidas; los conservadores del Duque de la Torre y de Sagasta se sentían vencidos de antemano, y se alejaban lentamente de la dinastía de D. Amadeo.

Los republicanos no ocultaban por entonces sus simpatías hacia el Gobierno, y algo flotaba en la atmósfera que parecía decir con voces proféticas: ¿Qué importa el resultado de las elecciones? La nueva dinastía está muerta, y algo sucederá que precipite su agonía, vengan muchos ó pocos diputados y senadores ministeriales.

Y, sin embargo, la mayoría ministerial vino con empuje, con alientos, con esperanzas, deseando hacer obra democráti-

ca, y la hizo, y en los pocos meses que vivieron aquellas Cortes, hicieron cuanto pudieron hacer.

¡Qué mayor gloria para el partido zorrillista que la abolición de la esclavitud, reforma en que pusieron todas sus energías y todas sus ansias los demócratas, á cuyo frente dominaba en el Gobierno aquella gran figura parlamentaria, aquel prodigioso orador que se llamaba Cristino Martos!

Y en la abolición de la esclavitud no le ayudaron, ciertamente, al partido liberal los conservadores de entonces; antes bien, le hicieron una guerra implacable y hasta de mala ley, acudiendo al insulto y á la calumnia.

Decían en todas partes que los demócratas estaban vendidos á Inglaterra para abolir la esclavitud, con los fines tortuosos de arruinar la Isla de Cuba.

Yo recuerdo que subterráneamente se atacaba á los demócratas bajo todas las formas. En prosa y en verso pudiéramos decir, porque circulaban romances y sonetos contra la democracia abolicionista, y algunos de estos últimos se decía, en voz baja, que era debido á la pluma ilustre de un gran poeta del partido conservador.

Claro es que los demócratas de aquella época no pecábamos de mansos, ni siquiera de prudentes, y no contentos con triunfar de hecho en el Parlamento, contestábamos al insulto con el insulto, á la calumnia con la calumnia, y á romances y sonetos, con otros sonetos y otros romances tan feroces, por lo menos, y valga la palabra, como aquellos con que nos brindaban nuestros adversarios.

Circuló mucho por los pasillos del Congreso, en aquellos días, un soneto sin firma, pero de violencia extraordinaria, contra el partido de la unión liberal, en el que se trataba á este partido con tanta injusticia y en forma tan calumniosa, como injustos y calumniosos eran sus ataques á la democracia.

En este soneto, que fué un triunfo para su autor, aunque no se le llamó á escena, porque apenas se adivinaba su nom-

bre y era dudosa su procedencia, se sintetizaba la historia de la unión liberal; es decir, no la verdadera historia, sino la que la pasión forjaba para contestar á otras historias.

Se le llamaba rebelde, porque realmente empezó rebelándose en el Campo de Guardias contra el Ministerio Sartorius, ó, mejor dicho, contra D.ª Isabel II.

Se le llamaba adulador y palaciego, recordando lo que se había dicho de O'Donnell, que bajo la tutela de Sor Patrocinio había llevado un cirio en ciertas procesiones.

Se le echaba en rostro el haber tomado parte en la Revolución de Setiembre para llevar al trono á Montpensier.

Se le acusaba abiertamente, aunque era acusación calumniosa, y, probablemente, ni el mismo autor del soneto creería en ello; se le acusaba, digo, de haber asesinado á Prim en la calle del Turco, valiéndose, como instrumento, de los republicanos.

Se le consideraba como enemigo de las libertades individuales, obra gloriosísima de la democracia, y que los hombres de Vicálvaro, formando el núcleo del partido conservador, en la época de D. Amadeo, y aun desde las Cortes Constituyentes, habían procurado desgarrar.

Y terminaba el soneto llamándoles esclavistas y negreros, porque hacían la guerra á la abolición de la esclavitud, que el partido zorrillista intentaba, y llevó á término.

Bien servidos iban los de Vicálvaro en el soneto á que aludo, y bien pagaban sus odios y sus calumnias contra los cimbrios.

Insulto contra insulto, afrenta contra afrenta, calumnia contra calumnia, era el soneto á que me refiero, y que, por reflejar el estado de las pasiones y el hervir de los espíritus en aquella época, voy á copiar íntegro, tal como lo recuerdo.

Es la fotografía de un latigazo de los que cruzaban en el aire y de los que caían sobre los hombres políticos ó sobre las colectividades, mientras en el fondo de aquella situación se preparaban la guerra política, la cantonal y la ruina.

He aquí el soneto á que me refiero:

Blandiste allá en Vicálvaro tu lanza
Y el poder por rebelde conquistaste;
Sobre tus botas de montar, goteaste
La luz de un cirio en precio de privanza;
Perdida del poder ya la esperanza,
Por el Duque francés te rebelaste;
Y la traición deshecha, consumaste
En la calle del Turco tu venganza.
Forman tu escudo miserable bando,
De la sangre de Prim rojo reguero,
Una robusta lanza, un cirio blando,
El desgarrado título primero,
Y flexible estos símbolos orlando,
El látigo sangriento del negrero.

***

La agitación aparente no era grande, y aun era menor que en otras épocas; pero el gran desquiciamiento se preparaba aunque en forma poco estrepitosa.

La situación de Cuba era crítica, y la guerra civil crecía, y la Hacienda no mejoraba, y el partido conservador se alejaba del Trono, y el partido republicano se mostraba casi satisfecho con la amplia política del partido liberal.

Este, lleno de esperanzas y de ilusiones, se preparaba á seguir su propaganda reformista. Había tomado su desquite, y no veía enemigo ninguno con fuerza suficiente para arrojarle del poder.

Y, sin embargo, la máquina crujía, las nubes del horizonte se convertían en nubarrones de tormenta, y á pesar de estar en el poder y, por lo tanto, cerca del Monarca, la distancia entre el Trono y el partido zorrillista se iba haciendo insensiblemente cada vez mayor.

Si es cierto que la Corona había llamado al partido liberal, también es cierto que no le había llamado por manera espon-

tánea y simpática, sino apremiada por las circunstancias, queriendo evitar daños mayores y sintiendo cierto linaje de humillación.

Todo esto no se olvida, ni estrecha los lazos entre el poder moderador y los partidos militantes; y esta situación de desconfianza recíproca y de afectos entibiados se hacía sentir en cada instante y en mil pequeñeces que acusaban, sin embargo, gran mar de fondo.

Citaré algunos ejemplos, ciertos y positivos y auténticos.

Acompañaban á la Reina, en un viaje á El Escorial, varios ministros y, entre ellos, el director de uno de los periódicos más importantes de aquella época, y de los periódicos que hacían la propaganda liberal con más decisión y con más empuje.

Algunos meses antes se había publicado en dicho periódico un artículo, debido á la pluma de un eminente periodista, que tenía por título *La loca del Vaticano,* y en que se hacían alusiones harto transparentes á la Reina.

El artículo produjo gran sensación en España y gran molestia en Palacio.

Pues bien; en el pequeño viaje á que me refiero, la Reina, que era sumamente amable, que hablaba admirablemente el español, y que hacía siempre alarde de llaneza y cordialidad, le dijo al director del periódico á que me refiero, con sonrisa algo triste, algo amarga, pero con exquisita cortesía y casi casi como una broma:

—Y ahora que me ha tratado usted algo y que me conoce mejor, ¿cree usted que, en efecto, yo puedo ser la loca del Vaticano?

No hay para qué decir, que ni á la persona aludida ni á ninguno de nosotros, que hasta cierto punto éramos cómplices, se nos ocurrió nada que contestar á la Reina.

Sonreímos, procurando imitar su sonrisa; nos miramos unos á otros, pensando todos: *¡tableau!* Y en vez de palabras recorrimos todas las vocales del abecedario, con su *hache* y su admiración correspondientes.

—¡Ah! Señora...

—¡Oh! Señora...

—¡Por Dios! Señora...

—¡Eran circunstancias! Señora...

Muchas admiraciones y ninguna idea.

La Reina, que era un modelo de corrección, siguió sonriendo, y puso término al incidente con unas cuantas frases cortadas.

—Ya; ya comprendo... ¡Ah! La pasión política... ¡Oh! las luchas políticas.

Y se dió el incidente por terminado.

Y poco después llegábamos á El Escorial.

Hay que reconocerlo: la Reina era una princesa dignísima, tenía ingenio y talento; pero allá, en el fondo de su espíritu, bien se comprendía que el partido zorrillista no le inspiraba excesiva confianza.

En quien tenía más confianza era en Topete, por su ruda franqueza de marino, y acaso en Sagasta, por sus dotes excepcionales de atracción.

Pero los demócratas, con sus ideas de libertad religiosa, de libertad de enseñanza, con las tradiciones republicanas de algunos y con las recientes campañas de otros; los demócratas, repito, no creo que llegasen á inspirar grandes simpatías á la ilustre dama.

Y era natural, y no me asombra, ni debía asombrarnos.

Pero no todos los políticos tenían tan poca pasión política como yo.

Y vaya otro ejemplo.

***

Creo que en aquel verano fué cuando el Rey D. Amadeo hizo un viaje á las provincias del Norte: á Asturias ó á Santander.

Pues en uno de aquellos días, un ministro de los que habían

quedado en Madrid fué á presentar sus respetos á la Reina y á darle noticias del viaje de su esposo y del entusiasta recibimiento que le habían hecho.

—Un gran recibimiento, señora—decía el ministro,—un recibimiento entusiasta, un delirio.

Y la Reina, con su fina sonrisa italiana, siempre un poco triste y con no sé qué finísimos matices de burla, le contestó con voz dulce:

—¡Vaya, me alegro, me alegro! Y le agradezco la buena noticia; pero, la verdad, y aquí en confianza, ¿el recibimiento ha sido tan espontáneo como usted indica, ó es que han sabido ustedes prepararlo bien?

Otra estocada finísima como la del coche real.

El ministro protestó enérgicamente, con toda la energía compatible con el respeto.

—¡Oh! Señora... ¡Ah! Señora... Un recibimiento verdaderamente entusiasta. No le quede duda á vuestra majestad.

Y la Reina tampoco insistió; extremó su amabilidad, y terminó diciendo:—¡Vaya!, mejor es así.

Y cambió de conversación preguntando:—¿Y qué hay de la guerra civil?

Resueltamente la Reina no estaba por el partido zorrillista, aunque debo hacerle justicia, porque así lo creo en conciencia: tampoco influía contra el Gobierno.

No le era simpático, no le inspiraba tranquilidad. Allá en el fondo no estaba conforme con las reformas liberales; pero jamás se dijo que influyera directamente sobre la marcha de la política.

En todo caso, influyó con el Rey para que presentase su abdicación.

*
* *

Un último ejemplo, que demuestra el estado de ánimo de aquella noble y virtuosa Reina, tan digna de respeto, á la cual, y á cuya memoria, consagro, á cuarenta años de distancia, este modesto homenaje.

Véase su estado de ánimo, repito, con relación á nosotros, los demócratas y radicales de aquella época.

Estaba el Rey fuera de Madrid, y á diario acudía á Palacio un ministro para dar cuenta á la Reina de los asuntos más importantes de la política, ó, mejor dicho, y casi exclusivamente, de la guerra civil, que, poco á poco, iba extendiéndose y creciendo.

—Una noticia de poca importancia, pero desagradable, traigo á Vuestra Majestad—dijo el ministro á que aludo.

—¿Y qué es ello?—preguntó la Reina.

—El cura de Alcabón (en rigor no me acuerdo si fué este cura ú otro cualquiera) ha salido al campo, y, valiéndose de su influencia para con sus feligreses, ha levantado una partida carlista, aunque de fuerza muy escasa.

Y la Reina, que en ocasiones solía bromear sobre política, aunque siempre en tono muy cariñoso, contestó estas palabras, que son auténticas:

—¡Pobrecito sacerdote! ¡Qué cosas habrán ustedes hecho con él para obligarle á tomar tal determinación!

—Señora—contestó el ministro, entre bromas y veras,—el Gobierno trata bien á todos los ciudadanos, y respeta profundamente á la Iglesia y á sus ministros, y nada excusa la conducta del cura cabecilla.

—Lo creo, lo creo; pero crea usted también que en situación muy angustiosa se habrá visto cuando ha tenido que acudir á tan extrema resolución.

—Permítame Vuestra Majestad, que no encuentre medio de excusar la conducta de ese sacerdote rebelde contra el Rey legítimo de España.

Y la Reina siguió bromeando:

—Así nos parece; pero á él no le parecerá lo mismo.

Y la Reina, cambiando de tono, dijo pensativa:

—¡Muy triste! Muy triste es la guerra civil, muy triste para la pobre España y muy triste para nosotros.

***

Decididamente, la Reina empezaba á acariciar la idea de la abdicación.

Y á decir lo cierto, á nosotros no se nos ocurría que tal idea pudiera llegar hasta el Rey, ni que en Italia pudieran resignarse con ello.

La situación política empeoraba, y si el Gobierno no concluía con la guerra civil, pudiera ocurrir una crisis: que, en un caso extremo, el Duque de la Torre y Sagasta tomaran el desquite y nos echaran de Palacio como les echamos á ellos; todo esto nos parecía posible; eran contingencias del porvenir; pero nunca tomamos en serio la abdicación.

No sé si algún hombre de los nuestros pudo temerla. La mayoría, ni sospecharlo siquiera, y de sorpresa nos cogió, como más adelante explicaré.

Lo que sí fuimos notando en aquellos pocos meses de poder, es decir, desde mediados de 1872 hasta Febrero de 1873, fué que en Palacio íbamos perdiendo terreno.

Presentíamos una atmósfera de desconfianza y hostilidad, aunque el Rey permanecía impasible, siempre correcto, siempre cortés, y asegurando, en la forma que podía, que el Ministerio de Zorrilla le inspiraba plena confianza.

Digo en la forma que podía, porque D. Amadeo nunca llegó á poder hablar correctamente el castellano.

Y como tenía en alto grado el sentimiento de su dignidad, para no cometer faltas gramaticales, hablaba muy poco, lo puramente preciso, y el no hablar el mismo idioma dos personas, eleva entre ellas una barrera poco menos que infranqueable.

Un Rey no puede entenderse con sus ministros y con los hombres políticos por medio de señas.

Recuerdo á este propósito que Martos, en la intimidad, muy en la intimidad, y bromeando, no de otra suerte, porque él tenía gran respeto y gran consideración á D. Amadeo, cuando alguno le decía: Tenga usted mucho cuidado, D. Cristino, que en Palacio se conspira contra ustedes, y cuando menos lo

piensen, el Rey les echa como ha echado al Duque de la Torre y á Sagasta. Cuando esto oía Martos, se ponía muy serio, con cierta seriedad cómica y burlona, se afirmaba los quevedos, y replicaba:

—Poco á poco; yo consiento y me resigno á que el Rey me eche sin razón; pero ni me resigno, ni consiento que me *eche sin gramática*.

No podíamos prever el porvenir. No nos echó sin gramática, pero abdicó con la más elevada de las gramáticas, con la que inspira y rige la propia dignidad.

José Echegaray

PARNASO INTRENACIONAL

OTOÑAL

(De Pablo Haag.)

Antes que acabe el otoño
Iremos, prenda querida,
A ver abrirse en el bosque
Las anémones tardías.
Verás cómo en los jardines
Crisantemos de oro brillan,
Y cuelgan en los sarmientos
De las deshojadas viñas
Racimos tan sazonados
Que arrugan ya la piel fina.
Recorreremos las sendas
Donde con tanta delicia
Estreché por vez primera
Tu mano en las manos mías.
En las faldas de los montes
Deleitarán nuestra vista
Los álamos que el sol dora
Y las lóbregas encinas;
Y á los campos y al otoño
Daremos la despedida.

En el cielo del ocaso
Se levantará fatídica,
Como estandarte sangriento,
Nube de purpúreas tintas;
Y la calma augusta y grave
De las ya mudas campiñas,
Y el silencio de los nidos
En la arboleda vecina,
Nos dirán que ya el verano
Pasó con sus lozanías,
Que la estación de las rosas
Fué una visión fugitiva,
Y que mañana el invierno
Y sus pálidas neblinas
Darán funeral sudario
A las selvas hoy sombrías;
Y serán la única nota
Que suene en ellas tristísima,
Los sollozos de los vientos
En sus ramas ya marchitas.

¡Ay! entonces pensaremos
Que es breve soplo la vida,
Que todo pasa y se borra,
Cual las olas que el mar riza,
Como las que arrastra el viento
Vaporosas nubecillas;
Y con amargo deleite
Sentiremos, vida mía,
Nuestros propios corazones
Sujetos á esa ley misma,
Y que cuando brota al labio
El «yo te amo» de otros días,
Las palabras son iguales,
Mas la expresión es distinta,

Porque las hierbas del campo
Que nuestro pie dobla y pisa,
El matorral que rozamos,
La rama al pasar cogida,
La hermosa flor que deshojan
Nuestras manos distraídas,
Algo, que en el alma vive,
Nos arrancan y nos quitan;
Y mientras el sol, que pálido
En el ocaso se abisma,
Prolongará entre los árboles
Nuestras sombras indecisas,
Meditaremos sobre esas
Mudanzas, que fortifican
Nuestro amor, aunque la llama
De nuestros besos extingan.

Y cuando algunas estrellas
Brillen en el cielo, aun tímidas;
Cuando se extiendan las nieblas
Como gasas blanquecinas,
Y nos dé leves temblores
La primera impresión fría
De la noche, volveremos
Por la desierta avenida,
Que en días primaverales
Fué á nuestro solaz propicia.
La última luz de la tarde
Que el follaje mustio filtra,
Sobre la paz de los campos
Caerá serena y tranquila,
Dando palidez marmórea
A tu frente pensativa,
Y á tu rubia cabellera
Oro en brilladoras chispas;

Y á los bordes del camino
Y á la puerta de la quinta
Notaremos, contemplándolo
Con atención compasiva,
El triste amontonamiento
De las hojas amarillas,

TEODORO LLORENTE

EL ESCLAVO DE SU FINCA

NOVELA

CAPÍTULO IV

Era un día de la semana siguiente á Navidad. Ingrid, sentada junto á la ventana del saloncillo, bordaba en cañamazo. Su bienhechora hacía media, como siempre, instalada en el sofá. Reinaba el silencio. El joven Hede estaba en la casa desde hacía ya dos semanas. Ingrid no le había visto. Vivía á lo campesino, incluso en su casa. Dormía en la habitación de los criados y comía en la cocina. Jamás entraba en el cuarto de su madre. Ingrid sabía que la señora y Stava esperaban de ella que hiciese algo para retener á Hede en la casa. Apenábase al ser incapaz de complacerles.

Precisamente aquel día acababa de anunciar Stava que Hede preparaba su saco para marcharse. «Esta vez ni siquiera permanecía el tiempo acostumbrado», dijo, dirigiendo una mirada de censura á Ingrid.

Ingrid comprendía esta censura, pero no podía hacer nada. Continuaba su bordado en silencio.

Stava salió. Poco á poco, Ingrid se olvidó de cuanto la rodeaba, y, de pronto, la penetró una especie de entorpecimiento. Sus tristes pensamientos la crearon un sueño fantástico.

He aquí lo que soñó:

Atravesaba el casón, una hilera de salas y de cuartos, cuyos muebles se ocultaban con fundas de lienzo gris, cuyos cuadros y arañas se envolvían en gasa. Los pisos estaban cubiertos de una espesa capa de polvo que se levantaba á su paso. Por fin, entró en un cuartito en el que nunca había puesto los pies, y cuyas paredes y el techo eran negros. Mirando atentamente, observó que las paredes no estaban pintadas ni revestidas de negro, sino que colgaban de ellas tantos murciélagos, apretados unos con otros, que hacía negra la habitación. Un cristal roto explicaba cómo habían entrado aquéllos. Ahora dormían con su inmóvil sueño de invierno.

Un terror inmenso agitó á la joven. Empezó á estremecerse y á temblar á la vista de aquellos animales amontonados que la envolvían con sus alas, y todos los cuales, agarrados á la pared, dormían. Veíales tan bien, que se preguntó si Stava sabría que los murciélagos habían invadido el cuarto, é iba á buscar á Stava.

—Ciertamente que lo sé—contestaba la sirviente.—¿Ignora la señorita Ingrid, que en toda antigua casa de este país, hay un cuarto reservado para los murciélagos?

—Nunca lo oí decir—murmuraba Ingrid.

—Cuando la señorita haya vivido tanto como yo, verá que así es—rospondía Stava.

—¿Pero cómo puede soportarse semejante cosa?—decía Ingrid.

—Es preciso—decía Stava.—Esos murciélagos son las aves de la Dama de la Pena, y ella es la que nos ordena recibirlos aquí.

Y como Stava no quería decir nada más, Ingrid reanudaba su bordado, pero pensaba que la Dama de la Pena debía de ser una dama muy poderosa, para que Stava abriese una habitación á los murciélagos.

En este momento de su sueño, vió que un trineo negro, tirado por negros caballos, se paraba ante el terrado. Y Stava

se adelantaba y hacía una profunda reverencia. Del trineo bajaba una señora anciana, que vestía un largo manto de terciopelo negro, con varios cuellos superpuestos. Andaba torpemente, toda encorvada. Apenas podía alzar el pie lo suficiente para subir los escalones.

—Ingrid—dijo la señora de Hede, alzando los ojos de su labor,—me parece oir á la Dama de la Pena. Debe de ser su cascabel. ¿Has reparado que no pone nunca hermosas colleras á sus caballos, sino un solo cascabelito? Se le oye, sin embargo. Se le oye bien. Baja, Ingrid, y saluda á la Dama de la Pena.

Ingrid bajaba; pero llegado al vestíbulo, vió que la Dama hablaba con Stava en el terrado. Ninguna notaba la presencia de Ingrid.

Ingrid veía con asombro que la anciana encorvada ocultaba algo bajo los cuellos de su manto, que parecían hechos de crepé negro, y que lo que ocultaba tan bien eran dos alas de murciélago. Su curiosidad se excitó más todavía, y trató de distinguir el rostro de la Dama de la Pena; pero ésta tenía vuelta la cabeza, y alzaba una mano, y la joven vió que tenía un dedo más largo que los otros, provisto de una larga uña ganchuda.

—¿Está todo como antes en la casa?—preguntaba.

—Sí, señora—contestaba Stava.

—¿No habéis sembrado flores ni plantado árboles? ¿No habéis compuesto el puente ni arrancado la hierba de los senderos?

—No, señora.

—Está bien. Está muy bien—dijo la anciana dama.—¿No habéis tratado tampoco de encontrar el filón del mineral, ni rechazar el bosque cuando avanza á los campos?

—No, señora.

—¿Y no habéis limpiado los pozos?

—No hemos limpiado los pozos.

—Es éste un buen sitio—dijo la Dama de la Pena;—me

agrada mucho. Dentro de algunos años, mis aves podrán habitar toda la casa. Cuida usted muy bien de mis aves, Stava.

La criada hizo una humilde reverencia para dar las gracias por el elogio.

—En cuanto á lo demás, ¿cómo están todos por aquí?—preguntaba la Dama.—¿Habéis celebrado la Navidad?

—Hemos celebrado la Navidad como de costumbre—contestó Stava.—Mi ama no sale de su cuarto y hace labor todos los días de Dios. No piensa sino en su hijo, y no quiere saber lo que es fiesta. Navidad ha pasado como los otros días, sin regalos y sin luminarias.

—¿Ni árbol de Navidad? ¿Ni platos de Navidad?

—Ni viaje á la iglesia tampoco, señora. Ni siquiera luces en las ventanas por la mañana.

—¿Por qué había de festejar la señora Hede al Hijo de Dios, puesto que Dios se niega á curar el hijo de ella?—dijo la Dama de la Pena.—Me figuro que ahora estará en la casa. ¿Mejora?

—No mejora. Sigue con sus terrores.

—¿Y siempre como un campesino? ¿Se niega á entrar en la sala?

—No se le puede hacer entrar. Tiene miedo de su madre, como vuestra merced sabe.

—¿Sigue comiendo en la cocina y durmiendo en el cuarto de los criados?

—Sí.

—¿Y no encontráis medio de curarle?

—No sabemos nada; no comprendemos nada.

La Dama de la Pena se calló un momento; después dijo con voz cortante y dura:

—Está muy bien, Stava; pero, sin embargo, no me tiene usted completamente contenta.

Al decir esto, se volvió y miró á Ingrid.

Ingrid se hizo atrás. La dama tenía una carita arrugada y tan reducida por abajo, que casi desaparecía su mandíbula in-

ferior. Sus dientes parecían los de una sierra; unos pelos negros la sombreaban el labio superior. Sus cejas eran dos mechones. Su tez tenía un color oscuro; Ingrid se sorprendía de que Stava no pareciese observar que aquella mujer de aspecto de animal no era un sér humano. La Dama de la Pena arqueó los labios al ver á Ingrid, y sus dientes brillaban.

—Cuando vino ésta—dijo á Stava,—creyó usted que era una enviada de lo alto. Creyó usted leer en sus ojos que le salvaría, puesto que comprendía á los locos. ¿Y cuál es el resultado?

—Ninguno. Ella no ha hecho nada.

—Lo sé. Yo me encargué del resultado—dijo la Dama.—Gracias á mí, no le habéis dicho por qué la acogíais. Si lo hubiera sabido, no se hubiera hecho tantas ilusiones de color de rosa. No hubiera creído encontrar aquí al que ama. Y si no se hubiera hecho ilusiones, no habría experimentado tan ruda decepción. Y si la decepción no la hubiese paralizado, tal vez hubiese podido hacer algo por el loco. Pero ahora, ni siquiera le mira. Le detesta porque no es el que esperaba. Es obra mía, Stava, es obra mía.

—La señora hace bien las cosas—dijo Stava.

La Dama de la Pena se enjugó sus ojos, ribeteados de encarnado, con un pañuelo de encaje, con un gesto que parecía de satisfacción.

—No necesita usted fingir, Stava—dijo ella.—Su ama y usted han querido engañarme. Pero ya se ha concluído.

—Sí—dijo Stava.—Vuestra merced puede estar tranquila. El señorito está precisamente ocupado en preparar su saco. Es señal de que se marcha. Las ilusiones que durante todo este otoño nos hicimos mi ama y yo, se han desvanecido. Creíamos que por lo menos sabría ella retenerle aquí. Pero, á pesar de todas las mercedes de que ha sido objeto, no ha intentado hacer nada en nuestro favor.

—Lo sé, lo sé; no ha sido buena, y, de todas maneras, no debe quedarse aquí. De esto es de lo que quiero hablar á la señora.

La Dama de la Pena subió la escalera arrastrándose. En cada escalón, alzaba un poco las alas para aligerar sus pasos. Ingrid la seguía, extrañamente atraída y fascinada.

Cuando entró en la sala, halló á la Dama sentada en el sofá al lado de la dueña de la casa, y le hablaba en voz baja como á una íntima amiga.

—Comprende que no debes seguir con ella—le decía.—Tú que no puedes soportar que brote una flor en tu jardín, ¿cómo puedes admitir que viva una joven á tu lado? Una joven es siempre un poco de animación y de alegría, y esto no puede convenirte.

—En ello pensaba precisamente.

—Búscala una colocación como señorita de compañía, en cualquiera parte, pero no la tengas aquí.

La Dama de la Pena se levantó para despedirse, y añadió:

—He aquí lo que tenía que decirte. ¿Y cómo vas?

—Cuchillos y tijeras trabajan día y noche en mi corazón —contestó la señora Hede.—Mientras que *él* está aquí, no vivo sino con él, no pienso sino en él. Y esta vez es peor que nunca. No es soportable la existencia...

De repente Ingrid se estremeció: era la campanilla de la señora Hede que sonaba. Estaba tan absorta en sus fantasías, que se asombró al encontrar á la anciana sola y al ver que no había ningún trineo parado en la puerta. La señora había llamado para que viniera Stava, pero ésta no acudía. Rogó á Ingrid que fuese á buscarla.

Bajó Ingrid. El cuartito de cortinas blancas y azules estaba vacío. Fué á la cocina; pero, al ir á abrir la puerta, oyó la voz de Gunnar Hede. Se quedó inmóvil, porque la vista del loco le era odiosa. Pero trató de vencer tal sentimiento. ¿Tenía el pobre demente la culpa de no ser el que ella había esperado? ¿No debía tratar de hacer algo por él, aunque no fuese otra cosa que convencerle para que se quedara en casa? Antes no le inspiraba esta aversión, ¡y era tan poco temible!

Se inclinó y miró por el agujero de la cerradura.

Hede estaba sentado á la mesa y comía. Allí, como en otras partes, las criadas se burlaban de él. Preguntábanle con quién iba á casarse. Hede sonrió. Estaba contentísimo de hablar.

—Se llama ella Lirio de tumba. Bien lo sabéis.

No, no sabían que tuviese un nombre tan bonito.

—¿Dónde vive?

—No tiene casa, no tiene hogar—dijo.—Su casa es mi saco.

La criada contestó que ciertamente era una buena casa. Pero, ¿cuáles eran sus padres?

—No tiene padre, ni tiene madre—dijo Hede.—Pero es fina como una flor; ha brotado en un jardín.

Hasta aquí, sus palabras fueron bastante inteligibles; pero, cuando quiso describir la belleza de su novia, no acertaba á explicarse; las palabras se mezclaban confusamente en sus labios. Su razonamiento se perdía. Sin embargo, era feliz. Sonreía é irradiaba.

Ingrid huyó precipitadamente. No podía sufrir más tiempo aquella vista. Pero apenas estuvo en la escalera, asaltáronla los remordimientos. ¡Cuántas mercedes había recibido bajo aquel techo! Y he aquí que no quería dar nada en pago.

Para combatir su aversión, trató de figurarse á Hede transformado en señorito. ¿Cómo estaría bien peinado y bien vestido? Cerró los ojos para verle mejor. Pero no vió nada. De pronto, el rostro amado surgió en la penumbra, con singular nitidez. Esta vez, el rostro no sonreía. Los labios temblaban de dolor. Un sufrimiento indecible había trazado profundas líneas en los dos ángulos de la boca. Ingrid, parada en medio de la escalera, contemplaba aquel rostro que flotaba cerca de ella, tan imposible de coger como la placa de sol que cae del prisma tallado de una araña, pero tan visible y tan real. Los labios se movían en silencio.

—No me dejes marchar—decía en su angustia.—No me dejes marchar.

Si alguien se hubiera arrojado á sus pies, pidiéndole la

vida, no se hubiera conmovido más. Sus labios no cesaban de suplicar:

—No me dejes marchar.

Ingrid, siempre inmóvil, temblaba de piedad. No se trataba de la vida solamente. Tratábase, sin duda, de la salvación del alma. Sus labios, por fin, se callaron y permanecieron entreabiertos, como fatigados y entontecidos. Ante semejante expresión, Ingrid lanzó un grito y se tambaleó. Reconocía la cara del loco, tal como acababa de verle.

—¡No, no!—exclamó,—no es posible que sea así; tal vez no es así, no quiero. ¡No es posible que sea él!

Permaneció quizá una hora llorando en la escalera glacial. Pero, poco á poco, su desaliento cedió el puesto á la esperanza, á una esperanza clara y confortante. No se atrevió á levantar la cabeza. ¿No significaba todo lo que ocurría que debía salvarle? Para esto había sido llevada á Munkyttan, para la felicidad de devolverle á la vida.

Mientras tanto, en el saloncito, hablaban Stava y la señora de Hede. La anciana suplicaba á Stava, con desgarrador acento, que convenciese á su hijo para que se quedara aún algunos días. Stava esforzábase en guardar una actitud rígida.

—Se le puede rogar—dijo;—pero Vuestra Merced sabe muy bien que nada ni nadie le detiene cuando se quiere marchar.

—Tenemos bastante dinero. No tendría necesidad de continuar... No puede usted, Stava, decirle...

En este momento, la puerta pareció abrirse sin ruido ante Ingrid. Se deslizaba por el piso con pasos ligeros. Sus ojos brillaban, como si vieran á lo lejos algo hermoso.

La señora de Hede frunció un poco las cejas. Sintió el deseo de ser cruel á su vez.

—Ingrid—dijo,—acércate. Necesito hablarte de tu porvenir.

La joven había cogido su guitarra, y se disponía á salir de la habitación.

—¿De mi porvenir?—dijo ella, pasándose la mano por la frente.—Mi porvenir está ya decidido.

Y salió sin añadir una palabra.

La señora de Hede y Stava se miraron sorprendidas. Después discutieron un poco para saber adónde enviar á la joven.

Pero cuando Stava entró en su cuarto, encontró á Ingrid que cantaba canciones y tocaba la guitarra. Hede, sentado frente á ella, la escuchaba con el rostro como bañado de sol.

Desde el momento en que Ingrid reconoció á su estudiante en el pobre loco, no tuvo otro pensamiento que curarle. Pero era una ruda tarea, y no sabía cómo hacer.

Por de pronto, era preciso que se quedase en casa. Consiguiólo ella sin demasiada dificultad. Para oirla tocar todos los días algunas piezas en el violín ó la guitarra, la esperaba pacientemente de la mañana á la noche en el cuarto de Stava.

Ingrid esperaba que pronto entraría en las otras habitaciones; pero él no se atrevía. Ella se aferró, y le dijo que no la oiría él más si no venía á la sala. Persistió ella durante dos días; pero de nuevo preparó él su marcha, y la joven tuvo que ceder. Tenía él predilección por ella, era evidente, pero no podía sacrificarle nada de su temor.

Rogóle Ingrid que se quitase la pelliza de campesino y se pusiera una americana. Consintió él, pero al día siguiente volvió á ponerse la pelliza. Se la escondieron: cogió entonces la del criado. Había que dejarle hacer. Su miedo no le abandonaba. No permitía que nadie se le acerse demasiado. La misma Ingrid no podía sentarse á su lado.

Un día quiso ella recabar de él la promesa de no volver á saludar al gato. No era muy difícil lo que pedía, puesto que no exigía que cesara de saludar á los caballos y á los perros. ¿Pero cómo podía él asustarse de un gatito?

—Sí—contestó él,—es una cabra.

—No—dijo Ingrid,—no es una cabra, porque no tiene cuernos.

Esta respuesta le agradó: había hallado una definición que le ayudaría á distinguir las cabras de los otros animales.

Al dia siguiente, pasó arrogantemente junto al gato de

Stava. «Esta cabra no tiene cuernos», dijo riendo. Y fué á sentarse en el sofá para oir tocar á Ingrid. Pero á los pocos momentos pareció agitado, se levantó, acercóse al gato y le hizo una reverencia. Ingrid se desesperó. Cogióle por un brazo y le sacudió. Entonces él huyó y no apareció hasta el día siguiente.

—Hija mía—dijo la señora de Hede,—haces lo que yo, vas á asustarle y no se atreverá á volver. Más vale dejarle tranquilo. Con que siga en casa, nos basta.

Ante aquel hombre, en un tiempo tan amable y hoy oculto y como abismado en la piel del loco, Ingrid se desesperaba. ¿Tendría que pasarse la vida tocando los aires del abuelo ciego?

A veces le contaba cuentos. Y á veces, en medio del relato, el rostro de Hede se iluminaba, y hacía una observación discreta. Un hombre sensato no hubiera podido percibir nunca lo que él percibía. No hacía falta más para devolver á la joven el valor y la esperanza.

Era un atardecer; elevábase la luna; el suelo estaba cubierto de blanca nieve; el lago helado era gris y brillante. Los árboles se destacaban en negro sobre un cielo que el sol poniente inflamaba. Ingrid bajaba hacia el lago para patinar. Iba por un senderito á través de la nieve. Gunnar Hede la seguía. Había en la actitud de éste algo sumiso que hacía pensar en un perro detrás de su amo. Ingrid tenía aspecto de cansancio. Sus ojos carecían de brillo, su tez estaba pálida. Preguntábase si el día que iba á morir estaba contento de sí mismo, y si era de satisfacción por lo que encendía aquel atardecer rojo. En cuanto á ella, aquel día no le dejaba ningún motivo de contento: ni en aquel día, ni en ningún otro, tuvo ella ocasión de encender una hoguera de alegría. Llevaba un mes de tratamiento con Hede, y no había adelantado nada. Sentíase angustiada. ¿No se gastaría su amor en aquella vana lucha? Empezaba á olvidarse del estudiante para no pensar sino en el enfermo. El amor se despojaba de toda su ligereza y hermosura. No quedaba más que una gravedad pesada.

Cada paso que daba avivaba en ella su desesperación. No sabía qué hacer; tal vez valiera más declararse vencida y cesar en los esfuerzos. ¡Qué tortura, Dios mío, la de pensar que tras ella caminaba un sér robusto, sano de aspecto, y, sin embargo, incurable.

Llegaron al lago, y la joven se puso los patines. Quería que Hede la acompañase, y le ató los suyos; pero él no pudo guardar el equilibrio en cuanto se encontró en el hielo. Se sentó en una piedra á orillas del lago. Ella le dejó.

Frente á la piedra en que estaba sentado Gunnar Hede, había un islote cubierto de arbustos sin hojas. Servíales de fondo el cielo intensamente rojo de la tarde. Las ramas finas y ligeras de los árboles se entrelazaban en aquel cielo rojo con una belleza que impresionaba.

Un detalle particular nos hace á menudo reconocer todo un paisaje. Munkyttan se gravaba en la memoria con aquel islotillo. Hubiérase estado ausente años, y siempre se habría reconocido el islote que tendía en aquel momento hacia el sol poniente sus coronas de árboles negros.

Hede miraba al islote, el fino ramaje y, en rededor, el hielo como un espejo. No habría lugar en toda la finca que conociera mejor. Tras un momento de contemplación, empezó á mirar la isla sin pensar en ella, como se hace con los objetos familiares. Permanecía con la mirada fija; nada la perturbaba, ningún sér humano, ningún soplo de viento. Ingrid había desaparecido á lo lejos sobre el hielo.

Una paz inmensa se apoderó de Gunnar Hede; el mismo reposo que se siente en medio de las cosas íntimas del hogar.

Aquel islote exhalaba una tranquilidad y una paz perfectas que calmaban su eterna inquietud. Persuadido de que estaba siempre rodeado de enemigos, Hede no había sentido, desde hacía muchos años, la calma que le hubiese permitido olvidarse de sí mismo.

Mientras que estaba sentado en aquella piedra, sumido en vagos pensamientos, hizo un movimiento maquinal. Levantóse

y se puso á patinar. Lo hacía tan inconscientemente como, al comer, se lleva uno á la boca el tenedor ó la cuchara.

Patinaba. El hielo estaba excelente. «Hermoso hielo—se dijo;—me asombra que no haya venido yo hasta ahora. Pero ayer me parece que estuve patinando. No faltaré un día, mientras que duren las vacaciones.»

¿Fué porque Gunnar Hede volvió, sin darse cuenta, á una de sus costumbres favoritas de otro tiempo, por lo que se despertó en él una parte de su antigua naturaleza? Recuerdos ó ideas que se referían á su antigua existencia emergieron á la superficie de su conciencia, mientras que todos los pensamientos concernientes á su enfermedad se hundieron en el olvido.

Siempre sin pensarlo, trazó una larga curva por el lago y dobló un promontorio puntiagudo. Después de haberle doblado, recordó que lo doblaba siempre para ver si había luz en la ventana de su madre. «Dirá que ya es hora de volver, pero que espere un momento. El hielo está hoy demasiado bueno.»

El movimiento y el aire puro despertaban en Hede vagas sensaciones de bienestar. En las noches de luna es cuando hay que patinar. Gustaba de ese dulce paso del día á la noche. La luz no ha desaparecido aún por completo, y la calma inmensa reina ya: lo mejor del día se une con lo mejor de la noche.

Había allí otro patinador, ó más bien una patinadora. No sabía él si la conocía; pero, por curiosidad, se dirigió hacia ella. No, no la conocía; pero, no obstante, Hede la dijo al pasar unas palabras sobre la bondad del hielo.

La extranjera era seguramente una señorita de la población, y que no estaba acostumbrada á que la dirigiesen así la palabra. Había parecido aterrada. Pero preciso era confesar que iba él chuscamente vestido; ¿pues no llevaba un traje de campesino? No la volvería á asustar; cambió de dirección. El lago era suficientemente grande para dos.

Ingrid había estado á punto de lanzar un grito de sorpresa. Habíale visto venir hacia ella en una curva elegante, con los brazos cruzados sobre el pecho, con las alas de su sombre-

ro blando levantadas, y los cabellos, que de ordinario colgaban y le tapaban las orejas, echados hacia atrás. La voz con que la había hablado era la de un hombre bien educado; ni casi se percibía en ella el acento dalecarliano.

Ingrid no se paró á pensar. Se precipitó hacia tierra. Anhelante entró en la cocina, impaciente por dar la noticia, y no sabiendo cómo anunciarla.

—¡Stava, Stava! ¡El señorito ha vuelto!

No había nadie en la cocina. La joven fué al cuarto de la sirvienta. Nadie tampoco. Recorrió toda la casa, entró en habitaciones en las que nunca había puesto el pie, gritando siempre:

—¡Stava, Stava! ¡El señorito ha vuelto! ¡Ha vuelto!

Estaba fuera de sí. En el descansillo del piso superior, continuó gritando, mientras que las dos criadas, Stava y la señora la rodeaban. Y, harto agitada para callarse, no hacía más que repetir la misma frase.

No se engañaron sobre lo que quería decir. Las cuatro mujeres parecían trastornadas como ella, con las facciones desencajadas, las manos temblonas. Ingrid se dirigía de la una á la otra, aturdida. Quería dar explicaciones y órdenes; pero buscaba en vano sus palabras.

La señora Hede, con voz baja y temblona, dijo:

—Luz y fuego en el cuarto del señor, y que saquen su ropa del armario.

No era la ocasión de manifestar orgullo; sin embargo, con tono un poco seco contestó Stava:

—El cuarto del señor siempre tiene fuego, y la ropa del señor le espera.

—Ingrid subirá—dijo la señora de Hede.

La joven no la oyó. Fué á la sala y se puso á la ventana, sollozando y temblando. Enjugábase á cada instante los ojos para mirar la llanura de nieve que se extendía bajo las ventanas. Si pudiera contener las lágrimas, le vería seguramente á la esplendorosa luz de la luna.

Y le vió.

—Allí, allí—gritó ella á la señora Hede.—Va de prisa, corre. Mire usted.

La anciana se había sentado junto al fuego. Permanecía inmóvil. Toda su atención se había concentrado en sus oídos. Suplicaba á Ingrid que guardase silencio, á fin de oir los pasos de su hijo. Sí, Ingrid se dominaría. Se apoyó en los cristales, y le repetía:

—Hay que estar callada, callada.

La señora, inclinada hacia adelante, escuchaba con toda su alma. ¿Oía los pasos en el patio? ¿Temía tal vez que se dirigiese á la cocina? Ingrid comprendía que la anciana no se atrevía aún á creer que tomara otro camino. ¿Oía crujir los escalones? ¿Oía abrirse bruscamente la puerta del recibimiento? ¿Oía subir rápidamente la escalera del primer piso? ¡Dos, tres escalones á la vez! ¿Oía la madre aquellos pasos, que no eran ya pasos de campesino lentos y pesados?

Con una tensión casi dolorosa, oyéronle acercarse á la puerta de la sala. Su entrada les hubiera arrancado probablemente un grito á las dos. Pero pasó, cruzó el vestíbulo y se dirigió á su cuarto.

La señora se reclinó en el sofá, y sus ojos se cerraron. Ingrid se dijo que la anciana hubiera tal vez querido morirse en aquel momento. Sin abrir los ojos, la anciana extendió la mano. Ingrid la cogió. La señora Hede la atrajo.

—No llores más ahora—murmuró.—Toma un taburete y siéntate aquí junto al fuego. Debemos estar tranquilas, Ingrid. Hablemos de otra cosa. Es preciso que estemos muy tranquilas cuando él entre.

Gunnar entró al cabo de media hora. Encontró el té servido y encendida la lámpara. Se había puesto su traje. Ingrid y la señora Hede se estrecharon la mano fuertemente. Habíanse hecho á la idea de verle entrar. No se podía prever lo que diría ó haría él. Pero dijera ó hiciese lo que quisiera, ellas permanecerían tranquilas.

Ingrid, en efecto, se había tranquilizado. Un profundo sentimiento de felicidad había calmado su agitación. Parecíale subir á la beatitud celestial: reposaba descuidada en los brazos de los ángeles que la llevaban.

Pero Gunnar Hede no mostró ninguna violencia:

—Vengo solamente á decir—manifestó—que he cogido un fuerte dolor de cabeza, y que me iré á acostar en seguida. Lo he sentido en el hielo.

La madre no contestó nada. No estaba preparada para una cosa tan sencilla. Necesitó un momento para comprender que su hijo ignoraba su enfermedad y que vivía en lo pasado.

—Pero ¿podré tomar una taza de té?—añadió él, un poco sorprendido del silencio.

La anciana se acercó á la bandeja. Él la miró:

—Tú has llorado mamá; ¿por qué estás tan callada?

—Hemos hablado de una historia triste mi amiguita y yo—dijo ella indicando á Ingrid.

—¡Oh! perdón—dijo él.—No había reparado...

La joven se mostró á la luz, bella como una persona que sabe que las puertas del cielo van á abrirse de par en par ante ella.

Hede se inclinó no sin cierta rigidez. Era evidente que no la conocía. La anciana la presentó.

Él miró rápidamente á Ingrid.—Hace un momento he visto patinando á esta señorita—dijo.

No sabía nada de ella; no la había hablado nunca.

***

Siguieron unos días felices. Gunnar Hede no estaba sin duda completamente curado; pero las que le amaban tenían la dicha de creer que lo estaría poco á poco. Su memoria parecía en parte abatida. Se le escapaban largos períodos de su vida; no sabía ya tocar el violín; sus conocimientos estaban casi borrados, y su cerebro estaba tan débil que no quería leer ni es-

cribir. Sin embargo, estaba mucho mejor: no temblaba de miedo; amaba á su madre, y había recobrado los modales y costumbres de un hombre distinguido. La señora Hede y todos en la casa estaban contentísimos.

Hede estaba de un humor delicioso: siempre animado, siempre alegre; no se cansaba el cerebro; deslizábase sobre todo lo que no podía comprender; evitaba hablar de todo lo que exigiera el menor esfuerzo de inteligencia; pero hablaba alegremente.

Gustaba de los ejercicios físicos. Llevaba á Ingrid en trineo y á patinar. No le hablaba mucho, pero ella era feliz con acompañarle. Era él amable con ella como con todo el mundo, pero no experimentaba hacia ella ningún sentimiento amoroso.

Pensaba mucho en su novia; preguntábase por qué no le escribía. Pero esta preocupación, como las demás, parecía resbalar sobre él. ¡Sacudía tan pronto los pensamientos importunos!

Ingrid comprendía que no sería así como llegaría á la plena curación. Necesitábase á toda costa hacerle reflexionar y obligarle á entrar en lo que parecía temer. Pero no se atrevía á hacerlo; tampoco los demás; que la ternura se despertase en él, y entonces tendría ella ese valor. Por el momento, no tenían necesidad sino de una cosa: de un poco de felicidad.

CAPITULO V

Por entonces ocurrió la muerte de un hijo del Vicario de Raglanda, en cuya casa vivió Ingrid. El sepulturero estaba abriéndole la fosa cerca del lugar en donde abrió el año último la de Ingrid. Y, al llegar á unos cuantos metros de profundidad, la casualidad le hizo poner al descubierto un ángulo del ataud.

Al verle, el sepulturero pensó en las historias que habían

corrido sobre la muerta. Díjose que el día mismo del entierro se había presentado en el presbiterio. Como la mujer del Vicario era bastante mal vista de los feligreses, era probable que se hubiese aprovechado la ocasión para hablar de ella. El sepulturero se decía que, verdaderamente, las gentes no tienen la menor idea de la manera con que los muertos quedan aprisionados bajo tierra.

Interrumpióse de pronto en medio de sus reflexiones. Sobre el ángulo del ataúd que acababa de descubrir, la tapa parecía un poco torcida, y poco apretado uno de sus tornillos. Se quedó mudo, suspendió su trabajo y se puso á silbar. Silbó toda la marcha del regimiento de Vermland, porque había sido soldado.

Después se dijo que era preciso de todo punto aclarar aquello. Un sepulturero no tiene derecho á crearse pensamientos raros sobre los muertos que podrían perturbar poderosamente las sombrías noches del otoño. Aprisa, socavó la tierra, y dió en el ataúd con una azada.

El féretro respondió claramente que estaba vacío, vacío, vacío.

Media hora después, el sepulturero se presentó en casa del Vicario. Hubo gran conmoción y discusión. Lo único en que se estuvo de acuerdo fué en que la joven había sido escondida en el saco del buhonero. Pero, ¿adónde fué después?

La señora Ana Stina estaba junto al horno en donde se ocupaba de la cocción del pan, porque de nuevo se preparaban funerales en la casa. Escuchó durante un rato todas las suposiciones que se hacían. Silenciosa, no le interesaba sino su trabajo, y no se cuidaba sino de que no se quemasen los panes. A cada momento, metía y sacaba la masa del horno, y su larga pala mantenía á todo el mundo á respetuosa distancia. De pronto se la vió quitarse el delantal de cocina, limpiarse como pudo el sudor y las manchas de carbón de la cara, y adelantarse hacia el Vicario...

A nadie le chocará después de esto, que un día de Marzo se

viese que se paraba ante la escalinata de Munkyttan un trineo, pintado de rojo, con tulipanes verdes, tirado por un caballejo bayo. El Vicario había ido á buscar á Ingrid. Era preciso que volviese en seguida á la casa, al lado de la madre. No decía que se alegraban de encontrarla viva, ni nada por el estilo, pero se le leía el gozo en la cara. No se habían perdonado nunca su falta de ternura con su hija adoptiva; así es que rebosaba de felicidad al pensar que iba á reanudar la vida con ella, y á reanudarla mejor esta vez.

No se aludió para nada á los motivos de su fuga. ¿Para qué desenterrar lo desagradable y atormentarse? Pero Ingrid comprendía que su madre adoptiva había pasado malos días; que había llorado de pesar y remordimientos, y que deseaba vehementemente recobrarla para mostrarse tierna con ella. Comprendía también que no podía negarse á seguir al Vicario; era el único medio que tenía de probar que no los guardaba ningún rencor.

Todo el mundo consideró natural que volviese á Raglanda por una semana ó dos. No podía alegar que la necesitaban en Munkyttan. Tan corta ausencia no había de perjudicar nada á Gunnar Hede. Parecíale muy rudo marcharse; pero, puesto que todo el mundo parecía desearlo, no tenía más que obedecer. Salió, pues, de Munkyttan, y se internó en el bosque. Tal vez no habían querido retenerla, por pura bondad. Tal vez habían pensado que su juventud y su deseo de vivir aspiraban á salir de la soledad. Tal vez habían temido que estuviese cansada de hacer de loquera. Alzó las manos para empuñar las riendas y guiar el caballo. Pero estaba ya á tres leguas de distancia de Munkyttan cuando se le ocurrió aquella idea. El gran mutismo de la naturaleza le dió la impresión de que andaba á tientas para encontrar el camino en los laberintos del bosque. Ningún sér la aconsejaba, ni los hombres, ni los pinos, ni los abetos, ni los escarabajos, ni los buhos.

***

Nada importa saber lo que fué su vida en casa del Vicario. Estaba muy bien, creía ella. ¿Qué importaba? Hubiéranla llevado á un palacio y á un jardín mágico, y hubiera sido lo mismo. Ningún lecho, por blando que sea, sirve de reposo para el que sufre de nostalgia.

Los primeros tiempos, pedía humildemente, todos los días, que la dejasen volver á Munkyttan, ya que había tenido la alegría de ver á su madre y á sus hermanos. Pero le oponían el estado de los caminos. Había que tener paciencia, y esperar á que el deshielo hubiera hecho transitables los caminos. ¿No era verdaderamente una cuestión de vida ó muerte para ella volver con los moradores de Munkyttan?

Ingrid no comprendía por qué se enfadaban cuando hablaba de su vuelta á casa de Hede. Pero el solo nombre de Munkyttan ponía de mal humor á su padre, á su madre, á todo el mundo. Puesto que estaba en Raglanda, ¿qué tenía que añorar?

Juzgó preferible no hablar más de su viaje. Surgían siempre nuevos obstáculos; parecía que la rodeaban de paredes, de fosos, de cercados. Había mucho trabajo. Había que arreglar ropas y cuidar del jardín. ¿No querría marcharse antes de la fiesta onomástica que se preparaba? Y, ¿cómo irse antes de la boda de su amiga Karina Landberg?

No le quedaba á Ingrid otro recurso que rogar á la primavera que apresurase su obra. No le quedaba más que implorar sol y calor; que suplicar al dulce sol que enviase sus penetrantes rayos á través de las ramas nivosas del bosque, que se extendían en la frontera dalecarliana. ¿Qué importaba que hubiese aún un poco de nieve en el valle, si las alturas estaban limpias y practicables los senderos de los bosques, si los sirvientes podían subir con el ganado á las chozas de las montañas, si las marismas estaban secas, y si el camino forestal, en una mitad más corto que la carretera, estaba al fin libre?

¡Ah! ¡Que estuviese libre ese camino! Y la joven conocía á una persona que no esperaría ni caballo ni coche. Saldría en una noche clara y sin pedir permiso á nadie.

Todo el mundo esperaba la primavera. Pero Ingrid comprendía que nunca la había deseado tanto. Su espera de otros tiempos no merecía el nombre de deseo. Antes, deseaba volver á ver las hojas verdes y las anémonas, y oir el canto de los mirlos y el llamamiento de los cucos. Niñadas, ni más ni menos. No sabe desear la primavera el que no sueña sino con las cosas bonitas. Pero ella hubiera besado la primera mota de tierra que saliese de la nieve. Se hubiera picado sus dedos en la primera hoja arrugada de la ortiga, para imprimirse en la piel la certeza de que ya estaba allí la primavera.

Todo el mundo estaba cariñosísimo con ella. Aunque ya no hablase, todos pensaban que deseaba marcharse.

—No comprendo que quieras volver á cuidar de un loco—dijo un día Karina Landberg.

Leía en los pensamientos de Ingrid.

—¡Oh! Ya no piensa en eso, se ha concluído—se apresuró á decir la mujer del Vicario, antes de que Ingrid hubiera tenido tiempo de abrir la boca.

Cuando Karina se marchó, la mujer del Vicario interpeló á Ingrid:

—A todos choca que puedas dejarnos.

Ingrid no contestó nada.

—Se dice que, tal vez, desde que Hede está mejor, te has enamorado de él—añadió la madre adoptiva.

—¡Oh! Desde que está mejor, no—dijo Ingrid sonriendo.

—Sea como quiera, no es un partido para ti—dijo la madre.—Tu padre y yo hemos hablado, y somos de opinión que en tu interés conviene que te quedes con nosotros.

—Son ustedes muy buenos al querer tenerme—dijo Ingrid.

Afectábale verdaderamente mucho tal prueba de bondad. Pero sus padres adoptivos no parecían tener confianza en su sumisión. Y la madre volvía á la carga.

—Si te necesitaran allí, te habrían escrito—decía.

Ingrid sonrió nuevamente. Su madre adoptiva no podía figurarse los mensajes que recibía ella. Se hubiera sofocado.

Aquellos mensajeros eran los sueños de sus noches y las visiones de sus días. *Él* hacía saber á Ingrid que la necesitaba. ¿Ignoraba ella que estaba en camino de volver él á su locura? Si hubieran ido á decírselo, hubiera contestado que lo sabía.

Quien mirase los ojos de estrella de Ingrid, no podía pensar un instante que viviera tranquila en Raglanda.

Cierto es que no es difícil ver si una persona está contenta en donde se halle ó siente nostalgia. Basta con sorprender la chispa de felicidad que brota en sus ojos cuando vuelve del trabajo ó cuando se instala al lado del fuego. En los ojos de Ingrid no aparecía esa chispa sino cuando veían el arroyo crecido que bajaba de la montaña bailando. Parecía abrirle el camino.

La primavera es tardía en el Vermland. Por la tarde hace sol y calor, y al día siguiente, por la mañana, el suelo está blanco de nieve. Las grosellas y los prados verdean bien, pero los árboles permanecen desnudos y sus botones se empeñan en no abrirse.

Por Pentecostés, la primavera había llegado al valle, pero sin complacer los deseos de Ingrid. En ninguna parte había sido llevado el ganado al monte; las chozas seguían desiertas; ninguna marisma estaba seca. Nadie podía aún tomar el sendero á través del bosque.

El día de Pentecostés, Ingrid estaba en la iglesia con su madre adoptiva. Los días de fiesta solemne iban en coche. En otro tiempo, Ingrid se alegraba mucho de llegar así á la plaza de la iglesia, mientras que los que esperaban apoyados en la pared ó á orilla del camino se descubrían y se apartaban los que estaban en medio. Hoy nada le agradaba. «La nostalgia quita su perfume á la rosa y su brillo á la luna», dice el proverbio.

Las palabras que aquel día oía en la iglesia la confortaban. Era grato saber que un regocijante y divino milagro consoló á los discípulos de Cristo de sus pesares nostálgicos.

Mientras que Ingrid y los demás fieles estaban todavía en

el templo, acercóse un alto dalecarliano. Llevaba una pelliza y á cuestas su pesado saco de mercancías, como si fuera incapaz de distinguir el verano del invierno, los días de trabajo de los de fiesta. No entró en la iglesia, sino que fué al cementerio, pasando con precauciones junto á los caballos que aguardaban, atados. En el cementerio se sentó en una tumba, y pensó en todos los muertos que dormían allí y en la muerta que se había despertado. Allí seguía cuando los fieles salieron.

El novio de Karina Landberg fué uno de los primeros en verle. Por curiosidad ó por otro motivo, se le acercó. Quería ver si efectivamente Hede habia vuelto á su locura. Era indudable. Hede se apresuró á contarle que esperaba á una muchacha, llamada Lirio de Tumba, y que tocaba de manera que hiciese bailar al sol y á las estrellas.

El joven dijo entonces al loco que encontraría á la que buscaba en la plaza de la iglesia. No tenía más que levantarse, y, desde donde estaba, la vería, y que ella se alegraría indudablemente mucho también de encontrarle.

La mujer del Vicario y la joven subían al coche cuando acudió el dalecarliano. Acudía, á pesar de todas las reverencias que hacía á los caballos, y agitaba la mano á fin de retener á Ingrid. Paróse ésta. ¿Era mayor su contento de volverle á ver, que su desesperación al encontrarle otra vez loco? El mundo que la rodeaba no existía ya para ella. Todos la miraban. Permanecía inmóvil. Pero los que observaban podrían creer que el que venía hacia ella era un hombre maravilloso, por la radiante expresión de la joven. Creyóse más adelante en uno de esos secretos que, en las profundidades de la inconsciencia, ligan las almas.

Como Hede estaba ya cerca, la madre adoptiva de Ingrid, que no quería semejante encuentro á la vista de la gente, cogió á la joven, la alzó con vigoroso impulso, y la metió en el coche; el cochero fustigó los caballos. Resonaron unos gritos salvajes y terribles. La mujer del Vicario dió gracias á Dios por haber tenido tiempo de llevarse á Ingrid.

Por la tarde, un campesino fué al presbiterio para hablar al pastor. Era respecto al loco dalecarliano, que se había puesto furioso, y al que hubo necesidad de atar. ¿Qué les aconsejaba el pastor?

El pastor les aconsejó sencillamente que se lo llevaran á su casa, á Munkyttan.

Por la noche se lo dijeron á Ingrid. Esperaban que ante la verdad sería razonable. Pero aquella misma noche Ingrid comprendió que no podía esperar á la primavera. Marchó por la carretera que conducía á Munkyttan, pero que era el doble de larga que el camino del bosque.

***

Era el lunes de Pentecostés; al atardecer, Ingrid caminaba por la carretera. Atravesaba una región clara: colinas bajas, grupos de árboles entre los campos, y á veces macizos de arbustos. Varios estaban con tiernas hojas; las cunetas estaban llenas de un agua límpida que murmuraba, y en la que brillaban en el fondo relucientes piedras. Ingrid se afligía al pensar en la locura de Hede, y se preguntaba con angustia lo que podía hacer por él, si es que pudiera hacer algo, y si no había abandonado inútilmente la casa de sus padres adoptivos.

Estaba cansada y tenía hambre. ¿No valía más desandar el camino? ¡Estaba tan lejos el término!

Cuanto más avanzaba, más aumentaban su pesar y desaliento. ¿Para qué ir á Munkyttan, puesto que Hede estaba completamente loco? Pero, cada vez que estaba á punto de volverse atrás, veía al lado de su cara, cerca de su mejilla, la cara de Hede como tan á menudo la viera otras veces. Entonces creía ella que él la llamaba, y le volvía el valor con la certeza de que le curaría.

En uno de los momentos en que Ingrid, recobrando confianza, levantaba la cabeza, vió un raro espectáculo. Ante ella marchaba un caballejo arrastrando un carricoche, en el que se

erguía una mujer gordísima, mientras que un hombre flaco, de largos bigotes, marchaba al lado del vehículo.

Aquí, en los campos, en donde nadie entendía nada de bellas artes, el señor y la señora Blomgren—pues eran ellos—esforzábanse en divertir á los burgueses. El carricoche llevaba un toldo, y nadie hubiera sospechado que conducía aparatos de fuegos artificiales, útiles de prestidigitación y los muñecos de un guiñol.

Nadie hubiera sospechado tampoco que aquella burguesa gorda del carricoche fuera la antigua miss Viola que, en otro tiempo, voló por los aires, y que aquel hombre de aspecto militar, un antiguo soldado sin duda, era el propio M. Blomgren, que á veces, para amenizar la monotonía del camino, volteaba por encima del caballo y ventrilocuaba con los chorlitos y los mirlos.

El caballo, un caballejo que había servido en un tío-vivo, no quería andar sino al són de la música. Así es que la señora Blomgren, desde lo alto del vehículo, tocaba una dulzaina, que escondía cuando pasaba alguien, para que no los tomasen por artistas. Iban despacio, pero no tenían prisa. El violinista ciego que les acompañaba iba un poco atrás, guiado por un perrito. Los Blomgren no querían que tuviese lazarillo, porque les hubiera recordado penosamente á la pequeña Ingrid.

Por aquella época del año, los Blomgren estaban de campo. Gozaban de la primavera. Sacrificaban, para disfrutar de ella, los beneficios que hubieran tenido en las poblaciones. Pero cuando se tiene alma de artista, no se repara en semejantes sacrificios. No reconocieron á Ingrid, y ésta pasó de largo sin saludarlos, porque tenía prisa y no quería que la entretuviesen. Pero se dijo que había hecho mal y que era una ingratitud, y volvió sobre sus pasos.

Si, en aquel momento, Ingrid hubiera podido sentir alegría, la hubiese tenido al ver el gozo de aquellos dos viejos. Entablóse una larga conversación. El caballejo volvía la cabeza á cada momento por ver lo que sucedía á sus caballos de madera.

Cosa curiosa; Ingrid fué la que más habló. Los Blomgren observaron desde luego que había llorado, y se afligieron tanto, que tuvo que contarles toda su historia.

Era un consuelo confiarse á aquellas gentes que tenían su manera de considerar las cosas. Aplaudieron cuando les contó cómo había salido de la tumba y cómo asustó involuntariamente á la mujer del Vicario. La felicitaron por haber dejado el presbiterio. Para ellos no existía nada pesado y penoso. Todo les parecía sonriente y fácil. Comparaban lo que oían con las comedias de sus muñecos. También se ponía en las pantomimas un poco de tristeza, un poco de infelicidad. Esto servía para dar realidad. Y, naturalmente, todo acababa bien. Todo, en las pantomimas, concluye siempre bien.

Había algo contagioso en su confianza. Ingrid veía bien que no comprendían toda la extensión de la desgracia que la afligía; pero cobraba ánimos escuchándoles.

Además le fueron de positiva ayuda. Dijéronla que en la posada de Torsaker, en donde habían comido, unos campesinos habían llevado un loco. Como la señora Blomgren no podía soportar la vista de los locos, quiso marchar en seguida, y Blomgren la obedeció. Pero sin duda era el loco de Ingrid.

Ingrid lo pensó así, y se dispuso á alejarse. Pero entonces Blomgren preguntó á su mujer, con voz solemne, si no habían dejado la ciudad únicamente para respirar el aire primaveral, y si, por consiguiente, no les era indiferente seguir un camino ú otro. Y la mujer de Blomgren preguntó de una manera tan patética á su marido si había pensado que abandonara á Ingrid hasta que la querida niña hubiese llegado á puerto de salvación.

Y el caballejo del tío-vivo dió la vuelta, y la conversación se hizo más dificultosa, porque había que tocar la dulzaina. Cuando la señora Blomgren tenía que decir algo, tendía el instrumento á su marido; y, cuando éste á su vez quería hablar, se lo devolvía á su mujer, y el caballejo se paraba cada

vez que el instrumento pasaba de una mano á otra. Las buenas gentes decían palabras consoladoras para el corazón de Ingrid. Recordábanle cuentos que ella había visto representar en el guiñol. Confortábanla con el ejemplo de la Bella del Bosque Durmiente, con el de la Cenicienta y con otros cuentos, con todos los cuentos del mundo.

Los Blomgren vieron por fin brillar los ojos de Ingrid, «ojos de artista», como repetían, moviendo la cabeza de satisfacción. «Sí, ojos de artista. ¿No lo dijimos siempre?»

El destino parecía darles la razón. ¿No la había llevado aquél al lado de ellos en los momentos en que desempeñaba un papel, un verdadero papel en un verdadero drama? Era el triunfo de su vejez.

Iban todo lo de prisa que podían. Los Blomgren querían saber si el loco no había salido de la posada.

No había salido, y lo peor era que no sabían cómo hacerle salir.

Los dos campesinos de Raglanda que le habían llevado, teníanle encerrado en una de las habitaciones, en espera de caballos. Habíanle atado sólidamente las manos á la espalda, pero había logrado desatarse. Y, cuando sus guardianes fueron á buscarle, le encontraron libre y furioso, blandiendo una silla. No habían tenido tiempo sino para cerrarle la puerta y escapar, y ahora esperaban la vuelta del posadero y de sus mozos, para que les ayudaran á atarle.

La esperanza que sus dos viejos amigos habían despertado en Ingrid, no desapareció. Que Hede estuviese más enfermo que nunca, no era una razón para desesperar de curarle. Procedíale el valor, no de los cuentos oídos, sino del cariño que sintió á su alrededor.

Rogó que se abriese la puerta de la habitación. Dijo que conocía á aquel pobre loco, y que seguramente no la haría ningún daño. Pero los campesinos contestaron que no estaban locos ellos. Su prisionero mataría al que entrara sin armas y sin defensa.

Ingrid guardó silencio: reflexionaba. Su encuentro con los Blomgren le parecía providencial. Pensó en la manera que Hede tuvo de curarse la última vez. ¿No se podría, esta vez también, lograr que hiciera una de las cosas que le eran familiares? Pensaba, pensaba.

***

Los Blomgren, sentados en un banco, á la puerta de la posada, tenían una expresión de abatimiento de que no se les hubiera creído capaces. Casi estaban á punto de llorar.

De repente, Ingrid se les acercó sonriendo, como solamente ella sabía sonreir; les hizo unos mimos, y les pidió, como una gran cosa, que le ofrecieran una de aquellas representaciones á las que todos los días asistiera antes. ¡Sería una satisfacción tan grande para ella! Al principio se negaron, porque no estaban en buenas disposiciones artísticas. Pero las sonrisas de la joven los rindieron. Fueron á buscar sus trajes al carricoche.

Cuando estuvieron dispuestos y se llamó al ciego, Ingrid eligió el sitio de la representación. Los llevó al jardín de la posada; porque la posada poseía, á modo de jardín, unas platabandas de tierra desnuda y unos cuadrados en los que nada había germinado aún. Pero había, aquí y allá, algunos manzanos en flor. Ingrid pidió que ejecutaran sus ejercicios bajo uno de aquellos manzanos.

Criados y mozas acudieron á los primeros sones del violín, y formaron corro. Sin embargo, los Blomgren no se sentían de humor de trabajar. Era exigirles demasiado cuando estaban tan tristes. Y ¿por qué Ingrid los había llevado al lugar adonde daban precisamente las ventanas de los cuartos de los huéspedes?

La señora Blomgren estuvo á punto de huir cuando oyó abrirse bruscamente una ventana. ¡Dios mío! ¡Si el loco, exasperado por la música, iría á saltar por la ventana y acometerlos!

Pero se tranquilizó cuando vió á un joven de aspecto muy agradable. Estaba en mangas de camisa. Su mirada era apacible, sus labios sonreían, y se apartaba con las manos el pelo que le caía sobre la frente. Blomgren, entregado á sus ejercicios, no observaba nada; pero su mujer, cuyo papel no consistía sino en lanzar besos, podía mirar en derredor.

¡Qué maravilla ver lo radiante que se había puesto el rostro de Ingrid! Sus ojos brillaban como no habían brillado nunca. Su tez era de una blancura luminosa, y todo aquel esplendor dirigíase al joven que había abierto la ventana.

El joven no lo pensó mucho. Montóse en la ventana y saltó al jardín. Fué en derechura al ciego y le rogó que le prestase el violín.

Ingrid se apresuró á coger el violín de manos del ciego y lo tendió al joven.

—Ahora hay que tocar el vals de *Freischutz*—dijo.

El joven comenzó á tocar, y la muchacha sonreía. Tenía una expresión tan sobrenatural, que la señora Blomgren temía que la joven se convirtiese en un rayo de sol y se desvaneciese. Pero cuando oyó tocar al joven, la señora Blomgren le reconoció:

—¡Ah!—se dijo.—¡Ah! ¡es él!, y por él ha querido ella vernos, á nosotros, pobres viejos, ejecutar nuestros ejercicios...

***

Gunnar Hede, encerrado en el cuarto, se había puesto tan furioso, que hubiera querido matar á alguien; pero, de pronto, oyó tocar el violín bajo su ventana. ¡Era un ciego el que tocaba! Aquella música y aquel ciego le llevaron á una escena de la vida pasada. Preguntóse al principio en dónde podría estar su violín. Después recordó que Olin se lo había llevado. Tenía, pues, que pedir el del ciego, para tranquilizarse, porque se sentía terriblemente agitado.

En cuanto tuvo en sus manos el instrumento, no se le ocu-

rrió que tal vez no sabría tocar. No se acordaba de que hacía años que su violín no respondía más que á dos pobres tocatas. Creyóse en Upsal, ante la casa cubierta por una viña silvestre. Esperaba que los saltimbanquis se pusieran á bailar como la última vez. Trataba de animarlos con su ardor. Pero sus dedos estaban entumecidos y torpes. El arco no obedecía. Gotas de sudor brillaban en su frente. Por fin, encontró la antigua tocata. La tocó de una manera seductora. Pero los gimnastas no bailaron. Había pasado el tiempo y habían envejecido desde el día en que, en Upsal, encontraron al estudiante.

Hede se volvió hacia Ingrid como para preguntarle el motivo de su decepción. Vió los ojos de la joven y le asombró tanto su brillo, que cesó de tocar. Miró en rededor. Todos los del corro le miraban extrañamente inquietos. Le era imposible tocar cuando le miraban así.

Se alejó tranquilamente, y se dirigió á un grupo de manzanos en flor, que se veía en el fondo del jardín. Todo desmentía su idea de hace un momento de que Olin le había encerrado y que estaba en Upsal. El jardín era demasiado grande y la casa no estaba tapizada por la viña. ¿En dónde estaba, pues? Parecíale que no había tocado desde hacía años. Ahora, que tenía un violín, iba á aprovecharse.

Apoyó su mejilla en el instrumento y empezó. Pero de nuevo le paralizó el entorpecimiento de sus dedos. No podía ejecutar las piezas más sencillas.

—Habrá que empezar desde el principio—dijo sonriendo.

Después comenzó un minué. Era lo primero que aprendiera. Su padre se lo había enseñado. Hede recordaba la escena, y la letra del minué: «El principito iba á bailar, pero el piececito se le torció.»

Hede pasó á otros aires de baile. Estos los había tocado de colegial. Habíanle invitado á que fuese á tocar al colegio de niñas durante las lecciones de baile. Recordaba á las niñas saltando y girando, y al profesor que llevaba el compás.

Esto le dió un poco de audacia. Acometió un cuarteto de

Mozart, que lo aprendió cuando era alumno del liceo de Falun. Unas señoras quisieron tocar aquella obra en un concierto; pero el primer violinista cayó enfermo, y confiaron la parte á Hede, á pesar de su juventud, cosa que le enorgulleció mucho.

Hede tenía la impresión precisa de que en su cerebro velaban el pasado profundas tinieblas. En cuanto trataba de recordar, algo se producía el mismo andar á tientas que cuando se busca un objeto en un cuarto oscuro. Pero, á medida que tocaba, se apartaban las tinieblas. Así había llegado á recordar sus años de infancia y de liceo. De nuevo, confió al violín el cuidado de guiarle.

A cada aire nuevo, las tinieblas cedían un poco. El violín llevóle así á través de los años, despertando recuerdos de estudios, de amigos, de placeres. Las tinieblas se alzaban ante él, densas como una pared; pero cuando avanzaba provisto de su violín, le abrían paso. A veces, miraba hacia atrás, como para ver si se cerraban á su espalda.

El violín empezó una serie de dúos para violín y piano. Desde los primeros compases, cayó un gran lienzo de tinieblas: se acordó de su novia y de su tiempo de noviazgo. Quiso detenerse, pero faltábale aún descorrer otros velos.

Se sorprendió tocando un salmo, el cual seguramente lo oyó una vez que estaba triste. Lo oyó en una iglesia rural. ¿Pero por qué estaba triste? Porque en aquel momento recorría la comarca como un pobre buhonero. Era una vida muy dura. Este recuerdo le angustió.

Su arco se puso á correr por las cuerdas como una tempestad, y desgarraba las tinieblas. He aquí el inmenso bosque, las cabras sepultadas en la nieve, y sus extrañas figuras bajo la siniestra blancura. Rehacía con la imaginación su viaje á casa de su novia; rememoraba sus relaciones rotas. Toda esta serie de acontecimientos surgió de pronto del fondo de su memoria. No experimenta ni pesar ni alegría. No le importa sino acordarse. Siente al acordarse una especie de bienestar.

En este momento, el arco se paró y se negó á seguir: las

tinieblas eran demasiado densas. Hede le obligó á continuar, y dos tocatas insignificantes, las más pobres que hubiera oído nunca, salieron del violín. ¿Dónde las había aprendido el arco?

Las tinieblas no retrocedían ante estas tocatas. Pero desprendíase de ellas una angustia como nunca sintiera. Era un terror atroz, todo un horror del alma, el horror de los ángeles caídos.

Se paró. ¿Qué había en aquellas tocatas? Las tinieblas, en vez de apartarse ante su violín, parecían querer cerrarse á su alrededor y sepultarle.

Mientras que tocaba, tenía los ojos entornados; de pronto los abrió para mirar el mundo de la realidad. Entonces vió á Ingrid, que estaba á su lado y que había seguido su música.

Preguntóle, no tanto con la esperanza de una respuesta, como para tener un momento aún las tinieblas á distancia:

—¿Cuándo he tocado esas piezas la última vez?

Ingrid temblaba. Había tomado la resolución de decirle la verdad, sucediera lo que quisiese. Estaba angustiada, pero decidida y llena de valor. No se le escaparía más. No le dejaría deslizarse lejos de ella. Y, sin embargo, la joven no se atrevió á decirle desde luego que había tocado aquello cuando estaba loco. Empleó un subterfugio.

—Las tocabas en tu casa, en Munkyttan, este invierno.

¡Cuántos secretos en torno de Hede! ¿Por qué le tuteaba aquella muchacha? No era, sin embargo, una chica del pueblo. Iba peinada señoritamente, con el pelo alto, con muchos bucles pequeños. Su traje parecía casero, pero llevaba al cuello un pañuelo de finos encajes. Su tez era blanca, sus manos pequeñas y su rostro fino, de ojos grandes soñadores, no era el de una campesina. La memoria de Hede no le daba ningún dato. ¿Por qué le tuteaba? ¿Cómo sabía que él había tocado aquellas piezas en su casa de Munkyttan?

—¿Cómo te llamas?—dijo.—¿Quién eres?

—Soy aquella Ingrid que viste en Upsal, hace muchos años, y á la que consolaste porque no podía aprender á hacer títeres.

Esta respuesta pertenecía á un pasado que ya se había aclarado para Hede.

—¡Cómo has crecido y que bonita estás, Ingrid!—dijo él.—Eres preciosa.—¡Qué broche tan lucido llevas!

Hacía un rato que se había fijado en aquel broche. Le parecía reconocerlo. Su madre había llevado un broche de esmalte y perlas parecido á éste...

La joven contestó:

—Me lo dió tu madre. Has debido de verle antes.

Entonces Hede dejó el violín, se acercó á Ingrid con gran viveza, y le preguntó:

—¿Cómo es eso? ¿Cómo puedes llevar esa alhaja de mi madre? ¿Cómo es que conoces á mi madre?

Ingrid tuvo miedo. Palideció. Preveía ya la próxima pregunta.

—Yo no sé nada, Ingrid. No sé por qué estoy aquí. No sé por qué estás tú. ¿De qué procede mi ignorancia?

—¡Ah! No me lo preguntes.

Dió un paso atrás, con los brazos extendidos, en actitud de defensa.

—¿No quieres decírmelo?

—¡No me lo preguntes! ¡No me lo preguntes!

Él le cogió rudamente por la muñeca como para arrancarle la verdad.

—¡Dilo! Ya ves que estoy en toda mi razón. ¿Por qué hay cosas que no recuerdo?

Ella vió algo salvaje y amenazador en los ojos del joven. Su respuesta estaba pronta; ¿pero cómo decir á una persona que ha estado loca? Era más difícil de lo que había creído. Era imposible.

—Dilo—repitió él.

Pero, en su voz, comprendió bien ella que no quería que se lo dijese. Entonces apeló á todo su amor, y, sumiendo su mirada en los ojos de Gunnar Hede, contestó:

—No has tenido tu razón completa.

—¿Desde hace mucho tiempo quizá?

—No lo sé con precisión. Desde hace tres ó cuatro años.

—¿Estaba completamente loco?

—¡Oh, no! Vendías, comprabas, ibas á las ferias.

—¿En qué consistía mi locura?

—Tenías miedo.

—¿Y de qué?

—De los animales.

—¿De las cabras, tal vez?

—Sí, sobre todo de las cabras.

Durante todo este diálogo, Hede había tenido rudamente apretada la muñeca de Ingrid. Se calló. Se apartó de la joven, con loca ira, como si ella le hubiera lanzado una vil calumnia.

Pero este primer sentimiento cedió pronto el puesto á otro que le conmovió más profundamente. Con la misma exactitud que en una pintura, veía á un larguirucho dalecarliano encorvado, con un enorme saco. Le veía á la puerta de una casa; pero un miserable gozquecillo sale á su encuentro, y el dalecarliano se detiene, hace reverencias. No entra hasta que un hombre que sale gritando ahuyenta al perro.

Ve esto, y le sobrecoge una terrible angustia, tan terrible que la visión desaparece.

Pero unas voces repercuten en sus oídos. Gritan, llaman, ríen, resuenan sarcasmos; las voces chillonas de los niños son las más crueles. Una palabra, un nombre, siempre el mismo, se murmura y se ruge, le silba en los oídos: *¡el chivo, el chivo!*

Y á él va dirigido ese mote, ¡á él, Gunnar Hede! ¡Aquel era, pues, el infierno en que había vivido! Y ahora, con su plena razón, experimentaba el indecible terror que le agitó cuando estaba loco. Pero este terror no procedía ya de lo que le rodeaba. Hede no temía ya sino á sí mismo.

—¡Yo he sido eso!—dijo retorciéndose las manos.

Después, bruscamente, cayó de rodillas ante un banco, se apoyó en él y prorrumpió en llanto.

—¡Yo he sido eso!—gemía entre sollozos.

¿Tendría nunca el valor de soportar tal pensamiento?

—¡Oh, Dios mío! ¡Haced que me vuelva loco otra vez!—clamó golpeando el banco con su puño.—¡No hay hombre que pueda sufrir esto!

Jadeaba. Las tinieblas parecían acercarse como la salvación y envolverle como una bruma. Una sonrisa contrajo sus labios. Sintió que su tensión se aflojaba, que su mirada se perdía en el vacío. ¡Mejor! La idea de que lo señalasen con el dedo le era intolerable. Ya no tenía que hacer nada en la vida. Todo el mundo le miraba con horror.

Las tinieblas echaban sobre él como los primeros jirones de sombra. Ingrid veía y oía su angustia. Comprendía que pronto iba á destruirse todo.

De pronto se arrodilló junto á Hede, le echó un brazo al cuello, apoyó su cara en la de él y le dió un beso.

¿No le repugnaba á ella? ¿Podía besarle?...

—No hay que tomar las cosas así—murmuraba Ingrid.—Nadie pensará en lo pasado en cuanto estés sano.

—Prefiero volver á estar loco—dijo él.—No puedo soportar la imagen de lo que he sido.

—Lo podrás si quieres—dijo Ingrid.

—Nadie olvidará mi locura—gimió él.—¡Nadie me puede amar!

—Te amo yo—dijo ella.

Él alzó los ojos llenos de duda.

—Me has besado para impedir que me vuelva loco. Has tenido piedad de mí.

—No—dijo ella;—te he besado y te volveré á besar, porque te quiero.

—Piensas que necesito que me hablen así—replicó el.—¿Pero cómo aceptar una vida sabiendo que todo el que me encuentra se dice: «Ese es el loco, el idiota que hacía reverencias á los perros y á los gatos?»

Acometíale un nuevo acceso de desesperación. Sollozaba, con la cara entre las manos:

—¡Más vale volver á estar loco—exclamó,—que sufrir semejante angustia!

Ingrid perdió la paciencia:

—¡Eso es—gritó,—vuelve á estar loco! ¡Qué bien está en un hombre preferir la locura para librarse de un poco de angustia!

Mordíase ella los labios y luchaba contra las lágrimas que la impedían hablar. La flaqueza de Hede, su cobarde desaliento, la llenaban de una violenta cólera. Le cogió por un brazo y le sacudió:

—No piensas más que en ti; no piensas en mí. No piensas en tu madre. ¡Vuelve, pues, á estar loco, y busca la paz en la locura! Qué, ¿quieres librarte de tu angustia? ¿Pero qué hacer con la angustia de la que te ha esperado toda su vida, y que ve que no vienes? Si tuvieras corazón, pensarías en los demás, y lucharías y te curarías. Pero no lo tienes. ¡Cuando te veo en sueños, vienes á mí de una manera tan conmovedora! Me pides ayuda. Pero, en la realidad, no la necesitas. Te imaginas que tu sufrimiento es el más terrible del mundo. Muchos otros han sufrido tanto como tú.

Hede alzó la cabeza y miró á la joven. No estaba bella en aquel momento. Corrían sus lágrimas; su boca, sacudida por los sollozos, temblaba. Pero aquella misma agitación parecióle más bella que la belleza. Una extraña calma penetró en su alma con una humilde y profunda gratitud. En medio de su desdicha, algo nobilísimo había venido hacia él: un gran amor.

Había, pues, un sér en el mundo que le amaba. El amor palpitaba en cada una de las palabras de aquel sér. Ella le contaba que, mientras que él no estaba en su razón, la había salvado la vida. Era él quien la había despertado de entre los muertos. Él quien la había protegido. Ella le pedía más aún: el dón completo de sí mismo.

Hede no podía dudar; aquellas palabras, aquellas lágrimas, aquel éxtasis, todo le probaba que era amado; y, ante esta in-

mensa felicidad, las últimas tinieblas se disiparon. Descubrió todo el reino del terror que había atravesado; pero también allí encontraba á Ingrid. La hacía salir de la tumba, y tocaba para ella en la cabaña del bosque; y, más adelante, ella se agotaba en curarle. Y al mismo tiempo, los sentimientos que ella le había inspirado se despertaron. Sintió el mismo deseo ardiente que experimentó frente á la iglesia de Raglanda cuando se la quitaron.

En el reino del terror, en el espantoso desierto, había crecido una flor, cuyo perfume y duradero encanto le habían consolado. Y la flor silvestre del desierto se dejaba trasplantar al jardín de la vida. Entonces conoció Hede que estaba salvado.

Habíase callado Ingrid. Estaba cansada como tras un rudísimo trabajo. Pero estaba también tranquila. Sabía que tenía la victoria en la mano.

Hede rompió al fin el silencio.

—Te prometo—dijo—que soportaré todas esas cosas.

—Gracias—contestó ella.

Hede no creía poder decirla cuánto la amaba. Era indecible. Pero se lo demostraría todos los días y en todas las horas, durante toda la larga vida...

SELMA LAGERLÖF

FIN

LA CRISIS DE LA IGLESIA ROMANA

En nuestro artículo «El catolicismo liberal inglés» (1) estudiábamos un aspecto del movimiento religioso que hoy agita á los que pudiéramos llamar «profesionales de la fe»; esto es, á los sacerdotes católicos. Fenómeno de adaptación y, como consecuencia, de asimilación. La fe necesita atemperarse á las nuevas condiciones del pensamiento moderno y, por tanto, asimilarse de éste los jugos que la han de nutrir para poder constituir un elemento, una fuerza viva que coopere á la formación del hombre futuro. Como si despertara de un sueño secular la Iglesia (tomando esta palabra en su aspecto más amplio), se agita, alienta, empieza á respirar, desarruga su ceño hierático, hostil al ambiente que la circundaba, y le sustituye por una expresión de amor, de interés y de confraternidad hacia el hombre laico y sus elucubraciones filosóficas y morales.

Caminando por distinta senda que los místicos ingleses, Loisy, en Francia, hombre de ciencia, sabio, crítico, emprende un trabajo de exégesis, con el fin de coordinar la fe con todos los documentos históricos que se oponen á la leyenda forjada en torno á la figura de Jesús.

Su obra *El Evangelio y la Iglesia* es contestación á otra de

(1) Véase La España Moderna de 1.° de Julio de 1910.

un teológo protestante de Berlín, titulada *La esencia del Cristianismo*. En este último libro reprodúcense muchos argumentos que de antiguo hace la Iglesia protestante á la Iglesia romana. Esta no es sino una transformación del Imperio romano. Gobierna á los pueblos desde Roma; imperan sus Papas á semejanza de Trajano y Marco Aurelio; el puesto arrebatado á Rómulo y Remo, lo ocupan los apóstoles Pedro y Pablo; los arzobispos y los obispos son sus procónsules; el clero forma sus legiones; los jesuítas, su guardia pretoriana. No es una Iglesia como la federación de comunidades evangélicas ó las iglesias nacionales de Oriente; es una fundación política, grandiosa como un imperio universal, porque en ella prosigue el Imperio romano. El Papa, que se titula Rey y Pontífice Máximo, es el sucesor de César. La Iglesia, impulsada por el genio romano, reconstruyó en sus dominios el Imperio romano durante los siglos III y IV. Es, ante todo, una organización política poderosa. Sólo dentro de ella tienen valor la fe, el amor, la virtud y el martirio; fuera de ella, todo es estéril. De aquí la necesidad de un jefe supremo: de aquí la infalibilidad del Papa. En éste se reúne toda la autoridad, toda la historia, toda la tradición, cuando alguna parte de la tradición molesta es abolida por la autoridad del Papa. «La tradición soy yo», decía Pío IX. En todas las ocasiones, la tradición, la herencia del pasado se rinde á las exigencias del presente. ¿Qué suerte ha corrido el Evangelio en la Iglesia romana? Nada queda en ella que tenga algo que ver con el Evangelio. No se trata ya de adulteraciones, sino de una desviación total hacia un camino falso. Dice el Evangelio que el reino de Cristo no es de este mundo, y la Iglesia ha fundado un reino terrenal. Cristo quiere que sus secuaces no manden, sino que sirvan, y los sacerdotes romanos gobiernan el mundo.

¿Qué afirmaciones opone Loisy á las del catedrático de la Universidad de Berlín? Toda su argumentación puede condensarse en breves palabras. La Iglesia romana es y ha sido lo que ha debido ser para vivir. Los cristianos no eran espíritus

puros, unidos solamente por comunidad de sentimientos. Eran hombres que necesitaban un gobierno fuerte y una mano poderosa. La necesidad de la unión con la Iglesia de Roma implicaba, de parte de las demás, cierta subordinación. La Iglesia no hubiera podido llevar á cabo su obra de conversión sino haciéndose institutriz de los hombres en el orden temporal. Debió hacerse temer en el orden temporal para no ser arrollada por éste. La individualidad de las naciones nacientes, apenas comenzaba á dibujarse, sobre todas se cernía aún el recuerdo del Imperio romano, de la unidad romana idealizada en el sentimiento de la unidad católica.

Sin embargo, afirma el propio Loisy, no se puede negar que el error de la Iglesia católica ha sido y es su insaciable deseo de gobernar á los hombres, en vez de contentarse con regir las almas. No puede negarse que su tendencia, en reacción con el protestantismo, ha sido la de borrar al individuo, la de someter al hombre á tutela, ejerciendo una fiscalización sobre su actividad entera, contraria á toda iniciativa.

Pero, en honor á la verdad, el libro de Loisy es de defensa del catolicismo, y apenas se acertaría á comprender la causa de la condenación, si hubiéramos de atenernos exclusivamente al tono ortodoxo, modesto y disciplinado de la obra. Pero Loisy es, ante todo y sobre todo, un historiador crítico; y así, como en Renan vemos debajo del crítico racionalista un sacerdote evangélico, aquí el orden está invertido. En Loisy, la conciencia del sabio se sobrepone al sacerdote. En él habla la ciencia de su tiempo, y exige una renovación, una adaptación, una interpretación nueva de los dogmas conforme al espíritu del siglo. El siguiente pasaje lo evidencia:

«No menos lógico es que los símbolos y definiciones dogmáticas estén en relación con el estado general de los conocimientos humanos en el tiempo y el ambiente en que fueron constituídos. De aquí se deduce que un cambio considerable en el estado de la ciencia puede hacer necesaria una interpretación nueva de las antiguas fórmulas, que, concebidas en otra

atmósfera intelectual, no dicen todo lo que debieran decir, ni como querríamos que lo dijeran.» Y más adelante: «No es indispensable á la autoridad de la fe que ésta sea rigurosamente inmutable en su representación intelectual y en su expresión verbal. Tal inmutabilidad no es compatible con la naturaleza del espíritu humano. Nuestros conocimientos más evidentes en el orden natural y científico están siempre en movimiento, siempre son relativos, siempre perfectibles. *Con los elementos del pensamiento humano no puede construirse un edificio eterno.* Sólo la verdad es inmutable, pero no su imagen en nuestro espíritu» (1).

Pero esto mismo asegura al dogma una vida eterna, una florescencia continua. El dogma seguirá la misma evolución de la conciencia humana, y permanecerá inmutable en su esencia, aunque varíe en su manifestación ideológica.

Su conocimiento no puede ser accesible á todos; necesita maestros, verdaderos pedagogos de la fe que adapten á los tiempos con nuevas interpretaciones la verdad antigua. La Iglesia no debe exigir la fe en sus fórmulas como en la expresión adecuada de la verdad absoluta, sino que debe presentarlas como la expresión menos imperfecta moralmente posible; la fórmula eclesiástica es sólo el auxiliar de la fe, la línea directa del pensamiento religioso; no puede ser el objeto integral de este pensamiento, puesto que dicho objeto es Dios mismo. Como todas las almas y todas las inteligencias difieren las unas de las otras, los matices de la fe son también de infinita variedad. La evolución incesante de la doctrina se efectúa por el trabajo de los individuos, conforme su actividad va reaccionando sobre la actividad general; y así los individuos, pensando con la Iglesia, piensan también por ella» (2).

De este modo hace Loisy sus audaces incursiones en el pro-

(1) *L'Évangile et l'Eglise*, pág. 208.
(2) *L'Évangile et l'Eglise*, pág. 216.

blema de la crítica de los Evangelios sinópticos. Hemos dicho que en él se dan unidas las dos naturalezas de hombre de ciencia y sacerdote, de crítico y creyente. Su labor más propia é importante es de exégeta. En este terreno de la exégesis, penetra con audaz denuedo, y nada le hace retroceder. En la vida de Jesús plantea múltiples problemas históricos, que resuelve con arreglo á un criterio rigurosamente científico, separando los hechos ciertamente demostrados de los sucesos sobrenaturales, obra exclusiva de la fe.

Para Loisy, Jesús no predicó tanto el ejercicio de ciertas virtudes y el apartamiento de ciertos vicios, como la purificación universal de los afectos hasta los más inocentes.

La fisonomía histórica de los hechos más importantes de la Pasión no se destaca sino muy imperfecta del comentario de que los rodea la fe.

El acto y las palabras eucarísticas no son sino la observancia de un antiguo rito de la Pascua hebraica. El padre de familia pronunciaba ciertas palabras, en acción de gracias, sobre un cáliz de vino: «Bendito sea Dios, que ha creado el fruto de la vid.» Y el cáliz pasaba á cada uno de los comensales. Luego se servían las hierbas amargas, el pan ázimo, el *Charoret* (especie de pasta hecha de frutas) y el cordero pascual. Luego seguía nueva acción de gracias, se mezclaban las hierbas á la pasta y se servía un segundo cáliz.

El padre de familia daba luego una explicación de la fiesta; se cantaba la primera parte del *Hallel* (Salmos CXIII, CXIV), y se vaciaba el cáliz. El padre tomaba luego dos panes, partía uno de ellos, y decía: «Bendito sea Aquel que hace que la tierra produzca el pan»; cubría un trozo de pan con las hierbas, las mezclaba con la pasta, y lo comía. Luego tomaba un trozo de cordero; todos los presentes hacían otro tanto, y el verdadero ágape comenzaba. Al final, el padre comía el último pedazo de cordero; se lavaba las manos, y después de una cuarta bendición, pasaba por las manos de todos el tercer cáliz. Se cantaba la segunda parte del *Hallel* (Salmos CXV-CXVIII);

se bebía el cuarto, y á veces el quinto cáliz, y se terminaba con la tercera parte del *Hallel* (Salmos CXX CXXXVII.)

He aquí el hecho fundamento de la Escritura. No era, como vemos, sino un antiguo rito hebraico que Jesús celebró en la última cena con sus discípulos. Para la historia de los ritos eclesiásticos, nada más curioso que esta transformación, hecha por la Iglesia, del banquete pascual, costumbre sencilla y desprovista de intención sacramental en la práctica de teología, que el catolicismo llama sacramento de la Eucaristía.

Niega Loisy realidad histórica á varios hechos de la Pasión, como en el capítulo «Chez le grand prête», á la sesión nocturna ante el sumo sacerdote, que no menciona San Lucas y que ninguna asamblea podía legalmente celebrar, así como las palabras «blasfemaste», del Pontífice, y la acción de rasgar sus vestiduras y del juicio unánime de que Jesús era reo de muerte.

También suscita graves dificultades el episodio de Barrabás, pues no queda vestigio, fuera de los Evangelios, de la costumbre supuesta de perdonar á un criminal el día de la Pascua. El escarnio de la caña y la corona no es consecuencia de haberse llamado Jesús Rey de los Judíos, sino de ser considerado por los soldados romanos como rey de los Saturnales... Filon relata (*In Flaccum,* 6) la historia del bufón Carabas, que el populacho de Alejandría se divirtió en tratar de rey... y ocurre preguntar «si Carabas no sería el mismo nombre que Barrabás, no de un individuo, sino del personaje que hacía de rey en fiestas análogas á las de saturnales romanas y á las sacaeas babilónicas. La conducta de los soldados romanos se comprendería fácilmente, si Pilatos, habiendo condenado á Cristo como á vulgar aventurero, al suplicio de la cruz, le hubiese entregado á los soldados para que le crucificasen á guisa de Barrabás ó en lugar de Barrabás».

También rechaza Loisy la realidad física de las tinieblas, pues sería arbitrario limitarlas á Jerusalem ó á la Palestina, y, por otra parte, no aparece noticia en la literatura de aquel

tiempo de tan asombroso milagro. Trátase, pues, de una impresión moral, y no de un milagro físico.

Por último, la Resurrección, explicada por los exégetas de tan varios modos, incluso suponiendo que Jesús no murió en la cruz y que la aparición á los Apóstoles fué en vida (Reinachs (1), dice que, menos de un siglo después de la Era cristiana, nadie sabía con precisión ni cuándo nació Jesús, ni cuándo predicó, ni cuándo murió), se presenta á los ojos de Loisy como un hecho producto de la leyenda. «El hecho es, dice, que los Apóstoles, y en general los discípulos, no aceptaron unánimemente la idea ni la realidad de la Resurrección... El recuerdo preciso que la comunidad conservó de las dudas primitivas, demuestra perfectamente que dichas dudas nacieron al mismo tiempo que la fe, y no fueron eliminadas sino paulatinamente con el incremento de esta misma fe.»

Creemos haber dado con esto una ligera idea de la índole de los trabajos exegéticos y filosóficos ó de polémica del célebre abate. Quien quiera seguir paso á paso sus estudios, lea sus obras *L'Évangile et l'Eglise.*—Autour d'un *petit livre.*—*Etudes evangéliques.*—*Le quatrième Évangile.*—*La Religión d'Israel.*—*Quelques lettres sur des questions actuelles et sur des evenements recentes.*—*Simples reflexions sur le Décret du Saint Office «Lamentabili sane exitu» et sur l'Encyclique «Pascendi»*, y *Les Évangiles synoptiques*; y conocerá la doctrina completa del sabio escritor, cuyos méritos ha premiado el Gobierno francés confiándole la cátedra de Historia de las religiones.

* * *

Si el lector demandase un libro en donde hallar la esencia filosófica del movimiento religioso que venimos estudiando, ninguno puede sustituir en este punto á la admirable obra de Auguste Sabatier, titulada *Esquise d'une philosophie de la*

(1) Salomón Reinachs: *Orpeus*, pág. 336.

Religion d'après la psychologie et l'histoire. Su autor, profesor de la Universidad de París, decano de la Facultad de Teología protestante, ha sabido desarrollar, con la claridad y precisión de que sólo es capaz un escritor francés, la fórmula religiosa del alma moderna.

Es una obra de renovación y purificación del concepto religioso, precedida de un estudio histórico-filosófico de la evolución del Cristianismo y sus dogmas hasta manifestarse en sus dos formas históricas más importantes: catolicismo y protestantismo.

La religión, para Sabatier, es una necesidad perenne de la humanidad. Los cultos, las religiones positivas, han sucumbido, se han transformado, han revestido nuevas formas; pero el sentimiento religioso es eterno, forma un instinto indestructible en el hombre, puesto que tiene sus raíces en lo íntimo de la psicología humana. La religión es, pues, inmortal. Lejos de secarse y agotarse con el tiempo la fuente de que brota en el fondo del alma, se ensancha y se hace más rica bajo la doble acción de la reflexión filosófica y de las experiencias dolorosas de la vida. Los que profetizan su próximo fin, toman por religión lo que no es sino su expresión exterior y transitoria. Las crisis periódicas en que parece que va á sucumbir, renuevan sus tradiciones y formas, y, lejos de demostrar su debilidad, prueban su fecundidad y su facultad de remozamiento.

La ciencia está en un continuo devenir. Si, á veces, cierra á la piedad perspectivas queridas y familiares, le abre otras nuevas. Si le quita viejas muletas, en cambio le da alas.

La inspiración religiosa no es sino la penetración orgánica del hombre por Dios, mas por un Dios *completamente interior;* de suerte que cuando esta penetración es completa, el hombre es más plena y realmente el mismo que antes.

Si bien la religión no es solamente un fenómeno de la vida individual é interior, sino al mismo tiempo un fenómeno social é histórico, se presenta en todas partes como creación individual, como la obra moral y libre de algunas almas elegidas, en

las cuales la antigua tradición se purifica y amplía por una crisis profunda. Tal fué el papel de Confucio en China, de Buda en la India, de Sócrates en Grecia, de Mahoma en Arabia, etc. Todos fueron reformadores de la religión de sus antepasados. Así, pues, la revelación no se realiza en el alma oscura de la raza, sino en el pensamiento luminoso, en la acción reflexiva y en la inspiración moral de los «hombres de Dios». Provoca de este modo en todas partes los conflictos y los cismas. Pasa primero por sacrílega. Todos los profetas y reformadores fueron acusados de blasfemos é impíos. Pasando por su alma como al través de un filtro la religión tradicional de su raza, se clarifica y purifica.

La conciencia religiosa de un hombre es el sentimiento de relación en que este hombre se halla y quiere hallarse con el principio universal, de que sabe que depende, y con el universo mismo, al cual se encuentra ligado como parte en el todo.

La esencia del Cristianismo no hay que buscarla, ni en la Biblia, ni en la Iglesia, ni en el Dogma; hay que buscarla en la conciencia religiosa de Jesucristo, como fuente primera de donde el río cristiano ha nacido. Cristo se sentía en una relación filial con respecto á Dios y en una relación fraternal con respecto á los hombres. Este mismo sentimiento filial con respecto á Dios, y fraternal con respecto á los hombres, es lo que constituye al cristiano, el rasgo común á todos los cristianos. Para ser cristiano no es necesario aceptar como verdadera toda la historia evangélica, como si la tradición ó la leyenda del Cristo fuese la verdadera esencia del Cristianismo. El principio cristiano no es un recuerdo del pasado ó una doctrina muerta y encerrada en un documento; es algo que vive siempre y se transmite con la vida cristiana, encontrándose presente en todas las edades y en todas las generaciones. Según esto, la crítica será justa causa de alarma para todos los que elevan al absoluto una forma histórica contingente; mas para el hombre esencialmente cristiano, la crítica no puede nada

contra su principio. El Cristianismo, en su pura esencia, implica un Dios absoluto, es decir, perfectamente espiritual é independiente. De aquí que sólo el culto, en espíritu y en verdad, puede corresponder á la idea cristiana de Dios. Por consiguiente, toda tendencia de aprisionar á Dios en una forma fenomenal ó material, local ó temporal, de mezclar al Creador con la criatura, ó de llenar la distancia entre ellos por una jerarquía de seres divinos que, bajo pretexto de servirnos de intermediarios, interrumpen nuestra libre é inmediata comunión con el Padre, es, hablando propiamente, una resurrección del paganismo y una regresión á la idolatría: Papa de Roma ó pitonisa de Delfos, imágenes de los dioses ó imágenes de la Virgen y de los Santos, liturgia de los Sacramentos, divinización de una iglesia, de un sacerdote ó de un libro, son hechos de la misma categoría; no se ha hecho sino cambiar los nombres y las fórmulas, no las cosas en su fondo. En Roma, en la basílica de San Pedro, se alza una estatua al príncipe de los apóstoles, que en otro tiempo fué una estatua de Júpiter. El pie de San Pedro está desgastado por los besos de fieles y peregrinos. Antes del Cristianismo se besaba el pie del dios de los dioses. El culto, ¿es acaso diferente, y la devoción de calidad superior?

La evolución del catolicismo toca á su término. La transformación del Cristianismo en una teocracia sacerdotal, es un hecho consumado. El concilio del Vaticano, de 1870, no ha hecho más que sacar la conclusión de las premisas establecidas en los siglos anteriores. Ya no hay concilio, en el sentido antiguo de la palabra. El último abdicó oficialmente en manos del Pontífice. La infalibilidad personal del Papa *ex cathedra* basta y hace todo lo demás inútil.

Sabatier define el dogma como una ó varias proposiciones doctrinales, que llegan á ser, en la sociedad religiosa, por efecto de las decisiones de la autoridad eclesiástica, objeto de fe y regla de las creencias y de las costumbres. Los dogmas, mientras tienen vida, están, como todo lo que vive, en conti-

nua transformación. No se hacen inmutables hasta que mueren, y comienzan á morir desde que dejan de ser estudiados en su fondo, y, por sí mismos, es decir, desde que dejan de ser discutidos. Desde la Edad Media, el dogma, en el sentido católico, ha cesado de vivir. Ha dejado de vivir en la conciencia filosófica y científica, absolutamente emancipada de toda otra autoridad que no sea la razón; en la conciencia religiosa protestante, y en la conciencia católica misma, que no le conserva sino embalsamado en manos del Papa.

Cuando los idiomas no se renuevan, mueren. Igualmente, si los dogmas permanecen inmóviles, la vida se retira de ellos. Semejan entonces á esas viejas armaduras de nuestros museos que, apoyadas contra los muros, dibujan aún la forma de un guerrero de otra época. Si se les toca, suenan á vacías.

Así, pues, el dogma, si ha de ser cosa viva, ha de ser renovado con arreglo á la conciencia científica y religiosa, á la cultura de cada época. Porque es de advertir que, en todo tiempo, el dogma se ha nutrido con nociones tomadas de la filosofía ambiente y de la ciencia del tiempo en que la Iglesia ha construído su edificio dogmático. Para que se cumpla la ley de renovación y de evolución, ley de vida, el dogma ha de acomodarse, en los tiempos modernos, á las exigencias, á la índole de las ideas científicas y filosóficas que hoy rigen el mundo.

Termina Sabatier su admirable libro con una teoría del conocimiento religioso, basado en la filosofía moderna, y singularmente en Kant, cuyo análisis del conocimiento nos autoriza á asignar á la idea religiosa un fundamento real, tanto dentro como fuera del individuo. Kant ha podido, sin exageración, comparar la revolución consumada por él en filosofía á la de Copérnico en el sistema del mundo. Lo inteligible es, sin duda, real, pero no es seguro que todo lo real sea inteligible. La realidad excede no sólo á nuestros conocimientos, sino á nuestros medios de conocer. No conocemos más que el fenómeno, pero ignoramos *das Ding an sich,* esto es, el *noumenos.* De

esta manera entra en la conciencia la idea religiosa. Así, la ciencia positivista respeta esta región: lo incognoscible, con lo cual la religión puede vivir, coexistir con la ciencia moderna. Pero de aquí también se deduce que nuestro conocimiento de Dios no puede ser un conocimiento científico, fenomenal. Encarnar la idea de Dios en un conocimiento fenomenal cualquiera, es caer en la idolatría. Por consiguiente, el carácter de todo conocimiento religioso es el de ser simbólico, porque el objeto de la religión es trascendente; no es un fenómeno, y como la imaginación no dispone más que de ideas fenomenales, ni nuestro entendimiento más que de categorías lógicas que sólo tienen alcance en el espacio y en el tiempo, el conocimiento religioso está condenado á expresar lo invisible por lo visible, lo eterno por lo temporal, las realidades espirituales por imágenes sensibles, hablando necesariamente siempre por parábolas. La teoría, pues, del conocimiento religioso se resuelve en una teoría del símbolo y del simbolismo.

La inspiración religiosa, psicológicamente, no tiene por objeto recibir y comunicar á los hombres ideas exactas y objetivas, completamente acabadas, sobre lo que por su naturaleza es inasequible al entendimiento en forma científica, sino que consiste en una exaltación y enriquecimiento de la vida interior del sujeto, haciendo brotar nuevos sentimientos, constituyendo nuevas relaciones concretas entre Dios y el hombre, y engendrando espontáneamente nuevas imágenes y símbolos, cuyo contenido positivo y real es precisamente esta revelación de Dios-Espíritu en la vida íntima del espíritu del hombre.

La conclusión de todo lo que precede es que el conocimiento religioso está necesariamente sometido á la ley de transformación que rige todas las manifestaciones de la vida y del pensamiento humanos.

Esta es, en resumen, la doctrina que contiene el libro de Sabatier. En su examen nos hemos detenido con cierta prolijidad, á pesar de ser su autor protestante, porque creemos que resume y compendia, mejor que otra alguna obra, lo esencial

de la doctrina modernista, que el lector no hallará en ninguna otra parte expuesta con tanta claridad, precisión, arte y pureza.

*
* *

Hemos de ser brevísimos en la exposición de las doctrinas del sacerdote italiano Rómulo Murri, principal representante del movimiento católico moderno en Italia, tanto por las desmesuradas dimensiones que va teniendo este artículo, como porque, en realidad, Murri no añade nada en lo que á las doctrinas que vamos examinando se refiere á los expositores hasta aquí estudiados, los cuales dan la idea científica y filosófica de las nuevas teorías mejor que otro ninguno.

Rómulo Murri es, ante todo, un periodista, y un periodista que persigue fines políticos. Su principal obra consiste en haber fundado la Democracia cristiana. Fundó en 1895 la *Vita Nuova,* revista universitaria, órgano de la Federación universitaria católica italiana. A principios de 1898 salió el primer número de otra nueva revista, que contenía artículos de Franco Invrea, Igino Petrone, Luigi Caissotti, G. M. Serzalunga, G. Semeria, V. Bianchi-Caglieri, y el mismo Murri, que exponía el programa de «una vida pública y social cristianamente nueva».

La revista titulada *Cultura Sociale* tuvo aceptación al principio, aunque luego suscitó oposición en los demás periódicos católicos, á quienes pareció audaz la tentativa de examinar los sistemas de enseñanza y de educación vigentes en los seminarios. Porque los principales ataques de Murri, que figuran en los artículos de esta revista, recopilados después en cuatro tomos bajo el título de *Battaglie d'oggi,* se dirigen á la incultura del clero y á su desvío absoluto del pensamiento moderno. El divorcio entre la ciencia teológica y la ciencia de nuestro siglo es la causa principal de la crisis religioso-eclesiástica. La Teología ha permanecido fiel á su método silogístico y deductivo, mientras que la Ciencia está basada esencialmente en el

método experimental é inductivo. Esta variación en el método y tendencia de la cultura y el pensamiento modernos, imponía al clero nuevos deberes gravísimos, de los cuales no ha tenido una visión exacta. «Nuestro deber—dice—es éste: tratar de aproximar nuestra inercia á las ciencias modernas...; tratar de conocer el mundo moderno y su cultura; explicárnosla y hablar de modo que nos escuche; y, especialmente, apoderarnos de sus medios de difusión, periódicos, libros, conferencias, enseñanzas, etc.»

Privilegiado ante el derecho común y los honores públicos, propietario de una gran parte del territorio, aliado y siervo de la nobleza feudal, sujeto á gobiernos regalistas, ajeno á los estudios útiles y profundos para entregarse á una literatura vacua y artificiosa, numeroso sin espíritu, vano y mundano, dócil sobremanera, colocado en medio de un pueblo católico por costumbre y por tradición, adulador de las clases «cultas», entre las cuales la literatura francesa había propagado largamente la irreligión y la inmoralidad: tal era el clero de Italia á fines del siglo XVIII (1).

Prodiga sus ataques del mismo modo al sacerdocio actual, «preocupado de obtener las formas exteriores de la piedad, pero no de elevar eficazmente los ánimos; de deprimir la naturaleza, pero no de desarrollar la fuerza del carácter y la voluntad, ofreciendo la vida cristiana, más bien como un complejo de leyes y de actos que como un modo de entender la vida y de emplearla» (2).

La Teología es una enseñanza completamente especulativa y casuística; los libros ascéticos no son ya los grandes escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia, que respiran la teología mística y la profunda piedad de los grandes siglos, sino recopilaciones ó compilaciones artificiosas sin valor intelectual de ninguna clase.

---

(1) *Battaglie d'Oggi*. Vol. II, pág. 55.
(2) Idem, pág. 70.

El 1.° de Febrero de 1899 salió el primer número de la *Cultura del Popolo*, hoja mensual de propaganda con la cual se fundieron en Marzo siguiente el *Popolo Italiano* y la *Democrazia Cristiana*, dirigidos por G. B. Valante.

En 1900, la acción juvenil social fué acrecentándose en intensidad, y comenzó á tomar cuerpo la proyectada Sociedad de cultura. Otro periódico, *Dominicil*, se inauguró el 7 de Diciembre de 1900, en cuyo manifiesto, firmado por Murri, Valente y Mattei-Gentile, se reconocía la existencia en Italia de un conjunto de fuerzas católicas que seguía nuevas orientaciones. Se constituyó definitivamente en asociación propia y autónoma la *Democrazia Cristiana Italiana*, cuyo programa se basó en la Encíclica *Rerum novarum*.

En Noviembre de 1901, la *Voce della Verita*, de Roma, comenzó á hablar de murrismo, tratando de caracterizarlo con acusaciones genéricas nada benévolas, reprochando principalmente la libertad de iniciativa y los métodos tomados del socialismo, viendo en él todos los vicios y amenazas de un liberalismo demagógico. Pronto vinieron las *Istruzioni* á quitar toda autonomía al movimiento y á restarle algunos adherentes. Poco después, en una reunión de demócratas cristianos, R. Murri pronunció el célebre discurso *Libertá é Cristianismo*, que un mes después, el 24 de Setiembre, sufrió la censura del cardedal Respighi, Vicario de S. S. en Roma. Por fin se produjo un dualismo en el movimiento, ocasionado por la actitud de G. Toniolo.

Por último, después de muchas vicisitudes, la Encíclica «Pascendi» ha puesto fin á la cuestión, alejando para siempre de la Iglesia este movimiento de renovación y regeneración católica, y dando carácter heterodoxo á las doctrinas de Murri y sus adeptos (1).

* * *

(1) Es de advertir que la Encíclica «Pascendi» no cita nombres propios. Es más: reconoce á los mantenedores de las nuevas doctrinas una vida de actividad, asiduidad y ardor singulares hacia todo género de es-

Para terminar, reseñaremos sumarísimamente algunas otras fases de aproximación científica y religiosa, que se extienden con rapidez por todas las naciones cultas, y que reflejan

---

tudios, y los considera como dignos de la estimación pública por sus costumbres, con frecuencia intachables (moribus plerumque austeris quæsita laus). A continuación exponemos las 65 proposiciones condensadas por el documento pontificio:

I. La ley eclesiástica, que prescribe someter á la previa censura los libros referentes á las Divinas Escrituras, no se extiende á los cultivadores de la crítica ó exégesis del Antiguo y Nuevo Testamento.

II. La interpretación de los Libros Sagrados no es, ciertamente, despreciable, aunque sometida al sabio juicio y á la corrección de los exégetas.

III. De los juicios y censuras eclesiásticas contra la exégesis libre y culta puede colegirse que la fe propuesta por la Iglesia contradice á la Historia, y que los dogmas católicos no se concilian realmente con los más verídicos orígenes de la religión cristiana.

IV. El magisterio de la Iglesia no puede ciertamente determinar el genuino sentido de las Sagradas Escrituras por medio de definiciones dogmáticas.

V. Conteniéndose solamente en el depósito de la fe las verdades reveladas, bajo ningún respecto pertenece á la Iglesia juzgar acerca de las cuestiones de las disciplinas humanas.

VI. En la definición de las verdades, de tal modo colaboran la Iglesia discente y docente, que nada queda á la docente sino sancionar las opiniones comunes de la discente.

VII. La Iglesia, al proscribir errores, no puede exigir de los fieles que se adhieran por un asenso interno á los juicios por ella formados.

VIII. Se han de juzgar inmunes de toda culpa los que tienen por no recibidas las reprobaciones de la Sagrada Congregación del Índice ó de otras Sagrados Congregaciones romanas.

IX. Los que creen que Dios es verdaderamente el autor de la Sagrada Escritura, arguyen simplicidad excesiva ó ignorancia.

X. La inspiración de los libros del Antiguo Testamento, consiste en que los escritores israelitas transmitieron doctrinas religiosas bajo cierto aspecto, poco ó nada conocidas de los paganos.

XI. La inspiración divina no se extiende á toda la Sagrada Escritura, de tal modo, que todas y cada una de sus partes sean inmunes de todo error.

á veces el carácter de los países en que nacen y se desarrollan. Representan el pragmatismo Peirce y su discípulo W. James, catedráticos de la Universidad de Haward, en los Estados

---

XII. El exégeta, si quiere dedicarse útilmente á estudios bíblicos, debe apartar, ante todo, la preconcebida opinión del origen sobrenatural de las Sagradas Escrituras, é interpretarlas no de otro modo que los demás documentos meramente humanos.

XIII. Los mismos Evangelistas y los cristianos de la segunda y tercera generación fabricaron artificialmente las parábolas evangélicas, como lo demuestran los insignificantes frutos de la predicación de Cristo entre los judíos.

XIV. En muchas narraciones, los Evangelistas no atendieron tanto á la verdad de las cosas como á la relación de aquellas, que, aunque falsas, juzgaron más provechosas.

XV. Los Evangelios fueron aumentados con adiciones y correcciones hasta un canon definido y constituído, y en ellos, por lo tanto, no permanece sino un tenue é incierto vestigio de la doctrina de Cristo.

XVI. Las narraciones de San Juan no son propiamente historia, sino mística contemplación del Evangelio, y los discursos contenidos en su Evangelio son meditaciones teológicas acerca del misterio de la salvación, destituídas de verdad histórica.

XVII. El cuarto Evangelio exageró los milagros, no tan sólo para que apareciesen más extraordinarios, sino también para que resultasen más á propósito para declarar la obra y la gloria del Verbo Encarnado.

XVIII. Juan reclama para sí la condición de testigo de Cristo, no siendo en realidad sino un testigo eximio de la vida cristiana, ó de la vida de Cristo en la Iglesia, al finalizar el primer siglo.

XIX. Los exégetas heterodoxos expresaron el verdadero sentido de la Escritura más fielmente que los exégetas católicos.

XX. La Revelación no puede ser otra cosa que la conciencia adquirida por el hombre de su relación con Dios.

XXI. La Revelación que constituye el objeto de la fe católica no fué completa en los Apóstoles.

XXII. Los dogmas que la Iglesia presenta como revelados, no son verdades descendidas del cielo, sino ciertas interpretaciones de hechos religiosos que la humana inteligencia ha formado con laborioso esfuerzo.

XXIII. Puede existir, y en realidad existe, oposición entre los hechos que se narran en la Sagrada Escritura y los dogmas fundamentales de la

Unidos, y es secundado en Chicago por Deurey, en Inglaterra por Schiler (Universidad de Oxford), en Francia por Bergson, Blondel y Le Roy, en Alemania por Simmel, Oswald, Match y

---

Iglesia, de tal modo, que el crítico puede rechazar los hechos que la Iglesia cree ciertísimos.

XXIV. No es reprobable el exégeta que se apoya en premisas de las cuales se sigue que los dogmas históricamente son falsos ó dudosos, con tal que no niegue de un modo directo los mismos dogmas.

XXV. El asenso de la fe se apoya en una acumulación de probabilidades.

XXVI. Los dogmas de la fe se han de retener solamente en el sentido práctico, esto es, como norma perceptiva de obrar, no como norma de creer.

XXVII. La divinidad de Jesucristo no se prueba por los Evangelios, sino que es un dogma deducido por la conciencia cristiana de la noción del Mesías.

XXVIII. Jesús, ejerciendo su ministerio, no hablaba con el fin de enseñar que Él era el Mesías, ni sus milagros tendían á demostrar esto.

XXIX. Es lícito conceder que el Cristo presentado por la Historia es inferior al Cristo que es objeto de la fe.

XXX. En todos los testimonios evangélicos, el nombre de *Hijo de Dios* equivale solamente al nombre de *Mesías*, y de ningún modo significa que Cristo es verdadero y natural Hijo de Dios.

XXXI. La doctrina de Cristo que nos enseñan Pablo, Juan y los Concilios Niceno, Efesino y Calcedonense, no es la que de Jesús concibió la conciencia cristiana.

XXXII. El sentido natural de los textos evangélicos es inconciliable con la enseñanza de nuestros teólogos en lo que se refiere á la conciencia de Jesús y á su ciencia infalible.

XXXIII. Es evidente á todo el que no se guíe por opiniones preconcebidas, ó bien que Jesús ha enseñado error acerca de la próxima venida del Mesías, ó que la mayor parte de su doctrina contenida en los Evangelios sinópticos carece de autenticidad.

XXXIV. El crítico no puede conceder á Cristo ciencia ilimitada sino en una hipótesis que históricamente no puede ser concebida y que repugna al sentido moral, es decir, que Cristo, como hombre, tuviese ciencia de Dios, y, sin embargo, no quisiese comunicar la noticia de todas las cosas á sus discípulos y á la posteridad.

XXXV. Cristo no siempre tuvo conciencia de su dignidad mesiánica.

otros, en Italia por los Modernistas de Florencia y por la revista filosófica *Leonardo*.

Mientras, como hemos visto, en Inglaterra el movimiento

XXXVI. La Resurrección del Salvador no es propiamente un hecho de orden histórico, sino un hecho de orden meramente sobrenatural, ni demostrado ni demostrable, que la conciencia cristiana derivó insensiblemente de otros.

XXXVII. La fe en la Resurrección de Cristo, en su origen, emana menos del hecho mismo de la resurrección, que de la vida inmortal de Cristo delante de Dios.

XXXVIII. La doctrina de la muerte expiatoria de Cristo no es evangélica, sino exclusivamente de San Pablo.

XXXIX. Las opiniones acerca del origen de los Sacramentos en los cuales estaban imbuídos los Padres del Concilio Tridentino, y las cuales tuvieron sin duda influjo en sus cánones dogmáticos, distan mucho de las que ahora saben los indagadores históricos de las cosas cristianas.

XL. Los sacramentos tuvieron su origen en aquello que los Apóstoles y sus sucesores juzgaron cierta idea ó intención de Cristo, según lo aconsejaban las circunstancias y los acontecimientos.

XLI. Los sacramentos no tienen otro fin que recordar al hombre la presencia siempre benéfica del Criador.

XLII. La comunidad cristiana introdujo la necesidad del bautismo, adoptándolo como un rito necesario, y adhiriendo á él las obligaciones de la profesión cristiana.

XLIII. El uso de administrar el bautismo á los niños fué una evolución de la disciplina en virtud de la cual este Sacramento se dividió en dos: en el Bautismo y la Penitencia.

XLIV. Nada prueba que el rito del Sacramento de la Confirmación fuese tomado de los Apóstoles, pues la formal distinción de dos Sacramentos, á saber, Bautismo y Confirmación, no pertenece á la historia del Cristianismo primitivo.

XLV. No todas las cosas que narra San Pablo acerca de la institución de la Eucaristía, se han de tomar históricamente.

XLVI. En la Iglesia primitiva no existió el concepto del cristiano pecador reconciliado por la autoridad de la Iglesia, sino que ésta asintió paulatinamente á este concepto. Antes bien, después que la penitencia fué conocida como institución de la Iglesia, no se llamaba con el nombre de Sacramento, porque se hubiera tenido por un Sacramento infamante.

XLVII. Las palabras del Señor: «Recibid el Espíritu Santo; á los que

presenta un carácter teológico místico y moral, y en Francia los trabajos histórico-críticos de Loisy una fase preferentemente exegética, este brote americano parece nutrido de la

---

perdonareis los pecados, perdonados le son, y á los que se los retuviereis, les son retenidos», de ningún modo se refieren al Sacramento de la Penitencia, como plugo afirmar á los Padres Tridentinos.

XLVIII. Santiago, en su carta, no intentó promulgar un Sacramento de Cristo, sino recomendar alguna piadosa costumbre; y si en esta práctica ve tal vez algún medio de gracia, éste no se recibe en el mismo sentido con que lo entendieron los teólogos que fijaron la teoría y el número de los Sacramentos.

XLIX. Habiendo la Cena cristiana tomado poco á poco la índole de la acción litúrgica, aquellos que acostumbraban presidir la cena, tomaron el carácter sacerdotal.

L. Los ancianos que en las cenas cristianas desempeñaban el oficio de vigilantes, fueron instituídos por los Apóstoles, Presbíteros ú Obispos, para proveer á las necesidades y al orden de las crecientes comunidades, no propiamente para perpetuar la misión y potestad apostólica.

LI. El matrimonio no pudo llegar á ser Sacramento en la Iglesia, sino mucho más tarde; puesto que para que el matrimonio fuese tenido como Sacramento, era necesario que le precediese la doctrina de la gracia y la explicación teológica de los Sacramentos.

LII. Fué ajeno á la mente de Cristo constituir á la Iglesia como una sociedad sobre la tierra que había de durar por una larga serie de siglos; antes bien, en la mente de Cristo, el fin del mundo y el reino del cielo eran igualmente inminentes.

LIII. La constitución orgánica de la Iglesia no es inmutable, sino que la sociedad cristiana está sujeta á perpetua evolución, igualmente que una sociedad humana.

LIV. Los dogmas, Sacramentos y jerarquía, tanto en lo afecto á su noción como á la realidad, no son sino interpretaciones de la conciencia cristiana y evoluciones que desarrollaron y perfeccionaron el pequeño germen oculto en el Evangelio.

LV. Simón Pedro nunca sospechó ciertamente que el Primado de la Iglesia le hubiese sido conferido por Cristo.

LVI. La Iglesia romana no se hizo cabeza común de las demás Iglesias por ordenación de la Divina Providencia, sino por condiciones meramente políticas.

filosofía utilitarista, una de las notas esenciales del carácter inglés.

Según esta tendencia, el criterio del entendimiento, para juzgar la verdad de un hecho, es el valor de éste, su utilidad práctica. Buscan un principio crítico en el mundo objetivo. Así dice W. James: «La moral pragmática se propone la formación de las convicciones ó creencias... Estas creencias son reglas de acción, y toda la función de creer consiste en producir hábitos de acción.» «La esencia y fin del pensamiento no puede ser otro que la producción de las creencias, siendo la

---

LVII. La Iglesia se presenta hostil á los progresos de las ciencias naturales y teológicas.

LVIII. La verdad no es más inmutable que el hombre mismo, puesto que evoluciona con él, en él y por él.

LIX. Cristo no enseñó un cuerpo determinado de doctrina á todos los tiempos y á todos los hombres, sino más bien inició un cierto modo religioso, adaptado y adaptable á diversos tiempos y lugares.

LX. La doctrina cristiana, en sus principios fué judaica; pero, por medio de sucesivas evoluciones, se hizo primero paulina, luego juanista, y, finalmente, helénica y universal.

LXI. Puede decirse, sin incurrir en paradoja, que ningún capítulo de la Escritura, desde el primero del Génesis hasta el último del Apocalipsis, contiene doctrina completamente idéntica á la que la Iglesia profesa sobre los mismos asuntos, y, por tanto, ningún capítulo de la Escritura tiene el mismo sentido para el crítico que para el teólogo.

LXII. Los principales artículos del Símbolo Apostólico no tenían la misma significación para los cristianos de los primeros tiempos que la que tienen para los cristianos de nuestros días.

LXIII. La Iglesia se muestra incapaz de defender eficazmente la moral evangélica, porque está obstinadamente adherida á doctrinas inmutables que no pueden conciliarse con los progresos modernos.

LXIV. El progreso de las ciencias pide que se reformen los conceptos de la doctrina cristiana sobre Dios, sobre la Creación, sobre la Revelación acerca del Verbo Encarnado y acerca de la Revelación.

LXV. El Catolicismo moderno no puede conciliarse con la verdadera ciencia, á no ser que se transforme en cierto Cristianismo no dogmático, esto es, en un protestantismo amplio y liberal.

creencia la semicadencia que cierra una frase musical en la sinfonía de nuestra vida intelectual... Toda parte de pensamiento que no ejerza influjo sobre sus consecuencias prácticas, carece de significación real. Para desenvolver el sentido de un pensamiento, nos es preciso determinar la conducta que es capaz de inspirarnos; esa conducta será para nosotros su sobresentido.» En suma: «El criterio del entendimiento, para juzgar la verdad de un hecho, es el valor de éste, su utilidad práctica. El fin del pensamiento no es buscar la verdad desinteresada, sino la utilidad de las cosas.»

De aquí, como consecuencia lógica y precisa, pasamos al humanismo, el cual proclama que la experiencia personal, la acción, el coeficiente personal, el hombre, es el centro de referencia, la medida del valor de las cosas y el criterio de la verdad. «Nosotros hacemos la verdad», dicen Schiler James y Simmel; y Le Roy, que llama nuevo positivismo al pragmatismo moral, se expresa así: «El valor de un dogma cualquiera no consiste en su verdad, sino en que se obre con arreglo á él, como si fuera verdad.» «El criterio único de la verdad es la vida.»

El valor del hombre, como individuo autónomo, instrumento vivo de sabiduría, fuente de verdad, es consagrado por Le Roy, diciendo: «Cuanto se nos impone de fuera como un dogma, es una restricción de la libertad, es una amenaza de tiranía intelectual.» Para M. Blondel, el principio de inmanencia, consiste en que nada puede admitir el hombre que no salga de sí mismo.» Y l'abbé Denis afirma que «la base de la filosofía moderna es la autonomía, ó sea «el atributo de la voluntad, de la razón del alma toda, de darse á sí misma la ley de la voluntad del pensamiento, de la vida interior, por medio de un acto reflejo...»

Fogazzaro, en su novela *El santo,* que retrata magistralmente el movimiento del clero italiano al impulso de estos nuevos ideales de renovación religiosa, escribe: «Un hombre puede negar á Dios, sin ser verdaderamente ateo, ni merecer

la muerte eterna, cuando la idea de Dios se le presenta bajo una forma que pugna con su razón.»

Doctrina auxiliar de todas estas especulaciones que, por el neo-kantismo, se enlaza directamente con Kant, el que, con Darwin, viene á formar los dos pilares que separan el mundo antiguo del mundo moderno, es el simbolismo (Helmholtz), según el cual, las sensaciones no son sino símbolos de los objetos exteriores; su conveniencia con ellos es menor que la que media entre los signos de la pluma en el papel con las ideas que representan. Nos informan de las realidades del mundo exterior, pero no con más propiedad que si tratásemos de enseñar á un ciego de nacimiento lo que son los colores.

Recordemos la idea de Taine: Un espíritu reflexivo puede aceptar el todo (religión y su organización eclesiástica), por lo menos, á título de símbolo.

Una frase preciosa encontramos en la obra de James (1): «La verdad tiene su paleontología y su prescripción.» Ella sintetiza el trabajo de estos atrevidos obreros que renuevan el edificio más poderoso que ha conocido la historia, trabajo de excavación en las profundidades del subsuelo católico, en que separan lo arqueológico, lo fósil, de lo vivo; trabajo que realizan con denuedo de luchadores iluminados por los albores de una nueva fe.

La Iglesia, el nuevo edificio medioeval, se derrumba, y antes que se consuma el cataclismo, las almas religiosas quieren salvar el depósito de fe y de ideal que ven amenazado de perecer entre sus ruinas.

EDUARDO OVEJERO

(1) *Pragmatism*. New York. Appeleton, 1907.

ACTUALIDAD Y EXCELENCIA

DEL

PENSAMIENTO DE BALMES

Conferencia leída en el Ateneo de Madrid el día 21 de Marzo de 1911, cuya publicidad ha sido reservada para «La España Moderna».

Señores: Treinta años ha, ó poco menos, que el Sr. Cánovas del Castillo, de ilustre memoria, porque fué un mártir de la patria y del orden social, en un discurso leído, en el seno de esta misma Corporación, tributando un homenaje á la dulce y simpática memoria de Moreno Nieto, le comparaba con Balmes por su religiosidad y su espiritualismo, aunque para distinguirle de él en seguida por sus opiniones históricas y por su racionalismo político y filosófico. Y ahora se me ocurre á mí que del mismo modo pudiéramos comparar al brioso y elegante orador extremeño con el reposado y austero publicista catalán, por el temperamento suave y conciliador que en ambos prevalecía, y que me parece oportuno recordar ahora, en honra suya y del Ateneo, cuando este insigne Cuerpo literario, por iniciativa de su dignísimo Presidente, está dando la más elocuente prueba de su elevación y amplitud de miras al consagrar este acto á la memoria de la más alta encarnación de aquel espíritu de concordia en la perturbada España del siglo XIX. Lo único de lamentar en este momento, es que la persona designada para dirigiros la palabra no tenga otros méritos que el de haber sido un humilde, aunque fervoroso, narrador y expositor de la vida y del pensamiento de Balmes; y

puesto que, á mi modo de ver, lo único que puede justificar tanta benevolencia por vuestra parte y tan señalado honor por la mía, es la sinceridad, la buena fe y el *amor* con que yo emprendí mis estudios sobre el gran publicista y filósofo ausetano, he pensado ofreceros una muestra más de la convicción que tengo de la bondad y utilidad de la doctrina de Balmes, hablándoos de su *modernidad* y su *excelencia*.

La doctrina de Balmes, como la de casi todos los grandes publicistas de la época moderna, tiene cinco aspectos principales: literario, filosófico ó científico, político, religioso y social. No es posible, en el breve tiempo de que disponemos, considerarlos todos detenidamente, y fuerza será que nos fijemos especialmente en uno, con tanto mayor motivo, cuanto que el estudio de Balmes, en su conjunto y en líneas generales, como lo imponen los límites de esta clase de trabajos, nos le ha dado ya el Sr. Menéndez y Pelayo en la magnífica semblanza que trazó para el Congreso de Vich. Yo voy, pues, á solicitar esta noche vuestra atención hacia el aspecto político, sin perjuicio de arañar más ó menos en algún otro, porque todos están íntimamente relacionados los unos con los otros; y dejaré que hable, á trechos, el mismo Balmes, á fin de que su pensamiento ejerza más directamente sobre nosotros el influjo de las almas grandes y de los entendimientos superiores. Ya que el Ateneo no pudo oirle, á pesar de haberle invitado á presidir sus cursos y conferencias, del mismo modo que la Real Academia Española tampoco pudo verle sentado en el sillón que le había ofrecido; ya que la enfermedad y la muerte, que en edad tan temprana le arrebataron á sus contemporáneos, no permitieron á ninguna de las dos ilustres Corporaciones contarle en vida entre sus individuos y colaboradores, oigámosle ahora nosotros con ocasión del Centenario de su nacimiento, y procuremos verle con los ojos del espíritu, después de muerto. De este modo todos nosotros saldremos ganando; y en el curso, no de mi lección ó conferencia, para las cuales carezco de títulos y cualidades, sino de nuestra plática ó conver-

sación, á que me convidáis tan amablemente, iremos viendo la suavidad, la fuerza, la complejidad, la armonía y, por consiguiente, la modernidad y la excelencia de la obra de Balmes.

I

Una de la cosas que más caracterizan la época moderna, es el desarrollo simultáneo y armónico de todas las facultades del hombre, y, por lo tanto, de todos los objetos, de todos los órdenes de cosas sobre los cuales ejercen ellas su vasto dominio.

Ved de qué modo lo expresaba nuestro filósofo en su revista *La Sociedad*, y tened en cuenta que esto era en España y en la primera mitad de la pasada centuria: «Comparando nuestro siglo con los precedentes—decía,—se echa de ver que antes, las facultades del espíritu humano se ejercitaban y desarrollaban aisladamente; ahora se desenvuelven con simultaneidad. Quién se entregaba á la imaginación, quién á los sentimientos, quién cultivaba la razón, quién la memoria; pero acontecía con mucha frecuencia, que el hombre ocupado en uno de estos objetos, conocía apenas otro diferente. Los poetas, los literatos, los eruditos, los filósofos, eran clases que tenían entre sí poco contacto; y no se había creado esa homogeneidad que asemeja, en cuanto es posible, á todos los hombres de alguna ilustración. En la actualidad se piensa sintiendo, se siente pensando, se amontona erudición, pero se filosofa sobre ella; se trata de filosofía, pero se la siembra de erudición; el poeta razona como un filósofo, el filósofo canta como un poeta; ambos disertan como un erudito; y éste, á su vez, suelta cuando le viene en gana el fárrago de sus noticias, y os entretiene largo rato con sus narraciones de novelista, con observaciones filosóficas ó con los armónicos acentos de un vate.»

Este ideal de progreso y armonía, no sólo en el orden literario y especulativo, sino en el orden práctico—político, eco-

nómico y social,—era el que Balmes quería realizar en España, cuando excitaba á los hombres políticos de su tiempo á que no quisiesen «cargar con la tremenda responsabilidad de desaprovechar para siempre la ocasión que nos deparaba la Providencia de extinguir la cuestión dinástica, de fundir en uno varios partidos y de establecer un gobierno sólido que hiciese imposibles para mucho tiempo las revoluciones y las reacciones, dando á España la dirección conveniente para que entrara en el movimiento regular y progresivo de los pueblos europeos». Se trataba de unos momentos en que, hallándose la máquina «como desmontada», según había dicho Quadrado, «podía recomponerse con arreglo al sistema que mejor pareciese.»

Todos sabéis que Balmes era un sacerdote nacido en la montaña de Cataluña, y educado con arreglo á los principios, máximas, sentimientos y tradiciones dominantes en su país. Pues bien: apenas había salido de la montaña, apenas había puesto los pies en Barcelona, cuando, en su primer escrito político, en las *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, formulando ya su pensamiento capital, estampaba las siguientes frases:

«La violencia, la precipitación, el espíritu reaccionario con que se ha obrado en España de tantos años á esta parte, confundiéndose monstruosamente las ideas y encarándose de golpe los sistemas más opuestos, ha producido una situación tan singular y extraordinaria, una confusión tal, que apenas se atina cómo será posible introducir en ese caos el orden y concierto. De una población á otra poco distante, de un país á otro su limítrofe, de una clase á otra clase, se notan en las ideas y costumbres diferencias tan enormes, que no parece sino que se pasa de repente de una nación á otra, la más extraña del mundo. Más ó menos, sucede algo semejante en todas partes; pero tanto como entre nosotros, en ninguna; porque ni han mediado causas para ello, ni se ve que así lo indique el curso de los sucesos. Aquí hay todas las opiniones, todas las

escuelas, hombres de todos los siglos: españoles que pertenecen al tiempo de Carlos II tropiezan frecuentemente con partidarios de la Convención. Y, no obstante, si ha de haber gobierno, si ha de haber nación, es necesario arreglarlo todo, armonizarlo todo, ver cómo se puede conseguir que vivan en paz, sin chocarse y sin hacerse mil pedazos, enemigos tan violentos é irreconciliables.»

Antes de pasar adelante, permitidme una breve digresión en descargo de mi conciencia. Hay en estos días una cuestión que parece agitar grandemente los ánimos, por más que á mí se me antoja que es un instrumento político: me refiero á la llamada cuestión religiosa. Yo, señores, no tengo fuerza bastante para remover las pasiones, y, si la tuviera, no hubiera venido á excitarlas, sino á calmarlas, no sólo por mis propios impulsos y deseos, sino porque tengo muy presente que no me habéis llamado á la candente arena de la política, sino á la región serena de la ciencia y del pensamiento. No me propongo, pues, ventilar esta cuestión, sino más bien descartarla. Balmes, casi no es necesario decirlo, era entusiasta defensor de la unidad religiosa; pero de las palabras suyas que os he leído, de otras que os leeré y de lo que seguiré exponiendo, acaso alguno de vosotros inferirá que lo más lógico sería hoy, dada la evolución de los tiempos y nuestro estado social, establecer la libertad de cultos. A los que tal penséis y no sintáis prevención alguna contra el catolicismo, sólo os dirigiré una pregunta: la libertad de cultos ¿respondería á una verdadera necesidad sentida por la Nación? ¿Resolvería algún problema, ó, antes bien, lo complicaría? Pensadlo bien, y resolvedlo, allá en el fondo de vuestra conciencia, como observadores imparciales y como buenos españoles.

Prosigamos ahora.

La fatalidad ó la serie de fatalidades que nos habían conducido al lamentable estado que Balmes tanto se esforzó por

remediar, jamás fueron reconocidas tan noblemente y pintadas con tanta veracidad como por él, en sus escritos políticos. En las mismas *Consideraciones políticas sobre la situación de España,* trazando un cuadro de nuestra historia desde los tiempos de Carlos II, y de los sucesos exteriores y particularmente de la Revolución francesa, que influyeron en ella, declaraba sin rodeos que «más ó menos tarde hubiera cambiado la nación de rumbo, porque así lo hacía necesario la situación de Europa»; pero que, sin entrar en conjeturas sobre lo que entonces habría sucedido, difícilmente podía cabernos peor suerte de la que estábamos sufriendo.

Balmes vió desde el primer momento que la causa de nuestras discordias y de lo encarnizado de nuestra lucha era el haberse planteado de improviso, violentamente, *sin mediar ninguna gradación* (son sus mismas palabras), merced al trastorno causado por la invasión francesa, un régimen contrario á los sentimientos de la generalidad del pueblo español.

«En España—escribía—hay convicciones católicas muy vigorosas, sentimientos católicos muy profundos; y como la introducción repentina de la filosofía de Voltaire hizo que se hallasen encaradas de golpe, sin ningún preservativo, la religión católica y la impiedad, ha resultado que entre nosotros los sentimientos católicos son recelosos, suspicaces, se alarman con mucha facilidad, porque se les ha dado demasiado motivo para hacerlo.»

Sólo por la índole peculiar de su genio comprensivo y clarividente, pueden explicarse esos primeros puntos de vista, generosos, certeros y definitivos, de nuestro publicista; sólo se comprenden en hombres como él, que, muy joven todavía, en el Seminario de Vich y en la Universidad de Cervera, en medio de su sencillez, sentíase perplejo cuando sus maestros ponderaban la dificultad de ciertas cuestiones que su naciente y ya clara inteligencia resolvía llanamente.

Más tarde, desde su periódico *El Pensamiento de la Nación,* echando una ojeada sobre los principales acontecimientos ocu-

rridos en el curso de nuestra revolución, desde el último casamiento del Rey Fernando, escribía:

«La guerra dinástica se hubiera evitado teniendo el Rey Fernando un hijo varón; no lo tuvo.

La guerra podía aplazarse, y probablemente evitarse, viviendo el Rey algunos años; el Rey muere en la flor de sus días.

Una victoria pronta de uno de los contendientes podía evitar grandes desastres; ambos son bastante fuertes para luchar, ninguno para vencer.

Descuella en las filas de D. Carlos un hombre de genio, que en pocos meses arrolla y destroza cuanto se le opone, vence en las Amezcoas, rechaza sobre el Ebro el ejército de la Reina, y ataca á Bilbao para marchar luego sobre Madrid. ¡Vanos pensamientos del hombre!; la bala que respeta á sus granaderos le hiere á él; á los pocos días se leía en todos los periódicos con abultados caracteres: *Zumalacárregui ha muerto.*

Los sucesos preparan la elevación de un hombre en las filas de la Reina; la guerra termina; este hombre es proclamado Regente; pero carece del genio de Cromwell y Napoleón, y cae de una manera lastimosa.

Otro hombre le sucede: su carácter es más enérgico, pero su pensamiento político no iguala á su energía; su prestigio mengua rápidamente, y al fin cae, y también de una manera lastimosa.

¿Por qué después de habérsenos cerrado todos los caminos regulares, hemos debido ser tan infortunados que no se haya levantado entre nosotros un hombre que con el ascendiente de su genio haya justificado sus derechos al mando? Ese *por qué* es un secreto de la Providencia; nosotros vemos el hecho; ignoramos el fin.»

¿Qué conducta, pues, se proponía seguir el fundador del *Pensamiento*, para conjurar en lo posible hados tan adversos? ¿De qué modo, en qué sentido hubiera hecho prevalecer sus deseos, á la vez de conservación y de progreso, y su intento

de conciliación? Aunque ya se desprende de lo poco que llevamos expuesto, pongámoslo de relieve, haciendo resaltar los conceptos más fundamentales del pensamiento del publicista.

II

De los escritos políticos de Balmes, sin excluir algunos pasajes del *Protestantismo,* pueden extraerse dos ideas trascendentales: la de *libertad* y la de *evolución* (por más que él empleara con más frecuencia la palabra *reforma*); y yo no creo que en otra parte alguna estén mejor entendidos y más discretamente aplicados estos dos conceptos que tanto apasionan los espíritus en la época moderna, por más que la realidad á que corresponden sea tan antigua como el mundo. Como ya expuse algo de esto en un estudio de *Las ideas de Balmes*, no haré más que ampliarlo y confirmarlo.

Podríamos decir, abusando un poco de las palabras, pero de un modo muy conforme con los gustos de la época, que Balmes nos dió una excelente *psicología* de la libertad; psicología que también hallaríamos en los místicos españoles. La verdadera idea de libertad, que uno y otros nos sugieren, no consiste en seguir impulsos groseramente *naturales*, ciegos, como los de los brutos, sino en los adecuados á la naturaleza del hombre. Por eso aparece como propiamente *natural* el gobierno, la potestad civil, que implica una merma de la libertad individual como cosa necesaria á la existencia de la sociedad, es decir, de la humanidad, del hombre, en el completo y noble sentido de la palabra. El hombre no obra sólo por instinto, sino también por discurso: la libertad, pues, en el hombre es cosa *racional*. Los modernos demagogos la predican *brutal*, que es destructora del hombre. ¡A cuántas reflexiones se presta esto! ¡Cuán *naturales* aparecen á todo entendimiento sano las sublimes enseñanzas de la religión cristiana! ¡Qué profundo y acabado conocimiento del hombre demuestran! El hombre justo

¡cuán libre se siente! Este sí que experimenta el sentimiento de la verdadera libertad, tal como es dado tenerlo en la vida presente, donde siempre ha de haber alguna coacción en algún sentido. Y es éste un argumento de experiencia, psicológico, innegable, que nadie puede rechazar, pues si todos nos hemos sentido con frecuencia pecadores, alguna vez también nos hemos sentido justos, y con la comparación de un estado con otro, se percibe mejor la *tiranía* de las pasiones, de los apetitos, de las inclinaciones ilícitas; del predominio de la materia, de la carne, de los sentidos.

No creáis, señores, que sea en vano tener una verdadera y exacta noción de la libertad individual, porque es el fundamento de la colectiva, y sus infracciones son causa de las revoluciones políticas y sociales, lo mismo en los que las efectúan que en los que dan pretexto y ocasión á ellas. Goethe, á quien volveremos á citar muy luego á propósito de Balmes, aleccionado por la experiencia, lo mismo condenaba á los unos que á los otros, á los revolucionarios directos que á los indirectos. En el mundo no hay nada insignificante, y los más pequeños deslices de la vida privada repercuten en la vida social. Entre los actos humanos, individuales y colectivos, hay un encadenamiento, invisible y misterioso en apariencia, perceptible y admirable muchas veces á los ojos del observador sincero y reflexivo.

Algunos gobiernos han pretendido fundar el régimen político en el solo concepto de libertad. ¡Error profundo ó vana palabrería, ya que no hipocresía refinada! La libertad es una cosa relativa y fluctuante, en la cual no puede estribar, como en una base sólida y única, el gobierno de un Estado. Tomada en su concepto más general, absoluto y primario, no es más que la *ausencia de coacción;* es, en cierto modo, un concepto negativo. Así lo vió y supo expresarlo, con su perspicuidad acostumbrada, el autor del *Protestantismo*. Tomada en un sentido más positivo, más práctico y de aplicación, envuelve siempre el concepto de limitación, de restricción, y es, por lo tanto,

variable y relativa. Por eso algunos la han definido por lo que parece su antídoto ó, á lo menos, su propia limitación y restricción: «el respeto al derecho ajeno»; por eso Balmes, en uno de sus escritos políticos, dijo que la verdadera libertad consiste en ser esclavo de la ley.

¿No veis, pues, cómo se conforma el concepto político y colectivo de la libertad, con el concepto moral, individual, psicológico, según al principio os anunciaba?

Yo no sé qué secreta é inexplicable afinidad encontramos á veces entre las doctrinas al parecer más opuestas, y entre los hombres que las sustentaron. En el último volumen de la correspondencia de Taine, recientemente publicado y de un interés extraordinario (y aquí, sin salir aún de la idea de libertad, estamos rozando ya con la de evolución), vemos cómo el gran escritor intentaba en vano, repetidas veces, convencer á sus amigos y correspondientes, de la estrecha alianza entre el determinismo y la responsabilidad individual, afirmando que los moralistas más rígidos, desde los estoicos hasta los calvinistas y los puritanos, y los mismos filósofos de más alta significación moral, como Santo Tomás, Spinoza y Leibnitz, fueron deterministas. Si de alguna explicación fuera susceptible el pensamiento de Taine, en cuyo fondo se descubre la honradez y quizás alguna vislumbre de la verdad; si de algún modo pudiesen conciliarse dos términos que, enunciados como él los enunciaba, constituyen una antinomia irreductible, sería sin duda por medio del siguiente pasaje de Balmes en uno de los artículos que consagró á la reforma de la Constitución, asunto que trataba, como solía, hasta llegar á las raíces más profundas.

«En la sociedad, como en la naturaleza, nada sucede sin causa; no hay anomalías propiamente dichas: si pudiésemos penetrar en el seno de todos los objetos y descubrir las íntimas relaciones que los enlazan, hallaríamos que acontecimientos á primera vista muy fortuitos, tienen causas muy naturales y profundas; y que un orden de cosas muy raro y extravagante

en la apariencia, no es más que el desarrollo espontáneo de efectos íntimamente enlazados con sus causas, y sometido á una regularidad admirable.»

No quisiera comparar á Balmes con Gœthe, porque no desconozco las profundas diferencias que median entre ambos en cuanto al sentimiento religioso, al temperamento poético y á las costumbres privadas; pero no es posible dejar de colocar á Gœthe, lo mismo que á Balmes, en la misma línea de esos que yo llamaría grandes expertos de la realidad, amaestrados por la experiencia, como Burke, como Bonald, como Le Play, como Taine en el último período de su carrera literaria, que tanto aborrecieron la destrucción y las transformaciones violentas. A partir de los horrores de la Revolución francesa, el gran pensador y poeta alemán sintió por ella, como la había sentido Franklin, profunda aversión, y detestaba las intempestivas y ridículas parodias que de ella hacían los alemanes. «Todo lo que es violento y atropellado me repugna—decía,—porque no está conforme con la naturaleza» (1). Amigo como era de las flores, se extasiaba ante la rosa, que le parecía la flor más bella de cuantas se abrían bajo el cielo alemán; pero como en el mes de Abril naturalmente no podía dársela el clima de Alemania, lejos de pretenderla á destiempo y artificiosamente por medio de la estufa y del invernadero, esperaba con calma el mes de Junio para admirarla en toda su magnificencia y aspirar sus perfumes.

Parecidamente, Balmes, que había presenciado lo más cruento de nuestra guerra civil y los desmanes de una revolución miserable y estéril, abogaba por una reforma lenta y gradual, acomodada á la estructura de la sociedad española y propulsora de su adelanto, y condenaba todo trastorno violento y destructor. Este pensamiento—el de la evolución suave y natural, ajustada á las modificaciones de los tiempos,—aparece á

(1) En otras ocasiones, Gœthe no se conformó de este modo con las sanas prescripciones de la Naturaleza.

cada paso en sus escritos políticos, en medio del reconocimiento imparcial de las dos Españas, la vieja y la nueva, que, por fatales circunstancias, habían trabado entre sí encouada lucha. La evolución supone el desarrollo de gérmenes ú organismos ya existentes; una adaptación de elementos nuevos á los viejos, y, en parte, en lo gastado y caduco, la sustitución de éstos por aquéllos de un modo prudente y adecuado. En España se quiso hacer aplicación de elementos no adaptables, mientras se destrozaba y destruía lo antiguo. Lo nuevo ha dañado por haber sido mal escogido y mal aplicado; de lo viejo no se ha querido conservar lo fuerte y lo vivo, el tronco robusto, con savia bastante para renovar la corteza y echar nuevas ramas.

Si yo tuviera autoridad para ello y si tuviera esperanza de ser escuchado, ahora que se trata de conmemorar el Centenario de las Cortes de Cádiz, les diría á los organizadores: tened cuidado en el sentido que vayáis á darle á esta conmemoración. La verdadera historia de aquellas Cortes, la historia detallada y definitiva, está aún por escribir; todavía no se ha deslindado bien lo que tuvieron, por una parte, de precipitación, inexperiencia é insano apetito de novedad; y por otra, de legítimo anhelo de renovación y mudanza; anhelo que el gran publicista y observador catalán, teniendo presentes los escándalos de la Corte de Carlos IV y las miserias de Bayona, compartió con la mayoría de los españoles. Creo que los puntos de vista de Balmes sobre la labor de las Constituyentes de Cádiz, y sobre la reforma constitucional, expuestos en artículos que debieran haber aprendido de memoria cuantos en España han tratado de intervenir en los negocios públicos, prevalecerán, en definitiva, en el fallo de la Historia, como los más acertados; pero aunque se opinara de otro modo, aunque se creyese que Balmes concedió demasiada importancia al elemento antiguo, y que no acertó á formular nuestra Constitución externa de un modo suficientemente claro y comprensivo, bien podrían tenerse en cuenta las equivocaciones padecidas en el camino em-

prendido, y comprobadas por la más dolorosa experiencia, y, anunciando una rectificación, dar al acto que se celebre un carácter verdaderamente nacional en que cupieran las esperanzas de todos los buenos españoles.

Balmes no quería más heridas, más desgarramientos de la contextura nacional. Lo que aquí se estaba haciendo no era reformar, sino intoxicar ó mutilar la Nación. Como no era posible una conflagración espantosa como la Revolución francesa, dado el estado de la sociedad española, el instinto revolucionario obraba de otro modo y con otros resultados: ahora una clase, después una institución, aquí un privilegio, allá una tradición y una costumbre, iba atacando las obras de los siglos, verdaderas *acumulaciones de experiencias*, como ha reconocido la ciencia moderna, que no podían ser suplidas por la novedad, la impericia, la alucinación, la exaltación, el egoísmo y las pasiones políticas puestas en juego por los revolucionarios. Esto no era *progresar*, no era *marchar hacia delante, hacia la perfección*, como decía nuestro filósofo; esto era caminar hacia la destrucción y la muerte. Y melancólicamente exclamaba, después de hacer votos por la recomposición y soldadura de los rotos organismos nacionales: «este es nuestro deseo; no diremos que sea nuestra esperanza». En una colección de notas ó pensamientos suyos, recientemente publicada (1), se leen estas palabras: «los empíricos de España, para curar al enfermo, le han aplicado el escalpelo al corazón».

Señores: yo no quisiera que me acusarais de pesimista; yo no quisiera que dijeseis que he venido aquí á deprimir los ánimos y á ensombrecerlos. Yo vengo sólo á exponer lealmente el pensamiento del gran publicista español del siglo XIX; yo no sabría disfrazarlo ni disimularlo, y vuestra nobleza y sinceridad tampoco me lo perdonaría. Porque la verdad, aunque amarga á veces, es provechosa, y yo creo que muchos de los

(1) *Reliquias literarias de Balmes*, recogidas y publicadas por el padre Ignacio Casanovas. Barcelona, 1910.

grandes daños que hemos padecido, ha sido por desconocerla. Por otra parte, algunos de vosotros opinarán quizás, contra lo que yo creo firmemente, que Balmes no estuvo en lo cierto y en lo justo. Yo respeto vuestra opinión; pero sigo creyendo que no hubo nadie en España que, tanto por temperamento, como por el estudio y la aplicación, se identificara, como él se identificó, con la verdad política, del mismo modo que se apropiaba y se hacía el verbo de la verdad religiosa, de la verdad científica y de la verdad social. ¡Y con qué firmeza, con qué persuasión, con qué evidencia, afirmaba verla y contemplarla! Luego después del casamiento de la Reina Isabel, Balmes, que se hallaba en Barcelona, pensó en suspender el periódico *El Pensamiento*, y el Marqués de Viluma le escribió para disuadirle de ello. Balmes le contestó en los siguientes términos:

«Honda impresión me ha producido la sentida carta de usted. La voz de una persona, para mí, que puedo conocerla bien, tan franca, tan cordial, no ha dejado de conmoverme, y de hacerme pensar si tal vez me engañaba; por desgracia, mi convicción se robustece cuanto más medito. No estoy todavía resuelto, pero es harto probable que me resolveré á no tardar. El voto de los amigos, los Sres. de Veragua y de Isla, pesa mucho en mi juicio; pero pesan todavía más las cosas en su triste realidad. Dudo mucho que pueda hacer bien escribiendo de política. Las circunstancias han variado completamente: falta la base; no sé cómo se pueda levantar el edificio. Indica usted que si ceso de escribir, dirán que mi único objeto era el matrimonio de Montemolín; el objeto era un sistema cuya clave era el casamiento; si dicen esto, dirán la verdad. Me conjura usted á que lo piense bien: lo haré. Queda mucho que hacer en interés de la Nación, es cierto; pero yo no puedo detener las borrascas que van á desencadenarse, ni nadie tampoco; quien lo intente se estrellará. Me dice usted que el Príncipe es buen sujeto; no lo dudo; pero ¿qué tenemos con eso? ¿Qué podrá hacer el Príncipe con la mejor voluntad del mundo? Nada, Sr. Marqués, nada.»

Y después de exponer la situación de las cosas, escribía estas palabras que parecían tener un acento shakesperiano:

«Es la verdad pura, Sr. Marqués; la veo, la palpo.»

Hasta qué punto los sucesos posteriores hayan confirmado la visión de Balmes, todos lo sabéis mejor que yo. Permitidme, no obstante, un recuerdo de aquel artículo que escribió José María Quadrado, veinticinco años más tarde, en circunstancias que ojalá pudieran caer en el olvido para siempre, con el título de *¡Si viviera Balmes!*, y en el cual, evocando la augusta sombra del que fué su amigo y su maestro, é imaginando su inútil esfuerzo en medio de tanta disolución y tanta desdicha, concluía preguntando:

«¿Desesperaría por esto de su patria? No lo sé; pero ante esa patente degeneración de caracteres é inteligencias, ante ese falseamiento y adulteración de principios, ante esa confusión de ideas y brutalidad de formas que retrae al hombre culto de leer y todavía más de escribir, sentiríase á ratos abrumado de tedio y desaliento nuestro inmortal estadista, é imploraría por merced del cielo la misma tumba que previno sus deseos y que le ahorró tantos pesares.»

La España que Balmes quería, derivaba de aquellos tiempos en que presentaba el mismo carácter generador de las otras grandes naciones de Europa: religioso, disciplinado, serio. Definitivamente constituída y consolidada en tiempo de los Reyes Católicos, debía su formación al renacimiento, largo y penoso, pero fuerte, iniciado después de la invasión agarena, y esa reconquista era debida, á su vez, á lo arraigado y profundo de la obra religiosa y monárquica realizada por los godos, y que tuvo su consagración en la persona de Recaredo. Así opinaba nuestro filósofo historiador, que ciertamente no era de aquellos que sólo ven en la historia los cambios de dinastías y el número de muertos en las batallas, sino de los que perciben lo más hondo y lo más complicado de la organización social. ¡Otra escena como la de Recaredo! ¡Quién sabe si

la veremos desempeñada por el Rey de Inglaterra ó por el Emperador de Alemania!

Esa España hubiera podido acomodarse á los modernos tiempos, como lo han hecho otras naciones, sin perder nada de lo que constituía su esencia. No hay que confundir su decaimiento desde la época de Felipe II hasta fines del siglo XVIII y principios del XIX, con la obra ruinosa y disolvente de la Revolución. No es esta la ocasión de tratar de las causas de aquella decadencia, ni tampoco puede afirmarse que Balmes las expusiera con detenimiento, aunque alguna vez las indicó; pero es innegable que hasta la época del levantamiento contra los franceses, que, por desgracia, lo fué también de otro levantamiento en favor suyo, quedaba sano el meollo del cuerpo nacional y palpitaba aún en toda su integridad el alma española. Con el pueblo español podía operarse fácilmente en el mejor de los sentidos; en una palabra, podía llevarse á cabo la reforma que exigían los tiempos y la misma situación de España, y que anhelaba una buena parte de la nación. Los psicólogos y sociólogos del liberalismo, tomando en globo á nuestro pueblo desde los tiempos de la Reconquista, sin distinción de épocas, han supuesto en él un estado morboso de origen que, en realidad, conviene sólo á la España del siglo XIX. Los vicios naturales de la raza, esos vicios de que podemos contemplar expresivas muestras en nuestra literatura, singularmente en la clásica picaresca y en las *Novelas ejemplares* de Cervantes, no tienen nada que ver con esa malsana impetuosidad, con ese predominio de la vida afectiva é imaginativa, ó, mejor dicho, de la vida sensual, de las pasiones desatadas, que ha obscurecido entre nosotros el sentimiento de la justicia, ha traído la impunidad de los culpables, y tantas flaquezas de la voluntad, tantos excesos del egoísmo y abdicaciones de la dignidad y del honor, que los mismos escritores del racionalismo están contestes en reconocer y lamentar. Y si los defectos ingénitos de nuestra raza tienen alguna relación con la influencia revolucionaria, consiste en lo que por ella han sido fomentados y exagerados. Ja-

más esas desapoderadas energías para la discordia se habían manifestado entre nosotros con los caracteres que han presentado en la época revolucionaria. Los españoles (salvo en muy raras ocasiones, como la guerra de las Comunidades y la de sucesión, en tiempo de Felipe V) habían luchado siempre por motivos más nobles, más altos, con perseverancia y con cálculo, pero con generosidad, con resolución, con profundas convicciones. El sentimiento religioso y el monárquico habían engendrado el sentimiento del honor, que tanto resaltaba en el carácter español, y que fué siempre su más poderoso estímulo.

La revolución alteró profundamente nuestra fisonomía espiritual. Artículo de importación, planta exótica en nuestra tierra, amenaza con destruir toda huella de españolismo en esta sociedad desquiciada. Me parece que fué Pascal quien dijo que no hay nada más funesto que quitar la libertad de donde Dios la puso, ó establecerla donde no estaba puesta por Dios. Estas palabras encierran un significado profundo; y si se toma la libertad política en su verdadero sentido; si se entiende por ella la que se funda en los sentimientos, tradiciones y costumbres legítimas y laudables de todo un pueblo, tienen para España una aplicación y una actualidad sorprendente.

Algunos historiadores y sociólogos han pretendido que la evolución histórica ha de adaptarse necesariamente al país y á la raza, tomándolos en un sentido geográfico puramente natural. En tal caso, sería en vano cuanto se intentara por medio de la educación; si el producto de los factores naturales ó materiales es fatal é inevitable, la transformación por medio de la educación será imposible. Ved ahí el inconveniente de dar excesiva importancia al elemento físico; sobreviene el pesimismo y el desaliento, y, en consecuencia, la desesperación ó el embrutecimiento, algo así como la vida puramente vegetativa, á expensas del suelo patrio, con intervalos convulsivos y la inevitable consunción de fuerzas nacionales; vida miserable y precaria que arrastra la política española desde

que abandonó toda tradición espiritual, toda su antigua significación y grandeza.

Balmes—repitámoslo una vez más—no quería á ciegas la conservación de lo pasado y de una tradición exclusiva y cerrada, sino una renovación de lo caduco y gastado y de lo incompatible con el progreso de los tiempos, y entendía, á no dudarlo, como lo han entendido todos los grandes pensadores, que la vida es una perpetua conservación y renovación. El mismo Galdós, en su bellísimo discurso de contestación al de Pereda en la Academia, expuso admirablemente este pensamiento. Balmes observaba cómo se iban planteando y desarrollando en Europa las cuestiones políticas y sociales, y quería prevenirlas y evitar sus peligros; lo que no quería era plantearlas anticipadamente, de un modo artificioso y violento, como se ha hecho en España casi siempre, para ponerlas al servicio de las pasiones personales y de partido.

Para comprender bien hasta qué punto, con amar tanto el espíritu y el carácter de la España antigua y creer algo de ello indispensable para la continuación de la vida nacional, apreciaba también en todo su significado el espíritu moderno, no hay más que fijarse en los términos que empleaba en su artículo titulado *Dos escollos* (que ya adivinaréis cuáles eran, el de la precipitación en el obrar y el de la inacción absoluta), al reconocer la existencia de ese elemento nuevo que entonces era una minoría en nuestra nación, y cuya fuerza, importancia y significación definía él admirablemente.

Al lado de «la España antigua, de la España religiosa y monárquica, de la España de las tradiciones, de los hábitos tranquilos, de las costumbres sencillas, de escasas necesidades, de un carácter peculiar que la distingue de las demás naciones de Europa», veía «la España nueva con su incredulidad ó indiferencia, su afición á nuevas formas políticas, sus ideas modernas en oposición con nuestras tradiciones, su vivacidad y movimiento, sus costumbres importadas del extranjero, sus necesidades hijas de un refinamiento de cultura, su amor á los pla-

ceres, su afán por el desarrollo de los intereses materiales, su prurito de imitar á las demás naciones, en particular á la Francia, su fuerte tendencia á una transformación completa que borre lo que resta del sello verdaderamente español, y nos haga entrar en esa asimilación ó fusión universal á que parece encaminarse el mundo». Y declarando que esta España nueva no constituía la mayoría de la nación, reconocía, no obstante, que era «su parte más inquieta, que más se agitaba, que más sonaba en todos los negocios públicos; la que hablaba, la que escribía, la que viajaba, la que tenía en su mano mil medios para dar circulación á sus ideas, propagar sus pasiones, defender sus intereses; la que había ocupado todos los puestos, todas las avenidas del poder, la que estaba en relaciones, en incesante contacto con el resto de la Europa».

Ya sé que no faltan quienes creen ó aparentan creer imposible esa conciliación y compenetración, esa continuidad gradual y sucesiva, si se me permite la expresión, de lo antiguo y lo moderno, que Balmes preconizaba. Yo, señores, me limitaré ahora á decir que hay cosas que se ven y se sienten mejor que se explican y se demuestran; y, á mi juicio, ésta es una de ellas. Un ejemplo irrecusable y viviente de esa gradación y yuxtaposición, de esa conjunción y convivencia, es nuestro insigne filósofo y publicista.

III

La actualidad y utilidad de la obra de Balmes por lo que toca al pensamiento religioso, científico y social, se descubre también si se trata de aplicarlo á las cuestiones que se han suscitado después de él en semejantes esferas, que tantas y tan inevitables relaciones tienen con la política. Ensayémoslo con la brevedad á que nos obliga el tiempo de que disponemos, sin abandonar, más que por breves momentos, el punto de vista directamente político, empezando por lo que impropiamente se

ha llamado la *evolución del dogma*. Para él, para Balmes, el dogma no cambia nunca; la Iglesia descansa siempre en la fijeza de sus principios, y sólo varía en sus aplicaciones, en la forma y el modo de inculcarlos á la sociedad, según su estado. En otra parte cité un pasaje de Balmes, revelador de su pensamiento en este particular; hoy, permitidme que os lea otro no menos expresivo y no más conocido que aquél, porque, uno y otro, después de haber sido publicados en la Revista en que él colaboraba junto con sus amigos Roca y Cornet y Ferrer y Subirana, titulada *La Civilización,* no han sido reproducidos. Trata Balmes allí de la instrucción del clero, y con un espíritu amplio y comprensivo, teniendo en cuenta las circunstancias de la época, aconseja que una parte, á lo menos, del clero, se forme, no sólo en los Seminarios, sino también en las Universidades (las Universidades eran entonces cosa muy distinta de lo que son ahora), para que «de esta suerte (son sus palabras), cuando se haya de hacer palpable que el Catolicismo no ha muerto, que vive aún con toda la plenitud de la vida que le comunicó el espíritu del Señor; cuando sea preciso demostrarlo con hechos, con aplicaciones de la enseñanza y de la caridad religiosa á las necesidades de la época, ora se trate del planteo de nuevas instituciones de beneficencia ó de enseñanza ú otro género, ora del arreglo y fomento de las existentes, se hallen hombres instruídos de lo que se está practicando en otras naciones, hombres conocedores de las mudanzas y revoluciones que se hayan verificado y se verifiquen en el estado social de los pueblos, capaces de dirigir la aplicación que al propio país se hiciera y de adoptar las modificaciones reclamadas por la diferencia de las circunstancias.

»Estas utilidades resultarán de concurrir á los grandes centros de enseñanza pública los jóvenes destinados á la carrera eclesiástica, pues no cabe duda que las ideas adquieren más amplitud, las miras mayor elevación y el ánimo más prudente flexibilidad, á medida que el trato del mundo, la vista de las cosas, evidencian una muchedumbre de verdades de que no es

posible formar concepto con el mero auxilio de los libros en el retiro de un gabinete.»

Añade luego que, cuando habla de prudente flexibilidad, no quiere decir culpable condescendencia con los extravíos de la razón y los torcimientos de la moral evangélica en favor de las pasiones insaciables, y dice que, «si bien se mira, no es más lo que está diciendo que una aplicación á la época actual de lo que en todos tiempos se ha practicado en la Iglesia. La unidad é inmutabilidad de sus dogmas, y la invariabilidad de su moral, no la impiden acomodarse á la diversidad de tiempos y países; y este es el origen de las incesantes modificaciones que en su disciplina ha tenido por conveniente adoptar en todas épocas, y está adoptando todavía en la nuestra».

No escrupulicemos demasiado, señores, en el estilo de Balmes, que, si nunca fué brillante, en aquella época no estaba aún enteramente formado, por más que ya tenía la claridad que le distinguió siempre; y paremos mientes sobre todo en la penetración y el alcance de su pensamiento, que, aun hoy, en muchas cuestiones, tiene una actualidad y aplicación innegables.

Uno de los principios capitales de su apologética consistía en afirmar, apoyado en la experiencia interna y externa, la insuficiencia de la razón humana para dar cumplida explicación del hombre y conducirle á la perfección. Aunque, á la verdad, no podía ser tachado de desafecto á la ciencia, reconocía los límites naturales del entendimiento humano, que, después de los más grandes y nobles esfuerzos, delante de lo inmenso y de lo infinito, de lo misterioso y de lo inefable, pero tan íntimo y eficaz como la misma vida, pronuncia un perpetuo *ignorábimus* para dejar el paso libre á la influencia luminosa y vivificante de la religión.

Se habla mucho de separar la religión de la política, y no sin motivo en ciertos respectos; pero conviene evitar en este punto la confusión de ideas. Es imposible que la Iglesia permanezca siempre indiferente ante una política que de mil ma-

neras puede serla favorable ú hostil, así como el Estado ha de contar siempre con la influencia religiosa, ya sea para apetecerla, ya para rechazarla. Prescindamos ahora de lo sobrenatural en lo religioso: cuando se trata de elementos naturales (y la religión es natural en el hombre), no basta la más firme voluntad para suprimirlos, y es necesario contar con ellos para la lucha ó para la concordia.

No era Balmes ciertamente de los que consideran ó quieren la religión sólo como un *instrumentum regni,* pero apreciaba en toda su extensión el saludable influjo que ejerce en la sociedad; y en *El Protestantismo* citaba un pasaje del P. Zeballos, que demuestra claramente de qué modo la religión constituye una ayuda, un *alivio,* como él decía, de la política. Y, en efecto, señores: ó hay que rechazar la influencia de las ideas, ó es preciso convenir en que la influencia del Cristianismo es la más benéfica que puede haber entre los hombres. Si se tuviera esto en cuenta, ¡cuántos males se evitarían! ¡Cuántas fatigas! ¡Cuántos desastres! ¡Cuánta cosa inútil! La civilización, el progreso, serían justos y verdaderos hasta donde lo permite la imperfección de la naturaleza humana. El sentimiento religioso causa en el ánimo, no depresión é indiferencia, como algunos suponen, sino alegría, serenidad ó resignación, que, lejos de enervar ó destruir la actividad humana, la fortalecen, regulan y perfeccionan. Yo no negaré que algunos estoicos y algunos naturalistas hayan dado pruebas de invencible constancia en el trabajo y los sufrimientos, y de espíritu de sacrificio y abnegación, pensando sólo en la fuerza del Destino, ó afectando entregarse, como en nuestros días el pensador inglés Meredith, en brazos de la Madre Tierra; pero, aparte de que muchos de estos casos no han sido bien observados y analizados por espíritus imparciales y dotados de suficiente penetración, y, por lo tanto, distan mucho de ser conocidos á fondo, es lo cierto que constituyen una excepción en el mundo, y que no pueden compararse con la fuerte y universal impresión que causan los dogmas de la religión católica, calificados en-

tre nosotros de «criterio mezquino», por quienes no tienen otro que el de su propia razón y voluntad, á menudo vencidas y arrastradas por las pasiones más comunes y miserables.

Puesto que he mencionado á un escritor inglés, cuyo pensamiento se relaciona estrechamente con las corrientes reformadoras que tanto dan que hacer actualmente en la Gran Bretaña y que hablar en todo el mundo, permitidme acerca de ello un corto paréntesis.

El culto de la *Madre Tierra* no fué bastante para que Meredith conservara la serenidad, y se mantuviera impasible delante de las que él creía injusticias de los hombres, en particular de la crítica literaria y del público inglés, respecto de sus obras. Verdad es que no fué un materialista en el sentido riguroso de la palabra, y que sus creaciones se hallan impregnadas de un vago espiritualismo que parece exhalarse de la misma Tierra; de un idealismo singular que le conduce á la extravagante concepción del *Espíritu Cómico* como ángel tutelar de nuestro planeta.

A pesar de sus acerbas diatribas contra Inglaterra, conserva Meredith el culto de sus grandes hombres, y no poco del positivismo y del carácter práctico de su raza, como Emerson, con quien tiene más de un punto de semejanza; coincidiendo en ese amor y entusiasmo por las glorias nacionales, con el mismo Rudyard Kipling, que parece, en política, el polo opuesto de su pensamiento.

Inventa fábulas como la de Richmond Roy, producto de una imaginación robusta y ardiente y de un espíritu despierto y ágil, y que no suelen darse ó merecer favor en países decadentes. Es un observador finísimo y un psicólogo sutil, y sus narraciones y su poética visión de la naturaleza, sin ser puras siempre, son más sanas que esa literatura sombría y deprimente que tantos estragos ha causado en Europa.

Bien quisiera yo decir ahora cuatro palabras acerca de otros reformadores ó revolucionarios ingleses más tocados de

la influencia corrosiva y demoledora de las doctrinas continentales, M. Wells, por ejemplo, futurista ó hegeliano, cuyas teorías, que no sé si llamar pragmatistas ó idealistas, ni si comprenderlas en el socialismo ó en el individualismo, ha querido alguien trasplantar en nuestra nación, diciendo que lo que aquí hace falta son ideas, muchas ideas (como si las ideas fueran todas iguales ó indiferentes, y no fueran unas nocivas y otras provechosas), y que deben desaparecer todos los partidos conservadores, y qué sé yo cuantas cosas más. ¡Dios nos tenga de su mano! ¿Cuándo tendremos presente que no nos hallamos en Inglaterra, ni en Francia, sino en España? ¡Y pensar que tal vez ni uno solo de estos intelectuales, de estos *sembradores de ideas*, se ha tomado la pena de hojear á nuestro Balmes, y ver lo que opinaba de la tradición y de las reformas, de la razón y de la experiencia, del instinto y de la reflexión, de la voluntad y de la inteligencia, de la intuición y del discurso! Ya veremos si este afán de renovación que, en política, se traduce en Inglaterra en la campaña contra el privilegio de la Cámara de los Lores, la reforma tributaria y otros proyectos, quizá muy justos y puestos en razón, afecta en nada á la substancia nacional. ¿Y les parece á nuestros reformadores y revolucionarios que en España conviene destruir lo poco que de ella queda?

Si en cuanto á la esencia del dogma no puede hablarse propiamente de *evolución*, tampoco en rigor puede aplicarse esta palabra á la Filosofía, entendiéndola en el sentido puramente especulativo y restrictivo de la palabra. La Filosofía, en este sentido, no es más que la aplicación del entendimiento, siempre á unos mismos objetos. En una ú otra forma, todas las filosofías se han dirigido las mismas preguntas, todos los sistemas filosóficos han pretendido dar la solución de los mismos problemas. Dios, el mundo, el hombre, el espíritu, la materia, la vida: he ahí lo que ha sido el objeto de las indagaciones de todas la escuelas filosóficas, desde las más antiguas

de la Grecia y aun desde las que pudieron inspirarlas. Y las más modernas no han hecho otra cosa que repetir con distintas palabras lo mismo que habían dicho las antiguas. Las variaciones en el método, más que de evoluciones, deben calificarse de etapas ó de revoluciones, de dictaduras ó de anarquías, que pueden sintetizarse en algunos nombres: Platón y Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Kant. Así, Platón y Aristóteles representan el pensamiento del mundo antiguo, á lo menos en sus formas más perfectas y culminantes; Santo Tomás, en medio del caos de la Edad Media, una organización y una disciplina; Descartes, una revolución; Kant, una especie de disolución intelectual.

Esto que hemos dicho, tanto relativamente al orden sobrenatural (el dogma), como respecto del orden natural (el pensamiento humano), nos conduce á dos conclusiones: 1.ª, que los principios no cambian nunca; 2.ª, la excelencia de la filosofía de Balmes; la importancia que tiene y tendrá por mucho tiempo, por no decir siempre, tanto por su fuerza intrínseca, como por sus aplicaciones, el pensamiento de nuestro filósofo; conclusiones que, dentro de los fines del tema que nos ocupa, vienen á reducirse á una sola, á saber: la actualidad y eficacia que tiene la filosofía de Balmes, según su carácter, que luego expondremos.

Pero si se entiende la palabra filosofía en otro sentido más general, menos metafísico, más positivo y más práctico, más semejante al de ciencia, entonces sí que hallamos el concepto de *evolución* en el que Balmes tenía de la ciencia, á la cual consideraba como una sucesión y un enlace de percepciones en lo subjetivo, y de hechos en lo objetivo. Como quiera que sea, su filosofía propiamente dicha, más que por haber formulado rigurosamente una teoría propia, un sistema original, se distingue por haber analizado los ajenos, pero de un modo tal, de un modo tan adecuado á las necesidades de los tiempos actuales, que yo dudo que, para esta clase de estudios, pueda encontrarse una introducción mejor, un instrumento de trabajo

más excelente que la *Filosofía fundamental,* que yo considero como un *tamiz* para aquilatar el valor de todos los sistemas filosóficos. Ya sé que el mejor tamiz ha de ser el entendimiento propio; pero ¡cuán pocos son los que pueden prescindir del ajeno! En absoluto, nadie. En general, los libros de Balmes sirven tan admirablemente para juzgar de las cosas, que yo diría que vienen á formar como un segundo entendimiento, un entendimiento impersonal, objetivo y utilizable para todos. ¿Y no vale más esto que todos los sistemas?

Tomemos por ejemplo la filosofía de Stuart Mill, por fijarnos solamente en la historia del pensamiento humano después de Balmes. Para él, para Stuart Mill, la primitiva y sola realidad es la vida del espíritu; pero supone que actúa sólo por sucesivas experiencias, sin sujeción á ninguna ley, hasta el punto de que la inducción es al principio inconsciente; y así viene á destruir la conciencia psicológica, para cuya explicación no basta el asociacionismo, la serie de estados de conciencia y de ideas que establece. Influído hasta el exceso por Kant, y acaso por Condillac, se revuelve contra Hamilton y Mansel, porque nada quiere afirmar del objeto, ni de una regla exterior, y sólo admite el desenvolvimiento y la sucesión de los fenómenos, ciega é inexplicable en su principio y en su fin... Dejemos ahora á un lado la utilidad de su sistema, de su lógica inductiva, por algunas reglas que da para el discurso y para el método experimental; pasemos también por alto sus dudas, vacilaciones y contradicciones, lo caprichoso de su explicación de Dios y de la inmortalidad del alma, en desacuerdo con su psicologismo ó subjetivismo cerrado, y que sólo puede fundarse en su peregrino concepto de la creencia, igual, para él, al conocimiento; la admisión de un antecedente incondicional, y aun del universal, no reñido con lo absoluto, tanto si se concibe como lo Incognoscible de Spencer, como al modo personal de los espiritualistas cristianos; y fijémonos en el punto fundamental de su sistema: la actividad del espíritu. Teniendo presente lo que dice Balmes tan luminosa y profundamente en

la *Filosofía fundamental* sobre la identidad del yo, sobre la especie y el grado de intuición que el alma puede tener de sí misma, sobre la sustancialidad del humano espíritu, sobre la estatua que pretendía animar Condillac únicamente por medio de las sensaciones, se nos ocurre en seguida preguntar al positivista inglés: pero ¿qué es el espíritu, si no es más que transformación, sucesión incesante? ¿Cuál es el sujeto de esa transformación? ¿Hay uno no más, universal y para todos, ó uno en cada hombre? ¿O por ventura no hay ninguno? Y si le hay, ¿de dónde viene? ¿Cómo podremos saber nada de la verdad, ni de lo exterior, ni de lo general, como pretende Stuart Mill en su lógica, si no hay un punto de reunión, de comparación de todas las impresiones é ideas, y una ley, norma ó principio á que sujetarlas ó con que comprobarlas? Actividad abstracta, sucesión en el aire, en el vacío, transformación inexplicable... ¿no os parece todo eso más arbitrario, más dogmático, inflexible é intransigente, menos conforme á la naturaleza, que la admisión de un criterio interior y exterior?

Poco tendríamos que decir de Nietzsche en relación con Balmes, porque mientras la vida de nuestro filósofo es un modelo de equilibrio y armonía intelectual, la del solitario de Sils-María es un drama trágico del entendimiento, un trastorno mental continuado y creciente; ni de Emerson, el solitario de Concord (ya va picando en historia tanto solitario de la inteligencia como, desde el famosísimo de Kœnigsberg, viene á caer en la cavilosidad y en la extravagancia); de Emerson, digo, cuyo pensamiento, caprichoso y ondulante, parece disolverse en el éter, á cuyas regiones le place elevarlo y explayarlo. No puede negarse que, tanto en Emerson como en Nietzsche, hay sorprendentes puntos de vista, cierta profundidad y grandeza, hondas y poéticas visiones de la realidad, que á veces despiertan el presentimiento de lo inefable y de lo infinito, y descubren y expresan, hasta cierto punto, los misterios del universo y de la vida; pero, en medio de estas ráfagas de luz, abunda en el uno lo deforme y monstruoso y hasta repugnan-

te, algo que contiene el germen de una espantosa locura *intelectual* (perdonadme el pleonasmo ó la tautología) que parece extenderse como funesto contagio; y en el otro, lo vago y lo inconsistente, falto de objeto y de aplicación, movedizo y variable como una mariposa; mientras que Balmes, al paso que nos sugiere también el presentimiento de algo nuevo, indefinible y grandioso, como un mundo de relaciones, ideas, sentimientos y deseos desconocidos, apenas sospechados é indefinibles; la perspectiva de lo insondable del pensamiento y lo insaciable de las aspiraciones del corazón, no se ciñe á componer frases y períodos para lograr con el ritmo de la palabra una vaga representación simbólica de cosas impalpables y fugitivas, sino que se aplica principalmente á las reales, visibles y comprensibles, y no se limita á ser un simple manipulador de ideas, como tantos otros que han salido de esa orgía intelectual inaugurada con la crítica de Kant.

Y si de éstos pasamos á otro que tiene una representación más propia y peculiar en la ciencia, y que no ha dejado de influir en algunos de ellos, á lo menos en el célebre apologista de la fuerza; si consideramos, no lo que tiene propiamente científico, sino más bien de pretensiones filosóficas, Carlos Darwin, veremos que, cuando se aparta de las reglas científicas, cuando traspasa los límites del valor de la experiencia, tan claramente comprendidos y expuestos por nuestro Balmes, no sólo encuentra por impugnadores á sabios como Quatrefages, que le acusa de confundir la raza y la especie; al mismo Virchow, descubridor de calidades vitales y patogénicas en las células, y otros adversarios no menos autorizados y respetables, sino que incurre en chocantes contradicciones y extravagancias al interpretar y definir el pensamiento, la moral, la religión, el universo, la vida y la materia misma en sus primeros elementos, en su esencia y en su origen. ¡Qué lección para el orgullo humano (si fuese capaz de recibirla) cuando, fiándolo todo á sí propio y á la individual experiencia, se desentiende de toda autoridad, de toda guía y de toda regla exterior y superior! Y cuen-

ta, señores, que el que tiene el honor de dirigiros la palabra no es de los que pretenden desconocer los servicios prestados á la ciencia por el que podríamos llamar el empírico de la evolución, con sus ingeniosos experimentos, con su trabajo asiduo y perseverante, con su método de observación, con sus descubrimientos (por más que, aun dentro de esas experiencias particulares entre sí, hallaríamos lucha y contradicciones, y, por consiguiente, algunas dudas y sospechas respecto de su legitimidad); y que, en vez de impugnarle razonadamente oponiendo á sus hechos otros hechos, y, sobre todo, á sus discursos otros discursos, le insultan y le toman como una bestia ó como un monstruo. Pero nunca me cansaría de señalar, á la luz de las doctrinas de Balmes, y con la fuerza y la suavidad de su procedimiento, esas inconsecuencias de un hombre que no quería pasar por ateo, y en una ú otra forma admitía las causas y las direcciones *finales*, y hasta lo incompleto y arbitrario de ellas, si no se reconoce al mismo tiempo una providencia y una causa universal; y, sin embargo, sentaba unos principios que conducían á Haeckel, el más lógico de sus discípulos, á profesar el ateísmo como un dogma y convertir el materialismo en una religión. Permitidme que insista sobre ese punto de la energía, suave y persuasiva, noble y sincera, de que usaba Balmes al combatir á los escépticos y á los incrédulos, ahora que acabo de referirme á uno de los representantes de la ciencia moderna sobre quien han descargado con más fuerza los anatemas de ciertos indiscretos defensores de la religión, á quienes, lo mismo que á todos los agresivos é intemperantes, debiera servir de ejemplo el procedimiento de nuestro filósofo y apologista. Nunca serán, á mi juicio, bastantemente impugnados los errores de esos patriarcas del positivismo y del materialismo; aunque no fuera católico, yo sería el primer iconoclasta de esa religión laica que ha levantado sus santos como cualquier otra, desde Marco Aurelio hasta Renán y Littré, y contemplaría con espanto el doble y extraño ejemplo y las funestas enseñanzas de esos materialistas como Bichat, que, se-

gún la expresión de Flaubert, practicaban la virtud sin creer en ella; pero muchos de ellos me parecen dignos del mayor respeto, y aun de admiración profunda, por la pureza de sus costumbres y la nobleza de sus mismas contradicciones, y pienso en ellos cuando leo en Balmes su admirable retrato de los incrédulos de buena fe.

De la escuela escocesa, de Balmes y de otros pensadores á quienes se considera como particularmente afectos á ella, se ha dicho que adolecían de cierta cobardía mental, del temor de abordar de lleno los grandes problemas; se ha dicho que toda esa filosofía del sentido común era cosa muy *terre à terre*, incapaz de levantarse á las alturas y descender á las profundidades del pensamiento humano. Pero yo creo, sin definir ahora lo que entendió por *sentido común* la escuela escocesa, y sin afirmar que sea un producto de la experiencia colectiva ó un dictado de la razón universal, que en él está lo mejor y lo más sano de la filosofía. Porque, ¿qué mejor filosofía que el procurar incesantemente y hasta donde sea posible la adecuación del entendimiento á la realidad de las cosas? ¿Y á qué otra cosa nos impele el sentido común? En cuanto á Balmes, si no tuvo las audacias y los atrevimientos, no siempre felices y saludables, de otros pensadores, ni el arrebato poético ó la misteriosa grandeza de algunos que hemos nombrado, no demostró ciertamente cobardía intelectual, ni dejó de abordar ninguno de los grandes problemas de su tiempo. Dijo en una carta á García de los Santos, que, en su *Filosofía fundamental*, se proponía agitar las grandes cuestiones filosóficas que entonces se ventilaban en Europa. No sólo las agitó, sino que por sí mismo las ventiló también; y ahí está el libro para probarlo. Lo que hay, señores, es que muy pocos de nuestros kantianos y hegelianos lo han leído.

Entendimientos muy claros y expertos sociólogos de Francia, opinan que la cuestión social ha llegado allí á un punto en que cada una de las dos clases militantes, la que posee los

brazos y la que posee el capital, no tiene más remedio que aceptar de la otra la guerra, ó declarársela á su vez francamente y con todas sus consecuencias, entendiendo por guerra, no precisamente el uso de la dinamita y del puñal, y el de los cañones y las bayonetas, sino el de todos aquellos medios que el curso ordinario de las cosas pone al alcance de cada uno de los contendientes para hostilizar y rendir al adversario ó para defenderse de él. Cuando Balmes escribió en España sobre esta cuestión, las cosas no habían llegado á tal extremo, y podía no ser una fórmula vaga, y ciertamente no lo era con las aplicaciones que hacía Balmes, la que él daba á los amos respecto de los trabajadores: *hacerlos buenos y hacerles bien*. La industria moderna no había alcanzado aún toda la extensión y transformación que hemos presenciado, y la reforma ó la revolución política no había llegado á los últimos grados del sufragio universal y la libertad de imprenta que ahora vemos establecidos. Todavía se conservaban restos de los hábitos y costumbres de los antiguos gremios en algunas industrias, y los patronos tenían sobre los obreros un ascendiente moral, cuyo más sólido fundamento era la religiosidad y las buenas costumbres de unos y otros. Yo no sé si el espíritu revolucionario ha llegado ya á borrar todo eso, hasta el punto de que la fórmula de Balmes sea hoy no más que una bella fórmula, de esas que con tanta frecuencia se nos dan hechas en discursos y congresos. Todavía me parece ver en España algún asidero para hacer las reformas que indicaba el publicista de Vich, á fin de conservar lo mejor del espíritu antiguo entre las modificaciones modernas, y no puedo resignarme á creer, con algunos sindicalistas y algunos católicos, que la organización obrera deba ser en absoluto independiente y estar completamente separada de la organización patronal. Me parece tan natural, tan eficaz y tan insustituíble la influencia del amo sobre el trabajador, que veo en ella no sé qué de paternal, algo como la adopción de unos hijos del trabajo, que es ley de la vida; y como consecuencia de la desaparición de esas naturales influencias, no sólo direc-

tas, sino por medio de intermediarios tan eficaces como la influencia religiosa, veo el predominio de esos grandes malhechores de la sociedad, designados con el eufemismo de conductores de muchedumbres, que se aprovechan del estado de aislamiento y relativa debilidad intelectual de los obreros para sus fines particulares y reprobables.

Balmes no era partidario de tirar *à priori*, arbitrariamente, esas líneas divisorias entre clases y partidos; y aunque distinguía ciertamente los dos campos, siempre irreconciliables, del bien y del mal, yo creo que se afligiría profundamente al ver esa lucha preconcebida, esa calculada distinción entre *derechas* é *izquierdas* (por citar sólo la división más genérica y trascendental), nacida, más de la pasión política y de la concupiscencia individual, que de convicciones fuertes y sinceras; y quizá diría que definiciones y separaciones semejantes debieran dejarse para el Juez de vivos y muertos. Aun por lo que toca á lo puramente político, me parece que todos los hombres de recto sentido, en sus momentos de calma y serenidad, han de reconocer, no ya lo innecesario, sino lo nocivo que esas divisiones han resultado en España. Me río yo, si es que no siento profunda pena, cuando oigo exclamar á hombres de todos los bandos y opiniones: «Nosotros somos los más y los mejores.» ¿Y qué significa que seáis los más? ¿Y quién os ha dicho que sois los mejores? Lo que debierais alegar es que no queréis otra cosa que el imperio de la ley, la justicia y el derecho; el triunfo de la moral y la prosperidad pública.

Es indudable que, de todos modos, las teorías del socialismo y del anarquismo hubieran hecho mella en nuestra Nación; pero ahora, lejos de encontrarnos prevenidos para la defensa, han hallado aquí toda clase de facilidades por el allanamiento de todo obstáculo tradicional; y desde Carlos Marx hasta los más exaltados representantes de esa literatura social que estalló en Rusia y en los países escandinavos como un volcán entre los hielos del Norte, por no citar más que manifestaciones intelectuales posteriores á Balmes, esas ideas han inva-

dido nuestro país y han causado en él estragos incalculables.

De este modo tocamos las consecuencias de la falta de previsión y preparación que, en su tiempo, se esforzó Balmes por remediar, y que posteriormente se ha hecho más grave, porque, desprendiéndonos de todos los medios, no sólo de resistencia, sino de avance, que nos quedaban; de todo lo que significaba para nosotros fuerza propia y peculiar, hemos venido á parar á una situación semejante á la de un navío cuyos tripulantes, hallándose en medio de la borrasca, para evitar los embates del viento y el ímpetu de las olas, en vez de contentarse con arrojar el lastre, destruyesen la maquinaria y la arboladura y las arrojasen al mar; con lo cual vendría á quedar el buque ingobernable.

Jamás desconfió Balmes de nuestra raza, de sus tradiciones y de sus destinos, supuesta la firme voluntad de cumplirlos; y, con la historia en la mano, mostró de qué modo la civilización se ha ido paseando, desde los tiempos más remotos, por todas las regiones del globo, desde las nieves eternas hasta los ardores ecuatoriales. No desconocía la influencia de los factores naturales, pero señalaba la definitiva eficacia de la educación; y si en España veía diferencias profundas en el suelo y en el clima de sus varias regiones, trabajó siempre para que viviesen en paz y unidos por un mismo espíritu todos sus moradores, bajo el cielo velado por los celajes del Norte, ó azulado y esplendoroso en las regiones del Mediodía; entre los pinos del Guadarrama y entre las hayas del Montseny.

Pero he dicho ya que para la felicidad y prosperidad de la nación, consideraba preciso el empleo de medios adecuados, y voy á aclarar el concepto de un modo que quizás á alguno de vosotros, á estas alturas, cuando ya han empezado á regir los presupuestos generales del Estado, aprobados por las Cortes para el año de gracia de 1911, le parecerá rayano en la candidez.

En uno de los aspectos de la política, en el aspecto económico, en que se fijó Balmes con insistencia y con su penetra-

ción acostumbrada, se nota, como siempre, su espíritu de conciliación y de armonía, con el cual lo mismo tenía presentes á las regiones industriosas y adelantadas de la Península, que á las más atrasadas y á otras puramente agrícolas; y atendiendo siempre á los intereses generales, censuraba enérgicamente el despilfarro y el desconcierto administrativo, tanto por el número como por la índole de los empleos creados y provistos de un modo inadecuado, inútil ó perjudicial á los verdaderos servicios y necesidades del Estado. Si Balmes volviese hoy á la vida, al considerar que en tiempo de Fernando VII, con 600 millones de reales había lo bastante para atender á todos los gastos de la nación, y que aún era desconocida la plaga del pauperismo; que en 1868 la contribución importaba ya cuatro veces más, y no bastaban 2.000 millones de reales para los gastos, al paso que los pobres lo inundaban todo; que en nuestros días, en fin, los pobres todo lo vuelven á inundar (y eso que con el pauperismo corre parejas la emigración), y que no bastan ya 1.200 millones de pesetas para las obligaciones del presupuesto; al ver á su patria quebrantada y reducida casi á su territorio peninsular, y al contemplar esa gran máquina administrativa en que se va convirtiendo el Estado junto con las provincias y los municipios, sin exceptuar aquellos organismos en que debieran radicar especialmente la fuerza y la sustancia nacional, y que amenaza acabar con la vida del país por estrangulación, indudablemente nos había de mostrar bien á las claras él, que con tanta lucidez explicaba las aparentes anomalías que presentaba la nación española, por qué trámites un gran pueblo puede llegar á convertirse en un ostentoso aparato de fuerzas burocráticas, detrás de las cuales, en vez de palpitar una sociedad llena de vida y esperanza, se ofrezca la dolorosa perspectiva del atraso y desorganización del país; de la confusión y desmoralización en todos los ramos y esferas sociales; del desenfreno de todos los apetitos, pasiones y concupiscencias, y, en último término, la tristeza y la desolación de una vasta necrópolis.

IV

Algunas notas sacadas de documentos que han visto la luz pública recientemente, acabarán de mostrarnos á Balmes como uno de los hombres más activos, más excelentes y mejor dotados para sentir, comprender y satisfacer las legítimas aspiraciones del espíritu moderno. Pasma verdaderamente contemplar en las cartas que dirigía á su editor D. Antonio Brusi (1), cómo, al mismo tiempo que concluía aquella magnífica serie de ejemplos y lecciones de filosofía social con que comparó el Protestantismo con el Catolicismo, redactaba por sí solo una revista de alto vuelo, con el nombre de *La Sociedad*; fundaba luego en Madrid el periódico *El Pensamiento*; publicaba, á no tardar, *El Criterio*, el manual de la vida práctica más excelente que en castellano poseemos; coleccionaba y adicionaba con otras las *Cartas á un escéptico* que ya tenía publicadas en *La Sociedad*, y que constituyen un insinuante y eficacísimo tratado de apologética, y escribía la *Filosofía fundamental;* todo esto entre viajes á París, Londres y Bélgica, entre idas y venidas á Madrid y Barcelona y á su ciudad natal, y en medio de los sinsabores y cuidados de la política. Ahora sí que, por lo menos en aquellos cuatro ó cinco años que mediaron desde la publicación del *Protestantismo* hasta la de *Pío IX* y la *Filosofía elemental*, podemos compararle con Goethe, por la varia y prodigiosa actividad y el equilibrio inalterable, aunque adivinando siempre, detrás de tan rica y *mundana* envoltura, un alma sencilla como la verdad, pura como el pensamiento.

Lamentábase Brusi, que era el editor de *La Sociedad*, de que Balmes hubiese tomado á su cargo la dirección de un periódico, creyendo que con esto saldría perjudicada la Revista; pero Balmes, que no ocultaba nada á su editor respecto de la naturaleza del periódico, en el cual declaraba que había de tra-

(1) *Á Balmes: La Casa Brusi*. Barcelona, 1910.

bajar, «no con vagas generalidades, sino con aplicación á los hechos, con la mira de que *El Pensamiento de la Nación* (el periódico) se erigiese en gobierno (así, tal como suena), repitiendo que su objeto era principalmente político, práctico, de aplicación, explicaba á Brusi el carácter de los distintos trabajos de *La Sociedad*, tan importantes como el estudio de *Espartero*, que, si Brusi tenía algún reparo en publicar, él lo haría en un cuaderno suelto, considerándolo, no ya como una simple biografía, sino como algo más, y como un doble estudio del militar y del político (en lo cual he visto confirmada, casi *expressis verbis*, la calificación que hice de este trabajo en mi biografía de Balmes, antes de haber podido ver su correspondencia con Brusi); como las *Cartas á un escéptico*, que él consideraba tan interesantes como *El Criterio*; los artículos sobre las Comunidades religiosas y otros estudios no menos graves, teniendo como cosa muy natural la dirección de varias empresas, y haciendo notar cómo esto acontecía en Francia y en todos los países del mundo, con éxito y utilidad para los directores; y cuando hubo logrado desvanecer los recelos y temores de su editor, le dijo bellamente que quedaba disipado «aquel leve soplo que, sin empañar la amistad entre ambos, podía haberla quitado el brillo y tersura que antes tenía».

Poco después, Brusi debió de quejársele de escasez de original para *La Sociedad*, y Balmes le replicó ingeniosamente: «Me habla usted de la buena digestión que piensa usted hacer, y la indicación parece dirigida á significar que el alimento no será abundante. Tampoco creo que se muera usted de flaqueza, aunque delgadito. Por lo menos hay una cosa, y es que mis obras no embarazan el almacén; para un editor, esto no es indiferente.»

En medio de las incesantes y graves ocupaciones que le abrumaban, según confesión propia, soltaba algunas notas interesantísimas sobre el estado de la política, el carácter leal y resuelto de Viluma, sus principios firmes, sus intenciones rectas, su probable actitud, que contrastaba con la del Gobierno,

que desde muchos años le parecía ó un moribundo ó un frenético; y dirigía á Brusi palabras tan expansivas, y casi diríamos divagadoras, como las siguientes: «Ya ve usted que la solución del *statu quo* se va adelantando; la crisis es grave, gravísima; Dios sobre todo. Muy triste se manifiesta usted en su última; pero añade usted la observación consoladora de que son tantos los más desgraciados que usted... En efecto; con veintiocho años de edad, soltero, casi solo, dueño de una pingüe fortuna, con regular salud, con muchísimas relaciones, con un nombre respetado por la proverbial honradez de la casa, con variados conocimientos, con recuerdos de largos viajes, con... no parece tan mala la suerte de una vida que se deslize en medio de una ciudad opulenta, á la orilla del mar, bajo un cielo hermoso, en clima templado, sin faltar una buena quinta para disfrutar de las delicias de la campiña barcelonesa. Pero así es nuestro corazón: siempre vacío ó sediento, siempre el tedio ó la anhelante inquietud. Ya debe estar usted temiendo que voy á descolgarme con un sermón; nada de eso, ya sabe usted que en este punto soy parco. Crea usted que algunas veces recuerdo las conversaciones que teníamos, porque en la corte, si bien abundan más las personas con quienes se puede conversar, no siempre se las halla de mejor paño que las de provincia. Todo es farsa en este mundo.»

¡Y qué modo tan admirable de administrar y defender sus obras é intereses! ¡Con qué claridad y exactitud redactaba los contratos por ediciones, y con qué sagacidad vigilaba el despacho de los miles de ejemplares que se vendían, y calculaba su producto y su valor probable, hasta llegar á pedir por la propiedad de los 10 tomos de sus principales obras, cuando aún no había publicado la *Filosofía fundamental* y el opúsculo sobre *Pío IX*, 40.000 duros; empleando en todo ello, al lado de una corrección exquisita, una lógica inflexible! Decidme si no puede compararse en esta época nuestro escritor con el pensador alemán, que fué un portento de actividad en las cosas más divergentes, y si no puede sospecharse de Balmes que, de ha-

berse dedicado con preferencia á la literatura, hubiera resultado un literato de primer orden, cuando, espoleando á Brusi para que despachara no sé qué envío, le salían del modo más natural y espontáneo párrafos tan briosos y tan gráficos como el siguiente: «No le tenía á usted por descuidado ni flojo; de esto no necesita usted vindicarse; pero faltaban hace tiempo ejemplares; en casa Rodríguez me fastidiaban; di una puntadita, y lejos de estar usted flojo, los ha mandado usted por la diligencia, como si dijéramos que en un momento de enfado los ha arrojado usted con una honda. Esto prueba que yo no calculé mal; y que el alazán, lejos de ser flojo, no podía ni aun soportar la vista del acicate. Bien sabía yo que había de dar un brinco; ya lo ha dado; esto quería. Por lo demás, creo que no había expresión ofensiva; que, si la hubiese, la recogería con mucho gusto, desaprobándola al instante.»

Lo mismo hacía el elogio y la recomendación del administrador de *El Pensamiento,* Sr. Pérez, diciendo de él que le «llevaba hermosamente las cuentas, y que podría fiársele oro molido», y pidiendo para él á D. Pedro de Egaña una colocación en las dependencias de Palacio (1), que ponderaba, como hemos visto, las cualidades personales y políticas del Marqués de Viluma, de quien decía que era un cumplido caballero, y que mucho le engañaría si se prestaba á ser el instrumento de nadie, por elevada que fuese su categoría; mezclando en todo esto rasgos y frases llenos de gracia y humorismo, y toques de la más exquisita prudencia y circunspección; no sin que se advirtiese con frecuencia un cierto aire de superioridad y un tono de mando.

A medida que uno va siguiendo los últimos pasos de aquel hombre insigne, parece que va creciendo el interés que despierta su breve, pero intensa vida intelectual y política. De su *Pío IX,* que tantos disgustos le atrajo, decía: «Está escrito con

(1) Carta inédita, cuya copia nos ha sido facilitada por D. Segismundo Cunill.

calor, pero con mucha premeditación.» Para justificar el valor de sus obras ante los editores, sobre el interés que el público demostraba por ellas, alegaba la juventud del autor, cuando ya á dos pasos le estaba acechando la muerte.

Poco tiempo antes de asaltarle la implacable y traidora enfermedad que tan rápidamente destruyó aquel maravilloso organismo, devoraba los periódicos franceses que reflejaban en toda su magnitud la revolución que implantó en la nación vecina la segunda República, y escribía aquellas profundas impresiones que constituyeron una publicación póstuma con el título de «República francesa», y que juntamente con el opúsculo *Pío IX*, nos dan á entender de qué modo Balmes hubiera sido siempre, no un Lamennais, ni un Loisy, ni un Murri, sino un centinela avanzado de la civilización católica.

Sus obras y sus actos nunca estuvieron en desacuerdo con sus principios. Con la palabra y con el ejemplo persiguió siempre la realización en España del verdadero ideal de la civilización, que él formuló de un modo definitivo, *inteligencia*, *moralidad*, *bienestar*, y del cual, en sus mismos escritos políticos, particularmente en el art. VII de los dedicados á la *Reforma de la Constitución*, hizo aplicaciones aceptables para gentes de todas las creencias y opiniones.

Para volver á una comparación entre nuestro filósofo y el que fué vuestro querido Presidente, diré que mientras el pensamiento de Moreno Nieto fué vago, nebuloso y oscilante, el de Balmes, en todas las cuestiones fundamentales, fué invariable, fijo y transparente como un cristal; y la realidad de las cosas, que en tantas manifestaciones intelectuales aparece dispersa, rota en fragmentos, como la luz á través de un prisma, descompuesta por la refracción, en él, en su pensamiento y en sus escritos, se reflejó siempre como en un claro espejo.

Mucho se ha hablado y escrito acerca de Balmes en España; pero su nombre y su significado no han alcanzado la divulgación y la popularidad que merecen. Si nuestro pensador

no hubiera escrito más que la *Filosofía fundamental,* todavía pudiera explicarse que su nombre no tuviese entre nosotros más resonancia que la que han alcanzado en Francia, por ejemplo, Cournot, Lachelier, Renouvier, Ravaisson, que han consagrado su actividad casi exclusivamente á la especulación intelectual; pero Balmes fué además un gran escritor político y de ciencias sociales, un gran filósofo-historiador y un hombre de acción, y tiene para España una importancia muy superior á la de aquellos pensadores en la nación vecina; y aun podría afirmarse que el no haber en la España moderna otro filósofo y publicista de su talla, así como hay varios en otras naciones, por ejemplo, en la Francia misma, si por un lado parece acusar en nosotros menos riqueza intelectual, por otro pudiera constituir una ventaja para la orientación del pensamiento colectivo, que en ninguna parte aparece tan vigorosamente representado como en Balmes.

Hay quien cree que un libro de Burke, las *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, salvó á Inglaterra en 1790. Sin pretender que nuestro estado social en la actualidad sea comparable con el de Inglaterra en aquella época, bien puede afirmarse que, si hay alguna obra, si hay algún pensamiento que pueda salvar á España, aplicado en lo posible á las circunstancias presentes, es el pensamiento de Balmes. Uno de los extremos, una de las afirmaciones que comprendía ó á que se inclinaba, era el de que la salvación había de venir principalmente de arriba. Mucho entendía que podía hacerse *de abajo arriba;* pero estimaba que el impulso había de ser *de arriba abajo.* Todavía hoy, á pesar de lo maleada que está nuestra sociedad, de lo que ha sufrido con tanto tiempo de sacudidas revolucionarias, puede afirmarse, aunque en diferente grado, lo mismo. Más que en tiempo de Balmes, es necesaria hoy la regeneración del individuo y de la sociedad, por lo mucho que desde entonces han degenerado; pero es evidente que sin la acción del Gobierno no se logrará nada. «Hay que ahogar el mal con la abundancia del bien», decía Balmes; pero como no era hombre para contentarse con

fórmulas generales y abstractas, quería asegurar la acción del bien por medio de instituciones fuertes y duraderas. Y estas instituciones no pueden establecerse y consolidarse sin el apoyo de los Gobiernos. Todos los esfuerzos serán vanos y estériles sin el impulso gubernamental, prudente, discreto y hábil, es cierto; pero, sobre todo, enérgico, firme y perseverante. Hasta ahora fueron vanos todos los esfuerzos que se hicieron, por la hostilidad con que casi siempre los recibía la política imperante; hoy los haría estériles la sola indiferencia del Gobierno.

Quizás alguno dirá que estas remembranzas del pensamiento de Balmes, y estas indicaciones de una aplicación posible á los tiempos presentes, aunque proferidas por indignos labios, resuenan aquí como una voz de ultratumba, como un eco del pasado definitivamente muerto; y calificando la elocuencia y la buena fe del inmortal publicista como el canto del cisne de la España tradicional inseparable del catolicismo y de la institución monárquica, creerá que los que todavía consideramos vivas y posiblemente eficaces sus enseñanzas, nos encontramos fuera de la realidad, en el mundo de los recuerdos. Yo creo que quien tal pensara se equivocaría profundamente.

En dos libros he procurado sintetizar, con singular detenimiento, entre las demás, las ideas políticas de Balmes; en varios de sus escritos políticos que os he indicado, podéis verlas puntualizadas también. Reconozco que no es posible dejar de tener en cuenta el largo y penoso camino recorrido desde la muerte del insigne publicista; pero si, á pesar de esto, en los labios de alguno de mis lectores ó de mis oyentes, viera asomar una sonrisa benévola y articular las palabras «reacción imposible», yo no sé lo que en este momento le contestaría sobre la cuestión de imposibilidad; pero sí le diría que el sentido de la palabra «reacción» no siempre ha de ser odioso, y que, en determinados casos, el enfermo, si no reacciona, muere. Y mucho me temo que entre estos casos se halle el nuestro. Balmes hizo el diagnóstico de la enfermedad, y, por desgracia, lo hemos visto comprobado en todas sus partes. Ya que

tan sólida y tan alta ha quedado establecida la reputación del médico, ¿por qué no hemos de buscar en sus doctrinas la medicina? No es otro el fin á que se enderezan las investigaciones que yo emprendí; y la sinceridad en la exposición de los resultados, me ha parecido, dentro del círculo de mis escasas fuerzas, el mejor modo de honrar la memoria de Balmes, de prestar un servicio á mi país y de corresponder á vuestra benevolencia.

NARCISO ROURE

LA AMÉRICA MODERNA

Las leyes obreras y la regularización de la inmigración argentina. Opiniones de tratadistas y políticos.—La colonización interior en la Argentina; la acción del Estado y la acción privada; intervención de las compañías ferroviarias.—Nuevo cauce de la economía mundial: la gran vía euro-afro-sudamericana.

Ocioso sería repetir las consideraciones que se hacen encomiando la importancia de la Argentina como país de inmigración, singularmente para las ramas española é italiana del tronco latino-europeo. Ahora conviene repasar las opiniones y examinar la experiencia argentina respecto de los problemas que giran en torno del más importante hecho social que se registra en la gran República sudamericana: el movimiento migratorio.

Los juicios del profesor von Philippovich coinciden con las opiniones de tratadistas como T. Molinas (1) y políticos como Sáenz Peña. Afirma Molinas que, en el orden interno, las leyes argentinas velan por el mejoramiento de las clases obreras, atendiendo á la labor moderada é higiénica del hombre, como de la mujer y del niño; establecen el descanso do-

(1) Florencio T. Molinas: *La colonización argentina y las industrias agro-pecuarias*.—Buenos Aires, 1910.

minical, y un Departamento del Trabajo se encarga de estudiar todas las cuestiones relacionadas con el obrero, habiendo recientemente sometido para su aprobación un proyecto de ley de «Reparaciones para los accidentes del trabajo».

Además, los encargados de hacer cumplir estas leyes desempeñan las funciones de mediadores para solucionar las diferencias entre patronos y obreros, y mantener la armonía de relaciones entre ambos gremios.

Existe otra ley de salud pública, arbitraria si se quiere, por cuanto puede ser aplicada sin previo proceso verbal, bastando al efecto los antecedentes policiales. Esta es la llamada Ley de Residencia, para expulsar individuos connaturalizados con el crimen ó traición, fraguadores consuetudinarios de atentados y, en fin, gente tenebrosa. Pero la sola enunciación de estos delitos basta para justificar la naturaleza de la ley, que, si se aparta por acaso de los procedimientos considerados como legales, conviene no olvidar, empero, que ha sido dictada para aplicarla exclusivamente á aquellos que desconocen y burlan toda ley social, no pudiendo, por lo tanto, pretender que les alcancen los beneficios de un orden que repudian y persiguen con desnaturalizada maldad.

Las leyes nacionales sobre el trabajo son de muy reciente data, y señalan tan sólo los primeros pasos de una legislación aún en la infancia; pero estudiadas de acuerdo con las condiciones actuales del país y en consonancia con los acontecimientos que las motivaron, han respondido, hasta ahora, á sus fines.

Relacionado con estas cuestiones, existe otro problema de gran interés nacional, cual es el de evitar las crisis del trabajo, motivadas por la afluencia excesiva de inmigrantes, las que pueden en cualquier circunstancia provocar la relajación del salario y contribuir á angustiar la existencia de estos trabajadores.

Esta clase de peligros no la tienen generalmente en cuenta los partidarios de las grandes masas de inmigración, los cuales

pretenden sean fomentadas por todos los medios posibles, para poblar el país rápidamente.

Entretanto, es un hecho bien averiguado que nuestra inmigración no trae capital; son muy contados los que llegan con algunos recursos para poderse encaminar por sí solos, y, los más, carecen hasta de los instrumentos indispensables de labor. Son simples braceros.

Estos últimos son incorporados principalmente por las industrias agrícola y ganadera, que reclaman mayor número de brazos, y de las que depende substancialmente la utilización de sus servicios; porque las demás industrias, artes, profesiones ó comercio, carecen de la importancia de aquéllas, ejerciendo en relación una influencia secundaria.

Pero si en verdad son grandes los progresos que realizan las dos industrias madres, no es menos evidente que ese desenvolvimiento se opera dentro de una lógica limitación, como efecto de un resultado anterior; de donde se infiere que todo excedente de inmigrantes que no hallase colocación estable en ellas, vendría, *ipso facto,* á pesar exclusivamente en la balanza de los consumos, constituyendo una carga inútil, económica y social, á la vez que peligrosa y de descrédito, para la Nación.

Luego, pues, lejos de haber conveniencia en acoger sin medida á estos elementos, cuadra, ante todo, precaver y evitar las corrientes pletóricas, no sólo en salvaguarda de los intereses nacionales, sino también como medida de protección para esos nobles factores del trabajo universal, que, viniendo descaminados, hallarían tal vez la miseria en medio de la abundancia.

Este pensamiento, que si tiene trascendencia para nosotros, no carece igualmente de importancia para los países de emigración, ha sido llevado por el Gobierno argentino á los Congresos donde se discuten mancomunes intereses de las naciones, con el propósito de arribar á algún convenio tendiente á encaminar con acierto las corrientes emigratorias, para que la acción benéfica de esos brazos no sea esterilizada por el ex-

ceso de oferta, lo que puede ocurrir por desconocer las condiciones del trabajo en las comarcas accesibles al brazo adventicio.

Los fundamentos de este proyecto han sido expuestos con toda elocuencia por su autor, el Dr. Roque Sáenz Peña, representante del Gobierno argentino, ante el Real Instituto Internacional de Agricultura, en Roma.

«En los fenómenos relacionados con la economía rural, ninguno tan perturbador como el que procede del excedente ó del déficit de brazos para la recolección de los productos; el primero envilece los salarios, y el segundo disminuye las cosechas, dejando en pie la planta madre, cargada con sus frutos, que representan capital y trabajo malogrados. La discordancia gravita en definitiva sobre la riqueza nacional, cercenando las vendimias y las zafras, ó labrando la penuria del obrero, por obreros de la inmigración flotante, que, como todo excedente, se inutiliza ó desestima. Me refiero á la inmigración viajera, que se precipita á ciegas sobre cada cosecha, y que puede resultar excesiva, perjudicando en ese caso á la que está radicada y dañándose á sí misma por la común escasez de recompensa.

Estoy lejos de desconocer los beneficios de aquella avulsión periódica, como también las causas que la generan. Este fenómeno indica que se ha sembrado más tierra, ó han germinado más granos que los que pueden cogerse con los brazos permanentes. Ello acusa generosas fecundidades ó energías extraordinarias en la escasa población que ha roturado la tierra, y hace un llamamiento al brazo extraño para recoger el fruto propio. El suelo nuevo de la América, exento de preparado artificial, ha logrado abaratar el costo de producción, facilitando el cultivo de territorios inmensos, que vienen desalojando al desierto por ley y fuerza de la civilización; compuesta de economía y de feracidad, de extensión y de rendimiento, nace de allí la sorpresa que sobrecoge al labrador al advertir la multiplicación de su semilla y la superposición de su es-

fuerzo inicial. Es el grato conflicto de la abundancia ó el feliz embarazo de la riqueza lo que trae el llamamiento de las nuevas fuerzas, que parecen destinadas á recoger maduros frutos sin haber creado la planta que les dió sus jugos. La coparticipación favorece al país de origen de este inmigrante eventual, porque, en definitiva, realiza capital y lleva ahorros; y en común beneficio de los dos países debemos metodizar sus movimientos encauzando sus corrientes previsoramente.

El inmigrante que abandona su lugar nativo, con boleto de retorno, es huésped oportunista que aprovecha la bonanza cuando acierta con la necesidad que lo ha llamado, y fuerza perturbadora ó agente de subversión cuando trata de forzar las leyes inalterables de la oferta. Pero, ¿cómo evitaríamos los efectos del recargo ó de la deficiencia, ya que son igualmente perniciosos? Dándole los elementos de juicio y la visión exacta de la realidad, porque hoy ignora, hasta el momento de desembarcar, las extensiones cultivadas, los accidentes de las sementeras, los brazos permanentes de que ellas disponen y las fuerzas adventicias de que han menester. En esa condición, sin consejo ni luz que los oriente, viene á raíz del desengaño el descontento y la protesta para el país que los hospeda, y perjuicio de la rotación periódica que debemos sistematizar en el curso de las estaciones.

El procedimiento que vengo indicando se hace más necesario cuando se trata de corrientes variables en su destino, y distribuídas hasta hoy en múltiples direcciones; pero, sea por trastornos ó crisis económicas ó por plenitud de inmigración, suele, como ya ha ocurrido, clausurarse la compuerta de fuertes ingresos en los Estados que han tenido mayor capacidad receptiva; y si todo el volumen desalojado hubiera de afluir á un solo punto, sobrevendrían complicaciones que el proyecto se propone prevenir. Sigo refiriéndome á la emigración viajera; que, en cuanto á la permanente, hay países, como el que represento, que radicaría, sin complicación territorial, ciento cincuenta millones de habitantes.

El proyecto acompañado no se propone otra cosa que difundir la realidad y dar conciencia al inmigrante en la elección de su camino, habilitándolo para acertar con las probabilidades de lucro ó éxito, antes de desprenderse de su país natal. Así le será dado prever si habrá de ser recibido por una tierra fecunda y ávida de sus esfuerzos, ó si va á comprometer con su presencia el interés de los demás, como también su propio porvenir...»

Claramente dicen los mismos argentinos los inconvenientes de la emigración ciega, y dan la razón á los que aquí claman contra el agente de emigración que limita toda su finalidad á procurar buenos cargamentos de carne humana. Se podría regularizar la emigración si los centros burocráticos de los países emigrantes, sobre todo, en vez de dar muy de tarde en tarde noticias referentes á las comarcas y Estados, á los cuales la emigración se prohibe, dieran noticia del curso de la demanda de trabajo ó de los movimientos de alza ó depresión económica de los países destinatarios, cosas ambas más útiles que el erizar de papeles administrativos los puertos de embarque, ó procurar la limpieza de los barcos traficantes en carne de emigrante, tal vez para que llegue con mejor salud al país donde ha de perderla.

***

Comentando la experiencia de la colonización en la Argentina, afirma T. Molinas que se debe principalmente á la acción privada, y es de parecer este mismo autor de que la tierra pública debe entregarse paulatinamente al trabajo nacional. Ciertamente que una burocracia incipiente en cierto modo, no puede acometer la obra colosal de convertir en patrimonio fiscal con su correspondiente sistema de administración de tierras públicas las grandes extensiones de terreno que posee el Estado argentino; la conservación de un patrimonio fiscal, que encierre amplio dominio consistente en tierras y montes, cam-

pos y bosques, sólo puede tener efectos verdaderamente útiles en aquellos Estados que, como Prusia, han conseguido, tras largas evoluciones, constituir una administración de positivo valer personal y técnico.

He aquí el sistema empleado en la Argentina para la colonización interior, conforme la experiencia recogida por T. Molinas (1).

Se ensayó el sistema de concesiones á los ferrocarriles, acordándose la primera á la compañía del ferrocarril Central Argentino, la que formó una empresa de colonización por separado, y á la que se debe la fundación de varias colonias. El ferrocarril Gran Sud, de Santa Fe y Córdoba, que disfrutó de otra concesión análoga, constituyó también otra sociedad colonizadora que ha fundado varios centros; y en el orden provincial, el Gobierno de Santa Fe acordó asimismo al Sr. Casado una regular extensión de tierra fiscal para colonizar, como recompensa por la construcción del ferrocarril Oeste Santafecino.

Por esta clase de concesiones no llegó á generalizarse en el país; primeramente, porque el estado político y económico no inspiraba confianza al capital extranjero, y cuando hubieron desaparecido estos obstáculos, las compañías ferrocarrileras no necesitaban para garantizarse el interés de sus capitales de esa clase de alicientes; les bastaba la producción que ellas mismas provocaban con el paso de sus líneas en las tierras despobladas.

Las leyes argentinas, dictadas para el fomento de la colonización, exceptuando las que sirvieron para garantir contratos de colonización de los gobiernos de provincia ó para fundar colonias en tierras cedidas por éstos, todas se han encaminado, especialmente, á promover la población y las industrias agropecuarias en los territorios nacionales, sin que hayan logrado mayores resultados, debido á hallarse éstos desprovistos

(1) T. Molinas: *Ob. cit.*

de medios de comunicación y de todo elemento indispensable para la vida y el trabajo de los que debían poblarlos.

A esta ausencia de medios propicios para el fin buscado, deben atribuirse los efectos negativos obtenidos por la llamada *colonización oficial*.

Algunas de esas leyes, no obstante la intención laudable que las inspira, produjeron desastrosos resultados, como la del 19 de Octubre de 1876, que antes hemos recordado, y por la cual se cedían gratuitamente grandes extensiones de tierra á particulares, con la obligación expresa de subdividirlas y poblarlas, estableciendo al efecto cláusulas estrictas, pero de dudoso cumplimiento, porque en la mayoría de los casos existían los obstáculos naturales que invalidaban las responsabilidades contraídas y, fácilmente, éstas eran evadidas, sin que por ello perdieran los adquirentes el derecho á las tierras obtenidas, máxime cuando se les acordó más tarde la propiedad, mediante la incorporación de un capital en ganados y del pago en dinero de la mitad ó de las tres cuartas partes del área concedida.

El bajo precio de estas tierras, los largos plazos para el pago y la clarividencia de que, en un período relativamente corto, los progresos del país llevarían á esas apartadas regiones los elementos económicos necesarios para hacerlas útiles ó productivas, hizo que muchos adquirieran grandes extensiones como reserva para el porvenir. Esta previsión constituía un buen negocio si tocaba en suerte un buen terreno.

Como se ve, los altos fines perseguidos quedaron completamente desvirtuados, porque una cosa es la ley abstracta, y otra, muy distinta, es el campo de aplicación práctica que se le abre, cuando debe luchar en medio de causas ó fenómenos de diverso orden, que pueden atenuar ó anular sus efectos.

No contando esas leyes con la virtualidad necesaria para poder imperar, sirvieron, por el contrario, de instrumento perturbador, dando pábulo al latifundio y acarreando los demás resultados contraproducentes que quedan mencionados.

Pero estos hechos no son para llamar tanto la atención, cuando la Ley del Hogar, calcada sobre la de los Estados y otras para poblar los territorios nacionales, basadas todas en la subdivisión de la tierra en lotes reducidos para ofrecerla en venta directa ó en subasta pública, con la obligación de explotarla, tampoco dieron resultados inmediatos, comenzando á producir sus efectos sólo cuando las empresas ferroviarias dejaron entrever el propósito de internar las líneas en la Pampa, Río Negro y Neuquen, despertando interés entre los particulares esas tierras y aun otras más australes de la Patagonia, que permitían ya pensar en la posibilidad de un próximo aprovechamiento.

De todo esto se infiere que si las leyes para los territorios nacionales no han respondido en general á sus fines, es porque legislaban para regiones desiertas, desligadas del litoral que, como más poblados, con puertos inmediatos, con tierras baratas y disfrutando de otros medios económicos para hacer fácil la vida y desarrollar el trabajo, presentaba mayores ventajas para el labrador y principalmente para el inmigrante, el cual, desprovisto de todo recurso, podia hallar ocupación inmediata y emprender muy luego el cultivo del suelo por su cuenta, favorecido por un sistema de colonización habilitado, y basado igualmente en la venta de la propiedad que le tocara explotar.

Empero, y sean cualesquiera los resultados obtenidos por las leyes nacionales sobre tierras públicas y colonización, es deber reconocer que todas ellas sin excepción han sido mencionadas por los legisladores argentinos con el más vehemente anhelo de acelerar la prosperidad de la República, habiendo ido en muchos casos más allá de lo que convenía y á sabiendas, con el deliberado propósito de no omitir medios y aun extremarlos, para alcanzar los altos fines perseguidos.

Mucho se ha censurado la liberalidad con que el gobierno de la Nación ha procedido á la enajenación de la tierra pública, concediéndola en grandes extensiones, hecho sobre el cual se

hace recaer por completo la falta de población en los territorios nacionales.

Sin embargo, las leyes dictadas con fines exclusivamente de colonización no pueden ser tachadas de exageradas en la distribución de la tierra, sobre todo si se tienen en cuenta las circunstancias que las han rodeado y las condiciones especiales del país para el buen aprovechamiento de ellas. Citaremos la del 19 de Octubre de 1876, la de 3 de Noviembre de 1882 y la del Hogar de 2 de Octubre de 1884, que son las principales que se asemejan á las norteamericanas de concesión á las empresas ferrocarrileras, en cuanto ponen en mano de los concesionarios grandes extensiones, con la obligación de dividirlas en lotes y venderlas al poblador; ó bien á las de *Homestead Law*, que establece la pequeña propiedad gratuita como medio de extender las industrias rurales y arraigar al poblador.

Fácil es asimismo comprobar que, habiéndose procurado imitar las leyes norteamericanas, las nuestras han resultado en el espíritu y en la letra más pobladoras todavía porque, aparte de ceder la tierra fraccionada imponiendo obligaciones de población y explotación, el Estado se ha constituído muchas veces en empresario habilitador de los elementos de trabajo para el agricultor, dirigiendo administrativamente la empresa.

Conviene, por lo tanto, distinguir estas leyes generales de las dictadas con otros fines, teniendo sólo en vista, necesidades supremas de la Nación, como la defensa de la línea de fronteras, por lo que era indispensable amoldar las concesiones á la industria en boga, que era el pastoreo de ganado á campo en grandes extensiones, y único medio, por otra parte, de halagar al poblador abnegado que se resolviera á soportar las penurias del desierto amenazador.

Se ha recurrido también á la tierra fiscal para satisfacer los gastos de la expedición al Río Negro ó para premiar á los expedicionarios, y, en otros casos, para proporcionar recursos al Erario en circunstancias de dificultades financieras.

Como se ve, han primado á veces causas para la enajenación de la tierra pública, muy diversos de la colonización, aun cuando se infiere que el objetivo final, al venderla, debía ser su utilización como agente de producción y progreso.

Para juzgar nuestras leyes agrarias, no es necesario remontarse á las ventas ó donaciones que acordaron los Gobiernos anteriores al de Rosas, ni hay para qué recordar siquiera la *enfiteusis* de Rivadavia: toda esa legislación no pertenece al período de la verdadera colonización agrícola que se toma como punto de partida para el examen, el cual período se inicia propiamente con la ley de 1876. Esta fué la primera que esbozó un plan estudiado y metódico de colonización oficial y privada, estableciendo la donación de grandes áreas (hasta 32 leguas) para la fundación de colonias agrícolas por medio de empresarios, ó bien el arrendamiento de la tierra para las explotaciones ganaderas.

Las empresas concesionarias de las tierras para colonizar debían subdividirlas en lotes de 100 hectáreas, para concederlas gratuitamente ó en venta á los pobladores que, en grupo no menor de 140 familias, tenían que introducir en cada colonia dentro de los dos primeros años. La precitada ley fijaba asimismo la extensión y trazado que debía tener cada colonia, y obligaba á los empresarios á habilitar á los colonos con elementos suficientes para las explotaciones; ofrecía el transporte gratuito para inmigrantes y acordaba otras franquicias de importancia, así para éstos como para los empresarios.

En cuanto á la colonización oficial, mandaba delinear centros urbanos, principalmente donde existiera algún pequeño núcleo de población; esos centros debían ser rodeados de ejidos divididos en quintas y chacras, y disponía, por fin, el trazado de calles, plazas y caminos, en cada sección que se subdividía al efecto en 400 lotes de 100 hectáreas.

No cabe dentro de este estudio, transcribir dicha ley en toda su extensión; pero es, sin duda alguna, la más completa y científica de cuantas se han dictado; podría llamársela mo-

delo de legislación, más perfecto, si se quiere, que las norteamericanas de concesiones á los ferrocarriles y la de los *townships* de 625 acres, comprendidos dentro de las zonas de aquéllas.

La segunda ley de carácter general, de 3 de Noviembre de 1882, dividía en tres grandes secciones las tierras de los territorios, componiéndose, la primera, de la Pampa y la Patagonia; la segunda, del Chaco, y la tercera, de Misiones; establecía la división en lotes de 10.000 hectáreas para su venta en remate, como tierras de pastoreo, pudiendo adquirir una persona ó Sociedad, de 2.500 á 40.000 hectáreas, con la obligación de introducir un capital en ganados no menor de 125 pesos por legua. El precio de estas tierras podría ser abonado en seis cuotas anuales, otorgándose la escritura de compra al satisfacer el pago de la última cuota, y previa presentación de los documentos que probasen haber introducido el comprador el capital fijado como condición para poblar.

En cuanto á las tierras declaradas de pan llevar, admitía la compra directa ó división de lotes no menores de 25 hectáreas ni mayores de 400, y establecía un bajo precio de venta y facilidad para el pago. Los adquirentes quedaban obligados á cultivar, por lo menos, la quinta parte de la tierra concedida.

Por la Ley del Hogar, de 2 de Octubre de 1884, se destinaban 1.000 leguas divididas en fracciones de 50, y subdivididas éstas en lotes de 625 hectáreas, para la formación de colonias pastoriles. Los solicitantes de cada lote debían reunir las siguientes condiciones: ser ciudadano argentino ó nacionalizado y mayor de edad; no poseer bienes raíces en la República; pedir la tierra para su uso exclusivo y ocuparla personalmente durante cinco años consecutivos. Debían los favorecidos introducir ganados por valor de 200 pesos, cultivar, por lo menos, 10 hectáreas y plantar 200 árboles.

El título de propiedad se acordaba después de haber cumplido con las obligaciones establecidas, quedando la tierra libre de ejecuciones y embargos por deudas del ocupante, con-

traídas antes de la cesión ó durante los primeros cinco años del disfrute de la misma.

La ley de 5 de Octubre de 1878 autorizaba la venta de tierras para cubrir el empréstito llamado de fronteras, y varias otras leyes fueron dictadas exclusivamente, y según se ha dicho, para premiar con tierras al ejército expedicionario del desierto.

Las leyes norteamericanas (Military warraut y Military Naval warraut) dictadas en 1842 y 1862, respectivamente, tuvieron también por fin gratificar á los militares que combatieron contra los indios y en la guerra de Secesión.

En 21 de Noviembre de 1891 se dictó otra ley acordando nuevas condiciones para los concesionarios que no habían podido poblar las tierras concedidas en virtud de la ley de 1876; y autorizaba, además, al Poder Ejecutivo para enajenar mil leguas en los territorios del Chaco y Misiones, cuyo importe debía ser empleado en operaciones de crédito.

De acuerdo con las últimas disposiciones establecidas, se decretó, en 1892, la venta al Sr. Grümbeim de cuatrocientas leguas en el territorio de Santa Cruz, operación que motivó acerba crítica de los que ignoraban, sin duda, la urgencia con que el Gobierno, sin recursos y sin crédito, por efecto de la crisis, necesitó proveerse de dinero para el pago del armamento naval, en un momento supremo en que el país se vió abocado á una guerra inminente.

Justificado el motivo de esta concesión, el error que verdaderamente debió lamentarse fué el de esa desgraciada ley de 1891; en primer lugar, porque vino á desvirtuar la de 1876, acordando á los empresarios de colonización la propiedad de la tierra que se les había cedido para fraccionarla y entregarla en pequeños lotes á familias agricultoras; y en segundo lugar, porque, al autorizar la venta de mil leguas en los territorios del Chaco y Misiones, no establecía condición alguna para la población y aprovechamiento de tan enorme extensión. Felizmente para los intereses nacionales, esta venta no llegó á rea-

lizarse, derivando de ella únicamente la concesión Grümbeim, acordada por los motivos que acabamos de mencionar.

Como legislación, puede decirse con certeza que esta ley de 1891 y su decreto reglamentario, como asimismo otra dictada en 1889, por la cual se mandaba vender lisa y llanamente veinticuatro mil leguas, ley que, por suerte, no prosperó, son las que desprestigian todas las demás sobre colonización nacional.

Existen otras muchas leyes para la fundación de colonias nacionales, basadas en la cesión de pequeños lotes para agricultura, como las relativas á las colonias San Carlos, en Corrientes; Avellaneda y Las Garzas, en Santa Fe; Alvear y Jerúa, en Entre Ríos; Caroya, Chacabuco, Maipú, Sampacho, El Dorado, Santa María, La Argentina, San Melitón, La Celina, La Lola, La Genovesa, Piamontesa y Bella Vista, en Córdoba. En los territorios nacionales, llegan á cincuenta y una las colonias fundadas por el Gobierno federal, en virtud de las leyes antes mencionadas, y de varias otras dictadas especialmente sobre la base de la pequeña propiedad. De manera que si, por circunstancias bien excepcionales y justificadas, se ha procedido á veces con desmesura al reparto de la tierra pública, en la mayoría de los casos en que fué ofrecida subdividida en lotes para favorecer al poblador de pequeño capital y fomentar las industrias agrícolas, tampoco dió mejores resultados; lo que prueba que la falta de éxito en la colonización nacional no se ha debido á mala distribución de la tierra, sino á las condiciones desventajosas de las ofrecidas con relación á las del litoral, que era el centro absorbente de todas las actividades del país, con ancho campo de explotación, y donde se hallaban reunidos y organizados los elementos necesarios para el trabajo nacional.

Se buscó, en efecto, poblar aquellos territorios por el trasplante extemporáneo de «ese todo» que componía las fuerzas vivas del país, sin esperar á la expansión natural de ellas, y el resultado obtenido fué hacer fracasar las mejores leyes y este-

rilizar la colonización particular que tan buenos resultados había dado en Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos.

Si esas leyes de fomento agrícola hubieran sido preventivas de otras destinadas á preparar las condiciones económicas de los territorios, dotándolos de agua, de caminos, de puertos y medios de transporte, es evidente que la acción privada habría llegado, á pesar de todo, á alcanzar algunos buenos resultados, porque no podían ser los principios sentados mejor estudiados y conducentes para afianzar el sistema de colonización particular, experimentado como el más práctico de cuantos se han ensayado hasta ahora en el país.

Pero cabe aquí preguntar: ¿Se hallaba la Nación en condiciones de disponer de ingentes sumas, en obras de magnitud de las que se requerían?

No por cierto; y, en resumen, las consecuencias finales no son tampoco para deplorar un mal manejo de la tierra pública desde que, hasta el año 1903, la Nación se desprendió de sólo 32.156.970 hectáreas de los 128.000.000 que poseía, conservando aún en la actualidad una superficie de 83.679.915, que representan el 70 por 100 de la total extensión del dominio primitivo.

Estados Unidos, desde el año 1841, había acordado en concesiones á los ferrocarriles 155.504.944 acres y sólo 55.000.000 en forma de *Homestead* hasta 1893, esto es, 62.823.000 y 22.000.000 de hectáreas, respectivamente.

De las cifras precedentes se infiere que la Unión Americana no ha sido más parca que la Argentina al enajenar la tierra pública en grandes áreas; y, para apreciar hasta qué grado procedió con largueza en sus concesiones á los ferrocarriles, citaremos algunas de las leyes dictadas, á saber:

COMPAÑÍAS FERROCARRILERAS	Fecha de la concesión.	Area concedida acres.
Union Pacific Railroad Company.....	1 Julio 1862	9.050.000
Kansas Pacific.....	2 » 1864	6.000.000
Central Pacific.....	2 » 1864	6.500.000
Atlantic and Pacific.....	25 » 1866	22.672.000
Southern Pacific.....	27 » 1866	5.260.000
Texas Pacific.....	3 Marzo 1871	13.000.000

Esta clase de concesiones dejaron de otorgarse durante el Gobierno de Mr. Mackinley (1884), que fue el gran opositor de ese sistema. Pero de cualquier manera, lo dicho basta para dar por sentado antecedentes que colocan á la Argentina en una situación mucho más favorable que la que generalmente se le atribuye en el trillado asunto de las liberalidades observadas para el reparto de la tierra pública.

Las incongruencias y omisiones notadas en nuestras leyes de colonización y, por otra parte, los ardides de que se valían los particulares para burlar en muchos casos las obligaciones prescriptas en las mismas, hicieron comprender al Gobierno administrador la necesidad que existía de estudiar una ley general, basada en los preceptos de las anteriores, acreditados como buenos por la experiencia, y que estableciera á la vez un sistema más concordante con las necesidades y tendencias de la época.

El Poder Ejecutivo proyectó esta ley, sancionándola el Congreso en Enero de 1903.

Para la fundación de colonias nacionales en los territorios, esta ley no se aparta del plan de trazado que establecía la de 1877, dividiendo la tierra en fracciones destinadas á formar un centro urbano con su radio de quintas y chacras, estas últimas de 100 hectáreas, y de las que puede adquirir hasta dos de ellas una persona ó sociedad.

Para las tierras de pastoreo establece tres formas distintas de adquisición que permiten participar de sus ventajas á los hombres de poco, como de mucho capital, sin que se estorben

en la gestión, y armonizando así la acción de todos al fin primordial perseguido de ocupar y explotar los predios que es condición expresa de la ley para todos los casos de enajenación de estas tierras.

Divide la propiedad en lotes de 2.500 hectáreas como fracción unitaria, pudiendo adquirir el comprador hasta 20.000 hectáreas en subasta pública, al mejor postor y sobre la base que establezca el Gobierno, partiendo siempre de la de un peso, moneda nacional, la hectárea, valor mínimo adjudicado á toda la tierra pública.

En las colonias se concede la compra directa de un lote pastoril de 2.500 hectáreas al que lo solicite; y para las tierras no comprendidas en aquéllas se establece el arrendamiento hasta 20.000 hectáreas, pudiendo el locatario adquirir en propiedad la mitad de esa extensión al término de su primitivo contrato.

Para el pago de la tierra comprada en cualquiera de las formas mencionadas, se fija el término de seis años, dividiendo el importe en cuotas semestrales. Estas son las prescripciones más importantes de la ley de 1903, la que exige además, y como acto previo é indispensable, la exploración y relevamiento topográfico de las zonas que se destinan á la colonización general; deligencias, sin las cuales no podría el Gobierno conocer qué es lo que vende, ni si reúnen esas tierras las condiciones necesarias de explotación á que se las dedica.

Un decreto reglamentado de esa ley, dictado en 1906, completa los términos á que debe ceñirse la enajenación de la tierra pública por vía administrativa.

Los estadistas argentinos, ante cuyos ojos oscila constantemente la visión de la imagen futura de la Argentina, deben pensar en la conveniencia de reservar al Estado argentino un patrimonio territorial que, administrado por el mismo Estado conforme á cualesquiera de las formas menos complicadas para la Administración, constituya un elemento financiero de importancia. Cuando no se tienen estos elementos patrimoniales,

la carga tributaria pesa exclusivamente sobre los contribuyentes, harto gravados por el cúmulo de impuestos modernos.

*
* *

La vía de comunicación intercontinental *euro-africana* empalmada á la trascontinental *afro-americana*, será la medula de ese organismo que se está desenvolviendo con la colonización de Africa y Sud-América, que constituirá el hecho económico más importante del siglo xx. La gran vía de comunicación, que bien se puede llamar euro-afro-sudamericana, será terrestre en su mayoría, con una travesía marítima por el Atlántico de 2.500 kilómetros, navegables en sesenta y seis horas. El ferrocarril partiría en Africa, desde algunos kilómetros al Norte de Tánger, y seguiría por la costa hasta Alcazarquivir y Arcila; se internaría por Fez y Marraquez; atravesaría la cadena del gran Atlas, al Sur de Marraquez, y continuaría luego por Costa de Oro hasta San Luis y Dakar. Desde este punto, se establecería la navegación hasta Puerto Natal, en América, situado á una distancia de 2.500 kilómetros de Dakar; la distancia desde Puerto Natal á Buenos Aires es de 4.500 á 4.800 kilómetros, según los itinerarios que se tomen. Computando las distancias desde los grandes centros europeos hasta Sud-América, tenemos los siguientes trayectos:

	Kilómetros.		*Kilómetros.*
Londres-París.....	550	Berlín-París.....	1.000
París Madrid.....	1.492	.....	1.492
Madrid-Algeciras.....	720	.....	720
Algeciras Tarifa.....	20	.....	20
Tarifa-N. de Tánger....	15	.....	15
Tánger á Dakar.....	3.500	.....	3.500
Dakar á Puerto Natal...	2.500	.....	2.500
Puerto Natal-Buenos Aires, itinerario directo.	4.500	.....	4.500
Distancias totales.....	13.297	.....	13.747
Londres-Buenos Aires..	13.297	Berlín-Buenos Aires....	13.747

La construcción del ferrocarril que forma parte de esta gran vía, no es una obra de esas que se acarician como ensueño de dificilísima realización; está construído en su mayor parte, y lo que falta será una realidad en no lejano plazo, sobre todo, por lo que á Marruecos se refiere, cuya penetración ó, mejor dicho, colonización europea, pacíficamente ó á sangre y fuego, tiene que realizarse: En América, el trayecto de 2.300 kilómetros desde Buenos Aires á Río Janeiro estarán terminados en breve plazo, y en la costa quedan por construir otros 2.500 kilómetros. Así, pues, los kilómetros á construir son: 2.500 kilómetros desde Río Janeiro á Puerto Natal, y 3.300 kilómetros desde San Luis (Africa) á Tánger, lo que arroja un total de 5.800 kilómetros.

Fijando una velocidad media de 50 á 60 kilómetros por hora para los trenes rápidos, resultaría que desde Londres á Buenos Aires solamente se emplearían de nueve á diez días y desde Madrid á Buenos Aires ocho días, siendo posible, además, tener la comunicación diariamente.

La consecuencia inmediata, una vez construída esta gran vía de comunicación entre Europa, Africa y Sud-América, sería el hacer entrar en la vida sud-americana un factor europeo de gran importancia, que neutralizaría por completo la intervención que constantemente han tenido los Estados Unidos, enmascarados con la doctrina de Monroe. Sud-América, como país colonial pasivo, recibiría una contribución económica de Europa mucho más intensa de lo que ha sido hasta ahora; sería, sintéticamente hablando, un territorio económico de Europa, cuya concurrencia, excitada por la economía en el transporte, llegaría á ser tan trascendental, que los Estados Unidos no podrían competir con ella. Nada tampoco más beneficioso para las Repúblicas sud-americanas, porque Europa no sueña con anexiones territoriales en América, pero sabría proteger sus intereses, con mayor energía, por ser mayores después de la gran obra que exponemos, ante los amagos constantes á la independencia Ibero-americana, procedentes del

imperialismo yanqui. Conduciría, al mismo tiempo, al desarrollo de los ferrocarriles del *Hinterland* sudamericano, rompiendo así la compacidad de esa parte del continente, estableciendo también vínculos de solidaridad más estrecha entre todas las Repúblicas sudamericanas.

Bastante más difícil de realizar que es el ferrocarril panamericano, ideado por los yanquis, que atravesaría una extensión de 16.000 kilómetros desde Nueva-York á Buenos Aires.

Por lo que á España se refiere, la importancia de esta obra se revela inmediatamente, si se considera que ha de ser el puente obligado por donde ha de pasar la corriente internacional que comprende tres continentes. Estas fuerzas de la economía mundial nos conducirán seguramente á rectificar nuestro trazado ferroviario, tan distanciado de la ruta conveniente á las corrientes económicas de los centros más vitales de la nación.

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad
de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Lope de Vega.=Bellas Artes: El modelado en el Arte.=Ciencias naturales: Animales listos.=Enciclopedia: Pensamientos y aforismos inéditos de Ibsen.=Cuestiones político-sociales: Dos conversaciones de Tolstoï sobre la Revolución.=Impresiones y notas: Inéditos de Musset.—¿Era Víctor Hugo orador?—El oído musical.

LITERATURA

Lope de Vega—Estamos tan acostumbrados á que, por culpa, principalmente nuestra, por ser los primeros en denigrarnos, se nos denigre en el extranjero, que conforta el ánimo tropezar, en Revistas serias y de gran autoridad, con artículos en que se reconocen los méritos, pocos ó muchos, con que tenemos derecho á figurar en la historia. Así sucede con el artículo con que la Sra. Colvill dedica á Lope de Vega en la *Fortnightly Reviews*, y con el que Santiago Lux consagra al mismo asunto en la *Revue Bleue*. Los presentamos refundidos sin la menor alteración, y sin siquiera rectificar algún concepto equivocado, porque los estimamos como documentos que no deben sufrir alteración ninguna para poderse citar textualmente.

Según ambos escritores, el drama moderno, tanto romántico como realista, tiene los orígenes en el Renacimiento, y más particularmente en los teatros inglés y español de la época. La influencia más considerable fué la española, pues la grande-

za misma de los isabelinos les ponía aparte en cierto modo. «Los españoles, por lo contrario, han sido imitados directa ó indirectamente en todas partes: en Francia, en Italia y en Inglaterra, y no sólo en la invención de los caracteres y de los incidentes, sino en la sucesión misma de las intrigas.» Lope fué el primero que presentó á los españoles los dramas de la vida ordinaria. Salvo en las *Alegres Comadres de Windsor*, nada semejante hay en Shakespeare, que no puede librarse de reyes, duques, magos y extranjeros, personajes heroicos y todo el tren romántico.

Ibsen mismo podría encontrar en su árbol genealógico el nombre de Lope de Vega, aunque la diferencia de tiempo y de genio hayan alterado los signos familiares hasta hacerlos irreconocibles. La España del siglo XVI estaba á la cabeza de Europa; su lenguaje y sus maneras, su fe, su pundonor, su energía y su valentía tenían fama, y suscitaban la emulación de los demás países; tal superioridad era debida á una rara fuerza de carácter y de inteligencia; por eso no es sorprendente que en literatura, como en guerra, el ideal español haya sido colocado en alto y que los grandes nombres sean numerosos.

Cervantes ocupa el primer puesto en España, y acaso el segundo en Europa después de Shakespeare. Sus contemporáneos juzgaban á Lope de Vega superior á Cervantes, juicio no ratificado por la posteridad; pero sólo Calderón podría disputar á Lope el rango inmediatamente posterior al de Cervantes. Lope abrió el camino seguido por Calderón; su influencia ha sido mayor y más duradera, aunque su nombre sea demasiado frecuentemente olvidado.

Tratan luego los articulistas de la vida de Lope, sin nada digno de particular mención, y pasando al estudio de sus obras, las dividen en dos categorías: las que hablan del amor caballeresco é ideal y las que describen la galantería del tiempo. Tipos de uno y otro género pueden ser *Peribáñez* y el *Comendador*, y en las *Flores de S. Juan* podía decirse que Lope ha inventado los dos géneros: el idealismo y el realismo, pues

nada análogo se encuentra en la labor dramática de sus predecesores. Creó también el tipo del gracioso, personaje delicadamente cómico, parodia del protagonista, y que desempeña en la pieza el papel del coro griego, pero en sentido burlesco. Reemplaza á los bufones y á los clowns de los isabelinos. Se ha echado en cara á Lope la charlatanería, la redundancia, el abuso de la metáfora y el descuido. En la *Arcadia,* Crisalda es comparada á catorce cuerpos celestes, diez flores, diez piedras preciosas, once pájaros, doce árboles, doce cuadrúpedos y doce seres marinos. Pero hay que contar con que la *Arcadia* es obra de principiante, y el gusto natural del poeta se fué desentendiendo, con el tiempo, de tales extravagancias.

Lope no puede ser calificado de gran espíritu; en este sentido, Cervantes le sobrepujaba con mucho; es raro que llegue hasta el fondo de las cosas; la burla, la ironía suave, el humor alegre, son su especialidad, así como ciertos giros y pensamientos inesperados. Sabe ser patético, pero la tragedia griega, fatal é implacable, está por encima de él. Puede estar triste sin estar desesperado; ser contemplativo sin ser profundo, y más sensible que apasionado. Sus caracteres están bien individualizados, son seres vivientes y no como los de Calderón; pero rara vez el autor los muestra á fondo. ¿Cómo Lope ha construído esos Sanchos y Estrellas, esos Belisas y Federicos, D. Juan de Vox y el Emperador Otón? ¿Los ha hecho nacer de una idea ó los ha compuesto por observación é imitación? ¿Los ha distinguido con la vista interior? ¿Son inspiración de algún genio extraordinario, ó fruto simplemente de la inspiración personal? ¿No son sino la personalidad misma del autor en otras circunstancias, con otros vestidos, con cerebro diferente, con historia distinta? Lope mismo no hubiera podido responder. Lo que sabemos de su método es que tomaba nota de las partes de sus dramas que eran más aplaudidas, y luego trataba de repetir el efecto. Eso parece extraño y hasta contrario á la conciencia artística. Pero, ¿cuál es el fin del arte? ¿Contentar al artista mismo, al inteligente ó al vulgo?

Lope se decidió francamente por la *Vox pópuli*. Su actitud es siempre uniformemente, cortés y tolerante, lo que le diferencia de Molière. Sus obras forman un resumen de su época y de su país, y es el tipo perfecto del español del siglo XVII. Autor de una literatura entera, toma sus rasgos del latino, del godo y del moro, reuniendo lo romancesco de los trovadores con el estilo de los italianos y la grave simplicidad de las baladas; en él está el espíritu de los conquistadores con la pompa y lo caballeresco de las cortes. Es hermano del labrador que ara la tierra, y recoge su cosecha moviéndose entre los bueyes y carneros de los campos; pero las ciudades se le imponen con sus leyendas y monumentos, y con la asociación de ideas que implica su nombre. «Esta dama, dice la Sra. Colwill, es la imperial Toledo, cuyos pies bañan las olas de cristal del Tajo retratándose á su sombra. Me asombro de que esta montaña no esté asustada de contemplar tantas grandezas. El moro no cambió nunca el nombre de Toledo. Su catedral es el vivo monumento del cielo, y no ha conocido otra dominación que la de Pedro. Sus damas, sus caballeros, sus gentes me han conquistado de tal modo, que yo viviría en semejante ciudad aunque fuese como esclava.»

Lope presenta los nombres de las antiguas familias de las ciudades célebres por la guerra, con la habilidad de un Milton. Nos muestra los caballeros y los soldados de vuelta de las campañas moriscas, las bodas, las procesiones, las corridas de toros ó los simples paseos en las llanuras y en las montañas, al aire libre, en pleno sol, no por gusto de desarrollos descriptivos, sino por amor á las cosas vistas.

La Sra. Elena Herter Colwill termina su interesante estudio recordando las palabras expresivas de Grillperzer: «Shakespeare nos presenta una síntesis de la naturaleza; Lope nos la muestra sin selección, tal como se manifiesta en él, cómo mueve y se desarrolla. No puede llamársele el mayor de los poetas; pero es el temperamento más poético de los tiempos modernos.»

Por su parte, Lux termina citando el juicio de Fitz Maurice Kelly: «Lope es ante todo y siempre un genio creador. Adapta la poesía popular á efectos dramáticos, sustituye caracteres á abstracciones, y expresa, en una palabra, el genio del pueblo. Es verdad que su instinto dramático supera su ejecución literaria, y que se acerca constantemente á una forma perfecta de expresión sin llegar nunca á obtenerla. Sobrevive, sin embargo, como creador de una forma original. Ninguno de sus sucesores se ha apartado de los caminos trazados por él; ninguno ha inventado una variante radical de su método. Sin embargo, la gloria de Lope, como la de Burns, será siempre local. Cervantes, á pesar de todo su sabor nacional, podría pertenecer á la humanidad; Lope de Vega es la encarnación de España. Su alegría, su flexibilidad, su fecundidad, su realismo son, en su fuerza, eminentemente españoles; su forma descuidada, su énfasis, su desigualdad, su deseo de agradar á toda costa, son también, en su debilidad, eminentemente españoles. El drama moderno ha tenido dos grandes creadores: Shakespeare y Lope de Vega, interpretando cada cual el genio de su país con perfección sin igual.»

BELLAS ARTES

El modelado en el Arte.—Habla Rodín, interpretado por Pablo Gsell en *La Revue*, y dice á su intérprete:

—¿Habéis mirado una estatua antigua á la lámpara?—A fe mía no.—Seguramente que os parecerá capricho extravagante la idea de contemplar la escultura de otro modo que á plena luz. La luz natural es evidentemente la que permite admirar mejor una obra hermosa en su conjunto; pero esperad un poco; quiero que asistáis á un experimento que sin duda os instruirá.

Mientras hablaba, Rodín había encendido su lámpara. La cogió y condujo á Gsell hacia un torso de mármol que se erguía sobre un zócalo en un ángulo del taller. Era una deli-

ciosa reducción antigua de la Venus de Médicis. Rodín iluminó el vientre, rozándolo casi con la lámpara, y dejando á Gsell extraordinariamente impresionado por lo que de súbito se le revelaba. La luz así dirigida descubría en la superficie del mármol multitud de salientes y de depresiones que jamás había sospechado. Se lo dijo á Rodín, y éste, recomendándole que mirara bien, siguió haciendo girar con gravedad el movible sostén de la Venus. Durante esta rotación, siguió notando en la forma general del vientre multitud de imperceptibles resaltos; lo que al principio le había parecido sencillo, era realmente sumamente complejo. El escultor estaba encantado del efecto producido.

—¿No es maravilloso?—decía.—Convenid en que no esperábais descubrir tantos detalles. Mirad: ved las ondulaciones infinitas de la colina que enlaza el vientre con el muslo; saboread todas las curvas voluptuosas de la cadera, y ahora, ahí, sobre los riñones, contemplad todas esas fositas adorables. ¡Es verdadera carne!—añadía, inclinándose sobre el mármol como si estuviera enamorado de él.—¡Se la creería modelada por besos y caricias!

Luego, de pronto, poniendo la mano de plano sobre la cadera de la estatua, añadió:—Casi se esperaría, al tentar este torso, encontrarlo caliente.

—¡Y bien!, ¿qué pensáis ahora del juicio corriente sobre el arte griego? Se dice por los académicos que los antiguos, en su culto por el ideal, han despreciado la carne como vulgar y baja, y se han negado á reproducir en sus obras los mil detalles de la realidad material; se pretende que han querido dar lecciones á la naturaleza creando con formas simplificadas una belleza abstracta, que sólo se dirige al espíritu sin consentir lisonjear los sentidos. Y los que hablan así, se autorizan con el ejemplo que se imaginan encontrar en el arte antiguo. Acabáis de comprobar hasta qué punto se engañan.

Los griegos, sin duda, con su espíritu poderosamente lógico, acentuaban por instinto lo esencial; pero jamás supri-

mieron el detalle vivo, contentándose con envolverlo y fundirlo en el conjunto. Como estaban enamorados de ritmos tranquilos, atenuaron involuntariamente los relieves secundarios que podrían chocar con la serenidad del movimiento, pero se guardaron de borrarlos por completo. Jamás hicieron un método de la mentira, representando siempre la naturaleza tal como la vieron, con respeto y amor. Es un error creer que desdeñaron la carne: en ningún pueblo excitó la belleza del cuerpo humano más sensual ternura. Así se explica la increíble diferencia que separa el arte griego del falso ideal académico. Mientras entre los antiguos la generalización de las líneas es una totalización, una resultante de todos los detalles, la simplificación académica es un empobrecimiento, una hinchazón vacía; mientras la vida anima y caldea los músculos palpitantes de las estatuas griegas, las muñecas inconsistentes del arte académico están como heladas por la muerte.

—Voy á confiaros un gran secreto—prosiguió Rodín con aire de misterio:—¿sabéis por qué se produce esa impresión de vida real que acabamos de experimentar ante esa Venus? *¡Por la ciencia del modelado!* Estas palabras os parecen una vulgaridad, una trivialidad, pero vais á medir toda su importancia. La ciencia del modelado me fué enseñada por cierto Constant, que trabajaba en el taller de decorado en que hice mi noviciado de escultor. Un día, viéndome modelar un capitel ornado de follaje, me dijo:—Rodín, lo haces mal: todas tus hojas se presentan aplastadas, por eso no parecen reales; haz que dirijan su punta hacia ti, de modo que al verlas se tenga la sensación de la profundidad.—Yo seguí su consejo, y quedé maravillado del resultado que obtuve.—Acuérdate bien—prosiguió Constant—de lo que te voy á decir: cuando esculpas, en adelante, no veas nunca las formas en extensión, sino siempre en profundidad; no consideres nunca una superficie sino como la extremidad de un volumen, como la punta, más ó menos ancha, que se dirige hacia ti. Así adquirirás la ciencia del modelado.

Este principio fué para mí de asombrosa fecundidad. Lo apliqué á la ejecución de las figuras. En lugar de imaginar las diferentes partes del cuerpo como superficies más ó menos planas, me las representé como salientes de los volúmenes interiores. Me esforcé por hacer sentir en cada resalto del torso ó de los miembros el afloramiento de un músculo ó de un hueso que se desarrollaba en profundidad bajo la piel, y así la verdad de mis figuras, en lugar de ser superficial, pareció desarrollarse de dentro á fuera, como la vida misma.

Ahora bien; yo he descubierto que los antiguos practicaban precisamente este método de modelado, y á esta técnica deben sus obras el vigor y la flexibilidad que las caracteriza.

Rodín se puso de nuevo á contemplar su exquisita Venus griega, y de pronto preguntó á Gsell:—¿Es el color cualidad de pintor ó de escultor?—De pintor, naturalmente.—Pues bien, observad esta estatua. Ved—añadió elevando la lámpara todo lo que podía para iluminar desde lo alto el modelo,—ved esas fuertes luces sobre los senos, esas sombras enérgicas en los pliegues de la carne, y luego esos rubios, esas semiclaridades vaporosas y como temblonas en las partes más delicadas de ese cuerpo divino, esas transiciones tan finamente difuminadas que parecen disolverse en el aire. ¿No es esa una prodigiosa sinfonía en blanco y negro?

Gsell asintió.

—Por paradójico que os parezca—prosiguió Rodín,—los grandes escultores son tan coloristas como los mejores pintores, ó, más bien, los mejores grabadores. Juegan tan hábilmente con todos los recursos del relieve, casan tan bien los atrevimientos de la luz con la modestia de la sombra, que sus esculturas son tan sabrosas como las más acariciadoras aguafuertes. Ahora bien; el color, y á esta observación quería venir á parar, es como la flor del bello modelado; estas dos cualidades se acompañan siempre, y ellas son las que dan á todas las obras maestras de estatuaria el radiante aspecto de la carne viva.

CIENCIAS NATURALES

ANIMALES LISTOS.—Dice Enrique Coupin, en *La Revue,* que los animales revelan su inteligencia, no sólo por su modo de conducirse ordinariamente, sino por la listeza, por la *malicia* que despliegan cuando se ven apurados para salir de una situación difícil. Coupin se ha entretenido en recoger multitud de observaciones curiosas, consignadas por diversos autores sobre esta materia, y de ellas entresacamos las más interesantes.

El gato, especialmente, tiene bastante desarrollada la inteligencia de los mecanismos, y llega á saber abrir las puertas, sobre todo cuando no necesita más que apoyarse en el pestillo. Romanes tenía uno que todos los días pasaba así del patio á la cuadra: se dirigía hacia la puerta con el aire más resuelto del mundo; agarraba de un brinco con una pata el asa; luego, oprimiendo con la otra pata el pestillo, empujaba con las otras dos patas el montante para tirar de la puerta. Los gatos pueden hasta dar vuelta á las llaves de las cerraduras. Couch afirma haber conocido un gato que abría la puerta de un armario para proporcionarse leche: se sentaba en una mesa al lado del armario, y golpeaba el anillo de la llave hasta que la hacía volver, consiguiendo así sus fines.

También llegan á abrir las ventanas. Otto cuenta que uno de ellos, perteneciente á Parker Bowman, de Parara, quedó encerrado un día, por casualidad, en una habitación sin más salida que una ventanilla que se abría de dentro á fuera, y que se cerraba por medio de una falleba; poco tiempo después, se encontró la ventana abierta y la habitación vacía; habiéndose repetido el hecho varias veces, se acabó por descubrir que el gato saltaba sobre el alféizar, se estiraba hasta llegar á la falleba, que conseguía empujar con una de sus patas delanteras, y luego, estribándose contra la ventana, la abría y se escapaba.

Los ejemplos de los gatos que se cuelgan de un cordón de

campanilla para hacerla sonar, á fin de entrar ó salir, son tan numerosos y tan corrientes, que no vale la pena de mencionarlos.

Lo mismo ocurre con los perros, y lo mismo que con las campanillas sucede con los aldabones. Más curioso es el caso citado por el Dr. Kesteven, referente á un gato que se servía del aldabón de una puerta para llamar, y de un perro de la misma casa, que había observado el manejo del gato, pero que no podía ó no sabía imitarle; cuando se quedaba fuera, se ponía en busca del gato y aguardaba á que este último llamase.

Otra anécdota sobre el gato, contada por Cosmovies, muestra cómo este animal se da cuenta del destino de los objetos que sirven para hacer fuego: «Durante un frío terrible en Rumania, y siendo sumamente caros el carbón y la leña, tuve que hacer economías; trabajaba todo el día sentado en un gran sillón rodeado de pieles, y mi gato Cadí estaba echado á mis pies; muchas veces el gato se levantaba, y, dirigiéndose á la puerta, me llamaba de un modo muy distinto al del maullido que usaba para que le dejase salir; yo le abría, y él salía á medias, mirándome; yo cerraba la puerta, y él volvía á entrar y seguía mayando. Al fin, salía con él, y entonces iba derecho á la cocina, mirándome y llamándome; una vez allí, se dirigía hacia la caja del carbón, y se subía en ella sin perderme de vista; si cogía carbón, Cadí iba á la leña y luego corría ante mí hasta la puerta de mi cuarto; una vez dentro, se dirigía hacia la chimenea, dando brincos y arqueando el lomo; yo hacía fuego sin que el gato dejara de acariciarme, y una vez hecho, Cadí me olvidaba para acostarse ante la chimenea.»

Otro ejemplo de inteligencia es el citado por el Dr. Frost: sus criados tenían la costumbre de echar á los pájaros las migajas del almuerzo, y el doctor notó que su gato se emboscaba en las cercanías con la esperanza de cazar algún pájaro, como lo hacía, en efecto, muchas veces; esto es corriente; pero lo particular del caso es que cuando no se echan migajas, las saca el gato y las esparce él mismo en la hierba para atraer la

caza. El hecho, con ligeras variantes, está también atestiguado por *The Nature*.

Otros animales, en lugar de servirse de cebos, saben coger éstos sin caer en las trampas que se les ponen. El maestro en la materia es el zorro. Crehore había tratado, con ayuda de un trampero de profesión, de coger á un zorro que todas las noches visitaba su posesión. «Por más que usamos de todas las estratagemas imaginables, nada conseguimos, y siempre hallábamos la trampa deshecha; mi compañero estaba convencido de que el zorro cavaba bajo la trampa hasta poder pasar la pata por debajo y coger el cebo,» cosa que luego le confirmó otro viejo trampero que había tenido que apelar á una disposición especial que le permitía coger la pata del zorro cuando cavaba por debajo.

Otro ejemplo, más curioso todavía, es el del Dr. Rae, citado por Romanes: el doctor, queriéndose proporcionar zorros árticos, dispuso trampas de diversas especies; pero como los zorros las conocían, supieron evitarlas; el doctor recurrió á una estratagema completamente nueva: puso una escopeta cargada en un soporte, con la puntería dirigida hacia el cebo, puesto en comunicación, por una cuerda, con el gatillo, de modo que al coger la presa, el zorro debía fusilarse á sí mismo; la distancia del cebo á la escopeta era de treinta metros, y la cuerda estaba casi enteramente oculta bajo la nieve; el primer zorro cayó, pero no cayeron más. Los que vinieron después descubrieron la trampa, y cogían la presa sin peligro: ó cortaban la cuerda con los dientes, ó se abrían paso en la nieve de modo que el tiro no les alcanzara.

Elliot Cones refiere una aventura semejante del glotón: un día en que había puesto unas ciento cincuenta trampas en el río Pil, un viejo glotón descubrió su estratagema, y tomó la costumbre de precederle en sus correrías. Resuelto á desembarazarse de aquel ladrón, puso en seis puntos diferentes tres trampas muy sólidas y otras tres de acero; durante tres semanas nada consiguió: el animal evitaba cuidadosamente los cepos

que le estaban preparados, y se complacía en destruir las otras trampas devorando sus cebos y sus presas, y ocultando los que no consumía. No teniendo veneno á su disposición, resolvió poner una escopeta oculta entre zarzas, con un cebo dispuesto de modo que el glotón lo viese; la escopeta estaba oculta por un pino; en su primera visita, Cones reconoció que el animal se había acercado al cebo y lo había olido, pero sin tocarlo; luego, quitando el árbol que ocultaba el sendero, había dado la vuelta á la escopeta y cortado la cuerda de comunicación entre el gatillo y el cebo. Después de lo cual no había temido apoderarse de la presa, devorándola á su gusto. «Confieso—añade Elliot Cones—que al principio no pude resolverme á admitir que mi enemigo hubiera obrado con tanta sagacidad; pero por tres veces se repitió el hecho, encontrando la cuerda cortada á alguna distancia del sitio en que yo la había anudado, como si los nudos mismos pudieran constituir algún nuevo artificio peligroso que debiera evitarse.»

Powelsen cuenta que los ratones de Islandia se reúnen en grupos de seis á diez; eligen una boñiga bien seca y aplastada, amontonan en ella sus provisiones, la arrastran, reuniendo sus fuerzas, hasta el borde del río que quieren atravesar; la lanzan al agua, y se embarcan en círculo en torno de ella, tocándose con la cabeza en el centro y arrastrando la cola en el agua á guisa de timón. Como este relato pareciera fantástico al doctor Henderson, quiso saber á qué atenerse, y llegó á confirmarlo con el testimonio del pastor de Briamslack y de la señora Beneditson, testigos oculares dignos de crédito. La señora Beneditson se acordaba, especialmente, de haber pasado toda una tarde en su juventud, á orillas de un laguito, observando estos atrevidos navegantillos, y entreteniéndose en impedirles tomar tierra cuando se acercaban. Estos ratones se sirven también de setas secas, en las que transportan sus provisiones por el río, y de allí á su domicilio.

Las anécdotas relativas al caballo son numerosas. Romanes cuenta haber tenido uno que se desprendía de su ronzal

cuando el cochero se había marchado para acostarse; una vez libre, quitaba las dos llaves de madera del tubo de la caja de avena, colocada en lo alto de la cuadra, de modo que el grano se derramase á sus pies, imitando lo que había visto hacer al cochero; daba también vuelta al grifo cuando tenía sed, y tiraba de la cuerda de la ventana, por la noche, cuando sentía calor.

El caso del poney de Samuel Goodbetere, abogado de Birmingham, es más complicado: era un animal de 1,42 metros, que tenía su cuadra bajo la tenada de una granja, provista por dentro de un cerrojo, y por fuera de un pestillo; el poney podía pasar la cabeza y parte del cuello por encima del postigo; pero no podía alcanzar el picaporte; sin embargo de lo cual, todos los días le encontraban libre en el corral de la granja, sin poderse explicar el misterio. Observándolo, no se tardó en tener la explicación: el poney descorría desde luego el cerrojo, y luego relinchaba hasta que un burro, que estaba del otro lado, levantaba el picaporte con el hocico y le daba libertad.

La mula no cede en inteligencia al caballo, y el profesor Nipher, de San Luis, refiere el caso de una que todos los días encontraban en el interior de la granja, comiéndose la avena ó lo que encontraba al alcance de su boca, sin que acertaran á saber cómo se las arreglaba, hasta que un día la sorprendieron en flagrante delito. Abría el portillo del corral pasando la cabeza por encima de la empalizada para levantar el picaporte, y la volvía á cerrar empujando por detrás, para engañar á sus amos, y luego iba á tirar de la cuerda que abría la puerta de la granja.

Un ejemplo auténtico y notable de sagacidad ha sido referido por el periódico inglés *Nature*. Se trata de un poney de Shetland, propio de William Sinclair, profesor de Holm: su amo lo había llevado por primera vez á herrar á casa del señor Pratt, herrador de la aldea, que vivía bastante lejos; pasado algún tiempo, Pratt vió al poney venir á su casa sin ronzal; creyendo que se había escapado, le tiró piedras para hacerle

volver á su casa; pero poco después, la cabeza del animal apareció de nuevo á la puerta. Pratt iba á echarlo, cuando se le ocurió mirar al casco de la jaca; entonces vió que le faltaba una herradura, y se la puso; terminada la operación, el poney le miró, como si le preguntara si estaba bien; piafó una ó dos veces, y con un relincho de alegría partió al trote á su cuadra.

Las anécdotas relativas al elefante son muy numerosas y conocidas. Coupin se limita á reproducir las citadas por Peal, en la región de Assan. Mientras daban de comer á cinco elefantes frente á su tienda, vió llegar otro, recientemente capturado, y arrancar suavemente uno de los piquetes de la empalizada de bambú: le puso el pie encima, rompió un pedazo que llevó á su boca, y en seguida lo tiró; repetida esta operación tres veces, Peal quiso saber por qué hacía aquello, y respondieron que esperara un poco y que vería lo que iba á hacer. En efecto; habiendo encontrado el elefante un palo de su gusto, lo cogió con su trompa, adelantó su pata izquierda delantera, y se puso á rascarse con fuerza bajo el sobaco (por decirlo así); poco después cayó en tierra una gran sanguijuela, de más de seis pulgadas y mas gorda que el dedo.

Otra vez que el mismo Peal viajaba, en la estación en que las moscas molestan más á los elefantes, notó que el que montaba no tenía nada para espantarlas; Peal mandó al conductor acortar el paso y dejar que el animal fuese donde quisiera; el elefante rebuscó entre los ramos del talud, se detuvo ante una gavilla de brotes ramosos, cogió uno, le quitó todas sus ramas, dejando una especie de plumero al extremo, y, habiéndolo frotado varias veces de arriba abajo para limpiarlo, lo partió y se proveyó así de un abanico perfecto de unos cinco pies de largo, que le sirvió de espantamoscas.

En cuanto á los monos, no se acabarían de contar sus habilidades. Hachet-Souplet habla de uno que, cada vez que comía nueces, tenía dolores de muelas; se le metían trocitos entre los dientes, y no conseguía sacarlos con sus manos. Entonces se le ocurrió á Hachet-Souplet darle medios de salir del

apuro: le atascó de nueces, y puso en la jaula una barrita de hierro y una piedra de afilar, frotando otro hierro en la piedra para que el mono viera cómo se le sacaba punta. El mono se apoderó de la barrita y trató de utilizarla como mondadientes; pero, como era demasiado gruesa, no podía sacarse los trozos de nuez; entonces se puso á aguzarla, y, al cabo de una hora, se hizo un mondadientes, del que se sirvió con gran satisfacción.

Pablo Meguin, visitando al orangután Tinau, del Jardín de Aclimatación de París, con un dibujante que deseaba tomar algunos croquis, rogó al guarda que le hiciera salir un instante de su jaula; el animal miró con gran atención al guarda abrir el candado de su puerta; después de haberse dejado dibujar, Tinau volvió á su domicilio; pero, apenas entrado, se puso á arrancar un alambre de su verja; al fin lo consiguió, y no teniendo á su disposición ningún instrumento de cerrajero, trató de modelar con sus manos y dientes algo parecido á una llave, y luego, con múltiples precauciones, pasó sus dos brazos fuera de la verja, y trató á su vez de abrir el candado, introduciendo el alambre en la cerradura y moviéndolo en todos sentidos.

Harmann habla también de la hembra de un chimpancé, que, cuando se la había dejado sola durante algún tiempo, trataba de abrir la cerradura de su jaula. Lo consiguió un día, y robó la llave, colgada de la pared, la ocultó en el sobaco y se volvió tranquilamente á su jaula; con aquella llave abría fácilmente la cerradura. Aprendió muy bien á servirse de un sacatapones para abrir las botellas. Quitaba las botas á su guarda, se las ponía, trepaba en seguida á cualquier sitio elevado, y se las tiraba á la cabeza cuando se las reclamaba. Sabía retorcer la ropa mojada, y se servía de un pañuelo para sonarse.

ENCICLOPEDIA

PENSAMIENTOS Y AFORISMOS INÉDITOS DE IBSEN.—Sin quitar ni poner, porque no queremos tocar á Ibsen, aunque no seamos ibsenianos, transcribimos lo que sigue:

«Hablar de hombres libres es una necedad. No existen hombres libres: el matrimonio, las relaciones entre el hombre y la mujer, han corrompido la raza humana y puesto el sello de la esclavitud sobre los individuos.»

«El culto de la patria no es más que una etapa del espíritu humano» (1).

«Es inadmisible que los sabios martiricen á los animales, en nombre de la ciencia. Los médicos debían servirse, para sus experimentos, de periodistas y políticos.»

«La sociedad moderna no es una sociedad de hombres y de mujeres; es una sociedad masculina.»

«Cuando los liberales quieren mejorar la condición de las mujeres, comienzan por consultar á la opinión pública, es decir, á los hombres. Tanto valdría pedir á los lobos que participasen de las medidas de protección para uso de los corderos.»

«En la civilización, el individuo sufre la misma transformación que el niño al hacerse hombre. El instinto se debilita, pero la lógica se desarrolla. El adulto ha perdido el gusto de jugar con las muñecas.»

«Es lamentable que los más hermosos pensamientos sean concebidos por los peores canallas.»

«Desear y querer: nuestros más graves defectos provienen de que confundimos estos dos términos.»

«La conciencia no es algo estable. Varía según los indivi-

(1) No queríamos, como hemos dicho, tocar á nada; pero hay afirmaciones que no deben pasar sin correctivo. Es una etapa, sí, pero que convive con las demás; pues ni la familia anula al individuo, ni la patria á la familia, ni la humanidad á la patria.

duos y las épocas. La del aldeano es caduca. Las luchas de los partidos se entablan entre las conciencias pasadas de moda y las conciencias nuevas.»

«Va á crearse una aristocracia nueva. No será la del nacimiento ó de la fortuna, ni la del talento y del saber. La aristocracia del porvenir será la de la voluntad.»

«El Cristianismo desmoraliza y paraliza de diferente modo á los hombres y á las mujeres.»

«Se dice que el suicidio es inmoral. ¿Qué es, pues, vivir matando lentamente su «yo», por consideración á los que le rodean?»

Además de estos pensamientos, he aquí las notas que preceden á la *Casa de muñecas* y *Los aparecidos:*

«Hay dos clases de leyes morales, dos clases de conciencias. Una de ellas existe en el hombre, la otra en la mujer. Estas dos conciencias son extrañas una á la otra; sin embargo, en la vida práctica, á la mujer se la juzga conforme á la ley del hombre, como si fuera un hombre, no una mujer.»

«Una mujer no puede existir por sí misma en la sociedad moderna, que es una sociedad exclusivamente masculina, teniendo leyes escritas para hombres y jueces, que se pronuncian sobre la conducta de las mujeres, colocándose desde su punto de vista masculino.»

«Una mujer, en la sociedad moderna, debería, como ciertos insectos, morir cuando ha cumplido su deber de trabajar en la propagación de la especie.»

«Estas mujeres de hoy, maltratadas como hijas, hermanas, esposas, que no reciben una educación conforme á sus aptitudes, á quienes se aleja de su vocación y que tienen el alma llena de amargura, son las que llegan á ser madres de las generaciones jóvenes. ¿Cuál será la consecuencia?»

«El individuo que ha terminado su educación, no es un producto de la naturaleza, sino un producto artificial, como la raza criolla y ciertas especies caballares y caninas.»

«Cuando un individuo pide vivir una vida ampliamente humana, es que está herido de la locura de grandezas.»

«Elevamos monumentos á los muertos, puesto que tenemos deberes para con ellos; permitimos que se casen los leprosos. Pero, ¿y sus hijos?... ¿Y los que no han nacido todavía?...»

Otras notas que acompañan al primer bosquejo de *La dama del mar:*

«La existencia se desliza monótona, y, en apariencia, dichosa, á la sombra de las montañas. Súbitamente nace el pensamiento que falta en esta vida, la acción, sobre todo la lucha por la libertad moral. Durante el corto estío, se agitan confusamente en las almas sueños y deseos. En seguida todo entra en la noche, y renace el deseo de ir lejos, hacia la gran vida mundial. Pero, ¿qué ganará uno allí? Con nuevas condiciones de existencia, crecerán las necesidades y los deseos. Los que escalan las cimas, aspiran á conocer los secretos del porvenir; pero se sienten limitados por todos lados. De aquí la melancolía, que es como un canto débil y quejumbroso en torno de la vida y de los gestos de la humanidad. Un claro día de estío, seguido de tinieblas; á esto se reduce todo.»

«¿Habrá tomado la especie humana en su evolución una dirección falsa? ¿Por qué pertenecemos á la tierra? ¿Por qué no al aire ó al mar? El deseo de poseer alas, los sueños en que, sin experimentar asombro, queremos volar, ¿qué significan?»

«Deberíamos conquistar el mar. Deberíamos construir sobre el Océano ciudades flotantes que nos transportasen del Norte al Sur, según las estaciones. Deberíamos aprender á mandar los vientos y las tempestades. Esto llegará... ¡Y nosotros que no habremos conocido esta dicha!...»

«Lazos misteriosos unen la humanidad al mar. Una especie de pescados constituye un peldaño en la vida orgánica. ¿Queda de ella vestigios en el alma humana? ¿Por lo menos en el alma de algunos?»

«El mar posee un poder de sugestión que se impone como una voluntad. El mar hipnotiza; la naturaleza entera lo hace.

El gran misterio está en la dependencia del hombre respecto de las fuerzas ciegas.»

«El estudio de la naturaleza conduce al descubrimiento de que un pequeñísimo número de leyes gobierna los fenómenos sometidos á este estudio. A medida que éste avance, el número de estas leyes irá disminuyendo, y todo obliga á creer que algún día se afirmará que no hay más que una, si es que, no obstante, esta ley única existe.

«Pero hay un hecho que escapa á la observación de los sabios: es que la unificación de las leyes se extiende más allá de los dominios en que se ejerce el estudio científico y hasta de las manifestaciones más diversas de la vida.

«Se ve á menudo á los periódicos calificar desdeñosamente, una producción literaria, de *trabajo de obrero*. Ahora bien; la ley que gobierna el trabajo del obrero es la misma que la que gobierna el trabajo del escritor.»

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

Dos conversaciones de Tolstoï, sobre la Revolución.— Con este título publica un artículo el secretario de Tolstoï, L. N. Goussiev, en el *Mercure de France*, que extractamos por parecernos curioso é interesante, sobre todo tratándose de este pensador:

«Conversaba Tolstoï con varios aldeanos é intelectuales acerca de su artículo «¿Cómo se debe libertar al pueblo obrero?»; y al afirmar su autor que el pueblo crea su propia esclavitud, uno de los intelectuales objetó:

—Decís que el pueblo se ha puesto él mismo bajo el yugo; no es exacto; se le ha empujado por diferentes engaños.

Tolstoï.—Digo que el pueblo se ha puesto él mismo bajo el yugo, en el sentido de que la causa de la opresión se encuentra en el pueblo mismo, no fuera de él. Esta causa es que el pueblo se ha alejado de la religión. Es verdad que si el pueblo

se ha alejado de la religión, la falta no es suya, sino de quienes le han engañado, de quienes, en lugar de la religión evangélica, han colocado las reliquias y los diferentes sacramentos. He aquí la mayor desgracia del pueblo ruso, y su salvación está únicamente en la vuelta á la doctrina evangélica.

Un aldeano.—¿Pero es que existió alguna vez la verdadera religión en el pueblo?

Tolstoï.—No; yo pienso que no. Yo pienso que Cristo no ha hecho más que mostrar lo que puede ser el pueblo. No hay más que pequeños agrupamientos de hombres que cumplan su doctrina; por ejemplo, en el siglo XVI, Khelchitzki y sus discípulos. En nuestros días, hay gentes que se esfuerzan en establecer entre los hombres relaciones cristianas. En el budismo, entre los indios, se trata también de llegar á esto. Así, la doctrina búdica, tan extendida, es casi semejante al cristianismo; la diferencia está en que el budismo cree que los hombres no pueden alcanzar la pureza hasta la vejez, alejándose en el desierto, donde ganan su salvación; mientras que la doctrina cristiana enseña cómo todos los hombres deben vivir la vida pura para ser dichosos. La base de la doctrina cristiana, el amor al prójimo y la pureza de la vida, es igual á la del budismo.

Después de un momento de silencio, Tolstoï interrogó á los aldeanos:

—¿Qué pensáis de la situación actual de Rusia, de lo que llamamos la revolución? ¿Esperáis el éxito de ella, la mejora de la suerte del pueblo? Y, en este caso, ¿qué clase de mejora esperáis?

Otro aldeano, después de reflexionar, contestó claramente:

—Todas nuestras miras están puestas en la revolución, y de ella esperamos la mejora de nuestra suerte.

Habiendo objetado Tolstoï que la revolución tiene por arma la violencia, la misma que el Gobierno, su interlocutor respondió:

—Un clavo saca al otro.

Tolstoï.—¡Sacar un clavo con otro! Cuando se trata de revolución, este sistema no conduce á nada; por el contrario, agrava la situación. No hay más que una salida: la cristiana. Y soy del mismo parecer respecto del Gobierno.

Un aldeano.—Pero el Gobierno no encuentra que la violencia sea pecado.

Tolstoï.—Sí; el Gobierno es el más culpable, porque acostumbra al pueblo á considerar el asesinato como una cosa lícita. Si el asesinato es posible, se puede también matar. Los maestros son malos y los discípulos han seguido en vano su enseñanza.

El primer aldeano.—No son los maestros, sino la vida, la que instruye á los hombres. Las condiciones de la vida nos fuerzan á coger un revólver y matar.

Tolstoï.—No. Los hombres tienen la misma vida, y los mejores, los más sabios, son nuestros maestros. Lo que llamáis la vida, es la vida bestial; la vida humana es razonable.

El mismo aldeano.—El pueblo aceptará más bien la propaganda revolucionaria... ¡Voto á tal, si tuviese dinero sería discípulo vuestro!

Tolstoï. (Tras un corto silencio, y tranquilamente.)—Os equivocáis. En el Evangelio se dice justamente lo contrario: los pobres son bienaventurados y los ricos desgraciados.

El aldeano.—¡Es canción vieja! Hace tiempo que los curas nos lo dicen. Nos pudrimos en la miseria y en la ignorancia. La ignorancia reina en la miseria.

Tolstoï.—De ninguna manera; es una opinión completamente falsa la de que la riqueza pueda dar la instrucción. Al contrario; por todas partes, entre los ricos, encuentro ignorancia; entre los más próximos á la miseria es donde encuentro la verdadera instrucción. La riqueza no puede proporcionar más que el vino y los diferentes placeres que embrutecen á los hombres.

Otro aldeano.—No hablamos de las grandes riquezas... que

se tenga solamente con qué alimentar una familia; de otro modo, no se tiene tiempo de pensar en nada bueno.

Tolstoï.—No; yo pienso que todos pueden vivir igualmente. La riqueza material no hace á los hombres dichosos; lo creo, porque creo en Dios y en su justicia. Cuando el hombre está enfermo, piensa, ante todo, en su alma; lo mismo ocurre con el pobre. El hombre muy rico está sometido á muchas más tentaciones... Yo creo que no existen medios para transmitir semejante comprensión religiosa de la vida. Nace espontáneamente en el alma del hombre, ó no nace; y mientras no tiene la comprensión religiosa, no es más que una medida, la medida material: tengamos el mayor número de riquezas posible. Toda nuestra vida consiste en tener un ideal de perfección y aproximarse á él más ó menos.

Un aldeano.—La mayoría del pueblo ruso no tiene hoy otro ideal que el de salir de su miserable casucha. No tiene tiempo de pensar en su alma.

Tolstoï.—Sí, usted piensa así; pero yo no creo que todo el pueblo ruso esté en una situación tan terrible desde el punto de vista moral. Mi relación con el mundo la entiendo yo del modo siguiente: Cierta fuerza me ha empujado hacia el mundo, y debo vivir en él hasta mi muerte. ¿Qué debo hacer aquí? En lo que sea posible, lo que desea de mí la fuerza que me ha enviado. Cuando se mira así el mundo, la cuestión del dinero, tenga mucho ó poco, deja de tener importancia... Yo deseo ardientemente á todos los hombres semejante concepto de la vida. Da la felicidad; con ella, todos los hombres os son agradables, se les quiere. Por el contrario, con vuestra concepción de la vida, las relaciones entre los hombres son dolorosas. El sentimiento religioso provoca siempre alegrías. Cuando se ama, se siente uno siempre bien. ¿Conocéis este sentimiento?

El aldeano.—No, lo conozco mal.

Tolstoï.—El sentimiento religioso no es preciso provocarlo, sino apartar todo lo que le ahoga, porque en cada uno de nosotros Dios vive. Cuando un hombre maltrata á alguien, riñe,

fuma su pipa ó duerme en lugar de trabajar, ahoga con esto el sentimiento religioso... Si puedo ser útil á alguien, no es más que ayudando á desenvolver en él la conciencia religiosa.

La otra conversación es entre Tolstoï y un revolucionario:

Tolstoï dice haber leído la proclama de los revolucionarios, y se admira de que sea tan pobre y tan inmoral, y principalmente, del peligro á que se exponen, en nombre de una obra tan vacía y extinguida, hombres buenos que están prontos á sacrificar su vida para otro.

«Por ejemplo—dice,—se lee en ella esta frase: *Procurar provocar el odio entre los hombres, es una obra sagrada.* ¡Es horrible! Desde que el mundo existe, y en todos los pueblos, la única cosa tenida por sagrada es el amor. ¡Y de pronto, resulta que la obra más santa es provocar el odio, su sentimiento contrario! Se trata de un espantoso grado de error.

El segundo punto es éste: los medios empleados por los que comparten las ideas de esta proclama, alejan y quitan la posibilidad de alcanzar el fin á que aspiran, puesto que un millar de individuos no puede triunfar sobre ciento cincuenta millones por el odio, y la salida de la situación está, precisamente, en lo que niegan los revolucionarios: en el sentimiento moral.

El tercer punto es la compasión que siento por estos jóvenes que, como usted, en nombre de estas tonterías, arriesgan su vida. He aquí todo lo que pienso. Ahora, responda usted á mis tres objeciones.»

Un revolucionario.—Los que han escrito esta proclama, piensan como escriben. ¿Qué adelantarían muriendo de hambre sin hacer nada?...

Tolstoï.—No, no he visto nunca que se muera de hambre; pero admitiendo que, al menos, las condiciones de la vida sean demasiado penosas, ¿por qué hacer lo que no puede más que empeorarlas? No hay más que un medio: no participar de la violencia.

El revolucionario.—Personalmente, no participamos de la violencia.

Tolstoï.—Permitidme... ¿Cuál es vuestra profesión?

El revolucionario.—Por el momento, estoy sin trabajo.

Tolstoï.—Y antes, ¿qué hacíais?

El revolucionario.—Trabajaba en la redacción de un periódico. Comprendo que, por este trabajo, participo de la explotación de los obreros; pero no puedo renunciar á él porque tengo familia.

Tolstoï.—Se tiene un ideal en nombre del cual se está dispuesto á sacrificar todo, á responder á la violencia con la violencia, á matar; pero no puede abandonar á su familia. He ahí precisamente el error. En nombre de las exigencias de un bien general cualquiera, los hombres olvidan ciertas exigencias de su conciencia: si no puedo ganar mi pan, iré á mendigar con las alforjas al hombro.

El revolucionario.—No; aunque tuviese mucha hambre, no cogería nunca las alforjas, porque el hombre debe luchar.

Tolstoï.—El hombre, en cuanto que es animal, debe luchar; como sér espiritual, está por encima de la lucha. Toda la vida humana consiste en someter el sér carnal al sér espiritual. Para alcanzar el fin que esperáis, es preciso primeramente influir en sí mismo; hecho esto, producirá su efecto en los otros, y es el único medio para conseguirlo. Según vosotros, hay muchas circunstancias que pueden forzar á un hombre á renunciar á sus dos atributos humanos: la razón y el amor; yo digo que no pueden existir para un hombre dotado de sentimiento moral.

El revolucionario.—Decís que nuestra proclama es inmoral; algunos de nuestros compañeros han leído vuestros folletos *Sobre la Revolución rusa*, y admitimos que se pueda luchar de ese modo. Pero, ¿alcanzaremos nuestro fin? Decís: Rehusad el servicio militar, no paguéis impuestos. Nos exterminarán.

Tolstoï.—He aquí otra superstición: creemos saber lo que provendrá de nuestros actos. No sabéis nada. Hay una serie de actos por cuyas consecuencias hay qué preocuparse; son éstos: las buenas acciones. En cuanto á la revolución, la his-

toria muestra que produce siempre lo contrario de lo que se esperaba.

El revolucionario.—En el comienzo de la vida humana, en todos los pueblos vemos la esclavitud, el absolutismo, mientras que ahora, en los países que han cambiado sus Gobiernos, los hombres viven mejor, respecto de otro tiempo.

Tolstoï.—Si la situación del pueblo mejora, no es de ninguna manera á causa de la revolución, sino como consecuencia del desenvolvimiento intelectual y moral. Admitiendo que en esos países se esté algo mejor, cometer, en nombre de esta pequeña mejora, lo que está seguramente mal, es falta de sentido práctico y moral.

El revolucionario.—Siendo todavía niño, leí vuestros escritos *El Cirio*, *Dos viejos*, *Dios ve la verdad*. ¿Qué resultado han dado vuestras invocaciones á lo bueno y al bien? Los hombres han quedado como en otro tiempo estaban.

Tolstoï.—El resultado de los actos morales no se ve. Estos no pueden medirse, es preciso sentirlos... En las cuestiones importantes no hay más que un guía: el sentimiento interno, la conciencia, que me dice que todo asesinato es abominable y que el sacrificio es hermoso.

Los revolucionarios pidieron á Tolstoï que formulase las tres principales objeciones á su actividad.

Tolstoï.—1.°, digo que la actividad que juzgáis buena es inmoral, puesto que quebranta la ley principal de la vida humana: el amor; el amor á todos, sin excepción. 2.°, los medios que empleáis no ayudan á lograr el fin; por el contrario, lo alejan. 3.°, y principalmente lo que me ha impulsado á conversar con vosotros, es que me da compasión de vosotros, de vuestra juventud, guíada por hermosos sentimientos, que vais á perder por completo inútilmente. Si todavía fuese en cumplimiento de la ley moral, como algunos de mis amigos, presos por negación al servicio militar, no puedo envidiarles ni admirarles; pero vosotros perdéis vuestra vida, ¿por qué? ¿en nombre de qué? En nombre de un ideal falso.

Los revolucionarios prometieron reflexionar sobre las objeciones de Tolstoï y darle á conocer el resultado.

Tolstoï.—Me consideraré feliz si queda, al menos, algo de nuestra entrevista.

IMPRESIONES Y NOTAS

Inéditos de Musset.—Entre los papeles de Alfredo de Musset entregados por la señora Colin á Francisco Coppée, varios han sido publicados por el *Correspondant*, y de ellos ofrecemos alguno á nuestros lectores.

Sabido es que el gran romántico francés llegó á ocupar un asiento en la Academia. Tan exagerada impresión le producía tener que hacer, ó, más bien, leer su discurso de recepción, que de ello dan clara idea sus palabras: «Es una cosa bastante espantosa para todo el mundo, y para mí en particular, la idea de hablar en público. Hay allí cierto patio de sombreros rosas y uniformes bordados en verde, que tiene un aspecto cuyo efecto no deja de hacer impresión en los más intrépidos.»

Su habitual pesimismo, y el horror que sentía por los burgueses, como radicalmente opuestos á su romanticismo, lo refleja cuando escribe: «Estar muy tranquilo en su casa, es el más atroz de todos los suplicios; no comprendo que no se le haya puesto en el infierno. ¿Cómo Dante no ha pensado en mostrarnos á un hombre en traje de casa, en el cuarto ó quinto círculo de su infierno, sentado al lado del fuego, en un sillón, con los pies en las babuchas? Hubiera sido seguramente el último grado del horror, y quizá no se ha atrevido á presentarnos tan espantoso cuadro. ¡Oh miseria! ¡Sin cuidados, sin inquietudes, sin esperanza, sin no importa que! ¡Leña, aceite, franela! ¡Horrible, horrible, horrible!, como dice el espectro de Shakespeare. ¡Ah, es más asqueroso que Ugolino, más impacientante que Tántalo, más bestia que Ixión!»

***

¿Era Víctor Hugo orador?—La hipótesis, como dice, con razón, el *Petit Temps,* es chocante. He aquí algunas anécdotas auténticas, cuyas conclusiones son contradictorias.

Era una fiesta dada en el Pré-Catelan, en favor de los amnistiados de la Commune. Habían instalado barracas, y en una se exhibía un fenómeno, una mujer-torpedo, visible, según el cartel, «para los señores de más de diez y seis años». No lejos, un estrado, con telón de fondo, estaba destinado á los oradores que debían hablar, presididos por Luis Blanc.

Naturalmente, Víctor Hugo había prometido decir algunas palabras. Por coquetería, no quería leer su discurso, y se lo había aprendido, muy seguro de su memoria y resuelto á no esperar mucho. Pero esperando su turno, el poeta, imprudente, fué á ver á la mujer-torpedo. Saliendo de la barraca, dijo á Clodoveo Hugues:

—¡Acabo de experimentar un gran escalofrío! ¡He tocado el brazo de la mujer-torpedo; ved: estoy saturado de electricidad!

La multitud, reconociendo á Víctor Hugo, interrumpió la divertida confidencia del maestro, llevándole en triunfo hasta la tribuna. ¡Horror! Víctor Hugo acababa de olvidar el texto de su alocución. La electricidad produce efectos deplorables. Era preciso, sin embargo, hablar en seguida á aquel auditorio entusiasmado que acababa de saludar al orador con aplausos atronadores, á los cuales sucedía un religioso silencio...

Pues bien, Hugo habló con cierta lentitud solemne, que pareció encantadora. Era que la señora Drouet, detrás del telón, y en posesión del manuscrito desdeñado por el poeta, apuntaba á éste las palabras que había olvidado. Todo pasó perfectamente. Pero este día, Víctor Hugo conoció el miedo.

Otra anécdota. Una comida en casa de Hugo. Entre los convidados, Flaubert y Renán. Flaubert, irritado contra las críticas de que era objeto *Salambó,* se deshacía en ataques furibundos, contando sus esfuerzos, sus investigaciones, el modo como se había documentado, sobre el terreno, para hablar de

Cartago. Le echaban en cara los «guijarros azules...» Y Flaubert exclamaba:—¡Son azules, los he visto! ¡No he aventurado nadaque no sea exacto!

De pronto, Víctor Hugo hizo un signo. Su voz resonó inspirada: «¡Señoras y señores, *veo* á Cartago!» Y durante veinte minutos describió la ciudad de Aníbal con tal poder de visión, que Flaubert exclamó: «¡Decir que he pasado diez años en Cartago para llegar á esto: que lo conocéis mejor que yo y que habláis de él como yo no podría nunca hacerlo!»

En Julio del 1851, replicaba en la tribuna á los diputados de la derecha, demostrando con ello su feliz improvisación: «¡Golpead con el pie en el suelo á dos pasos de las Tullerías; golpead con el pie ese suelo fatal, y haréis salir, á elección vuestra, el cadalso que precipita la vieja monarquía en la tumba, ó el coche que conduce la nueva realeza al destierro!»

Otro de los ejemplos, prueba la ironía mordaz de que, en ocasiones disponía, sabiendo encontrar la palabra más dura. Preguntaba á un diputado que le hostigaba con interrupciones: «Sabéis mi nombre y yo no sé el vuestro. ¿Cómo os llamáis?» El infeliz respondió: «¡Bourbousson!» «¡Es más de lo que esperaba!»—replicó Víctor Hugo, mientras se desencadenaba en todos los escaños una risa irresistible.

Claro es que en ocasiones tenía sus deslices, como cuando en cierto banquete decía: «Señores, brindo por el burgomaestre. Le conozco desde hace veinticuatro horas, y le amo. ¿Por qué? Miradle y comprenderéis. Nunca más franca naturaleza se pintó en un rostro más cordial»...

Aparte de esto, según sus íntimos, tenía gran ingenio, naturalidad y sencillez, y fué un orador de altos vuelos. Cierto día, sobre la imperial de un ómnibus, yendo de la Bolsa á la venida de Eylau, trabó conversación con una pequeña obrera. La habló, como él sabía hacerlo, de las flores y el amor, del sol, de los niños, del trabajo, de la muerte, y cuando hubo bajado, la joven preguntó al conductor: «¿Quién es ese señor viejo que me ha hecho llorar?»

El oído musical.—Se habla con frecuencia de «tener buen ó mal oído musical», según la mayor ó menor disposición que para asimilarse los matices de la música, posee cada individuo, y pudiera parecer que esto no era sino una afirmación puramente empírica y vulgar. Sin embargo, ha caído dentro del dominio científico, y hay profesores, como el Dr. Kinyoun, de Wáshington, que tratan de probar, tras repetidos experimentos, que esta predisposición proviene de la diferente conformación del aparato auditivo.

Cita, entre otros argumentos, el caso del General Grant, héroe de la guerra de Secesion, cuyas orejas eran muy planas: no tenía siquiera noción de la música, y era incapaz de reconocer, y menos de recordar, un aire popular. Según dicho doctor, si un niño cualquiera tiene las orejas de Grant, sería inútil que quisieran hacerle aprender música.

Las condiciones que ha de reunir el órgano auditivo, para tener el sentido musical, dependen únicamente de la cavidad auricular. Las personas que lo poseen, tienen la cavidad ancha, profunda y rectangular; la parte inferior es horizontal y en ángulo recto con la hélice ó borde exterior. Confirman su teoría, las observaciones hechas por él, con toda atención, de las orejas de grandes músicos y ejecutantes como Mozart, Berlioz, Listz, Grieg, Paderewski, Tchaikowsky, von Bulow, Mascagni, Leoncavallo, etc.; y cree que para el Apolo del Louvre debió tomarse como modelo un músico, porque las orejas tienen esta misma conformación. Algunos, como Ricardo Wagner, tiene oreja típica; en que el borde inferior de la cavidad forma un ángulo recto con la anthélice. Los cantantes se distinguen en que, generalmente, el borde inferior de la concavidad se desvía de la horizontal, formando un ángulo ligeramente obtuso con el antitrago. Pero todos coinciden en tener bastante cóncavo el pabellón de la oreja, disposición adecuada para recoger con mayor intensidad los sonidos.

Fernando Araujo.

ÍNDICE

Págs.

Las Cortes de la Revolución, por Carlos Cambronero 5

Recuerdos, por José Echegaray 44

Parnaso internacional: Otoñal, de Pablo Haag 54

El esclavo de su finca (conclusión), por Selma Lagerlöf 58

La crisis de la Iglesia romana, por Eduardo Ovejero 96

Actualidad y excelencia del pensamiento de Balmes, por Narciso Roure 117

La América Moderna, por Vicente Gay 159

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 179

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 23. NUM. 270.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

JUNIO 1911

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LITERATURA CONTEMPORÁNEA

WALT WHITMAN

(ESTADOS UNIDOS)

Algún tiempo se ha tardado en reconocer el genio de Walt Whitman. Todavía, á pesar del esfuerzo de muchos críticos, no sólo es discutido, sino también un poco desdeñado. Y, sin embargo, es indiscutible que el autor de *Leaves of Grass (Hojas de hierba)* es un altísimo poeta, uno de los más grandes que produjo el siglo anterior, que se honra con tan numerosos y magníficos poetas.

Como Víctor Hugo, Walt Whitman fué el poeta que tuvo la más espléndida visión del porvenir. Fué el poeta de la plebe, el poeta de las multitudes, el gran cantor de la democracia moderna. Hay en sus cánticos ideas, sentimientos, y casi pudiéramos decir que sudor y sangre de pueblo. En sus versos resonó la voz, no de una individualidad, sino de toda la estirpe humana. No fué el eco de un estado social ni de un momento histórico. Más con los ojos en el porvenir que en el pasado, cantó un siglo, una raza, una civilización. Cantó la humanidad de mañana, las civilizaciones futuras, que han de libertar á los espíritus de la penosa esclavitud sobre la tierra.

Su lugar de origen, los Estados Unidos, pueblo nuevo, en que se ha venido siempre sospechando la cuna de una nueva civilización, presentaba á Walt Whitman como un poeta

nuevo que había de recoger, anticipándose como vidente, el espíritu de una humanidad nueva que está formándose en las entrañas misteriosas del tiempo.

Así es. Por lo menos, así hay que considerar *Leaves of Grass*. No es este libro una epopeya al modo clásico. Pero, á pesar de su diversidad y de su fragmentación, por el espíritu que lleva dentro, amplio y complejo, espíritu colectivo de la gran estirpe humana, ya que no la modalidad artística, tiene el fondo mental de una epopeya. *La Odisea* es la civilización helénica en su plenitud espiritual; *La Divina Comedia* es toda la Edad Media, con su alma teológica y su bizantinismo político; *Fausto* encarna todo el sentido filosófico de la Edad Moderna, escéptico y racionalista. *Leaves of Grass* entraña todo el espíritu democrático, acaso más que de la Edad Contemporánea, que se halla en crisis de ideas y en bancarrota sus fórmulas de constitución social, de una Era nueva en el curso indeclinable de los humanos destinos.

Los críticos norteamericanos niegan á Walt Whitman su carácter genuinamente yanqui como poeta.

Woodberry, el célebre crítico y poeta, ha escrito: «Whitman poseía una fuerza poética natural, sin arte; cuando olvidaba su papel de *Camerado*, de demócrata vagabundo bajo cuyo sombrero encerraba toda la América, escribía algunos lindos versos; pero los extranjeros, que descubrían en él las señales de la nacionalidad que no habían descubierto en sus predecesores, deben encontrar muy minúsculo ese resultado de tres siglos de labor inglesa acumulada en un gran país; y nosotros, gentes de la misma nación, que le consideramos con un poco de desdén, lo estimamos cuando nos tomamos el trabajo de estudiarlo seriamente, como una caricatura que deforma la verdad. Es como si Doré hubiese podido dibujarnos, y Rabelais tomarnos á broma; no se puede llevar más allá la exageración del trazo que provoca la risa. Para convertirse en lo que era Whitman, los norteamericanos (que, más que los ingleses, son los herederos de toda Europa) deberían despojarse

de esta civilización amplísima que caracteriza su originalidad, y convertirse entonces en un Ismael entre los pueblos. Un poeta, en quien una nación entera rehusa reconocerse, no puede ser considerado como su representante, aun cuando tuviese un poco de sabor del terruño. Es mucho más razonable buscar los representantes del genio literario nacional entre los representantes del arte universal, entre aquellos que las naciones extranjeras consideran como nuestros mejores autores, aquellos que nosotros reputamos actualmente nuestros clásicos, y en cuyo grupo nosotros encontramos nuestro pasado nacional, nuestro hogar y nuestro cielo.»

A mayor abundamiento, otro gran crítico yanqui, Henry Van Dyke, escribe á su vez:

«De los cuatro nombres seleccionados—los que más suenan en Europa como representantes de la literatura norteamericana,—Emerson es el único que reputamos grande. Poe era un mediano maestro, un artista de camafeos, singularmente poco norteamericano; Thoreau era un eremita intelectual, un original espontáneo, un talento escueto é ineficaz; Whitman, un escritor confuso y sin espíritu crítico, abandonado, clamoroso, intolerablemente palabrero, con raras cadencias de música en medio de un torrente de sonoridades y de raros relámpagos de verdad ante nubes de palabras. Interesantes fenómenos literarios lo son indudablemente esos tres escritores. Y Poe, en particular, tiene un valor completamente único en su estrecha esfera; pero nombrar esos tres norteamericanos como significando algo ante el mundo entero, é ignorar aquéllos que, al lado de éstos, han expresado con tanta ó mayor fortuna el verdadero genio de América, es hacer de la crítica una pura búsqueda de novedad, y estimar los escritores por la curiosidad de su sabor más que por la plenitud de su inspiración y la adecuada correspondencia entre su forma y sus ideas.»

Se explica perfectamente que estos críticos—y con ellos va la opinión en los Estados Unidos—nieguen á Walt Whitman el sello de origen, la huella en su obra del espíritu de naciona-

dalid y de raza. Y es que el poeta de *Leaves of Grass* es un profundo innovador, un revolucionario. Dentro de la literatura norteamericana, y lo mismo dentro de la mentalidad de aquel país, es un original. No entronca, ni con sus antecesores, ni siquiera su genio arraiga en las tradiciones intelectuales y artísticas de Norte América. Por eso los críticos, en vez de estimarlo como un original, lo consideran como un extraño y hasta como un exótico. Y acaso sea el único poeta verdaderamente indígena, con savia propia y no de reflejo, con marcado sabor del terruño, que haya producido el genio de los Estados Unidos.

Walt Whitman rompe la tradición. Crea un mundo literario é intelectual completamente nuevo, más que hecho á su imagen y semejanza, formado en la espiritualidad de un pueblo joven, que se despierta á la vida de las ideas y de la acción. Aun mirando más lejos, puede añadirse que ese mundo nuevo, entrevisto por Whitman, en visión prodigiosa de los tiempos futuros, está formado en el molde de la humanidad de mañana.

El rastro del puritanismo religioso, que sigue todo el curso de la literatura yanqui en su desenvolvimiento, desde el primitivo Cotton Mather hasta el prodigioso Nathaniel Hawthorne, se pierde definitivamente en Walt Whitman. La moral estrecha de los puritanos, la rígida disciplina de los cuákeros, la intransigencia dogmática de los católicos, que habían, con los primitivos pobladores de los Estados Unidos, formado lentamente la austeridad del alma en el nuevo pueblo norteamericano, no tienen reflejo alguno en las páginas de *Leaves of Grass*. Walt Whitman es un iconoclasta. Desecha todos los escrúpulos religiosos y todos los prejuicios morales de sus antepasados. Él es hombre libre, casi salvaje, fuertemente primitivo, que deja á los instintos y á la naturaleza recobrar la plenitud de su dominio sobre la vida, sin que ninguna traba de un orden moral domeñe su ímpetu espontáneo y desbordado.

Con esta tendencia, claro es que Walt Whitmant deserta la órbita en que ha venido girando durante siglos el pensamiento norteamericano. La tradición se ha mantenido viva allí, é inalterable, porque ella era á la vez el alma de la nacionalidad que había fundido en un molde único los diversos espíritus de tan opuestas razas. Porque es indudable que los puritanos han elaborado, y sólidamente, el alma del pueblo yanqui. Su acción es religiosa en el siglo XVII, después política en el siglo XVIII, más tarde intelectual y literaria en todo el siglo XIX.

Hay algunos escritores que desertan este movimiento rectilíneo del puritanismo, como Edgard Poe. Por eso, á pesar de sus talentos extraordinarios, los Estados Unidos le conceden una paternidad condicional, y con frecuencia negada. Y en este punto, ya que la deserción es completa, se niega en redondo el norteamericanismo de Whitman.

Para comprender la preponderancia dominadora y hasta tiránica del puritanismo en la vida y en las letras de los Estados Unidos, considerándosele como la esencia legítima del vivir nacional, basta leer el libro profundo de Schalck ó las páginas psicológicas de Nevers.

Esto en cuanto al fondo. Lo mismo acontecía en punto á la modalidad artística en que Walt Whitman se expresara. ¿Qué relación puede haber entre el poeta de *Leaves of Gras*, desordenado, tumultuoso, rebelde al ritmo ondulante y á la rima exquisita, y el poeta Lowell, más que clásico, académico, acaso en la construcción de sus versos admirablemente impecable? ¿Qué parentesco encontrar entre ese Walt Whitman, instintivo, brutal si se quiere, y ese Longfellow, refinado, sentimental, de un subjetivismo y de una sensibilidad quintesenciados? Ninguno. Acaso porque Walt Whitman no entronca en esa tradición literaria se ha negado su americanismo. Y acaso, por esa razón, ningún poeta sea, como él, tan solariegamente indígena. Lowell sufre la influencia de los grandes poetas ingleses de su tiempo, lo mismo que Longfellow la de los poetas alemanes. Estas influencias extranjeras son bien mar-

cadas en las letras norteamericanas. Bret Harte procede de Dickens, como Irving de Goldsmith y Cooper de Walter Scott.

«Lo que la Biblia fué para los puritanos, el Libro de la vida—escribe acertadamente un crítico,—lo sigue siendo la literatura inglesa para nosotros, y toda la literatura norteamericana no es, en el fondo, más que un suplemento de aquélla.»

Es exacto el juicio. Claro es que se había intentado encarnar en la literatura el alma yanqui. Fueron un ensayo de epopeya indígena los *Biglow Papers* de Lowell y el *Hiawatha* de Longfellow. Pero quedan reducidos esos ensayos á manifestaciones de un simple carácter literario. El alma americana, plena, con calor de la tierra nativa y con el ímpetu de la raza originaria, no se manifestó hasta que apareciera *Leaves of Grass,* el libro prodigioso de Walt Whitman.

«Walt, con su libro—escribe su comentarista francés Bazalgette, que ha consagrado al gran poeta un estudio definitivo,—parecía llegar á punto para responder á los anhelos que, de todas partes, sugerían, sin poderlo definir, ese algo nuevo é indígena, cuya necesidad atormentaba el alma americana. Y helo ahí: él apareció tan nuevo y tan indígena y las *Hojas de hierba* encarnaron la idea que flotaba en el aire de una manera tan ruda, tan adecuada y verdadera, que nadie la quiso reconocer, y que el libro fué protestado por todos ó por casi todos, salvo el gran Emerson, quien nunca como en esta ocasión demostró mejor las facultades adivinadoras de la naturaleza.»

Hay otros críticos que niegan á Walt Whitman su americanismo, porque ha prescindido del color local. Creo que ese elemento artístico tiene un valor muy relativo. Además, está siempre al servicio de los costumbristas en la novela ó en el cuento. Yanqui es *The rise of Silas Lapham,* de Howell, porque en ese libro se refleja la vida social de Boston; yanqui es *The Octopus,* de Frank Norris, cuyas páginas son bocetos al

natural de tipos y costumbres californianos; yanqui es *The Gentleman from Indiana*, de Booth Tarkington, escenas campesinas del Far West; yanqui *The House of Mirth*, de Edith Warton, que describe los hábitos, preocupaciones y ridiculeces de la elegante sociedad neoyorkina.

Pero, toda esa literatura tiene un valor secundario. El alma yanqui, mejor dicho americana, en toda su plenitud y complejidad de ideas y sentimientos, hay que ir á buscarla entre los versos de Walt Whitman.

Claramente dice el propio poeta en el prólogo de *Leaves of Gras:*

«Los poetas americanos deben abrazar lo viejo y lo nuevo, porque América es la raza de las razas. La expresión del poeta americano debe ser nueva y trascendental; indirecta y no directa, descriptiva y épica.

»A través de estas dotes deben desenvolverse algunas otras. Sí cantan simplemente los siglos y las guerras de otras naciones, que ilustren los caracteres y las eras de aquéllos y que el verso entrañe todo este contenido. No así el gran salmo de la República. Su tema es creador y tiene su objetivo. Aunque se marchite cualquier cosa sobre lo externo de las costumbres, de la disciplina y de la legislación, no por eso se marchitará el poeta.

»La disciplina no lo domina; es él quien la domina; estando en alto, no al alcance de la mano, despide una luz concentrada; estando parado, se burla de los más rápidos corredores, y fácilmente los avanza y conquista. Si el tiempo se desvía hacia la incredulidad, lo ficticio y lo divisorio, él permanece firme en su gallarda fe. La fe es el antiséptico del espíritu, que se infiltra en las venas de un pueblo y lo conserva, porque no renuncia nunca á creer, á esperar y á confiar.»

Y defendiendo la estética de su famoso libro, hubo de hacer esta declaración:

«Un hombre de «salud perfecta» representa que ha consagrado su vida á la obra de cantar el nuevo mundo en un Canto

Nuevo—no solamente nuevo en espíritu, sino nuevo en la letra, en la forma.—Para él, América no significa una segunda edición, una adaptación de Europa; ella no se contenta simplemente con una nueva teoría y práctica de la política, sino que, por encima de su política, y más importante que ella, necesita inaugurar nuevas concepciones, infinitamente más generosas y comprensivas, de la sociología, de la literatura, de la religión y del compañerismo.»

¿No hay, en esas ideas y en esos propósitos de un poeta, no ya una innovación, sino toda una revolución?

La originalidad de Walt Whitman no hay quien la niegue. Todos los críticos la afirman, desde Bucke á John Addington Symonds, entre los anglo-sajones; desde Sarrazin á Bazalgette, desde Guilbeaux á Neńcioni, entre los latinos. En los largos estudios que han consagrado al bardo de Long-Island, destácase, como una personalidad nueva, sin enlace con sus antecesores, adelantándose á los tiempos y cantando un ideal de las democracias futuras que han de realizar y vivir los pueblos de mañana, la del poeta que escribiera *Leaves of Grass*.

La frase de Emerson define al poeta. «Es un monstruo—decía el filósofo de Concordia—que tiene unos terribles ojos y una fuerza de búfalo, y que es indiscutiblemente norteamericano.»

Para conocer al poeta en Walt Whitman, conviene conocer antes al hombre. Es el procedimiento crítico de Sainte Beuve, que en este caso, muy especialmente, es indispensable.

No es necesario, para contar la vida de Walt Whitman, acudir á sus biógrafos, ni á Binns ni á Donaldson.

El propio Whitman trazó su autobiografía en su libro *Prose Works*.

Nació en Long-Island, y en el cortijo de West-Hills. Su padre fué el carpintero Walter Whitman y su madre Luisa Van Velsor. Toda su ascendencia la componían campesinos, artesanos, navegantes, pobres trabajadores manuales, gente de mar y tierra.

Yo salgo del pueblo con su propio espíritu,

pudo el poeta decir más tarde, orgulloso de su abolengo.

Los Withman, que habitaban la *farm-house* de West Hills desde hacía mucho tiempo, eran todos de la más pura raza inglesa. Los Van Velsor, que cultivaban el cortijo de Cold Spring, procedían de los primitivos colonos holandeses, los cuákeros emigrados que especialmente se habían consagrado, por tradición familiar, á la cría de caballos.

¿Cómo era esa familia del poeta? Él mismo lo cuenta.

«Después de cuarenta años de ausencia, he venido á pasar una semana en Long-Island, en el lugar donde he nacido, á cincuenta kilómetros de Nueva York. He recorrido los antiguos sitios familiares, mirando, soñando y deteniéndome mientras lo recordaba todo... Ahora escribo estas líneas sentado en una vieja tumba (que tiene más de un siglo , sobre el montículo funerario de numerosas generaciones de Whitman. Se puede reconocer fácilmente más de cincuenta tumbas, y otras tantas están en ruinas y deterioradas. Montículos con excavaciones, piedras rotas, cubiertas de musgo; el montículo es amarillo y estéril, con algunos castaños en la orilla y con un silencio únicamente turbado por el suspiro del viento. Hay siempre la más profunda elocuencia de sermón ó de poema en todos estos viejos cementerios que Long-Island posee en tan gran número. ¿Qué significa éste, entonces, para mí? La historia entera de mi familia, con sus eslabones sucesivos, desde el primero que se instaló hasta el presente, está aquí escrita; tres siglos se concentran sobre este puñado de tierra estéril.

»El día siguiente, 30 de Julio, lo he consagrado al país de mi madre y me he sentido aún más impresionado, si es posible. Escribo estas líneas sobre el montículo de los Van Velsor, cerca de Cold Spring, el más significativo campo de los recuerdos que se pueda imaginar, sin el más leve auxilio del arte, pero superando á éste en mucho: un suelo estéril, una llanada casi por completo desnuda, formado por la cúspide de un mon-

te y rodeado de matorral, de grandes árboles y de bosque espeso; un lugar muy primitivo, escondido, sin visitantes, sin camino... Unas cuarenta ó sesenta tumbas muy visibles; otras tantas casi borradas. Mi abuelo Cornelio y mi abuela Amy, así como numerosos parientes, próximos y lejanos, por parte de mi madre, están enterrados aquí. El escenario, mientras estaba en pie ó sentado, el olor delicioso y salvaje de la floresta, una lluvia menuda que caía, la atmósfera de emoción del lugar y los recuerdos que evocaba, eran un acompañamiento apropiado.»

¿Cómo era el rincón nativo?

Sigamos al propio Walt Whitman:

«Del lado acá de las barras ó peñascales, la bahía del Sur es relativamente poco profunda; durante los inviernos crudos, un hielo espeso cubre su superficie. Cuando era niño me aventuraba muchas veces, en esas sabanas heladas, en compañía de uno ó dos de mis camaradas, con un pequeño trineo, un hacha y un tridente para coger un plato de anguilas. Abríamos hoyos en el hielo, y, en ocasiones, encontrábamos un montón de anguilas con que llenar nuestros cestos. El lugar mismo, el trineo que arrastrábamos, los hoyos que abríamos, el harponaje de las anguilas, eran, naturalmente, de esos solaces que más agradan á la niñez. Las riberas de esta bahía, en verano é invierno, y todo cuanto he hecho en mi juventud, están en mis *Hojas de hierba*. Una diversión que me placía mucho, era bajar á la playa para recoger huevos de gaviota.

También he conocido muy bien la extremidad Este de Long-Island, la región de Peconic Bay—más de una vez he estado en barco alrededor de la isla Shelter y hasta en Montank,—y he estado en el punto extremo sobre la colina de la Tortuga, cerca del viejo faro, contemplando el rodar incesante de las ondas del Atlántico. Gustábame ir allá abajo para fraternizar con los pescadores de *blue-fish* ó en compañía de los dueños de bars. Algunas veces, á lo largo de la península de Montank—que tiene seis leguas, con buenos pastos,—encontraba los boyeros hirsutos, medio salvajes, que por aquel

tiempo vivían lejos de todo contacto con la sociedad y la civilización, ocupados en guardar, sobre esos prados, inmensos rebaños de caballos, bueyes y carneros, que pertenecían á los ricos cultivadores de las ciudades del Este. Algunas veces también, algunos indios ó mestizos que habitaban todavía por entonces la península de Montank, y que ahora creo han desaparecido por completo.

Hacia el centro de la isla se extendían las llanuras de Hempstead, que eran por entonces praderas rasas, inhabitadas, más bien estériles, á pesar de ser abundantes en magníficos pastos para animales, la mayor parte vacas de leche, que se apacentaban allí á centenares, por millares tal vez, y que, al atardecer, se las podía ver tomar el camino del establo, bifurcándose, sin equivocarse, en el sitio donde era necesario. Muchas veces me he encontrado en esas llanuras al ponerse el sol, y veo aún con la imaginación la interminable procesión de las vacas, y oigo la música de los cencerros tintinar lejos ó cerca, aspiro la frescura del aire de la tarde, delicioso y levemente aromático, y contemplo la puesta del sol.

A través de la misma región de la isla, pero más al Este, se extendían vastos espacios, cubiertos de abetos y robles talados (se hacía carbón en gran cantidad), monótonos y estériles. Pero yo he pasado allí muchos días agradables errando entre esas veredas solitarias, respirando un perfume especial y salvaje. En esa región, lo mismo que á través de la isla entera y á lo largo de esas riberas, he pasado momentos de mi juventud durante muchos años, en todas las estaciones, algunas veces en barco, ordinariamente á pie (por entonces era yo buen andador), observando la campiña, las riberas, los incidentes marítimos, los tipos, los hombres de la bahía, los labriegos, los pilotos—siempre he tratado mucho á estos últimos, así como á los pescadores.—Todos los veranos me iba allí para hacer excursiones en barca, porque siempre he gustado las playas desnudas del Sur, y allí he vivido algunas de las horas más felices de mi vida hasta este momento.

Al escribir esto evoco todas mis impresiones, tras un paréntesis de más de cuarenta años: el rumor adormecedor de las ondas y el olor salino; mi vida de muchacho, la busca de *clams* con los pies desnudos y los pantalones remangados, la barca que varaban en la playa, el perfume acre de la marisma, la barca cargada de heno, la olla de pescado y las partidas de pesca.»

Y, por último, físicamente, ¿cómo era este hombre? También Whitman se ha descrito en estos trazos: «Yanqui de nacimiento, con salud á toda prueba, el cuerpo perfecto, sin defecto alguno desde los pies á la cabeza, no habiendo conocido nunca ni la jaqueca ni la dispepsia, ni habiendo usado una sola vez medicamentos; bebedor nada más que de agua; nadador en el río, en la bahía ó á orillas del mar; erguido y andador á paso lento; un modo de ser indescriptible, en que se mezclan la indiferencia y el desdén; de amplias proporciones y pesando ciento ochenta y cinco libras; de treinta y seis años de edad (1855); la tez de un rojo transparente, la barba corta y con canas, los cabellos como el heno cuando, después de haber segado la hierba en los campos, se recoge mezclado para separar el heno; el rostro, ni refinado ni inteligente, pero tranquilo y sano—el rostro de un animal sin afectación,—rostro que absorbe el sol y acepta el salvaje y el hombre como es necesario, bajo un mismo pie de igualdad; rostro de uno que come y bebe y que es en un rudo amante; rostro de imperecedera amistad y de indulgencia para con los hombres y las mujeres, y de un sér que ha sido correspondido muchas veces con iguales sentimientos; un rostro con dos ojos grises, donde duermen la pasión y la altivez, y en el fondo la melancolía, un espíritu que se entrega alegremente al mundo.»

Ese rincón abrupto y medio salvaje de Long-Island; esa familia de labriegos, artesanos y marineros; ese medio ambiente rudo y fuerte, en que nace y se forma Walt Whitman, tenían que dar un hombre y un espíritu primitivos. Por más que su pensamiento se educa, se disciplina y se eleva, queda siempre

adherido, con indestructible raigambre, á la naturaleza salvaje, á la vida simple, á las ideas primitivas y al mismo tiempo fundamentales. El gran poeta de *Leaves of Grass*, á pesar de sus talentos y de sus triunfos literarios que le abrían fácilmente otras esferas sociales y le deparaban otras condiciones de existencia, permaneció siempre fiel á la humildad de sus orígenes. ¿Por qué? No fué ciertamente por vocación á la bohemia, ni por espíritu de excentricidad. Nada de eso. Fué por un imperativo de su naturaleza y hasta por una perfecta adaptación de su mentalidad. El poeta de la fuerza tenía que cultivar la fuerza; el cantor de las grandes masas humanas, sin individualidades de relieve—heroes, santos, sabios,—sino de las muchedumbres en su simplicidad admirables, tenía que vivir en contacto íntimo y directo con esas masas tumultuosas, cuya alma, mejor que ninguno sintiera y exaltara.

¿Cuáles fueron sus ocupaciones? Le vemos trabajando unas veces de carpintero, otras de maestro de escuela, luego de periodista y de tipógrafo. Su trato no es con gente *d'élite*. Frecuenta los cocheros, albañiles, marineros, labriegos. Cierto que va á nutrirse de ideas en las bibliotecas, donde adquiere, en los libros, una sólida y enciclopédica cultura; cierto que va á los teatros, apasionado de la música, donde su temperamento artístico se templa y se afina. Pero necesita también conocer de cerca la vida. Y en curioso observador, visita tabernas, fábricas, mataderos, astilleros. Y además gusta de sentir palpitar el corazón de la multitud, y por eso se pierde en las calles rebosando gente; asiste á las salas de *meeting*, á las carreras de caballos, á las bodas populares, á las partidas en barca, á todas las fiestas públicas que congregan la plebe.

«Como los grandes vagabundos de la literatura—escribe á propósito Balzagette,—los Hamsun, los Gorki, los London, pero con un instinto mucho más rico y en proporciones incomparablemente más amplias, él conoció toda la vida, él la ha vivido osadamente, antes de expresarla. El ha sido una de las partículas activas del gran todo que cantara más tarde. La

democracia del Nuevo Mundo, con su rudeza, su diversidad, sus inclinaciones claras ó tenebrosas, su ímpetu arrebatado, estaba en camino de *encarnar* en un individuo salido de ella, de crear su tipo y su representante.»

Por la simplicidad se ha querido ver en Walt Whitman el tipo del «hombre-naturaleza» de Rousseau. Pero *the excessive sentimentalism of Rousseau*—frase de Stanton—*would constitute a patent difference.* Y es verdad, no hay parentesco entre el *Emile* de Rousseau y el libro *Leaves of Grass* de Walt Whitman. El artificioso amor á la naturaleza, que se refleja en el filósofo, es verdad íntima y profunda, sentimiento sincero en el gran poeta americano. No se trata de un convencionalismo abstracto, sino de un sentimiento vivo y actuando. La sencillez primitiva, el hombre libre de toda preocupación, viviendo plenamente la existencia, es una completa realidad en Walt Whitman. El poeta es el hombre. Y el hombre es el poeta.

Amén de este sentido atávico, que le representa como un sér de pretéritas edades primitivas, en comunión constante con la madre naturaleza, como lo estuvieran los primeros pobladores del mundo, los *Children of Adam*, el poeta no sólo canta, porque los comprende y los siente todos los progresos que á la hora presente ha conquistado el genio y la actividad humana, sino que tiene además una espléndida visión de la edad de lo «no realizado», los progresos de los futuros pueblos sobre la tierra.

Y no sólo canta los progresos espirituales, sino también los adelantos materiales. Comprende que en el mundo moderno ha surgido otra belleza, anteriormente desconocida, y que de sus entrañas ha surgido una poesía completamente nueva. Comprende el vértigo, y exalta la emoción de la máquina. Comprende el tráfico en su intensidad y en su expresión, que hace circular la vida, como la sangre en las venas crea y ordena la vitalidad humana.

Y en este sentido, Walt Whitman es un innovador. Después ha aparecido, siguiendo esa huella, aunque con inspira-

ción propia, Verhaeren, el gran poeta belga de las *Villes Tentaculaires;* orientación que, lamentablemente, ha encontrado eco también en las extravagancias del poeta *futurista* Marinetti. El autor de *Les forces tumultueuses* sí ha seguido el rastro inmortal del maestro. Verhaeren ha cantado también las muchedumbres inquietas, activas, enfebrecidas, que gesticulan en el «Music hall», que grita en las Bolsas, que se mueve con ronco rumor en los grandes bazares, en campos, fábricas y talleres.

Y en estos versos lapidarios parece que toma voz la humanidad entera:

O race humaine aux astres d'or nouée,
as-tu senti de quel travail formidable et batant,
soudainement, depuis cent ans,
ta force immense est secouée?

Walt Whitman es un producto espontáneo de su época, la concreción espiritual de la civilización contemporánea. Verbo de la democracia y cantor de los hombres de acción, su lugar de nacimiento tenía que estar en los Estados Unidos, donde un pueblo nuevo despertábase con un espíritu también nuevo. Es una coincidencia significativa que nazcan al mismo tiempo, y en el propio solar nacional, Emerson y Walt Whitman. El uno es filósofo y el otra poeta. Lo que el uno razona, el otro lo exalta. Hay entre ellos paridad de ideas. Se complementan y se funden. Y, ¡cosa rara!, á pesar de esta coincidencia, nada los ha puesto en contacto. Ambos se han desconocido mutuamente. Ya habían señalado cada cual su personalidad y exteriorizado sus ideas, cuando se conocen. Walt Whitman reconoce la grandeza mental del filósofo de Concord; Emerson saluda la magnificencia genial del poeta de Brooklyn. «El uno sale de las esferas del espíritu; el otro, de la vida vívida.» La procedencia marca la diferencia. No tienen más punto de contacto que el ambiente intelectual en que recogen sus ideas. Y el uno escribe sus *Essays*, henchidos de un sentido filosófico

innovador, y el otro escribe sus *Leaves of Grass*, donde se siente el hálito de una poesía nueva.

¿Qué expresó este poeta? ¿Qué ideas y qué sentimientos están contenidos en las páginas de ese libro de versos, formidable, trabajo de treinta y cinco años de labor, obra de toda una vida, el único que escribiera el hoy célebre bardo de Manhattan?

Exalta, ante todo, su personalidad. Canta su propio «Yo»:

«Yo me celebro y yo me canto;—y lo que yo me atribuyo, quiero que vosotros os lo atribuyáis;—porque cada átomo que me pertenece, pertenece también—á vosotros.»

Cuando su espíritu deja de observar introspectivamente, y sale á ver lo exterior, vuelve á encontrarse en todo. Y ve en la tierra su imagen:

«Tierra, imagen mía.—Aunque pareces tan impasible allá abajo en tu amplitud—y tu redondez—Sospecho ahora que eso no es todo;—Sospecho ahora que hay en ti algo de salvaje que es susceptible de estallar,—porque un atleta se ha enamorado de mí y yo de él;—pero en él hay algo de salvaje y en mí de terrible, susceptible de estallar.—No me atrevo á divulgar esto en palabras, ni siquiera en estos cantos.»

Este sentido materialista, esta convicción de la realidad, la acentúa más tarde en otras estrofas:

«Esta sombra, imagen mía que va y viene buscando su vida—charlando, titubeando;—Que de veces me quedo sorprendido viéndola escaparse;—Que de veces me pregunto, con dudas, si ella es realmente yo;—Pero cuando estoy entre mis amigos ó cuando trazo estos cantos;—¡Oh, nunca dudo que ella no sea realmente yo!»

Y aun concreta más:

«He visto un roble que crecía en Luisiana;—Alzábase enteramente solitario, y el musgo colgaba de sus ramas;—Crecía allá sin compañía alguna, desplegando alegres hojas de un verde oscuro;—Y su aire de rudeza, de inflexibilidad, de vigor, me ha hecho pensar en mí mismo;—Pero, yo me he pregunta-

do cómo podía desplegar alegres hojas, solitario como se hallaba, sin tener junto á él su amigo, porque sabía que yo no podía.»

En esa imagen está reflejada la complexión espiritual del poeta. Es un amante de la Naturaleza, pero es también un apasionado de los hombres. No puede ser un solitario. La contemplación y el contacto con la madre tierra, su imagen, lo fortifican; pero necesita el contacto humano, la comunión íntima con las multitudes. Su oído se complace en los rumores de la Naturaleza, la música del agua, el són del viento; pero su espíritu, alerta, siempre en escucha, necesita oir otras voces, las que vienen del tumulto de la vida, la que expresa las angustias, las alegrías, los anhelos infinitos de la gloriosa estirpe humana.

«Yo oigo los aires de bravura de los pájaros, el rumor del trigo que crece, el murmurio de las llamas, el ruido de los tizones que cuecen mi comida;—Yo oigo el sonido que yo adoro, el sonido de la voz humana;—Yo oigo todos los sonidos que ruedan juntos, combinados, fundidos ó sucesivos;—Rumores de la ciudad y de fuera de la ciudad, rumores del día y de la noche;—Los niños que charlan con los que los aman, el reir clamoroso de los obreros al comer;—El tono grave y colérico de la amistad rota, la voz débil de los enfermos;—El juez, las manos agarradas á su pupitre, pronunciando con sus labios lívidos una condena á muerte;—El *ho-ho-hisgue* de los estibadores descargando sobre el muelle los navíos, la canción de los que levan anclas.»

Con un pensamiento abierto al viento de todas las ideas y con un corazón que siente todas las emociones, necesariamente tenía que darse en Walt Whitman, por la amplitud y por la universalidad de sus motivos de inspiración, un gran poeta que llevase la voz de su raza y de su siglo, y acaso y sin acaso de todas las edades y de todos los pueblos. Nada, ni en la Naturaleza tan variada ni en el mundo de los espíritus tan complejo, deja de tener un eco de simpatía y una profunda reper-

cusión en el alma inquisitiva y, á la vez, enormemente sensible de Walt Whitman.

Así exclama:

«Yo soy el poeta del cuerpo y yo soy el poeta del alma;—Los placeres del cielo van conmigo igual que las torturas del infierno;—Los primeros yo los injerto en mí y me los apropio; los segundos yo los traduzco en un lenguaje nuevo.

—

Yo soy el poeta de la mujer lo mismo que del hombre;—Y digo que es tan excelso ser mujer como ser hombre;—Y yo digo que no hay nada más grande que la madre de los hombres.

—

«Yo canto la canción de la expansión y del orgullo;—Nosotros hemos bajado demasiado la frente y demasiado implorado;—Yo demuestro que la grandeza no es más que desenvolvimiento.

—

....

Sonríe, ¡oh tierra voluptuosa, al hálito fresco!

¡Tierra de los árboles adormecidos y vaporosos!—¡Tierra del sol ya ido;—¡Tierra de montañas con la cúspide perdida entre las brumas!

.....

Sonríe, porque tu amante está cerca.

Pródiga, tú me has dado tu amor, y por eso yo te doy mi amor!—¡Oh, amor indecible y apasionado!»

Y más adelante dice:

«¡Tu mar! También me abandono á ti,—adivino lo que me quieres decir,—miro desde la playa tus dedos curvados que me invitan,—pienso que rehusas de retornar sin haberme tocado;—Es necesario que demos una vuelta juntos, me desnudo, llévame en seguida y que pierda de vista la tierra;—recíbeme sobre tus cojines muelles, duérmeme con el cuneo de tus ondas,—salpícame de líquido amoroso, yo puedo corresponderte.

....

Mar de la sal de la vida y de las tumbas que ninguna pala ha explorado, sin embargo, siempre prontas,—que grita y rompe las tempestades, mar caprichosa y deleitable;—Yo soy consustancial contigo, yo soy también el sér de una sola fase y de todas las fases.

—

Yo tengo también flujo y reflujo, yo exalto el odio y el amor,—yo exalto los amigos y aquellos que duermen el uno en brazos del otro.»

En la adoración del cuerpo humano pone Walt Whitman todo el cálido entusiasmo de un clásico. Para él, la figura del hombre, con sus líneas esculturales, con su musculatura recia, con su torso fornido, constituye la belleza extrema. En este punto hay en el poeta de *Leaves of Grass*, resabios del espíritu primitivo, todo el hálito inmortal del paganismo. Amando la desnudez, en su majestad soberana, en su simplicidad solemne, sin prejuicios ni morbosidades, se mantiene casto, en castidad ponderada y bellamente artística.

«El del hombre es perfecto, y el de la mujer es perfecto», dice refiriéndose al cuerpo humano.

De cualquier modo que lo contemple, en cualquier actitud que lo sorprenda, siempre encuentra líneas admirables, una plástica escultural prodigiosa. El nadador que hiende las aguas, los remeros en la barca, el muchacho escardando el maizal, el cochero que guía un trineo, encantan á este adorador de la forma, heleno superviviente de edades pretéritas, último pagano.

«Sí; todo esto yo lo adoro,—yo me ensancho, yo paso libremente, yo reposo sobre el seno de la madre con el niño,—yo nado con los nadadores, yo lucho con los luchadores, yo marcho en fila con los bomberos, y como ellos yo me detengo, yo escucho, yo calculo.»

Y ahora, la forma femenina:

«Una aureola divina la circunda de la cabeza á los pies.—Ella atrae con una furiosa atracción irresistible.—Yo me

siento aspirado por ese hálito como si yo no fuese más que un impotente vapor, todo desaparece, salvo ella y yo.

. . . . . .

La mujer encierra todas las cualidades y las combina,—ella está en su sitio y se mueve con un equilibrio perfecto,—ella es todas las cosas veladas como es necesario, ella es á la vez pasiva y activa,—ella está hecha para concebir hijas lo mismo que hijos, é hijos lo mismo que hijas.»

Llevado de ese entusiasmo, tiene para el cuerpo humano, junto con la admiración más honda, el más reverente respeto.

Así exclama:

«El cuerpo del hombre es sagrado y es sagrado el cuerpo de la mujer.—Poco importa á quien pertenezca—aun cuando sea del más plebeyo de este equipo de cargadores—ó el de uno de esos inmigrantes embrutecidos que acaban de desembarcar en el muelle,—cada uno es de aquí ó no importa de donde, igual que el rico, lo mismo que vosotros;—cada uno ó cada una tiene su sitio en el cortejo.»

Luego, aguijado por el instinto de la vida, de la perpetua renovación, describe los dos tipos perfectos de la especie humana:

Without shame the man I like knowsuand avows the deliciousness of his [sex,
Without shame the woman I like knowsuand avows hers.
Now I will dismiss myself from impassive women,
I will go stay with her who waits for me, and with those women that are [warm-blooded and sufficient for me;
I see that they understand me, and do not deny me;
I see that they are worthy of me—I will be te robust husband of these [women
They are not one jot less than I am,
They are tanned in the face by shining suns and blowing winds,
Their flesh has the old divine suppleness and strength,
They know how to swim, row, ride, wrestle, shoot, run, strike, retreat, [advance, resist, defend themselves,
They are ultimate in their own right—they are calm, clear, well-possessed [of themselves.
I draw you close to me, you women!
I cannot let you go, I would do you good.

I am for you, and you are for me, not only for our own sake, but for others'sake;
Envelop'd in you sleep greater heroes and bards,
They refuse to awake at the touch of any man but me.

Después de cantar al individuo, Walt Whitman, elevando el espíritu, extendiéndolo como si quisiera abarcarlo todo, canta la colectividad.

El hombre es admirable, pero la estirpe humana es el compendio de todas las grandezas.

La atracción individual de los seres fundirá el universal amor colectivo.

«Sí; yo haré el continente indisoluble,—yo formaré la más espléndida raza sobre la cual haya brillado el sol;—yo formaré divinas tierras magníficas,—con el cariño de los camaradas,—con el cariño para toda la vida de los camaradas.

—

Yo plantaré el compañerismo tan junto como los árboles á lo largo de todos los ríos de América y de las orillas de los grandes lagos, y sobre la superficie entera de las praderas.—Yo haré inseparables las ciudades, los brazos de la una echados al cuello de la otra,—por el cariño de los camaradas—por el viril cariño de los camaradas.

—

Para ti éstos poemas que han salido de mí, ¡oh, Democracia!, ¡para servirte, mujer mía!—Sí; es por ti por quien yo entono estos cantos.»

En ese mundo nuevo, creado sobre la fraternidad humana, piensa y sueña el poeta.

Es el gran ideal de todos los pensadores y el gran sueño de todos los poetas. Todos los espíritus, verdaderamente excelsos, han suspirado por hacer una gran familia de toda la inmensa familia humana. Los redentores dieron por ese ideal su sangre, otros le consagraron toda su acción, y otros sus amores y pensamientos.

¿Cómo, pues, esa vieja voz, que va corriendo por el mundo

durante tantos siglos, no había de tener una profunda repercusión en los cantos de este poeta nuevo? ¿No sigue siendo ese ideal, hasta ahora inasequible, el ideal de los pueblos actuales y de las futuras generaciones?

¡La confraternidad! Ella opera los grandes milagros, funde las razas, borra las nacionalidades, pretende hacer de todos los pueblos un solo pueblo.

«Cuando leo el relato de la gloria conquistada por los héroes, y de las victorias de los más famosos generales, no envidio los generales,—ni el Presidente en su palacio presidencial, ni el ricacho en su espléndida residencia;—pero, cuando me hablan del fraternal afecto de ciertos amigos, lo que fueron el uno para el otro;—cómo á través de la vida, á través de los peligros, del odio, él se ha mantenido invariable durante años y años; – cómo, á través de la juventud, á través de la madurez y la ancianidad, permanecieron ellos, sin desfallecimientos, afectuosos y fieles,—entonces me pongo pensativo.—Me alejo aprisa, lleno el corazón de la más amarga envidia.»

Como su sentimiento es hondo, su visión es amplia. Para él no hay razas; no hay más que humanidad. Para él no hay naciones, sino el mundo. Las clases sociales no existen, ni pobres ni ricos, ni infelices ó desdichados. El bien y el mal los desconoce; el crimen y la virtud los ignora. Solo siente la vida que palpita, y solo comprende toda la humanidad que vive. Oye los clamores de los australianos persiguiendo el caballo salvaje, la vieja canción de los bateleros italianos, los psalmos que lee el hebreo, la voz del indio que enseña á sus alumnos, «los amores, las guerras, los preceptos sacados de poetas que han escrito hace tres mil años y transmitidos íntegramente hasta nosotros». Ve la tierra, y, en ella, minúsculos cortijos, aldeas, ruinas, cementerios, prisiones, fábricas, palacios, cuevas, tiendas de nómadas; ve las cumbres del Himalaya, el desierto de Arabia, las aguas del golfo de Guinea, los navíos que surcan todos los ríos y cruzan todos los mares. Se siente ciudadano de todas las ciudades y de todos los países, lo mis-

mo de París que de Melbourne, igual de Constantinopla que de Irkoutsk en la Siberia. Ve los parias adscritos á la gleba, los presos en las cárceles; ciegos, cretinos, jorobados, locos; ve piratas, ladrones, asesinos, negreros, niños abandonados, barbarie y civilización. Cada uno de estos seres posee sus derechos de hombre ó de mujer sobre la tierra; cada uno debe participar de la tierra.

A todos, desde lo alto de una roca, el poeta grita:

«*¡Salud al mundo!*»

Y luego añade:

«Hacia vosotros todos, en nombre de América,—levanto alto y perpendicularmente mi brazo; yo hago la señal,—que debe, después de muerto yo, quedar para siempre visible desde todas las casas y los retiros de los hombres.»

Esa visión amplísima pocos espíritus la han tenido con un generoso y ardiente cosmopolitismo. Esa es la razón por que á Walt Whitman se le ha considerado como el poeta del porvenir. Sabía remontarse á las alturas, como el cóndor americano, para no ver de cerca la pequeñez del lugar y la minúscula miseria de los hombres, y sólo contemplar, con serenidad de alma superior, la extensión inmensa de la tierra y el rumor de vida de una humanidad que cumple sus destinos. Y de su corazón sale un acento largo, acaso rudo, pero en el fondo cálido y sensitivo, que baja á anunciar al mundo el próximo advenimiento de la ley del amor y el reinado por que se ha venido suspirando tantos siglos, á pesar de la sangre derramada que enrojece la tierra y acaso la fecunda y hace florecer, el reinado de la paz y de la confraternidad entre todos los hombres.

ANGEL GUERRA

LAS CORTES DE LA REVOLUCIÓN

CRÓNICAS PARLAMENTARIAS

La Milicia Nacional.—La oratoria del Marqués de Albaida.—La candidatura del General Espartero.—La personalidad de Cánovas del Castillo.

En los primeros momentos de la revolución se había armado el pueblo de Madrid y el de todas las poblaciones de España, formando, á usanza de la antigua *Milicia Nacional*, un cuerpo que se titulaba *Voluntarios de la Libertad*. Como en el proyecto de Constitución no se consignaba referencia alguna á este instituto armado, el diputado Orense, aprovechando la discusión del art. 28 del citado proyecto, donde se consignaba á todo español la obligación de defender á la patria con las armas cuando fuera llamado por la ley, pidió al Gobierno el establecimiento de la Milicia Nacional, haciendo la historia de ésta en la política española, y considerándola como la defensa y garantía de la libertad.

Contestándole Romero Girón, dijo:

«S. S. ha llevado las cosas hasta el último extremo; hasta el extremo de legitimar, no la propia defensa, sino la defensa contra cualquier ataque, venga de donde viniere, con lo que ha venido á proclamar nada menos que la negación del Estado; y como quería que cada cual pudiese defender su derecho,

venía también á parar á la negación de la administración de justicia. *Yo quiero que las armas las puedan tener todos los ciudadanos para que puedan defender y sostener su derecho contra los demás ciudadanos*, decía S. S. Pues entonces borre S. S. la administración de justicia, destruya el Código, y desde el momento que cada ciudadano haga la defensa de sus derechos, volveremos á aquellos tiempos en que sólo imperaba la fuerza y una guerra continua individual.»

El Gobierno tenía miedo, y con razón, á la Milicia Nacional. Acosado por Paul y Angulo y por Figueras, que la defendían, Ruiz Zorrilla, progresista recalcitrante, tomó la palabra y se declaró contrario á aquella institución.

Entre otras cosas, dijo:

«Cuando yo no podía pensar en ser ministro, cuando tenía alguna consideración y algún prestigio, inmerecido siempre, en el antiguo partido progresista, he sostenido que la Milicia Nacional, salvo en el caso de guerra civil, de guerra extranjera ó de circunstancias extraordinarias, era uno de los inconvenientes más graves que podía haber tenido un partido político cualquiera, y que ese inconveniente era mucho más grave y mucho más trascendental cuando ese partido se empeñaba en proclamarlo como una institución permanente. La fuerza puede ser la negación de la libertad, llámese Ejército ó Milicia Nacional; y quizá, por lo mismo, no ha habido ninguna Junta de provincias ni de Madrid, ni ningún hombre público, después de la Revolución de Septiembre, que se haya atrevido á proclamar, ni haya proclamado como principio la organización de la Milicia Nacional.

»Pero no es esto solo. Cuando el partido progresista consideraba la Milicia como la salvación de sus libertades, como el principio *sine qua non* de lo que él había de hacer en definitiva; cuando nadie se había atrevido á combatirla después de excomulgados por *El Clamor Público* los hombres que en 1848 consideraban la Milicia como una calamidad, yo he tenido el disgusto, ó el placer, no voy á decir aquí lo que ha sido, de

decir, desde esos bancos *(los de la oposición)*, que la Milicia Nacional había sido la complicación del partido progresista. Y esto lo dije el año 59, contestando, por incidencia, pero increpado, ó, por mejor decir, atacado por el Sr. Cánovas del Castillo; y lo dije con toda la franqueza y resolución que me caracterizan; porque yo creo que el deber de los hombres públicos no es halagar las pasiones, sino arrostrar la impopularidad cuando se cree que de ésta puede resultar un bien para el país.»

Más adelante añadió:

«Esta es una de las situaciones y de las circunstancias en que yo creo que el pueblo armado, llámese *Milicia Nacional*, llámese *Voluntarios de la Libertad*, puede prestar grandes servicios á la patria, á la libertad y al orden público; pero también debo decir, con toda sinceridad, que yo quisiera que en su organización, que en sus aspiraciones, que en su modo de ser, que en su modo de comprender lo que es el pueblo armado individual y colectivamente, comprendiera que son los defensores de la revolución, que son los defensores de la libertad, y que tanto más prestigio, y que tanta más consideración, y que tanta más valía tendrán á los ojos de la opinión, cuanto más civiles, cuanto menos militares se muestren. Y si yo pudiera conseguir que la Milicia Nacional, que los Voluntarios de la Libertad, en vez de cuidarse mucho de uniformarse, pensaran principalmente en tener el fusil bien arreglado, el mayor número posible de cartuchos en casa, examinar de qué gente se compone la compañía, y el batallón, y la brigada; y sin necesidad de organización militar, agruparse, reunirse, contarse y estar dispuestos en circunstancias críticas, que es en las que puede necesitarse la Milicia Nacional, á defender la libertad, á luchar contra la reacción, á evitar el que ésta venga, me alegraría mucho más.

»Más cálculo y menos táctica; más reflexión y más estudio de lo que les ha pasado hasta hoy, para que les sirva de enseñanza en el porvenir: en una palabra, señores diputados, que

la Milicia Nacional no se cuide de la forma y sí del fondo; que los ciudadanos que tienen que vivir de su trabajo, que tienen que vivir del comercio, que tienen que vivir de la industria, que tienen que vivir de la agricultura, que cuiden de esto con la debida preferencia para que no se diga que combatir, por un lado, el militarismo y la fuerza pública, y estar deseando, por otro, ser todos militares, es una cosa completamente contradictoria.»

En estas palabras quedan perfectamente delineados los vicios y defectos de la Milicia Nacional de aquella época, y nosotros, que la hemos conocido (hasta formando parte de un tercer batallón de artillería sin cañones, que no llegó á formarse), podemos confirmar la razón que á Ruiz Zorrilla le asistía para hablar de esta manera. Después de todo, no pudo emplear mejores frases para mostrarse contrario á la Milicia Nacional.

***

Combatiendo el art. 33 del proyecto de Constitución, en que se establecía la Monarquía como forma de gobierno, don José María Orense, Marqués de Albaida, de quien ya hemos hablado dando cuenta de su oratoria especial, propuso, como es lógico suponer, dadas sus ideas, la forma republicana, presentando á la consideración de las Cortes argumentos que no dejan de tener interés.

«Para muchos no está claro el cómo entendemos los diputados de la minoría la República federal. Además de los ejemplos que nos dan otros países, tenemos en España, señores, las Provincias Vascongadas, que son una verdadera República. No había, pues, más que imitar lo que en aquellas provincias se practica; suprimir el rey, como una planta parásita é innecesaria, y todo el mundo comprendería en España el sistema de la República federal.

»Pero hay todavía una cosa más sencilla, y es el estudiar el cómo en todas las provincias que he tenido el honor de vi-

sitar, la han entendido. El Gobierno federal es el gobierno de las provincias por las provincias. Cuando el Sr. Castelar, explicando lo que era la República federal, decía *que era como si los Gobernadores civiles fueran nombrados en cada provincia por sufragio universal, en cuyo caso, naturalmente, ese nombramiento recaería en un habitante de la respectiva provincia,* esa idea era perfectamente recibida.

»En las Provincias Vascongadas, el sistema electoral y otra porción de cosas, desde muy antiguo, encierran el sistema liberal, que es el sistema de la independencia de la Corona; y ese sistema, señores, está reducido á que vengan á las Juntas de Guernica cada dos años los representantes de todas las jurisdicciones. Generalmente, se nombra en ellas un Alcalde y un comisionado, y éstos acuerdan allí lo que tienen por conveniente; de manera que aquellas Juntas constituyen el poder legislativo del país, y después las Diputaciones forales son las encargadas de llevar á efecto los acuerdos de las Juntas. Este sencillo sistema ha dado tan buenos resultados, que cuando nosotros estábamos sin caminos reales, las Provincias Vascongadas estaban ya hartas de tenerlos.»

.....

«Los mismos diputados de la derecha están convencidos de que, fuera de los intereses de partido, lo más conveniente para el país es la República. El Sr. Echegaray pronunció (1), días pasados, un brillante discurso, que fué natural y justamente aplaudido por estos bancos y por esos: en realidad, no se sabe quiénes aplaudieron con más entusiasmo. Pues traducid en hechos lo que significa el discurso del Sr. Echegaray, y veréis que lo que aplaudíais era la República.»

.....

«Una de las ventajas que tiene el poder actual, y que tuvo también el Gobierno de 1854 á 1856, fué la de encontrarse con una oposición que carecía de ambiciones. Pero, á pesar de esta

(1) El día 5 de Mayo. Hemos dado cuenta de su discurso.

gran ventaja, aquel Gobierno no pudo llevar adelante su sistema, porque sus hombres no se atrevieron á prescindir del amor que profesaban á los antiguos abusos. Yo entonces me preguntaba: ¿qué más quieren los señores que se han encargado del mando, teniendo á su disposición todos los destinos, puesto que pueden nombrar, de entre sus amigos, desde los guardas rurales y los carabineros, hasta los ministros, y cuando además, con el apoyo del centro parlamentario, pueden dar todas las leyes que juzguen convenientes? De manera, que lo que les incomodaba verdaderamente era el que nosotros fuésemos la conciencia que les acusaba. Nosotros, en efecto, pronosticábamos á los progresistas lo que les iba á suceder, y desgraciadamente acertamos.

»Pues bien; la situación de España, en estos siete meses de verdadera República, es exactamente igual á la del bienio del 54 al 56: una y otra se parecen como un huevo á otro huevo. Las mismas protestas, la misma ceguedad en punto á creer que, restablecida en sus derechos Isabel II, olvidaría sus malas mañas de los once años. Pues si entonces os equivocasteis respecto á esa mujer que sabía español, ¿cómo os vais á entender con un *gringo* que no sepa hablar castellano?»

.....

«Se dice que el pueblo español no está preparado para la República. El día en que se celebró la gran manifestación republicana, encarecimos á todos los que asistieron que no dieran viva alguno, porque tras de los *vivas* era fácil pasar á los *mueras*. Pues bien; cuando la manifestación pasaba por la Puerta del Sol, salió el General Milans del Bosch á la puerta del ministerio de la Gobernación, y gritó: *¡Viva el pueblo rey!* (1). Y aquellas masas se quedaron indecisas mirándole, sin saber qué decir, en obediencia á las instrucciones que llevaban, hasta que les dijimos: *No hay regla sin excepción; puesto que ha ocurrido una cosa con que no se contaba, no hay incon-*

(1) Este grito era corriente en aquellos días.

veniente en que aplaudan ustedes. Y entonces fué cuando aplaudieron, contestando á aquel viva que tanto había halagado nuestra aspiración.»

Para conocimiento de este hecho, hay que tener presente que Milans del Bosch era muy impresionable, y el pueblo de aquella época muy dócil. Hoy han variado las cosas.

.....

«La sabiduría del pueblo está en sus refranes. Examinemos todos, y se verá que no hay un refrán que indique amor al rey por parte del pueblo. Hay un refrán que dice: *Con el rey y la Inquisición, chitón;* es decir, que no se podía hablar del rey ni de la Inquisición, porque se les tenía miedo. Dígame la Cámara si esto era tener amor al rey. Mi amigo el Sr. Garrido me indica otro refrán que yo he oído muchas veces: *de rey, río y religión, líbrenos el Señor;* lo cual quiere decir que de la calamidad del rey, de tener tierras al lado de los ríos, y de la religión personificada en los conventos de frailes... líbrenos el Señor.»

.....

«No es decir con esto que la República sea el sánalotodo, que se han de cortar todos los males sociales, porque eso tampoco lo puede hacer la libertad. La libertad tiene muchos inconvenientes; ¡qué no tiene inconvenientes en la vida!

.....

«En las *Cortes* se llega á saber todo lo que interesa al país, al paso que en la *corte (de un monarca)* se ignoran cuáles son las verdaderas necesidades del pueblo. Pues esto sucederá con el nuevo rey, porque lo mismo ha sucedido con Luis Felipe *(en Francia)*; entonces los hombres más despavilados en política se quedaban con la boca abierta, y no sabían el origen y las causas que impulsaban al pueblo á la corriente revolucionaria. Ahora mismo no sabe el país la razón que hubo para dar el mando, para dar el poder al General Serrano y á sus compañeros de Gabinete, en Octubre último. Quién ha dicho que aquello fué un golpe de Estado; quién, que fué resultado de un

plan político; en fin, cada cual se lo explica á su modo; pero la verdad es que, hasta ahora, es un secreto que la Historia nos revelará algún día.»

Y aún no lo ha revelado. La observación de Orense es muy curiosa, porque Serrano, por su antiguo amor á la monarquía de Doña Isabel II, era el menos indicado para ponerse al frente del primer Gobierno de la Nación.

* * *

Fernando Garrido, Castelar, Pierrad y Eduardo Chao presentaron una enmienda al art. 32 del proyecto de Constitución, pidiendo que la persona ó personas que ejercieran el poder supremo de la Nación, deberían ser españoles, hijos de padres españoles ó nacidos en España.

Garrido, después de ratificar su profesión de fe republicana, recomendó para el trono de España la candidatura del General Espartero. Causó extrañeza á todos este acto realizado por algunos republicanos tan caracterizados como el autor de la enmienda y los firmantes que le acompañaban, y ellos lo explicaron manifestando que lo hacían por patriotismo. «Ya que no puede votarse aquí ahora la República—decía Garrido (1),—puesto que la mayoría va á establecer la Monarquía, por el momento, yo no puedo pensar en regalar un rey; solamente que pienso que es mucho más patriótico que si algún tiempo ha de haber rey, lo sea un español, como, por ejemplo, el General Espartero, que no tiene hijos, que ya no está en edad de tenerlos (*Risas*), que podrá mandar en este período de transición desde el período actual al establecimiento de la República.

»Ruego, pues, á los liberales de esta Asamblea, y á aquellos á quienes no agrade la candidatura del Duque de Montpensier, que es la verdadera candidatura extranjera que hay, que vo-

(1) 14 Mayo.

ten esta enmienda, por la cual todo extranjero queda excluído de la Corona de España, por la cual todos los españoles no han de estar mandados más que por un español.»

Le contestó D. Manuel Silvela con evasivas y sutilezas, declarando una vez más que el Gobierno, ni él personalmente, no tenían candidato para ocupar el trono, y que parecía más liberal no exigir condición alguna al futuro monarca. La enmienda fué desechada, porque entorpecían el plan de los montpensieristas, y quizá el de Prim, aunque, como veremos más adelante, no tenía candidato decidido.

***

Combatiendo la Monarquía, exclamaba Gil Berges (1): «El Sr. Cánovas del Castillo, hábil historiador y más hábil pensador todavía, al ver cómo surge, después de una gran revolución, la institución monárquica, sin saberlo, sin quererlo quizá, se comunicaba con esta institución (2), con esa nueva Monarquía, conferenciaba con ella por medio de ese magnetismo misterioso y secreto de los acontecimientos, y decía en su interior: No importa que el nuevo rey deba su trono á la soberanía nacional. No importa que le hayan traído los unionistas, los progresistas y los demócratas; no importa nada de eso; lo que importa es que haya un rey; porque si le hay, por una tendencia fatal, ineludible, por una ley necesaria de la institución, el rey no podrá menos de recordar que en la Asamblea constituyente se ha echado un memorial conservador, que es como si dijéramos un memorial reaccionario, y no podrá menos, también, de llamar á sus autores para que le ayuden en su obra de reconstrucción, en su obra de reacción.

»En España, conservador es sinónimo de reaccionario, y así habéis visto que los partidos conservadores, entre nosotros,

(1) 17 Mayo.

(2) En un discurso que había pronunciado defendiendo la Monarquía.

han pasado toda su vida borrando de una plumada la obra de los breves, de los fugaces períodos revolucionarios.

»Ejemplo de que en lo futuro se reproducirá eso, es el mismo Sr. Cánovas del Castillo. El Sr. Cánovas del Castillo debe su presencia en este sitio á una ley revolucionaria (1), y si el Sr. Cánovas del Castillo fuera fiel á sus ideas conservadoras, debía haber aceptado esa base, debía haber aceptado el principio generador de la ley que le trajo aquí. Ya visteis, sin embargo, cómo el Sr. Cánovas del Castillo combatió el sufragio universal; ya visteis cómo el Sr. Cánovas del Castillo combatió las menguadas instituciones democráticas que se han puesto en este proyecto constitucional. Y aún habréis observado otro fenómeno notable: El Sr. Cánovas del Castillo, que apareció como una individualidad, ha constituído ya un grupo, y aún me temo que varios de los que se sientan en esos bancos (2) simpaticen en secreto mucho, muchísimo, con el señor Cánovas.»

Bien patente queda declarada, con estas palabras, la importancia personal que ya entonces tenía D. Antonio Cánovas del Castillo.

El artículo 33.—Cuba otra vez.

En la discusión del art. 33 (3) tomaron parte todos los oradores notables de la Cámara (y había muchos); de suerte que resultó un debate interesantísimo, tanto ó más que el de la cuestión religiosa, pues unos y otros pudieron dar rienda suelta á sus pensamientos, sin consideración alguna que les cohibiese.

No podemos resistir la tentación de copiar algunos párrafos del discurso de Emilio Castelar (4):

(1) Aquí desfiguraba Gil Berges la verdad de los hechos, porque Cánovas había sido diputado y ministro antes de la revolución.

(2) Los de la derecha, los de la mayoría.

(3) Donde se establecía la forma monárquica.

(4) 20 de Mayo.

«Tomad un gran fragmento de mármol de Paros; dadle á un boticario, y la otra mitad á un escultor; el boticario lo empleará para lo que más necesite, por ejemplo, para hacer un mortero en el cual pueda moler sus drogas; y el escultor cincelará la Venus de Milo. La materia es la misma; pero la forma, no. ¿Y os atreveréis á decir que porque la materia sea la misma, es igual el mortero del boticario á la Venus de Milo, en cuyos castos pechos se nutren los artistas en las inspiraciones del ideal y en los secretos de la forma?»

. . . . . .

«Yo creo que se renuevan periódicamente y con gran precipitación las moléculas; que nosotros no tenemos hoy el cuerpo que teníamos hace poco tiempo; que no llevamos el mismo cuerpo; que las moléculas van al laboratorio químico de la vida humana. ¡Quién sabe si en mi lengua habrá alguna molécula de rey, en mi lengua, que es el badajo de una campana que toca continuamente á rebato contra todos los reyes de la tierra!

»En la sangre de un perro existen muchos elementos de los que componen nuestra sangre; que un perro hace, como nosotros, la combustión de la sangre por medio del oxígeno, y exhala, como nosotros, el ácido carbónico. ¿En qué nos diferenciamos? En una cuestión de organismo. Y ya me parece escuchar al Sr. Moreno Nieto, que es uno de los más grandes espiritualistas y de los más ilustres filósofos que hay en esta Cámara: «¿De qué sirve todo lo que has dicho en toda tu vida? Tú, espiritualista como yo, ¿dices que una cuestión de forma separa al perro del hombre? Hoy te has ido de un salto á la escuela de los materialistas, á la escuela de los Sres. Suñer y Mata, escuelas que, francamente, cuando las oigo, me da gana de hacer lo que hacía Voltaire cuando leía un libro de Rousseau: echarse á andar á cuatro pies. Cuando oigo hablar sobre esta materia á los señores fisiólogo-materialistas, me da gana de ser perro.» *(Risas en todos los lados de la Cámara.)*

»Se me dirá que la diferencia que hay entre el perro y el

hombre consiste en la esencia, en el espíritu racional. Pero yo digo, señores diputados, yo no sé si, como dice Plotino, el espíritu se ha buscado la organización que tiene, y la ha hecho él en armonía con su procedimiento, ó, como quiere Hegel, el espíritu ha aparecido en el mundo cuando ha aparecido la forma humana; lo que sé es que sólo estos labios hablan, que sólo mi cerebro, esférico como la bóveda celeste, puede llevar el peso de esos grandes mundos que se llaman ideas. Pues bien; así como el espíritu tiene su forma propia, que es el organismo humano, la democracia tiene su forma propia, que es la República.»

.....

«La verdad es que las repúblicas atraen y que las monarquías repelen. Hay una monarquía federal, la de Austria. ¡Cuánto trabajo no le cuesta al Emperador tener en un haz la Hungría, la Bohemia, la Galitzia, el Trentino y los diferentes reinos que componen aquel monstruoso Imperio! ¡Qué diferencia de lo que sucede en Suiza! El cantón del Tesino pertenece á Italia, y no quiere ser italiano; el de Neufchatel pertenece á Alemania, y no quiere ser alemán; los cantones de Vaud y Ginebra pertenecen á Francia, hablan francés, pero Francia es esclava, y ellos no quieren ser franceses. *Ubi libertas ibi patria.*»

.....

«Otra declaración importante tengo que hacer. Yo, cuando la necesidad de mi argumento me lleva á combatir á la ex-reina Isabel, siento un inmenso dolor en el alma; yo, señores, lo respeto todo; pero lo que más respeto en el mundo es la santidad del infortunio, aunque ese infortunio haya sido merecido.»

Censuró la idea de la *Regencia*, manifestando que él votaría al General Serrano para Presidente de la República; pero que no le votaría para Regente, pues la regencia de Serrano, aun reconociendo las excelentes cualidades personales de éste, vendría á ser la regencia de la *unión liberal*.

«Yo no sé nada de esto de la regencia—añadió:—yo hablo

en el supuesto; yo creo que las Cortes no se la ofrecerán al General Serrano; yo creo que si las Cortes se la ofrecen al General Serrano, la renunciará. ¿Por qué? Porque no puede el General Serrano encontrarse en una posición ridícula. ¡Regente sin rey! ¿Qué significa esto? Negad la realidad; negad la democracia; negad la República, que os oxida. Estáis oxidados por la República, y en vez de nombrarle Presidente de República, le llamáis Regente. De suerte que el General Serrano es un Regente que está esperando la mayor edad de la forma republicana.» *(Risas y aplausos. Serrano aplaudió también.)*

«Esta solución de la regencia tiene todos los inconvenientes de la Monarquía y de la República. Tiene los inconvenientes de la Monarquía, porque crea un gran poder supremo, el cual distribuye los honores, los Ministerios, y lo hace todo. Tiene los inconvenientes de la República, porque otros Generales van á desear, y este es el gran argumento que nos oponéis... van á desear ser regentes, como el General Serrano. Yo me llamo el General Prim, por ejemplo; yo me llamo, por ejemplo... ¡Los Capitanes generales todos son reaccionarios!...»

Aprovechando la risa que la frase produjo, y comprendiendo que se metía en un terreno resbaladizo, hizo una pausa, y viró en redondo para abandonar un punto que consideraba peligroso.

.....

«El Sr. Topete no sabe una cosa, y es que él no ha hecho la Revolución de Setiembre.

—»La ha hecho S. S.—dijo Topete interrumpiendo.

—»Mi señoría no la ha hecho tampoco—contestó Castelar,—como S. S. no hace los huracanes, ni los rayos, ni las tempestades, que las ha hecho Dios, el cual sabe de dónde salen y dónde van á caer. ¿Podréis hacer, haríais nunca una revolución artificial? ¿Podréis hacer, haríais nunca una tempestad artificial? Construid una máquina eléctrica, aunque tenga la extensión que hay desde Palacio á la Puerta de Alcalá, y ha-

ced un disco inmenso; ¿produciréis jamás el rayo que se forja en la atmósfera? El Sr. Topete, que es marino, que ha sentido á Dios en el mar, que tiene un alma religiosa como todas las almas que se crían en medio de la tempestad, que ha visto un abismo sobre su cabeza y otro abismo bajo sus pies, el abismo de lo infinito; el Sr. Topete, pues, sabe muy bien que no se dirigen el huracán y el rayo, y el día que, al frente de su escuadra, pronunció el grito de la revolución que le hace inmortal, que le ha colocado entre nuestros héroes, entre nuestros redentores, ese día el Sr. Topete lanzó el rayo contra todos los reyes, rayo que, tarde ó temprano, ha de fundir su corona de oro en todas las frentes.»

Este discurso, como todos los de Castelar, es modelo de sensatez y de cordura, aparte de su relevante mérito oratorio.

No estuvo tan afortunado Ayala defendiendo la Monarquía, ó, mejor dicho, atacando á los republicanos. Contó que cuando los Generales Serrano, Dulce, Zavala y otros fueron, hacía un año, arrestados y conducidos á Cádiz para desterrarlos á Canarias por liberales, los republicanos de aquella ciudad presenciaron impasibles el atropello.

«Llegó el momento del embarque—decía el ministro de Ultramar;—aún me parece que estoy viendo alejarse de los muros de Cádiz al vapor *Vulcano*, que era el encargado de conducirlos al destierro. Allí estaba la protesta de la libertad contra la reacción; allí estaba el pacto de los partidos liberales; allí estaba la esperanza y la libertad; y yo veía que todo esto se iba alejando, y parecía que el mar se lo tragaba, y me encontraba solo en la playa, solo y con el más profundo silencio. Pero no; no era tan grande este silencio; allá, allá á lo lejos, dentro de la ciudad, resonaban, á intervalos, frenéticos aplausos y grandes gritos; pero no hay que alarmarse, señores; eran gritos y aplausos con que manifestaba su regocijo en la Plaza de Toros la muchedumbre republicana.»

Este párrafo produjo una protesta por parte de la minoría

de aquel partido; Orense, Figueras y Paúl y Angulo gritaban desaforados, aumentando la confusión que se armó en el salón de sesiones; el Presidente no conseguía hacer oir su voz, y eso que Rivero tenía buenos pulmones. Restablecida aparentemente la calma, Ayala continuó su discurso diciendo:

«Pocos días antes de estos sucesos tuvo la autoridad militar, y es un detalle histórico muy importante, tuvo la autoridad militar de Cádiz que tomar algunas precauciones. El motivo, de puro pueril, se convierte en altamente significativo. Trabajaban en competencia dos toreros (1); los partidarios del uno y del otro se encontraban en tal estado de excitación, que todo el mundo temió un choque y encontró muy prudentes las precauciones que se habían tomado.

»Ni la presencia de los Generales, ni el momento de su embarque, ni la alianza, ya pública, de todos los partidos liberales, mediante la cual se encontraban, virtualmente, en el vapor *Vulcano*, lo mismo el Conde de Reus (2) que el Duque de la Torre; lo mismo los que iban á ser desterrados que los que ya gemían en el destierro, ninguna de estas circunstancias, con ser todas tan ocasionadas á mover la ira, movió á aquel pueblo, hoy republicano, á dar la más leve muestra de sentimiento. Y en efecto, no hubo necesidad de tomar ninguna precaución militar, absolutamente ninguna.»

Se reprodujo aquí la agitación entre la minoría republicana; pero quedó apaciguada con una leve indicación de Rivero.

Cuando terminó de hablar Ayala, en tal estado se encontraba la Cámara, que Serrano tuvo que levantarse á echar el jarro de agua fría, para lo que demostraba condiciones no comunes, y á fin de contentar á la minoría republicana, intercaló en su discurso el párrafo siguiente;

«Me encuentro embarazado al hablar, porque mi ardiente deseo es que se termine este desagradable incidente y que pro-

(1) Antonio Sánchez (*el Tato*) y Antonio Carmona (*el Gordito*), 25 de Julio de 1868.

(2) Prim.

cedamos á la votación. Creo que después de cuanto dejo manifestado, el levantarse y tomar la palabra para defender al partido republicano no es necesario: yo le defiendo en nombre del Gobierno; yo le defiendo, permitidme decirlo, en nombre de la mayoría.»

Excusado parece añadir que hubo aplausos prolongados en los escaños de toda la Asamblea.

Momentos después se procedió á la votación del art. 33, que fué aprobado por 214 señores que dijeron *sí*, contra 71 que dijeron *no*. Entre los primeros figuraban, como más conocidos: Llano y Persi, Serrano, Prim, Topete, Sagasta, Romero Ortiz, Lorenzana, Figueroa, Ruiz Zorrilla, Ayala, Posada Herrera, Gasset, Serrano Bedoya, López Domínguez, Madoz, Rojo Arias, Izquierdo, Milans del Bosch, D. Cirilo Alvarez, Olózaga, D. Augusto Ulloa, D. Manuel Silvela, Montero Ríos, Romero Robledo, Suárez Inclán, Moret, Balaguer, Vega de Armijo, Caballero de Rodas, Moreno Benítez, Núñez de Arce, Calderón Collantes, Abascal, Ortiz de Pinedo, Moreno Nieto, Elduayen, Alvarez Bugallal, Cánovas del Castillo, Alvareda, Ríos y Rosas, Echegaray, Coronel y Ortiz, D. Gabriel Rodríguez, Becerra, Martos y Merelo.

Se levantó la sesión á las doce y media de la noche.

Epílogo.

El mal efecto que habían producido, bien á las claras, en varios lados de la Cámara, las manifestaciones de Ayala, le obligaron á presentar la dimisión, que, en vista de su insistencia, fué admitida (1).

Serrano hizo grandes elogios del ministro dimisionario. Contó la parte activa que Ayala había tomado en el alzamiento: que redactó el manifiesto de Cádiz; que en persona llevó una carta del mismo Serrano á Novaliches, General de las fuerzas isabelinas, situadas en la otra parte del puente de Alcolea, acto que pudo costarle la vida, pues las avanzadas no querían

(1) 21 Mayo.

reconocerle como parlamentario; y cumplida su misión, tomó parte voluntariamente en la batalla que lleva el nombre del puente citado, donde fué vencido el ejército de Isabel II.

Ayala dió sus excusas desde los bancos de la mayoría, y el Duque de la Torre se levantó de su asiento para ir á saludarle en unión de otros muchos diputados.

Se encargó interinamente del despacho del ministerio de Ultramar D. Juan Bautista Topete.

* * *

El art. 107 del proyecto de Constitución decía:

«Las Cortes Constituyentes reformarán el sistema actual de gobierno de las provincias de Ultramar cuando hayan tomado asiento los diputados de Cuba ó Puerto Rico, para hacer extensivos á las mismas, con las modificaciones que se crean necesarias, los derechos consignados en la Constitución.»

Presentáronse enmiendas al artículo, y Castelar hizo, en defensa de una de éstas, importantes declaraciones.

«Nosotros hemos gobernado en los tiempos antiguos nuestras colonias, con arreglo á todos los principios de justicia que podían caber en un régimen tan injusto como era el régimen absoluto. Los virreyes españoles eran un modelo de prudencia: nuestras *leyes de Indias* son uno de los monumentos más grandes que en el régimen colonial pueda encontrarse. Nuestras *Salas de Indias* tenían, respecto de América, una política humanitaria.

»Los mayores y más grandes enemigos de la dominación española en América, reconocen que se sostenían aquellas colonias unidas con la madre patria, más bien por afecto que por la autoridad y por la fuerza. Así es que, desde Buenos Aires hasta Quito, en esa inmensa línea, no había más que 3.000 hombres para sostener la majestad de la nación española. Nosotros, que éramos tan implacables con la herejía, perdonábamos á los indios la herejía de la ignorancia, en medio

de la rígida unidad católica á que obedecía todo el imperio español.

»Viene el régimen constitucional en los tiempos de Doña Isabel II, y se sigue un sistema completamente opuesto al sistema antiguo. Llegan los diputados de las Antillas aquí, y no se les admite en las Cortes de 1837. Viene 1840, y no se aplica ningún principio liberal á aquellas apartadas regiones. Viene 1854, y nada se hace para impulsar la libertad en Cuba y Puerto Rico. Y cuando han llegado los últimos acontecimientos, destruída ya la dinastía, en 10 de Octubre hubo besamanos en Cuba. Ha habido, indudablemente, algún motivo ó pretexto para la rebelión que todos condenamos.

»Los hechos últimos han sido tristísimos. La *Unión liberal* había prometido á Cuba reformas liberales. El Sr. Posada Herrera lo había indicado desde uno de estos bancos en el discurso de oposición que pronunció contra el Gobierno del General Narváez. Entregóse el ministerio de Ultramar al Sr. Cánovas, y éste abrió una información; pero, por una de esas desgracias tan frecuentes en España, llegan aquí los comisionados de Puerto Rico, y presentan: unos, un gran plan económico; otros, un gran plan político; otros, un gran plan administrativo, y otros un gran plan social. Nada absolutamente se había olvidado de cuanto podía referirse al mejor régimen de las colonias. Los oyen, los atienden, los prometen tener en cuenta sus avisos y sus consejos; pero, apenas se van, se olvidan en aquella triste época de los últimos días de Isabel II, se olvidan, repito, todos sus consejos y todas sus advertencias, y no se hace más que imponerla una contribución.»

Moret contestó á Castelar que el Gobierno deseaba llevar á Cuba medidas de carácter liberal; pero que la insurrección impedía, por el momento, tomar una resolución favorable á este propósito.

«Ha habido una coincidencia—dijo Serrano—tan rara entre la Revolución de Setiembre y la insurrección de Cuba, coincidencia de fechas que induce fácilmente á confusión. La pri-

mera noticia que el Capitán general de Cuba recibió del alzamiento de Setiembre, fué el 9 de Octubre. El día siguiente era un día que conmemoraba la nación española en aquellos lejanos países (1), y creyó prudente callar el telegrama y festejar el día 10; el día 11 publicó el telegrama. Pues bien; el día 6 se había ya levantado Céspedes en el departamento oriental. Era de todo punto imposible, era absolutamente imposible que Céspedes supiera en el departamento oriental, con la gran dificultal que hay en aquel país, casi desierto, que supiese, repito, lo que pasaba en la Península en aquellos momentos; por consiguiente, la insurrección de Cuba, el alzamiento de Céspedes, no obedece á la revolución, como algunos han supuesto y sostienen; obedece á los motivos graves que, en efecto, pudieron nacer de la imposición inesperada de la contribución directa, que fué, con el mejor deseo, una de las cosas más imprudentes que se han llevado á un país lejano, por la metrópoli, y no preparado para ella.»

Todas estas declaraciones son muy curiosas, y sirven para puntualizar hechos de la historia; el lector no dirá que ha perdido el tiempo en leer estos pormenores.

Jura de la Constitución.—La Regencia de Serrano.—El Panteón nacional.—Un cuento de Sagasta.—Los Consumos y el Impuesto personal.

El domingo 6 de Junio, bajo un cielo azul y con un calor sofocante, se efectuó la promulgación de la Constitución.

Rivero, precedido de los maceros y seguido de los señores Secretarios y diputados, salió del salón de sesiones, y una vez todos en el pórtico que da á la Carrera de San Jerónimo, donde se había construído una extensa tribuna, en cuyo centro estaba colocada la mesa de la presidencia, tomó asiento el Presidente, á su lado los Secretarios, Llano y Persi, Sánchez Rua-

(1) El cumpleaños de Isabel II.

no y Carratalá, y, en las sillas que les estaban destinadas, los diputados.

Las primeras sillas, á la derecha de la presidencia, fueron ocupadas por el Poder Ejecutivo, y las de la izquierda por la Comisión de Constitución.

En ambas alas de la tribuna tomaron asiento: el Cuerpo Diplomático, el Consejo de Estado, el Tribunal Supremo de Justicia, la Audiencia, las Corporaciones militares, científicas y literarias, la Diputación provincial, el Ayuntamiento de Madrid y las Comisiones y representantes de las Diputaciones, Ayuntamientos y Milicia ciudadana de toda la Península.

Llano y Persi se adelantó frente á la tribuna, y leyó en voz alta la mitad de la Constitución, leyendo Carratalá la otra mitad, después de lo cual dijo Rivero: «Como Presidente de las Cortes, declaro, en su nombre, solemnemente promulgada la Constitución de 1869.

Acto seguido pasaron los diputados al salón de sesiones, se tomó juramento al Ministerio, y quedó terminada la ceremonia á las tres en punto de la tarde.

El 13 de Junio juraron la Constitución, en manos del ministro de la Guerra, los Capitanes generales, los Tenientes generales y Mariscales de Campo, manifestándoles aquél, según referencias de un periódico, que, como era un acto de conciencia, les dejaba en completa libertad de verificarlo. Pierrad, que no había asistido al acto, preguntó (1) si eran ciertas las palabras atribuídas al ministro, á lo que contestó Prim:

«Es verdad que yo pronuncié esas palabras. Eso quiere decir, á mi entender, que yo no tengo autoridad para obligar á los militares que no quieran jurar la Constitución del Estado: no los puedo mandar procesar; pero estará en su derecho el Gobierno, por medio del ministro de la Guerra, en quitar los destinos á los militares que no quieran jurar la Constitución,

(1) 16 de Junio.

y después veré si hay lugar á borrar de la lista á los militares que no quieran jurar la Constitución.»

A Prim no le dolían prendas.

La guarnición de Madrid y los cantones de Aranjuez, Alcalá, Leganés y Vicálvaro, que sumaban aproximadamente un total de 19.000 hombres, formados en los paseos del Botánico y de Atocha, juraron la Constitución á las cinco de la tarde del día 16 de Junio. El ministro de la Guerra se ponía frente á cada regimiento, los jefes de éstos colocaban sus espadas horizontalmente sobre el asta de la bandera ó estandarte, la fuerza presentaba las armas, y después de pronunciadas las palabras de rúbrica, juráis, etc., Prim daba un viva á la Constitución, con lo que se terminaba la ceremonia. Las tropas desfilaron por delante del ministro en la calle de Alcalá, situándose éste delante de la iglesia del Carmen.

***

«Las Cortes Constituyentes nombran Regente del Reino, con el tratamiento de Alteza, al Presidente del Poder ejecutivo, D. Francisco Serrano y Domínguez, con todas las atribuciones que la Constitución concede á la Regencia, menos la de sancionar las leyes y suspender y disolver las Cortes Constituyentes.»

Este proyecto de ley se presentó á la Asamblea el 10 de Junio, y fué combatido tenazmente por la minoría republicana, no quedando el interesado bien airoso en la lucha, pues por ser una cuestión personal hubo de discutirse su historia con minuciosa escrupulosidad.

Castelar decía:

«En primer lugar, tiene para mí el General Serrano un grave inconveniente, que no va á ofender á ninguno de los militares: tiene el inconveniente de ser militar. La religión de la milicia, la inflexibilidad de la disciplina, el hábito y la vida de los campamentos y cuarteles, todo eso, que es tan grande, que es tan necesario, que es tan heroico, todo eso se convierte

en contra de ellos cuando quieren dirigir la máquina del Estado, y sobre todo esta máquina tan complicada y tan difícil de las instituciones parlamentarias y del sistema representativo.

»El aire de los campamentos no sirve, no puede servir, no ha servido nunca para la política. Y nosotros tenemos una prueba de ello en el mismo General Serrano. Siempre que aquí ha habido una gran batalla, siempre que aquí ha habido un gran conflicto, siempre que esto se ha asemejado á una gran lucha entre fuerzas beligerantes, el General Serrano se ha levantado y ha dicho una palabra, que es como la arenga que el General dirige á sus soldados en el campamento, que es como el modelo de la elocuencia militar. ¿Pero tiene S. S. esa misma facilidad, esa misma flexibilidad, tiene esos mismos elementos para las cuestiones políticas? En todas ellas ha ido conducido el General Serrano, desde que nos sentamos aquí, por una mayoría, ó por una Comisión directiva de la mayoría, que no conocemos, pero cuyo tacto político no se acredita ciertamente en las soluciones dadas aquí á todas las cuestiones políticas.

»¿Sabéis por qué he venido á decir todo esto? Pues no he venido á decirlo tanto por negar el carácter de hombre de Estado á los militares, como para explicar las inconsecuencias del General Serrano. ¿Las conocéis mayores que las que él ha cometido? Él trabajó con Espartero contra la Reina Cristina; después, en un paseo que dió á Barcelona, derribó á Espartero. Entró en el mes de Mayo en la coalición de 1843, y la abandonó en el mes de Noviembre. Sostuvo al Ministerio puritano algún tiempo, y le dejó caer en los abismos. Forzó con su febril mano al General O'Donnell para que firmara el programa de Manzanares en que se estableció la Milicia Nacional, y más tarde apoyó el golpe de Estado que disolvía la Milicia definitivamente. Con un gesto, con un ademán imperioso, salvó la dinastía de Isabel II el 22 de Junio (1) en la Montaña del Prín-

(1) De 1866.

cipe Pío, y con otro gesto, con otro ademán, derribó la dinastía de Isabel II, el 28 de Setiembre, en el Puente de Alcolea. ¿No teméis de entregar la suerte del país al General Serrano?»

Algo voluble resultaba efectivamente el General Serrano, y parece que en lo de dejarse influir por la opinión ajena, no iba descaminado Emilio Castelar. Cuéntase que, cierta vez, quejándose un diputado de la inconsecuencia de Serrano en un asunto político, decía: este hombre es del primero que llega. Del primero, no; del último, le contestó Prim al oído.

El proyecto se aprobó, votándose el 16 de Junio, y Serrano juró el cargo en sesión extraordinaria el día 18, con toda solemnidad, leyendo un discurso de gracias muy cortito: el Presidente (1) pronunció cuatro frases alusivas al acto, los dos personajes se dieron un abrazo y así terminó la ceremonia.

Prim fué encargado de formar Ministerio, y lo compuso con las personas siguientes: D. Manuel Silvela, Estado; don Cristóbal Martín de Herrera, Gracia y Justicia; D. Laureano Figuerola, Hacienda; D. Práxedes Mateo Sagasta, Gobernación; D. Manuel Ruiz Zorrilla, Fomento, y D. Juan Bautista Topete, Marina, quedándose el Marqués de los Castillejos con la cartera de Guerra.

***

Con fecha 6 de Noviembre de 1837, acordaron las Cortes formar un Panteón nacional de hombres célebres, y en 1.° de Junio de 1869 se determinó realizar este proyecto para solemnizar la proclamación de la Constitución votada en la fecha indicada de 1.° de Junio.

Según manifestación de Ruiz Zorrilla, el Panteón «no se iba á destinar á héroes de circunstancias, á celebridades contemporáneas ensalzadas por la pasión política, sino á guardar los restos del Cid, Guzmán el Bueno y Gonzalo de Córdoba,

(2) Rivero.

los héroes de la reconquista; de Lanuza, el mártir de la tiranía de Felipe II; de Mariana, Cisneros, Quevedo, Arias Montano, Nebrija, Jovellanos, el Conde de Aranda y Campomanes, los hombres de ciencia y de paz; de Alonso Cano, Juan de Juanes, Herrera y Rodríguez, los grandes genios artísticos; de Garcilaso, Ercilla, Calderón, Tirso, Moreto y Meléndez Valdés, ornamento de las letras españolas; de Jorge Juan, Gravina y Churruca, orgullo de nuestra Marina (1).»

Ruiz Zorrilla desplegó extraordinaria actividad para reunir los restos de Villanueva, Ventura Rodríguez, Conde de Aranda, Marqués de la Ensenada, Calderón de la Barca, Quevedo, Lanuza, Ercilla, Ambrosio de Morales, Garcilaso de la Vega, el médico Lagunas, Gonzalo de Córdoba y Juan de Mena, todos con el beneplácito de las Cortes y el de las familias, Corporaciones ó localidades donde á la sazón descansaban.

La ceremonia se verificó el 20 de Junio, saliendo de Atocha la comitiva, entre la que iba el Gobierno y el Regente, á las cinco de la tarde, y siguiendo por el Prado, calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle y Plaza Mayor, y por la de Toledo á San Francisco, adonde llegó ya casi de noche. En la Plaza Mayor, sobre un tablado construído al efecto, un coro de 200 voces de ambos sexos, acompañado por la música de Ingenieros militares, cantó un himno, dirigido por Arrieta, música de este maestro compositor y letra de Eusebio Blasco.

Andando los años se desistió del proyecto, y las cenizas de aquellos hombres ilustres fueron reintegradas á los panteones de su procedencia.

***

Habiendo dicho el Sr. Serraclara, diputado republicano, que el Gobierno tenía miedo á la libertad, Sagasta, ministro

(1) Cuando estaba hablando Ruiz Zorrilla sobre este asunto, se sintió indispuesto el General D. Enrique O'Donnell, de tanta gravedad, que no fué posible trasladarle á su domicilio, conduciéndole á uno de los salones de la Presidencia, donde falleció á las nueve y cuarto de la noche.

de la Gobernación, le contestó, entre otras cosas, con el cuento siguiente (1):

«Dos ingleses, trabajadores en un camino de hierro, cuyas obras se encontraban cerca de un gran río, eran tan famosos nadadores, y tenían tal afición al agua, que apenas pasaba día en que no dedicaran una gran parte de las horas de descanso al ejercicio de la natación. Eran estos dos ingleses un poco dados á la bebida, y un domingo se entregaron á esa costumbre más de lo regular; pero á pesar de su no buen estado, el hábito les impulsó al sitio del río donde solían hacer sus proezas, y llegados á la orilla, el que mejor nadaba, el que en todas las apuestas había llevado la palma de la victoria, se quedó pensativo, y le dijo á su compañero: «Hoy no me baño yo.» El otro, que había tenido la desgracia de perder todas las apuestas que con su compañero hiciera, se burló de esta declaración, y le contestó muy satisfecho: «Hoy no te bañas tú, porque tienes miedo al agua.» A lo cual replicó el primero: «Yo no tengo miedo al agua; á lo que tengo miedo es al vino.» Nosotros no tenemos miedo á la libertad; tenemos miedo á la licencia y á la anarquía.»

***

Sabido está que uno de los gritos de la Revolución de Setiembre de 1868 fué el de «abajo los Consumos», y quedaron, por lo tanto, abolidos *por la tácita,* desde esa fecha, pues ni el público se cuidó de pagar los derechos de entrada que las especies devengaban, ni los encargados de la recaudación se atrevieron á ejercer sus funciones. Verificada de hecho la supresión de los Consumos por la misma fuerza impulsiva de la Revolución, el Poder ejecutivo se vió en el duro trance de autorizar aquella determinación por un Decreto que expidió en 13 de Octubre siguiente; y siguiendo por este camino, en el que no había medio de retroceder, el ministro de Hacienda,

(1) 25 Junio.

D. Laureano Figuerola, buscó el medio de compensar con un ingreso la baja que la supresión de los Consumos causaba en el presupuesto de la nación.

Orense pedía (1) que se suprimiese la mencionada contribución sin imponer al país otro gravamen, petición extraña en un hombre que conocía ya de muchos años la Administración pública, y que estaba enterado por las sesiones de Cortes de la verdadera situación del presupuesto. Este arrojaba en aquellos días un déficit de 525 millones de reales, que con los 320 que representaba la falta del ingreso por Consumos, ascendía á 845 millones. Cantidad suficiente para causar la desesperación de cualquier ministro de Hacienda.

Figuerola, apremiado por la necesidad de sustituir con otra la contribución de Consumos, inventó un *impuesto personal* que fué mal recibido por las gentes, y la Comisión respectiva, al dar dictamen sobre el presupuesto de ingresos para 1869-1870, lo modificó notablemente, estableciéndolo bajo las siguientes bases, que no son mejores:

1.ª Se establece en sustitución de la contribución de Consumos un impuesto de repartimiento personal, que pagarán, sin excepción de clase ni fuero, todos los individuos de ambos sexos mayores de catorce años, con la sola excepción de los pobres de solemnidad y presos y penados sostenidos de fondos públicos.

2.ª El cupo para el Tesoro, que fije la ley anual de presupuestos, se repartirá entre todos los contribuyentes en proporción del haber de cada uno, con un recargo de 6 por 100 por gastos de recaudación y partidas fallidas.

3.ª El Gobierno, teniendo en cuenta los datos de la Administración, señalará á cada provincia el cupo que ha de satisfacer. Las Diputaciones provinciales, de acuerdo con la Administración, harán la distribución entre los pueblos de la res-

(1) 26 de Junio.

pectiva provincia, y las Juntas repartidoras que se nombren al efecto fijarán las cuotas individuales.

4.ª Para fijar estas cuotas se tendrá en cuenta el haber que declare disfrutar cada individuo, después de deducidas las cantidades con que tribute por cualquier otra contribución directa. La ocultación da lugar á responsabilidad criminal y administrativa.

5.ª La Administración tiene derecho á investigar la exactitud de las declaraciones, comprobándolas con las rentas, sueldos, pensiones, salarios y jornales de los contribuyentes, y cuando se careciese de un signo cualquiera positivo de riqueza, se fijará el haber por la Junta de repartimiento en la forma que se determine por instrucción.

6.ª La unidad para fijar la cuota es un día de haber por cada individuo contribuyente.

7.ª Las cuotas de los contribuyentes se formarán con los días de haber que sean necesarios para cubrir el cupo fijado á cada Municipio.

8.ª En la cuota que con relación al haber diario pague el cabeza de familia, se comprende la participación que corresponde tener en el impuesto la mujer y los hijos mayores de catorce años.

Cuando la mujer ó los hijos mayores de catorce años disfruten algún haber independiente del que tenga el cabeza de familia, se imputarán á éste, salvo los casos en que los interesados opten por satisfacer directamente la cuota que les corresponda.

9.ª A las clases cuyos haberes son eventuales, se les computará como haber diario para tributar la mitad del que ordinariamente ganan como jornal, salario, etc.

10.ª La cobranza de este impuesto se hará en los plazos y con las formalidades establecidas para la recaudación de las demás contribuciones directas.

11.ª Se autoriza al Gobierno para resolver las dudas que ocurran en el planteamiento y desarrollo de este impuesto.

La sola enunciación del proyecto puede dar idea bastante aproximada de su carácter y del estado de opinión que produciría en los que habían creído que la suprimida contribución de Consumos no se iba á reemplazar con otra, teniendo el público en general un concepto del presupuesto de gastos aún más equivocado que el Marqués de Albaida; así es que se levantó una marejada contra el pobre Figuerola, blanco de todas las iras, que no se pudo atenuar con el sinnúmero de artículos oficiosos publicados por la prensa ministerial en defensa del proyecto.

En las Cortes, también los diputados republicanos la tomaron contra el *impuesto personal*, sacando á luz todos sus defectos y las dificultades que su cobranza iba á ocasionar; pero sin dar una solución práctica, pues el déficit de los 320 millones que producía la supresión de los Consumos había que subsanarlo de alguna manera.

Y lo malo fué que todos tenían razón; el *impuesto personal* casi resultaba peor que los Consumos.

El caso es que, como no había otro remedio, la mayoría aprobó el proyecto (1) y se convirtió en ley. Sin embargo, el *impuesto personal* no llegó á cobrarse, y tuvimos que volver á los asendereados Consumos.

La prisión del Conde de Cheste.—Los motivos de una crisis.

D. Cruz Ochoa explanó (2) una interpelación al Gobierno sobre la detención y procesamiento del Capitán general don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, dirigiendo con tal motivo fuertes recriminaciones al ministro de la Guerra. Prim contestó: que el citado General conspiraba contra la situación y á favor de restaurar en el trono á D.ª Isabel II; que se le mandó pasar de cuartel á Canarias; que no habiéndolo queri-

(1) 26 de Junio.
(2) 2 de Julio.

do cumplir, se le destituyó, sin perjuicio de juzgar su falta de obediencia cuando fuese habido. Al efecto, el Brigadier de la Guardia civil, Sr. Merelo, detuvo en la estación del Norte, de Madrid, al Conde de Cheste, que, hallándose en Francia, con autorización del ministro de la Guerra, había regresado á esta corte sin el competente permiso; y de esta población fué llevado á Cádiz, donde iba á ser juzgado por un Consejo de guerra.

Sagasta manifestó que el Gobierno tenía plena convicción de que conspiraba el Conde de Cheste, entre otras pruebas, por unos papeles que cierto General alfonsino perdió al abandonar una residencia, que no quiso nombrar, en los cuales papeles constaba toda la trama de la conspiración.

El debate producido por la interpelación de D. Cruz Ochoa hubo de suspenderse por haber pasado las horas de reglamento; pero días después, el 9 de Julio, el diputado carlista leyó, con el fin de que figurara en el *Diario de las Sesiones*, la siguiente carta que el Conde había dirigido á Sagasta:

«Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta.—Cádiz, 5 de Julio de 1869.—Muy señor mío: Entre los varios equivocados juicios y acusaciones contra mí y mis amigos que ha hecho usted en la sesión del 2 del corriente, con motivo de la interpelación del Sr. Ochoa, acerca de mi prisión, hay un cargo tan grave, que no puedo menos de dirigirme á usted para rebatirle enérgicamente. Ha dicho usted que yo pedí á S. M. el Emperador del vecino Imperio el auxilio de la Francia en favor de la restauración de Isabel II, para llevar á España la guerra, y que el Sr. Emperador lo negó, dándome una lección de españolismo.

»Pues bien, Sr. Sagasta; no hay nada de verdad en semejante relato. En la única conversación que yo he tenido, durante mi ausencia última de España, con S. M. el Emperador, no he tratado otro asunto sino del de la conveniencia ó desventaja para la España, y para la dinastía de Isabel II, de la abdicación de esta augusta señora en la persona del Príncipe

de Asturias.» Y terminaba diciendo que esperaba de la probidad del ministro una satisfacción tan pública como el agravio que se le había inferido.

«Quedo de usted atento servidor que besa su mano, *El Conde de Cheste.*»

Después de leer esta despedida, añadió Ochoa:

«Tomando los señores taquígrafos lo que he tenido la honra de leer, según las prescripciones del Sr. Presidente, quedo completamente satisfecho.»

«Es verdad—dijo Sagasta,—que el Sr. Conde de Cheste me ha dirigido una carta con fecha 5 del corriente. No la he contestado todavía porque mis ocupaciones no me lo han permitido; pero debo hacer una observación al Sr. Ochoa y á todos los señores diputados. Si la carta del Sr. Conde de Cheste ha de insertarse en el *Diario de las Sesiones*, á cuyo efecto, y tomando pretexto de eso, ha leído S. S. un párrafo de la misma, yo desearía dar desde aquí la contestación que no he dado todavía. Para eso, hágame S. S. el favor de darme la carta, cuyo contenido no recuerdo; yo la contestaré en el acto, y me ahorraré el trabajo que tendría que tomarme después.»

Pausa. Ochoa envió á Sagasta la carta por medio de un ujier; el ministro la leyó brevemente, y después de devolverla á su destino, continuó diciendo:

«No es este el procedimiento normal, no es esto lo que se acostumbra á hacer; pero tampoco me parece que es procedimiento normal el que quiere seguir el Sr. Ochoa, y el que las Cortes, por complacencia á S. S., han adoptado, que consiste en hacer que cartas que se cambian particularmente vengan al *Diario de las Sesiones*; pero puesto que la carta que particularmente me ha dirigido el Sr. Conde de Cheste ha venido aquí y va á insertarse en el *Diario de las Sesiones*, justo es que mi contestación siga también este mismo camino extraordinario, y allá va tal y como se me ocurre en este momento, sin perjuicio de que del *Diario de las Sesiones* saque yo luego la copia manuscrita para dirigírsela al interesado, porque no

quiero faltarle, como no falto á nadie, á las consideraciones sociales. Voy, pues, á contestar al Sr. Conde de Cheste, y en la forma en que se contestan las cartas.

«Excmo. Sr. Conde de Cheste.=Muy señor mío: Parte usted de una equivocación en la carta que desde Cádiz se ha servido usted dirigirme con fecha 5 del corriente. Yo no dije en el Congreso, al contestar á la interpelación del Sr. Ochoa, que usted haya solicitado de S. M. el Emperador de los franceses el *auxilio de la Francia* para restaurar en el trono de España á Doña Isabel de Borbón, sino que usted y sus compañeros habían pretendido (y ahora añadiré que siguen pretendiendo), para sus trabajos de restauración, *el apoyo del Emperador*, lo cual no es lo mismo que *el apoyo de Francia*, como usted sabe muy bien.

. . . . . .

»Y añadí, además, entonces, que S. M. el Emperador les había á ustedes negado, no *el auxilio de la Francia*, porque eso ni ustedes ni nadie se atrevería á pedirlo, ni el Emperador á concederlo, cuando España ni ha hecho ni piensa hacer daño alguno á Francia, sino que les había negado el apoyo que le pedían para poder venir aquí, con sus aspiraciones de restauración, á encender la guerra civil, dándoles en esto una lección de españolismo.

»Y como tengo la íntima convicción de que lo que dije es verdad, no pienso que al decirla infería agravio ninguno á usted, ni mucho menos me creo en la necesidad de dar explicación alguna de las palabras que en cumplimiento de mi deber tuve por conveniente pronunciar, juzgando la conducta, no del hombre privado, sino del hombre político que conspiraba en el extranjero contra el Gobierno establecido en su país.»

En otros párrafos ratificó su afirmación de que el Conde de Cheste conspiraba, y echándole en cara haber faltado desde las alturas del mando á todas las consideraciones políticas y sociales, dictó el final corriente en este género de cartas de cumplido:

«Queda de usted atento s. s., q. b. s. m., *Práxedes Mateo Sagasta*.—Madrid, 9 de Julio de 1869.

Luego añadió: «Así quedan cumplidas las prescripciones sociales que se usan entre caballeros, á pesar de que yo dudo mucho de que si el Sr. Conde de Cheste ocupara mi puesto de ministro de la Gobernación, y yo ocupara el suyo, ni yo le escribiría cartas, ni él me las hubiera contestado.» (*Risas.*)

***

El 13 de Julio, día aciago, presentaron la dimisión de sus cargos D. Cristóbal Martín de Herrera y D. Laureano Figuerola, ministros, respectivamente, de Gracia y Justicia y Hacienda, nombrándose para estas vacantes, con la misma fecha, á D. Manuel Ruiz Zorrilla y D. Constantino de Ardanaz. La cartera de Fomento, que hasta entonces la había tenido Ruiz Zorrilla, se confirió á D. José Echegaray, y la de Ultramar, servida interinamente por Topete, desde la renuncia de Ayala, pasó á manos de D. Manuel Becerra. Así se dió entrada en el Ministerio al elemento *democrático*, representado por Becerra y Echegaray, para calmar el descontento que entre los hombres de esta agrupación existía, por no tener dentro del Gobierno una voz que hiciera conocer sus tendencias políticas, orientando en este sentido el criterio de las disposiciones que emanaban del poder.

Con motivo de un decreto de Martín de Herrera, ministro saliente de Gracia y Justicia, hubo de ponerse de manifiesto la escisión que existía entre los individuos de la mayoría parlamentaria, compuesta de tres procedencias: los *unionistas*, rayanos del antiguo partido moderado; los *demócratas*, partido nuevo, con vistas á la República si se terciaba la ocasión, y los *progresistas*, que representaban el elemento liberal templado, transigente, contemporizador y hasta cándido en determinados casos. Capitaneada por Martos la hueste democrática en aquella ocasión, dió la señal de alarma, y aquel elocuente

é intencionado orador amenazó con abandonar á la mayoría si se preterían las aspiraciones que su fracción representaba en el Parlamento. Prim quiso contentarle, y dió entrada en el Ministerio á Echegaray y á Becerra, pero reservando la cartera de Hacienda á D. Constantino Ardanaz, procedente de la *Unión liberal,* hombre refractario á los temperamentos radicales en materias económicas.

Prim, contestando á una pregunta de Sánchez Ruano sobre la modificación ministerial, dijo que ésta obedecía á la necesidad de dar entrada en el Gobierno á las tres procedencias que formaban la mayoría; que no había cambiado la política de aquél, y que el nuevo ministro de Hacienda estaba animado de los mismos deseos que el anterior, respecto á cumplir con todos los compromisos que la Nación tenía.

Sánchez Ruano no se dió por convencido con las manifestaciones de Prim, y éste, malhumorado, dijo: «Yo siento mucho que las explicaciones que he dado no hayan podido complacer al Sr. Sánchez Ruano; y lo siento tanto más, cuanto que no le puedo dar otras. S. S. podía ya conocer al Presidente del Consejo de Ministros, y, conociéndole, debía saber que es inútil que se le ponga el anzuelo: ni dice, ni dirá más que lo que discreta y prudentemente debe decir, con tanto mayor motivo, cuanto que las razones que ha dado para explicar la modificación del Ministerio, de seguro que son las bastantes para la gran mayoría de los señores diputados.»

Figueras dijo á Prim que le faltaba corazón para romper con la *Unión liberal*, que le tenía encadenado como las serpientes á Laocoonte.

Castelar contó un caso muy gracioso. Parece que Prim, al reformar el Ministerio, había ofrecido la cartera de Gracia y Justicia, primero, á D. Cirilo Alvarez, que no la aceptó, y luego, á D. Cristino Martos, que también declinó el honor; pero conviene saber que aquél había combatido los derechos individuales cuando se discutieron en el Congreso, y éste los había defendido, de modo que representaban tendencias opuestas, y,

por lo tanto, decía el orador, sacando una consecuencia: *esta es una política de personas.*

A Cánovas le tiraron de la lengua, obligándole á hacer una declaración importante para sus biógrafos: «No teniendo el deber de contribuir desde el primer instante, ni todavía desde ahora, á un orden de cosas que ni he creado, ni me ha sido dado dirigir en el sentido que hubiera podido yo creer útil á mi patria; completamente independiente, pues, y sin compromisos de ningún género, *no por eso me niego, por mi parte, á las transacciones.* Yo podré transigir con lo conocido y lo concreto; yo transigiré con la Monarquía cuando la haya, pero con una verdadera Monarquía, *aunque no esté fundada en mis antiguos principios.*»

Esto era tanto como ponerse al habla con la Revolución.

En resumen, este debate no tuvo otra finalidad que hacer resaltar lo heterogéneo que era el espíritu que animaba la política de las diferentes fracciones de que estaba formado el Gobierno.

Hacía un calor bochornoso, y no contando con fuerzas, ni físicas, ni morales, para seguir las discusiones, se suspendieron éstas, de común acuerdo, hasta 1.° de Octubre.

CARLOS CAMBRONERO

(Continuará.)

PARNASO INTERNACIONAL

DESPUÉS

(De Augusto Vacquerie)

Mi madre—¡madre mía!—
Tenía junto al mío su aposento;
Al abrir sus cristales, yo la oía
Cada mañana, y al rumor atento,
—«¿Has dormido bien, madre?»—le decía.
—«¿Y tú?» me contestaba.—¡Qué ventura!
No era el júbilo aquél júbilo vano:
Padecí suerte dura;
A mi padre perdí, perdí á mi hermano,
A los dos niños, ángeles del cielo,
Y á tantos otros... y con duda fiera
Temí que ella muy pronto los siguiera,
Dejándome en el mundo sin consuelo.
Y cuando la escuchaba,
Creía que feliz la recobraba.
Cuando á casa, algún día,
Después de media noche yo volvía,
Y durmiendo ella estaba, caminando
Con paso lento y blando,
Cerraba suavemente la vidriera,

Y me acostaba al punto silencioso:
Quería que durmiera
Sin que nada turbara su reposo.
¡Hoy puedo pisar fuerte,
Sin miedo á que despierte!
En el lecho en que al cabo se ha dormido,
No la despertará ningún ruído.
En la eterna morada,
La que mía ha de ser, ya está marcada
Junto á la sepultura bendecida
Donde enterramos con amargo lloro
A la madre querida,
Que, viva, amaba, y que, difunta, adoro.
Quiero que sean en su forma hermanos
Los sepulcros que exige nuestra muerte;
Pienso que, de esa suerte,
Estaremos los dos aun más cercanos.
Así, al perder la cotidiana lumbre,
No sufriré sorpresa ni tormento;
Todo será volver á la costumbre
De tener junto al suyo mi aposento.

TEODORO LLORENTE

RECUERDOS

Mala era la situación del partido zorrillista en Palacio, y pocas sus simpatías en los círculos palatinos.

Ya hemos visto en el artículo anterior cuál era el estado de ánimo de la Reina.

Hay que confesar y reconocer que el partido democrático de entonces no le inspiraba á la noble dama, ni gran confianza, ni grandes simpatías. Luego veremos las simpatías y las confianzas que logró inspirar en el ánimo de D. Amadeo.

Como se dice vulgarmente, y como dije al principio, mal andábamos en Palacio.

No quiero decir, que en Palacio se conspirase contra el Ministerio, aunque no es imposible que se conspirara.

Lo que sí afirmo es que en aquellas conspiraciones ó conjuras, si las hubo, no entraban el Rey ni la Reina, á cuya lealtad hay que pagar este tributo.

Y esta afirmación mía bien se comprobó con los hechos.

Pero en el espíritu de D. Amadeo, los acontecimientos políticos, la guerra civil, el alejamiento de la nobleza, la actitud fría y un tanto sospechosa del partido conservador, el mismo sosiego de los republicanos y varios incidentes de que luego daré cuenta, fueron predisponiendo la voluntad de D. Amadeo, hasta precipitarle en la resolución extrema de la abdicación.

***

Uno de los acontecimientos á que antes me refiero, fué el atentado contra el Rey, ó, mejor dicho, contra el Rey y la Reina, en la calle del Arenal.

Ocurrió en uno de los meses de verano del año 1872.

Todo lo que voy á referir, en gran parte, lo supe por Martos, y otra parte la presencié yo mismo.

Y ocurrió lo siguiente:

Se presentó una tarde, en casa de Martos, Topete, el propio D. Juan Topete, manifestando que deseaba hablarle con gran sigilo, y le dijo lo que Martos me repitió, y Martos tenía buena memoria, y yo voy á repetir, advirtiendo que para estas cosas mi memoria fué y sigue siendo buena.

Olvido fechas, olvido nombres, pero jamás olvido sucesos.

Tengo, si vale la palabra, memoria de autor dramático.

Buena memoria para sucesos y hasta para el diálogo.

Diálogo y sucesos quedan grabados en la masa cerebral de mi cerebro como en plancha fotográfica.

Pues D. Juan Topete habló en estos términos:

«Amigo D. Cristino, la política nos separa; soy enemigo irreconciliable de ustedes; creo que ustedes nos llevan á un abismo; pero hay cosas en que un hombre de honor, y sobre todo, un hombre honrado, debe prescindir de la política y de sus pasiones políticas.

»Yo no vengo al hablar con usted, á prestar un servicio al Gobierno de Zorrilla, vengo á evitar un crimen, y acaso á salvar la vida del Rey, descubriéndole á usted el atentado que se prepara.

»Pero, ante todo, va usted á darme su palabra de honor, de que no ha de revelar usted á nadie que yo he sido la persona que le ha dado el aviso.»

Martos, sorprendido é interesado, dió su palabra de honor de guardar el secreto repecto al nombre de D. Juan Topete.

Y éste siguió diciendo:

«Es preciso que eviten ustedes, á todo trance, que esta noche vaya el Rey á los jardinillos.

»Yo sé, por una casualidad, pero sé positivamente, que si esta noche sale de Palacio D. Amadeo, acaso pierda la vida; por lo menos correrá grave peligro.

»Y es lo que tenía que decir á usted, y mi conciencia queda tranquila.

»Pero no pierdan ustedes un momento.»

Y con esto, se despidió Topete de D. Cristino Martos.

El cual, sin perder un momento, se fué á ver á Zorrilla.

Zorrilla iba á sentarse á la mesa; pero Martos le dijo que quería hablarle con urgencia extraordinaria.

Y rápidamente le repitió lo que D. Juan Topete le había dicho, aunque sin decir de quién tenía la noticia; pero repitiendo que se trataba de persona digna y honrada, de gran seriedad y alta posición, y que, en su concepto, sin perder un instante, debía ir á Palacio, prevenir al Rey, é impedir que fuera aquella noche, según costumbre, á pasear en los jardinillos, porque, en su concepto, el asunto era serio, de extraordinaria gravedad y de responsabilidad inmensa para el Gobierno si algo ocurría.

Y en efecto, Zorrilla se fué en seguida á Palacio.

¿Le acompañó Martos? Esto no lo recuerdo, pero creo que no fué, por lo que luego he de referir.

Llegó Zorrilla á Palacio, y para un asunto de extraordinaria urgencia pidió hablar con D. Amadeo, relatando, palabra por palabra, cuanto Martos le había referido, y sin ocultar el nombre de Martos, porque no había para qué.

D. Amadeo no tomó en serio el aviso; según Zorrilla nos contaba, se rió mucho; manifestó que, en su concepto, habían sorprendido el celo y la buena fe de Martos, y que no daba la menor importancia á la noticia.

—Señor—insistió diciendo Zorrilla,—viene de buen origen, de persona muy seria y muy adicta á Vuestra Majestad, y no es para desdeñar ni la persona ni la noticia.

—Si yo diera importancia—replicó el Rey—á todas las noticias, avisos y anónimos que recibo, crea usted que no me movería de Palacio.

Ya me han asesinado una docena de veces, y todavía no me han asesinado.

Yo no puedo estar á merced de esas amenazas anónimas, porque sería ponerme constantemente en ridículo.

—Pero, Señor...

—Dipense usted, pero esta noche iré, como siempre, á los jardinillos. Yo le agradezco á usted su buena voluntad y su celo, pero yo no retrocedo, ni ante peligros reales, ni ante peligros imaginarios.

Es cosa resuelta, esta noche iré á los jardinillos.

Tal fué la entrevista de Zorrilla con el Rey. Claro es que yo no la presencié ni oí á los personajes; pero recuerdo perfectamente lo que Zorrilla nos contó, y en sustancia es lo que yo acabo de contar á mis lectores.

Claro es que Zorrilla y Martos tomaron inmediatamente todas las precauciones posibles: avisaron al Gobernador, que era D. Pedro Mata, encargándole que en toda la noche no se separase del Rey; sembraron de policía toda la carrera, desde Palacio á los jardinillos, y cuajaron éstos de agentes, oficiales y secretos, porque es claro que los jardinillos, con la afluencia de gente, con sus bosquecillos y espesuras, eran muy á propósito para cualquier atentado.

Hicieron, en suma, cuanto humanamente puede hacerse.

Y el Rey salió de Palacio, y á los jardinillos se fué, y en ellos estuvo paseando con la Reina toda la noche, y tranquilamente regresó á Palacio.

Pero, en la calle del Arenal, según Topete había anunciado, se consumó el atentado contra los Reyes, del cual, por fortuna, salieron ilesos, mostrando el Rey y la Reina gran serenidad.

Ni presencié yo el atentado, ni he de repetir pormenores que fueron públicos. Diré, sin embargo, que tan á punto estaba la policía, que pudieron dar muerte en el acto á uno de los conjurados.

***

Y vamos ahora á la escena que yo presencié.

Me avisaron, no sé si en los mismos jardinillos ó en mi casa, de lo que acababa de ocurrir, é inmediatamente fuí á Palacio.

En uno de los salones estaban el Rey y la Reina, los ayudantes y alta servidumbre, algunos ministros y algunos hombres políticos.

La etiqueta palaciega estaba, por decirlo así, en suspenso; todos en pie, formando una especie de círculo, y hablando unos con otros, con animación é interés.

A poco de llegar yo entró Martos, saludó á los Reyes, y vino á formar parte del círculo, en el pequeño grupo que formábamos los ministros.

El Rey estaba animadísimo, sonriente y hablando como nunca le había oído hablar, ni en cantidad de palabras ni en facilidad de expresión.

Como persona que hace una vida de monotonía y de fastidio, y á quien un suceso interesante anima y despierta.

En voz alta, y de un extremo á otro de aquel círculo que todos formábamos, dirigió la palabra á Martos, diciéndole:

—¡Era cierto! ¡Era cierto! No le engañaron á usted. La verdad, yo no le di importancia, pero confieso que me equivocaba.

—Señor, yo le di importancia desde el primer momento.

Y el Rey, con mucha expresión, le dirigió esta pregunta, á quemarropa, adelantando algunos pasos:

—¿Y quién ha sido el que le dió á usted el aviso?

La situación de Martos era difícil, mas para Martos no había situaciones difíciles.

Con el aplomo, la seriedad y la gravedad consiguientes, le contestó:

—Señor, la persona que me dió el aviso á que Vuestra Majestad se refiere, me exigió palabra de honor de que no revelara su nombre. Pero, sin embargo, yo estoy seguro que...

Y pronunció lentamente estas palabras, para dar tiempo á D. Amadeo de interrumpirle.

—¡Ah! Dispense usted—dijo D. Amadeo;—ignoraba esta circunstancia. No hablemos más del asunto; la intención era buena, y sin conocer á esa persona, yo se lo agradezco.

En aquel momento entró Topete, y se dirigió á saludar á los Reyes, que le recibieron, como de costumbre, con grandes muestras de afecto.

Topete quedó al lado del Rey, y pasados algunos instantes, viendo á Martos enfrente, le dijo en voz alta, de un extremo á otro del círculo, porque ya he dicho que la etiqueta estuvo en suspenso aquella noche.

—Ya ve usted, Martos, que no le engañaba.

Así es la humanidad y así era D. Juan Topete: muy bueno, muy leal, pero obedeciendo en cada momento á las impresiones dominantes. Quería guardar el incógnito, pero no podía resistir á la tentación de aquel triunfo palaciego.

Entonces Martos le preguntó en voz alta:

—Eso es distinto. Según parece, usted no tiene inconveniente en que se sepa lo que yo, cumpliendo mi palabra, he reservado hasta aquí, á pesar de que la pregunta de Su Majestad y altos deberes me impulsaban á declararlo.

Y Topete contestó:

—Ningún inconveniente; ya no hay motivo para que yo guarde el incógnito.

—Está bien—dijo Martos; y agregó dirigiéndose al Rey:—Ya puedo, sin faltar á mi palabra, contestar á la pregunta que Vuestra Majestad se dignó dirigirme hace un instante. La persona que me dió esta tarde el aviso del complot, fué el señor de Topete.

Gran movimiento en el círculo palaciego.

El Rey y la Reina estrecharon, agradecidos, la mano de Topete; deshaciéndose, dentro de la dignidad, en demostraciones expresivas de gratitud.

Topete triunfaba; le rodeaban afanosos los palaciegos, y se oían frases de mal fingido entusiasmo en honor del ilustre marino.

Hay que confesar que la situación del Gobierno no era muy airosa, porque el Gobierno, con todos sus medios, no había descubierto lo que había descubierto D. Juan Topete por sí solo, ni después de descubierto pudo prevenir lo que, á decir verdad, no podía prevenirse.

Pero cuando estas cosas suceden al Gobierno, siempre se le acusa de torpe ó de descuidado.

A posteriori, todo el mundo es un modelo de previsión.

La masa humana tiene un fermento de injusticia y de imbecilidad de que tardará muchos siglos en librarse.

Y todas estas cosas no afirmaban, seguramente, la situación del Ministerio Zorrilla, ni ante los Reyes ni en los círculos palaciegos.

***

Pero aún me queda un pequeño epílogo para este drama político, cuyo escenario fué la calle del Arenal, y en que murieron un caballo y uno de los conjurados.

La manifestación de Topete había sido pública. Todo el mundo supo, en Palacio y fuera de Palacio, que Topete tenía conocimiento del complot, y las consecuencias fueron las que no podían menos de ser.

De lo que sigue no tuve conocimiento personal ni lo supe por Marto-; pero me lo contaron personas dignas de crédito y en situación para estar bien enteradas.

En suma: que el Juez que instruía la causa del atentado contra el Rey, se enteró, como se enteró todo el mundo, de que Topete había sido el primero que tuvo conocimiento de lo que se preparaba y, naturalmente, llamó á D. Juan para tomarle declaración.

Yo tengo casi la seguridad de que esto que voy á referir es cierto; pero empiezo declarando que no me consta personalmente.

Y hechas estas salvedades, para descargo de mi conciencia, el epílogo empieza.

El Juez, según parece, le preguntó á D. Juan Topete si era cierto que había tenido noticia de que se preparaba un atentado contra el Rey.

Topete contestó resueltamente que sí.

—¿Y cómo llegó á su conocimiento?

—Porque vino á casa á referírmelo un amigo, en quien tengo confianza absoluta.

—¿Y cuál es el nombre de ese amigo?

—Dispense usted, pero me es imposible decirlo; tengo empeñada mi palabra de honor.

Naturalmente, el Juez no se dió por satisfecho.

Ante la justicia, estos compromisos de honor no prevalecen.

El Juez siguió insistiendo.

D. Juan siguió resistiéndose.

Y sólo al fin, acosado por las reflexiones, las naturales exigencias y hasta los mandatos de la autoridad judicial, transigió, en parte, haciendo la siguiente relación, aunque reservando siempre el nombre de la persona.

La relación que, según Topete, le había hecho su amigo, es de lo más extraña que puede imaginarse.

Y, sin embargo, yo no la niego en absoluto, porque, á veces, la realidad se esmera en aparecer absurda, extravagante ó inverosímil.

Ha dicho, no sé quién, á propósito del arte dramático, que sólo la realidad puede satisfacer el capricho de tales inverosimilitudes y extravagancias.

Pues le dijo D. Juan Topete al magistrado, y quien, según parece, pudo oirlo, y á mí me lo refirió, que su amigo (el de D. Juan) le había ido, alarmadísimo, con el siguiente cuento:

Que al salir de la Biblioteca Nacional (de la antigua Biblioteca) observó que se le había soltado una cinta del calzoncillo, y como viese un coche de punto detenido junto á la acera, puso el pie en el estribo para atarse la oportunísima y desatada cinta.

No podía verle el cochero, porque estaba en pie y del otro lado del coche, hablando con un individuo de mal aspecto.

Ni uno ni otro, como queda dicho, podían ver á la persona en cuestión, porque toda la caja del coche les separaba; pero, como ambas ventanillas estaban abiertas, lo que el cochero y el personaje sospechoso hablaron pudo oirlo el amigo de Topete.

Desde las primeras palabras que oyó, parecióle que el asunto era grave, y siguió prestando atención y oyendo cuanto hablaban.

Por la conversación sorprendida, adquirió el profundo convencimiento de que se trataba de asesinar, aquella noche, al Rey, é inmediatamente fué á casa de D. Juan Topete á darle cuenta del complot.

Esta fué la relación que hizo ante el Juez el ilustre marino.

Si la relación es cierta, ha de confesarse que la realidad es, en ocasiones, soberanamente idiota.

Un juicio parecido á éste debió formar el Juez, porque insistió, con todo el peso de su autoridad, en que D. Juan le dijera el nombre de la persona en cuestión.

Al fin Topete, batiéndose en retirada, le dijo al Juez que no podía faltar á su palabra, pero que iría á ver á su amigo, para ver si éste le dejaba en libertad.

Y salió, en efecto, y se fué á ver á su amigo, y el Juez, como sin duda le repugnaba el espionaje, ó la policía no había adquirido el desarrollo que hoy vemos en las novelas, le dejó ir, y no mandó que le siguiesen.

Pasó un largo rato; volvió Topete. Aseguró que su amigo insistía en guardar el incógnito, con lo cual no pasó más, y el atentado fué á refugiarse en las sombras densas del olvido, en que se agazapan las cosas que han de quedar eternamente ignoradas.

Y no más. Un hombre muerto, un caballo malherido, y el Gobierno grandemente quebrantado.

José Echegaray

UNA EXCURSIÓN POR SANTIPONCE (SEVILLA)

EN LAS RUINAS DE ITALICA

Como á cinco kilómetros al NO. de Sevilla, en la margen derecha del Guadalquivir, y sobre las irregularidades del recuesto que se forma al terminar de la allí denominada *Vegueta*, se levanta la moderna villa de Santiponce, humilde en su apariencia, con no crecido vecindario, y nombre que parece recuerdo del de su señor y dueño primitivo, después de la Reconquista cristiana; pero famosa, á despecho de su humildad, por el *Monasterio de San Isidoro del Campo*, cuya iglesia, que sirve de parroquia, guarda los restos venerandos del héroe de Tarifa, y principalmente por las ruinas de Itálica y las de su despedazado *Anfiteatro*, que son de universal renombre.

Oficial misión, que había aceptado con reconocimiento por lo que de honroso para mí tenía, llevábame á visitar la villa mencionada; y una hermosa mañana del pasado mes de Marzo, tomando uno de los carruajes que en las gradas de la celebrada Catedral estacionan, dispúseme á ir allí, acariciando ensueños y esperanzas lisonjeras, no «livianos como el placer», sino fundamentados en hechos positivos y seguros.

Mientras el vehículo seguía por la orilla del padre Bétis, y cruzaba el puente para internarse por el populoso barrio de Triana, tan sugestivo como pintoresco, iba yo recordando cuanto los autores de todos los tiempos han dicho acerca de

Itálica y de Santiponce, lo cual llevaba obligadamente fresco en la memoria.

A ella acudía, con efecto, lo asegurado por Ambrosio de Morales, por el P. Juan de Mariana, por Rodrigo Caro, y por cuantos de los citados escritores lo toman, indicando que en el emplazamiento de Itálica existía de antiguo una ciudad denominada *Santios, Sancios* ó *Sanctius*,—pues de estos tres modos aparece el nombre,—la cual fué escogida por Scipión el Africano, luego de pacificada la provincia, para que en su recinto se reconcentrasen los mílites enfermos y debilitados por las heridas que habían en la campaña recibido, y en aquel lugar se restablecieran y se curasen, como en adecuado y propicio sanatorio.

Yo no sé hasta qué punto ésto del nombre sea realmente aceptable. Es de suponer, de acuerdo con el discretísimo P. Flórez, que cuando Scipión dispuso reconcentrar *in unam urbem* los legionarios heridos y quebrantados durante la campaña dicha, según el texto de Appiano Alejandrino, tuviese aquella ciudad apellido propio que la distinguiera, si bien el sabio agustino, contra la interpretación de Celio Secundo Curion, citado por Matute y Gaviria, declara no descubrir en Appiano «semejante especie» (1).

Apunta el autor del artículo *Santiponce*, en el *Diccionario* de Madóz, que la opinión en virtud de la cual se afirma que la ciudad llamada luego Itálica llevaba antes «nombre de *Sanctius*, parte de un error de impresión que aparece en la edición italiana de Appiano, hecha por Braccio, donde se ha escrito *Santii* por *Santi*, que equivale á debilitados ó estropeados», añadiendo luego, que «tal vez el mismo nombre de *Santiponce*» es recuerdo «de la condición de los veteranos de Escipión avecindados en este sitio, habiendo podido formarse de *Sancio-*

(1) *España Sagrada*, t. XII, pág. 228. El texto de Appiano dice: «Scipio milites omnes vulneribus debiles in unam compellit urbem, quam ab Italia Italicam nominavit.»

rum positio, esto es, establecimiento de los inválidos ó estropeados» (1).

Muy buena voluntad se necesita para dar como verosímiles estas revesadas y caprichosas indicaciones etimológicas; porque si el texto de Appiano,—que publica por nota el P. Flórez,—no dice nada de nombre semejante, y la ciudad denominada Itálica desde aquella reconcentración sanitaria, no consta, ni puede constar, sirviera anteriormente nunca para depósito de inválidos ó estropeados en la guerra, ¿cómo había de llamarse, ni *Santios,* ni *Sancios*, ni *Sanctius*, cuando se supone gratuitamente que en tal apelativo se alude á los legionarios debilitados á causa de las heridas?... Ni ¿cómo admitir la hipótesis singularísima de que pudiera el recuerdo del fantaseado *Sanciorum positio* conservarse en el nombre de Santiponce?...

Lo mismo habría de decirse de otras varias invenciones etimológicas, que Matute llama arbitrarias, relativas todas al apellido de la humilde villa actual, y no mayor respeto merece en justicia la peregrina del P. Quintana Dueñas, que el referido Matute apadrina, de juzgarle «deducido de San Geroncio», primer Obispo de Itálica. «Nada es más fácil, en caractéres antiguos y desusados,—escribe ingenuamente el dicho Matute,—que perder la R su rasgo inferior, quedando convertida en P, en cuyo caso ya se leería SANGEPONCIO, y de aquí, *Santiponce*» (2).

Siempre he tenido por ocasionadas estas lucubraciones etimológicas, fundadas las unas en testimonios inciertos é inadmisibles, y deducidas las otras, ya al capricho, ya por similitudes fonéticas; pero, á pesar de ello, ¿no pudo provenir, con más visos ó apariencias de verosimilitud, de un Sancio ó Sancho Ponce, dueño del lugar, que primeramente llevó por él tal apelativo?... Porque sobre mencionar los escritores arábigos

(1) Tomo XIII, págs. 837 y 838.

(2) *Bosquejo de Itálica* (Sevilla, 1827), págs. 148 y 149.

con el de *Talca* á la que fué Itálica, no hallo ninguno que consigne el nombre de Santiponce, siendo muy extraño que, así como hoy suena, se perpetuase entre los musulmanes, por espacio de más de quinientos años, para llegar sin alteración al de 1248, fecha de la reconquista de Sevilla por San Fernando, y perpetuarse incólume hasta nuestros días.

Por otra parte,—pensaba yo al correr del carruaje,—¿no están conformes todos los autores en que el lugar llamado Santiponce en el *Repartimiento de Sevilla*, era una pequeña alquería (aldea, burgo, lugar, poblado), situada en la misma playa del Guadalquivir, en la denominada hoy *Isla de Hierro*?... Pues si aquella alquería,—hubiese ó no sido propia de un cierto Sancho Ponce,—fué destruída totalmente, como aseguran, en las ríadas de 1595 y 1603, y sus vecinos, vasallos de los monjes jerónimos,—á quienes Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno* dió en propiedad todos aquellos terrenos en los principios del siglo XIV,—erigieron en *Sevilla la Vieja* una nueva Santiponce, que es la villa actual, ¿qué tenían que ver con ella, ni los pretendidos *Sancios* que Escipión reconcentró en la ciudad llamada luego Itálica, ni San Geroncio, el primer prelado italicense de los tiempos apostólicos?...

Tal iba yo pensando, en el momento en que el carruaje torcía á la derecha, y apartándose así de la carretera de Extremadura, tomaba por la orilla del río la dirección de la Cartuja, que quedó al fin á la izquierda con sus tapiales y sus chimeneas en forma de embudo invertido, y por carriles estrechos y profundos á veces, donde la huella de los pesados carros de carga se hacía sentir en los vaivenes y bruscos saltos del vehículo, corría éste por entre feráz y verdegueante campiña, cruzando y recruzando senderos que, como la trama de la urdimbre, se entretejían constantes.

Allá, á la izquierda, dibujaban sus contornos rígidos y obscuros en el horizonte, entrecortadas colinas, de figura diferente y más ó menos íntimamente eslabonadas, con penachos de olivos ó crestas informes, que les daban extrañas aparien-

cias. Había colinas, al parecer aisladas, cónicas, semejantes á pirámides, cuya configuración hacía semblante de revelar la mano del hombre primitivo, y constituir por aventura uno de aquellos túmulos que con tanta abundancia sembraron por las campiñas andaluzas las razas antehistóricas; otras alturas, cuyas depresiones y accidentes les daban diversidad de aspectos, se extendían perezosamente, con el pelado lomo al aire, sobre un mar de lujuriosa verdura, para morir cortadas de repente.

A través de las cruzadas ramas de los olivos, allá en la lejanía, al pie de aquellas desiguales eminencias discontinuas, veíase marchando, sobre levantado terraplén, cual mecánico juguete, los coches y las vagonetas encadenados de largo tren minero de Cala, que apenas casi se distinguían, mientras á impulsos de la brisa, las blancas bocanadas del vapor lanzado al espacio por la negra chimenea de la locomotora, giraban desgreñadas por entre el ramaje, se retorcían luego, se desgarrabau después, y se desvanecían á la postre, dejando girones tenues, prendidos un instante en los descarnados brazos de los árboles.

Más adelante, se dibujó á mi frente, sobre el límpido celaje, á los rayos del sol, y asentada en otra pequeña eminencia, la masa blanquecina de religioso edificio, con su rechoncha torre de piramidal cubierta de pintados azulejos, y sus muros manchados. Era aquél, bastardeado por el mal gusto de otros tiempos, el famoso *Monasterio de San Isidoro del Campo,* el cual, como preludio de lo que esperaba hallar en Santiponce, me salía al paso, á modo de heraldo vocinglero, henchido de memorias y de recuerdos de edades ya pasadas, y disfrazado de un modo lamentable.

¿Cómo, en presencia de aquel monumento, erigido por la piedad de Alonso Pérez de Guzmán el *Bueno* á los comienzos del siglo XIV, y reconstruído en las postrimerías del XV, cómo olvidar la noble generosa figura del héroe incomparable de Tarifa?... Reposan allí, en el lado del Evangelio del presbite-

rio de la iglesia, dentro de la hornacina adonde fueron en 1609 trasladados, los restos del magnate valeroso y aventurero, progenitor insigne de los Duques de Medina Sidonia, y sobre ellos se aparece la estatua orante del prócer, en súplica continua.

Enlazado con este recuerdo, acude el del gran Isidoro de Sevilla, cuya historia se desarrolla en los sombríos y borrosos lienzos colocados cerca de la bóveda, á los pies de la iglesia... Allí está su juventud interpretada, y allí los principales episodios de su vida: hasta el momento en que, hallado por milagrosa inspiración el lugar en que desde el año 636 yacía enterrado, Al-Môtamid, el régulo de Sevilla, entregaba á los embajadores de Fernando el Magno en 1063 el cuerpo del sabio autor de las *Ethimologías*, é instituidor glorioso de la española iglesia.

Dícese que, si no en el sitio mismo en que fué construído el *Monasterio*, en aquellas cercanías hubo de ser por aventura descubierto el lugar donde San Isidoro fué inhumado; esto á lo menos sostienen los escritores de Sevilla, señalando precisamente á Itálica... ¡Qué dato más precioso, si resultare cierto por alguna manera lo que con notorio optimismo se afirma, para historiar los días postreros de la espléndida Colonia, supuesta patria del gran Trajano y de Teodosio! Nada hay en la realidad que lo atestigüe; no pasa todo ello de la categoría del supuesto gratuito, convertido en hecho incontrovertible casi, por la fantasía, la credulidad y la fe, con la cual ciertos espíritus miran las tradiciones que, aun de soslayo, con la religión se rozan.

Quién sabe si, con efecto, guió la casualidad en 1063 á los descubridores del pretendido sepulcro de San Isidoro, para hallar en aquellas tierras que forman el egido de Santiponce, alguna de las muchas sepulturas, de mártires cristianos las más de ellas, encontradas allí el año 1903, y trasladadas al *Museo Arqueológico* hispalense por la diligencia de la Comisión provincial de Monumentos! ¡Quizás así aconteciera, y el hallazgo

de tal sepulcro, por las indicaciones de cristianismo que en los demás aparecen, diera de buena fe pábulo con ellas á la creencia, de que allí fué sepultado el santo hermano de San Leandro, Santa Florentina y San Fulgencio!

En la segunda nave, agregada por el N. á la iglesia del *Monasterio*, enséñase piadosamente, dentro del rectangular y pequeño hueco en el muro practicado, un fragmento de mármol blanco ordinario, que lo es del borde superior de un brocal de pozo, presentado por su cara interna. A causa del ludir constante de la soga de que pendía la *situla* ó acetre con que de la cisterna se extraía el agua, hállase acanalado, aunque no muy profundamente, y por la cara exterior, que no es posible ver, pero sí palpar, se muestra como moldurado; grabada por bajo en otra piedra del propio hueco, figura la conocida sentencia: *Gutta cavat lapidem.*

De puro ingenua y candorosa, es verdaderamente peregrina la anécdota que refiere por vez primera en la *Vida de San Isidoro* el Cerratense, y que después, alterada, se ha difundido; de ella se pretende sea valedero fiador y auténtico testimonio irrefutable, el fragmento de brocal marmóreo, allí guardado y reverenciado como santa reliquia. Dice, con efecto, el Cerratense, que como San Isidoro en su niñez tuviera tenaz dificultad en aprender los rudimentos de las ciencias y de las letras, temeroso del castigo (verbera) que por su desaplicación le impondría el maestro, huyó de Sevilla, y, fatigado, se dejó caer á la orilla de un pozo, del cual no expresa tuviese brocal alguno. Había en aquel sitio una gran piedra, ó singular peñasco, perforado por irregulares agujeros, é hincadas en el borde del pozo, unas tablas ó maderas acanaladas, que de brocal hacían seguramente oficio.

Llamáronle la atención, tanto la piedra agujereada como las acanaladas maderas; y como llegase en aquel momento una mujer para sacar agua, el niño hubo de preguntarle, movido por la curiosidad y preocupado, por qué causa tenía la piedra aquellos agujeros y aquellas canaladuras la madera. La mujer,

entonces, hubo de responderle: «Esta piedra ha sido horadada por la frecuencia con que las gotas del agua caen sobre ella, y estos maderos están acanalados por el roce continuo de las cuerdas.»

Entonces el niño, reflexionando, se dijo: «Si la piedra durísima es horadada por el agua, y es seccionada la madera por la cuerda, ¡cuánto mejor yo, que soy hombre, podré, trabajando todos los días, llegar á vencer mi resistencia al estudio!» (1). El Cerratense, pues, que no menciona á Itálica, no hablaba tampoco de brocal de mármol acanalado, ni la sentencia grabada en el hueco en que figura la reliquia tiene relación con tales canaladuras, pues alude al gran peñasco horadado que había al lado del pozo, según el escritor referido.

A estos recuerdos, uníanse los del retablo mayor, que comenzó á labrar en 1613 Montañés, y en el cual se ostentan con la de *San Jerónimo,* las notables esculturas de *San Isidoro, San Juan Evangelista* y la *Asunción de la Virgen*, y cuatro relieves de gran bulto que el retablo adornan, todo ello obra de la mano de aquel insigne escultor hispalense, gloria de las artes, viniendo también á mi memoria, sobre todo, la del pequeño *patio de los Frescos,* denominado así por las inestimables pinturas al temple que decoran el zócalo desde el siglo XV, al cual corresponden, y que están hoy defendidas por medio de articuladas portezuelas de madera, que mandó colocar allí, con plausible acierto y previsión laudable, la Comisión Provincial de Monumentos.

Ya en esto, el carruaje, siguiendo por la orilla del terraplén del ferrocarril de Cala, y bordeando la *Vegueta*, convertida á trechos en lagunas, cruzaba por una de las alcantarillas del dicho terraplén, y penetrando en Santiponce, dejaba á su derecha la Casa Consistorial, y se detenía delante de la del señor Alcalde, D. José Moreno Castilla, en la *calle* que se denomina de *Rodríguez de la Borbolla*, donde hube de apearme.

(1) *España Sagrada,* t. IX, págs. 394 y 395.

Es el señor Alcalde persona amable y complaciente (1); y así, luego de enterarse cortésmente de mis propósitos, púsose á mi disposición con entera galantería, comenzando á recorrer juntos la población, en la parte que á su juicio podría más interesarme. Aunque llana, por lo general, la villa ofrece con frecuencia desigualdades en las rasantes de su piso, que visiblemente, y sin gran esfuerzo, se advierte no son producto de la natural conformación del terreno en que tiene asiento. El caserío, cuidadosamente enjabelgado al exterior y al interior, si bien no presenta aspecto de magnificencia, parece cómodo; hay calles empedradas, con aceras de ladrillos, aunque son las menos, y delante de muchas puertas, á modo de alfombra, se extiende un rectángulo de enladrillado, en el cual, con frecuencia, aparecen utilizados segmentos de círculo de barro cocido, colocados en su propia forma, y que son piezas con las cuales se construyeron los fustes de algunas columnas en la espléndida Colonia italicense, las cuales piezas vuelven á ver la luz, al cabo de los siglos, dedicadas á uso bien diferente.

Fué aquella la primera aparición de las reliquias de Itálica con que me brindaba al paso Santiponce. Después, al dirigirme á la *calle de Pitas*, hollaron mis pies los anchos y recios frogones de indestructible argamasa romana que, cortando verticalmente las escabrosidades del terroso piso de la torcida vía, marchaban solemnes y compactos á enlazarse con otras manifestaciones análogas de construcción, las cuales, por su desarrollo y por su fortaleza, parecían denotar que correspondieron al *Arce* de la población desaparecida.

Luego, no sé si allí colocados por el capricho de alguien, ó si conservan su original yacimiento, en las excrecencias inferiores de enjabelgado edificio, vinieron á saludarme varios restos de pavimento de mosáico, formado de policromados y menudos cubos, casi todos de mármoles de colores y afectando

(1) En los momentos de publicarse este artículo, desempeña la Alcaldía, por enfermedad del propietario, su sobrino el primer teniente don Teodomiro Velázquez.

geométricos dibujos. Sobre aquel saliente desigual, tan ricamente decorado, corrían los descalzos pies de los muchachos de uno y otro sexo, que me importunaban silenciosos, poniéndoseme siempre por delante.

Así llegamos á la *calle de Siete Revueltas*. Encontrando por todas partes en el suelo artificial por el cual caminábamos, y como los crestones que afloran sobre el terreno, denunciando la naturaleza mineral del mismo, rastros abundantes de sólida construcción romana, que, sabe Dios, á qué fábricas habrán hace veinte siglos correspondido! Delante de la casa que lleva el número 12 detúvome el Alcalde, encaminándose á ella. Habló con una mujer recia y morena, tocada con un pañuelo anudado á modo de bonete, costumbre característica en esta población y en otras como Villalba del Alcor, en la inmediata provincia de Huelva, y penetramos en el edificio, dirigiéndonos sin más al corral que en su fondo se abría.

—De aquí—me dijo el Sr. Moreno Castilla, señalando uno de los extremos del corral, donde la tierra parecía no ha mucho tiempo removida,—de aquí, de este sitio, fué el año de 1900 extraída la estátua de Diana, que figura en el *Museo Arqueológico* de Sevilla, y que allí habrá usted sin duda visto.

Verdaderamente, el hallazgo había sido, con razón, muy sonado dentro y fuera de España, para que yo no recordase el feliz acontecimiento, y con él, que casi al propio tiempo, y de aquel mismo paraje, habían sido extraídos los magníficos fustes, los labrados capiteles corintios, las basas y los trozos de bien tallados y marmóreos frisos, que, á uno y otro lado del pedestal donde en el *Museo* sevillano se ostenta la hermosa escultura mutilada de la diosa, tienen colocación en aquella galería. Recordé asimismo que, grabada sobre el mármol del pedestal en que surge la citada escultura, está la planta del templo que los italicenses erigieron á aquella divinidad y fué descubierta en parte, reconstituída por el arquitecto provincial D. Aurelio Alvarez; y todos estos recuerdos, evocados de golpe, hiciéronme detener en aquel sitio, calculando cuánto no

podría obtenerse del vaciado del mismo para futuras investigaciones, si todo permanecia en el mismo estado.

La mujer de Casimiro Arribas, pues tal es el nombre del dueño de la finca, vino á distraer mi atención preocupada, llevándome á otro rincón del corral y mostrándome cuatro pedazos de blanco mármol, tirados en el suelo, y revueltos en él con otros varios objetos de distinta índole. Como persona diestra, separó los trozos de cuanto les rodeaba, y, ayudada por mí, reconstituyó con ellos muy hermoso capitel corintio de pilastra, que mide 0,60 metros de altura por 0,80 de mayor latitud, y que sólo á falta de una pequeña voluta, resultaba entero, con sus gallardas hojas de acanto, que volvían graciosamente, y la concha característica de resalto, en el centro ó eje latitudinal de la moldura del cimáceo.

Habían sido aquellos fragmentos, según me aseguraron, pocos días antes encontrados allí mismo, donde la Diana, y me proponía que los adquiriese con los otros restos en tal lugar amontonados, y que eran ponderales de barro, el metacarpo de una pequeña mano fracturada, correspondiente á una estátua de no grandes dimensiones, fragmento del friso de que ya había muestra en Sevilla, y otro de mármol, que decía ser de la propia Diana. Al fin me decidí á adquirir, para el *Museo Arqueológico Nacional*, el capitel de pilastra, que ya en el citado Establecimiento científico figura, y á él añadió los otros fragmentos de mármol, con el que suponía ser propio de la Diana, el cual remití al digno jefe del *Museo* sevillano, mi afectuoso compañero D. Manuel de Campos y Munilla, quien no encuentra, según me dice, que pertenezca á tan bella escultura.

Llevóme después á otro lado del corral, donde, en cierta excavación como de dos metros, hecha á manera de pozo, criaba algunos conejos. Los roedores, decía, habían practicado varios agujeros en la tierra húmeda de las paredes, y á través de uno de ellos, caída sobre un tablero de mármol blanco, liso al parecer, asomaba blanqueando una hermosa basa, idéntica á las que de allí fueron llevadas al *Museo Provincial* con la Diana.

A ser todo esto cierto, parecía indudable, en presencia de aquellos parlantes y expresivos testimonios, y de aquellos otros recogidos ya anteriormente, que, debajo de la tierra revuelta del corral, debían yacer aún restos del templo de Diana, cuya planta había sido cubierta de nuevo, y suponía respetada por el propietario, á quien, como á la generalidad de los exploradores de las ruinas italicenses, no interesaba sino el rebusco de objetos de mayor ó menor interés con que lucrarse. Desmontado cuidadosamente el terreno en mayor extensión; descubierta otra vez, si existía, la planta reconocida del templo, la cual, daba la rasante primitiva, no sería difícil, pensaba yo, encontrar alguna de las vías afluyentes, y recoger, si perduraban, los demás restos del edificio religioso y los de los particulares adyacentes, cuyas reliquias, más ó menos despedazadas, debian permanecer, tantos siglos ha, ocultas en aquel paraje.

Interrumpiendo estas reflexiones mías, el señor Alcalde guióme, ya en el otro lado de la carretera de Extremadura, á la barriada de la villa, surgida en las que fueron de antiguo denominadas *Eras del Monasterio*, sin duda porque allí estuvieron las de *San Isidoro del Campo*, cuando todo este terreno, apellidado en común otro tiempo *Sevilla la Vieja*, según Rodrigo Caro, fué propiedad de los religiosos por espléndida merced de Guzmán *el Bueno*.

Fué aquél uno de los sitios explorados con mayor insistencia el año 1839, con una brigada de presidarios, por el benemérito y ya olvidado oficial tercero segundo del Gobierno político de Sevilla, Sr. D. Ivo de la Cortina, siendo sucesivamente *Gefes políticos* de la provincia (con *g*, como entonces se escribía el nombre) los Sres. D. Manuel Alvarez Guerra y don Joaquín María de Alba; y tanto los periódicos locales, el *Diario de Sevilla* y *El Sevillano*, como la *Gaceta de Madrid*, cuenta dieron, más ó menos circunstanciada, de los *objetos extraídos* en aquellas excavaciones, autorizadas por Real orden de 30 de Enero del año referido.

Fué allí, donde señalaban los autores el emplazamiento del

Foro de la antigua colonia italicense; donde el 28 de Marzo de 1839 aparecía un mosáico, del cual decía el oficial director de las excavaciones que en «mérito sobrepujaba á los conocidos hasta el presente», pavimento que mandó «tapar» entonces, proponiéndose descubrirle más adelante (1); donde en Mayo era hallado el bello *Mosáico de las Estaciones*, del que es dado gozar por el acabado dibujo hecho por mi señor tío don Demetrio, director que fué más tarde de las excavaciones en Itálica, y que ha desaparecido, cuando en la relación que lleva fecha de 1.° de Junio, é insertó la *Gaceta de Madrid* del 23, decía el Sr. D. Ivo de la Cortina, por medio de nota, que «sin costar cantidad alguna al fondo de la obra», quedaba encerrado en una pared de seis varas de elevación y tres cuartas de espesor»; donde era asimismo descubierto el famoso *Mosáico de las Musas*, destruído también, y que no podría ser hoy debidamente apreciado, si aquel hermano de mi Padre, citado arriba, no hubiese hecho de él muy hermoso dibujo, publicado luego en el tomo primero del *Museo Español de Antigüedades* (2).

Fué en aquel sitio, al cual me guiaba complaciente el señor Alcalde, en aquellas *Eras del Monasterio*, donde, durante el mes de Marzo, tuvo el señor de la Cortina la fortuna de que las herramientas de los penados, que trabajaban á sus órdenes, tropezasen con la marmórea estátua mutilada que, á juicio del explorador, representaba la figura del emperador Trajano, con parte de la que atribuyó á Junio Bruto, y con una cabeza de Minerva, «que excede,—escribía,—á todo lo más bello que se ha recolectado en todo tiempo en estas ruinas», siendo difícil encontrar «en Roma pieza que le exceda» (3); donde, en el mes de Abril, hallaba, entre otros varios restos de estatuaria

(1) *Gaceta de Madrid* del 16 de Abril de 1839.

(2) Asegura mi señor tío, en la monografía á que sirve de ilustración la cromolitografía del Mosáico, fué éste hallado el 12 de Junio de 1839; pero de él no hace con tal fecha mención ninguna de las *Relaciones* oficiales publicadas en la *Gaceta* de aquel año.

(3) *Gaceta de Madrid* del 16 de Abril de 1839, ya citada.

y de escultura de mayor ó menor importancia, otra cabeza, á su parecer, «retrato... de persona notable», y las piernas y un brazo de la misma figura, la cual estimaba «ejecutada en la época más florida del imperio» (1).

En aquella extensión de terreno, á lo largo de la carretera de Extremadura, y sobre los escombros de la destruída Itálica, levántase hoy una barriada de labradores, distribuída en calles, denominadas pomposamente dos de ellas *de Trajano* y *del Duque de Medinasidonia*. Quizás la primera deba el nombre que ostenta á la circunstancia de haber sido hallada allí la estátua mutilada que atribuyó á aquel emperador italicense el señor de la Cortina, en 1839. En su extremo inferior, subsisten en una hondonada restos de construcción romana, revestida de ladrillo, bóvedas soterradas, la apariencia de un edificio de grandes dimensiones, á que nombre dan de *las Thermas*, vulgarmente en Santiponce.

El corral de una de aquellas humildes casas, pequeño y sin cultivo, insiste sobre otros restos de construcciones, trozos abovedados que ofrecen al exterior la apariencia de murallones de más de 3 metros de ancho; pero que, según el señor Alcalde, estaban «huecos por bajo»; al lado, fueron hallados tres mosáicos, de los cuales sólo queda la memoria; de otra casa inmediata fué en 1889 extraída hermosa tabla de bronce, del siglo II, y $1^{m},60$ de longitud por $0^{m},93$ de latitud, que contiene un fragmento de un Senado consulto reglamentando los juegos de los gladiadores, y hoy, en el *Museo Arqueológico Nacional*, figura al lado de los famosos bronces de Osuna, y otros no menos notables.

Es frecuente el hallazgo en estos lugares de monedas y de objetos suntuarios; en el corral de otra casa de la *calle del Duque de Medinasidonia*, me señalaron otra cisterna, un pozo, como allí dicen, en el centro de un mosáico que ha desaparecido, cisterna ó pozo que hubo de ser el *impluvium* de un edi-

(1) Idem del 20 de Mayo.

ficio; en la *calle Nueva*, casa de Manuel García Ortiz, hallábase á medio descubrir un mosáico, ya de época decadente, formado de piedras ó cubos negros, blancos y acaramelados, que dibujaban diversos rombos, con una cara de piedras acarameladas, y la guardilla ú orla decorada por sutil vástago negro serpeante; pero cuya ejecución y la regularidad de las piedras son perfectas, y trajeron á mí el recuerdo de otro trozo de mosáico hallado en *el Castillón*, cerca de Antequera.

Poco más allá, en el corral de la casa de D. Teodomiro Velázquez Moreno, sobrino del señor Alcalde, hallé hechas catas diversas; y arrinconado contra el muro, extraído de una de aquellas excavaciones, hallábase tendido un trozo de un fuste de mármol gris estriado y de gran módulo, como testimonio eficaz de que allí hubo de levantarse hermosa fábrica arquitectónica, cuyos escombros yacen todavía quizás hacinados y ocultos en aquel paraje.

Fragmentos epigráficos; *un muñeco*, es decir, una escultura vendida á no se sabe quién: trozos de labradas cornisas, de cloacas, de construcciones de todo género, aparecen allí con frecuencia, diciendo por modo harto expresivo que aún quedan en aquel sitio restos, indicaciones, ruinas de la ciudad donde nació Teodosio.

No sé en casa de quién de los vecinos de Santiponce que llevan en la actualidad el apellido *Artillo;* pero sí que en el llamado *Pajar de Artillo*,—ya sobre la carretera,—el día 3 de Mayo de 1898, los jóvenes Antonio Marín y Castillo y Mariano Jiménez, «con el propósito de sacar tierra para una edificación que proyectaba hacer» el padre del primero en su casa, comenzaron á trabajar, cuando «tropezó la espiocha... con un objeto duro, que se rompió al golpe». «Examinado aquél, se vió que era una vasija de cobre, tapada con una barra de plomo, y que de allí caían monedas de oro», que se apresuraron á recoger, «así como otra barra de oro que estaba junto á la vasija», y que, en perfecto estado de conservación, afectaba la forma de un paralepípedo, con 3.702 gramos de

peso, y además otra barra de plata, en forma de tronco de pirámide cuadrangular, con 3.875 gramos de peso» (1).

Sospéchase, y no sin fundamento á mi juicio, que aquel depósito de monedas y de metal precioso, fué motivado por un acontecimiento histórico de importancia: por la presencia de los moros que en los días de Marco Aurelio y de Lucio Vero invadieron la Península y devastaron casi todas las Hispanias. Ante el terror que aquellas hordas produjeron en los habitantes de la una y de la otra, es muy de presumir, con efecto, que uno de los moradores de la ciudad italicense, noticioso de la aproximación de los feroces invasores, se apresurarse á reunir y guardar el numerario que á la sazón poseyese y las barras allí encontradas, ocultándolo en las entrañas de la tierra, y en lugar sólo de él conocido. Muerto en aquella triste ocasión, nadie pudo sospechar el depósito, del cual ha sido fiel guardadora la tierra hasta el año de 1898... Es este hecho natural y legítimo, y de él hay frecuentes ejemplos, tanto en la edad antigua, como en la media y la moderna.

Poco tiempo ha, en el año de 1904, practicando un labrador en los *Llanos de Vanda*, provincia de Córdoba, un hoyo para plantar un pie de olivo, tropezó también con otra vasija, aquí de barro y de no exiguas dimensiones, llena de monedas romanas de plata. Eran todas ellas del tiempo de la República, familiares, y en tan perfecto estado de conservación, que parecían recién acuñadas, como los áureos de Itálica. Si, como han tratado de demostrar algunos escritores militares, tanto españoles como extranjeros, fué en aquellos *Llanos* donde riñeron César y Pompeyo la última y definitiva batalla, es indudable que, el dueño de aquel dinero, temeroso de los excesos de la soldadesca, ya triunfante César, ya saliera victorioso

(1) Véase la erudita Memoria que acerca de estos *áureos y barras de oro y plata*, escribió y publicó, por encargo honroso de la Comisión Provincial de Monumentos de Sevilla, mi docto amigo y compañero, ya difunto, D. Francisco Caballero-Infante y Zuazo en el mismo año de 1898.

Pompeyo, creyó más prudente enterrarlo en el campo, en sitio sólo de él conocido, que guardarlo en su casa; pero así el cordobés como el italicense cayeron á los golpes de los cesarianos y de los moros respectivamente, y allí quedaron ocultas aquellas riquezas que la casualidad hubo de descubrir, como ha descubierto algunas de las que ocultaron los míseros moriscos al ser desterrados de su patria, las que guardaron los españoles en días de tribulación con motivo de la invasión francesa, y durante las dos guerras civiles que en el pasado siglo XIX han ensangrentado el suelo de la madre España.

El espectáculo de todo aquello que había visto en Santiponce, gracias á la amabilidad del Sr. Moreno Castilla, su actual Alcalde, y á la de los vecinos, en cuyas viviendas hube de introducirme para llevar mi investigación á cabo, despertaron en mí tal cúmulo de ideas relativas á las obras que podrían practicarse en la villa para descubrir algo de la celebrada Itálica, que bien merecen las dedique capítulo aparte, recordando, sobre todo, cuanto se ha venido haciendo desde las notables excavaciones dirigidas durante más de veinte años consecutivos por mi ya nombrado tío, el arquitecto D. Demetrio de los Ríos—á quien tanto se debe allí,—se ha hecho hasta el año de 1903, en que aquella población, que parecía agotada para la ciencia, ofreció nuevas y muy interesantes sorpresas, dignas de estimación y de estudio.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

CORAZONES GENEROSOS

I

Estamos en una sala de Juzgado municipal. Presidiendo el tribunal, allí, en el fondo de la sala, se halla sentado el juez, hombre de edad provecta, de elevada estatura, complexión robusta y rostro de expresión ruda y enérgica. Sin interrupción, durante varias horas, no ha hecho otra cosa que resolver litigio sobre litigio, y á la postre se ha sentido invadir por un sentimiento de huraño malestar. Es difícil saber si lo que le incomoda es el calor sofocante de la sala, ó si es que le han disgustado á la larga tantas querellas mezquinas, que no parecen haber nacido sino para acusar el afán de triquiñuelas, la falta de caridad y la despiadada competencia de los hombres.

Acaba de abordar la última de las causas que deben juzgarse aquel día. Trátase de una demanda de pensión alimenticia.

Este asunto se ha visto ya en el transcurso de la sesión precedente, y el secretario da lectura del acta de los debates anteriores. Dedúcese de ella que la parte demandante es la hija de un pobre jornalero, y que el demandado es un hombre casado.

Declara éste, según consta en el acta, que la acusación de la parte adversa es sencillamente falsa é interesada. Reconoce haber tenido á la muchacha, durante algún tiempo, á su servicio. Pero niega haber mantenido con ella relaciones íntimas,

y no la reconoce, por lo tanto, derecho alguno para que le pida ninguna clase de socorro. La demandante ha persistido, sin embargo, en su demanda, y, después de oídas las deposiciones de algunos testigos, el tribunal ha resuelto exigir el juramento al demandado, so pena de verse condenado á pagar la pensión para alimentos exigida por la parte demandante.

Las dos partes están presentes y se encuentran juntas ante el tribunal. La demandante es muy joven, y parece completamente azorada. Llora de timidez y se enjuga á cada momento sus lágrimas con un pañuelo retorcido, que parece no acertar á desdoblar. Lleva un traje negro, de aspecto casi nuevo; pero que la sienta tan mal, que puede creerse que lo ha pedido prestado para poder presentarse de una manera conveniente ante el juez.

En cuanto al demandado, reconócese desde luego que es un hombre de buena posición. Parece tener unos cuarenta años, y es de aspecto resuelto y enérgico. La actitud que mantiene ante el tribunal es indiscutiblemente irreprochable. Echase bien de ver que preferiría encontrarse en otro lugar que no fuese aquél; pero, no obstante, no acusa turbación alguna.

En cuanto ha terminado la lectura del acta, el juez, dirigiéndose al demandado, le pregunta si persiste en su negativa, y si está dispuesto á prestar juramento.

En contestación á estas preguntas, el demandado pronuncia sin vacilación un *sí* enérgico. Regístrase el bolsillo del chaleco, del que saca un certificado del pastor, en el que se declara que él, el demandado, conoce el sentido y la importancia del juramento, y que nada se opone á que lo preste.

Durante todo este tiempo, la demandante continúa llorando. Parece que no consigue vencer su timidez, y mantiene obstinadamente su mirada fija en el suelo. Todavía no ha alzado los ojos lo suficiente para que se encuentren con los del demandado.

Al oirle pronunciar aquel *sí*, se ha estremecido. Da unos pasos hacia el tribunal como si tuviese algo que objetar, pero

detiénese de repente. «No es posible, parece decirse á sí misma. No puede haber dicho que sí. He debido de engañarme.»

Mientras tanto, el juez toma el certificado y hace al mismo tiempo una indicación al alguacil, el cual se acerca á la mesa para buscar la Biblia, que se oculta bajo un enorme montón de papelotes, y se apresura á ponerla ante el demandado.

La demandante se da cuenta de que alguien ha cruzado por delante de ella, y se siente inquieta. Hace un esfuerzo para alzar los ojos y mirar al otro lado de la mesa, y ve el movimiento del alguacil al preparar la Biblia.

De nuevo parece que ella quiere hacer algunas objeciones, pero de nuevo se contiene. No es posible que le permitan á él prestar juramento. El juez debe impedirlo.

El juez es un hombre listo, que sabe muy bien lo que piensan y dicen las gentes del país del que ella procede. Debería saber hasta qué punto es allí severo todo el mundo, respecto á cuanto se refiere al matrimonio. No conocen delito más odioso que el que ella ha cometido. ¿Hubiera hecho ella nunca semejante confesión, en su propia deshonra, si no fuese verdad lo que afirmaba? El juez debía comprender el horrible desprecio que ella se había atraído. Y no solamente desprecio, sino toda suerte de miserias. Nadie quería ya emplearla, nadie quería ya sus servicios. Sus propios padres apenas la toleraban ya en su hogar, y todos los días hablaban de ponerla en la puerta. ¡Oh, no! Bien debía saber el juez que ella no hubiera pedido socorro á un hombre casado, de no haber tenido derecho para hacerlo.

El juez no puede, por lo tanto, creer que mienta ella en semejante asunto; que se haya atraído una desgracia tan horrible, cuando hubiera podido acusar á cualquier soltero. Y si sabe esto, debe evidentemente impedir la prestación del juramento.

Ve ella que el juez relee varias veces el certificado del pastor. Por esto es por lo que la joven empieza á creer que el magistrado va á intervenir.

Cierto es, en efecto, que el juez parece preocupado. Fija

varias veces la mirada en la demandante; pero mientras tanto, se acentúa la expresión de cansancio y de aversión que flota en su rostro. Parece que ha cobrado odio á la muchacha. Si el demandado, por su parte, dice la verdad, ella es un sér abyecto, por el que no podrá interesarse el juez.

Ocurre á veces, que el juez interviene en un asunto, como consejero benévolo y discreto, para impedir que las partes se perjudiquen ellas mismas; pero este día está cansado y repugnado, y no piensa sino en dejar que el asunto siga su curso legal.

Deja el certificado, y, dirigiéndose de nuevo al demandado, manifiesta la creencia de que éste habrá reflexionado bien sobre la gravedad de un juramento en falso. El demandado le escucha con la misma calma de que ha dado pruebas todo el tiempo; contesta respetuosamente, y no sin dignidad.

La demandante oye todo esto con ansiedad grandísima. Hace algunos movimientos violentos, y se retuerce las manos convulsivamente; ahora quiere hablar ante el tribunal. Sostiene una lucha horrible con su timidez y contra sus sollozos que la impiden hablar. En resumidas cuentas, no llega á articular una sola palabra perceptible.

Así, pues, el juramento va á ser prestado. ¡Le permitirán prestarlo! ¡Nadie le impedirá ser perjuro!

Hasta aquí, ella no ha podido creer que pudiera ocurrir semejante cosa. Pero ahora, ahora tiene la certeza que es inminente, que va á ser un hecho en aquel mismo instante. Experimenta en la garganta una angustia horrible, como jamás la había experimentado. Permanece petrificada. Ya ni siquiera llora. Sus ojos se inmovilizan en sus órbitas.

¡Y él está dispuesto á atraerse la condenación eterna!

Bien comprende ella que lo que quiere él, con semejante juramento, es desligarse de todo compromiso, á causa de su mujer. Pero aun cuando tuviera cuestiones con ésta, no debería, sin embargo, comprometer de tal manera la salvación de su alma.

Nada hay tan horrible como un perjurio. Queda algo misterioso y horrible ligado á este género de pecado. No hay redención alguna, no hay ningún perdón para él. Las puertas del infierno se abren por sí solas cuando se pronuncia el nombre de un perjuro. Si en aquel momento hubiera ella alzado su mirada al rostro de aquel hombre, hubiese temido verle estigmatizado con el sello de la condenación, puesto por la cólera de Dios.

Mientras que ella exaspera así su ansiedad, siempre creciente, el juez ha enseñado al demandado la manera de poner la mano sobre la Biblia. Después abre el Código para buscar la fórmula del juramento.

Al verle poner la mano sobre la Biblia, da ella un paso más, y se diría que quiere lanzarse sobre la mesa para apartar aquella mano.

Pero se ve aún contenida por una suprema esperanza. Cree que él cederá en el último momento.

El juez ha encontrado la página del Código que buscaba, y ahora empieza á dictar el juramento en voz alta y clara. Después hace una pausa para que el demandado pueda repetir lo que acaba de oir. Y el demandado comienza, efectivamente, á repetir la fórmula; pero se equivoca en una frase, y el juez se ve obligado á empezar desde el principio.

Ahora, ella no puede conservar ya la menor esperanza. Ahora sabe que él va á ser perjuro, y que va á atraerse la cólera de Dios en esta vida y en la otra.

Se retuerce las manos desesperadamente. Todo aquello es por su culpa, puesto que ella es quien le ha acusado.

Estaba ella sin trabajo, cierto es; tenía hambre y frío. El niño estaba en peligro de muerte, por falta de cuidados. ¿A quién iba, pues, á dirigirse para obtener socorro?

Tampoco hubiera creído nunca que pudiese él cometer un pecado tan abominable.

Ahora el juez acaba de dictar de nuevo la fórmula del juramento. Dentro de unos instantes, el acto se habrá consumado.

Un acto que nada puede abolir, que no se puede reparar nunca, que no se borra jamás.

En el mismo momento en que el demandado empieza á repetir la fórmula sacramental, lánzase ella, aparta la mano y se apodera bruscamente de la Biblia.

Su atroz angustia es la que, por fin, la ha dado el valor de obrar. Es preciso que no sea perjuro. ¡Es preciso!

El alguacil acude para quitarla la Biblia y tranquilizarla. Todo lo que se refiere al tribunal le inspira un temor inmenso, y cree firmemente que lo que acaba de hacer va á llevarla á la cárcel; pero, sin embargo, no suelta la Biblia. Cueste lo que cueste, no prestará el juramento. Como él quiere prestarlo, forcejea también para apoderarse del libro, pero ella resiste á los dos.

—¡No debes prestar juramento—exclama ella,—no debes prestarlo!

Esta escena provoca, naturalmente, el mayor estupor. El público se agolpa para ver mejor; los jurados empiezan á inquietarse; el secretario se levanta precipitadamente con el tintero en la mano, por miedo de que lo tiren.

Entonces el juez exclama en voz alta é indignada:

—¡Silencio!

Y todo el mundo se queda inmóvil.

—¿Qué es lo que le ocurre á usted? ¿Qué quiere usted hacer con la Biblia—pregunta el juez á la demandante, con el mismo tono severo y enfadado.

Habiendo logrado al fin con esta acción desesperada dar libre curso á su ansiedad, consigue ella vencer su timidez y puede responder:

—¡No debe él prestar juramento!

—Cállate y vuelve á poner el libro en su sitio—ordena el juez.

Pero ella, lejos de obedecer, aprieta el libro con las dos manos.

—¡No puede prestar juramento!—vuelve á exclamar con frenética violencia.

—¿Tan empeñada estás en que se le condene?—le pregunta el juez con tono cada vez más mordaz.

—¿Lo que quiero es retirar la demanda—replica ella; y su voz se hace aguda, desgarrante.—No quiero obligarle á jurar.

—¿Qué es lo que dices?—pregunta el juez.—¿Has perdido la razón?

La joven respira violentamente, tratando de dominarse. Ella misma se da cuenta del són agudo de su voz. El juez va á creer que se ha vuelto loca si no puede expresar tranquilamente lo que tiene que decir. Una vez más lucha contra su emoción para conseguir dominar su voz, y lógralo esta vez. Dice lentamente, tranquilamente, claramente, mirando al juez bien á la cara:

—Retiro la demanda. El es el padre del niño. Pero le sigo queriendo. No quiero que sea perjuro.

Mantiénese erguida y resuelta ante el tribunal, y continúa mirando fijamente el rudo rostro del juez. Este, con las dos manos fuertemente apoyadas en la mesa, la mira también sin apartar los ojos. Pero, al mirarla así, el juez parece haberse transformado. Toda la expresión de disgusto y de cansancio que había en sus facciones desaparece, y el rostro rudo se ilumina con bellísima emoción. «He aquí verdaderamente mi pueblo—se dijo.—No me volveré á enfadar contra él, puesto que hasta en el más humilde hay tanto amor y tanta piedad.»

De repente, el juez siente que las lágrimas le humedecen los ojos; hace un movimiento brusco, y, casi avergonzado, echa en torno de él una ojeada furtiva. En este momento ve que el secretario, el procurador y los jurados alargan el cuello para mirar á la joven, erguida ante el tribunal, con la Biblia apretada contra su pecho. Y percibe una luz en sus caras, como si acabaran deentrever algo bellísimo que les llega hasta lo más profundo del alma.

Después, el juez mira al público, y observa que todos permanecen silenciosos, sin atreverse á respirar apenas, como si se acabara de oir la palabra más ardientemente deseada.

Por fin, el juez mira al demandado. Ahora es él quien baja la cabeza y mira al suelo.

De nuevo el juez se dirige á la pobre muchacha.

—Será como lo deseas—dice.—Se sobreseerá el asunto—añade, dirigiéndose al secretario.

El demandado hace un gesto como para intentar una objeción.

—¿Qué se te ofrece?—le grita el juez.—¿Tienes algo que replicar á esto?

El demandado baja un poco más la cabeza, y con voz apenas perceptible contesta:

—¡Oh, no! Sin duda está mejor así.

El juez permanece un instante inmóvil; luego, corriendo el pesado sillón, se levanta y se dirige á la demandante.

—Gracias—dice, tendiéndole la mano.

Ella ha dejado la Biblia, y sigue allí toda llorosa, enjugándose los ojos con el pañuelo retorcido.

—Gracias—repite el juez, y la coge una mano, que estrecha como si fuera la de un valiente.

II

No hay que creer que la muchacha, que acababa de pasar un rato tan malo ante el tribunal, estuviese ella misma convencida de haber realizado una acción meritoria. Antes bien, juzgaba que se había cubierto de vergüenza ante todo el público. No comprendía que el acto del juez al estrecharla la mano era un honor para ella. Creía que la cosa significaba solamente que el asunto había terminado, y que quedaba en libertad de marcharse.

Tampoco veía que las gentes la miraban de una manera

benévola, y que varios querían estrecharla la mano. Se deslizaba y trataba de marcharse. Pero la salida estaba interceptada, pues, una vez terminada la audiencia, eran muchos los que tenían prisa por partir. Fué ella una de las últimas en la sala. Parecíale que todo el mundo tenía derecho á pasar antes.

Cuando por fin estuvo fuera, vió ante la escalera el cochecillo de Gudmund Erlandsson, el cual, sentado en el pescante, con las riendas empuñadas, parecía esperar á alguien. En cuanto Gudmund vió la á joven entre la multitud que salía, le gritó:

—¡Ven aquí, Helga!—Hay aquí un sitio para ti, puesto que seguimos el mismo camino.

Pero aunque sintiera pronunciar su nombre, no pudo creer la joven que fuese ella á la que así llamaban. No era posible que Gudmund Erlandsson quisiera llevarla en su coche. Era el hombre más atractivo de toda la localidad; joven, simpático, de buena familia y bien visto de todos. Nunca hubiera podido creer la joven que quisiera él tener trato con *ella*.

Con el pañuelo echado sobre los ojos, siguió adelante, de prisa, sin mirar ni responder.

—¿No oyes, Helga, que hay un sitio en mi coche?—repitió Gundmund, procurando dar á su voz una entonación afectuosísima.

Pero ella no acertaba á comprender que Gudmund quisiera hacerla ese favor. Creía que lo que pretendía sencillamente era burlarse de ella de una manera ó de otra, y esperaba ver echarse á reir á todos los circunstantes. Le lanzó una mirada asustada é indignada á la vez, y apresuró el paso, echando casi á correr para ponerse fuera de alcance cuando estallaran las burlas.

Gudmund era todavía soltero, y vivía en casa de sus padres. El padre era labrador. Su labranza no era muy grande y su fortuna tampoco, pero vivía con holgura. El hijo había ido al juzgado á buscar unos papeles por encargo de su padre; pero

como su viaje tenía también otro objetivo, habíase equipado con mucho esmero. Había elegido el cochecillo nuevo, cuyo barniz no tenía aún el menor desconchado, y limpió por sí mismo los arneses y el caballo, hasta hacer que éste brillara como la seda. A su lado, en el pescante, puso una hermosa manta encarnada, y se vistió con una americana de caza, un sombrerillo gris y botas de montar sobre el pantalón ceñido. No era un traje de ceremonia, pero sabía él muy bien que tenía un aire de apuesta virilidad.

Por la mañana, al salir, Gudmund iba sólo en su coche, pero no le había parecido largo el tiempo, á causa de las ideas agradables que le bullían en el cerebro. A la mitad del camino se adelantó á una joven de aspecto pobre, que por su andar tan lento que parecía no poder mover los pies, le dió la impresión de un extraño cansancio. Era el otoño; el camino estaba lleno de baches y hoyos por la lluvia, y Gudmund veía que la muchacha vacilaba á cada paso. Paró el caballo para preguntar á la joven adónde iba, y al saber que se encaminaba al juzgado, le ofreció asiento en el coche. Ella aceptó, dando gracias, y subió á sentarse en la estrecha banqueta de atrás, como si no se atreviese á tocar la hermosa manta encarnada puesta al lado de Gudmund. Tampoco había entrado en las intenciones de él acomodarla á su lado. Ignoraba quién era, pero á juzgar por su aspecto, debía de ser la hija de algún pobre jornalero, y era él de parecer que bien podría ella contentarse con un asiento en la banqueta posterior.

Al llegar á una cuesta en la que el caballo moderó su marcha, Gudmund entabló la conversación. Quería saber cómo se llamaba la joven y de dónde era. Al saber que su nombre era Helga, y que habitaba en el Pantano Alto, empezó á sentirse inquieto.

—¿Has vivido siembre allá arriba, ó has tenido alguna colocación?—preguntó.

Ella vivía en su casa en aquellos últimos tiempos, pero antes había estado sirviendo.

—¿En dónde?—se apresuró á preguntar Gudmund.

Parecíale que la respuesta tardaba.

—En Vestgard, en casa de Per Mortensson—dijo ella al fin, bajando la voz, como si hubiera preferido no ser oída.

Pero Gudmund la oyó perfectamente.

—Entonces—dijo—eres tú la que...—pero no terminó la frase.

Volvió la cabeza, se irguió en el pescante y no volvió á dirigirle la palabra.

Gudmund daba de latigazos al caballo, murmuraba contra el mal estado del camino y parecía de malísimo humor. La joven permaneció sin moverse unos momentos, pero al poco rato, Gudmnud sintió que una mano se apoyaba en su brazo.

—¿Qué quieres?—preguntó sin volver la cabeza.

Quería ella que hiciese el favor de parar para dejarla apearse.

—¿Por qué?—preguntó Gudmund con cierto tonillo.—¿No vas bien?

—Sí, pero prefiero andar.

Gudmund se rehizo un poco. Era muy enojoso haber ofrecido, precisamente en aquel día, un asiento en su coche á una mujer como Helga; pero, de otra parte, pensó que ya que lo había hecho, no podía echarla.

—Pára, Gudmund, haz el favor—volvió á decir la joven.

Había en su voz tal decisión, que Gudmund tiró de las riendas.

«Puesto que es ella la que desea apearse—se dijo—no debo obligarla á seguir contra su voluntad.»

Ella se apeó antes de que el caballo hubiera podido parar, y dijo:

—Creía que sabías quién era, al ofrecerme un asiento en tu coche. De otro modo, no hubiera subido.

Gudmund se limitó á saludar ligeramente y siguió adelante. Helga tenía motivos para creer que la conocía. Muchas veces había visto él á la muchacha del Pantano Alto, cuando era

niña, pero había cambiado mucho desde entonces. Al pronto, Gudmund se alegró mucho de haberse desembarazado de su compañía; pero poco á poco empezó á sentirse descontento de sí mismo. Evidentemente, no hubiera podido él obrar de otra manera, pero no gustaba de mostrarse cruel con nadie.

A los pocos minutos de haberse separado de Helga, Gudmund dejó la carretera y tomó por un camino que conducía á una finca de aspecto opulento. Cuando Gudmund paró el coche ante la escalinata, abrióse la puerta y apareció en el umbral una de las hijas de la casa. Gudmund la saludó quitándose el sombrero, mientras que un ligero rubor coloreaba su rostro.

—Vengo á ver si su padre está todavía en casa—dijo.

—Lo siento, pero se ha marchado ya al Juzgado—contestó la joven.

—¡Ah! ¿Se ha marchado ya?—dijo Gudmund.—Hubiera querido ofrecerle un asiento en mi coche. También yo voy al Juzgado.

—¡Está siempre tan apremiado mi padre!—dijo la joven con tono de pesar.

—¡Qué se va á hacer!—replicó Gudmund.

—Mi padre se hubiera alegrado mucho de ir en un coche tan bonito, tirado por tan hermoso caballo—añadió amablemente la joven.

Sonrió el joven ante estas lisonjeras frases, y dijo:

—Entonces, me voy.

—¿No quiere usted entrar un momento?

—Muchas gracias, Hildur, pero tengo que ir al Juzgado. No puedo retrasarme.

Ahora Gudmund continuó su camino sin detenerse hasta el Juzgado. Estaba de muy buen humor, y ya no se acordaba para nada del encuentro con Helga. Satisfacíale mucho que se hubiese asomado Hildur, como de propósito para admirar el coche, y la manta, y el caballo, y los arreos. Había debido de fijarse muy bien en todo.

Era la primera vez que Gudmund asistía á una sesión del Juzgado. Observó que había allí muchas cosas que aprender, y se quedó todo el día. Encontrábase, pues, en la sala cuando se vió el asunto de Helga; pudo ver cómo la joven se apoderaba de la Biblia, y resistía heroicamente, tanto al alguacil como al mismo juez. Cuando todo hubo concluído y el juez estrechó la mano de la joven, Gudmund se levantó precipitadamente para salir. Enganchó á toda prisa, y llevó su coche al pie de la escalera. Pensaba que Helga se había conducido muy dignamente y merecía que se la honrase. Esta, sin embargo, hallábase de tal modo azorada que no comprendió las intenciones de aquél, y se sustrajo al honor que le estaba destinado.

Aquel mismo día, ya muy tarde, Gudmund fué al Pantano Alto. El lugar así llamado era una cabaña situada en la pendiente de la montaña boscosa que cobijaba al pueblo. El camino que allí conducía no era practicable para los caballos sino durante el invierno, en la época de los trineos, y Gudmund tuvo que ir á pie, y no pasó pocos trabajos para llegar. A punto estuvo de romperse las piernas más de una vez entre los troncos de árboles y las piedras que sembraban el camino, y tuvo que vadear varios arroyos que en más de un lugar cerraban el paso. Gracias á la luz de la luna llena, pudo no perder el sendero que llevaba á la cabaña, y pensaba en las penalidades que había tenido que sufrir Helga en la jornada.

La cabaña del Pantano Alto se encontraba en un claro del bosque, á la mitad de la pendiente. Gudmund no había estado nunca allí hasta aquel momento; pero muchas veces había visto el lugar desde el fondo del valle, y conocíalo lo suficiente para saber que no se había equivocado de camino.

En rededor del claro había una barrera de ramas secas, muy densa y muy difícil de franquear. Debía, sin duda, de constituir una especie de defensa contra los animales dañinos. La cabaña se alzaba en el borde superior del cercado. Ante ella se extendía un pradezuelo de hierba corta y fina; al final del pradezuelo había dos tinglados de planchas grises y una

cueva con techo de turba verde. Era una morada de las más humildes; pero no se podía negar que el paraje tenía su belleza. El pantano que había dado su nombre á la cabaña, situado en las cercanías, exhalaba una bruma que, desarrollándose magníficamente á la luz de la luna, rodeaba la montaña con una corona plateada. La punta más elevada emergía aún en la bruma, y la cima, erizada de abetos, se destacaba sobre el cielo. Abajo, en el valle, la luz de la luna era tan intensa, que se veían perfectamente los campos, las casas y un arroyo sinuoso, sobre el que flotaba la bruma como una ligera humareda. La distancia no era muy grande; pero lo sorprendente era que el valle parecía, sin embargo, un mundo extraño en el que no tuviera nada que hacer lo que pertenecía al bosque. Hubiérase dicho que las gentes que habitaban en la cabaña forestal debían permanecer siempre bajo los árboles protectores. Al igual de las plantas, las flores y los seres animales del bosque, no hubieran podido habituarse al valle.

Gudmund se acercó á la cabaña á través del pradezuelo. Una débil luz aparecía tras la ventana desprovista de cortinas. Había una lámpara encendida en la mesa, al lado de la ventana, junto á la que estaba el padre sentado; ocupábase en remendar un par de zapatos viejos. La madre estaba un poco más distante en la habitación, junto al hogar, en el que ardían lentamente unas ramas secas. Tenía ante ella la rueca, pero había dejado el trabajo para jugar con el pequeñuelo. Habíale sacado de su cuna, y el rumor del juego llegaba hasta Gudmund. El rostro de la anciana estaba lleno de arrugas, lo que la daba un aspecto severo; pero cuando se inclinaba sobre el niño, dulcificábanse sus facciones, y sonreía al pequeño tan tiernamente como hubiera podido hacerlo la verdadera madre.

Gudmund buscaba con los ojos á Helga, pero no la veía en ninguna parte, en ningún rincón de la cabaña. Entonces juzgó preferible quedarse fuera hasta que ella volviese. Chocábale que no estuviera todavía de vuelta. Tal vez se habría

detenido en el camino para descansar ó comer en casa de algunos amigos. De todos modos no podía tardar, si quería estar bajo cubierto antes de ser completamente de noche.

Gudmund seguía quieto en medio del pradezuelo, prestando oído á los menores ruidos. El silencio era completo. No soplaba viento alguno. Parecíale que nunca, hasta entonces, había observado semejante serenidad. Era como si el bosque entero contuviese el aliento, en espera de algún acontecimiento extraordinario.

No había un sér humano en el bosque. No se percibía rumor alguno de rama quebrada ni de canto rodado. Helga, evidentemente, estaba todavía lejos.

«Me pregunto lo que se dirá ella cuando me vea aquí—díjose Gudmund:—Gritará tal vez, huirá al bosque, y no se atreverá á volver en toda la noche.»

En este preciso momento de sus reflexiones, le chocó la singularidad de un hecho, á saber: el interés que desde la mañana se estaba tomando por los asuntos de aquella pobre muchacha del Pantano Alto.

Al salir de la sesión del Juzgado, había ido, como de costumbre, á contar á su madre lo que había hecho durante el día. La madre de Gudmund era una mujer discreta y generosa, que había sabido conducirse con su hijo de tal manera, que de adulto tenía con ella la misma confianza que de niño. Estaba enferma desde hacía muchos años, y no podía andar; permanecía el día entero inmóvil en su butaca. Era siempre un regalo para ella el que Gudmund, al volver de sus excursiones, le llevase noticias.

Cuando hubo referido á su madre la aventura de Helga del Pantano Alto, Gudmund la vió quedarse pensativa. Guardó silencio largo rato, con la mirada en el vacío.

—Es indudable—dijo al fin—que no se ha extinguido todo buen sentimiento en esa muchacha. No hay que rechazar á nadie por una primera falta. Pudiera ocurrir muy bien que fuese agradecida con quien la ayudase en estos momentos.

Gudmund comprendió en seguida lo que quería decir su madre. Como no podía manejárselas por sí sola, necesitaba una persona que estuviese por completo á su disposición. Pero era siempre muy difícil encontrar alguien que quisiera encargarse de este servicio. Su madre era muy exigente, muy difícil de contentar, y además las jóvenes preferían un trabajo que les diese un poco más de libertad. Ahora bien; sin duda se le habría ocurrido á su madre tomar á su servicio á Helga del Pantano Alto, y á Gudmund le parecía que era una excelente idea. Seguramente, Helga sería muy adicta á su ama, y pudiera ser que de este modo quedase resuelta por mucho tiempo la difícil cuestión del servicio.

—Lo más delicado es el niño—dijo la madre, tras una pausa; y Gudmund comprendió por esto que aquélla reflexionaba seriamente.

—Podría quedarse en casa de los abuelos—dijo él.—No sé lo que ella pensará; pero no creo que esté en situación de pensar demasiado en lo que quiere y en lo que no quiere. Me ha parecido desfallecida. No deben de tener gran cosa que llevarse á la boca, allá arriba, en el Pantano Alto.

A esto, la madre no contestó nada, y abordó otro asunto de conversación. Veíase bien que le habían asaltado otros escrúpulos que la impedían tomar una decisión.

Gudmund contó entonces su visita á Elvokra, en donde vió á Hildur. Refirió lo que ella había dicho del caballo y del coche, y no ocultó la satisfacción que le causaba esta entrevista. También á su madre le satisficieron mucho las noticias. Inmovilizada en su casa, ocupábase sin cesar en forjar proyectos de porvenir para su hijo, y ella fué la primera que le propuso la conquista de la linda hija del propietario de Elvokra. Era la mejor boda que pudiese hacer. Aquel labrador era un personaje importante. Poseía las mejores tierras de todo el pueblo, y, por añadidura, mucha influencia y mucho dinero. A decir verdad, era casi insensato esperar que se contentase con un yerno tan poco adinerado como Gudmund; pero, de otra parte,

siempre era posible que se aviniese al gusto de su hija. Y que Gudmund fuese capaz de la conquista de Hildur, si se lo proponía, era cosa de lo que su madre no dudaba un solo momento.

Era la primera vez que Gudmund dejaba ver á su madre que el proyecto había arraigado en él; pusiérouse á hablar largamente sobre Hildur, sobre las ventajas de una tal boda; pero no tardó en interrumpirse de nuevo la conversación; la madre había vuelto á ponerse pensativa, y dijo:

—¿No podrías enviar á buscar á esa Helga? Quisiera verla antes de tomarla á mi servicio.

—Me alegro mucho de que quiera usted interesarse por ella—dijo Gudmund, pensando además que si su madre encontraba una enfermera que le agradase, su mujer llevaría una existencia más agradable en la casa.—Ya verá usted cómo está usted contenta con ella—añadió.

—Sería además una buena acción emplearla—dijo la madre.

Al atardecer, la enferma se acostó, y Gudmund fué á la cuadra para cuidar de los caballos. El tiempo estaba hermoso; todo el valle se bañaba en la luz resplandeciente de la luna. Ocurriósele ir entonces mismo á llevar en persona al Pantano Alto el recado de su madre. Si seguía el buen tiempo al día siguiente, tendríase tanto que hacer con la recogida de la avena, que ni él ni ningún otro tendría tiempo de ir allí.

Cierto es que desde el lugar en que seguía apostado Gudmund ante la cabaña, Gudmund no percibía ningún rumor de pisadas; pero había otros rumores que turbaban el silencio á cortos intervalos. Eran lamentos sordos, un gemido débil y ahogado, entrecortado de vez en cuando por sollozos. Gudmund creyó oir que el rumor procedía del cobertizo, y se dirigió á él. En cuanto se acercó, los sollozos cesaron, y oyó que alguien se movía en el tinglado. En seguida comprendió lo que era.

—¿Eres tú la que está ahí llorando, Helga?—preguntó, colocándose ante la salida para impedir que la joven huyera sin hablarle.

De nuevo se hizo un absoluto silencio. Evidentemente,

Gudmund había acertado: era Helga la que estaba allí llorando; pero trató de acallar sus sollozos para hacer que Gudmund creyese que se había equivocado y se fuése. Bajo el cobertizo reinaba densa obscuridad, y estaba segura de no ser vista.

Pero Helga era en aquellos momentos presa de una desesperación tal, que no le fué fácil contener su llanto. No se había presentado aún á los padres. No había tenido el valor de hacerlo. Cuando al atardecer subía la penosa cuesta, diciéndose que tendría que hacerles saber la pérdida de toda esperanza respecto á socorro por parte de Per Mortensson, sintió tal temor ante las palabras duras y crueles que esperaba de ellos, que no se había atrevido á entrar. Prefirió quedarse fuera hasta que estuviesen acostados, porque así no se vería obligada tal vez á contar su desgracia el mismo día. Habíase, pues, escondido en el cobertizo. Una vez sentada allí, presa del frío y del hambre, tuvo la plena y entera sensación de su miserable estado. Toda la vergüenza y toda la angustia que había tenido que sufrir, toda la vergüenza y toda la angustia que le quedaba por sufrir, se le aparecieron para pesar sobre ella como una masa de plomo. Lloró sobre sí misma. lloró por ser tan miserable que nadie quisiera nada con ella. Recordó que un día, cuando era niña, se cayó en un agujero del pantano, hundiéndose muy profundamente. Cuantos más esfuerzos hacía para salir, se hundía más. Todas la hierbecillas y todo el ramaje á los que se aferraba, habían cedido: Lo mismo sucedía ahora. Todo lo que trataba de agarrar para sostenerse, huía de su mano. Nadie quería ayudarla. La otra vez, cuando se cayó en el agujero del pantano, llegó por fin para librarla un vaquerillo; pero hoy nadie acudía en su socorro. Estaba escrito, sin duda, que debía perecer.

Cuando Helga empezó á pensar en el pantano, se le representó con evidencia que lo mejor que podía hacer era ir á él para meterse y dejarse sumergir por el lodo. Un sér tan miserable, cuyos servicios no quería nadie, no podía evidentemente hacer nada mejor que morir. También para el niño valdría

más que ella desapareciese, porque la madre de Helga le quería, aunque no quisiera demostrarlo cuando Helga estaba presente. Pero una vez desaparecida ésta para siempre, la abuela se ocuparía del pequeño como si fuera su propio hijo.

No comprendía que, en medio de su gran miseria, acababa de realizar una acción que había inspirado á todos una mejor idea de ella. A cada instante que transcurría, hacíase mayor su certeza de que el pantano era su único verdadero refugio. Y cuanto más comprendía esto, más lloraba.

Así, pues, no le fué fácil contener sus lágrimas. No tardó mucho tiempo en volver á ponerse á sollozar.

Gudmund no conocía nada peor que oir llorar á una mujer. Así fué que estuvo á punto de marcharse en seguida; pero puesto que se había tomado el trabajo de trepar hasta allí, preciso era que diese el recado de su madre.

—¿Qué tienes?—preguntó á Helga, con tono rudo.—¿Por qué no entras?

—¡Oh! no me atrevo—le contestó Helga; y sus dientes castañeteaban al hablar.—No me atrevo.

—¿De qué tienes miedo? No te has dejado asustar hoy ni por el alguacil, ni por el mismo juez. ¿Acaso tienes miedo de tus padres?

—Sí, sí; son mucho peores que todos los demás.

—¿Por qué habían de estar más enfadados hoy que los otros días?

—Por que no tendré dinero.

—Eres, sin embargo, lo bastante animosa para ganarte la vida, y también la del pequeño.

—Sí, pero no hay nadie que me quiera tomar á su servicio.

De repente, Helga se espantó ante la idea de que sus padres podrían percibir el rumor de la conversación y salir á ver con quién hablaba. Y en este caso se vería bien obligada á contarlo todo. Y de este modo no podría buscar la salvación en el pantano. En su terror, hizo un ademán para huir de

Gudmund. Pero éste fué más ágil. La cogió por el brazo y la sujetó á la fuerza.

—¡Oh! no. No te escaparás antes de que haya podido hablarte.

—¡Déjame pasar!—dijo ella, mirándole con ojos sombríos.

—Tienes aspecto de querer tirarte al lago—replicó él.

Ella estaba ahora fuera del cobertizo, y su rostro estaba iluminado por la luz de la luna.

—¿Qué mal habría en que lo hiciera?—exclamó Helga, echando la cabeza hacia atrás y mirándole con fijeza.—Esta mañana tú mismo no has querido dejarme que fuese en tu coche. Nadie quiere rozarse conmigo. Debes comprender que un sér como yo, lo mejor que puede hacer es concluir.

Gudmund no sabía absolutamente qué hacer. Hubiera querido hallarse muy lejos de allí; pero, de otra parte, juzgaba que no podía abandonar un sér humano en semejante estado de desesperación.

—Escúchame bien. Prométeme solamente oir hasta el fin lo que tengo que decirte; luego podrás ir donde quieras.

Prometiólo ella.

—¿No hay medio de sentarse aquí?

—Hay unos haces ahí dentro.

—Pues bien; siéntate y estate quieta.

Ella fué á sentarse muy dócilmente.

—Y ahora no llores—dijo él, pareciéndole que tenía ya cierta autoridad sobre ella.

Pero no hubiera debido hacerle tal recomendación, porque inmediatamente ella se tapó la cara con las manos, llorando más que nunca.

—¡No llores!—exclamó él, presto á golpear el suelo con el pie en su exasperación.—Muchos hay que son más desgraciados que tú.

—¡Oh, no! Nadie es más desgraciada que yo.

—Tú eres joven y de buena salud. Ya verías lo que tiene

que sufrir mi madre. Está tan llena de dolores, que no puede moverse, y, sin embargo, no se queja nunca.

—Pero no está abandonada de todos como yo.

—Tampoco estás abandonada tú. Acabo de hablar de ti á mi madre, y me ha dado un encargo para ti.

Los sollozos cesaron. Teníase la sensación de oir el gran silencio del bosque, que continuaba conteniendo el aliento en espera del acontecimiento maravilloso.

—Tengo que decirte que vayas á casa mañana para que hables con mi madre. Se propone preguntarte si quieres entrar á su servicio.

—¿Que quiere proponérmelo á mí?

—Sí, pero quiere verte antes.

—Sabe ella que...

—Sabe lo que todos.

La joven dió un grito de alegría y de estupor á la vez, y á renglón seguido sintió Gudmund dos brazos en rededor de su cuello. Asustóle la acción, y su primera idea fué desprenderse, pero se repuso y permaneció sin moverse. Comprendió que la joven estaba en un transporte de contento, hasta el punto de no saber lo que se hacía. En aquel momento hubiera podido lanzarse al cuello del peor granuja, únicamente para compartir con alguien la grande felicidad que le había llegado.

—Si quiere tomarme á su servicio, podré vivir—dijo ella, reclinando su cabeza en el pecho de Gudmund; y lloró de nuevo, pero con menos vehemencia que antes.—Preciso es que sepas que, efectivamente, tenía el propósito de ir á tirarme al pantano—añadió.—Te agradezco que hayas venido. Me has salvado la vida.

Hasta entonces, Gudmund había permanecido inmóvil; pero, poco á poco, sentía un movimiento de dulce ternura. Por un movimiento instintivo, alzó la mano y le acarició el pelo. Entonces ella se estremeció, como si se hubiera despertado de un sueño y se irguió ante él.

—Gracias por haber venido—repitió.

Estaba ruborizada, y también él enrojeció.

—¿De modo que vendrás á vernos mañana?—dijo él, tendiendo la mano á modo de despedida.

—No olvidaré nunca que has venido esta misma noche—dijo Helga, en quien el reconocimiento se sobrepuso á la turbación.

—Pues sí, está bien que haya venido—contestó él muy tranquilo, sintiéndose al mismo tiempo muy satisfacho de sí mismo.—Supongo que ahora entrarás en tu casa—añadió.

—Sí, ahora voy á poder entrar.

Gudmund sintió repentinamente esa gran simpatía que se experimenta tan á menudo hacia aquellos á los que hemos tenido ocasión de ayudar.

Permanecía allí vacilante, sin poder resolverse á marchar

—Me alegraría verte entrar antes de marcharme.

—Había pensado dejar que se acostaran antes de entrar.

—No; vas á entrar en seguida, para que puedas tomar algún alimento y descansar—dijo él, hallando cierto placer en imponerle su voluntad.

Ella se dirigió inmediatamente hacia la casa, y él seguía muy contento y muy orgulloso de verla obedecer sin discusión. Cuando Helga estuvo en el umbral, volvieron á despedirse; pero, apenas hubo dado él unos cuantos pasos, cuando ella volvió á alcanzarle.

—Quédate ahí hasta que haya entrado. Me será menos difícil si sé que estás ahí.

—Bueno—dijo él,—me quedaré aquí hasta que hayas pasado el momento más penoso.

Después Helga abrió la puerta, y Gudmund observó que la dejaba entornada, sin duda para no sentirse completamente separada del protector quedado afuera. Así fué que no tuvo ningún escrupúlo en ver y escuchar lo que ocurría en el interior.

Los viejos recibieron á Helga de la manera más afectuosa. La madre se apresuró á poner el niño en la cuna; fué al arma-

rio, y sacó una escudilla de leche y un pedazo de pan, que puso en la mesa.

—Anda, come ahora—dijo ella. Y fué á avivar el fuego.—He mantenido el fuego para que te puedas secar y calentarte; pero come antes, porque seguramente es lo que más necesitas.

Mientras tanto, Helga seguía junto á la puerta.

—No deberían recibirme tan bien—dijo en voz baja.—No obtendré dinero de Per. He renunciado á su ayuda.

—Ya nos ha visitado alguien que asistió al juicio, y vió todo lo que ha ocurrido—dijo la madre.—Lo sabemos todo.

Helga continuaba junto á la puerta, con expresión de no comprender nada.

Entonces su padre, el anciano jornalero, dejó su trabajo, se quitó las gafas, y escupió para pronunciar un discursito que había rumiado toda la tarde.

—Es que tu madre y yo, Helga—dijo solemnemente,—nos hemos esforzado siempre en ser gentes honradas, y nos pareció que tu falta nos había deshonrado. Era cosa de creer que no te habíamos enseñado á distinguir el bien y el mal. Pero cuando hemos sabido lo que has hecho hoy, tu madre y yo nos hemos dicho que ahora, á lo menos, las gentes se verán obligadas á reconocer que has recibido una buena educación y buenas enseñanzas, y hemos pensado que tal vez podríamos tener motivos todavía para estar contentos de ti. Y tu madre no ha querido que nos acostásemos hasta que vinieras, para hacerte un recibimiento afectuoso.

III

Helga del Pantano Alto fué á Narlunda, y todo se realizó satisfactoriamente. Era dócil, servicial, y agradecía la menor palabra amable que la dirigieran. Considerábase siempre como la más humilde y nunca se ponía en primer término. Así fué

que no tardó mucho en granjearse la estimación de sus nuevos amos y la amistad de sus compañeras.

Los primeros días, Gudmund pareció como si tuviera miedo de dirigirse á Helga. Temía que aquella muchacha del Pantano Alto se hiciese ilusiones por haberla socorrido; pero eran vanas preocupaciones. Helga le juzgaba demasiado admirable, demasiado superior, para alzar los ojos hasta él. Así fué, que Gudmund no tardó en observar que no tenía razón alguna para mantenerla á distancia. Hasta era ella más reservada con él que con los demás.

En el transcurso del mismo otoño en que Helga había ido á Narlunda, Gudmund hizo repetidas visitas á casa del rico labrador de Elvokra, y corrió el rumor de que tenía serias probabilidades de ser el yerno. Sin embargo, hasta Navidad no se tuvo la certeza del buen éxito de la demanda. Por aquella época, el labrador mismo, con su mujer y su hija, fué de visita á Narlunda, y era evidente que el objeto de su visita era darse cuenta de la situación que le estaba reservada á Hildur, si se casaba con Gudmund.

Era la primera vez que Helga veía de cerca á la que iba á ser mujer de Gudmund. Hildur Eriksdotter no tenía aún veinte años; pero ofrecía la particularidad de que nadie podía verla sin decir que haría un día un ama de casa admirable. Era de elevada estatura, robusta, rubia y bonita y parecía gustar de tener á su alrededor muchos quehaceres á que atender. No se mostraba nunca perpleja ni intimidada, hablaba copiosamente, y parecía siempre saber mucho más que la persona con quien departía. Había frecuentado el colegio de la ciudad durante algunos años, y llevaba los trajes más lindos que Helga hubiera visto en su vida, y, sin embargo, no parecía ni vanidosa ni coqueta. Rica y bella como era, hubiérale bastado querer para casarse con un verdadero señor; pero decía siempre que no quería convertirse en una dama ociosa y permanecer con los brazos cruzados. Quería casarse con un labrador, y dirigir ella misma su casa como verdadera labradora.

A Helga le parecía Hildur una verdadera maravilla. Jamás había visto á nadie que tuviese tantos atractivos. No hubiera creído que pudiese haber un sér humano tan perfecto, desde todos los puntos de vista. Parecíale una verdadera dicha el tener que servir en lo futuro á un ama semejante.

Todo había estado bien durante la visita de los moradores de Elvokra, y, sin embargo, Helga sentía una viva inquietud al evocar sus recuerdos de aquel día. Es que, en cuanto llegaron los visitantes, entró ella á servir el café. Cuando se presentó con la bandeja, la madre de Hildur se inclinó hacia el ama de Helga, y le preguntó si era la muchacha del Pantano Alto. No había hablado tan bajo que Helga no hubiese oído muy bien la pregunta. La señora de Ingeborg contestó afirmativamente, y la otra dijo algo que Helga no pudo entender. Pero le pareció que hallaba singular que quisieran tener una muchacha así en la casa. Esto causaba mucho dolor á Helga; pero se consolaba diciéndose que era la madre, y no Hildur, la que había pronunciado tales palabras.

Un domingo, á fines del invierno, Helga y Gudmund acertaron á salir juntos de la iglesia. Al bajar la cuesta, se habían encontrado en medio de una porción de feligreses; pero éstos se les adelantaron, y Helga se encontró sola con Gudmund.

Al punto, Gudmund se acordó de que no había estado á solas con Helga desde la lejana tarde que fué al Pantano Alto, y el recuerdo de lo que había pasado en la ocasión aquélla se presentó con intensidad á su mente. Muy á menudo, en el transcurso del invierno, había recordado su primer encuentro, y siempre le había inspirado este recuerdo una sensación dulce y agradable. Al hallarse solo en su trabajo, se complacía en traer á su memoria toda la hermosa noche: la plateada bruma, el resplandor intenso de la luna, el bosque umbrío, el valle bañado de luz, y la joven que le había echado los brazos al cuello llorando de felicidad. Esta escena se hacía más bella cuanto más la evocaba. Pero al ver á Helga ocupada como las demás en la tarea diaria, á Gudmund le costaba mu-

cho trabajo imaginar que era ella la que había figurado en tal escena. Ahora que iba solo con ella por el camino de la iglesia, no pudo menos de desear que volviese á ser, á lo menos, por un corto momento, la misma de aquel día.

Helga se puso inmediatamente á hablar de Hildur. La colmaba de elogios, diciendo que era la muchacha más linda y más inteligente de toda la comarca, y felicitaba de todo corazón á Gudmund, que iba á tener una mujer semejante.

—Hay que decirle que me conserve en Narlunda—dijo ella.—Será un verdadero placer servir á un ama así.

Gudmund sonreía, y no contestaba sino con monosílabos, como si no prestase más que una atención relativa. Evidentemente, estaba muy bien que sintiera tanto entusiasmo por Hildur, y que se alegrase hasta tal punto de la boda.

—Me parece—dijo al fin—que has pasado bien el invierno con nosotros.

—Ciertamente. No podría decir lo buenos que han sido todos ustedes para mí.

—¿No has echado de menos el bosque?

—Al principio sí, pero ya no.

—Yo creía que los del bosque no podrían vivir sin él.

Helga se volvió á medias hacia su interlocutor, que iba por el otro lado del camino. Gudmund había llegado á ser casi un extraño, pero en aquel momento hubo en su voz y en su sonrisa algo que ella creyó reconocer. Sí; era el mismo que acudió á salvarla en lo más fuerte de su miseria. Aunque iba á casarse con otra, estaba ella segura de tener siempre en él un amigo abnegado y una ayuda fiel.

Experimentó una inmensa alegría al saber que podía confiar en él más que en ninguna otra persona, y juzgó que debía contarle cuanto le había ocurrido desde su último encuentro.

—Tengo que decirte—empezó—que las primeras semanas estuve muy apenada en Narlunda. Pero no le digas esto á tu madre.

—Si quieres que me calle, me callaré.

—Eché tanto de menos al bosque en los primeros tiempos, que estuve á punto de dejarlo todo para volver allí.

—¿Tenías penas? Yo creía que te alegrabas de estar con nosotros.

—Era superior á mí—dijo ella excusándose.—Comprendía lo feliz que debía juzgarme de estar en tu casa. Todos en ella eran buenos para mí, y el trabajo no era mayor que mis fuerzas; pero, sin embargo, estaba triste. Había una fuerza misteriosa que me llamaba y me atraía y quería absolutamente llevarme al bosque. Tenía la sensación, al permanecer allí abajo en el valle, de engañar y traicionar á alguien que tuviera sobre mí derechos imprescriptibles.

—Tal vez sería...—empezó á decir Gudmund, pero se detuvo en medio de la frase.

—No; no era el pequeño el que me atraía. Sabía que estaba bien cuidado y que mi madre era buena con él. No era nada determinado. Tenía la sensación de ser un ave silvestre, á la que habían encerrado en una jaula, y pensaba que me moriría si no me soltaban.

—¿Tan desgraciada te sentías?—exclamó Gudmund sonriendo, porque de repente creyó reconocerla.

Fué de repente, como si no hubiera habido ningún intervalo, y se hubiesen separado la víspera allí arriba, junto al Pantano Alto. Helga sonrió también, sin dejar de referir sus penas.

—Por la noche no dormía—dijo,—porque en cuanto me acostaba comenzaban á correr las lágrimas, y cuando me levantaba por la mañana tenía mojada toda la almohada. Por el día, al trabajar entre gente, podía contener mis lágrimas; pero en cuanto me encontraba sola, subían á mis ojos.

—Muchas lágrimas has derramado tú en la vida—dijo Gudmund.

Pero no tenía acento compasivo al pronunciar estas palabras. Daba más bien la impresión de retozarle todo el tiempo una risa silenciosa que difícilmente contenía.

—Sin duda, tú no comprenderás nunca lo grande que ha sido mi pena—dijo ella con un ardor avivado por el deseo de hacerse comprender de él.—Sufría una languidez que me chocaba á mí misma. Ni un instante podía sentirme feliz. Nada me parecía bello, nada me agradaba, no había nadie que me atrajese. Todos me eran tan extraños como el día que pasé el umbral de tu casa.

—¿Pero no decías hace un momento—preguntó Gudmund—que deseabas quedarte con nosotros?

—Ciertamente.

—Entonces, ¿ya no tienes pesares?

—No; todo ha pasado ya. Me he curado. Espera un poco y lo sabrás todo.

Al oir esto, Gudmund cruzó el camino y se puso á andar al lado de la joven. Continuaba él sonriendo. Parecía contento de escucharla hablar; pero, sin duda, no daba gran importancia á lo que decía. Poco á poco, sentíase también Helga animada del mismo estado de espíritu. Todo le parecía ligero, soleado. El camino de la iglesia, que de ordinario era tan largo y tan penoso, no la fatigaba hoy absolutamente nada. Había algo que la excitaba. Seguía con el relato porque lo había empezado, pero ahora le importaba mucho menos hablar. Hubiera experimentado el mismo placer nada más que con andar callada á su lado.

—Cuando estaba en lo más fuerte de mi pena—siguió diciendo—pedí á la señora permiso, un sábado por la tarde, para ir á mi casa á pasar el domingo. Y al subir aquella tarde por la cuesta del Pantano Alto, iba bien convencida de que no había de volver á Narlunda. Pero encontré á mis padres tan contentos con saberme en tan buena colocación en una casa tan considerada, que no me atreví á decirles que no podía continuar en ella. Además, en cuanto me encontré de nuevo en el bosque, desaparecieron por completo toda mi angustia, todas mis penas. Parecíame que todo aquello no había sido más qua una pesadilla. Y además, el pequeño me entristecía. Mi madre le

había acaparado. Ya no era mío. Evidentemente, la cosa estaba bien así, pero me costaba mucho trabajo acostumbrarme.

—Tal vez hasta te pusiste á echarnos de menos—observó Gudmund.

—¡Oh, no! El lunes por la mañana, al despertarme, cuando pensaba que tenía que volverme á marchar, me invadió de nuevo el sentimiento de languidez. Lloraba y me torturaba, porque la única solución razonable era ir á reanudar mi servicio; pero, de otra parte, me sentía ponerme mala, hasta loca, al hacerlo. Entonces me acordé de pronto haber oído decir que, llevándose un poco de ceniza del lugar propio para verterlo en el hogar extraño, se quedaba libre de toda nostalgia.

—Por lo menos, era un remedio fácil de aplicar—dijo Gudmund.

—Sí; pero había, á lo que parece, un inconveniente en servirse de él: después, se estaba en el caso de no poder vivir en otra parte. Si se dejaba el lugar adonde se habían llevado las cenizas, atormentaba el deseo de volver á él, tanto como antes el deseo de marcharse.

—¿Y no podría uno proveerse de un poco de ceniza á cada nuevo cambio de lugar?

—No, no se puede hacer más que una sola vez. Así, pues, era definitivo. De suerte que era grande el riesgo de emplear semejante remedio.

—Yo no me hubiera atrevido nunca—dijo Gudmund; y bien comprendía ella que se estaba burlando.

—Pues yo me atreví, á pesar de todo—dijo Helga.—Era preferible esto, que parecer ingrata con la señora Ingeborg y contigo. Me llevé un poco de ceniza al marchar, y una vez en Narlunda, aproveché la primera ocasión en que no había nadie en la habitación para echarla en el hogar.

—Y ahora crees que son las cenizas las que te han servido.

—Espera un poco y sabrás lo que sigue. Me puse inmediatamente al trabajo, y no pensé más en las cenizas en todo el día. Experimentaba la misma languidez que antes, y todo me

disgustaba, como de costumbre. Había mucho que hacer aquel día, tanto fuera como dentro de la casa, y cuando por la noche, después de terminada mi labor en el establo, me disponía á entrar, el fuego ardía ya en el hogar.

—Ahora me tienes con mucha curiosidad por saber lo que sigue—dijo Gudmund.

—Pienso que ya al cruzar el patio, me parecía reconocer en la llama del fuego á un antiguo amigo, y al abrir la puerta, tuve la sensación rápida, pero precisa, de entrar en nuestra cabaña, en la que había de encontrar á mis padres sentados al amor de la lumbre. Sí, todo esto lo sentía como en sueños, pero al entrar, me sorprendió grandemente encontrar á la habitación un aspecto tan lucido y agradable. Nunca, hasta entonces, había encontrado una cara tan simpática á tu madre ni á todos vosotros, como aquella noche, al veros reunidos al amor de la lumbre. Tuve una sensación de verdadero bienestar, lo que no me había ocurrido hasta aquel momento. Quedé tan sorprendida, que estuve á punto de ponerme á gritar y palmotear. Me parecíais completamente transfigurados. Ya no érais para mí unos extraños. Podía hablaros de cualquier cosa. Debes comprender lo que me alegraba de ello; pero, al mismo tiempo, no pude menos de asombrarme del cambio. Me preguntaba si estaría hechizada. Y entonces me acordé de las cenizas que había derramado.

—Es un caso muy singular—dijo Gudmund.

No daba ningún crédito á las supersticiones y hechicerías, pero no le desagradaba oir hablar de ellas por boca de Helga.

—He aquí, en fin—se dijo,—á la ingenua del bosque. No se comprende que una criatura que ha sufrido tantas desgracias siga siendo tan infantil.

—¿Verdad que es singular?—dijo Helga.—Una vez encendido el fuego en el hogar, experimentaba en vuestra casa la misma seguridad, el mismo bienestar que en otro tiempo en la mía. Pero, sin duda, también hay algún misterio en esto del fuego. Tal vez no es con todos, sino seguramente con el

que arde en un hogar á cuyo alrededor se reúne todas las noches la familia entera. Se os hace familiar. Juega, danza y chisporrotea para divertiros; pero á veces parece como agriado y de mal humor. Es como si tuviera el poder de distribuir el bienestar y el malestar. Ahora me parecía que el fuego de mi casa me había acompañado en mi mudanza, y daba á todas las cosas el mismo aspecto familiar y amigo que á las cosas de mi casa.

—¿Y si ahora te obligaran á dejar Narlunda?—preguntó Gudmund.

—Entonces lo sentiría toda mi vida—contestó ella; y al oirla se comprendía bien que lo decía en serio.

—Pues bien; no seré yo quien te eche—dijo Gudmund; y aunque se riese al decirlo, había calor en la expresión de su voz.

No reanudaron ya la conversación y siguieron silenciosos hasta la casa. De vez en cuando, Gudmund volvía la cabeza para mirar á la que iba á su lado. La joven se había repuesto bien, desde los malos días que pasó el año último. Ahora tenía un aspecto de frescura y de pureza. Los rasgos de su cara eran finos y delicados; el pelo, rizoso, formaba en su frente una verdadera aureola; los ojos tenían una expresión atrayente y enigmática. Tenía un andar rápido y ligero. Su palabra era pronta, pero, sin embargo, tímida. Tenía siempre miedo de ponerse en ridículo; pero necesitaba, no obstante, decir lo que tenía en el corazón.

A las pocas semanas de esto, Helga supo que tenía que marcharse de Narlunda en el mes de Abril; Hildur Eriksdotter no quería vivir bajo el mismo techo que ella.

No fué que sus amos se lo declarasen abiertamente; pero la señora de Ingeborg insinuó que, cuando viniese la nuera, no necesitarían probablemente tantos sirvientes, gracias á la ayuda que no dejaría de aportar aquélla á la casa. Otra vez dijo que había oído hablar de una excelente colocación para Helga, en donde estaría mejor que en la actual.

No necesitó más Helga para comprender que debía marcharse, y declaró en seguida que quería hacerlo, pero que no deseaba ninguna otra colocación: se volvería á su casa.

Bien se veía que los de Narlunda no despedían de grado propio á Helga.

El día de su marcha, hubo en la comida tal número de platos, que parecía un verdadero festín, y la señora de Ingeborg le regaló tal profusión de trajes y calzado, que la muchacha, que había llegado con un pequeño hatillo bajo el brazo, apenas pudo ahora acomodar sus efectos en un baúl grande.

—Nunca tendré una sirviente mejor que tú—dijo la señora de Ingeborg.—Y ahora no pienses demasiado mal de mí porque te despido. Comprende que no es por mi gusto. No te olvidaré. Mientras que yo pueda ayudarte, no tendrás que temer la miseria.

La encargó además mucho trabajo de ropa blanca; le dió labor para seis meses, por lo menos.

Gudmund estaba cortando leña cuando se marchaba Helga. No venía á despedirse, á pesar de que el trineo estaba ya en la puerta. Parecía tan afanado, que no veía lo que pasaba. Vióse ella obligada á ir á él para despedirse.

Dejó él el hacha, estrechó la mano de Helga, y dijo, no sin cierta precipitación:

—Gracias por el tiempo que has estado en nuestra casa.

Y reanudó el trabajo. Helga hubiera querido decirle que comprendía perfectamente la imposibilidad de seguir allí, y que todo era por culpa de ella. Pero Gudmund daba tales hachazos, que la madera volaba alrededor, y nada llegó á decir la joven.

Pero lo más singular de esta marcha fué que el mismo amo el viejo Erland Erlandsson, condujo á Helga al Pantano Alto.

El padre de Gudmund era un hombrecillo seco, calvo, de ojos claros é inteligentes. Era muy reservado y tan taciturno, que le ocurría no pronunciar una sola palabra en todo el día. Mientras que todo iba bien, no se notaba su existencia; pero

en cuanto había un percance, llegaba siempre en el momento oportuno para decir y hacer lo necesario y volver las cosas al buen estado. Era hábil en la teneduría de libros y gozaba de la estimación de sus convecinos, por lo que le encargaban toda suerte de misiones de confianza, y era más considerado que muchos de los que poseían grandes fortunas.

Erland Erlandsson llevaba á Helga por caminos que el deshielo había puesto en mal estado; pero no le permitió que se apease en las cuestas para aliviar la carga del caballo. Una vez en el Pantano Alto, permaneció largo tiempo conversando con los padres de Helga, y les dijo lo muy contentos que todos quedaban de ella. Únicamente habían prescindido de sus servicios, porque en adelante no tendrían necesidad de tantos servidores. Como ella era la más moderna, la correspondía marchar. Les había parecido injusto despedir á criados antiguos que llevaban muchos años en la casa.

Las palabras de Erland Erlandsson tuvieron el efecto previsto de preparar á Helga una buena acogida de parte de sus padres. Y al saber que no la faltaría trabajo para ganarse la vida, se mostraron contentos de tenerla en casa.

SELMA LAGERLOF

(*Concluirá.*)

LA AMÉRICA MODERNA

La instrucción pública en las Repúblicas Americanas.—Joaquín Costa en América. Caso de aplicación de las doctrinas de europeización. Bolivia. El suelo de la República. El aislamiento. Composición de la población. La masa aborigen. El nivel cultural boliviano. La vida política. El pesimismo de Bolívar. Diferencia entre pueblo y país. Factores indígenas y exóticos de engrandecimiento nacional; la misoxenia. Razas superiores y razas inferiores; el adensamiento. La acción pedagógica. Un programa.—El conocimiento de la Argentina en Europa. La política de la emigración española juzgada por los argentinos.

Conforme á los datos que publica la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas, domiciliada en Wáshington, la instrucción pública es la siguiente en las sobredichas Repúblicas, entre las cuales no mencionamos á la Argentina, por ser su estudio ya conocido.

Bolivia.—La instrucción pública del país se divide en escuelas nacionales y municipales. Es gratis y nominalmente forzosa. A fines de 1909 concurrían á las escuelas nacionales unos 14.000 niños, lo que indica un notable adelanto, si se tiene en cuenta que pocos años antes (1904) sólo asistían 2.847 alumnos. En el mismo año de 1909 concurrieron á las escuelas municipales unos 48.000 alumnos más ó menos. El presupuesto actual ha asignado 1.900.000 bolivianos, suma que cubre aproximadamente los gastos de la instrucción pública. En el año 1909 se puso en vigencia el programa preparado por el Congreso del año anterior, y que, establecido sobre una base más

científica, produjo mayor armonía entre las escuelas nacionales y gran número de las municipales.

En Sucre se fundó una Escuela Normal; se organizó una Escuela Mercantil en La Paz, y se reconstruyó la Escuela de Minas de Oruro. Se abrió un museo para maestros. Varios profesores fueron enviados al extranjero con misiones especiales.

Brasil.—En algunos Estados, la instrucción primaria es obligatoria. Hay en todo el país 11.147 escuelas primarias, á las cuales concurren 565.922 alumnos, y 327 escuelas de segunda enseñanza con 30.258 alumnos. Estas cifras comprenden las escuelas oficiales y particulares.

Un decreto presidencial de Setiembre de 1909 autoriza la creación de escuelas industriales en las capitales de todos los estados. El Gobierno promete ayuda á todas las escuelas industriales particulares que se establezcan. Once Estados tienen ya escuelas industriales.

«En el Brasil no hay una verdadera Universidad.» Los establecimientos nacionales consagrados á la instrucción superior son las Escuelas de Derecho de Pernambuco y de San Pablo, las dos Escuelas de Medicina de Río de Janeiro y Bahía, la Escuela Politécnica de Río de Janeiro, la Escuela de Minas de Ouro Preto y la Escuela de Bellas Artes de Río de Janeiro.

Colombia.—La instrucción pública está á cargo de un miembro del Gabinete. Últimamente ha producido mejoras notables en su ramo, sobre todo en los distritos rurales. En varias partes del país existen escuelas nocturnas prácticas de artes y oficios que cuentan con el apoyo del Gobierno. Se ha decretado la creación de cinco escuelas normales y una escuela nacional de comercio.

En 1909 había 2.987 escuelas públicas con 235.000 alumnos.

A las escuelas normales se concederá una subvención de 400 pesos mensuales durante el año escolar, que consta de diez meses, para costear la instrucción de estudiantes pobres.

Costa Rica.—Se asignan anualmente 325.000 pesos para las escuelas públicas, y se calcula que cada alumno representa

un gasto de 12,09 pesos. Para los fines de la instrucción primaria la República se divide en cinco secciones, subdivididas en circuitos y distritos. Cada distrito tiene una Junta de Instrucción, que depende de una jefatura técnica, y ésta de la Subsecretaría de Estado en el Despacho de Instrucción pública. Hay un promedio de 30.000 niños que concurren á las escuelas primarias y 1.200 á los colegios de segunda enseñanza, que son seis. En Marzo de 1909 se introdujeron nuevos sistemas de enseñanza práctica, y un decreto posterior manda establecer escuelas preparatorias de artes y oficios y de economía doméstica en las varias capitales de provincia.

En virtud del art. 15 del tratado de Wáshington, el Gobierno de Costa Rica fué autorizado para levantar el edificio del Instituto Pedagógico Centroamericano. Estará situado en las cercanías de la ciudad de Barba.

Cuba.—Una buena proporción del presupuesto general del país se dedica al ramo de instrucción pública. Hay escuelas de «kindergarteus» primarias y de segunda enseñanza y normales de pintura y escultura y artes y oficios. La institución docente de mayor importancia es la Universidad de la Habana, que fué establecida en 1728.

A fines de 1909, había 2.171 escuelas, 3.613 maestros y 132.740 alumnos matriculados, con un promedio de concurrencia de 98.489 alumnos.

Chile.—La instrucción pública en Chile no es obligatoria, pero es absolutamente gratis. Hay en la actualidad 2.215 escuelas primarias, 4.729 maestros y unos 172.000 alumnos. Además, el Estado subvenciona á 118 escuelas primarias particulares.

La segunda enseñanza se suministra en el Instituto Nacional de Santiago y en los Liceos, de los cuales hay uno en cada capital de provincia. La instrucción superior se recibe en la Universidad Nacional de Santiago y en las escuelas normales, que son 15: 6 para varones y 9 para señoritas.

La instrucción industrial, comercial y agrícola se suminis-

tra gratuitamente en escuelas públicas especiales y en varias sociedades, tales como la Sociedad Nacional de Agricultura, la Sociedad de Fomento Fabril y la Sociedad Nacional de Minería.

Estas instituciones reciben subvención oficial. La Sociedad de Fomento Fabril dirige 17 escuelas industriales en todo el país. En 9 ciudades hay escuelas mercantiles, y en 6, escuelas prácticas de agricultura. En Copiapó hay una escuela de minas, y en Santiago y la Serena escuelas prácticas para ingenieros y mineros.

La enseñanza militar se provee en la Academia Militar y cuatro escuelas militares, en tanto que la Academia Naval y cuatro escuelas más suministran enseñanza á los que se destinan á la marina.

Ecuador.—En Quito hay cinco colegios, dos Institutos normales, una Universidad, una Escuela de Medicina, un Instituto de Ciencias, una Escuela de artes y oficios, tres escuelas para señoritas y tres «kindergartens.» En todo el país hay más de 1.200 escuelas primarias, á las cuales concurren 70.000 alumnos.

Hay en los Estados Unidos unos 100 jóvenes ecuatorianos, estudiando en diversos colegios y universidades, y se enviaron á Europa otros 100 con idéntico fin.

Salvador.—El sistema de instrucción de El Salvador comprende escuelas primarias, de segunda enseñanza, de instrucción superior, profesionales y científicas. Hay actualmente 600 escuelas primarias con 35.000 alumnos inscriptos y un promedio de asistencia de 25.000. Los maestros son 1.100. En la Escuela Normal de señoritas se gradúan unas 175 todos los años. Los ramos superiores se estudian en el Instituto Superior de San Salvador.

Guatemala.—En este país hay escuelas nocturnas para artesanos, cuyos alumnos están exentos del servicio militar.

El Poder Ejecutivo ha instituído una fiesta nacional á la

terminación del año escolar en todo el país. Son las fiestas de Minerva.

En 1908 había en la República 1.330 escuelas con 51.280 alumnos.

Está muy difundida la enseñanza del inglés en las escuelas públicas. Para enseñar este idioma se utiliza principalmente el fonógrafo, según el método del profesor Cross.

Hâiti.—La instrucción progresa lentamente. En 1908 había en Haití 864 escuelas. Existe una Escuela Nacional de Medicina y Farmacia y una Escuela Nacional de Derecho.

Honduras.—La enseñanza en las escuelas públicas es enteramente gratis. Los cursos se dividen en elemental, superior, normal y profesional. El primero es obligatorio, y está á cargo de las autoridades municipales, pero subvencionado por el Gobierno.

En 1909, el número de escuelas primarias ascendía á 655, con 767 maestros y 25.975 alumnos matriculados.

El Gobierno se propone restablecer la Escuela de Medicina sobre una sólida base financiera, á fin de que recobre el prestigio de que antes gozó.

La República gasta anualmente unos 25.000 pesos en enviar estudiantes á los Estados Unidos, Méjico y Europa, para que obtengan conocimientos profesionales.

En conformidad con lo acordado por la Conferencia de Wáshington, Honduras contribuyó con 100.000 pesos para el establecimiento del Instituto Pedagógico de la América Central, en Costa Rica.

Méjico.—En la ciudad de Méjico, el distrito federal y los territorios nacionales, la instrucción pública está directamente á cargo del secretario de Instrucción pública. Las escuelas primarias y de segunda enseñanza están bajo el dominio de los Estados, pero las instituciones públicas superiores establecidas en los Estados quedan sujetas á la inspección del Gobierno nacional.

Los edificios escolares son en las ciudades populosas de lo más moderno y confortable.

En las escuelas públicas primarias la instrucción es obligatoria, exigiéndose la concurrencia de los niños de seis á diez y seis años de edad.

Se estimula la concurrencia á las escuelas de segunda enseñanza. En éstas se estudia mucho el idioma inglés.

Se calcula que asisten á las escuelas públicas mejicanas alrededor de 1.000.000 de niños.

En ocasión del Centenario de la Independencia, en Septiembre del año pasado, el Gobierno se propuso realizar la unificación de muchos colegios, bajo una misma dirección y con el título de Universidad Nacional de Méjico.

El Sr. J. Ives Limantour hizo un donativo de 98.500 pesos para la construcción de un *hogar* para los estudiantes que van á la ciudad de Méjico procedentes de las distintas partes de la República, con el fin de terminar sus estudios profesionales. La institución proyectada proporcionará á los estudiantes habitaciones cómodas y buenos alimentos á precios reducidos.

Nicaragua.—El ramo de instrucción pública está á cargo del ministro de Relaciones Exteriores é Instrucción pública. En el último año, acerca del cual ha sido posible obtener datos estadísticos fidedignos, había poco más de 125.000 niños de edad escolar, ó sea cerca de un 20 por 100 de la población del país, y 352 escuelas primarias para ambos sexos sostenidas por el Gobierno. Cada escuela tiene un superintendente. En los varios departamentos del país había 391 maestros. En realidad, sólo un 12 $^1/_2$ por 100 de los niños en edad escolar concurría á las escuelas.

Había cuatro escuelas de enseñanza superior: tres para varones y una para señoritas. Los ramos profesionales contaban con tres Escuelas de Derecho y una de Medicina.

Panamá.—Según el informe anual del Cónsul general de los Estados Unidos, el sistema de instrucción pública de Panamá se halla dividido en primaria, secundaria, industrial y profe-

sional. La primaria tiene un notable adelanto en todo el país.

El Gobierno pensiona, para que estudien en el extranjero, á 65 estudiantes, de los cuales 15 son mujeres.

Con el consentimiento de los Estados Unidos, el Gobierno ha establecido en la zona del canal una escuela para ambos sexos.

A fines del año escolar 1909-10, la República tenía 242 colegios y escuelas oficiales, con 396 maestros y 14.305 alumnos.

Paraguay.—A principios de 1909 había en la República 344 escuelas primarias con 756 maestros y 40.605 alumnos. Además, las escuelas particulares tenían más de 2.000 alumnos. El curso de instrucción primaria abarca un período de seis años. Hay dos Escuelas Normales.

Perú.—A principios de 1909, el número de escuelas primarias ascendía á 2.339, con 3.015 maestros y 162.298 alumnos. A la Escuela Central de Enseñanza Manual y Cultura Física, establecidas en Lima en Junio de 1907, concurren 120 alumnos.

Un decreto del Poder Ejecutivo de Enero de 1909 prescribe que se nombren anualmente cuatro estudiantes de profesiones liberales para que continúen sus estudios en el extranjero á costa del Gobierno, estipulándose que, al vencimiento de dos años, deberán prestar servicios á la República.

República Dominicana—Este país contaba con 440 escuelas y 16.000 alumnos á principios de 1909.

Uruguay.—La instrucción primaria es obligatoria. A fines de 1909 había 791 escuelas primarias, con 74.896 alumnos, y 289 escuelas particulares con 4.000 alumnos. Hay el propósito de aumentar el número de escuelas, de modo que funcione una por cada 1.000 habitantes. Existen escuelas nocturnas para adultos.

Venezuela.—La instrucción pública de la República se halla á cargo del Gobierno federal, de los Estados y de los Municipios. Número de escuelas en 1909: de varones, 731; de niños, 574; mixtas, 238; total, 1.453 con 48.718 alumnos.

La organización de la enseñanza pública, tal como se ofrece por los datos expuestos, presenta, como problemas á resolver, el desenvolvimiento de la enseñanza técnica y el desarrollo de la enseñanza facultativa; pero no hay que olvidar que este desenvolvimiento va *pari passu* con otros desenvolvimientos de carácter económico social de no lejana realidad en América. La expansión cultural americana se muestra en esa emigración de intelectuales que desde el seno de las Indias clásicas van buscando las nuevas Indias de cultura en otros países, apartando de sí ese sentimiento de misoxenia, que quiere decir, en lenguaje más claro, nacionalismo tradicionalista, indigenismo, ó sea muralla de la China.

***

La República Boliviana constituye el verdadero *Hinterland* de la América del Sur; tiene una extensión de 1.470.196 kilómetros y una población absoluta de 2.267.935; la población relativa es de 1,5 habitantes (1908). Este país ha recibido el nombre de *Pueblo enfermo*; un distinguido escritor, Alcides Arguedas, llama así á la República Boliviana en un reciente libro (1).

¿Cómo vive este país? ¿Cómo es su suelo, su población y su cultura? ¿Cuál la causa de su estado actual, y cuál el ideal á realizar? Estas son las cuestiones que á propósito de Bolivia estudia el sobredicho escritor.

Alcides Arguedas ha estudiado cuidadosamente la República Boliviana, y transparenta en su espíritu crítico la influencia de Joaquín Costa, cuyo programa de regeneración para España encuentra aplicable á la República Boliviana. Por la exposición, estilo y procedimiento analítico, Alcides Arguedas recuerda más á Macías Picavea que á Costa; de todos modos,

(1) A. Arguedas: *Pueblo enfermo*, contribución á la psicología de los pueblos hispano-americanos. Barcelona, 1910.

es un escritor que está nutrido con savia de pura cepa española, cuyo trabajo es digno de una larga meditación.

Bolivia es un país metido en las entrañas de la América del Sur; viene á ser así como un gigantesco escenario por el que pasan pequeñas marionetas y ningún coro aparece. Repite el caso de la mayor parte de los países ibero-americanos en los principios de la emancipación, y demanda análogas soluciones á las empleadas en otros, como Méjico y Argentina.

El suelo boliviano es multiforme. La región *interandina* tiene como símbolo la *puna*, la alta y monótona meseta; la región *amazónica* tiene una riqueza natural típica en los países americanos, y lo mismo la regional del Plata. La descripción de la *puna* boliviana recuerda la pintura que Macías Picavea hace de la Tierra de Campos y de sus habitantes. La altura mínima sobre el nivel del mar es de 2.500 metros, y la máxima de 3.824. Alcides Arguedas describe con delicadeza magistral la región interandina. Las estaciones en dicha región son dos solamente: el verano y el invierno. En la primera, las continuadas lluvias hacen crecer el caudal de los ríos y de los lagos; el campo se cubre de un verdor amarillento y en las hondonadas se forman pantanos, ricos en aves marinas. Esta estación dura de Noviembre á Abril. De Mayo á Setiembre, es decir, en invierno, el campo es sólo un inmenso páramo gris. Fuertes rachas de viento levantan torbellinos de polvo. El sol brilla intenso, los charcos se secan y el aire es de una pureza admirable. Los más lejanos objetos destacan, nítidos, sus contornos; los cimas de las nevadas montañas fulgen albas; pero dondequiera que los ojos se dirijan, sólo descubren desolación y tristura que se hacen *tangibles*, á la hora del crepúsculo, á esa en que no se sabe si es el día ó la noche lo que impera... Podría decirse que la pampa, en invierno, da la impresión del mar, pero de un mar muerto, sin olas, sin furores, lúgubre, hostil. Allí no se sorprende la vida, sino la nada. En medio de esa quietud petrificada, de esas sábanas grises y polvorosas, donde las caravanas, por numerosas que sean, semejan grupos

de hormigas decrépitas sobre la vasta extensión de un plano, se siente tal abandono, tal soledad, que el espíritu no tiene ánimo de remontarse, de soñar. De ahí la ausencia de toda poesía en las razas que lo pueblan. Su belleza, si puede haber belleza dentro de la uniformidad de líneas y colores, es rara. En las primeras horas del día, bajo el cielo limpio y sereno, la pampa aparece cuajada de escarcha. Hiélanse los arroyos y manantiales, y del suelo endurecido se levantan reflejos cristalinos y vibran en el aire soplos de nieve entumecedores. La calma reina; el humo de los hogares indígenas elévase en espirales al cielo, y no se oye sino el incansable balido de las bestias encerradas en los apriscos, el estridente grito de las aves de presa y, de vez en cuando, el tintineo de una esquila que se aleja, el ladrido de un perro que vigila el enflaquecido rebaño, la melancólica agonía de una *quena* que solloza...

El color dominante y absorbente es el gris. Por partes vense manchas verdes y amarillas, son los campos de sembrío; pero esto en pequeña extensión y en las cercanías de los poblachos ó villorios. El resto es uniformemente gris. Algunos cerros ennegrecidos rompen la uniformidad del llano; son cerros rocosos, los más, y consiste su vegetación en paja dura y áspera y una especie de espinos con blanca pelusilla, que florecen á ras del suelo. La sequedad de éste, en su mayor extensión, es siniestra. Manchado en sitios de ocre, en otros de pardo, en otros de ceniza, alárgase implacablemente desnudo, dejando un horizonte amplio, vibrante de luz, y ofreciendo curiosos fenómenos de espejismo que fingen gigantescas urbes, lagos de onda muerta...

La fauna es pobre...

Los yacimientos auríferos son importantes en esta región. Ulloa, en su célebre *Viaje histórico*, hace notar su riqueza mineral; lo mismo Pedro Kramer (La industria en Bolivia); los ingenieros yanquis señalan en tal región ciertas zonas que producen de una á dos onzas de oro de buena calidad por tonelada.

Después de esta región, ofrecen las regiones amazónica y del Plata un espectáculo opuesto, con sus valles profundos y ricos de vegetación, sus ríos caudalosos, bosques copiosos y comarcas de montañas suízas.

¿Por qué este país tiene tan escasa significación entre los pueblos ibero-americanos? Sencillamente, porque el potencial creador de su población es escaso, á causa de su mesticidad, de su falta de formación cultural, de su rarefacción y aislamiento.

Los caminos son raros y apenas son practicables ocho meses al año; las poblaciones están como islas oceánicas, perdidas, apartadas unas de otras por trechos no inferiores á 160 kilómetros; los ferrocarriles son escasos; según Arguedas, la línea más importante tiene 600 kilómetros, otra 95, y se han trazado otras, ya en construcción; según las estadísticas del *Gotha*, los kilómetros de vía férrea bolivianos, ascienden á 1.127, en 1908, incluyendo, tal vez, los que están en vías de construcción. La vida social, en sus manifestaciones económicas, está estancada; está imposibilitado de alumbrar sus riquezas el suelo boliviano con tal aislamiento. La población resulta un conglomerado con predominio numérico de elementos indígenas, ascendiente social de mestizos y menor influencia de blancos. Según los datos relativos á la composición de la población, por razas, la participación es la siguiente (1):

Indígenas	903.126
Mestizos	485.293
Blancos	231.088
Negros	3.945
No especificados	121.116
Total	1.744.568
De éstos,	
Saben leer	218.845
Analfabetos	1.525.723

(1) *Geografía Nacional*, 1905.

¿Está claro?

Los indígenas, que constituyen cerca de un millón, son el peso muerto en la lenta marcha del país; á veces, la fuerza de arresto y neutralizadora de su progreso. He aquí un retrato del indio:

De regular estatura, quizás más alto que bajo, de color cobrizo pronunciado, de greña áspera y larga, de ojos de mirar esquivo y huraño, labios gruesos; el conjunto de su rostro, en general, es poco atrayente, y no acusa ni inteligencia ni bondad; al contrario, aunque, por lo común, el rostro del indio es impasible y mudo, no revela todo lo que en el interior de su alma se agita. En ese conjunto de líneas ásperas, de angulosidades chocantes, encuéntranse algunas veces, y en ciertos sitios, líneas más suaves, más puras y tez más clara, conforme se va saliendo de estas regiones altas y entrando á climas mejores y más clementes. Ya en los valles, la misma raza adquiere aspecto simpático; se ven rostros graciosos y hasta bonitos en las mujeres.

Su carácter tiene la rudeza y la aridez del yermo. Es duro, rencoroso, egoísta, cruel, vengativo y desconfiado. Le falta voluntad, persistencia de ánimo, y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia. De ahí su odio al blanco.

Su vida es parca y dura hasta lo increíble. No sabe ni de la comodidad ni del reposo. No gusta placeres, ignora lujos. Para él, ser dueño de una ropa llena de bordados, con la que pueda presentarse en la fiesta del pueblo ó de la parroquia, y embriagarse lo mejor que le sea permitido, y el mayor tiempo posible, es el colmo de la dicha. Una fiesta le parecerá tanto más lucida cuantos más días se prolongue. Bailar, beber, es su sola satisfacción; no conoce otras. Es animal expansivo con los de su especie; fuera de su centro, mantiénese reservado y hosco. En su casa huelga la miseria absoluta, el abandono completo. En la casa del indio no hay nada sino suciedad, y es—según una nota anónima consignada en la citada *Estadís-*

tica—«una miserable y pequeña choza, hecha con barro, piedras y con techura de paja. Dentro de esta lóbrega y desaseada habitación vive toda su familia, en la que se recoge por la noche, recostándose sobre la desnuda tierra ó sobre vellones de cordero carcomidos. En toda la extensión de la República se ven ranchos de indios diseminados...»

Todo esto, el abuso del alcohol, el exceso de trabajo, la mala y deficiente alimentación, la absoluta falta de higiene, van minando el vigor prodigioso de la raza. Hoy, la mayor parte de las pestes y enfermedades infecciosas hacen estragos entre las clases indígenas y mestizas, porque son las menos limpias. El altiplano se despuebla, la población indígena decrece en proporciones geométricas; y bien porque el desgaste nervioso haya ocasionado pérdida de energías, ó porque se da cuenta de su completo fracaso, ó porque ha desechado ya en absoluto la idea de reivindicación, cara á su fantasía desde los remotos tiempos de la conquista, la tristeza, una de las características de su temperamento, es hoy su refugio.

«Cuenta Markham—dice Reclus (1)—haber oído en los alrededores de Ayacucho cantar á las madres, en tanto daban el pecho á sus hijos, estrofas rebosando llanto y desesperación, semejantes á éstas:

En noche tormentosa fuí concebido.—Así me asemejo á una nube que, preñada de amarguras y tristezas, se desata en lágrimas al menor soplo de la adversidad.—Naciste en triste albergue.—Mi madre cantaba dándome el pecho.—La lluvia y la tormenta fueron tu cuna.—Abandonado y solo, erré al azar buscando un alma caritativa.—Nadie se apiada de mi miseria.—Maldito sea mi nacimiento.—Maldita fué mi concepción.—Maldito el mundo, maldito todo, maldito yo.»

La raza mestiza ha nacido de la fusión entre el invasor blanco y el indio. El *cholo*, cuando permanece sin salir de su medio, revela, á pesar de sus muchos vicios, excelentes cuali-

(1) Onésimo y Eliseo Reclus: *Geografía Universal.*

dades de carácter: es activo, aunque inclinado á la rapiña; valiente, pero holgazán; tímido, á la vez que altanero. Como el blanco, repugna el ejercicio de la voluntad, y siente aversión por todo lo que significa esfuerzo. Inteligente, listo, adquiere sin gran trabajo ideas generales; pero tiene el defecto de dejarse llevar por todo dogmatismo intransigente y avasallador.

Cuando adquiere cierta cultura, se exaltan sus instintos dominadores, y es ambicioso por cosas vulgares y de poca significación, aficionado al brillo y al fausto, díscolo, mordaz, envidioso, agresivo y susceptible en extremo, llegando á veces á la ruina de sus intereses ó de su prestigio profesional para alcanzar los pequeños triunfos sociales ó políticos que ardientemente anhela su fantasía, como se ha visto mucho en estos últimos tiempos.

Jamás, nunca avivan su espíritu ni la admiración ferviente ni el entusiasmo exaltado. Para admirar mucho, le falta educarse; para sentir entusiasmo, le falta comprender.

La raza blanca, no llevando pura la masa de su sangre, tiene ciertos rasgos salientes que la diferencian notablemente de la que procede; pero, de igual modo, por causas de medio físico y de educación, es impotente de desplegar sus energías en franco brote de espontaneidad. Holgazana y parca en ambiciones, está atacada del vicio de la empleomanía, lo que demuestra en ella viejos atavismos de dominación; diríase que aún no ha adquirido el hábito de vivir libremente y gobernarse por sí misma. Débil de voluntad, sólo obedece el blanco á sus impulsiones del momento, y uno de sus más graves defectos es el de la imprevisión. Sus facultades de adaptabilidad al medio son envidiables: es generoso, inteligente, delicado. Menos interesado que el cholo, como éste, es profundamente conservador, y su fatal característica consiste en faltarle casi en absoluto el sentimiento del deber y en no saberse imponer ninguna disciplina mental.

La formación cultural, la educación, podrían hacer progresar á algunas de estas razas, sobre todo la blanca, pero los

centros de cultura apenas tienen significación. La escasa cultura que hay en Bolivia se reduce á esos elementales, que se llaman leer, escribir y contar. Hay *siete* Universidades, tres de las cuales, dice Arguedas, tienen tres Facultades: Derecho, Medicina y Teología; *una,* dos: Derecho y Teología; y *tres,* una: Derecho.

El anhelo de instrucción es tal, que en el año 1901 la Facultad de Tarija contaba con *un* profesor y *un* alumno; la de Medicina de Cochabamba, *un* profesor y *cuatro* alumnos...

El material científico es poco menos que nulo.

El producto político de todos estos materiales humanos está expresado en las sesenta revueltas y serie de guerras internacionales que se sucedieron desde 1825 á 1898. Ha sido Bolivia el país clásico de las grandes batudas de Presidentes que solían subir al Poder sobre el cadáver de su antecesor. Todo esto lo predijo Bolívar, que, después de fundar cinco Repúblicas, escribió días antes de morir:

«La América es ingobernable; los que han servido á la revolución han arado en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. Estos países caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para pasar después á la de tiranuelos imperceptibles, de todos colores y razas, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad. Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, éste sería el último período de la América.»

***

Repito mi primer juicio: Bolivia repite el caso de los países ibero-americanos en los principios de su emancipación. Bolívar dió un juicio prematuro sobre el porvenir de América: sobre la nebulosa de futuros mundos que él contribuyó á formar, no pueden aplicarse juicios que sólo convienen y son propios de sociedades formadas, y que, en la pendiente de la decadencia, arrancan lamentos á los críticos y estadistas.

Bolivia no es un pueblo, ni está enfermo, como dice Alcides Arguedas. No es un pueblo, porque le falta esa cohesión espiritual y ese calor del sentimiento colectivo que, unido á tradiciones históricas comunes y á ciertos rasgos típicos espirituales, como el lenguaje, pueden fundar una nacionalidad aún sobre la base de una amalgama de razas; no está enfermo; su estado, en vez de ser patológico, es de incultura, selvático, si se quiere, pero no morboso. Bolivia es sencillamente *un país*, no un pueblo, en el que viven distintas razas, sin más vínculo que la coacción externa del Poder político, y alguna de esas razas vegeta solamente. El pueblo está por formarse; se formará, tal vez, si aparecen esas fuerzas que Costa personificaba en el cirujano de hierro, si yo bien creo que ésta es labor de muchos cirujanos; que uno solo no podría transformar un pueblo, así como tampoco el Delfín de Francia podía transformar por sí solo el pueblo francés, como creían aquellos maestros que sólo se preocupaban de la educación de los hijos de los reyes franceses.

Pero el Sr. Arguedas, que ha sido acerbamente criticado por el delito de haber sido sincero con los bolivianos, transforma la valentía de su crítica sobre Bolivia en un optimismo un tanto precipitado, al examinar los factores de la reforma nacional boliviana.

Si todas las deficiencias de carácter—dice—y educación señalados hasta aquí no tuvieran, no sólo explicación lógica, sino disculpa, fuerza sería concluir, fatalmente, sin remisión, que Bolivia—al igual de muchos pueblos ofrecedores del mismo ó más desesperante espectáculo—era pueblo llegado á la última etapa de decadencia, é irredento, por lo tanto; pero para afirmar esta creencia, indispensable se haría olvidar que esos pueblos nacieron prematuramente, sin ninguna clase de preparación en la vida autónoma é institucional, y que en el primer período de existencia de un pueblo, que es de formación y ensayo, forzosa é inevitablemente tiene que pasar—sobre todo en un aspecto político—por una época más ó menos

larga de convulsiones, trastornos, sacudimientos, so pena de nacer no viable y atacado de parálisis. Se puede sostener, con el vidente Angel Ganivet, que todo esto es efecto de la vida misma, de la superabundancia de fuerzas, quizás mal orientadas, pero en todo caso denunciadoras de vigor y salud hasta la plétora, que ya es *enfermedad*... Para el proceso y marcha armónica de Bolivia se opusieron muchos y poderosos obstáculos. Fueron telúricos ante todo. El territorio, extenso y vario, no podía prestarse al desarrollo paralelo de todas las energías; y la absoluta falta de medios de comunicación hizo, ó mejor, hace, que las diversas circunscripciones vivan alejadas entre sí sin unidad de aspiraciones, factor indispensable para cohesionar un carácter y dar fuerza á un país. Cada zona, cada región, aislóse, conservando sus propios elementos, cuidando con esmero lo que era peculiar en ella, y así, cada uno tiene sus diferencias, si no esenciales, por lo menos harto perceptibles. Susceptibilidades prematuras y mal encauzadas, por otra parte, exagerado desarrollo del sentimiento, poco hábito de análisis, esto es, la vida puramente instintiva, ha distraído de sus fines normales toda nuestra actividad, sin que todavía se note movimiento de reacción contra semejante modalidad que, por no ser adaptable y compatible con las modernas condiciones de vida, tienen que desaparecer con el tiempo fatalmente. Para intentar obra de reacción contra todos estos males, no hay que buscar, de consiguiente, los paliativos fuera, sino dentro del mismo país. En su composición psicológica misma, con sus mismos elementos heterogéneos y dispersos, que es indispensable aprovechar, para de ese modo propender á una unidad de reacción que puede dar excelentes y provechosos frutos. Eso de poner la mirada en otros países de distinta psicología y formación del nuestro, y tratar de imitar sus procedimientos curativos, es grave error de políticos poco ejercitados en el estudio consciente de su país.

Ciertamente que hay instituciones exóticas que no es posible arraigar en otros suelos: el derecho francés, por ejemplo,

no es aplicable en todos los lugares de Alemania, pero hay algo que es cultura, que es europeísmo aplicable á todos los países donde haya mentalidades capaces; europeísmo quiere decir importación y asimilación de productos racionales, de valores culturales que no pueden darse *espontáneamente*. Cuando hay indígenas, tanto en Bolivia como en España, que se burlan de la europeización y luego dicen doctoralmente «veamos antes lo que hay en nuestras entrañas espirituales», suponen que en el mundo humano hay un fatalismo, una predestinación igual al mundo físico, perfectamente limitado en sus propiedades. No pueden darse en Prusia los naranjos porque el clima prusiano no es capaz para tal cultivo; pero los prusianos pueden cultivar, asimilar y producir cosas análogas á las que escribiera Lope de Vega entre nosotros, influído por aquella Academia de Literatura valenciana que se llamó Escuela de los Nocturnos. En las entrañas espirituales, cuando se trata de una raza idónea, no hay más que un pan de cera moldeable, tanto más moldeable, cuanto más susceptible de ser educada resulta; sólo las razas degeneradas ó estancadas, misoneístas, tienen petrificadas las llamadas entrañas espirituales.

Los pueblos que se organizan conforme á la pauta de la civilización occidental, tienen un tipo común, problemas comunes, y, por lo tanto, las soluciones, comunes son también. No cabe decir, cuando de ellos se trata, que cada pueblo tiene necesariamente una peculiaridad que modifica las cosas comunes. El proteísmo social no alcanza á destruir cierta internacionalización de la vida.

Ciertamente que la educación transforma, pero no crea. Las razas inferiores, difícilmente pueden ascender al plano en que viven las razas superiores. Un bosquimano, un piel roja, será siempre refractario á los procedimientos más refinados de la pedagogía. Alcides Arguedas parece demasiado optimista al abordar este punto, que se enlaza con el problema étnico boliviano.

Por desgracia, dice, las fatalidades de raza, bien que se les

niegue, parecen ser un hecho, ó por lo menos se imponen con carácter dominador, en cierta clase de manifestaciones.

En Bolivia, el indio, elemento principal, tomado aisladamente, puede ser susceptible, no sólo de adaptación, sino de educación sólida; pero será siempre nulo en obras de iniciativa y busca personal, pues, por temperamento, esencialmente misoneísta, es decir, enemigo de lo nuevo. Reúne bellas cualidades, á no dudarlo. Es fuerte, sobrio, económico, valiente, paciente, tenaz, aguerrido. Su sentimiento del deber, hoy anulado por la ignorancia del *haber* y su amor exagerado al terruño, á todo lo que lleva marca de su propiedad, lo hacen recomendable, indispensable si se quiere, pero no hasta el punto de preferirlo—como se piensa—á una inmigración seleccionada é inteligente. Todas esas buenas cualidades, combinadas, harían de él un obrero, ó mejor, un agricultor ejemplar y un soldado incomparable, y por ello—á lo menos por lo pronto—se debe tomar como medida urgente imponer por medio de la propaganda continua, á que los poderes públicos se esfuercen en cambiar sus condiciones de vida. Hay muchas leyes que la protegen; pero, como casi todas las leyes entre nosotros, sólo se quedan escritas, si no son viôladas por los mismos encargados de aplicarlas, que es lo general.

Fuerza es desarraigar del sentimiento popular el prejuicio de que la raza indígena está irremediablemente perdida y es raza muerta. Eso de que blancos y mestizos se crean formados de arcilla diferente y vean en el indio cómodo elemento de explotación, delata pernicioso estado de espíritu en la colectividad.

Supongamos—y esta suposición no es aventurada—que desaparezca del altiplano, hoy la sola región poblada: no habría otro sér de la fauna humana con quien reemplazarlo, ni aun con el cholo, porque el cholo es más holgazán y más alcohólico que el indio. El indio bebe, es verdad, pero por causas que le parecen dignas de conmemorarse: las cosechas, las fiestas cantonal y patronal, un buen negocio, los síntomas de un buen

año...; el cholo bebe por vicio é inclinación, y todavía es insolente, díscolo, aficionado á apropiarse de lo ajeno. Sus instintos rapaces son más acentuados que en el indio. Si éste se satisface con poco, aquél no se contenta con nada. ¿Con gente inmigradora? Menos. Una inmigración, cualquiera que sea, demanda gastos que ninguno de nuestros propietarios los harían y, además, y sobre todo, requieren un régimen alimenticio especial, cierto *confort* desconocido del indio, y adecuadas condiciones de clima, suelo, paisaje, hábitos, idioma, etc., etc.

Hablemos claro: en la distribución del trabajo, Arguedas desliza la idea de reservarle al indio la tarea más dura, como en las colonias de plantación se hace con los negros. No hay otro remedio. Esto es más humano, después de todo, que la política del rifle, tan bien administrada como lo han hecho ingleses y alemanes.

Pero después del problema de selección de la población está el problema del adensamiento. Si se repugna seguir el camino del aumento de la población en Bolivia, por medio de la inmigración, no queda más recurso que provocar el incremento natural de la misma, por medio de un aumento de la producción y de un buen reparto de lo producido. Y la producción de riqueza supone espíritu económico, progreso técnico, buena política económica en el Estado, es decir, una formación política y social bien distinta de esa pasión insana, por el poder que tan patrióticamente critica Arguedas. Vamos á parar al problema de los problemas: al problema pedagógico.

En la psicología boliviana ve nuestro escritor buena base para la edificación.

La sugestionabilidad—dice—siendo característica de una raza, puede ser causa de un adelanto lento, pero continuo, siendo necesario propender de inmediato á una centralización de aspiraciones, para lo cual es preciso orientarse primero, ver adónde se quiere ir y qué es lo que se desea hacer.

Semejante consciencia tiene que ser resultado directo de una radical reforma escolar.

Y éste es el gran problema, el único casi, que ha de modificar esos tres elementos que se combinan de manera fatal para oponerse aún en largo tiempo al desarrollo del país: la inmoralidad profunda y la falta de preparación del elemento que domina, la corrupción patente del elemento dominado, y la nulidad de la raza indígena, elemento dominante.

Continuar echando la culpa del fracaso productivo y comercial del país, sólo y exclusivamente á una situación mediterránea, es condenarlo á perecer, porque esas condiciones no han de cambiar ni desaparecer nunca, ni aun cuando se cubra de líneas férreas su territorio.

Más conveniente y aun más lógico es ver la verdad y convencerse, de una vez por todas, de que lo que lo ha colocado en esta falsa posición es esa falta de actividad é iniciativa comercial y agrícola, la mala educación, pues estos males se corrigen, y aquél no, porque—y aquí está el eficaz remedio—esa falta de iniciativa, esa inadaptabilidad no depende de la insuficencia mental de la raza, sino de nuestra malhadada pereza física. Todo viene de ahí, ó mejor, casi todo: la rutina, el cansancio, etc. De donde lógicamente se desprende que el gran problema nacional, ante todo es, repito, pedagógico.

Bien sé que hoy, la gran idolatría de las colectividades es la pedagogía, como era antes la religión, como mañana será yo no sé qué; pero—fuerza es convenirlo,—por lo menos, ésta tiene por fin conseguir resultados prácticos de inmediata aplicación, despertando en el individuo anhelos de triunfo y posesión absoluta de todos los bienes que pueden satisfacer su personalidad desde el punto de vista físico y moral.

En este concepto, y aunque no siempre sean absolutos los resultados que á esa entidad se le atribuyen con un entusiasmo simpático y comunicativo, por lo tal, indispensable será concederle todo el mérito que hoy le dan los pueblos de éste caduco continente, ya gastados de casi tanto buscar nuevas orientaciones para su perfectibilidad y progreso.

La escuela y el taller combinados tienen que ser allí las

forjas en que se moldee la raza adquiriendo el espíritu una flexibilidad nueva, no ya apta para producir flores de vana retórica grata á la vanidad de los caudillos, sino para emprender obras de iniciativa, obligando con el ejemplo, á quiénes lo pueden, á trabajar en labor fecunda, pues, desgraciadamente, aún se desconoce casi en absoluto la ambición de adaptarse á situaciones nuevas, esto es, en resumen, constituye el progreso. De la manera que hoy se entiende los negocios y se cultivan los campos, entendíanlos y cultivábanlos nuestros padres y abuelos hace ochenta ó cien años. La rutina es la gran maestra.

Nácese rutinarios, y en la rutina se muere. La escuela, en todas partes centro de actividad impulsora y consciente de la iniciativa, de la busca personal, del análisis, es la primera en formarnos así. Como los torrentes en cauce estrecho y profundo, la actividad, ni aun desbordada, encuentra campo para correr libre; ¡siempre los muros insalvables, espesos macizos, hechos con sólidos materiales!; los perjuicios de casta, el respeto á fórmulas consagradas, el temor de herir lo viejo. Desconócese el análisis y el método; no se tiene idea de lo que es pensar. Nuestras lecciones, en colegio, las damos recitándolas en parloteo puramente cotorril; al alumno que se *atreve* á proponer una cuestión al profesor, se le considera un *sublevado*. Los profesores no exigen de sus alumnos sino la obediencia pasiva, incondicional, y no se les pide otra cosa que respetuosa admiración por su sabia enseñanza. Nuestras madres no saben ni pueden ¡las pobres! satisfacer nuestra curiosidad inquieta de niños, pues á nuestras preguntas, si no responden con el silencio, nos lo imponen éste con maneras violentas: *magister dixit*.

Aparte de esto, la escuela y el taller tienen que descuajar de nuestra mentalidad ese ciego fatalismo, erigido ya en norma de conformidad colectiva al hacer emanar todos los actos de una potencia vigilante y rencorosa.

Esto, relacionándose á lo sobrenatural, ha influído en mu-

cho sobre lo terrenal, pues los dos principios que los resumen y caracterizan, parecen concordar, apoyarse y sostenerse mutuamente; si todo emana de Dios en lo eterno, es justo que todo provenga del Estado en el tiempo.

De una concepción así ha nacido la pasividad, de igual manera característica de la raza indígena, acostumbrada al esfuerzo reglado y medido. Todo se pide á esos dos poderes. Al uno, la paz del espíritu y la recompensa en el cielo de nuestras buenas acciones; al otro, el cumplimiento de nuestras necesidades en la tierra; pero preocupándonos más de la tierra que del cielo, en lo que, quizás, damos pruebas de ese buen sentido práctico tan reclamado por todos los teorizantes de la regeneración inmediata, como si ésta fuera efecto de la simple voluntad, y no de la educación.

Pídesele al Estado toda suerte de ventajas, y esta propensión demandadora va produciendo desastrosos efectos en el conjunto. Así, v. gr., ya es patente esa atrofia colectiva, señalada en otra parte, resultado de la pereza individual.

Esta, que bien pudiera llamarse puramente física, produce esa irritabilidad partidarista, por el simple hecho que dondequiera que el grupo, en todas sus clases, sólo observe como regular y legítima norma la satisfacción de necesidades mediante la ayuda del Estado, siempre la vida colectiva estará agitada por luchas, tanto más vehementes, cuanto mayor tiempo dominen grupos reducidos y apoyados por la punta de las bayonetas. Y surgen así las sediciones, particularidad de pueblos inactivos, de poco vigor mental, pobres y perezosos. Y la vida es una batalla perpetua, ardiente, pues se combate por la más primordial de las necesidades: por comer, y en este caso se redoblan las energías, descuidando intereses de categoría moral.

Y la escuela cambiará esto; así lo hace esperar la capacidad de la raza, que, con todo y no estar sometida á ningún racional régimen educativo, ha producido seres de extraordinaria potencia mental (Santa Cruz, Olañeta, Linares, Baptista, Villazón), y si la labor de éstos no es patentizable en obras de vasta

composición, es porque el medio les fué hostil y no hallaron la simpatía que requiere todo trabajo. Y la escuela es la encargada de mejorar ese medio, fecundarlo, redimirlo, y de ahí la necesidad urgente de su pronta instalación y más pronto funcionamiento. El mejor Gobierno será, de consiguiente, no el que inspire mayor número de leyes, cuya acción casi siempre es nula, ni el que aumente el efectivo del ejército inútil en necesidades de defensa exterior, sino—esto es de sentido común—el que, abriendo más escuelas y tendiendo el mayor número de rieles, labore en la conciencia individual de manera que llegue á ser axioma generalmente aceptado ese principio vulgar en economía que consiste en tener en cuenta que en la común labor nadie es inútil, y que acrecentar la propia razonable satisfacción es eficaz manera de contribuir á la satisfacción general; el que se esfuerce en comprobar palpablemente que es preciso favorecer la iniciativa personal y arrancar de cuajo la manía empleomaníaca, advirtiendo, probando mejor, que el empleado ya no es hombre entero, sino medio hombre; el que nos inculque de manera firme que no pedir, no solicitar favor, tender á una independencia salvaje, feroz si se quiere, pero independencia, es decir, libertad de moverse en todo sentido, aunque sea en los límites de un círculo estrecho, poder de obrar para su satisfacción propia y no para la ajena, es tarea que conduce á grandes destinos, y así se hará obra más fecunda que toda la de aquellos que hasta hace poco vinieron dominando, sin inspirarse en ideas de orden práctico y de inmediata realización.

Felizmente, ya se nota movimiento en este sentido, y aunque en el tumulto de las pasiones burocráticas se anule el vano criterio, disfrazando á la verdad, constituirá timbre de honor para el Gobierno del Sr. Montes el haberse preocupado de elevar el nivel del sentido común, enviando gente nueva al exterior y emprendiendo obras de cuya trascendencia se han de percatar después las generaciones que vengan.

Se ha dicho que no liga á los bolivianos ni solidaridad de

sentimientos ni de ideas. La falta de este factor se comprueba en esa animosidad latente, cuya exteriorización toma como pretexto la eterna cuestión de la *capitalía* de la República, cuestión más grave de la imaginada por imprevisores caudillos, y cuya resolución tiene que dejarse á la acción modificadora del tiempo, encargado de corregir errores y rectificar ideas; siendo necesario establecerse como punto esencial para su resolución la imprescindible necesidad de que haya una ciudad en Bolivia, una sola, superadora á las demás en toda suerte de adelantos, y sirva de foco, de centro principal proyector de actividades ó normas de conducta y pensamiento, y juegue rol de corazón y cabeza á la vez, como sucede con todas las capitales de todos los países bien organizados. En esta materia tiene que haber sometimiento; pues mientras las ciudades, con más ó menos diferencia, marchen por líneas paralelas, siempre habrá quisquillosidades fácilmente exaltables en pequeños grupos, dispuestos siempre á apasionarse por cualquier cosa; como que nuestra vida no es sino una continua epilepsia incoherente pasional.

Si aún dura este anormal estado y parecen distantes los propósitos de enmienda, es porque faltan estímulos de ambición, tomando esta palabra en su sentido generoso. Allí es patente la pobreza aspirativa. Producto del medio. Los cerrados horizontes, la vida social monótona, la pobreza económica, obliga á contentarse con poco, á no saber aspirar. Un empleo cualquiera es signo de gran distinción, y cuesta no poca fortuna el conseguirlo. Ser diputado, munícipe, prefecto, oficinista, etc., etc., es llegar á la realización de un alto ideal; ser ministro, una honra que se hace mención para siempre y sirve de eterno título de dignidad. *¡Ha sido ministro!*, se dice, con énfasis, de un individuo, y hay, en su presencia, inmediata flexión vertebral; ser presidente, ya es privilegio raro, exclusivo, sólo concebible en seres extraordinarios pertenecientes á otra categoría de seres, de innegable levadura divina...

Es el medio, que hace así. En toda la vida no ha habido

grandes caracteres que se impongan por cualidades de mérito: pobres en ejemplos, somos también pobres en querer; imitamos lo que está al alcance de nuestra percepción. Nuestras ambiciones son ciertamente indígenas, es decir, muy limitadas. El goce del momento actual es preocupación intensa y general; el porvenir poco importa. Satisfacer vanidades, interés, ambiciones é instintos, no importa á costa de cualquier sacrificio; lo principal es gozar. Gozar de todo, por todo y, lo esencial, con todo. No preocuparse de nada que personalmente no interese. Dejar pensar, dejar obrar... Hay anulación de las facultades críticas: el sometimiento pasivo, la resignación triste, la complicidad cobarde. En las relaciones privadas, todas las pequeñeces deprimentes: envidia, odio, antipatía, rencor, malignidad. Ni siquiera la *buena* amistad prima, buena, en el viejo concepto castellano; entre los amigos es corriente la zahiriente é implacable crítica de modos de ser externos, de la manera de andar, hablar, reir, sentir; pero crítica velada, oculta, jamás sincera... Así los indios. La efectividad es simulada; en el fondo de nuestras frases corteses y almibaradas siempre late la envidia, la indiferencia, el odio. El lenguaje común es rico en términos afectuosos; pero se le usa de manera inconsciente, vanal. Allí nadie admira á nadie sinceramente. El temor, el respeto, el interés ó la hipocresía nos empujan al empleo de ese lenguaje acariciador; como los meridionales, no es forzoso simular grandes efectos. Interiormente, la aridez efectiva, desesperante: generosidad, hidalguía, sinceridad, son términos vagos y sin aplicación, acaso altas concepciones morales, pero nada efectivas.

Todo esto es menos fácil de cambiar, porque son estratos en el alma de la raza, y para cambiarlo habría que recurrir á procederes radicales y profundos, á ese que usan los agricultores, v. gr., para hacer desaparecer parte de las intrínsecas cualidades de un fruto: el injerto.

Y esta es cuestión de una inmigración seleccionada.

De toda esta prosa que Arguedas acumula en su estudio

sobre Bolivia, va surgiendo un pensamiento que comprende á muchos países americanos, y que justifica la especial atención que dedico al libro de este escritor americano. Síntesis de toda su copiosa labor crítica es el siguiente programa político, aplicable á bastantes Repúblicas americanas.

«Atención preferente de la instrucción, cuidando que ésta sea dada por hombres puestos al corriente de los preceptos nuevos de la pedagogía, pues nuestra reorganización pide más del maestro que del militar ó estadista;

Establecimiento de escuelas normales con profesores extranjeros y materiales completos.

Centralización de Universidades;

Apertura de caminos férreos, fluviales y de herradura;

Creación de carácter, que, en suma, no es sino resultado de la educación;

Propaganda continua en favor del antialcoholismo, y creación de medios para impedir su progresión;

Un sistema, generalmente adoptado, de conducta y marcha gubernamental, y que dicho sistema sea seguido invariablemente por todos los gobernantes que suban al poder y todos los partidos (¡!) que triunfen;

Envío constante de gente nueva al extranjero con cualesquiera pretexto;

Facilidades de inmigración y creación de cuerpos especiales que se encarguen de mandarla, escogida, del exterior;

Funcionarios elegidos, no por preferencias de partidos, sino por cualidades de carácter;

Lucha permanente contra la demagogia;

Educación de la raza indígena, factor indispensable á nuestro desarrollo agrícola;

Libertad de cultos; no tolerancia; y

Nominación definitiva y valerosa de la capital de la República ó creación de una ciudad que sirva de tal.

Todo esto es imprescindible, quizá necesario, y tiene que hacerse de golpe, y no poco á poco, como es idea dominante

en la inmensa mayoría, y para realizarlo hay que observar el procedimiento aconsejado por D. Joaquín Costa, «el cirujano de hierro», que le llaman en su país, y cuyos remedios á los males de éste son idénticos á los de Bolivia, pues por algo ha de haber esa ligación efectiva tan honda entre uno y otra, pudiendo decirse que atávicamente padecemos de males cuya cura es cuestión de tiempo y de voluntad.»

En cuanto al procedimiento, hay bastante que discutir. No es tan fácil dar el brinco que quiere Arguedas; la germinación ideal es proceso histórico algo lento. Bien es verdad que un gran sugestionador de masas, un *meneur,* puede acelerar en gran manera la evolución del pueblo. Un Melgarejo con cerebro europeo y con su voluntad selvática hubiese podido hacer mucho en Bolivia; pero los Melgarejos, buenos ó malos, suelen ser siempre peligrosos. Lo principal es sembrar de ideas nuevas un pueblo, haciendo hombres nuevos. Arguedas es un boliviano, vive en París, asimila cultura europea y habla claro á los bolivianos. El día que Bolivia tenga doscientos Arguedas no necesitará de Melgarejos europeizados; tendrá suficiente hervor intelectual para tomar orientaciones, como sucede en la Argentina, la cosmopolita República del Sur.

Además, hay que resignarse á no recoger el fruto de tan noble misión; á soportar dentelladas de los misoneístas y xenófobos, á saber por qué á Jesús le llamaron Cristo.

*
* *

Algunos argentinos se quejan de que en Europa no conocen bien lo que es la República Argentina, y arremeten á su vez otros, y con razón, contra los falsos propagandistas y propagandistas asalariados de la Argentina. Anibal Latino, en su estudio sobre «Los factores del progreso de la República Argentina», dice que hay hombres públicos respetables que, al viajar por Europa, se sienten heridos al corroborar que no se conoce debidamente á la República Argentina; que de vez en

cuando se estampan, en periódicos y revistas de importancia, dislates geográficos, políticos, históricos, literarios y estadísticos. Y en seguida ponen el grito en el cielo, afirmando que urge hacer propaganda y deslumbrar á los ignorantes con la demostración irrefutable y grandiosa del valor real de la República.

El argentino que visita por primera vez la Europa, se queda asombrado al notar que, no obstante la inmigración creciente y el intercambio de productos, nadie absolutamente se ocupa allí de su país, como si no existiese en la tierra, y cuando alguien se ocupa, revela ignorancia ó conocimiento incompleto, manifestados en confusiones que irritan y en errores que resultan indisculpables. Muchos, dominados por un amor propio exagerado, pero justificable, por una susceptibilidad patriótica que nadie se atreverá á criticar, quisieran que la idea de la grandiosidad y riqueza argentinas estuviese arraigada en los más lejanos países, que al pasar por las calles de las ciudades del Viejo Mundo se los señalase con el dedo, como pertenecientes á una nación excepcional, y que las gentes les hablasen continuamente de la Argentina, con pleno conocimiento de causa, ensalzando su producción, las facilidades de la vida, la fertilidad y extensión de sus tierras vírgenes. Pero, además de no ser esto posible, una cosa son los sentimientos, y otra la realidad y las conveniencias del país. ¿Es cierto, ante todo, que la República no sea conocida en Europa? Desde luego, la conocen los capitalistas que prestan dinero, los industriales y comerciantes que envían ó reciben productos, los emigrantes que van y vienen ó los que, habiéndose formado una posición, se han retirado á disfrutar de sus rentas en su país natal. Estos ya suman algunos centenares de miles, por no decir algunos millones. La conocen los artistas de las innumerables compañías que han trabajado en los teatros de Buenos Aires, los pintores que mandan á vender sus cuadros, los escultores que han hecho ó que van á hacer monumentos, los conferenciantes, que van llegando á docenas, en busca de ganancias que no les brindan en

ninguna parte. Luego cabe afirmar, sin temor á ser desmentidos, que la República es más conocida en Italia y Francia, supongamos, de lo que lo sean Inglaterra, Alemania, España ó Rusia. ¿Qué saben, efectivamente, en Francia de Italia y de España? Poco menos que nada; os dirán, á lo sumo, que Italia es el país del arte y de las ruinas, y España el país de la jota y del jaleo. ¿Qué saben en Italia de Inglaterra y de Rusia? De aquella nación sabrán que es muy rica, porque envía muchos forasteros con las bolsas repletas, que se vacian en los hoteles de Roma, Florencia, Venecia y Nápoles; y de Rusia que hay cosacos, que hace mucho frío y que existe una Siberia, adonde se envían los procesados políticos. Y á diario se cometen en esas naciones errores geográficos políticos ó de otra índole, que revelan ignorancia, sin que se les dé la importancia exagerada que suele atribuírseles entre nosotros. No hay quien ignore las cosas extraordinarias que se han dicho en Francia respecto de otras naciones, algunas de ellas erróneas y mal intencionadas. ¿Qué harían, por otra parte, los agentes de propaganda en Europa? No tendrían otra misión que la de divulgar informes que pueden ir con más seguridad y menos gasto por telégrafo y por correo. Y tendrían, además, la ventaja de no suscitar desconfianzas, de no provocar críticas, de no dar lugar á reclamaciones y protestas. Todo proyecto de propaganda artificial, por consiguiente, será inútil y diplomáticamente peligroso, aunque en los nombramientos de los encargados de la propaganda predominase un criterio de selección que sólo tuviese en cuenta el mérito de los candidatos y sus aptitudes para el mejor desempeño de su misión; pero, predominando, como suele suceder, las influencias y el favoritismo en los nombramientos, el proyecto, además de inútil, sería perjudicial. Y no hay combinaciones capaces de salvar los inconvenientes señalados, porque todo lo que sea forzar la mano, meter por los ojos lo que debe entrar por sí solo, apartarse de la vía natural, es contraproducente.

El efecto desastroso que producen en Europa los propagan-

distas asalariados, contra los cuales se ha pronunciado también el Dr. Roque Sáenz Peña, Presidente de la República Argentina, puede deducirse con facilidad del que se experimenta cuando alguna nación de Europa habla de enviar comisionados especiales para que vigilen y protejan á los inmigrantes, ó solicitan autorización para designar empleados que intervengan oficialmente en operaciones que son y deben ser del resorte exclusivo de las autoridades internas. Esto sin contar las desconfianzas que suscitan los agentes de propaganda, á tal punto, que los informes y estadísticas que divulgan pierden de su valor y eficacia por creérselos interesados y parciales, de modo que valen menos que cuando se los hace circular directamente por telégrafo ó por correo. Entre las diversas causas que han inducido al Gobierno de Italia á contener la emigración al Brasil, figura también la exageración con que este último ha querido forzar la propaganda, manteniendo un ejército de agentes encargados de ensalzar las excelencias del Brasil como país de inmigración. Y no hay para qué decir la diferencia que, sobre todo en los casos de crisis y dificultades económicas, existe entre tener una inmigración que ha venido espontáneamente, por su voluntad libérrima, y tener otra que ha sido deslumbrada é inducida á venir por descripciones magnilocuentes sobre las bellezas y riquezas del país y sus facilidades para la vida. Háganse circular enhorabuena cuantas publicaciones se crean convenientes para hacer conocer la República bajo todos sus aspectos; utilícense mejor los servicios de los cónsules y miembros del Cuerpo diplomático, llenando los puestos con personas capaces y competentes; pero déjese que las grandes cosas que se hagan, los progresos que se realicen, se acrediten por sí mismos con las estadísticas, con los informes telegráficos y epistolares, con los folletos de las dependencias administrativas y los libros de los escritores, con las referencias de los mismos europeos que han visto el país, y han podido apreciar sus condiciones y sus recursos.

En cambio, sería conveniente aplicar aquí el pensamiento,

ya puesto en práctica en Nueva York, de encarrilar lo mejor posible la inmigración que llega, buscándola ocupación y descentralizándola, ó sea enviándola al interior, porque el mal observado en Nueva York, ó sea la permanencia en la ciudad de un número excesivo de inmigrantes, se repite también en Buenos Aires. La Oficina de Trabajo es insuficiente para llenar ese propósito, y no estaría de más una comisión que estudiase el problema y tratase de resolverlo. Es bueno hacer constar que si no vienen más inmigrantes es porque el país no está en aptitud de recibirlos y absorberlos favorablemente, porque son muchos los que vuelven disgustados y dan informes que están en contradicción con los que se proclaman oficialmente.

Aníbal Latino aborda un problema trascendental. Claramente hablando, puede calificarse el agente de emigración como traficante en carne humana; un nuevo aspecto de la antigua trata es esta trata de blancos que los agentes de emigración llevan á cabo. A ellos sólo interesa llevar al país de inmigración muchos brazos; no importa nada para tales hombres el que no haya ocasiones de trabajo ni las crisis que con exceso de fuerzas de trabajo se producen en el país de destino. La emigración que ha dado mejores resultados es aquella que, como la que se dirige á los Estados Unidos, se produce por requerimientos privados. El profesor Philippovich hace notar, al estudiar la inmigración en los Estados Unidos, que la mayor parte de los inmigrantes acuden á la América del Norte previamente solicitados por los ya inmigrados, que suelen ser los que facilitan los medios necesarios para el viaje. España ha sufrido y sufre las consecuencias de la excitación artificial de su emigración.

Nuestra emigración no está bien conocida; la organización estadística no puede ser más deficiente. Los argentinos comparan á España, en este punto, con Italia y nos ponen, con razón, muy por debajo, y hasta nos dan consejos, con mayor razón todavía. He aquí un ejemplo:

«Si la emigración continúa en las proporciones actuales,

España tendrá forzosamente que dictar leyes que la encaucen, que la protejan en los límites de lo posible, que hagan aumentar los beneficios que de ella obtiene la madre patria; pero los mayores esfuerzos de los gobernantes y legisladores españoles deberán concentrarse en la colonización interna, es decir, en la población de las regiones desiertas y en el aprovechamiento de las tierras incultas y de las riquezas inexplotadas. El día en que los capitales salgan de su inercia y se dé vida á las industrias que languidecen, y se hagan fecundas las tierras por medio del riego, España, en vez de tener emigración, recibirá inmigración, porque podría contener una población triple de la actual, sin alcanzar la densidad de otras naciones de Europa.

»Con razón, pues, existe en la Península una prevención marcadísima contra la emigración, considerándola improcedente; pero aunque haya en ella un poco de costumbre atávica, derivada de la dominación trieccular en la América latina, cuando existía la clase de los *indianos* que Pereda y otros novelistas han retratado de mano maestra, aunque algo influya como en otras partes la fuerza del ejemplo, en el estado actual de cosas, la emigración española es tan natural y lógica como inevitable. Es la miseria, es la falta de trabajo, son las cargas públicas insoportables las que obligan á la emigración...

«Las visitas de intelectuales á la República Argentina, como Blasco Ibáñez, Rafael Altamira, Adolfo Posada, Santiago Rusiñol, Ramón del Valle Inclán, Carlos Fernández Shaw, Juan A. Cavestany y otros, y las conferencias y publicaciones que han de hacer en España, contribuirán á que los Poderes públicos de la Península se vean obligados á dedicar á la emigración una atención más constante y más profunda de la que le han dedicado hasta ahora, iniciando una política más práctica, más eficaz, que dé los mismos resultados benéficos que está obteniendo Italia.»

Para esto sería necesario que la política española permitiese una acción administrativa constante y eficaz. El trasiego

de ministros deja las cosas á medio hacer; los que no traen su *plataforma* con pretensiones de originalidad, son quietistas y rara vez continuadores de iniciativas de sus predecesores.

Nuestro problema sería resolver dos exigencias opuestas: encauzar bien la emigración española, mientras, por otra parte, se reduzca, merced á transformaciones de la economía nacional. Esto ¡resulta tan poco sugestivo como tema político!

VICENTE GAY,
Profesor en la Universidad de Valladolid.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: Nietzsche y la juventud de hoy.=Matemáticas aplicadas: ¿Hay alguna fórmula para ganar al juego?=Feminismo: Los orígenes del feminismo según Bergeret.=Psicofísica: Qué es el miedo.=Pecuaria: Introducción del ganado merino en Francia.=Impresiones y notas: La Henriada.—¿Por qué hay menos matrimonios y menos nacimientos?—Augusto Comte y sus tres ángeles.—La prensa francesa.—¿Un caso de reencarnación?

LITERATURA

Nietzsche y la juventud de hoy.—Juan Viollis resume los resultados de una información en *La Grande Revue* sobre la influencia ejercida por Nietzsche en la formación intelectual de los contemporáneos. El caso vale la pena realmente de ser discutido, pues entre lo que afirma Nietzsche de sí mismo, y confirma Pedro Gast, su admirador, y lo que piensan ciertos escritores célebres, hay para todos los gustos. Nietzsche pensaba que su obra *Ecce Homo* «cortaba materialmente la historia de la humanidad en dos partes», y decía de su propio *Zaratustra*, que «es el mejor regalo que se ha hecho hasta aquí á la humanidad»; á lo cual correspondía Gast vacilando sobre la clasificación de la obra, sintiéndose tentado á colocarla bajo la rúbrica de las Santas Escrituras. En cambio, un célebre cronista á quien preguntaron sobre Nietzsche, contestó: «¿Nietzsche? ¡Dios te ayude!» Así, pues, tenemos el Nietzsche-Dios y el Nietzsche-estornudo, y no es cosa de quedarnos sin saber cuál es la ver-

dadera categoría que ocupa Nietzsche en el pensamiento contemporáneo.

Entre todos los interrogados, sólo Benoist Hanappier, maestro de conferencias de la Facultad de Letras de Nancy, reivindica sin vacilar el epíteto de nietzscheano diciendo que «desde el día en que empecé á leer á Nietzsche, sus escritos fueron para mí algo análogo á lo que es la Biblia para los protestantes; no como obra de inspiración divina ni siquiera sobrehumana, sino como obra que hace pensar más que ninguna otra, más sugestiva en su forma aforística que los sistemas filosóficos de Spinoza, de Leibnitz ó de Kant.» «No es necesario—añade—para llamarse uno nietzscheano admitir todas ó casi todas las doctrinas de Nietzsche, y él mismo nos muestra á un filósofo (*Gay saber* 32), que se queja de contar entre sus oyentes dos jóvenes, de los que prescindiría con gusto, y uno de los cuales no tiene á sus ojos más defecto que el de ser demasiado dócil y no saber nunca decir que no.»

Benoist-Hanappier confiesa que la teoría de la muerte eterna es indemostrable y hasta refutable, y que en cuanto al superhombre, estima que no sólo es una utopía, sino que es una realidad hacia la cual avanzamos á pasos de gigante. La vida de Nietzsche le ofrece el más bello ejemplo de labor desinteresada y de sufrimientos heroicamente soportados: «Jamás me he dado á mí mismo tanta alegría como durante los años más dolorosos de mi enfermedad.» La influencia creciente de Nietzsche parece á Benoist-Hanappier muy lejos de haber llegado á su punto culminante, y en cuanto á él, con sus lecturas «se siente elevado á un orden superior y espiritualmente ennoblecido».

Gheon, poeta, novelista y crítico, refiere la crisis que han sufrido hace diez ó doce años, varios jóvenes de su edad con la lectura de Nietzsche. Era al declinar de aquel período en que trataban de extraer del simbolismo toda la quintaesencia humana y estaban amenazados de caer en el arte vulgar más bajo, cuando vino en su apoyo Federico Nietzsche, no como

maestro que aniquila al discípulo, sino como amigo que despierta y fortifica el *yo* en lugar de desposeerlo. Sufrieron así una influencia *tónica* que les hizo reaccionar y les sigue entonando, y de la que ha salido y saldrá el nuevo arte.

Niomandre contesta que la influencia de Nietzsche ha sido considerable, librándole á él, lo mismo que á muchos, de multitud de trabas, sin hacerle por eso perder el eje. «Nos hemos hecho—dice—más paganos, más vivos, más sensualistas; pero en vez de seguirle en sus locas correrías y en sus blasfemias inútiles, hemos recordado sus fuertes y nobles frases sobre el ascetismo de los solitarios, sobre la arrogancia de los hombres representativos, sobre la belleza de la cultura, sobre la grandeza que hay que superar y á la que hay que sacrificarse.»

Binet-Valmer, aunque admira á Nietzsche, niega que haya influído en nuestra generación. Carlos Berrier, que leyó el *Crepúsculo de los Idolos* y la *Genealogía de la Moral*, durante sus paseos veraniegos por el Sena, sin sentirse grandemente impresionado, cayó luego en la cuenta de que inconscientemente seguía en sus trabajos un método general sacado de las *Haraganerías inactuales;* entonces leyó Zaratustra, y hoy reconoce que Niezsche ha ejercido real influencia en los jóvenes de su generación.

Copeau cree que Nietzsche ha ejercido en los hombres de su generación una influencia que todavía no se puede calcular; no cree que esa influencia haya actuado en la *formación intelectual* de los que la han sufrido, pues éstos estaban ya *formados*. Esa influencia no es de las que puedan apreciarse en resultados fijos, pues más que una adquisición, fué una revelación; sin haberlo todavía leído, sufrían sordamente los transportes de su lirismo intelectual; por eso no les sorprendió desde fuera, sino que se declaró en el interior de cada uno, y su obra, luz de relámpago, denunció la presencia de aquel huésped trágico.

Pedro Hepp está seguro de que Nietzsche ha ejercido considerable influencia en su formación mental; no podría deter-

minar con precisión el color de esa influencia, sin duda porque no tiene color; el genio de Nietzsche es más bien una fuerza iluminante que coloreante. Se le deben ideas de reforma, que son precisamente la parte flaca de su pensamiento. «Lealmente hablando, Nietzsche no tiene peso sino como negador; es incapaz de darnos nuevas razones, de obrar en sustitución de las antiguas, que se complace en desacreditar; no aprendemos de él ni lo que somos, ni lo que debemos hacer en este mundo; en lenguaje ardiente nos propone una aceptación heroica, con la que podrá contentarse un ocioso aficionado á los b-llos gestos, pero de la que hará poco caso todo el que se apasione por la acción motivada. Por lo demás, la influencia de Nietzsche no es peligrosa, sobre todo en alta dosis. Su efecto depurativo es cierto. Bueno es atravesarla como una estación del espíritu y conservar de ella el recuerdo en su firmamento intelectual, á título de contestación escogida, pero no de estrella polar.

Santiago Bainville, positivista y neo-realista, dice que Nietzsche ha servido de revulsivo á muchos jóvenes, ayudándoles á emanciparse de Rousseau y de Kant; en cuanto al lector que se haga nietzscheano, es evidente que hay que huir de él como de los animales peligrosos.

Roberto Vallery-Badot, católico, dice que hace mucho tiempo que no abre su Nietzsche: «La admiración, cada vez más deslumbrada—añade,—que profeso á la enseñanza dogmática de la Iglesia, haciéndome avanzar cada vez más en el trato de sus ilustres doctores, que se llaman San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Basilio y nuestro querido é inmenso Bossuet, no siento la necesidad de buscar en otra parte si el hombre es algo que deba ser superado. La serpiente de Zaratustra no me diría la cuarta parte de lo que me revela la Paloma mística. Pero obraría de mala fe si negase la influencia considerable de Nietzsche en mi formación intelectual; fué mi primer médico. En la época en que trabé conocimiento con sus libros, hace siete ú ocho años, yo estaba, como toda mi generación, envenenado de romanticismo y de pesimismo. Presa del deli-

rio bodeleresco, de toda la fantasmagoría del desorden sensible que fué el arte poético del siglo XIX, ignoraba la virilidad intelectual, y confundía, como tantos otros, la excitación febril y la inspiración, el gusto del anonadamiento y la beatitud; á los nietos de Werther, de René, de Rolla, ha sabido cantar ese germano el valor del esfuerzo, el espíritu de conquista, la risa varonil; ese pagano ha sabido repudiar el escepticismo, el racionalismo, el sensualismo, por la sola fuerza de su voluntad. Zaratustra fué verdaderamente para nosotros un verdadero sol meridiano que disipó todas las brumas amontonadas sobre nuestra cultura por los músicos y filósofos de su país. Acaso, Nietzsche ha sido para nuestra generación una *transición necesaria*. Ahora, la hora de Nietzsche ha pasado.»

Muchos de los escritores consultados no han leído siquiera á Nietzsche; pero no quieren confesarlo, por no parecer iletrados. El poeta Tristán Klingsor, el publicista Sageret, el doctor Albert y el artista Cheran, lo confiesan, sin embargo, sin avergonzarse de ello, y Eugenio Montfort, aunque lo ha leído, no cree que haya influído en él. Ernesto La Jeunesse dice que Nietzsche le ha interesado, conmovido y divertido, pero que no le debe nada. «Lo que llamáis mi formación intelectual—añade,—se ha detenido en Platón, Descartes y Espinoza, y en cuanto á lo demás, me atengo á mi abuelo, el *Eclesiastés*, y á mi maestro, Napoleón Bonaparte. Stendhal, Balzac, Taine, Renán, no son más que ornamentos. Nietzsche es un drama, sin más, cuando no es una muestra ó un anuncio de folletín.

Para el novelista Carlos Derennes, Nietzsche aparece como un *músico de ideas* más que como un filósofo. A Juan Luis Vaudoyer, lo que le impresiona es la vida de Nietzsche, leída en el libro de Daniel Halevy, y lo mismo les ocurre á los hermanos Tharaud. Sólo Luis Esteve, entre los de este grupo de literatos, afirma que ha debido muchas de sus ideas, sobre todo las ontológicas y morales, á Nietzsche. En cambio, Saint-Georges de Bouhélier, dice que jamás ha colocado á Nietzsche en el número de los sabios de su gusto; que nada le ha dado,

y que, de haber obrado sobre él, habrá sido por reacción; le parece que Nietzsche no ha comprendido nada de la verdadera belleza humana, que está solamente en la paciencia valiente, en la simplicidad estoica, en el heroísmo cotidiano, en el sacrificio de nuestras bajas partes á la grandeza que cada uno lleva en sí. Nietzsche le es extraño como un bárbaro; pero no por eso deja de admirar su genio, mirándole como un poeta lleno de visiones artísticas magníficas.

Enrique Genet estima á Nietzsche como hombre muy inteligente, y lo lee con paciencia, pero nunca mucho tiempo seguido, porque le cansa y le excita; cuando necesita consuelos, no los va á buscar en Nietzsche. Edmundo Pilon profesa gran respeto á la memoria de Nietzsche, pero no cree deberle nada de su formación intelectual. Lo mismo les pasa al sociólogo Renato Worms y á León Bazalgette.

Más interesante que todas éstas es la respuesta de la señora Aurel, por saber cómo trata una mujer al filósofo que deja á la mujer para pasatiempo del guerrero, y que ha dicho: «Si bajas á casa de la mujer, coge el látigo.» Dice la señora Aurel que las escritoras no deben leer á Nietzsche; hay algo en él demasiado fácil de seguir para ellas; tiene algo de frenético, de más mujer que la mujer misma, que las desfeminizaría en el sentido altivo dominador de la palabra. Nietzsche no ha influído en ella, pero le admira; su vanidad misma es titánica.

La señorita Harlov, por su parte, no ha leído más que los fragmentos más célebres de Nietzsche, cuyo dinamismo verbal la ha dejado como galvanizada por la electricidad de su lirismo sibilítico. Por lo demás, cree que se han exagerado sus declaraciones en favor de nuestra raza, pues todas sus meditaciones tienden á establecer un sistema de aplicación de la fuerza que es alemán y muy alemán.

Jorge Le Cardonnel conoce mal á Nietzsche, y cree poco en su influencia, que también parece dudosa á Pablo Leclercq, á Tibal y á Roberto Randau.

Camilo Marbo se felicita de haber recibido de Nietzsche la

impresión aguda de la belleza cotidiana, de la vida y de la acción fuera de toda preocupación supraterrestre. Legrand-Chabrier ha leído poco ó nada á Nietzsche; pero vive en una atmósfera intelectual impregnada de sus doctrinas, y enumera algunas fórmulas que han dejado huellas en su espíritu, como las siguientes: «Yo me voy solo, y vosotros idos también, solos también;—la locura más rara del saber pesimista;—sueño con una asociación de hombres que fuesen enteros y absolutos;—la tarea de la humanidad son los individuos de genio.—¿Por qué someterse á modos de vivir que cien millas más lejos no ligan á nadie?—la famosa carta sobre la amistad estelar;—el retorno eterno con la coincidencia de la teoría de Blanqui;—el cristianismo, la variación más extravagante sobre el tema moral;—paralelo de Apolo y Dionisio;—es imposible vivir sin olvidar;—filósofos, artistas, santos, hombres que se separan del reino animal;—fatalidad de las grandezas (Napoleón);—el verdadero mundo accesible al sabio vive en él, él es ese mundo.»

Federico Sauvage dice que la influencia de Nietzsche es nula, fuera de los tés de las cinco; Zaratustra, soportable en la escena, se convierte en la calle en Bismarck ó en Santiago el Destripador: tanto valdría rogarle que se quedara en casa.

Entre los políticos jóvenes las opiniones no están menos desacordes. Luis Codet, que leyó á Nietzsche á los veinte años, inspirándole repulsión y hasta horror, ha rectificado después su opinión, pero ni hoy ni antes le gusta vivir con Nietzsche. Luis Chappedelaine, diputado católico-liberal, estima á Nietzsche como el estrategista del arribismo, sosteniendo que su doctrina encarna la lucha por la existencia en lo que tiene de más duro y más egoísta; ninguna influencia ha ejercido sobre él, y siempre ha sido extraño á su disciplina intelectual. Alberto Metin, agregado de la Universidad y diputado radical-socialista, leyó con gusto á Nietzsche á los veintiseis años, pero no cree deberle ninguna dirección moral. Alberto Thomas, agregado de la Universidad y diputado socialista unificado, leyó

también á Nietzsche hace ocho ó diez años, pero después no ha tenido tiempo de volverlo á leer. Luis Bertrand confiesa, sin vergüenza, que Nietzsche no es su hombre, y Román Rolland tenía ya casi acabada su formación intelectual cuando conoció á Nietzsche, á quien considera como el mayor poeta alemán, después de Goethe, sin tener ninguna simpatía por su pensamiento. Cree que el aire de Nietzsche es irrespirable para la inmensa mayoría de los hombres, hasta de los escogidos. ¿Es un meteoro que pasa?» Admirémosle—añade—y dejémosle pasar; pero busquemos otras luces.»

MATEMÁTICAS APLICADAS

¿HAY ALGUNA FÓRMULA PARA GANAR AL JUEGO?—Dice Hiram S. Maxim, en *La Revue,* que el juego no enriquece al jugador; que ha estudiado la cuestión á fondo, y puede afirmar, sin vacilación, ser tiempo absolutamente perdido todo el que se pase jugando. Cuando se trata de una partida entre amigos ó vecinos, las pérdidas y las ganancias suelen á la larga compensarse; las apuestas son pequeñas, y el objeto de los jugadores, más que el de enriquecerse unos á expensas de otros, es el de pasar el rato. Pero cuando el jugador se halla con un sistema de juego organizado, como el de Monte-Carlo ó el de las carreras, por ejemplo, hay siempre gran desventaja para él, porque la organización contra la que lucha descansa sobre el beneficio que saca de las diversas combinaciones, y fatalmente el que pierde es el jugador,

El juego popular es el de las carreras; Maxim ha consagrado diez años á interrogar con cuidado á multitud de obreros acostumbrados á sacrificar la cuarta parte de su jornal á las apuestas de carreras, y los jugadores inveterados reconocen que, año malo con bueno, no han recuperado en definitiva más de un tercio del dinero arriesgado, perdiendo, por lo tanto, otros dos tercios. Hace cinco años, uno hizo un experimento concluyente: tomó los tres periódicos de *sports* más acredi-

tados, y puso imaginariamente un luis sobre cada caballo recomendado; prosiguió su cálculo durante toda la estación de carreras, anotando escrupulosamente pérdidas y ganancias, y el resultado fué un beneficio del 3 por 100 en favor del bookmaker. Claro, que puede ocurrir que los apostadores en una carrera jueguen todos sobre uno ó dos caballos entre todos los inscritos, y entonces el bookmaker se encuentra con que tiene que luchar con multitud de adversarios; pero aun entonces, el verdadero beneficio no lo obtiene el que apuesta, pues si los riesgos del bookmaker son mayores, los ingresos que percibe siguen siendo superiores á lo que da.

Pasemos ahora al *treinta y cuarenta* y á la ruleta de Monte-Carlo. No hay juego en que el tanto por ciento (1,28) contra el jugador sea menor que en el *treinta y cuarenta* de Monte-Carlo; la proporción, en efecto, es tan mínima, que cuantas veces se juega menos de veinte francos pierde la banca, pues el provecho que saca no basta á pagar el personal; por eso los que se creen obligados á jugar, hacen bien en mantener su posición al *treinta y cuarenta* mejor que á cualquiera otra mesa de juego. Y, sin embargo, el juego favorito es la ruleta, donde, permitiéndose las apuestas de cinco francos, la proporción de ganancia del banquero es también muy pequeña. Conocida es la ruleta: una bola lanzada en un pequeño circo, cuyas paredes están divididas en 37 casillas, numeradas del 0 al 36, se detiene en una de ellas, después de chocar en multitud de obstáculos. Es imposible saber de antemano cuál será esa casilla; la mitad son rojas y la otra mitad negras, y están dispuestas de tal modo, que sólo el azar decide del éxito; si el cero, que se reserva el banquero, fuese eliminado, la banca y los puntos podrían permanecer *en seguro* hasta el infinito; el cero es la única ventaja que el banquero tiene sobre el jugador. Hay seis suertes simples á la ruleta: *rojo* ó *negro*, *par* ó *impar*, *pase*, cuando el ganador pasa de 19 hasta 36, ó *falta* cuando la bola se detiene en un número inferior á 15. Si se detiene en el cero, la banca paga al jugador que ha puesto en este número, y re-

coge las puestas de todos los que no han apuntado sobre suertes simples, y tiene *en prisión* las arriesgadas en éstas. El jugador puede retirar la mitad de ellas ó dejarlas en la mesa; no puede recuperar su puesta sin beneficio, sino en el caso de que al golpe siguiente salga su suerte. Supongamos que el jugador haya puesto al negro; si sale negro después de la prisión, recobra su puesta, pero si sale rojo, la pierde. En tales condiciones, las probabilidades en favor del banquero no son realmente grandes, pero hay que fijarse en que se dan de 50 á 60 golpes por hora, y los beneficios de la banca aumentan rápidamente.

Uno de los directores del casino de Monte-Carlo, que ha hecho un estudio atento de los juegos en un período de varios años, ha encontrado que las ganancias de la banca al *treinta y cuarenta* y á la ruleta ascienden, en conjunto, á la sesentava parte de todo el dinero apuntado, y sostiene que este resultado es matemáticamente cierto, sea cualquiera el sistema del jugador. De modo que siendo las ganancias de la banca unos sesenta millones al año, para perder esta suma han tenido que pasar por las mesas de juego 3.600 millones.

Las gentes que juegan en Monte-Carlo, y que han podido darse cuenta de la insensibilidad de la banca, se complacen en buscar la razón de sus fracasos. «Si no hubiera estado tan nervioso—dicen unos,—habría jugado de otro modo y habría ganado.» «Si yo no hubiera cometido un error en mis cálculos, habría ganado, seguramente.» Ninguno quiere reconocer la fatalidad del triunfo de la banca.

Los métodos y combinaciones para ganar son numerosos. Maxim apunta los más conocidos, afirmando que en todos ellos, á la larga, el banquero es el que concluye por arruinar al jugador.

El más sencillo de los sistemas es la *martingala*. Hay dos martingalas: la pequeña y la grande. En la pequeña, el jugador trata de recuperar de un solo golpe todas las sumas perdidas anteriormente, sacando, además, una pequeña ganancia.

La progresión en este caso es: 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256, 512, 1.024. Si se sigue este sistema en una mesa de ruleta con un duro de unidad, se necesitan once perdidas consecutivas para reventar al jugador; y en el *treinta y cuarenta,* donde el mínimum de puesta es 20 francos, diez. Desgraciadamente, para los que creen en la eficacia de la martingala simple, el caso de once perdidas seguidas no es raro, pues, según las estadísticas, hay generalmente cada día en el Casino una serie de 15, dos de 14, cuatro de 13, ocho de 12, diez y seis de 11, treinta y dos de 10 y setenta y cuatro de 9.

La martingala grande pretende recobrar todas las pérdidas precedentes, ganando una unidad en cada golpe con la progresión de 1, 3, 7, 15, 31, 63, 127, 255, 511, 1.023. El jugador es batido al décimo golpe en la ruleta, y al noveno en el *treinta y cuarenta*.

Es frecuente oir cuando un sistema ha salido bien durante algún tiempo: «¡Al fin se ha descubierto el secreto tan buscado!» Pero lo singular es que los banqueros nunca se conmueven. De pronto, sin que se sepa por qué, el sistema no anda y el ganador se eclipsa rápidamente. Los que creen en los sistemas, se quedan estupefactos y vuelven á empezar para descubrir el punto débil del plan de campaña de su predecesor, volviendo al ataque cuando creen haberlo encontrado; los banqueros los acogen sonriendo, y siguen embolsando el sesentavo del dinero apuntado.

Lo notable es que, hasta ahora, ningún matemático, ningún espíritu científico, ha conseguido establecer regla ninguna fija sobre el juego de ruleta ó el de cara ó cruz. Ricardo Proctor, astrónomo y matemático eminente, quiso explicar un día los juegos de azar, pero fracasó lastimosamente. El inglés Sperienza ha escrito un volumen de 230 páginas sobre las *Reglas de ganancia;* de este libro dice el matemático alemán Silverer, que bate el record á todo lo que se ha recogido de estúpido, de tonto y de absurdo. En efecto; sostiene que cuando el cero ha salido nueve veces seguidas, hay quinientas probabi-

lidades contra una de que no ha de salir al golpe siguiente, y que, después de cierta serie de jugadas, tiene 67 millones de probabilidades contra una contra la banca, cuándo en realidad nunca hay más que una contra una. En efecto; rojo y negro son las dos suertes simples, típicas en la ruleta, y cuando el croupier tira la bola, hay tantas probabilidades por un color como por otro. Supongamos, por ejemplo, que sale rojo en el primer golpe; ¿no hay la misma probabilidad de que salga rojo en el segundo? Y si sale en el segundo, ¿no subsiste la misma para el tercero, y así sucesivamente? Cada tirada es independiente de la anterior, y no hay motivo ninguno positivo que anule la probabilidad que tiene cada color de vencer al otro. El jugador corriente de Monte-Carlo se imagina que cuando ha habido una larga serie anormal, la roja, por ejemplo, existe una acción oculta ó mágica que impide á la bola volver á caer en las casillas rojas.

Maxim recuerda un matrimonio de jugadores de Monte-Carlo. Habían realizado su fortuna en París, y con lo sacado querían establecerse en América; pero, antes de embarcarse, quisieron probar fortuna en Monte-Carlo, y llenos de fe en uno de los numerosos manuales idiotas publicados sobre la materia, y que ayudan á arruinarse á tantos infelices, fueron al Casino y jugaron con tiento, siguiendo las combinaciones del manual; lo perdieron todo, y al día siguiente aparecieron sus cadáveres á orillas del mar.

FEMINISMO

Los orígenes del feminismo, según Bergeret.—Emilia Leroy da cuenta, en el *Mercure de France,* de una interview celebrada con el sabio Bergeret, á propósito de los orígenes del feminismo.

Si el feminismo es una reivindicación, una protesta de la debilidad contra la fuerza, de los derechos de la mujer opues-

tos á las prerrogativas del hombre, de la hembra contra el macho, y si todo efecto social tiene una causa inicial, ¿cuál es la causa fisiológica, atávica, de esa reivindicación? ¿Es esa vuestra pregunta?

Así comenzó á hablar Bergeret, y su interrogadora asintió reverentemente á la docta precisión del sabio.—Una explicación—prosiguió Bergeret—no interesa á la razón, no excita la reflexión ni es fácilmente retenida sino cuando es curiosa, diferente del prejuicio universal y relacionada por algo con la posibilidad del fenómeno, es decir, con la realidad. Si interrogo el Génesis, I, 27, tropiezo con este versículo, que ha atormentado muchos cerebros de rabinos y de pensadores: «Dios creó el hombre á su imagen. Lo creó á imagen de El. Los creó macho y hembra.» El pronombre *los*, en plural, refiriéndose á lo que en la primera parte del versículo está en singular, ha hecho trabajar durante siglos á los comentadores. Para ilustrar las controversias por una solución ortodoxa, el Talmud, en la palabra *génesis,* tratado Meghilla, libro VI, página 217, da esta nota: «Los sabios han modificado trece pasajes bíblicos para el rey Ptolomeo (en la versión de los Setenta). Dios creó al hombre á su imagen. Le creó á imagen de El. Los creó macho con parte hembra.» Y henos aquí mejor informados: nuestro primer antepasado, y quizá los dos, designados con el nombre genérico *el hombre*, fueron bisexuales, según la tradición teológica.

Dejando ahora la tradición bíblica, pasemos al terreno anecdótico. Plinio cita á Calífanes y á Aristóteles que han señalado una tribu de andróginos al Sur de la Gran Sirte, en el país de los nausamones. Según estos autores, habrían existido muestras y hasta tribus enteras conforme al tipo de la creación edénica. Hoy, estas tradiciones apenas nos interesan; pero en otros tiempos han preocupado á muchos pensadores suscitando la secta admirable de los esenios, á la que no pocos sabios han sostenido que pertenecía Jesús. El origen de esta secta es ignorado; Josefo, que es el que habla de ellos con más

extensión, se limita á repetir opiniones vulgares contemporáneas; se sabe, sin embargo, que los esenios se han preocupado mucho de los orígenes del mundo, y muy especialmente del primer libro del Génesis. Lo que sabemos de su vida, parece resultado de sus reflexiones sobre las consecuencias fisiológicas y sociales de la desobediencia de Adán, y el fin á que aspiraban era la perfección por la pureza. Se vestían de lino blanco, se bañaban mañana y tarde en agua fría, comían sólo vegetales, vivian en absoluta castidad, se dedicaban á la agricultura, y guardaban silencio durante sus comidas. Cuando una secta se aisla así de la vida social, es por algo, mucho más cuando el monaquismo y las tebaidas cristianas estaban lejos de existir todavía. ¿Cuál era la causa de esa existencia? «En el Occidente, dice Plinio (H. N. V., XV-XVII), están los esenios, nación solitaria, singular más que ninguna otra, sin mujeres, sin amor, sin dinero, viviendo en la sociedad de las palmeras. Se reproduce diariamente, gracias á la influencia de nuevos huéspedes, no faltando la multitud de los que, cansados de la vida, son llevados por la ola de su suerte á adoptar este género de vida. Así dura una nación en la que nadie nace, por la fecundidad que tiene para ella el arrepentimiento de otros de su vida pasada.»

Edmundo Stapher, comentando con Nicolás, Reville, Derembourg, Graetz, Cohen y otros, á Plinio, Filón y Josefo, dice también: «El ascetismo á que los esenios se habían condenado, acabó por producir doctrinas misteriosas y especulaciones extrañas al mosaísmo. Quizá sufrieron la influencia de la filosofía alejandrina; quizá también su misticismo nació espontáneamente á orillas del Mar Muerto, y no ha sido sino consecuencia natural é inevitable de la vida retirada que llevaban. La cuestión queda indecisa.» Parece, sin embargo, claro que la idea inicial de los esenios, arranca del versículo VI. 12 del Génesis: «El mundo entero está impuro y manchado. Toda carne ha corrompido su camino en la tierra.» ¿Cómo? Infringiendo la voluntad del Creador. Ya en los antiguos tiem-

pos, la inteligencia ha buscado la explicación de la contradicción entre el dón divino de la vida y los males innumerables que lo acompañan, y ha encontrado la solución teológica en la desobediencia á una ley primordial.

Para espíritus religiosos un Dios omnipotente no ha podido crear con el fin lamentable de entregar sus criaturas á la desgracia. Esos espíritus religiosos han debido suponer que el hombre, en su primitivo estado más cerca de la perfección divina, poseía los dos principios, macho y hembra, y estaba conformado de tal modo, que pudiera procrearse á sí mismo. La ruptura del equilibrio entre los dos principios ha engendrado el reinado de la violencia, de la injusticia, de la desigualdad.

Procediendo de lo conocido á lo desconocido, añadió Bergeret, que si se hiciese esenio, no tendría más razón para llegarlo á ser que la expuesta. Sin embargo, si los esenios parecen haber sido los únicos que hayan practicado la purificación y la castidad, por causas de orden exegético, no son los únicos á quienes haya preocupado la cuestión del estado primitivo del hombre que inspira á Platón en *El Banquete*; en el siglo XIII, Amaulri fué condenado en París porque sostenía que si el hombre hubiera permanecido en el estado que Dios lo había creado, no habría habido ninguna distinción de sexos. En Bayle se lee que en el siglo XVII una docta señorita, Antonieta Bourignon, que pasaba por vidente, y fué perseguida á causa de sus ideas y de sus escritos, publicó en sus curiosas revelaciones *El nuevo cielo y la nueva tierra* que, «antes que el hombre pecase tenía en sí los principios de los dos sexos, y la virtud de producir su semejante sin concurso de ninguna mujer», y que la situación actual es consecuencia de los cambios que el pecado produjo en el cuerpo humano. Lefevre l'Etaples, en el siglo XVI, cree también que, en el estado de inocencia, Adán habría engendrado por sí mismo semejantes suyos sin intervención de la mujer. Bayle no cree en estos asertos, pero cita, en favor de la posibilidad del fenómeno, un caso sacado de la crónica escandalosa de Luis XI, el año de 1478,

parecido á otros relatados por otros autores. Por último, en el siglo XVII, año de 1602, aparece en Amsterdam un libro, rarísimo hoy, que constituye la más curiosa y entretenida deducción del versículo 27: *Las aventuras de Santiago Sadeur y su viaje á la tierra austral.* Lleva privilegio del rey, pero á condición de que se publicara como una novela, y es un ensayo de reconstitución de un estado social civilizado, si los hombres hubieran conservado su primitivo organismo paradisíaco. So color de aventuras extraordinarias, que recuerdan las de *Simbad el marino,* el autor traza una sátira ingeniosa de nuestras ideas de semihombres, de nuestras costumbres sociales. La conclusión que se saca del sistema social descrito por Sadeur es ésta: si el estado edénico hubiera seguido siendo universal, no habría hoy cuestión feminista.

Bergeret entrevé todavía otro origen no menos antiguo del feminismo en la interpretación del *los* del versículo 27. ¿No se podría, en efecto, con un poco de ingenio, identificar á la casta Lilith, criatura superior, formada un poco después de Adán con la patrona del feminismo? «Sí—prosiguió Bergeret, observando la atención y la emoción de Lerou;—se ha charlado mucho á través de los siglos sobre esa misteriosa y mística Lilith, de invención rabínica, y se la ha prestado una muy fea naturaleza y los más enfadosos instintos. ¡Porque hay dos! Una completamente blanca, lilial, primordial, y otra más negra que el Tártaro.» «Hay una Lilith inmaculada, obra segunda del Creador—prosiguió Bergeret,—compañera inmediata del hombre, creada un poco después de él, aunque de la misma arcilla, lo que permitió á Jehovah perfeccionar esta segunda obra de sus manos, acentuando su cerebralidad, afinando su forma. Esa es la que yo elijo como abuela del feminismo.» Parece, si ha de creerse la biografía trazada por sus admiradores, que esta Lilith, tan prudente, tan superior á los instintos brutales del hombre, tan castamente irreductible—una pura intelectual,—aburrió mucho á su marido, cuyas ideas, muy cortas y muy materiales, se avenían mal con la intransigencia de

su primera mujer. Conocemos poco las disputas de este primer matrimonio paradisíaco; hasta ignoramos qué tema preciso suscitó la separación de estos primeros esposos; pero lo que parece seguro es que no hubiera sido Lilith la que hubiera contribuído á deformar la obra íntegra del Creador. Lilith, irritada por los caprichos de Adán, y desdeñando satisfacerlos, le dejó plantado, y se fué... ¿dónde? Los rabinos dejan esta fuga en las tinieblas. Supongo que supo crearse también en alguna parte, en una isla amable, en compañía de pájaros y animales inofensivos, un pequeño Edén á su gusto. Quizá engendró allí la raza de las tribus andróginas de Calífanes, Aristóteles, Plinio y Sadeur. Quizá inspiró las cerebralidades de las Hellas, de las Hipatías, de las Amazonas, de los Esenios, de los Gnósticos, de los Franciscanos, de las Carmelitas y de las Antonietas Bourignon, de todas las que con Antígona se negaron á obedecer al yugo del hombre y á sus leyes. Marchada Lilith, Dios sacó á Eva de una costilla de Adán, á fin de que, salida de él, no le fuese ya insoportablemente superior, y no tuviese la idea de filosofar y de buscar las causas y las consecuencias de los actos, y de los gestos. Eva no era díscola; fué la cocinera de Adán, y ya sabemos lo que pasó. Me parece esta sutileza rabínica—concluyó Bergeret—tan ingeniosa y filosófica como un cuento de Andersen. Nunca hubiera creído que tuviesen tanto ingenio los rabinos, y eso es todo lo que sé más perentorio sobre la cuestión del feminismo en su fuente atávica. Sus adeptos pueden reivindicar como patrona y portaestandarte una inteligente é ilustre abuela. Habrá espíritus estrechos, doctrinarios y escolásticos que quieran discutir el valor auténtico de estas fuentes; á mí me basta que el cuento sea bonito para creerlo.

* * *

PSICO-FÍSICA

Qué es el miedo.—Fernando Mazade ha abierto en *La Revue* de París una información, preguntando á diversos psicólogos, médicos, profesores, artistas, literatos y militares «si han tenido miedo alguna vez, qué es lo que han sentido, y si hay algún medio de combatir el miedo».

El tema es curioso, más que nada, por las formas extravagantes que el miedo reviste, pues, como dice Mazade, los vigorosos aventureros fundadores de Roma no tenían miedo de las serpientes, de las fieras ni de los enemigos; pero, en cambio, les asustaba la neblina del Tíber, y les daba miedo el demonio Februus, que agita las puntas de las cañas erguidas sobre la onda inmóvil. El emperador Augusto perdía la cabeza ante el rugido de la tempestad; Erasmo se asustaba de los peces, chicos ó grandes, vivos ó muertos, y la vista de un arenque salado le ponía malo; Escalígero retrocedía trastornado ante un manojo de berros; Bacón desfallecía al acercarse un eclipse de luna, y Carlyle temblaba convulsivamente á la sola idea de entrar en una botica.

El Dr. Ballet, médico del Hotel-Dieu, de París, responde que ha tenido muchas veces miedo cuando era niño y algunas desde que ha dejado de serlo. ¿De qué? De cosas vagas, imprecisas, como el que se tiene por la noche en la obscuridad á campo raso ó en un bosque. En el miedo hay de ordinario dos elementos: uno instintivo, un sentimiento, y el otro intelectual, la conciencia de un peligro conocido. Este segundo elemento puede reducirse á poco y aun á nada en ciertos fóbicos patológicos que tienen el perfecto conocimiento de la inanidad de sus temores. Para luchar contra el miedo hay que desarrollar el elemento intelectual que permite apreciar la falta de fundamento del temor, dominándolo.

El Dr. Bonnier dice que la irritación de nuestra sensibilidad puede afectar dos formas: una que produce el dolor y

otra que engendra la opresión, la molestia, la angustia. Cada aparato, cada órgano tiene su angustia especial, intestinal, gástrica, cardíaca; pero por encima de los centros bulbosos que proporcionan estas ansiedades, se encuentran los centros de la ansiedad capital, cerebral, la de todo el sér, la del yo: ese es el miedo. El centro nervioso del miedo está situado en el bulbo, entre la médula y el cerebro, á la altura de los centros del vértigo, de la náusea, de las palpitaciones, de las perturbaciones basculares. Fisiológicamente, la ansiedad desempeña frente á estados y movimientos psíquicos el mismo papel que el vértigo en la motricidad de sustentación. Así como el vertiginoso duda de su equilibrio, y lo pierde, vacila, titubea, se inclina y se cae, sintiendo estallar su vértigo con ocasión de ciertos movimientos y ciertas actitudes, así el ansioso vacila lleno de duda y de escrúpulos, se deprime, se inclina, se hace aprensivo, fóbico, impotente, caído moralmente, con ocasión de tal ó cual esfuerzo físico ó actitud moral ó mental, pudiendo despertar su reacción ansiosa cualquier pequeña sensación ó imperceptible esfuerzo psíquico.

No hay que confundir la sensación de ansiedad, de asiento cerebral y orden consciente, con la ansiedad misma que es de asiento bulbar y de orden reaccional. No se puede vencer el miedo por el razonamiento, como no se vence el vértigo, la náusea, el asma ó el cólico.

El ansioso deprimido sufre cruelmente por los ensayos de terapéutica psíquica que enervan el cerebro sin calmar el bulbo. Lo que hay que calmar es el bulbo mismo: en cuanto la reacción ansiosa se extingue, el cerebro recobra su equilibrio psíquico, y la psicastenia desaparece como el vertiginoso recobra la corrección de sus actitudes y de sus andares cuando se borra el vértigo. El cerebro puede, á la manera del caballo que se hace volver hacia el obstáculo para acostumbrarle á él, tratar de embotar las reacciones ansiosa y vertiginosa á fuerza de provocarlas en condiciones definidas; pero así se obtiene una especie de canalización de la reacción ansiosa, en la que

el psiquismo no desempeña ya ningún papel directo. Momentáneamente, un vivo esfuerzo cerebral como un latigazo nos hace pasar más allá; pero no porque no se sienta al principio, deja en seguida de producir el miedo todas sus reacciones.

Al lado de esta respuesta del Dr. Bonnier, que por su interés hemos reproducido íntegra, las demás carecen de valor; pero las extractaremos á título de curiosidad.

Emilio Boutroux, del Instituto, dice que él cree que el miedo es ante todo un estadò físico. ¿Se huye porque se tiene miedo ó se tiene miedo porque se huye? *Philosophi certant*. La costumbre es un remedio: los caballos parisinos no tienen ya miedo á los automóviles. La ciencia es otro: ya no tenemos miedo de los fantasmas. Se está menos sujeto al miedo cuando ya no se tiene miedo de la muerte.

El miedo, dice el general Percin, implica á la vez la conciencia del peligro y la negativa. ¿Que Turena temblaba yendo á la batalla? Es posible; pero iba, y en el fuego mostraba la más tranquila bravura; luego no tenía verdaderamente miedo. El miedo consiste precisamente en capitular ante el instinto de conservación; exige la fuga ante el peligro, si se puede huir; y si no se puede, una brusca depresión de todo el sér que queda como aniquilado (estado de los condenados á muerte ante el cadalso.) El general no cree que se cure el miedo, pero se le puede combatir inspirando al hombre sentimientos más nobles.

Raimundo Poincaré no conoce más batallas que las de la tribuna y el foro; pero si dijera que las arrostra sin miedo, dice que no le creerían y que tendrían razón. El remedio, por otra parte, es el mismo en todas las batallas: avanzar y batirse. Se tiene miedo con el arma al pie antes del combate, como se tiene al pedir la palabra; se deja de tener al disparar, como se deja de tener al pronunciar un discurso.

Gabriel Pouchet, de la Academia de Medicina, afirma que no hay nadie en el mundo que pueda alabarse de no haber tenido nunca miedo, y que el miedo se cura educando la voluntad.

Monseñor Duchesne no se acuerda de haber tenido miedo, por lo menos en la edad adulta. Confiesa, sin embargo, que no le gustan las tinieblas, y que á veces le ocurre tener que resistirse á cierta gana de apresurar el paso cuando anda durante la noche por alguna gran ciudad silenciosa.

El antiguo ministro Flourens dice que si alguna vez ha tenido miedo, no se acuerda de ello; que el miedo físico tiene carácter morboso y el moral depende de vicios de educación, y que el remedio, por consiguiente, está en la educación física y moral.

El Dr. Grasset, de Montpellier, no cree que el miedo sea una enfermedad; hay las enfermedades del miedo, una patología del miedo y una psicología del miedo, pues el miedo es un elemento, un fenómeno psíquico normal. Entre el estado fisiológico puro y el patológico constituído, hay estados extra ó yuxtafisiológicos, más ó menos marcados, que son los estigmas del temperamento; tales son para los temperamentos hipofóbicos el «qué se me da á mí», la temeridad y la audacia, y para los hiperfóbicos la timidez, la vacilación y el escrúpulo.

Jorge Hayem, de la Academia de Medicina, ha tenido miedo una vez, á los diez años, de un rayo que cayó en su chimenea. El miedo patológico ó fobia es un síntoma bastante frecuente, producido por diversas causas, y cuyo tratamiento debe variarse según la causa (el susto que llevó este doctor en su infancia debió dejarle los sesos hechos agua, pues sólo así se explica tan luminosa respuesta).

Feli Henneguy, profesor en el Colegio de Francia, cuenta que hace algunos años un sabio profesor de psicología experimental le rogó que fuera á su laboratorio para medirle la intensidad de la memoria visual. Mostrándole una escala cromática de los diversos colores, quiso que le señalara el matiz correspondiente á un ramo de lilas. Henneguy no pudo ocultar su sorpresa.—¿De qué lila me quiere usted hablar—le dijo,—de la lila que acaba de abrirse, de la que está en plena floración ó de la que empieza á marchitarse? ¿De la lila iluminada por

el sol de la mañana, por el sol de medio día ó por el sol de Poniente? ¿A cuál de las numerosas variedades de lilas se refiere usted?—Estas preguntas asombraron al sabio fisiólogo. Y aunque pueda producir el mismo efecto, tiene que repetir las mismas preguntas á quien le interroga sobre si ha tenido miedo alguna vez. ¡Hay tantos matices en el miedo, desde la simple aprensión hasta el espanto!

El general Kerdrel dice que se puede realmente ser valiente y tener miedo, si se llama miedo á la impresión nerviosa que se siente ante la inminencia de un peligro, impresión que no impide al soldado entrar en fuego, en cumplimiento de su deber.

El Dr. Lancereaux, de la Academia de Medicina, contesta á la pregunta de si ha tenido miedo, que sí, sobre todo, en la obscuridad; y á la de si hay medio de combatirlo, que sí también, por lo menos, de atenuarlo, y que para ello hay que tonificar y fortificar el sistema nervioso por la hidroterapia, y desde la juventud.

El Dr. Esteban Leduc, profesor de Nantes, no se acuerda de haber tenido miedo nunca, y dice que se puede combatir el miedo, dominarlo y reprimirlo por la educación.

Luis Leger, del Instituto, sostiene que el miedo es una enfermedad, ó más bien el síntoma de un estado enfermizo, y lo explica por una debilidad nerviosa y por la imposibilidad en que están ciertas personas de coordinar sus ideas. No cree haber tenido nunca miedo, en lo que no ve gran mérito, pues no es neurópata, y le importa poco la vida. No hay más que un modo de combatir el miedo: aprender á razonar y despreciar un poco la vida, y, sobre todo, abstenerse de excesos alcohólicos.

El Dr. Lemesle, de la Escuela de Psicología, ha sentido el miedo en multitud de circunstancias, exaltando siempre sus sentimientos de lucha y de defensa, por lo que se felicita de ser accesible á una emoción tan dinamógena. Concibe el miedo como el sentimiento que se apodera del individuo normal en

sus aptitudes para ser. En cuanto el miedo le da la señal del peligro, el espíritu normal pasa rápida revista á sus fuerzas de combate, y en el acto toma su partido: la capitulación ó la resistencia. Hay malos inspectores, malos contadores, que aprecian mal el valor de sus efectos utilizables capitulando equivocadamente; se los llama cobardes, y por ellos conocemos los miedos morbosos, las fobias. Hay presumidos que se ilusionan con el valor de sus contingentes, malos contadores también: esos son los temerarios. Los hay, en fin, que por educación, sugestión del ejemplo ó autosugestión, han aumentado sus medios de resistencia, y, sobre todo, la valoración de estos medios; van al combate con fuerzas iguales, quizá, á las del enemigo, pero seguros de decuplicar su potencia, de lograr la victoria: esos son los valientes. En cuanto á los que no experimentan ese fenómeno inicial que advierte al ser amenazado, son decaídos; por anestesia nativa ó patológica, su obtuso sensorio no percibe la indispensable alarma. El hombre que está cerrado á ese sentimiento, el que dice que no conoce el miedo, es, sin duda, un infeliz, y el psicólogo no puede ver en él sino un observador superficial, un imbécil ó un demente.

Alfredo Loisy, profesor del Colegio de Francia, no sabe bien lo que es tener miedo, lo que se llama miedo.

Justo Lucas Championnière ha tenido miedo en muchas circunstancias, y estima que los que dicen que no han tenido nunca miedo no podrían ser sino miopes que no han podido ver el peligro ó comprender su amenaza. Contra el miedo no hay nada como vivir en el mejor equilibrio físico y moral posible.

Víctor Margueritte dice que ha tenido algunas veces miedo, como otras veces se tiene frío, calor, hambre ó sed. El miedo es una perturbación física, más que un sentimiento, que puede dominarse por la educación de la voluntad y por el hábito.

Alfredo Mezières ha sufrido un día la más punzante emoción: montaba un caballo árabe, de pura sangre, en el bosque

de Charmes, cuando se encontró de pronto enfrente de un tren expreso que los árboles le habían impedido ver. Por eso, sin duda cree que el miedo nace de una sorpresa, de un peligro inesperado.

Federico Passy, del Instituto, dice que los más valientes pueden conocer el miedo. El ha sido muy accesible, como la mayor parte de los niños, al miedo de lo desconocido, de la obscuridad, del aislamiento; pero está casi completamente curado de ellos, y atraviesa un bosque por la noche sin la menor emoción, y duerme tranquilamente sólo en una casa aislada, abierta ó mal cerrada, lo que prueba el poder de la educación y la voluntad. El miedo no es la cobardía. Un coronel preguntaba un día, después de uno de los mayores motines del reinado de Luis Felipe, á un joven soldado, sorprendido por algunos insurrectos que le intimaron entregara las armas, y á los que había resistido con energía.—Tuve mucho miedo, mi coronel—decía sencillamente,—pero tenía mi consigna.—Tuvo usted miedo, amigo mío—respondióel coronel,—y sin embargo, cumplió usted su deber, ¡es usted un valiente, un verdadero valiente!

Teodoro Reinach, del Instituto, dice que se necesitaría ser Tartarín y Segifredo para pretender que no se ha tenido miedo nunca. Es más: el miedo, en su más amplia acepción, es una necesidad. Suponed una especie en que el miedo sea desconocido; los individuos que la compongan se expondrán continuamente á peligros inútiles, y hay nueve probabilidades entre diez de que perezcan en ellos. En cuanto al miedo excesivo y racional, cuyas tres fuentes principales son la debilidad nerviosa, la ignorancia y el egoísmo, hay tres medios de combatirlo: fortificar y endurecer el cuerpo, disipar los prejuicios y las supersticiones y educarse bien, moral y cívicamente.

Carlos Richet dice que el miedo, en último análisis, es una protección contra la muerte; pero, por saludable que sea, debe ser enérgicamente combatido, reemplazando las imágenes de terror por otras superiores: el olvido de sí mismo, la abnegación y el deber.

El Dr. Sicard dice que existe un miedo que puede y que tiene tiempo de razonarse, y otro puramente impulsivo y de instinto, y que la educación, el raciocinio y el hábito pueden curar el miedo ordinario; pero nunca se triunfará del miedo grande, de ese en que el instinto de conservación se revela en toda su brutalidad, como el del náufrago que se agarra desesperadamente á los pies de su salvador, y le arrastra con él al abismo.

El Dr. Toulouse dice que hay que distinguir entre el sentimiento del miedo y las reacciones que provoca. El sentimiento es, hasta cierto punto, independiente de la razón; la emoción es siempre intelectual. La única y eficaz protección consiste en intelectualizar lo más posible ese sentimiento. Una idea que puede obrar eficazmente es la de nuestro destino. La reflexión sobre nuestra muerte cierta nos hace menos accesibles al miedo. Los estoicos y la Iglesia católica tienen buenas máximas contra nuestras fobias modernas.

PECUARIA

Introducción del ganado merino en Francia.—Fontan de Negrin, en la *Revue Hebdomadaire*, consagra á este asunto un artículo, doblemente interesante para nosotros, por el asunto mismo y por su documentación, pues constituye un tema de la historia económica de nuestro propio país.

A la derecha del Garona existía, en el siglo XVIII, la llamada diócesis de Petit Comminges, formada por once comunidades del Languedoc, procedentes del antiguo condado de Comminges. La nobleza territorial de estas regiones montañosas, al contrario de la de otras provincias, era activa y trabajadora: viviendo alejada de la corte, compartiendo con la clase artesana los cargos municipales, teniendo sólo dominios de poca extensión y escaso valor, independientes por temperamento y emprendedores por necesidad, muchos de aquellos

hidalgüelos se dedicaban al comercio con España, y hasta al contrabando, favorecidos en eso por la casi neutralidad del valle de Arán.

España poseía, hacía mucho tiempo, la famosa raza de los carneros merinos, de la que era, con razón, muy celosa. Los ganaderos gozaban de grandes privilegios, formando la poderosa asociación de la Mesta, que ha desempeñado importante papel en la economía agrícola del reino. Los carneros pasan el invierno en Extremadura, y llegan en la primavera á la provincia de Segovia, donde se verifica el trasquileo; las montañas de Galicia y Asturias y las altas mesetas de Castilla la Vieja les surten de pastos de verano. Ordinariamente, cinco pastores bastan para cada mil cabezas, y tienen por jefe un mayoral. Estas emigraciones continuas fortifican la constitución de los rebaños, y la lana de los trashumantes es más apreciada que la de los estantes.

Tanto se estimaba la lana merina, que estaba prohibida la salida de España de ningún carnero, siendo muy difícil proporcionarse ejemplares de pura sangre, necesarios para mejorar la raza francesa; la industria pañera de Francia, para rivalizar con los paños finos españoles, holandeses ó ingleses, tenía que sacar de España por valor de 25 millones de francos de lana superfina. Luis XVI se interesó personalmente en estas cuestiones, y creó «manufacturas reales de paños finos», y para favorecer la introducción de los merinos, la Corona de Francia dejó la mayor libertad á los intendentes de las provincias fronterizas, alentando hasta el contrabando y otorgando privilegios nobiliarios por servicios de esta clase. Ya bajo la administración de Colbert habían introducido en el Rosellón algunos carneros; pero sólo en 1786, á propuesta de Angivilliers, superintendente de los edificios de Luis XVI, fueron colocados en los rediles reales de Rambouillet, creados al efecto, los más hermosos ejemplares de un rebaño procedente directamente de España. Por aquella época es cuando Fournier de la Chapelle y José de Fontan-Bessan se encarga-

ron de las negociaciones necesarias para la introducción de varios rebaños de merinos en el Suroeste y Mediodía de Francia, y á ellos corresponde el honor de aquella empresa, en la que fueron fuertemente apoyados por el Rey y sus ministros.

Algunos autores afirman que el señor de la Vauguyon, embajador de Francia en Madrid, compró, en 1785, un rebaño de merinos, que fué llevado á París; otros dicen que el Rey de España fué quien regaló, en 1786, varios ejemplares de carneros á Luis XVI. Fontan, á pesar de sus numerosas investigaciones, no ha podido nunca hallar la prueba de estos hechos, mientras que los documentos auténticos que ha consultado demuestran la veracidad de sus aseveraciones. José-Bartolomé-Margarita de Fontan-Bessan, pasó parte de su juventud viajando, primero por España y luego por América. En 1772, su padre le dijo: «Hijo mío, aquí tienes cien mil libras que te corresponden; haz buen uso de ellas; piensa que no eres nada; no cuentes más que contigo; que tus viajes aprovechen á tu nombre y á tu país. Anda, y que Dios te guarde.» Fontan abandonó á Saint-Beate, á caballo, y seguido por un solo servidor adicto. Por las cartas enviadas á su familia, sabemos que estuvo en Arán y en Zaragoza; que fué atacado varias veces, y que de allí pasó á Portugal. Vuelto á sus montañas, cinco años más tarde, se instala en Chaum, y se dedica á la agricultura y hace numerosas plantaciones. En 1784, Dauventon publica su Memoria sobre «Los éxitos de los experimentos hechos para la mejora de las lanas y para la fabricación del primer paño de lana superfina en Francia».

Aquella Memoria hizo gran ruido, y el intendente La Chapelle, el subdelegado Aldiberto de Montalegre y Fontan, se encuentran en Luchon con varios hidalgos aragoneses, entre ellos el caballero Clermont y D. Vicente de Heredia. Se habla de las lanas de España, y Fontan, con sus conocimientos del país y del negocio, es el indicado para la introducción. El 31 de Enero de 1785, la Chapelle celebra una larga entrevista con Fontan, y éste sale para España. El 3 de Agosto escribe á Pa-

rís para anunciar que acaba de hacer llegar *secretamente* de España 200 carneros merinos, y que tiene la intención de distribuirlos gratis á diversos propietarios, con el objeto de mejorar la raza ovina y la calidad de la lana. En Setiembre del mismo año, los señores de Tholozan y Calonne aprueban los gastos hechos y autorizan su reembolso.

Los carneros, sin embargo, no parecieron; el rebaño se componía, en efecto, de 200 carneros y 60 ovejas; pero tardaron en hacer el viaje desde Extremadura, por Madrid, Zaragoza á Saint-Beate, hasta el 20 de Julio de 1786. A fines del mismo mes pasaron á Auch, y los más hermosos modelos fueron enviados á los rediles reales de Rambouillet.

En el curso de sus viajes, el mayordomo de Fontan, Bertrand Andrillon, fué atacado: tres ladrones, armados de cuatro escopetas (¿le haría ver el miedo una escopeta más?), le obligaron á capitular y á entregarles 14 pesetas, el reloj, tres camisas, seis pañuelos y dos pares de medias. La escena duró una media hora, y hasta le hicieron quitar las botas para ver si guardaba dinero en ellas.

El señor de la Chapelle estaba impacientísimo por la llegada de los carneros, y despedía correo sobre correo á Fontan, mostrando la importancia que daba á la adquisición. Cuando, en fin, llegaron á Auch, en bastante buen estado, dió á los conductores 24 libras de gratificación, y rogó á Fontan que le enviara la cuenta para dirigirla al ministro, encargándole con empeño que procurase la adquisición de otras doscientas ó trescientas ovejas. Los gastos ocasionados no fueron excesivos, como puede verse por la nota siguiente:

Doscientos carneros, á 17 libras	3.400	
Sesenta ovejas, á 13 libras y 10 sueldos	810	
Gastos de Portugal á Zaragoza	220	
Gastos de Zaragoza á Saint-Beat	210 l.	10 s. 6 d.
Estancia en Saint Beat	15	
Gastos de caminos hasta Auch	56	
Entrada en Francia, gratificación	8 l.	3 s. 9 d.
TOTAL	4.719 l.	14 s. 5 d.

La aclimatación se hizo con dificultad, pues los corderos, sobre todo, lo pasaban mal; además, los depósitos de carneros sólo podían establecerse en casa de propietarios de quienes se estuviese absolutamente seguro. A pesar de todo, el éxito estaba asegurado, y el intendente encargó á Fontan, el 27 de Mayo de 1787, que le proporcionara otro rebaño. Se entablaron nuevas negociaciones, y el 26 de Junio llegaron á Saint-Beat cien cabezas más, en bastante mal estado, que costaron 2.881 libras y 7 sueldos. En el entretanto, La Chapelle fué reemplazado por Boucheporn, que continuó la obra de su predecesor. Siendo cada vez más estimadas las lanas merinas, Fontan creó un depósito y lavaderos en Saint-Beat y en el valle de Arán. Desgraciadamente, el estallido de la revolución quebrantó su fortuna, y Fontan, preso y descorazonado, se retiró, cuando logró la libertad, á su dominio de Chaum, donde murió algo más tranquilo y honrado, habiendo sido designado por el Gobierno de Luis XVIII para formar parte del jurado pastoral encargado de repartir los carneros merinos en el Alto Garona.

IMPRESIONES Y NOTAS

La Henriada.—Toda persona medio culta conoce, de oídas, por supuesto, el poema que, con el título de *La Henriada*, escribió Voltaire en honor de Enrique IV, aquel rey tan popular, por su deseo de que todo ciudadano pudiera tomar caldo de gallina por tener gallina en el puchero. Todos nuestros autores de Retóricas y Literaturas conocen también ese poema, de nombre, por lo menos, pues todos, al tratar de los poemas épicos, citan, al lado de la *Iliada* y la *Odisea* de Homero, la *Eneida* de Virgilio, la *Divina Comedia* del Dante, el *Paraíso perdido* de Milton, la *Jerusalem libertada* del Tasso y la *Araucana* de Ercilla, la *Henriada* de Voltaire.

Y aquí está el dislate que pretendemos corregir y que motiva esta nota. ¿De dónde han sacado nuestros autores la des-

dichadísima palabreja de *Henriada*? Voltaire pudo decir muy bien *Henriade*, como Homero había dicho *Ilíada* y Virgilio *Eneida*, y como yo mismo he bautizado un poema burlesco, no publicado todavía, con el nombre de *Microbiada*. Todas estas palabras tienen un sufijo común característico, y así Ilion da *Ilíada* y Eneas *Eneida*. Esta terminación en francés remata en una *e*, y así dicen los franceses *Iliade*, *Eneide*. Siguiendo la regla de esta formación, Voltaire sacó de Henri, *Henriada*, é hizo perfectamente; pero, ¿qué es en castellano *Henriada*? Un galicismo disparatado y nada más; nosotros no decimos Henri, sino Enrique, y de Enrique podemos sacar *Enriquiada*, pero no *Henriada*, como Camoens sacó de *luso*, *Lusiadas*. Dígase, pues, al traducir el poema de Voltaire, *Enriquiada* y no *Henriada*.

* * *

¿Por qué hay menos matrimonios y menos nacimientos?—Malthus había dicho que los matrimonios aumentarían en proporción de los salarios y del bienestar general, y los hechos han venido á demostrar lo contrario. Desde 1873, el número de matrimonios ha disminuído en casi todo el mundo; la disminución empezó en las clases altas, y ha ido extendiéndose á las demás, salvo las más pobres. El problema preocupa, con razón, á los pensadores, y el profesor Brentano, en *The Economic Journal*, señala cinco causas: 1.ª El matrimonio se ha retrasado por la duración prolongada del aprendizaje y de los estudios.—2.ª Hay cada vez más dificultades materiales para fundar y educar una familia.—3.ª La evolución social de la mujer la hace menos deseosa del matrimonio.—4.ª Los goces del matrimonio están contrabalanceados por muchos otros placeres, que han hecho perder á la *casa* su antigua importancia.—5.ª Hombres y mujeres tienen menos ilusiones unos respecto de otros; son mucho más difíciles de contentar, por lo mismo que se casan menos jóvenes.

En cuanto á la disminución de los nacimientos, los mismos

motivos anteriores la explican en parte: Bertillon ha probado que en Francia el número de nacimientos está en razón inversa de las fortunas; cuantos más proletarios hay en una provincia, mayor es el número de nacimientos. En Italia, los distritos más fecundos son los más iletrados. En los Estados Unidos, si no fuera por la inmigración europea, el país se vería poblado de negros. En Australia, donde los obreros gozan de mayor bienestar que en ninguna otra parte, los nacimientos disminuyen.

Y no hay que hacer intervenir en esto á la religión, porque entre los católicos los más fecundos son los pobres, y entre los judíos pasa lo mismo; ni tampoco hay que atribuir la culpa á la industrialización del país, porque el labrador francés tiene menos hijos que el obrero.

Brentano estima que entre las causas de la disminución de nacimientos pueden citarse: 1.ª Las enfermedades sexuales, más frecuentes á causa de los matrimonios tardíos, y las numerosas afecciones nerviosas, consecuencia de las fatigas de la vida moderna; y 2.ª El menor empeño de perpetuar la familia.

Hay que advertir que, á pesar de la disminución de matrimonios, las muertes dejan siempre un excedente de vivos de bastante consideración, de tal modo, que si la diferencia entre vivos y muertos se mantuviera en la proporción de los últimos veinticinco años, dentro de ochocientos noventa y tres años habría por cada metro cuadrado de la superficie del globo un europeo, prescindiendo de las otras razas, y dentro de mil años no habría ni siquiera sitio donde sentarse.

* * *

Augusto Comte y sus tres ángeles.—La tumba de Augusto Comte, el primer «gran pontífice de la humanidad», fué elegida por él, diez años antes de morirse, en el cementerio del Padre Lachaise, en un sitio pintoresco, sombreado por árboles seculares; se reduce á una simple piedra, con una estela

que encierra la frase sagrada del positivismo: «El amor por principio, el orden por base, el progreso por fin.» En el epitafio se lee: «Augusto Comte y sus tres ángeles.»

¿Quiénes fueron esos tres ángeles? Comte, con todo su positivismo, era en el fondo una naturaleza sentimental y romántica. Su primer amor se remonta á la adolescencia: es el amor platónico por una señora noble, cuyo nombre hasta ignoramos. La que le entusiasmó por segunda vez, hubiera podido ser su madre: se llamaba Valentina. La tercera iniciación (á la tercera va la vencida) lo condujo al matrimonio con Carolina Massin, el 15 de Febrero de 1825. Ninguna de estas tres mujeres era su ángel.

Los tres ángeles custodios, según Juan Gross dice en *La Revue Hebdomadaire,* fueron Rosalía Boyer, Clotilde de Vaux y Sofía Bliaux. La nueva religión positivista eleva al rango de ángeles custodios á la madre, la esposa y la hija, capaces de ejercitar en el hombre la veneración, el amor y la bondad. Cuando la propia familia no ofrece los tipos deseados para ese culto íntimo, el hombre los suple por medio de adopciones.

Tal es el caso de Comte: Rosalía Boyer fué su madre; Clotilde de Vaux el gran amor que suplió al de la esposa de quien tuvo que separarse, y Sofía Bliaux, la hija adoptiva, en agradecimiento al cuidado con que había atendido á Clotilde de Vaux, durante su larga enfermedad, como criada de la casa; sin ocuparse de formalidades legales, Comte proclamó la adopción ante un círculo de discípulos, el 18 de Julio de 1850. El culto profesado por el fundador del positivismo á la que llamó su noble y tierna esposa, es bien conocido; al día siguiente de los funerales, el filósofo inició plegarias cotidianas por mañana, medio día y noche, destinadas á conmemorar un amor eterno; eran recitadas de rodillas, ante el sillón en que se sentaba la dulce amiga, y que el filósofo llamaba *el altar*. En él descansaban las reliquias de la amada: sus cartas, una trenza de sus cabellos y un manojo de flores artificiales hechas por ella misma; *la santa tumba* fué objeto de una peregrinación se-

manal, y el día de Santa Clotilde, Comte leía sobre la piedra funeraria sus «confesiones anuales».

Los tres ángeles de Comte sugirieron al pintor Etex un cuadro simbólico: las tres mujeres asisten á Comte en la elaboración de su filosofía religiosa. El lienzo tuvo mala suerte; á la muerte del filósofo, la viuda penetró en la habitación de que había sido expulsada, y cortó del cuadro las tres cabezas femeninas, hiriendo después con una cuchillada en el corazón la imagen del marido.

Comte había dicho en su testamento: «Se colocará en un ataúd excepcional el cuerpo de mi santa compañera (Clotilde) á la derecha del mío, con nuestras manos entrelazadas, teniendo el medalloncito que ella misma guarneció en mi casa con sus cabellos... Vacíos ó llenos los dos féretros, maternal y filial (la señora Comte, su madre y Sofía Bliaux, hija adoptiva), deberán colocarse, el primero á la derecha y el segundo á la izquierda del doble féretro conyugal.» Nada de esto pudo realizarse. La familia de Vaux no accedió al deseo del filósofo, y la tumba de Clotilde, aunque en el mismo cementerio, está lejos de la de Comte; la madre, Rosalía Boyer, sigue sepultada en Montpellier, y sólo el cuerpo de Sofía Bliaux yace enfrente del de su padre adoptivo.

***

La prensa francesa.—Arturo Meyer, en uno de sus interesantes artículos del *Gaulois*, «Lo que mis ojos han visto», examina el desarrollo extraordinario adquirido por la prensa parisien, haciendo remontar la causa de este desarrollo á la guerra franco-prusiana de 1870. Los periódicos de provincias, que hasta entonces habían vivido lánguidamente, al encontrarse privados de la comunicación con París, tuvieron que ingeniarse para interesar á su clientela y bastarse á sí mismos, y de tal modo lo lograron, que terminada la guerra se encontraron convertidos, de simples periódicos locales, en órganos

regionales de importancia, para luchar contra los cuales la prensa parisién tuvo á su vez que transformarse, dando á la información la mayor parte de lo que antes ocupaba la literatura; así lo hicieron desde luego *Le Petit Journal* y *Le Petit Parisien*, siguiendo su ejemplo, más ó menos tarde, *Le Journal* y *Le Matin*.

El decano de la prensa barata es *Le Petit Journal*. Fundado modestamente en la casa que hoy mismo ocupa, ha ido ensanchándose hasta ocupar hoy una superficie de 5.000 metros cuadrados. Emplea 12 linotipias para la composición y 17 máquinas para la tirada. La administración recibe de dos á 3.000 cartas diarias, y tiene 800 empleados con 20.000 depositarios y 15 inspectores, contando con seis líneas telefónicas y un servicio de mensajerías admirablemente organizado, que le permite servir los encargos de todos los corresponsales. Tira diariamente un millón de ejemplares y es propietario de otras publicaciones ilustradas, de gran tirada también.

Con ser tan grande este movimiento, es mayor todavía el de *Le Petit Parisien*, que tira 1.400.000 ejemplares y 1.600.000 los domingos. Para esta inverosímil tirada emplea 16 linotipias y 24 máquinas rotativas; para instalar las cuatro últimas, ha tenido que construir un nuevo sótano, que contiene además una reserva de 200 rollos de papel. Para transportar sus publicaciones *El Suplemento Ilustrado*, *El Almanaque* y *Nuestros ocios*, *Le Petit Parisien*, que no tiene mensajerías, emplea 10 automóviles y 15 coches, contando con 800 empleados, 60 redactores y más de 20.000 depositarios. El papel lo produce una fábrica de Nanterre, propiedad del dueño del periódico, Sr. Dupuy.

Le Matin ocupa en la actualidad cinco inmuebles, con una superficie de 3.400 metros cuadrados, y con un personal de 900 redactores y empleados. Dispone para su tirada de seis grandes máquinas americanas, que imprimen 100.000 ejemplares por hora. Tiene una fábrica eléctrica para el alumbrado y la maquinaria, que le permite, en caso de huelga, prescindir de

los sectores. Cuenta con talleres de fotograbado, donde fabrica los clichés que publica, y, salvo el papel y la tinta, atiende con sus propios esfuerzos á todas sus necesidades. Su movimiento de caja es de 80.000 francos diarios; sólo en papel gasta más de 10.000 francos al día. El coste de sus telegramas extranjeros ha pasado, en 1909, de medio millón de francos. Tiene un tratado especial con el *Times*, que le da derecho á todos los informes y telegramas del gran diario inglés, con un hilo exclusivo que va desde la redacción del *Times*, en Londres, hasta la de *Le Matin*, en París.

En cuanto á *Le Journal*, su redacción y administración necesitan unas 200 personas. *Le Journal* consta de 8, 10 y 12 páginas; para este trabajo fabuloso emplea 14 linotipias, 10 compositores á mano, 2 mecánicos, 170 obreros, 14 máquinas rotativas, 5 fotógrafos y 10 fotograbadores, teniendo los redactores á su disposición 3 automóviles; el servicio de reparto se hace también por medio de automóviles.

***

¿Un caso de reencarnación?—La *Filosofia della Scienza* publica un relato del Dr. Carmelo Samona, resumido por la importante Revista de Milán *Luce e Ombra*.

He aquí su resumen:

El 15 de Marzo de 1910, el Dr. Samona sufrió la dolorosa pérdida de una niña de casi cinco años, llamada Alejandrina. Tres días después, la pobre madre soñó que su pequeña la decía: «Mamá, no llores; no te he dejado, no me he alejado de ti; mira, ahora me haré así de pequeña»; y le mostraba un pequeño embrión. Tres días después, volvió á soñar casi lo mismo. Poco crédula en el valor premonitorio de los sueños, la señora, una mañana, manifestaba llorando, como de costumbre, el desconsuelo que sentía, á su esposo; como había tenido cuatro meses antes un aborto con operación y frecuentes hemorragias, estaba casi segura de no poder volver á ser madre.

Mientras se condolía amargamente, se oyeron en la puerta tres golpes secos y fuertes, como dados con los nudos de los dedos por persona que deseara entrar. «Tales golpes, añade Samona, fueron oídos por mis tres hijos que estaban con nosotros en la habitación.» Creyendo que era su tía, que acostumbraba á venir á aquella hora, abrieron la puerta, exclamando: «Tía Catalina, entra.» Grande fué su sorpresa cuando no vieron á nadie.

Aquella misma noche los señores Samona, dieron comienzo á una serie de sesiones tiptológicas; desde la primera se presentaron dos entidades: Alejandrina y una hermana de Samona, muerta hacía mucho tiempo, á los quince años de edad, Juanina. Alejandrina confirmó los sueños con que había querido hacerse presente, y añadió: «Mamita mía, no llores más, porque yo volveré á nacer pronto, y antes de Navidad estaré con vosotros.»

Luego añadió: «Querido papá, yo volveré, hermanita volverá, abuela volverá; dí á los otros abuelos y á tía Catalina que antes de Navidad estaré con vosotros.» Las sesiones continuaron durante casi tres meses con el mismo carácter, y casi siempre terminaban diciendo: «Os dejo porque tía Juanina quiere que duerma.» Desde el principio anunció que «podría comunicar con nosotros cerca de tres meses, porque luego quedaría más sujeta á la materia y se dormiría completamente.»

El 10 de Abril, dice Samona, mi mujer tuvo la primera sospecha de estar en cinta. El 4 de Mayo, estando en Venetico, provincia de Messina, Alejandrina anunció un nuevo suceso: «Mamá, dijo, dentro de ti hay otra.» Como no comprendíamos esta frase, Juanina intervino diciendo: «La niña no se explica bien: hay otro sér, querida Adela, que vaga en torno tuyo y que quiere volver á la tierra.» Desde aquel día, Alejandrina afirmaba constantemente que volvería con una hermanita.» Aunque aquel anuncio requería: 1.°, que hubiera embarazo; 2.°, que no hubiera aborto; 3.°, que hubiera dos criaturas; y 4.°, que esas dos criaturas fueran hembras, todo se realizó

como estaba anunciado, y el 22 de Noviembre, la Sra. Samona dió á luz dos niñas. Las dos, según afirma el padre, son muy diversas de cuerpo, color y forma, y la más pequeña parece una copia fiel de la difunta Alejandrina cuando vino al mundo, y es extraño que reproduzca tres particularidades físicas de la muerta: hiperhemia en el ojo izquierdo, ligera seborrea en la oreja derecha y una ligera disimetría de la cara idéntica á la que tenía Alejandrina.

El relato viene acompañado por las declaraciones testimoniales de autorizadas y conspicuas personalidades palermitanas, que asistieron á las varias fases del interesante acontecimiento. Nosotros, ni creemos ni negamos; recogemos el relato á título de curiosidad.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Le droit, c'est la force. **Théorie scientifique du droit et de la morale, par C.-O. Bunge.—París, s. a. (1910).—Un vol. de XXVIII 470 págs., sin indicación de precio.**

El original de este libro fué escrito en español, y lo que ahora se nos ofrece es la traducción francesa del mismo. Su autor, Profesor en las Universidades argentinas de Buenos Aires y La Plata, no es del todo desconocido para nuestro público intelectual, pues en España ha publicado algunas de sus restantes obras.

La presente quiere ser una teoría general («científica», hemos visto que la califica el propio Bunge) del derecho y de la ética, pues el autor cree—y por esta afirmación comienza su libro—que «no se puede estudiar científicamente el derecho, sino considerándolo como una forma ó fase de la ética, aun cuando como una fase enteramente capital.»

Las partes de la obra responden á esta idea. Son las siguientes, contando la introducción: *El derecho y la ética; Teorías y escuelas de la ética; Teorías y escuelas del derecho, del Estado y de la sociedad*; *Teoría científica del derecho*; *Teoría científica del Estado y de la legislación; Evolución del derecho; Porvenir del derecho; Porvenir de la ética.*

Para desarrollarlas, se sirve el autor de su no escasa cultura filosófica, histórica, sociológica y jurídica, bastante inspirada en el sentido moderno de la correspondiente literatura. Pero su criterio es no poco personal é independiente, hasta

donde cabe el uso de semejantes calificativos. «No es—dice el traductor en su prólogo, que pone al frente de la obra—espiritualista, ni materialista; idealista, ni positivista; clerical, ni librepensador; monárquico, ni republicano; demócrata, socialista, ni anarquista.

Las doctrinas expuestas por el autor, con estilo fácil y desvuelto, no contienen, sin embargo, á mi juicio, grandes novedades. Antes bien, parecen la reproducción del pensamiento corriente acerca de las repetidas materias, no sólo entre los escritores profesionistas de distintas épocas, sino también en la muchedumbre anónima. No otra cosa significa, v. gr., á lo menos en opinión mía, la doble forma de aplicación moral y jurídica que preconiza Bunge, según se trate de la conducta para con los componentes de nuestro propio grupo social (los nacionales), ó de individuos extraños á él y pertenecientes á otros grupos.

P. Dorado

ÍNDICE

	Págs.
Literatura contemporánea: Walt Whitman, por Angel Guerra...	5
Las Cortes de la Revolución, por Carlos Cambronero	28
Parnaso internacional: Después, de Augusto Vacquerie.....	62
Recuerdos, por José Echegaray.....	64
Una excursión por Santiponce (*Sevilla*), por Rodrigo Amador de los Ríos.....	73
Corazones generosos, por Selma Lagerlof.....	90
La América Moderna, por Vicente Gay.....	123
Revista de Revistas, por Fernando Araújo.....	157
Notas bibliográficas, por P. Dorado.....	194

AP
60
E8
año 23
no.268-70

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY